VANESSA R. MIGLIORE



Ecos del bosque


VANESSA R. MIGLIORE
Ecos del bosque

Vanessa R. Migliore

Ecos del bosque

FAERIS

Para todas las que hemos caído en un pozo de oscuridad y, pese a la tristeza y el dolor, hemos salido de allí gracias a los libros.

Las historias nos han salvado.

PRÓLOGO

Kim tenía cinco años la primera vez que escuchó hablar del bosque. Le apasionaba el misterio oculto en aquellos árboles cuyas ramas torcidas no habían visto a ningún humano desde hacía años. Por aquel entonces, no imaginaba que entre esos troncos se escondía un secreto tan profundo que la historia se empeñaba en desterrarlo, un secreto tan afilado como los fragmentos de acero que se erigían entre los pinos y los abetos salvajes.

Desde hacía décadas, la presencia humana en aquel lugar era un vago recuerdo que permanecía solamente en los registros históricos que se leían en las escuelas. Los mismos registros donde los científicos se lamentaban de haber dado vida a las dichosas bestias a las que los niños temían por las noches. Pero Kim ya no era una niña, igual que no era una cobarde, y deseaba echar una mirada a los despojos de otra época, a las maravillas que la tecnología había creado y soltado en un territorio que luego se había convertido en prohibido.

Sostuvo el cañón en la mano derecha: era un bláster cinco que había comprado en el mercado negro, una de sus posesiones más valiosas. No es que fuese muy dada a las armas, pero, en ese momento, Kim estaba metida en asuntos que la hacían necesitar algo más de seguridad. Algo más de protección.

A su espalda había dejado la silueta de Ciudad Espejo. Las torres de aluminio tintado se alzaban como agujas contra el cielo, tan delgadas que debía fijar la vista para distinguir las luces diminutas tras sus ventanas. Desde esa distancia, los edificios eran apenas

manchas dispersas entre los anillos de la ciudad, insignificantes junto al palacio plateado.

Una vibración de su pulsera transmisora la obligó a prestar atención a su alrededor y, con un movimiento calculado, deslizó los dedos por la pantalla para leer el mensaje. Aquella era su señal.

Con la mano entumecida, cogió el bláster y pegó la espalda al muro que estaba vigilado por los agentes, el que separaba el bosque de los bordes de la ciudad. Sus sombras parecían menos amenazantes de lo que en realidad eran, y Kim lo sabía. La súbita inquietud de lo ilegal le trepó por la espalda y se aferró a la valentía que de niña solía definir su carácter rebelde, uno que su madre había achacado a la juventud e inexperiencia. Si pudiese verla ahora, seguro que se echaría las manos a la cabeza: una cuarentona irreflexiva, con dos hijas preciosas y que, pese a las maravillas de las que disfrutaba, se arrojaba sin pensar al riesgo por satisfacer su propia vanidad.

La mujer tragó saliva y solo se detuvo cuando una figura saltó a su derecha. Durante un momento creyó que era uno de los vigilantes y estuvo a punto de encañonarla. Tardó un segundo en darse cuenta de quién era.

—Joder, Emily —susurró con el corazón aporreándole las costillas—. No vuelvas a darme esos sustos.

Emily esbozó una sonrisa inocente. Era joven, demasiado bajita y esbelta como para considerarse una belleza de proporciones ideales de acuerdo a lo que se vendía en las redes sociales; poseía una piel oscura, una nariz chata y con el tabique algo desviado, además de unos labios delgados sobre unos dientes demasiado torcidos.

Con el dedo índice, Emily señaló el bosque. Kim entrecerró los ojos y notó una presión muda entre los omoplatos al percibir el brillo lejano entre los árboles.

—¿Es un alpha? —preguntó con la voz áspera, pero Emily no respondió.

Los pelos se le pusieron de punta y sacó de su mochila unos binoculares de alta gama que utilizó para otear el paraje. Si era un

alpha, más le valía asegurarse de guardar una imagen para estudiarla más tarde en casa. No tuvo oportunidad de rendirse a la idea: el aparato escaneó el terreno haciendo que la lucecita azul de la pantalla titilara suavemente indicándole que no había nada llamativo. Maldijo para sus adentros y bajó los binoculares.

—No veo nada —musitó en voz baja mientras la luz de los binoculares señalaba que no existía fuente de calor.

La decepción inundó el rostro de Emily, que se recostó contra la piedra dejando escapar un suspiro quejumbroso.

—No me creo que los rumores sean falsos. —Emily cogió la mochila y sacó una tableta compacta que extendió sobre sus piernas—. Tengo algo en la base de datos, unas imágenes que conseguí hace un par de días. Aquí están. Dicen que es enorme; no se ha visto nada igual en décadas.

Se humedeció el labio inferior y señaló un cuadrado en la esquina superior de la pantalla en la que una imagen mostraba un gran alpha que no encajaba con ninguno de los tipos registrados hasta entonces: si aquella imagen era real, algo importante se estaba cociendo en el maldito bosque. Algo que nadie podía siquiera imaginar. Por supuesto, Kim no pretendía alimentar sus ilusiones, y tampoco quería que Emily se dejara llevar por fantasías. Pero tenía una leve corazonada. Una que tenía que ver con el hecho de que había perdido el portátil hacía unas semanas… y, con él, toda la información que manejaba y que, ahora más que nunca, temía que pudiera haber acabado en las manos equivocadas. Si así fuese, era probable que aquellos rumores fuesen la constatación de sus sospechas, y necesitaba confirmarlo de una vez por todas.

—Está borrosa —fue todo lo que dijo al ver la imagen.

Emily soltó un suspiro de resignación y recostó la espalda contra la pared.

Se quedaron allí durante unos minutos tan largos que la decepción comenzó a deslizarse a través de los músculos de Kim. Quizá aquella corazonada no era nada y ella estaba corriendo un riesgo innecesario y absurdo.

—Deberíamos volver. Ellis necesita mi ayuda esta noche —dijo al fin, con las piernas agarrotadas por la postura.

No esperó respuesta, simplemente guardó el cañón en la funda que colgaba de su cinturón, así como los binoculares.

Emily, por su parte, asintió, no sin antes echar un último vistazo hacia el bosque. Aquella noche, el lugar parecía muerto, vacío. Como si las bestias se hubiesen ocultado en lo más profundo de su interior esperando el momento oportuno para saltar sobre ellas.

Un escalofrío recorrió a Kim, que se puso en pie y, seguida por Emily, rodeó el muro exterior de la ciudad con la intención de volver a la puerta del tercer anillo.

Estaban al borde del camino cuando un sonido atronador las hizo detenerse.

No era el ruido de las piernas humanas sobre el césped o la gravilla. Aquel era un sonido pesado, férreo, que reverberó sobre la tierra haciendo que cada uno de los huesos de Kim se estremeciera.

Un súbito empujón hizo que los árboles se sacudieran y de la negrura emergió una criatura siniestra e inmensa. La confusión aleteó en la cabeza de Kim. Había visto algún alpha antes, en contadas ocasiones, pero nunca uno como aquel.

—Eso es un… alpha.

La voz de Emily sonó débil, imprecisa.

Sin saber qué hacer, Kim dejó que sus manos vagaran hasta los binoculares para captar una imagen de la criatura, que, al percibir el movimiento, abrió las fauces. El rugido que salió de su garganta chocaba con el sentido común. Los dedos de Emily se apoyaron en el brazo de Kim para tirar de ella.

—No nos atacará —dijo esta con un temblor frío en la garganta—. La valla no le deja salir.

El sonido de su voz se ahogó bajo el ruido que hizo la verja cuando la bestia se abalanzó contra ella. Por primera vez, Kim percibió una duda atascada en su pecho. Siempre había dado por hecho que la valla aislaba sus mundos, que los protegía. Pero el

alpha se impulsó de nuevo con violencia y el cercado finalmente cayó con un estruendo que resonó en sus huesos.

Kim contuvo el aliento cuando se dio cuenta de que no existía nada que la separase de aquella monstruosa criatura. Tragó saliva y notó los dedos de Emily apretándole el brazo, instándola a correr.

Pero no lo hizo; estaba fascinada y aterrada. Antes de que el alpha se moviese, ella se permitió estudiar a una de las criaturas que durante años la habían obsesionado. Veía aquellas extremidades profundas y alargadas, las fauces monstruosas, los músculos tensos bajo el pelaje brillante.

Era absolutamente antinatural, grotesco y maravilloso a la vez.

Nerviosa, Kim se apresuró a sacar el cañón de su funda, pero las manos le temblaban tanto que se le resbaló. El alpha, mucho más grande que cualquier otro que hubiera esperado ver jamás, fijó aquellos ojos diminutos del color de la sangre en ella y un rugido furioso escapó de su boca.

Sin pensar en lo que dejaba atrás, Kim echó a correr. Emily, tan solo unos pasos por delante, también se puso en marcha, y, en un pestañeo, las dos huían de regreso a las puertas de la ciudad.

Las pisadas del alpha hacían vibrar la tierra bajo sus pies y los chillidos entrecortados llenaban el silencio y avivaban sus nervios.

Kim corrió cerca del muro que separaba el bosque de la muralla de la ciudad sin mirar ni una vez atrás, con el corazón martilleándole el pecho, con el miedo calándole los huesos. Entonces, un rugido sacudió el mundo y algo la empujó con fuerza haciéndola caer en el límite del bosque. Escuchó a Emily gritar por encima de las voces de algunos agentes que comenzaban a agazaparse en el muro dispuestos a atacar. Su compañera se arrastró al otro lado del murete y caminó por la pendiente de un desfiladero que marcaba uno de los límites al este del bosque. La vio tambalearse, y, antes de que Emily pudiese anticipar el movimiento de uno de los agentes, Kim gritó:

—¡Cuidado!

Pero el aviso llegó demasiado tarde. Emily debió de haber escuchado el terror en su voz, porque su cara palideció justo antes de que el proyectil la alcanzara. Cayó al suelo, se golpeó la cabeza y rodó por la gravilla. El mundo se meció y Kim se levantó mientras las palabras le trepaban por la garganta con la misma fuerza con la que sus piernas corrían hasta su amiga.

—Mierda, mierda, mierda —gritó Kim, desesperada.

Haciendo caso omiso del sentido que la urgía a escapar de allí, Kim no se detuvo hasta llegar a Emily y comprobar el pulso inexistente en su muñeca. Se le escapó un gemido, un sollozo que convirtió en piedra su dolorido corazón.

—No, no, joder…

Arrodillada junto al cuerpo de su amiga, escuchó las voces de los agentes, cuyas linternas iluminaban el camino. Los gritos llenaban el aire de una desesperación tensa que adormiló los sentidos de Kim. En ese instante, vio al alpha junto al bosque y el corazón se le detuvo dentro del pecho. La criatura ladeó la cabeza y ella alcanzó a apreciar con detalle la magnitud de su existencia. Poseía un cuerpo colosal sostenido sobre dos patas inmensas que terminaban en enormes garras sobre la tierra. Una doble fila distintiva de placas romboidales se elevaba verticalmente a lo largo de su arqueado lomo y se extendía hasta el extremo de la cola. Su cabeza era redonda, gigantesca, y simulaba la de los antiguos tigres, pero había algo antinatural en ella, algo que evidenciaba la mano de la multitecnología. Los huesos frontales eran más estrechos, lo que acentuaba una expresión feroz que dejaba en evidencia unos incisivos más largos que un antebrazo humano.

El miedo lacerante, instintivo, la sacudió de golpe. Kim sujetó los dedos entumecidos de Emily y el dolor la mareó, la abrumó de tal manera que sus pies fueron incapaces de responder a su cerebro, que la instaba a salir de allí.

«Levántate por tus hijas; vuelve a casa», musitó una voz en su cabeza cuando el alpha dio una nueva sacudida en su dirección. Con sus hijas como motivo, Kim intentó incorporarse, pero la criatura le

cerró el paso. Ella, ante su presencia, cerró los ojos con fuerza. La tierra se estremeció bajo sus pies y una sacudida violenta la derribó antes de que el alpha la tomara con sus enormes garras delanteras y la arrastrara hacia la más absoluta oscuridad del bosque.

CAPÍTULO 1

NEREIDA

Todos sabían que a Nereida solo le importaban dos cosas: destacar por encima de sus compañeros y que sus cuchillos estuviesen suficientemente afilados como para cortar un brazo. La primera era un conflicto con el que llevaba toda una vida lidiando, mientras que la segunda era algo que iba de la mano con su trabajo.

En los últimos tiempos, ambas cosas parecían ir, más que nunca, de la mano. Por suerte, Nereida llevaba días elaborando un plan para solventar algunos asuntos que la habían condenado a ser una relegada más dentro de su propio gremio. No podía fallar, no se lo podía permitir de ninguna manera. Y aquella noche era perfecta para llevarlo a cabo: podía mimetizarse con las sombras de la ciudad, sacar los cuchillos y trabajar sin miramientos.

Amparada en esos pensamientos, se mordió el labio y se ajustó el cinturón sobre el traje gris. Comprobó los cuchillos mientras repetía mentalmente que no estaba allí para matar. Solo necesitaba observar, convencerse a sí misma de que no todo estaba perdido. Hacía meses que la Hermandad de Asesinos no le asignaba ninguna tarea importante y la situación empezaba a desesperarla. Ese día las cosas podían ser distintas. Las calles del tercer anillo estaban a rebosar de curiosos. Nereida sacudió la cabeza con disgusto; el olor a sudor y humo le resultaba casi insoportable. Todo era muy reciente, y podía comprender la necesidad de los ciudadanos de ir a ver con sus propios ojos el desastre del que se hablaba en todos los medios de comunicación.

El atentado de la noche anterior había dejado al menos una docena de muertos y una lista larga de heridos. Desde entonces, con las armas en las manos, la Policía peinaba la zona sin una pizca de disimulo. Un sinfín de personas —mujeres con sus hijos a cuestas y hombres que se dirigían a sus lugares de trabajo— se veían atraídas al lugar, a pesar de que aún no había amanecido, y lo miraban con cautela al pasar junto a él, como si su mayor interés fuera ser testigos del desfile de culpables que tarde o temprano saldrían del edificio en ruinas.

Nereida ladeó el rostro siguiendo la actividad de los policías en medio del oscuro callejón, intentó recordar la última vez que había visitado los bajos fondos del tercer anillo en calidad de asesina y no de bebedora ocasional en busca de juerga. Por desgracia, no lo recordaba, y eso evidenciaba lo mucho que llevaba sin trabajar de verdad. Se sentía consumida por su propia amargura, condenada a una vida vacía en la que la rutina no era más que el mismo trago rancio cada día.

Sus nudillos se tensaron y un latigazo de incomodidad le recorrió la espalda. ¿Qué pasaría si alguien de la Hermandad la viese allí? ¿Y si descubrían lo que intentaba hacer? Si quería recuperar su vieja gloria, era mejor no averiguarlo; tendría que actuar por su cuenta, aunque con ello estuviera desafiando las normas. Camuflada por las sombras de la noche, Nereida se acercó hasta la siguiente esquina. Entornó los ojos y sintió una chispa de esperanza; desde allí obtenía una vista perimetral de los acontecimientos. La calle angosta estaba rodeada por dos edificios de base cuadrada cuyas fachadas despintadas evidenciaban el declive del lugar. Las ventanas con los marcos oxidados permanecían abiertas y algunos rostros se asomaban desde el interior. Antes de que alguien pudiese verla, se apartó de los edificios y, en silencio, se deslizó hasta el borde de la calle.

Estudió los movimientos metódicos y elegantes de las fuerzas policiales. Las vio entrar en la edificación del fondo, un inmueble de aspecto abandonado cuyas paredes llenas de grietas dejaban a la

vista los cables cortados y algún trozo de metal de los paneles interiores.

Los policías no tardaron demasiado en volver a la calle, envuelta en los gritos indignados de la multitud. En medio del caos, arrastraban de los brazos a un grupo de jóvenes que no podían tener más de dieciocho años. El hambre les deformaba los rostros delgados, los cuerpos escuálidos.

Casi al instante, los gritos desbordaron a la gente apiñada en el extremo de la calle al ver como los inculpados eran empujados fuera del viejo edificio. Un clamor lleno de furia sacudió a la multitud y los policías alzaron las armas. No dispararon, por supuesto, pero aquel simple gesto fue suficiente para disuadir a la muchedumbre y, poco a poco, los gritos se fueron convirtiendo en un murmullo lleno de incredulidad.

Nereida levantó los ojos justo a tiempo para ver como el hombre que se mantenía junto a una de las patrullas se ajustaba la chaqueta de cuero. Un movimiento sutil con el que ella adivinó que escondía un cañón bajo la ropa. Probablemente un pulverizador de corto alcance, un arma no demasiado potente, pero lo suficientemente letal como para considerarse ilegal dentro del tercer anillo.

El hombre presenció la detención con actitud distante durante unos minutos, al menos hasta que se llevaron a los detenidos en los aerodeslizadores. Entonces se dio media vuelta y cruzó la calle para perderse entre los callejones oscuros del tercer anillo. Nereida lo siguió. Estaba convencida de que aquellos chicos no eran más que un cebo puesto ahí por la Resistencia para distraer a las autoridades de las verdaderas mentes criminales.

En la Hermandad de Asesinos siempre se hablaba de la Resistencia, por supuesto, eran uno de los mayores enemigos de Ynsgard. El grupo de criminales, revolucionario, armado y peligroso, había cobrado suficiente relevancia en los últimos años como para representar una amenaza que las megacorporaciones pretendían erradicar. Al fin y al cabo, la Resistencia llevaba casi dos décadas luchando por la independencia del norte. Y puede que sus ataques

estuvieran haciendo mella en el imperio, porque lo cierto era que estaban perdiendo control sobre las tierras del norte. Pero tanto la emperatriz como su séquito se negaban a ceder ese territorio, y era allí justo donde la Hermandad resultaba de tanta ayuda. Al ser asesinos entrenados al servicio de la seguridad nacional, podían acabar con un líder problemático o con todo un grupo de rebeldes. Cualquiera que pudiese suponer un peligro podía convertirse en un objetivo de la Hermandad.

Y Nereida creía que ese hombre al que estaba siguiendo era justamente eso: una amenaza para Ynsgard. Por eso apretó los labios cuando él se desvió del camino. Aun así, se mantuvo a cierta distancia, oculta en las sombras de la noche, sin apenas fijarse en las personas con las que se cruzaba. De repente, el hombre giró a la derecha y se acercó a un edificio rectangular sin ventanas. Nereida se escondió tras un anuncio apagado y se fijó en todos los detalles de aquel lugar: una azotea demasiado alta, paredes lisas sin posibles sujeciones y pocas posibilidades de escape. Los asesinos estaban entrenados para aguzar sus sentidos, por lo que no le costó percibir desde su escondite el movimiento de manos del hombre, que sacó una tarjeta del bolsillo para deslizarla a través de un lector de barras y hacer que la puerta se abriera con un chasquido.

El corazón se le aceleró. Después de todo, aquella era su oportunidad.

Tenía la posibilidad de redimirse de sus errores.

De volver a ganarse el respeto de su gremio.

Se puso de puntillas y paladeó la adrenalina del momento. Se pasó las manos por la tela del pantalón para limpiarse el sudor y flexionó las rodillas. Estaba a punto de deslizarse hacia la puerta cuando una mano firme le apretó el hombro izquierdo y tiró de ella hacia atrás. Nereida cayó de espaldas, ahogando una maldición, y, sin pensárselo, desenvainó el cuchillo para defenderse.

—Siri.

El nombre salió de la boca de Nereida casi sin darse cuenta y apenas había terminado de pronunciarlo cuando otro asesino

apareció a su izquierda. El recién llegado le presionó la mano con el pie justo cuando ella estaba a punto de moverla hasta el cañón en su chaqueta.

—Quietecita —dijo este con sorna, y los ojos de Nereida volaron de nuevo al edificio. Acababa de perder su oportunidad.

Se produjo una larga pausa antes de que Nereida pudiese liberarse y ponerse en pie:

—¿Qué carajos estáis haciendo aquí?

Claudio entrelazó las manos con un gesto divertido y aguardó a que Nereida recuperara la compostura.

—¿Salvarte?

La burla en la voz del asesino obligó a Nereida a entrecerrar los ojos azules. Se fijó en el aspecto renovado que tenía Claudio; se notaba que acababa de hacerse unas cuantas modificaciones que, lejos de volverle atractivo, le proporcionaban un aspecto demasiado duro, masculino. Para empezar, llevaba el pelo castaño recién cortado a la última moda y en el mentón cuadrado comenzaba a apreciarse una pelusilla oscura. Los dientes blancos y afilados asomaban en unos labios delgados y poco armónicos. Pero las mejoras de sus facciones eran especialmente notables en la nariz recta, las cejas demasiado altas y unos pómulos marcados.

—Evitamos que hagas algo estúpido —susurró Siri, y sonrió.

—No, en realidad acabáis de arruinar mi intervención. Estaba a punto de cogerlo.

Siri no pareció leer la ira que Nereida se esforzaba por disimular, aunque su sonrisa se atenuó un poco. A diferencia de Claudio, Siri poseía una figura grácil y femenina bien ajustada a su rostro dulce. Tenía la cara angulosa, las cejas delgadas y una nariz respingona que coronaba unos labios carnosos pintados de violeta.

—No, Nereida, estabas a punto de hundir tu carrera —la corrigió Siri, y entonces cruzó los brazos sobre el pecho con determinación—. ¿En qué estabas pensando? ¿Emprender una tarea que no se te ha asignado? Sé que solicitaste este trabajo, pero ni Jacin ni Ida te han autorizado. Deberías aprender a acatar órdenes.

No era una sugerencia, y Nereida lo sabía. Sus palabras estaban teñidas por la decepción, y aunque Nereida no lo reconocería en voz alta, era consciente de todas las normas que se estaba saltando al estar allí. Después de todo, Ida y Jacin eran los dirigentes de la Hermandad, y ninguno de ellos había aprobado la solicitud que hizo para encargarse de esa misión.

Nereida tragó saliva, pero no permitió que su rostro mostrase ni un ápice de arrepentimiento. Lo último que quería era que sus compañeros pudiesen ver su frustración, el miedo que sentía cada vez que la rechazaban dentro de la Hermandad. Apretó las manos con fuerza y Siri se acercó un poco más a ella. En sus ojos titilaba algo parecido a la lástima y eso fue suficiente como para que Nereida se apartara y esquivara el contacto físico entre las dos.

—Os comportáis como los fieles perritos de Jacin —dijo, y la voz le salió cargada de resentimiento—. Empiezo a creer que no tenéis criterio para tomar vuestras propias decisiones.

Con un suspiro de frustración, Nereida guardó en el guantelete, bajo la atenta mirada de sus compañeros, el cuchillo que había estado empuñando hasta ese momento. Sabía que, en cuanto ella se diera media vuelta, ellos entrarían al edificio a terminar con el trabajo.

—Alguien te está esperando en la avenida principal.

La dureza del tono de Siri no amilanó a Nereida, que en ese momento echó a andar. Entrecerró los ojos y comprobó que al menos otro par de asesinos aguardaba a las afueras del edificio y ya estaban registrando las puertas.

Con una profunda decepción, Nereida avanzó hasta la avenida. Las luces azules y violetas de la ciudad afilaban el rostro de Kenneth. Su amigo la esperaba con la espalda pegada a un cartel del metro y una expresión de preocupación que a ella no le pasó inadvertida. El cabello castaño le caía sobre su tez oscura. Tenía una nariz muy recta, unos ojos negros y un mentón prominente. En ese momento, parecía mucho mayor de lo que en realidad era, o tal vez esa fue la

impresión de Nereida al escuchar la reprimenda que se abría paso a través de sus labios.

—Acabo de salvarte el culo —soltó él, señalando con el pulgar el otro extremo del callejón.

—¿Gracias? —La tensión de sus hombros creció y, con un disgusto latente, desvió la mirada hacia el cielo nocturno.

—Te estaban siguiendo, Nereida —respondió Kenneth—. La Hermandad sabía que pretendías cobrarte una víctima que no te asignaron. Llamaron a tu hermana.

La mala noticia cayó con fuerza sobre sus gastadas esperanzas y, en silencio, Nereida bajó los ojos para esquivar el desconcierto en el rostro de su amigo. De todas las cosas que podían suponer un problema, su hermana era la peor opción. La tensión se le acumuló en los hombros y, por una vez, deseó despojarse de su identidad. Ser una persona diferente.

Sacudió la cabeza con fuerza.

—No me interesa —soltó, y continuó caminando con la intención de volver al segundo anillo.

—Nereida, por favor —llamó Kenneth, pero ella no se detuvo. Apretó la marcha dispuesta a dejar atrás todo el asunto—. Lo que acaba de pasar es importante.

Lo ignoró y Kenneth corrió para alcanzarla. La detuvo frente a una tienda de alimentación cuyas puertas permanecían abiertas y cuyo anuncio de neón se encendía y apagaba a intervalos irregulares.

—Te has vuelto a saltar las normas —le recordó, y Nereida se pasó una mano por el rostro cansado—. Han pasado dos años, creo que es momento de que vayas superándolo.

Las manos de Nereida temblaron ligeramente y no pudo evitar arrojarle una mirada airada por el atrevimiento que se tomaba al hablarle así. Sí, habían transcurrido ya dos años desde que había pasado de ser la mejor asesina de la Hermandad a convertirse en una renegada, una paria dentro de su propio gremio, pero no necesitaba que se lo recordasen.

Frustrada, reprimió el deseo de gritar y forzó una sonrisa taimada.

—No necesito que me cuides, Kenneth. —Dio un paso atrás—. Ni siquiera llegué a entrar al edificio, no hice nada ilícito. Es imposible que en la Hermandad alguien pueda amonestarme por esto.

Kenneth suspiró con fuerza y una arruga se formó en medio de sus cejas.

—De acuerdo, si es lo que quieres, no diré nada más —cedió este, y se echó hacia atrás como si Nereida lo hubiese golpeado—. Pero tu hermana acaba de hacer un anuncio importante sobre el alpha y necesita que toda la atención esté puesta en eso. Deberías tenerla en cuenta cuando se te ocurra hacer este tipo de cosas, Nereida, incluso si consideras que no va a haber repercusiones.

—¿Qué anuncio?

—Si estuvieses menos centrada en tus asuntos, habrías visto que Zarina acaba de convocar una Cacería.

La fuerza de la revelación le arrancó todo el aire de los pulmones.

«Zarina no puede estar tan desesperada como para recurrir a esto», fue lo único que pensó, pero las palabras no llegaron a escapar de sus labios. En lugar de responderle, giró sobre sus talones con el peso del fracaso sobre los hombros y volvió al segundo anillo, en el que la soledad aguardaba por ella.

CAPÍTULO 2

GRACE

No se hablaba del bosque.

Ni siquiera cuando la Cacería resultaba un hecho ineludible, según decían los rumores. Uno que ya casi toda la ciudad daba por hecho.

No había nadie que no hablara del evento, del hecho de que hacía más de una década que no se había avistado ningún alpha nuevo. Nada que hubiese abierto la puerta a arrojar a un grupo de incautos a una competición mortal dentro de un bosque lleno de bestias del que muy pocos salían con vida.

Pero el bosque era más que una trampa mortal: era un eco del pasado. Un fantasma al acecho. El hogar de los alphas, el paraje que ocultaba todas las desgracias de un mundo moderno que cargaba con los errores de otras vidas. Quizá por eso, a veces, Grace soñaba con él. O tal vez era porque sus padres habían estado obsesionados con aquel lugar hasta que su madre murió en la frontera de este. A lo mejor solo soñaba con el bosque porque había visto una y otra vez ese vídeo filtrado en la red. Los malditos fotogramas de las cámaras de seguridad en los que se veía a Kim y a Emily siendo atacadas por un tipo de alpha que no constaba en los registros y cuya repentina aparición suponía un enigma para todo Ynsgard.

—Es raro —había dicho su padre la primera vez que vio el vídeo. Como si ignorase que era su esposa quien aparecía allí—. Un alpha tan grande no debería estar tan cerca del límite del bosque.

Y pese a que su padre tenía razón, las preguntas de la prensa no giraban en torno a la criatura, a lo extraño que resultaba que un alpha nuevo apareciese de la nada. No. Los medios solo hablaban de seguridad. De reforzar las vallas y, por supuesto, de cuándo se convocaría la Cacería.

Tal vez por eso nadie hablaba del bosque, pero todos lo tenían presente.

Porque era inamovible. Monstruoso.

Y, pese a la perspectiva mortífera que suponía, Grace soñaba con entrar allí.

Suspiró, repentinamente cansada. Al fin y al cabo, el bosque o el alpha eran sus últimas preocupaciones en aquel momento. Tenía otras cosas en las que pensar.

Aunque Grace había perdido el pase al segundo anillo, esa noche no era ni por asomo una de las peores de su vida.

Todo era culpa de su torpeza y una mala suerte que parecía ir en aumento. Aquel día solo debía ir a una maldita entrevista en el segundo anillo y vender el prototipo en el que había trabajado los dos últimos años. Por desgracia, a ella las cosas rara vez le salían bien. Tal vez era su propensión a perder sus objetos personales lo que la había arrastrado a una situación incómoda o quizá solo se trataba de mala suerte. Aquella tarde, nada podía ir peor. El pase se le había caído del bolsillo del peto y, cuando pasó por los controles de seguridad para volver al tercer anillo, el agente no dudó en llevarla a la comisaría hasta que alguien pudiese pagar la fianza.

Una hora después de aquello, Grace estaba en una pequeña celda mohosa.

Detenida.

Y todo por perder el único salvoconducto del que disponía si pretendía cruzar las barreras que la separaban de los residentes del segundo anillo.

Por fortuna, Grace no entró en pánico. En lugar de montar un numerito o quejarse, se dejó llevar, incluso se quedó en silencio cuando la metieron en el calabozo y cerraron la reja con violencia.

Y allí seguía esperando. Con el corazón adolorido y los nervios revueltos mientras tarareaba una de las canciones favoritas de su madre. Tenía la espalda pegada a la pared y el rostro contraído por la preocupación. Cansada, se pasó una mano por el lado de la cabeza rapada, la zona en la que tenía las marcas de Tabai y que en ocasiones despertaba el asco de la gente. El tatuaje no era más que un borrón de tinta negra sobre su piel oscura. Podría parecer una mancha desde la distancia, pero bajo aquella luz fluorescente era fácil ver las líneas propias de su cultura. Algo que se había empeñado en llevar, algo que la delataba como extranjera.

Cuando Ellis y Kim la adoptaron, años atrás, Grace estaba convencida de que las personas como ella no eran tan diferentes del resto del mundo. No tardó demasiado en comprender que aquello no era verdad.

En aquel entonces, tenía ocho años y lo había perdido todo en la Brecha. Recordaba las manos de su madre asiéndola con fuerza para subirla a la barca. Recordaba los gorgoteos que escaparon de su garganta mientras el agua se la tragaba y arrastraba a Grace hasta la otra punta de Ynsgard, hacia un mundo en el que su diminuta casa de madera fue reemplazada por una enorme jungla de metal en la que tuvo que aprender a sobrevivir.

Y no lo hubiese hecho de no ser porque Kim la encontró entre un grupo de niños huérfanos y decidió ofrecerle un segundo hogar. Un hogar que colmó todas sus carencias, pero que no sepultó el pasado. No pasaba un día sin que Grace recordara el rostro de su madre, la que la trajo al mundo. Y tampoco pasaba un día sin que este se difuminara cada vez más.

Le aterraba no ser capaz de recordarla algún día. Le aterraba la facilidad con la que los años lograban atenuar los recuerdos.

—¿Grace?

La voz le llegó amortiguada y casi se le detuvo el corazón. Se levantó con algo de dificultad y, a través de los barrotes oxidados, alcanzó a ver el semblante pálido de Ellis, que se deslizaba en su silla gravitatoria.

—Papá —exclamó. Rara vez lo llamaba así.

El rostro contrariado de Ellis se suavizó al verla de una pieza y los dos agentes que caminaban a su lado se acercaron para teclear un código en el panel de la pared.

En cuanto la puerta se abrió, Grace se arrojó a los brazos de su padre sin poder contener la emoción que le trepaba por la espalda. Ellis le dio dos palmaditas secas en los hombros y ella retrocedió para observar la expresión sombría en sus ojos. A pesar de estar postrado en la silla, su padre no había perdido la capacidad de moverse a su antojo. Medía casi dos metros y poseía la complexión robusta de un árbol que llevaba toda una vida recibiendo el sol y la lluvia.

—He perdido el pase, lo siento.

La joven sintió un leve asomo de optimismo al ver que Ellis sacudía la cabeza en silencio y estiraba una mano hacia ella.

—No te preocupes, he pagado la fianza. Podemos irnos a casa.

Grace no dijo nada cuando el agente los condujo hasta la salida de la comisaría. Pensó en la reunión que había mantenido con la mujer de Pegasus y una nueva oleada de frustración la golpeó. Había esperado que aquella entrevista la ayudase a mejorar la posición de su familia, que le sirviese para conseguir un puesto en una de las megacorporaciones más importantes de Ynsgard. Pero Pegasus nunca tuvo intención de contratarla.

Así que Grace volvía a casa derrotada. Regresaba a una vida de dudas en la que los peores monstruos no eran los que habitaban el bosque, sino aquellos que dormían en la ciudad y se vestían con trajes importados. A esos era a los que realmente ella temía.

***

En cuanto Grace y Ellis entraron en casa, Ania se abalanzó sobre ellos.

La niña dejó escapar una risita de alivio mientras su padre cerraba la puerta y se dirigía hasta la cocina para preparar la cena.

Entonces Ania se aferró al cuello de su hermana y la abrazó con aquellos bracitos enclenques que eran capaces de calmar cualquier dolor en el corazón de Grace.

—No puedo respirar —se quejó con una sonrisa, y la niña se limitó a abrazarla con más fuerza.

Segura de que nada podía amilanar los ánimos de su hermana, Grace se dejó abrazar y esquivó la mirada recriminatoria de su padre. Durante el trayecto a casa, Ellis apenas había intercambiado alguna frase con ella, así que agradecía la sonrisa de su hermana y la facilidad con la que conseguía mitigar el peso que le oprimía el pecho.

—¿Cómo es convertirse en una delincuente? —preguntó Ania soltándola y sentándose sobre el taburete junto a la ventana. Luego miró a la cocina con el ceño fruncido y gritó—. ¡Papá, por favor, que no se te pase la pasta!

Ellis sonrió desde el otro lado de la encimera y, con un suspiro cansado, Grace se recostó en el sofá color crema apostado junto a la puerta. Apoyó las manos sobre la tela suave e inspiró el olor a grasa y detergente que flotaba en el aire. Su casa era un espacio diminuto en el tercer anillo, como todos los pisos de ese lado de la ciudad. Era apenas un anexo al taller, al negocio familiar en el que su padre llevaba toda la vida trabajando y en el que ella sacaba sus mejores dotes como mecánica. Aquella vieja chatarrería en la que reparaban y vendían equipos de segunda mano era lo que les permitía mantener a flote la economía familiar. Antes de morir, su madre también había trabajado ahí; había sido una experta en sistemas cuyo talento aprovechaba diseñando prototipos que vendían en el taller. Poseía manos de relojera y una mente de arquitecta digital. Lo mismo diseñaba un sistema de calefacción central que un *software* que analizaba huellas biométricas. Aunque ese gran talento se había desperdiciado, en opinión de Grace, que creía que Kim podría haber trabajado para cualquier megacorporación si no hubiese sido una ciudadana de segunda.

Pensar en ella le dolió. Su pérdida era todavía demasiado reciente, y no se acostumbraba a convivir con la ausencia de la que había sido una segunda madre para ella.

Se sacudió el cansancio y suspiró echando una mirada cauta al salón desordenado en el que varias muñecas rotas yacían sobre la alfombra. Pese al espacio diminuto, su madre se había encargado de convertir aquel cuchitril en algo parecido a un hogar. Los colores y texturas de los muebles tapizados no combinaban en absoluto, pero a Kim le agradaban los tonos dispares, decía que le daban una sensación hogareña única. Las paredes las había decorado con dibujos de Ania y algunas tuercas que Ellis había ensamblado sobre el papel tapiz como una especie de broma hacia su trabajo. Tenían un mueble de metal junto a la ventana y otro de madera desvencijada frente a la cocina. Un jarrón de arcilla roja hacía las veces de pisapapeles en el escritorio donde las facturas se acumulaban desde hacía meses.

—¿Y bien? —preguntó Ania al ver que Grace se hacía la remolona y no decía nada de su arresto.

—No soy una delincuente —respondió Grace tras un largo y tenso silencio que solo era interrumpido por el ruido proveniente de la cocina abierta—. Solo pasé dos horas en una celda, así que dudo que puedas considerarme de esa manera.

Ania sonrió mostrando los huecos entre los dientes y a Grace la invadió una sensación cálida y profunda. Parecía mayor y al mismo tiempo vulnerable, una niña obligada a crecer demasiado pronto. Se sentó frente a ella y, meneando las piernas con inquietud, se fijó en los zapatos desgastados y en los calcetines rotos de su hermana.

—Papá dijo que tendría que pagar una fianza; eso te convierte en una criminal.

—Pequeña renacuajo, tienes una fascinación enfermiza por todo aquello que se vincule al mundo del crimen. Creo que debería preocuparme —espetó Ellis desde la cocina sin levantar los ojos. Sus dedos se movían sobre un manojo de cebollas.

Grace sonrió sin esfuerzo y el nudo que le tensaba la garganta desde la muerte de su madre se le aflojó un poco. A su padre no le faltaba razón. Con solo ocho años, Ania podía presumir de una inteligencia aguda y un gusto muy particular por todo aquello que implicara personajes retorcidos y lúgubres que acababan en la cárcel.

Aprovechó el aire distendido y deslizó la pantalla de su pulsera transmisora. Revisó un par de notificaciones y dos mensajes de su amiga Imora en los que le hablaba de los recientes acontecimientos. Pinchó el enlace y solo entonces lo vio. Estaba en todos los medios, en las redes: la emperatriz había hecho un comunicado oficial en el que convocaba la Cacería.

Grace se estremeció.

Una Cacería.

—Ha convocado la Cacería…

La voz se le escapó entre los labios y el corazón le retumbó con violencia mientras Ania se acercaba a ella y leía todo por encima de su hombro. La Cacería era el evento más importante que podía darse en Ciudad Espejo. Una competición implacable, probablemente letal, en la que los ganadores se cubrían de gloria. Pero Grace siempre había creído que la Cacería implicaba mucho más de lo que todos decían. No se trataba solo de sobrevivir a las duras condiciones que encontrarían, sino también de rastrear al alpha en medio de una inmensidad tan absoluta como era el bosque, detectar indicios, analizar huellas y, por supuesto, saber seguir un instinto que la humanidad había apagado al desligarse de su propia naturaleza animal.

—¿No habías visto lo de la Cacería? —preguntó Ellis al contemplar el desconcierto en su rostro.

—Había leído los rumores en redes. En los foros decían que era un hecho, pero aún no habían emitido la convocatoria oficial —admitió ella.

—A tu madre le habría encantado.

Se quedaron en silencio de pronto, recordando que Kim ya no volvería con ellos, que nunca más hablaría del bosque o de los alphas. Grace cerró la pantalla y dejó escapar un suspiro cargado de frustración.

Resultaba casi imposible para alguien como ella o Kim participar en la competición. Y no solo por sus escasas dotes para la lucha o las armas, sino también porque Grace no poseía contactos que estuviesen dispuestos a apostar por ella. Los participantes necesitaban un patrocinador que pagase la cuota de inscripción. Y nunca faltaban voluntarios para entrar, pese al peligro, porque la perspectiva de ganar un millón de créditos y una residencia permanente en el segundo anillo era suficiente motivo como para que cualquiera se lanzase de cabeza a la Cacería.

Grace tragó saliva, incómoda.

—Me da la sensación de que nuestra amada emperatriz pretende quitarse un problema de encima utilizando la vieja técnica de sus antepasados. —Nada más decirlo, percibió el disgusto por parte de su padre.

Por un momento, pensó que Ellis se quejaría de la convocatoria, que diría algo referente al gran evento del año. Pero en lugar de eso, sus ojos rasgados se dirigieron a la puerta del taller y una sombra de anhelo titiló en su rostro triste.

«Espera a mi madre, a una mujer muerta que no volverá», pensó Grace, que se quedó muy quieta mirando la tristeza en los ojos de su padre. En el rostro de Ellis se percibía el peso de los años, la pena aguda que lo invadía. Desde que Kim había fallecido hacía tres meses, su padre se mostraba taciturno y distante. Ni siquiera reaccionó cuando el vídeo se filtró en la red unas semanas atrás, solo se quedó en silencio, asimilando las imágenes con las que ella no paraba de tener pesadillas. Aunque ya habían asumido que Kim no volvería, que aquel vídeo circulase en la red era la constatación definitiva de su muerte.

Quizá por eso también le resultase raro que, incluso con la Cacería como tema principal después del vídeo, casi nadie en la

ciudad hablase abiertamente de los alphas. Grace entendía el motivo de que su padre no lo hiciera, pero a la vez le sorprendía que pareciera decidido a no volver a abordar nunca más un tema que antes le apasionaba. Nada era suficiente para borrar el abatimiento, el dolor que parecía marcar las finas arrugas que le rodeaban los ojos.

Con cuidado de no alarmar a su padre, Grace se puso en pie y se apresuró a rodearlo con los brazos.

—¿Y esto viene a cuenta de qué?

Ella frunció el ceño, pero no lo soltó.

—Porque me apetece recordarte lo importante que eres para nosotras.

A Ellis se le descompuso la expresión e intentó disimularlo girando la silla para revolver los fideos dentro de la olla con un gesto tan mecánico que no resultó natural.

—No hace falta que te preocupes por mí, Grace —dijo—. No me voy a derrumbar.

—¿Seguro?

Ellis disimuló la tristeza como pudo mientras añadía:

—He asimilado la verdad y estaré bien. Solo nos queda pasar página.

Sus ojos se endurecieron y ella sintió que el nudo en su garganta se tensaba.

—No lo digas así —repuso ella deseando cortar la tensión repentina. Se inclinó, cogió un panecillo entre las manos y le dio un bocadito para disfrutar del delicioso sabor de la mantequilla con especias que tanto le recordaba a su infancia—. Solo quiero que no se te olvide que estoy aquí. Te quiero de aquí al sol.

Le pareció que su propia voz sonaba agotada y Ellis le sonrió pese a ello. Era la frase con la que les deseaba las buenas noches a sus hijas.

—Yo también estoy convencida de que a mamá le habría encantado participar en la Cacería —apuntó Ania de pronto, y Grace se fijó en el destello inquieto en los ojos de su padre.

—La gente como nosotros no tenemos posibilidades de…

—Grace —la reprendió su padre, y ella bajó la cabeza algo avergonzada. No quería que su hermana se hiciera falsas ilusiones, pero tal vez estaba siendo demasiado cruda.

—Seguro que le habría encantado —accedió a decir tras un breve silencio, y después apretó los labios en una línea recta.

Ania sonrió y extendió una manita para chocarle los cinco.

—Además, en tu caso, creo que después de estar en la cárcel seguro que lo de la Cacería sería pan comido.

Aquello hizo sonreír a Ellis, que dejó tres platos de fideos con zanahorias asadas sobre la pequeña barra de la cocina. Se sentaron a la mesa y en el pecho de Grace se mezcló el sentimiento de añoranza con la necesidad de superar la pérdida, sobre todo al ver la silla que quedaba sin ocupar a su lado.

—Creo que ya deberíamos dejar atrás el tema de la cárcel —soltó Ellis con la boca crispada y los palillos entre los dedos. Entonces giró el rostro hacia Grace—. ¿Qué tal ha ido la entrevista con Pegasus?

Los fideos casi se le atascaron en la garganta.

—Bueno…

Su actitud despertó la curiosidad de Ellis.

—No estaban interesados en el prototipo —admitió con desgana, rebuscando alguna excusa creíble con la que desviar la atención. Desde luego no podía explicar que su fracaso se debía en parte a que jamás tuvieron intención de ofrecerle una oportunidad—. No lo veían fiable.

—¿Seguro que solo ha sido eso?

La sangre abandonó su rostro en cuanto Ellis levantó un dedo acusador. No era un buen augurio, lo sabía, y al mismo tiempo odiaba que su padre pudiese leer las mentiras en ella con tanta claridad.

—La verdad, Grace. Por favor.

—Supongo que estaban más interesados en el vídeo de Kim y Emily que en contratarme.

Al pensar en su fracaso, le dolió el pecho. Ellis se quedó de piedra por un momento. Después, apartó los palillos y la miró con preocupación.

—¿Te han preguntado por Kim?

—Me han puesto el vídeo.

La rabia se abrió paso a través de los ojos apacibles de su padre. No hablaban del vídeo, mucho menos delante de Ania.

—¿Te han preguntado por nuestro negocio? ¿Por tu familia?

Grace se puso en pie y Ellis apartó el plato con nerviosismo. No era la primera vez que lo veía con esos temblores en los dedos callosos, pero sí le resultaba extraña su actitud.

—No, solo me han preguntado por Kim y Emily, por el vídeo. Nada más —admitió Grace.

La respuesta pareció relajar un poco a su padre y, aunque Grace abrió la boca para preguntar por qué estaba tan nervioso, Ellis se adelantó a ella al levantar una mano en el aire:

—Déjalo estar, por favor. Hay algo de lo que necesito hablaros.

—Si estás enfadado porque…

—He conseguido un puesto en la Feria del Eclipse —interrumpió Ellis quitándose las gafas y limpiándolas con el borde de su camiseta negra—. Es la primera vez en años que logramos estar en la Feria y era algo que tu madre deseaba con todo su corazón. Por favor, necesitamos mantener un perfil bajo. No llaméis la atención. Podemos conseguir un buen dinero con todo lo que vendamos en la Feria. Llevamos mucho atraso con los pagos del alquiler del taller, y en cualquier momento nos pueden echar. Y haber pagado hoy la fianza ha sido un golpe a nuestros ahorros.

Esta vez fue Grace quien frunció el ceño. Participar en la Feria era una buena noticia, pero las palabras de su padre estaban tan cargadas de veneno que le costó asumir lo que significaba. Sabía que el negocio familiar (un negocio de chatarreros, precario) les daba las ganancias justas, no necesitaba la advertencia de que su error los ponía en una situación todavía más al límite. Por su parte, la Feria era un evento anual que se celebraba en los límites de

Ciudad Espejo y al que acudían miles de personas de todo Ynsgard. Eso podría ayudarlos a recuperarse.

—Tu madre estaría muy contenta —añadió su padre al ver que ella permanecía distante, callada. Volvió a tomar los palillos como quitando hierro al asunto y acercó el plato hacia él.

Grace quería creerle, pero estaba convencida de que a Kim no le habría apasionado realmente la noticia de ese puesto. Ella solo pensaba en los alphas, en las rebeliones del norte, en la maldita Resistencia. Aunque su madre acababa de morir, lo cierto era que llevaba muchos años ausente. Siempre con la cabeza en el bosque. Aquel maldito vídeo solo era la prueba de que para Kim lo más importante no eran ellos. De lo contrario, no se habría acercado al bosque, no habría asumido semejante riesgo.

Aquel pensamiento avivó el dolor de los últimos meses. De pronto, la situación se le antojó insoportable y, sin pensarlo, Grace dio un manotazo en la mesa y Ellis se quedó desconcertado.

—No es verdad, nada de eso es cierto —lo acusó—. Tú lo sabes bien. A mamá no le importaba en absoluto el negocio. Tú eres el que realmente se ha ocupado de mantener todo esto a flote. No ella. Ni siquiera yo.

Era un golpe bajo y lo supo incluso antes de ver la expresión sombría de su padre. No dijo nada, y Ania tampoco. Pero sintió su tristeza, la misma que la llenaba a ella. Aquel arrebato no era propio de ella, pero el cansancio, la ansiedad por lo ocurrido, la estaba llevando al borde de sus límites.

—Por favor, Grace, deja el asunto y come tranquila. —Ellis evitó mirarla a los ojos.

—¿Para qué? —inquirió con las lágrimas desbordándose, toda ella llena de dolor, de miedo—. ¿Para seguir luchando por un negocio que está destinado a morir? Nunca tendremos dinero suficiente para pagar un alquiler que sube cada mes. Y Kim nunca volverá.

Disgustada, cogió el plato y lo llevó al fregadero antes de retirarse a su habitación. Sabía que había sido injusta, pero estaba tan cansada y ansiosa que no podía seguir como si nada pasase, no

podía seguir ignorando la situación, las deudas. Tenía que existir una manera de dejar aquella vida en el tercer anillo. Se negaba a seguir enjaulada en esa existencia vacía, llena de preocupación por llegar a fin de mes, por pagar las cuentas.

Justo en ese momento se dio cuenta de que cada día odiaba más aquella casa diminuta. El pensamiento le arrancó una sonrisa llena de ironía. Era, cuando menos, curioso, porque antes de que Kim desapareciese ella no había notado lo claustrofóbico que resultaba el taller, lo asfixiante que podía ser su hogar. Simplemente seguía con su vida.

Estaba a punto de volver al salón y pedir perdón a su padre cuando se fijó en la pila de papeles que hacía días había traído del taller. En silencio, alargó la mano y cogió una libreta llena de garabatos de su madre. Eran notas en las que hablaba de los alphas. Un resumen exhaustivo de las consecuencias del desastre de la multitecnología y cómo esta misma podía solucionar el problema causado por Sisne, una de las corporaciones más importantes que había existido jamás. Hacía más de setenta años, Sisne había recibido unas licencias otorgadas por el emperador y otras megacorporaciones. La finalidad de estos permisos había sido mantener vivas especies al borde de la extinción. Para llevarlo todo a cabo, Sisne había construido un recinto dentro del bosque, aquel espacio natural que ocupaba casi un tercio completo del territorio de Ynsgard y que resultaba idóneo para mantener a la fauna autóctona. Lo que el resto del mundo no había sabido era que Sisne experimentaba con la ingeniería genética. Se habían dedicado durante años a crear criaturas, los alphas, mezclando diferentes cadenas genéticas. Esas bestias que ahora vivían en ese lugar al que nadie tenía acceso.

Grace entornó los ojos y sus dedos se deslizaron sobre las palabras con anhelo. Su madre llevaba años estudiando todo lo que había pasado en las instalaciones de Sisne.

Volvió a pensar en la Cacería.

¿Tendría alguna posibilidad de participar? Lo dudaba, pero eso no evitaba que pudiese fantasear con la idea de inscribirse e incluso ganar. Si ella cazase al alpha, su familia dejaría aquella vida llena de penurias. Ania podría estudiar lo que quisiese, Ellis tendría un taller en condiciones.

Resultaba doloroso anhelar algo que jamás podría tener.

Puede que Kim ya no estuviese, pero ellos necesitaban salir adelante.

Grace dejó a un lado las notas. Cansada, se miró en el espejo del tocador y encontró a una mujer diferente a la que era hacía tan solo unos días. El pelo negro se le derramaba sobre el hombro derecho remarcando las ojeras oscuras que le rodeaban los ojos caoba. Tenía la piel morena salpicada de pecas, un cuerpo robusto con los músculos de los brazos demasiado marcados y una nariz recta que se alargaba casi hasta sus labios redondos y amplios.

Se aferró a la tristeza que sentía. La vida de Grace había estado llena de despedidas, y se negaba a cerrar una puerta que necesitaba mantener entreabierta por si ella volvía.

CAPÍTULO 3

NEREIDA

Se suponía que no debía estar allí.

Una asesina no debería renunciar a las obligaciones del trabajo solo por correr a cumplir con las expectativas de su hermana cada vez que esta la llamase. Al menos así era si eras una persona corriente y no la hermana bastarda de la emperatriz de Ynsgard. Una ocupación a tiempo completo, mal remunerada y que debía compaginar con su papel dentro de la Hermandad.

A solas con sus pensamientos, Nereida aguardaba con impaciencia la reunión con Zarina. No era habitual que su hermana requiriese su presencia con un tono imperioso que no daba lugar a réplica. De hecho, la emperatriz solía estar tan ocupada que en los últimos meses apenas se habían visto más de un par de veces.

Mientras caminaba por los enormes y silenciosos pasillos, la asesina no pudo evitar pensar en la desesperación de la emperatriz y las razones que la habían empujado a convocar una Cacería. Después de la muerte de su marido en el bosque, diez años atrás, nadie habría imaginado que Zarina sería capaz de revivir el horror y exponerse de esa forma. Nereida la conocía lo suficiente como para hacerse una idea de la presión a la que debía de estar sometida para tomar una elección tan difícil y arriesgada.

Con las manos en los bolsillos, sacudió la cabeza y pasó delante de dos guardias con semblante serio. Lucían el emblema de la casa imperial en la solapa del uniforme plateado, a juego con los estandartes que colgaban de las paredes lisas. Ninguno le dijo nada,

simplemente la observaron con aburrimiento, y ella se limitó a seguir caminando e internarse en las entrañas del palacio. La imponente construcción parecía sobria y elegante, pero a ella le resultaba fría, demasiado moderna e insípida. Sus antepasados habían pretendido que aquella fortificación, que se alzaba en el centro de la ciudad, se convirtiera en un símbolo de su legado. Y así era. En cuanto llegabas a Ciudad Espejo era imposible no fijarse en la enorme estructura circular en el medio de los anillos. Un palacio de más de cincuenta plantas cuyo edificio principal se hallaba rodeado por diez torres.

A Nereida le parecía que su hermana hacía un uso desmedido de sus privilegios. Desde que fue nombrada emperatriz, Zarina llevaba a cabo pequeñas remodelaciones con la intención de que aquellas salas enormes y frías fuesen más parecidas a un hogar acogedor. Algo que resultaba imposible, al menos para ella. Nunca se había sentido a gusto en ese inmenso palacio. Odiaba el color apagado de las paredes, el suelo de mármol liso y el olor a detergente caro que inundaba el aire. En realidad, tampoco podía negar que parte de su disgusto estaba relacionado con los recuerdos que la esperaban en los rincones: era difícil encontrar una esquina que no estuviese ligada a un momento triste de su infancia.

De niña había caminado por aquellos pasillos envuelta en una inocencia que terminó perdiendo con el paso de los años. Su padre, cuyo rostro estaba coronado por unas cejas pálidas y por un pelo largo y ondulado que desafiaba la sonrisa adusta que solía mostrar ante el mundo, había sido siempre duro y frío con ella. Nereida había crecido a la sombra de su hermana. Su infancia había estado marcada por el desdén y el rechazo que su padre había sentido hacia ella y que no se había esforzado en disimular. Pero había aprendido a lidiar con ello. Veinticinco años habían sido suficientes para forjarse una coraza que la protegiera de los recuerdos que aquel lugar despertaba.

El murmullo de una conversación la atrajo e, impulsada por aquellos pensamientos, pasó debajo de una de las escaleras principales y se acercó hasta la sala de los retratos. Allí, el sol se

derramaba sobre las cristaleras del techo y dibujaba haces dorados sobre el suelo, que estaba cubierto por una moqueta importada de tejidos brillantes.

—¿Nereida?

Era la voz de su hermana. Nereida siguió el murmullo y llegó hasta la caldeada alcoba en la que cinco guardias vigilaban desde la puerta.

—Querida, te esperaba más tarde —dijo la emperatriz al verla.

Zarina estaba en su saloncito del té rodeada por una docena de damas de la corte. Su porte regio se tambaleó un instante, solo un segundo en el que, aparte de su hermana, nadie más pareció darse cuenta. Nereida se percató en ese momento de las enormes sombras que le rodeaban los ojos oscuros y que eran imposibles de ocultar por muchas capas de maquillaje que llevase.

Enseguida, Zarina recuperó el semblante serio y con un gesto de aburrimiento dijo:

—Dejadnos a solas.

Nereida aguardó mientras las damas abandonaban el salón circular, no sin antes esbozar una calculada reverencia a su majestad. Solo entonces toda la tensión de sus hombros se liberó y, justo cuando estaba a punto de decir algo, su hermana se acercó hasta ella y tiró de su brazo para hacerla entrar, cerrar la puerta y quedarse completamente a solas. Aquel saloncito con el suelo oculto bajo una moqueta de hilo dorado era uno de los lugares favoritos de la emperatriz. Gozaba de unas estanterías de nogal que albergaban cientos de libros heredados por sus antepasados y una docena de muebles de roble tapizados en seda importada desde el norte.

—Neri, pensaba que vendrías para la cena —exclamó con la emoción contenida en la voz.

Zarina estaba tan guapa como siempre, pero en las últimas semanas parecía haber perdido peso, y también algo de dignidad. Pese a los retoques estéticos que acababa de hacerse, ni los mejores cirujanos eran capaces de ocultar el cansancio que le velaba los ojos.

—Digamos que me he adelantado un poco —replicó. El olor a violetas y tabaco alcanzó a Nereida en cuanto su hermana se arrojó sobre ella y le plantó dos besos en las mejillas—. Espero no molestar.

—En absoluto, nunca lo haces. ¿Te apetece tomar algo?

Nereida asintió y miró a su alrededor buscando algún indicio de su sobrina.

—¿Y Lucy?

—Está en las clases de piano, querida —replicó Zarina. Para sorpresa de Nereida, una nota de decepción le arañó el pecho. Le hubiese gustado ver a la niña. Lucy crecía bajo la rigurosa educación de una futura emperatriz y las lecciones no le dejaban mucho tiempo que compartir con su familia—. Tiene toda la tarde ocupada, dudo que puedas verla hoy.

La emperatriz era casi diez años mayor que Nereida y, aunque su cuerpo empezaba a evidenciar el paso de los años, sus facciones aún eran similares a las de su hermana. Aun así, las diferencias entre ambas saltaban a la vista. Para empezar, Zarina tenía el pelo un poco menos rubio y su figura no era tan atlética. Los ojos negros y la nariz, demasiado respingona, enmarcaban unos labios carnosos y un mentón puntiagudo, lo que confería a su rostro unos ángulos atractivos, a diferencia de Nereida, cuyos ojos claros enmarcaban una nariz recta y los labios delgados. Sin embargo, la mayor diferencia recaía en el porte elegante de Zarina, cuya expresión autoritaria era la de alguien acostumbrado a liderar, mientras que su hermana estaba habituada a cargar con armas.

—Supongo que me has llamado para reñirme por lo de ayer…

—Supones bien —indicó Zarina, que y señaló la butaca frente a la chimenea. Nereida se sentó—. Me encantaría saber cuántas veces eres capaz de arruinar las cosas por el mero hecho de demostrar que vales para esto. Ya no tienes quince años, Nereida. No puedo sacarte los pies del barro cada vez que cometes una estupidez.

Nereida se encogió de hombros, repentinamente cansada y poco dispuesta a escuchar un discurso sobre la responsabilidad y el honor.

—La Hermandad ha hablado conmigo —continuó la emperatriz, mirándola de arriba abajo—. Jacin quería suspenderte y el resto de miembros del Consejo de la Hermandad estaban más que dispuestos a secundar su moción. Tienes suerte de que los haya disuadido.

Oyó cómo su corazón latía desbocado ante la gravedad de las palabras de su hermana y miró a su alrededor, nerviosa.

—Admiro el valor con el que quieres recuperar tu gloria de asesina, pero en este momento agradecería que mantuvieras un perfil bajo y te ciñeras a las obligaciones que te conciernen.

Nereida alzó una ceja, incrédula, y tuvo la certeza de que su hermana no le estaba diciendo toda la verdad.

—¿Por qué?

—¿En serio me estás preguntando esto? —Zarina arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—Ayúdame a entenderlo —respondió Nereida, y fijó los ojos en el fuego artificial de la chimenea—. No estás siendo sincera conmigo. Esto lo haces por ti, no por mí. Sabes perfectamente que soy buena en mi trabajo.

—¿Segura? —La pausa que siguió a la pregunta le pareció humillante a Nereida—. Kenneth me dijo que te redujeron con demasiada facilidad.

«Maldito Kenneth», pensó Nereida sintiendo aquello como una puñalada a su amistad.

Incómoda, se reclinó en el sofá y se pasó las manos por la tela del pantalón negro. Zarina la miraba con aquel gesto inquisitivo que no auguraba una conversación amena y Nereida se sintió en la obligación de defenderse.

—Puede que esté un poco oxidada, pero sigo siendo buena —admitió, consciente de que llevaba dos años bailando al ritmo de la Hermandad, demasiado desesperada por volver a sentirse útil, ansiosa por demostrar su valía.

—No te he hecho venir aquí para reñirte, Nereida. Necesito tu ayuda. Necesito que estés de mi lado.

Zarina centró su atención en la pantalla holográfica que descansaba sobre la mesa junto a la entrada. Pulsó un botón en su pulsera y Nereida observó las imágenes del alpha que desde hacía días inundaban la red. La bestia era enorme y pesada, con el pelaje oscuro y unas fauces repletas de dientes afilados. Estaba claro que era una amenaza para la seguridad de la ciudad. Un contratiempo que ponía en jaque el gobierno de su hermana, a la que las megacorporaciones estarían presionando por aquel asunto.

—He convocado una Cacería—. Lo dijo como quien exhala un suspiro, y Nereida se dio cuenta del peso que las palabras tenían en su hermana—. Desde que se filtró el maldito vídeo, no dejan de presionarme, y esto es algo en lo que tengo que ceder —explicó la emperatriz con un gesto cansado, y Nereida comprendió a qué se debían las ojeras bajo sus ojos.

Incómoda, evitó mirar el vídeo. Hacía casi tres semanas que se había filtrado en la red negra y no tardó en llegar a todas las holopantallas de la ciudad. Lo que casi nadie sabía era que aquel suceso había ocurrido casi tres meses atrás.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no en su momento? Hace tres meses que sabes lo que ocurrió, quizá hubiese sido mejor hacerlo entonces.

Zarina negó con la cabeza.

—Porque precisamente ahora que todos lo saben, no dejan de hablar de ello —soltó la emperatriz con la voz doblada por la angustia.

El silencio que siguió a sus palabras obligó a Nereida a estudiar el rostro cansado de su hermana.

—Tienes razón, ahora mismo no se habla de otra cosa en la ciudad —respondió ella, y el rostro de la emperatriz perdió el color—. Está en todos lados.

Zarina apretó las manos sobre sus piernas y se giró para ponerse en pie, pero Nereida la cogió del brazo y la obligó a mantenerse sentada:

—¿Estás segura de todo esto? —No pretendía hacerla cambiar de opinión, su intención era ahondar en la verdadera motivación de su

hermana, saber si solo cedía por petición de las megacorporaciones o si en realidad pretendía demostrarse algo a sí misma—. Sobre todo, después de lo de Helio. ¿Has pensado ya cómo se lo explicarás a Lucy?

Aquello fue demasiado. Lo supo por el temblor en los labios de su hermana. Toda la fachada de rectitud se tambaleó por un segundo y Nereida apreció la lucha que se libraba dentro de ella en ese silencio tenso.

—Lucy no habla del tema. Tampoco es que recuerde mucho a su padre, así que no creo que esto le afecte especialmente.

Nereida tuvo que darle la razón, aunque intuía que su sobrina se guardaría sus propios sentimientos al respecto; después de todo, en la familia estaban acostumbrados a ello. Lucy no recordaría demasiado a su padre, pero Ynsgard sí. Precisamente había sido Helio el que se había empeñado en participar en la última Cacería. Había sido su decisión arriesgarse a morir en el bosque sin que nadie pudiese recuperar su cuerpo. Pero aquello había resultado devastador para Zarina, a quien la depresión posparto ya tenía entonces postrada en un estado de tristeza absoluta.

La emperatriz se pasó una mano por los ojos empañados y apartó la culpa de un manotazo.

—Nadie te culparía si no siguieras adelante con esto —dijo, aunque era demasiado consciente de que, con toda probabilidad, su hermana no daría marcha atrás.

—Tengo que seguir con esto, Nereida. No es algo que simplemente pueda ignorar. No es como si este fuera un alpha cualquiera —soltó, y se alisó la falda de terciopelo azul antes de mirarla a los ojos. Una tormenta de dudas se fraguaba en su mirada. Nereida lo veía en su expresión apagada, en la forma en la que arrastraba las palabras hasta darles forma—. No hay información sobre este tipo de alpha en particular, ni siquiera aparece en los registros. Parece una mezcla de varias especies animales, felinos con algo más. La verdad es que tampoco he leído en detalle los informes que han hecho mis asesores, pero llevan días hablando con el

Ministerio Natural para llegar a las mismas conclusiones de siempre: nunca seremos conscientes de todo lo que hizo Sisne en el bosque. Podrían pasar décadas y seguiremos descubriendo nuevos tipos de alphas.

El agotamiento en la voz de su hermana hizo reflexionar a Nereida. Se suponía que todos los alphas que fueron creados en el desastre de la multitecnología estaban registrados en los archivos de la ciudad. Se trataba de un registro exhaustivo compuesto por cientos de miles de documentos en los que se incluían todos los diseños, prototipos y licencias que se otorgaron en su momento, antes de que alguien pudiese suponer el desastre que vendría.

—Perdona, me están volviendo loca y últimamente pierdo los nervios. —Zarina se acercó a la mesita en la que reposaba una tetera. Se sirvió una taza humeante y paladeó la bebida antes de volverse hacia Nereida—. No quiero contrariarte, solo necesito que todo esté bien, que mantengas una actitud ejemplar.

—Todo irá bien, estamos juntas en esto. —Sonrió, pero su hermana no le devolvió el gesto.

Zarina se sentó de nuevo a su lado y bajó un poco la voz:

—Mañana llega la embajadora de las colonias de Zerg y estoy preocupada.

Así que esa era la verdadera razón por la que su hermana estaba al borde de los nervios. La visita de una embajadora suponía reuniones, eventos y, sobre todo, rendir cuentas a otros.

De repente, Nereida tuvo la certeza de que la presión a la que estaba sometida su hermana no solo era el peso y la responsabilidad de gobernar. Aquello se trataba de una cadena bien atada con la que las megacorporaciones controlaban cada uno de sus movimientos, cada una de sus decisiones. Servir a Ynsgard no solo era el deber de Zarina, también reforzaba la legitimidad de los acuerdos que firmaron tras el desastre de la multitecnología y les permitía controlar la ciudad.

A fin de mantener esos acuerdos, Zarina convocaba la Cacería igual que lo habían hecho otros emperadores antes que ella. En los

últimos setenta años se habían celebrado poco más de una decena de Cacerías con el fin de mantener el misticismo del bosque y reafirmar que el Gobierno tenía alguna autoridad sobre este. Por supuesto, aquello era un espejismo. El bosque era terreno prohibido, nada entraba o salía de él a excepción de los enviados a las Cacerías, y bien sabían todos que, incluso en estas, muy pocos sobrevivían para contarlo. Así que su hermana estaba llamando a la gente a participar en una masacre.

De pronto, una idea estalló dentro de la cabeza de Nereida, una tan descabellada que podía suponer una posibilidad para lo que tanto anhelaba. A casi nadie le agradaba recordar que unas bestias peligrosas se mantenían cautivas en el bosque y, sin embargo, la Cacería resultaba un aliciente para cualquiera que buscase la gloria eterna. Su mente se puso en marcha y acabó por definir el plan que desde el día anterior no dejaba de dar vueltas en su cabeza. Había pensado en participar en la Cacería si, después de todo, Zarina decidía seguir adelante con aquello, pero no había terminado de darle vueltas a la idea de quién podría patrocinarla. Hasta ese instante. Supo que ese era el momento que esperaba, la oportunidad, y no pensaba desaprovecharla.

—Te prometo que te ayudaré en todo lo que pueda —dijo con un tono afable, motivada—. De hecho, se me ocurre qué puedo hacer por ti.

Zarina se apartó un poco y la miró con suspicacia.

—No me gusta esa mirada…

—Conviérteme en tu campeona.

La emperatriz se quedó con el rostro desencajado, resguardada en el silencio de la petición, y Nereida aprovechó su desconcierto para continuar:

—Soy tu hermana, soy una asesina entrenada por la Hermandad. Puedo ser tu campeona, puedo liderar el equipo que envíes a la Cacería.

La emperatriz ladeó la cabeza, contuvo sus emociones bajo una expresión neutra:

—Nereida, ojalá pudiese hacer gala de tu seguridad para ignorar los problemas que ahora mismo me llegan hasta el cuello —dijo su hermana—. Tengo a Pegasus y a 4DL encima de cada movimiento y tú me pides esto.

Cualquier atisbo de simpatía se había esfumado de su voz. Pegasus y 4DL eran las dos megacorporaciones más importantes de todo Ynsgard. La primera se dedicaba a la fabricación y exportación de tecnología y medicina, mientras que la segunda se había especializado en el cultivo de granjas y distribución de alimentos a lo largo de todo el país. Si a Nereida le preguntaran quién gobernaba realmente Ynsgard, habría contestado sin dudar que las megacorporaciones.

—¿Y qué pasa con eso? Tendrás que inscribir tu equipo, es una tradición que no puedes romper. Quizá yo pueda ser la solución a todos tus problemas sobre la Cacería.

—Ni de coña —cortó su hermana, y esta vez se puso en pie con un movimiento violento—. No vas a participar.

—Si gano, me ayudaría a posicionarme mejor dentro de la Hermandad. Estoy convencida de que se les olvidaría mi pequeño desliz.

Zarina la miró con irritación.

—Me importa un bledo tu desliz, Neri —admitió, masajeándose las sienes—. Arregla tus propios asuntos, no tengo interés alguno en meterte en esto solo para complacer tu sentido de autodestrucción. No volveré a perder a alguien por culpa de ese maldito bosque.

Zarina alargó una mano hasta la mesa y dejó escapar un suspiro ruidoso en absoluto propio de ella. Nereida veía las grietas a través de su fachada. El miedo, la angustia y las noches en vela. Comprendía que lo que le pedía a su hermana era demasiado, pero estaba tan desesperada por esa oportunidad que necesitaba intentarlo.

—Desde que papá logró electrificar las vallas que bordean el bosque, no habíamos tenido ningún ataque —repuso Zarina dejando la copa vacía sobre la mesa—. Nuestro padre era un mujeriego; un

depravado, si prefieres llamarlo así. Pero no era tonto. Sabía cosas que nosotras no. Además, Zarah está preocupada por los últimos cargamentos que han sido asaltados por la Resistencia: sin metal biológico no podemos surtir a las grandes corporaciones, lo que afecta al equilibrio económico que mantenemos, no solo en la ciudad, sino en todo Ynsgard.

Las sombras bailaban en sus ojos, agitándose con la preocupación que arañaba sus palabras. El metal biológico se usaba para hacer armas y tener el control del país, le garantizaba poder y estabilidad al Gobierno de Zarina.

—¿Sabes lo que realmente me ayudaría? —continuó, al ver que Nereida no decía nada—. Que vinieras a cenar con nosotras la noche del eclipse, después de la Feria...

La frase se quedó inconclusa por dos golpes que en ese instante resonaron contra la puerta de madera. Nereida se levantó justo a tiempo para ver a un séquito de hombres adentrarse en el salón.

—Mi señora —saludó Hadi, el tío de Zarina. Era un hombre rechoncho con un prominente bigote pálido y un sombrero tan grande como sus ambiciones políticas—. Los directivos de 4DL solicitan una reunión.

Zarina miró a su hermana con gravedad:

—No hemos terminado.

Lo dijo con el tono de emperatriz que solía usar cuando estaba poco dispuesta a discutir sobre el tema y Nereida se sintió diminuta, como una niña, frente a lo imponente que resultaba esa amenaza. Aunque la verdad es que el tema tampoco estaba zanjado para ella. Seguía pensando que la Cacería era su mejor baza para recuperar su posición dentro de la Hermandad y pensaba defender su argumento frente a Zarina.

Inquieta, Nereida no pudo evitar mirar de reojo a Hadi y percibir el desagrado que le producía verla en el palacio. Hacía años que no se dirigían la palabra. Ni siquiera en los eventos familiares en los que coincidían.

Hadi le devolvió la mirada con descaro.

Se disponía a retirarse a su piso cuando un pitido seco la devolvió al presente. Se alejó del salón y solo cuando estuvo completamente sola desplegó la pantalla de su pulsera y leyó el mensaje.

Tenía un nuevo trabajo. Uno clasificado como importante.

CAPÍTULO 4

GRACE

La grasa se le escurría entre los dedos y salpicaba el suelo gris palo para después acumularse en un charco denso bajo las botas de Grace. Mientras, sus ojos estudiaban con atención aquella maldita tuerca que no conseguía encajar dentro de los engranajes de la cafetera eléctrica.

Frustrada, apoyó la espalda contra el respaldo de la silla y canturreó en voz baja mientras sus dedos continuaban luchando por abrirse paso entre las entrañas de la máquina; enfrentarse a la dificultad del mecanismo le estaba ocasionando un intenso dolor de cabeza. Aquella cafetera suponía un reto personal, y a Grace le encantaba trabajar en las causas perdidas. Le apasionaba dedicar horas de su tiempo a esos cachivaches que su padre daba por inservibles y que para ella resultaban tesoros de valor incalculable que podía vender a precios módicos. Probablemente en el segundo anillo nadie utilizaría una cafetera como aquella, pero la gente del anillo exterior pagaría una fortuna por el aparato, y se suponía que la Feria era el lugar ideal para vender un trasto viejo pero útil como aquel.

Su paciencia estaba a punto de acabarse. Cuando empezaba a pensar que lo mejor era renunciar, dar por muerto aquel trasto casi irrecuperable, un chasquido le acarició los oídos.

Sonrió para sí misma y el repentino éxito alivió un poco la sensación de fracaso que en los últimos días se le había adherido al cuerpo. Aunque quería pasar página, Grace no dejaba de repasar

mentalmente su entrevista en Pegasus. Pensaba en cada frase de la conversación, reformulaba sus respuestas y se machacaba al recordar la negativa que le ofrecieron. Resultaba que era una experta en darle vueltas a todo y, aunque el trabajo ayudaba a mantener su mente ocupada, Grace se sentía decepcionada ante la oportunidad perdida. Era un recordatorio de su posición en un mundo en el que, si no tenías el apellido correcto o los contactos necesarios, no importaba cuanto te esforzases: esas posibilidades eran ofrecidas a personas menos capaces.

En ese momento, la atención de Grace se deslizó hasta una sombra pequeña que se movía a su espalda y, con una sonrisa disimulada, levantó los ojos.

—Ni se te ocurra —dijo con cautela justo cuando los dedos de su hermana estaban a punto de coger el plato que descansaba junto a ella en la mesa. Ania soltó un chillido ahogado y una carcajada le trepó por la garganta—. ¡Te pillé!

Enseguida, la niña ocultó las manos detrás de la espalda y miró con inocencia el trozo de tarta que su hermana casi se había olvidado de comerse mientras estaba ocupada arreglando la cafetera.

—No iba a robártela —musitó Ania moviéndose sobre las puntas de los zapatos con una pizca de nerviosismo. Si su intención era tomarla por sorpresa, no tardó en cambiar de parecer cuando Ellis apareció en la tienda seguido por el fuerte olor a tierra húmeda que rodeaba la Feria—. Solo quería asegurarme de que estás atenta al negocio.

Grace aprovechó la ocasión para dar un bocado a la tarta y apartar la cafetera. Sus ojos se deslizaron por la tienda y admiró el gran trabajo que había hecho su padre al dejarlo todo bien colocado. Era una carpa pequeña, de unos quince metros cuadrados, con un recibidor y varios estantes bien dispuestos y surtidos de aspiradoras, viejos portátiles y algunas pulseras transmisoras.

Ania dio un paso al frente y su padre le acarició los rizos con un gesto de pesar. La piel demacrada del rostro de Ellis le hacía parecer

mayor, y, por primera vez, Grace temió la posibilidad de perderlo a él también.

—¿Va todo bien? —preguntó con el miedo atascado en la garganta, y se dio cuenta de que últimamente convivía con aquella emoción de forma permanente. No es que antes le fuese ajena, pues Grace había cruzado el mundo para llegar a esa ciudad y en el camino lo había perdido todo, pero esas semanas le recordaban tanto a los días de su infancia que era incapaz de desprenderse de una sensación rígida en el estómago.

Por un segundo, Grace temió que Ellis fuese a derrumbarse allí mismo. Trabajaba duro en la Feria, era cierto, pero a veces Grace creía atisbar una duda sobre el futuro de la chatarrería en medio de su silencio.

—Sí, claro. Solo estoy cansado —dijo el hombre, y entonces bajó los ojos hacia Ania, que se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas. El vestido gris ceniza con volantes blancos se derramó alrededor de ella y Grace se fijó en el cierre dañado y a medio subir de la espalda—. ¿Te apetece ir a por una manzana glaseada?

Los ojos de Ania se abrieron con entusiasmo y el cabello oscuro le cayó desordenado sobre el rostro en cuanto se puso en pie de un salto, emocionada.

—Vamos —la animó Ellis forzando una sonrisa, e hizo girar la silla hacia la salida—. Grace, te quedas al mando.

Ella asintió y Ania le mostró una sonrisa antes de alejarse dando saltitos en dirección a la calle.

La tienda que Ellis había conseguido en la Feria del Eclipse se encontraba en la tercera fila de carpas, casi en el centro. A Grace le parecía que habían tenido suerte. No era una mala ubicación, sobre todo teniendo en cuenta que el conglomerado de pasillos estrechos duplicaba el del año anterior y había mucha competencia. Además, en esa parte de la Feria el olor a combustible no era tan potente como en la zona más exterior. Allí estaban rodeados de puestos de dulces, gominolas y grandes rollos de canela que atraían a un número importante de ciudadanos.

En ese preciso instante, volvió a concentrarse en la cafetera. Hundió los dedos en los cables y dobló el alambre de cobre hasta arrancar un pitido difuso. Lo había conseguido; funcionaba. Sonrió al escuchar el ronroneo del motor y solo entonces se percató de que una chica acababa de aparecer en la entrada. Se sobresaltó un poco al fijarse en ella. Su postura denotaba soberbia. Su cuello estaba tenso, y su mentón, bien definido, elevado. Grace se fijó en sus ojos azules, que examinaban con curiosidad las máquinas expuestas mientras una sombra de disgusto le deformaba los labios rojos.

—¿Nereida?

La palabra se le escapó y, casi sin darse cuenta, dejó caer una tuerca, que rebotó con fuerza contra el suelo. La aludida la miró y el escrutinio en sus ojos hizo que Grace se sintiera pequeña, incómoda. A diferencia de Grace, que llevaba una camiseta llena de agujeros y el pelo revuelto, Nereida lucía tan elegante como la última vez. Llevaba unos pantalones de cuero negro con unas botas altas tachonadas por cintas doradas, con una camisa corta que remarcaba cada curva de su cuerpo y hacía destacar los músculos torneados del abdomen. Además del pelo rubio suelto y los labios pintados de rojo, la expresión arrogante con la que la miró fue como una puñalada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Grace, que, sin esperar respuesta, dejó las tuercas y la cafetera para ponerse en pie.

La visitante sonrió y posó las manos repletas de anillos dorados sobre las caderas.

—¿Acaso no puedo venir?

Por supuesto, era típico de ella responder a sus preguntas con más preguntas. Aquello irritó a Grace, que, casi sin darse cuenta, puso los ojos en blanco.

—Por poder, supongo que sí puedes, pero no creo que estés buscando una cafetera.

Nereida asintió y, como si pudiese intuir la incomodidad de Grace, centró toda su atención en los cachivaches de la mesa.

—Ah, ¿no? —Alzó una ceja y un brillo malicioso afiló sus rasgos atractivos—. Solo estaba de paseo por la Feria y me pareció ver algo

interesante aquí. ¿Acaso molesto?

A Grace le habría encantado responderle con la misma insolencia, pero no poseía la lengua tan afilada como Nereida y tampoco se manejaba bien en el conflicto como para alargar la situación. Al final, se conformó con apoyar las manos sobre la mesa para mantener el equilibrio y entornó los ojos esquivando los recuerdos que le producía aquel encuentro.

La atención de la recién llegada se redirigió hacia la gente fuera de la tienda y Grace aprovechó la distracción para organizar sus pensamientos. ¿Por qué estaba Nereida ahí? Había ignorado sus mensajes, la había dejado confundida y un poco dolida. Y ahora… le estaba hablando como si no hubiese pasado nada, como si apenas se conocieran. A pesar de que sus encuentros habían sido casuales, habían compartido algo más que besos y, aunque en algún momento llegó a sospechar que era un simple entretenimiento para Nereida, no fue hasta que esta le dio plantón y dejó de responder sus mensajes cuando Grace comprendió que estaba en lo cierto. Tampoco es que hubiera tenido esperanzas románticas con ella, pero, después de algunas citas, lo mínimo que podría haber hecho era no ignorar sus mensajes. ¿No se merecía Grace al menos una explicación que la ayudase a llenar los espacios vacíos que había dejado?

En lugar de reprocharle su actitud desconsiderada, dijo:

—Si buscas una aspiradora, lamento decirte que esas no son la mejor opción.

Al escuchar aquello, Nereida parpadeó incrédula y con un movimiento rápido se acercó:

—¿Tengo pinta de estar buscando una aspiradora?

Grace se miró las palmas de las manos y sintió una decepción tirante en el estómago, un nerviosismo repentino que le hizo daño. No respondió, no dijo nada. Odiaba la actitud de ella, la facilidad con la que podía despertar las mariposas dormidas de su estómago.

Grace quería decirle algo que le hiciera daño. Cualquier cosa, lo que fuera; pero Nereida se le adelantó:

—No estoy aquí para comprar nada. —Se encogió de hombros sin prestar atención a la rabia que comenzaba a acumularse en las mejillas de Grace—. Estaba buscando a una persona, pero creo que estás sola. ¿No es así?

Aquello hizo que el pulso se le acelerara levemente y respondió sin pensar:

—Sí.

Nereida frunció el ceño. Una arruga demasiado diminuta, pero perceptible, apareció justo en el medio de sus cejas. Se pasó la lengua por los labios y una sonrisa divertida se instaló allí donde Grace alguna vez la había besado. Era un gesto sutil, pero que reconoció al instante.

—Pues entonces creo que no debería seguir haciéndote perder el tiempo.

La superioridad que impregnaba su voz irritó a Grace y la obligó a enderezar la espalda. Ninguna de las dos se movió. Y, durante un segundo, Grace solo fue capaz de percibir el frío distanciamiento que reflejaba el rostro de Nereida.

—¿De verdad te vas a ir así? ¿Sin más?

¿De qué se sorprendía? ¿No era lo que había hecho en el pasado?

—¿Es que debería decirte algo?

Aquello fue suficiente como para que la paciencia de Grace se esfumara.

—Eres una engreída sin pizca de responsabilidad afectiva, así que hazme el favor de largarte. ¡Ya!

El arrebato sorprendió a Nereida, que abrió la boca para replicar, pero antes de que pudiera hacerlo Grace dio un golpe en la mesa y señaló la entrada.

—Pero… —empezó a protestar.

—Largo. No quiero volver a verte.

Confusa, Nereida giró sobre sus talones y salió de la tienda dejando a Grace con una sensación de mareo. Desde luego, no estaba preparada para un encuentro tan tenso como aquel. De hecho, en ese instante, lo último que necesitaba era rememorar las

noches que vivieron y en las que sus preocupaciones distaban mucho de ser las que ahora la envolvían. Todo aquello había sido poco antes de la muerte de Kim, por lo que en los últimos meses Grace apenas había tenido tiempo para pensar en Nereida.

Bajó los ojos a la mesa y una docena de frases ingeniosas se le vinieron a la cabeza. Si se le hubiesen ocurrido a tiempo, quizá habría podido igualar el sarcasmo de Nereida, pero, por desgracia, su presencia la bloqueaba y activaba un nerviosismo que solo la hacía sentirse torpe e insegura.

Tampoco pudo evitar preguntarse si bajo aquella máscara de frialdad con la que Nereida se mostraba ante el mundo estaría la persona a la que ella una vez pensó que conocía.

CAPÍTULO 5

NEREIDA

Nereida había participado en más de cien misiones diferentes, pero eso no hacía su trabajo más fácil.

La muerte no era sencilla y no lo sería nunca, lo sabía de sobra. Por eso, a veces se preguntaba cómo algo tan natural e inherente a la existencia humana podía causar tanto miedo y recelo. No es que a ella le resultase mucho más sencillo asumir su mortalidad, pero, tras siete años en la Hermandad, había comprendido que, aunque normalmente ella fuese la guadaña, esta también podía alcanzarla a ella en cualquier momento. Quizá por eso su vida había girado siempre en torno a su trabajo y no se relacionaba demasiado con otras personas. Era más sencillo seguir el código de asesinos cuando no tenías a nadie que te importase. Solo así podía cumplir. Solo así hacía su trabajo bien, sin distracciones. Estaba convencida de ello, así que no entendía por qué el encuentro con Grace acababa de avivar viejos recuerdos que creía enterrados en su memoria. Momentos sepultados bajo la responsabilidad que implicaba su trabajo, desterrados de un corazón roto, inservible bajo las capas de tristeza con las que se vestía cada mañana. Las relaciones solo le suponían una atadura a la que no estaba dispuesta a condenarse. No quería más complicaciones. Por eso Nereida prefería recluirse en su soledad. Era mucho más sencillo lidiar con ella que con las exigencias de otras personas. Los sentimientos solo traían dificultades y decepciones.

Sacudió la cabeza y apartó el rostro de Grace de sus pensamientos. Una brisa fría le revolvió el pelo y se permitió sentir la caricia del viento.

Convencida de que había hecho bien en alejarse de ella, metió las manos enguantadas dentro de los bolsillos y atravesó los puestecitos distribuidos alrededor del muro. Serpenteó y esquivó la marea de personas con intención de alejarse de las tiendas y moverse hasta la zona acordonada que bordeaba la Feria. Atravesó un callejón estrecho y aceleró el paso hasta alcanzar el límite de esta. Sus ojos claros admiraron el reflejo de los edificios tras las murallas, que lucían imponentes aquella tarde de primavera.

Ciudad Espejo se dividía en tres zonas, delimitadas por enormes muros de cemento, que determinaban el lugar en la sociedad de sus ciudadanos. En el anillo central se alzaba el palacio, una fortificación inmensa y el hogar de Zarina y su séquito más cercano. A continuación, se hallaba el segundo anillo, un entramado casi perfecto de rascacielos modernos con una arquitectura de vanguardia en el que se encontraban las sedes de las megacorporaciones más importantes de todo Ynsgard. Allí vivía la gente afortunada, en altos pisos con vistas espectaculares. Por último, estaba el tercer anillo. Un despliegue de construcciones de cemento y acero con aspecto triste que parecían bestias dormidas guardando la ciudad. La inmensa mayoría de aquellos edificios mantenía un estilo antiguo algo pasado de moda. Allí vivían los no tan afortunados.

Era una ciudad curiosa, llena de contraste, que ofrecía lo mejor y lo peor de la sociedad.

Nereida apartó la vista de los edificios y consultó su pulsera transmisora. Estudió la imagen de un hombre y una ficha con sus datos personales. La víctima no llegaba a los cincuenta años y, pese a la sonrisa con la que miraba a la cámara, Nereida era capaz de entrever el cansancio en su piel bronceada y llena de manchas por toda una vida sometido a las inclemencias del tercer anillo.

Con un rápido movimiento, tanteó el bláster que llevaba escondido. Apretó los dientes y trató de calmar sus nervios a medida que se acercaba hasta una zona apartada de la Feria, más cerca del bosque y las vallas que de los muros de la ciudad. Cada año montaban allí amplias tarimas para que los políticos pronunciaran discursos. Cuatro focos arrojaban luces fluorescentes sobre uno de los escenarios junto al que una marea de personas esperaba a la emperatriz. Nereida miró a la multitud que vitoreaba el nombre de Zarina al ritmo frenético de la música y se mecía con los brazos en alto meneando los vasos de cerveza. Luego se fijó en el planeador que estaba aterrizando sobre una de las plataformas.

La puerta blindada se abrió y del interior de la nave emergió la figura alta y erguida de Zarina acompañada por Zarah Reinor, embajadora de las colonias independientes de Zerg y vieja amiga del antiguo emperador. Zarah era una cuarentona alta y elegante que arrugaba la nariz cada vez que hablaba y gesticulaba con exageración. Tenía la piel cobriza cubierta por tatuajes oscuros que brillaban casi tanto como el vestido negro que llevaba, y que resaltaba una figura imponente.

—La emperatriz sí que sabe hacer una entrada triunfal —musitó una voz a su lado.

Nereida tardó un segundo en fijarse en Siri, que acababa de aparecer, y no pudo disimular una mueca de desagrado ante el comentario.

—Quiere causar una buena impresión —replicó Nereida—. Las cosas no marchan bien.

—Es la primera vez en años que celebra el Eclipse fuera del tercer anillo, tan cerca del bosque.

Era verdad, pero Nereida imaginaba que aquello respondía a la necesidad de aparentar calma y de demostrar que la emperatriz no temía a los alphas.

—No hay peligro. Han reforzado las vallas —le recordó ella con cautela.

—Sabes que eso solo es un parche para fingir que estamos seguros, pero no creo que sea suficiente para apaciguar a una multitud que teme por la vulnerabilidad de la ciudad. ¿Lo mejor que puede hacer es convocar una Cacería? ¿En serio?

—¿Y qué piensas que hubiese sido mejor? ¿Acaso ves a toda esta gente preocupada? —Nereida señaló la multitud a su alrededor—. No. Solo quieren ver a la emperatriz, escucharla. Llegado el momento, incluso se olvidarán del alpha y del vídeo. Cuando la Cacería acabe, todo esto será solo una anécdota.

Siri se giró para mirarla y las dudas le ensombrecieron el rostro. Cruzó los brazos sobre el pecho y a Nereida le pareció que en sus ojos ardía un eco de tristeza.

—Puede que la gente quiera este espectáculo, sí. Tanto a ricos como a pobres les encanta la diversión, cotillear sobre las vidas de otros. Pero ella, como emperatriz, tendría que saber darles lo que realmente necesitan, al margen de sus ansias de aplacar su ira —dijo, y volvió a dirigir su atención hacia la tarima en la que Zarina acababa de comenzar su discurso.

De manera involuntaria, las cejas de Nereida se alzaron. La voz de Siri ocultaba un matiz de resentimiento, de rabia. Aunque a Nereida le resultaba contradictorio, no le quedó más remedio que asentir. ¿Acaso no creía ella que la Cacería era una pantomima absurda? Pero ¿acaso no estaba desesperada por participar? Todas esas contradicciones se le clavaban en la piel, encendían un anhelo que se esforzaba por ignorar. La Cacería era un símbolo y, como tal, Zarina debía representar su papel, convocar a los competidores, asegurar la gloria al ganador. Pero no por ello resultaba menos preocupante ser consciente de que en ese bosque yacían ocultos miles de secretos. Incógnitas del trabajo de Sisne y peligros que no imaginaban.

Comprendía las razones que empujaban a su hermana a mantener una tradición bárbara en lugar de enviar a un grupo de soldados a hacer el trabajo sucio y traer al maldito alpha en trocitos.

Hacerlo supondría cortar con las costumbres y, ante todo, Zarina se debía a la tradición.

—Es un grato placer recibir a la embajadora de las colonias independientes de Zerg.

Un murmullo colectivo ahogó el discurso de Zarina, y Nereida estudió los rostros de la multitud para descubrir la emoción en la mayoría de ellos. Deseó sentir una pizca de su orgullo, de la pasión que los movía ante el gran acontecimiento, pero estaba demasiado acalorada y ansiosa por la situación.

Las colonias independientes de Zerg eran una de las pocas regiones de Ynsgard con autonomía. Tenían sus propias megacorporaciones y se encargaban de sus suministros, renunciando así a la protección de Zarina. En realidad, era una consecuencia del desastre de la multitecnología. Cuando el núcleo central de Sisne estalló y convirtió gran parte del norte de Ynsgard en una tierra inhóspita, las colonias aprovecharon para desligarse del poder centralizado y abogar por su independencia lejos de Ciudad Espejo.

En ese momento, Siri sacudió la cabeza y bajó la vista, hastiada.

—Un espectáculo tras otro…

Siri no llegó a concluir la frase, porque, en ese momento, una sacudida violenta agitó el mundo bajo sus pies. Una explosión arrojó a Nereida al suelo mientras un sonoro rugido se elevaba en el cielo. Aunque el instinto de la asesina la urgió a levantarse, Siri apretó su brazo y tiró de ella hacia abajo.

—¿Qué cojones está…?

Su voz quedó ahogada bajo los alaridos de la gente, que, asustada, corría en todas direcciones implorando auxilio. Algunos cayeron en el intento de huida, mientras otros se presionaban con fuerza las heridas producidas por la explosión. Trozos ardientes de metal habían volado por los aires y Nereida veía pedazos afilados clavados en los cuerpos de la gente. Una mujer con un ojo ensangrentado se cubría desesperada la cara. Una niña que acababa de perder el brazo lloraba en el suelo.

Mareada por la confusión a su alrededor, Nereida se obligó a moverse, se levantó, sujetando la mano de Siri, y se lanzó en sentido contrario al de la multitud que huía hacia las puertas de la ciudad. No había dado ni diez pasos cuando vio a un grupo de guardias que se desplazaban casi a empujones, apartando a la multitud que no dejaba de correr desesperada.

Los labios de Siri se abrieron de golpe, pero las palabras no acudieron a su rescate. Frente a ellas, un grupo de encapuchados alzaban las armas y disparaban proyectiles contra la gente que intentaba escapar.

Un niño cayó de espaldas después de que una lluvia de balas le atravesara el pecho.

—Cúbrete —le espetó Nereida a su compañera antes de retroceder.

A su alrededor, la gente caía en medio de chillidos estrangulados. Intentaban arrastrarse a pesar de sus heridas, pero los que aún se mantenían en pie, en su intento de huida, los pisoteaban ignorando su suerte.

A Nereida no le impresionó la sangre, tampoco los ojos abiertos de los que yacían inertes en el suelo. Lo que realmente sacudió sus nervios fue la desesperación con la que la multitud luchaba por abrirse paso hasta la ciudad.

El instinto de supervivencia avivó la consciencia de Nereida, que enseguida saltó hacia delante con el bláster en la mano.

—No. —Siri se precipitó sobre ella—. No puedes ir sola…

La voz de su amiga quedó amortiguada por una serie de estallidos que retumbaron contra sus huesos. Siri se cubrió la cabeza con los brazos y apartó a Nereida del camino por el que la gente corría presa del pánico.

—Es un maldito atentado —dijo Siri.

Nereida asintió, temblando de rabia. No podían atacar la Feria, no podían arremeter contra civiles de esa manera.

Estaba a punto de protestar cuando escuchó un nuevo ruido, uno que no tenía nada que ver con los disparos.

—Allí —dijo, y Siri se giró hacia el bosque, donde las vallas reforzadas se estremecieron con violencia antes de caer, convertidas en un amasijo de metal y chispazos.

Frente a ellas había una enorme criatura que acababa de emerger de los árboles. Una bestia aterradora.

No tardó ni dos segundos en reconocerlo.

Era el alpha del vídeo. Imponente, letal.

—No puede ser…

La voz quedó ahogada por el rugido de la bestia.

Nereida se tensó, al igual que Siri, cuyos dedos ya estaban empuñando un bláster. Ninguna de las dos tuvo tiempo de moverse, ni siquiera de pensar. En ese instante, estalló una bomba que arrojó la tarima por los aires y derribó uno de los planeadores. El caos estremeció a la multitud, cuyos gritos le hirieron los oídos a Nereida. Tuvo el tiempo justo para ver a los agentes corriendo a resguardar a Zarina, que ya estaba rodeada de una docena de guardias que abrían fuego contra los rebeldes.

—¡Mierda! —masculló Siri con el rostro marcado por la preocupación. Sus ojos iban desde el alpha hasta los terroristas, que en ese instante levantaron las armas y volvieron a disparar contra la multitud.

No eran simples vándalos. Estaban armados con tecnología punta y no dudaban en atacar a personas inocentes, convirtiendo un día de fiesta en una matanza. Llevaban el símbolo de la Resistencia, la silueta de una mano roja sobre un círculo blanco.

Nereida apretó las manos y, decidida, se movió para llegar hasta la tarima de la que estaban evacuando a la emperatriz, pero Siri se interpuso.

—Ya se encargarán sus guardias de sacarla de aquí —dijo—. Nosotras tenemos que ayudar a los civiles.

Nereida miró a su alrededor. El humo se condensaba mientras la conmoción general impulsaba a la multitud a huir de los agresores, a buscar refugio lejos del caos que reinaba en la Feria.

—La maldita Resistencia —escupió Siri, y entrecerró los ojos, pensativa.

Los agentes ya habían comenzado a desplegarse, pero parecían dudar entre atacar al alpha o enfrentarse a los terroristas. Cuando otro grupo de policías llegó, se dividieron y rodearon al alpha, que, en realidad, parecía estar luchando por volver al bosque, lejos del fuego, de los gritos. Los guardias dispararon dardos en lugar de proyectiles letales, pero la criatura los esquivó con facilidad.

Nereida se movía como una autómata. Le ardía la garganta por culpa del humo y no conseguía pensar con claridad. Al final, logró relegar la preocupación a un lugar apartado de su consciencia y empezó a trazar un plan en su cabeza.

Aunque intentaba poner toda su concentración en encontrar una ruta de huida, las preguntas la acechaban. ¿Qué pretendía conseguir la Resistencia atacando a civiles? ¿Era una simple coincidencia que atacaran en ese momento y que justo hubiera aparecido un alpha? La Resistencia no solía actuar en lugares públicos como ese, se limitaban a atentar en espacios ocupados por altos cargos del Gobierno o ejecutivos de las megacorporaciones.

Nereida y Siri corrieron. Se impulsaron hacia la entrada de la ciudad y empezaron a gritar a la gente para que formara una fila. La medida más sencilla era organizar a la gente, establecer un orden para resguardarlos.

—Les voy a decir que abran las puertas —gritó Siri, y se alejó hacia los agentes.

Entre el caos, los ojos de Nereida se posaron en el alpha. Era inmenso: unos tres metros de furia repartida en cuatro extremidades alargadas, el cuerpo firme como el de un felino y una cabeza ovalada en la que ardían dos ojos de fuego. Poseía una piel oscura como el carbón, salpicada por unas manchas pardas que se asemejaban a los tonos marrones del bosque y que se extendían a lo largo de su columna.

Alrededor de la bestia se movían los guardias y las fuerzas policiales con las armas apuntando hacia el alpha. Nereida vio cómo

la criatura mostraba unos largos incisivos justo en el instante en el que la dispararon, abriendo la mandíbula a la vez que se revolvía con violencia y agitaba la cabeza.

Hasta entonces se había mantenido en actitud defensiva, pero de repente se precipitó contra algunos de los agentes y los aplastó. El sonido de los huesos rotos y la visión de la sangre avivó la desesperación de la gente por entrar en la ciudad.

Los demás guardias volvieron a disparar y, esta vez, el alpha retrocedió al bosque.

—Dejadnos pasar —gritó una mujer con un bebé en brazos, y Nereida se acercó para guiarla hasta la puerta. Los guardias mantenían un cordón de seguridad que ralentizaba el avance de los civiles al interior del tercer anillo.

—Tenéis que dejar que entre todo el mundo —exigió Nereida.

—Hay que seguir el protocolo —le explicó el guardia más cercano—. Son órdenes de la emperatriz, tenemos que asegurarnos de que tengan sus acreditaciones en orden.

Nereida se mostró incrédula.

—Está muriendo gente —señaló con la voz al borde de la desesperación. El guardia simplemente la ignoró.

La impaciencia sacudió sus huesos y se dio cuenta de que necesitaba actuar. No podía conformarse con lo poco que estaba haciendo, así que volvió atrás, esquivando a las personas que corrían en dirección contraria, una marea de cuerpos que se agitaban y cuyos pasos golpeaban el suelo al ritmo de los gritos frenéticos que inundaban el aire tenso.

Nereida se lamió los labios mientras intentaba alejarse del griterío, de la locura, pero, antes de llegar al punto en el que terminaba la fila, lo vio.

Ellis. Su víctima.

Cerró los puños con fuerza y vaciló. La posibilidad de cumplir su tarea se abría ante ella, y bien sabía que no podía renunciar a actuar. No podía desperdiciar la oportunidad que el destino le brindaba y, aunque sabía que cumplir la misión en semejantes

circunstancias era una violación del código de la Hermandad, esperaba que no se lo tuviesen en cuenta.

Si era cuidadosa, nadie la vería. Nadie se fijaría en una chica más entre todos los demás cuerpos que corrían.

Deslizó el pulgar por el botón del guante izquierdo y una cuchilla plegable se extendió.

Nereida dio un paso al frente y apretó la cuchilla entre los dedos. Los gritos continuaban golpeándole los oídos mientras ella se concentraba en llevar a cabo su misión. Sería rápido, sencillo. Solo sería un cuerpo más entre todos los muertos, otro cadáver.

De repente, el hombre la vio y ella tuvo el tiempo justo para atisbar el miedo reflejado en su rostro demacrado. Los músculos alrededor de sus labios se tensaron y un grito estrangulado se le escapó. Ellis sabía quién era, reconoció la muerte al verla, y Nereida se dio cuenta de que él era consciente de la razón por la que ella se estaba acercando. Pese al horror grabado en sus labios, Ellis mantuvo la expresión seria y los ojos bien abiertos. No era más que un hombre. Un necio que había hecho algo lo suficientemente estúpido como para considerarse un indeseable a ojos de la Hermandad.

—La niña —suplicó el chatarrero cuando ella estaba tan solo a un metro de distancia. Nereida tardó un segundo en comprender lo que intentaba decirle y él señaló a un lado sin apartar la vista del cuchillo que ella empuñaba—. No tiene la culpa de mis errores, ella no sabe nada.

Nereida lo comprendió entonces. Siguió la dirección de su dedo y entrevió a una criatura de unos ocho años que estaba sentada en la tierra con las manos alrededor de las orejas y la cara enterrada entre las rodillas. Se ocultaba detrás de una de las tiendas con el vestido gris manchado de sangre, las piernas llenas de magulladuras y una herida en la cabeza.

—No le haré daño —replicó Nereida.

El cuchillo lanzó un destello en su mano, pero antes de que pudiese actuar, se escuchó el ruido de los motores de un planeador

que se acercaba a ellos. La nave aterrizó en otra de las plataformas de la Feria, una que estaba a escasos metros de donde se encontraba Nereida. La puerta lateral se abrió y a ella se le formó un nudo en la garganta al ver a una de las líderes de la Hermandad.

—¿Qué estás haciendo? —bufó Ida, una de las miembros más antiguas del consejo. Llevaba un traje de dos piezas muy elegante que acentuaba su figura atlética, el pelo canoso recogido en una trenza y los ojos enmarcados por aquella expresión de reproche que Nereida conocía demasiado bien. Con un gesto decidido, la mujer se acercó y echó una mirada a su alrededor. La Resistencia continuaba disparando, aunque algunos ya habían sido reducidos por los guardias. En cuanto al alpha, Nereida no lo vio por ninguna parte.

Ida se acercó lo suficiente como para que Nereida pudiese oler el suave perfume que emanaba de su piel. Con los dedos firmes, Ida le quitó el cuchillo de la mano y retrocedió negando con la cabeza.

—Pretendías cumplir tu tarea en este lugar. —No era una pregunta. Miró a Nereida con decepción, con la certeza de que conocía su desliz, y ella se sintió avergonzada, inexperta.

Los líderes de la Hermandad rara vez se dejaban ver fuera de las instalaciones del segundo anillo, por lo que Nereida intuyó que algo muy grave ocurría. Si Ida y Jacin estaban allí era porque la situación era tan crítica que los empujaba a actuar, y eso nunca era una buena señal. Nerviosa, tragó saliva y una oleada de horror le sobrevino en cuanto Ida la sujetó del brazo y la apartó del hombre. Después, miró a Ellis con gravedad e hizo un gesto a los dos asesinos que la acompañaban para que inmovilizasen al hombre en la silla. Luego lo subieron al planeador no sin antes asegurarse de llevarse también a la niña, que en ningún momento había levantado el rostro.

—Ahora encargaos de llevaros también a los que han participado en el atentado —ordenó Ida, y el resto de asesinos se pusieron en movimiento.

Nereida los vio acercarse a los agentes que acababan de apresar a cinco encapuchados cuyas chaquetas mostraban el símbolo de la

resistencia. Después, desvió la mirada hacia Ida y estudió su expresión. Las arrugas suaves alrededor de los ojos oscuros, la seriedad en los labios rectos y el gesto imperturbable que conocía de sobra.

—¿Qué hacéis aquí? —La pregunta se le escapó. Ida la miró enfadada.

—Tenías una tarea, una muy simple —le reprochó Jacin, que acababa de situarse junto a su compañera. Su voz poseía un matiz burlón que crispó los nervios de Nereida.

—Veníamos a prestar ayuda cuando te vimos —espetó Jacin con la voz marcada por la decepción—. ¿Qué hacías tú aquí? ¿Pretendías asesinar a ese hombre en medio de semejante situación?

—¿Realmente pensabas violar el código, Nereida?

La pregunta de Ida fue una puñalada. La estaba encarando allí, en medio de sus compañeros, con tantos testigos que estaba convencida de que aquello haría correr rumores dentro de la Hermandad.

—Sabes lo que significa violar las reglas.

Nereida los contempló, incrédula, avergonzada de sí misma. El maldito código. Cláusula tres: discreción, silencio. Los asesinatos se ejecutan en la sombra, sin testigos, sin nadie que pueda anticipar el movimiento.

—Yo no…

—¡Cállate, Nereida! —espetó Ida—. ¿Dónde quedó tu discreción?

Nereida bufó y esperó a que Ida terminara el sermón, pero no estaba preparada para el odio que destilaba su mirada fría. Ida era delgada como una vara y lo bastante alta como para que Nereida tuviese que alzar el mentón para mirarla a los ojos.

—¡Estaban atacando a civiles! La Resistencia ha detonado cuatro bombas y tú intentabas cumplir la tarea en medio de semejante caos. Deberías estar ayudando a restaurar la seguridad de la ciudad, no actuando por libre.

Las palabras cayeron como una losa sobre ella. La vergüenza le ruborizó las mejillas y, al instante, reconoció el error que acababa de

cometer.

—La habéis clasificado como una tarea de urgencia, simplemente pretendía acabar…

—Nos acabas de poner en una situación delicada. Si alguna de las megacorporaciones descubre lo que estabas haciendo, podrían levantar una incidencia contra nosotros, y precisamente ahora no gozamos del favor de los altos mandos de Ynsgard.

Los cuatro principios del código de los asesinos arremetieron contra su conciencia y la sumieron en un desesperado silencio que deseaba romper, aunque no sabía cómo.

Ida se inclinó hacia delante, mostrando su dominancia, y Nereida se quedó muy quieta, obligándose a reprimir cualquier palabra que pudiese escapar por su boca. No existía excusa en la que pudiese escudar su imprudencia, su falta de juicio.

—A partir de este momento quedas oficialmente destituida como maestra asesina de la Hermandad. Te retiraremos las credenciales y revocaremos tus permisos del sistema.

Aquello fue un golpe para el que no estaba preparada.

El aire se le escapó de los labios y apenas alcanzó a comprender lo que ocurría.

Observó el rostro avinagrado de Ida y un temor incierto le recorrió la espalda al percatarse de que tanto Jacin como ella hablaban en serio. Estaban sentenciando su carrera, apartándola como una mota de polvo.

No dijeron nada más. Simplemente se alejaron y se mezclaron con las fuerzas policiales, dejándola sola con su dolor.

La desolación la asoló como nunca lo había hecho.

Nereida sintió que el corazón se le paraba, pero contuvo la tristeza dentro del cuerpo. Se quedó quieta y en silencio durante un buen rato, sin exteriorizar su tristeza, con la mano apretada en el pecho, como si con aquel gesto pudiese evitar que se derrumbase allí mismo. No se movió hasta que tuvo la fuerza suficiente como para recoger los trozos astillados de su dignidad y comenzar a andar hacia el segundo anillo, hacia una casa vacía.

El caos continuaba a orillas de la ciudad y, aunque los agentes empezaban a controlar la situación, aún quedaban algunos rebeldes que intentaban huir. Había heridos por todas partes. Gente desesperada que buscaba a familiares desaparecidos, que miraba con pena a los muertos que comenzaban a apilarse cerca de la muralla. Y luego estaba ella. Una sombra de la mujer que había sido.

El dolor de la realidad se asentó en sus huesos. El escenario que presentaba ante ella resultaba tan lúgubre como sus pensamientos revueltos.

Nereida estaba dispuesta a marcharse cuando la vio.

Cerca del bosque.

Grace.

CAPÍTULO 6

GRACE

Diez minutos antes

Grace llevaba cerca de media hora esquivando cualquier pensamiento relacionado con Nereida cuando escuchó la primera explosión.

Varias repisas de la tienda se cayeron y la lona pareció estremecerse por el movimiento de las personas que corrían aterradas en el exterior. Asustada, se apartó del mostrador y siguió los gritos. Algo dentro de su pecho desató un sentimiento de alerta, una urgencia afilada que se acrecentó con el ruido furioso de las alarmas de la ciudad. Apenas tuvo tiempo de pensar, de dar algún significado a los alaridos que alimentaban su nerviosismo, pues estaba totalmente confundida. Nerviosa, se arrojó hasta la entrada de la tienda.

La Feria era un hervidero de voces, explosiones y caos. La gente corría y se empujaba en medio de los gritos y de las advertencias. A Grace le costó comprender lo que ocurría y no se dio cuenta del peligro hasta que los disparos rasgaron el aire y dos hombres cayeron frente a ella.

—¡Joder! —exclamó aterrada, y la voz se le atascó en la garganta ante el horror. La visión de la sangre, de los rostros sin vida, la obligó a apartarse.

Estaba a punto de dejarse llevar por el miedo, de arrastrarse junto a la multitud que corría desesperada hacia las puertas del

tercer anillo, cuando pensó en su hermana y en su padre. El corazón se le detuvo un instante y miró a su alrededor, intentando buscar a Ellis y Ania por la Feria. No podía marcharse de allí sin encontrarlos y asegurarse de que estaban bien.

Sus dedos vacilaron sobre la pulsera y, antes de que pudiese mandar un mensaje rápido a Ellis, una explosión lo sacudió todo y transformó las tiendas al final de la calle en una nube de polvo. Grace sintió que alguien le tiraba del brazo, pero antes de que pudiera girarse, una marea humana se abalanzó sobre ella. Notaba cuerpos apiñados a su alrededor, brazos que la empujaban, hombros que la embestían mientras ella se ahogaba en su desesperación.

Grace boqueó y llenó los pulmones de aire. El dolor la sacudió cuando un hombre alto y fornido la empujó con un manotazo violento para apartarla del camino y la tiró al suelo. Se le metió tierra en los ojos al tiempo que el sabor a bilis le inundaba la boca.

—¡Ania! —gritó. Con mucho esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Sabía que debía apartarse de la gente que corría hacia la ciudad si quería tener alguna posibilidad de avanzar—. ¡Papá!

Pero la voz se rompió bajo el eco de una nueva explosión, y esta vez apenas tuvo tiempo de cubrirse la cabeza con las manos.

Una nueva oleada de miedo la impulsó a correr, a mover las piernas mientras su mente le repetía que necesitaba dar con su familia. Pero lo que estaba pasando era mucho más grande que ella. No necesitó ver más allá de la Feria para comprobar su teoría. Humo, fuego y muerte inundaban su mundo. Todo se mezclaba en un torrente de gritos y alaridos salvajes. ¿Qué había provocado aquella horrible situación?

Grace abrió los labios para respirar, para gritar, pero el sabor a polvo le inundó la boca y todo lo que pudo hacer fue toser.

Volvió a buscar a su familia entre la gente que la rodeaba, pero no había rastro de su padre o Ania. Grace no sabía si debía sentirse aliviada o preocupada: quizá estuvieran escondidos, a salvo, mejor que corriendo entre la marea de gente desesperada. Contuvo el miedo y, con algo parecido a la convicción, se puso de nuevo en

movimiento. Tenía que ir a la ciudad, necesitaba encontrar a su familia, y la idea de que hubiesen ido a refugiarse en el tercer anillo le parecía lo más sensato.

Otra explosión sacudió el mundo y Grace se sintió desorientada, sobre todo cuando la gente empezó a golpearse con una violencia casi animal: en su ansia por abrirse paso entre los demás, lanzaban puñetazos y patadas. Todo para salir de la Feria. Ella estaba a punto de alcanzar la zona de las tarimas cuando alguien la empujó contra una de las tiendas.

—Vas en sentido contrario, chica —susurró un hombre que cojeaba y que se acercó a ella para ayudarla a incorporarse. Un gesto amable en medio de la locura—. Ve a la ciudad, hay que entrar allí.

Grace asintió y recuperó el rumbo. Empezó a seguir a la gente. Veía la sangre en sus ropas, heridas que goteaban, miedo, dolor. Se fijó en una mujer que corría desesperada tapándose la cuenca donde antes había un ojo. Un grupo de policías marchaba en dirección a la valla que rodeaba el bosque.

Le temblaron las piernas y, aunque no estaba herida, se sentía frágil en medio de la muchedumbre. Además, notaba un pitido en los oídos, un zumbido violento que le llenaba la cabeza de humo y le revolvía los pensamientos. Iba gritando el nombre de su hermana, el de Ellis, pero no los veía por ninguna parte, y no fue hasta que abandonó la zona de la Feria cuando pudo ver la magnitud del desastre.

Las tarimas yacían reducidas a escombros que el fuego consumía. Los cuerpos salpicaban la tierra y la sangre brillaba en sus rostros apagados, sin vida. Grace giró sobre sí misma oteando lo que quedaba de la Feria. Intentó no derrumbarse allí mismo y, nerviosa, se llevó una mano al pecho con la intención de apartar el dolor que comenzaba a nublarle el juicio.

—¡Ania!

La voz se le quebró después de gritar por quinta o sexta vez. Las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas, la impotencia le

retorció las entrañas al tiempo que la angustia se zambullía en su sangre.

—¡Papá! —llamó, pero Ellis no estaba, tampoco su hermana.

Fue entonces cuando lo vio.

El alpha.

La criatura que había asesinado a su madre estaba delante de ella.

Entre los árboles, oculto bajo el denso humo que rodeaba la Feria, Grace atisbó un destello de aquel pelaje reluciente que había visto una y otra vez en el vídeo.

Por un segundo, su corazón se detuvo. Era la primera vez que veía a una de esas criaturas y, lejos de sentir el visceral miedo que todos profesaban por ellas, Grace se sintió atraída.

Un agudo chillido obligó a Grace a regresar su atención a los gritos.

—¡Arderemos en el infierno!

La consigna provenía de un joven descamisado que agitaba una bandera negra y alzaba la mano sobre el pecho con solemnidad. En cuanto alzó el arma, una docena de enmascarados lo rodearon y Grace comprobó, no sin cierto miedo, que pertenecían a la Resistencia y que pretendían hacer estallar una bomba de plasma.

—¡Cuidado!

La voz le llegó acompañada por el impacto violento de un cuerpo contra el suyo. El aire se le escapó de los pulmones cuando su espalda golpeó contra el suelo justo antes de que la bomba detonara. El mundo se convirtió en un manchón negruzco.

Abrió lentamente los párpados mientras se esforzaba por respirar en medio de la humareda. Le dolía la cabeza y notaba los músculos entumecidos. El miedo la desbordó en cuanto el mundo se enfocó y se encontró con el rostro de Nereida sobre ella. Las mejillas de Grace se encendieron y un chispazo de rechazo cruzó el rostro serio de la chica rubia.

—Ha explotado…

—¡Joder, Grace! No deberías estar aquí, están evacuando la Feria —espetó Nereida con una expresión confusa. Sus manos firmes la sujetaron por los hombros, pero Grace se apartó de ella como pudo—. ¿Por qué no has ido a la ciudad? ¿Te has vuelto loca? Todo está explotando a tu alrededor y tú te quedas ahí plantada viendo el alpha. —La voz de Nereida se suavizó en la última frase. Casi parecía cálida, cercana.

Mientras Grace se recuperaba, Nereida la había arrastrado hasta una de las plataformas que quedaban en pie. Aquello les podía brindar un refugio temporal en medio del caos. A la izquierda veía planeadores que aterrizaban mientras, al otro lado, los atacantes se replegaban alrededor del bosque.

Nereida sujetó el brazo de Grace con delicadeza al ver que esta se intentaba incorporar. Sus dedos estaban tibios, como siempre. Grace quiso cerrar los ojos y abandonarse al cansancio, a la pesadez que le llenaba de niebla la cabeza. Ya no escuchaba los gritos, tampoco los disparos, y por un momento pensó que todo había pasado.

—Estoy buscando a mi padre.

Comenzó a moverse lentamente con la intención de ponerse en pie, pero los músculos le fallaron.

—No deberías moverte —dijo Nereida al bajar los ojos hacia ella. Grace se fijó en que tenía las pupilas dilatadas—. Estás herida.

Grace se palpó y notó que una mancha de sangre le cubría la mejilla derecha y las cenizas se le pegaban a la piel. Pero apenas sentía nada, solo escuchaba el latido violento de su corazón.

—Tengo que…

No terminó la frase.

Un latigazo de dolor le sacudió las vértebras. Bajó la vista hacia su abdomen. Había sangre. Un corte profundo se adivinaba bajo el destrozo que era ahora su camiseta.

—Quédate quieta. —Nereida la sujetó con una delicadeza inusual y, esta vez, Grace se atrevió a acariciarle el rostro. Se sentía ida. Por

toda respuesta, la chica la ayudó a sentarse y le puso una mano en la espalda mientras el mundo de Grace se difuminaba.

—No puedo ir a un hospital…

La voz se le rompió al pensar en cómo pagaría una factura médica. No podía ir a una clínica, no podía siquiera quedarse allí tumbada.

—Tengo que irme —susurró con un tono sombrío. Pero ya ni siquiera pudo hacer un amago de ponerse en pie—. No puedo quedarme aquí.

—Tranquila, no vas a morirte.

Y eso fue lo último que escuchó.

CAPÍTULO 7

NEREIDA

Nereida jamás se había sentido tan cansada. Le ardían las extremidades, y un dolor intenso se extendía por sus rodillas magulladas. La ropa empapada se le adhería a la piel y le causaba un resquemor incómodo del que deseaba desprenderse cuanto antes.

Por suerte, los agentes acababan de arrestar a los atacantes y un planeador cargado de médicos y sanitarios llegó para atender a los heridos, incluida Grace. Apenas la miraron; simplemente la subieron a una camilla y lo último que vio de ella fue el destello de la sangre que le salpicaba la ropa.

—¿Estás bien? —preguntó la misma doctora que acababa de subir la camilla de Grace a la lanzadera para llevarla al tercer anillo junto a otros heridos. Nereida asintió en silencio, pero la mujer le estudió las pupilas y tanteó el cuerpo en busca de contusiones.

Con las emociones contenidas, cerró los ojos un momento y dejó que la doctora hiciese su trabajo sin apenas decir nada. Por un momento, estuvo a punto de derrumbarse allí mismo, de ceder a ese dolor que comenzaba a nublarle el juicio. Si no lo hizo fue por conservar la escasa dignidad que le quedaba en el cuerpo. La doctora, una cincuentona de rostro adusto y cabello oscuro, abrió el botiquín justo después de cambiarse los guantes y extrajo una jeringuilla.

—Dame el brazo, por favor —pidió, y Nereida asintió mirándola a los ojos antes de obedecer.

Con el rostro tenso, la mujer le inyectó un líquido viscoso en el antebrazo. Medio segundo después, una sensación de alivio se extendió por el cuerpo de Nereida. La tensión de su cuerpo disminuyó y sintió cómo se aligeraba la carga pesada de sus músculos. Nereida estaba convencida de que el líquido paragénico era el mayor adelanto médico de la historia y los resultados estaban ante sus ojos: el bienestar absoluto y la facilidad con la que aquel avance activaba la recuperación de los tejidos y aliviaba el dolor.

—¿A dónde la llevaréis? —preguntó de pronto señalando la lanzadera—. A la chica que estaba conmigo.

La doctora se apartó el pelo castaño del rostro y empezó a retroceder cuando dijo:

—A un hospital del tercer anillo. No te preocupes, registrarán los datos de su pulsera y te llamarán si estás entre sus contactos.

No le dijo nada más y Nereida tuvo la certeza de que no la llamarían.

Se mordió el labio y echó una mirada en derredor. Tardarían días en limpiar el desastre de la Feria. No solo por el recuento de cuerpos y heridos, también por las carpas destruidas y las tarimas, de las que solo quedaban restos humeantes. Además, tampoco iba a ser sencillo encontrar al resto de culpables del atentado. Nereida sabía que su hermana pasaría las próximas semanas trabajando en ello.

Al pensar en todo lo que había ocurrido ese día, se le cerró la garganta. No era solo por su enfrentamiento con la Hermandad ni por el nuevo error cometido, era por una mezcla de dos sensaciones que conocía bien: de desasosiego y de fracaso. Ni siquiera sabía qué la había empujado a salvar a Grace, a ponerse en riesgo, cuando era evidente que la chica no quería volver a verla. Lo entendía, por supuesto; Nereida no se enorgullecía de su comportamiento, más bien al contrario. Le avergonzaba la facilidad con la que se marchaba, la tranquilidad con la que apartaba a todos de su lado. No le costaba olvidar a las personas y desterrarlas de sus pensamientos; su cabeza simplemente las borraba y se limitaba a seguir adelante.

Pero sabía que ayudar a Grace era lo que se esperaba de cualquier persona con un mínimo de decencia, y si se había quedado era porque aún conservaba un destello de humanidad en ella. Aunque, si lo pensaba bien, tampoco estaba convencida de que hubiera resultado de ayuda, sobre todo al ver la cantidad de heridos que los médicos atendían en ese preciso momento.

Se puso en pie y se masajeó las sienes. No podía dejar de pensar en las palabras de Ida ni en el tono crítico de Jacin, y mucho menos en lo que suponía perder el trabajo para el que llevaba toda una vida preparándose.

Algo dentro de ella estaba roto.

No tenía más remedio que recoger los fragmentos de su orgullo y refugiarse en la seguridad de su apartamento. Encerrarse en sí misma para lamerse las heridas. En cuestión de horas, su hermana recibiría la noticia y sus compañeros descubrirían que ya no formaba parte de la Hermandad. Por alguna razón, pensar en la decepción de Zarina le dolió más que la perspectiva de encontrarse desempleada.

Contrajo los dedos con fuerza y observó los despojos humeantes de la Feria. Un poco más allá, un grupo de ingenieros se afanaba en la reparación de las vallas electrificadas que rodeaban el bosque y que formaban una barrera de cinco metros de altura entre ellos y los alphas. Los vio soldar y mover dos grúas gigantes cuyos brazos mecánicos restauraban la alambrada con gran rapidez.

—En esta ciudad sí que sabéis montaros una buena fiesta —musitó una voz desapasionada que la hizo girarse de golpe. La embajadora de las colonias independientes de Zerg estaba tras ella.

Nereida no respondió y aquello dio pie a que la embajadora se acercara. Llevaba la misma ropa que cuando comenzó el ataque, pero ya no parecía impoluta ni regia. El cabello se le había escapado del moño y algunas manchas negras le salpicaban la piel y el vestido.

—Ha sido lamentable —continuó la mujer al ver que ella se mantenía en silencio—. No esperaba que algo así pasase.

—Creo que nadie se lo imaginaba —respondió con una nota de veneno en la voz.

A la embajadora pareció causarle gracia su respuesta y no dudó en acercarse un poco más y entrelazar el brazo con el suyo, como si fuesen viejas amigas, para empezar a caminar juntas. Por debajo de la tierra y el hollín, olía a almizcle y a tabaco; un aroma que a Nereida le recordó a su infancia y que solo sirvió para que se tensara ante aquel contacto inesperado.

—Cuando Zarina me invitó a la celebración, no me imaginé que tenía pensado ofrecer semejante espectáculo —dijo la embajadora, conteniendo una sonrisa abochornada—. Hacía casi una década que no presenciaba nada parecido.

—¿Te refieres al alpha o a la Resistencia?

Zarah se tensó y Nereida sonrió con malicia al comprobar que ahora era ella la que causaba una evidente sensación de desagrado.

—Me encantaría decirte que el alpha, pero a la vista salta que lo que ha causado más alboroto ha sido la mano de unos rebeldes que hace mucho que tu hermana debería haber erradicado.

—¿No se supone que estás a favor de la libertad de expresión?

El escepticismo cruzó el rostro de la mujer. Nereida pensó que Zarah envejecía con gracia. La curva de su nariz estaba salpicada por diminutas pecas escondidas bajo una densa capa de maquillaje que también servía para camuflar las delicadas arrugas que le rodeaban los ojos. Pese a los signos que evidenciaban su edad, Zarah mantenía una belleza imperecedera que difícilmente podrían imitar los mejores cirujanos de Ynsgard.

—Lo estoy —admitió con sorna—. Siempre y cuando no causen este desastre.

La mujer aminoró el paso y se permitió echar una mirada cauta a su alrededor. Lo que quedaba en pie de la Feria parecía poca cosa al lado de los restos de las tarimas humeantes que se erguían a su derecha, formando un cúmulo de escombros.

—Espero que se te dé mejor asesinar de lo que se te da tratar con personalidades públicas —continuó Zarah.

Ese fue un golpe bajo que Nereida supo encajar con una sonrisa demasiado fácil como para ser sincera.

—Por suerte para todos —admitió. Comenzaba a sentirse como un objeto de estudio para aquella particular mujer y esa sensación no le gustaba en absoluto.

Si Zarah se sintió ofendida, no dio muestras de ello. De hecho, de repente, se detuvo y la miró a los ojos:

—Podrías ser más que la peor versión de ti misma, Nereida. —Le colocó una mano en el hombro y bajó la voz—. Que tu padre no te reconociera como hija legítima no significa que el mundo no deba hacerlo.

Nereida no se movió, ni siquiera asintió. Apretó los dientes antes de decir:

—Soy la versión que he elegido yo. —Conocía a Zarah desde que era niña; la mujer había sido embajadora en la corte de su padre durante muchos años y, aunque la apreciaba, no estaba dispuesta a tolerar que juzgara sus decisiones—. Me gusta ser asesina, se me da bien, y creo que es una profesión tan noble como cualquier otra.

—Si los ideales de la Hermandad fuesen tan nobles como ellos quieren dar a entender, no te lo discutiría, pero ambas sabemos que eso no es cierto —replicó la embajadora—. Podrías hacer grandes cosas si contaras con la motivación adecuada.

Entonces bajó un poco la mano y le dio a Nereida dos palmaditas suaves en un gesto de absoluta condescendencia. Nereida suspiró y se guardó para sí misma la palabra que le querría haber soltado al recibir las palmaditas: «cretina». Cuando levantó los ojos, vio los inmensos nubarrones grises que comenzaban a asomarse en el horizonte. Un augurio del ánimo turbio que se filtraba en su torrente sanguíneo y que le recordaba las vacuas expectativas que su padre había depositado en ella antes de asumir que era una descarriada.

—No me conoces, Zarah. No quieras calentarme la oreja para que intente convencer a mi hermana de que actúe en tu favor. Tal vez hace años podría haberte creído, pero ya soy muy mayor como para querer cambiar mi destino.

La embajadora desvió la mirada.

—Veinticinco años no te hacen muy mayor —dijo para romper el silencio que empezaba a condensarse sobre ellas—. Pero creo que hay algo de verdad en lo que dices, y por eso he pensado que podrías participar en la Cacería. Después de todo, sería una buena oportunidad para ti. A menos que tu hermana no quiera que te inscribas por miedo a lo que se esconde allí.

Aquella propuesta despertó un anhelo en ella.

—Sé que te han echado de la Hermandad —añadió la embajadora tras un instante de silencio.

La frase estaba tan cargada de lástima que hizo que Nereida sintiera pena de sí misma. Sin embargo, aunque pretendía ahogar ese sentimiento a base de licor si era necesario, autocompadecerse con público no era su estilo, así que siguió guardando silencio.

—Me inquieta la inestabilidad de la ciudad —soltó Zarah—. ¿Tienes idea de lo que me presionan en las colonias para solicitar a otras ciudades la destitución de Zarina? Su gestión gubernamental es lamentable. No solo por la situación del alpha, que debería estar absolutamente controlado, sino porque hay rebeldes y pueblos levantándose contra las injusticias. El tráfico de metal biológico es un problema del que tu hermana no habla, por no mencionar la inestabilidad en el norte y el robo de armas, que desde hace meses debería ser una prioridad para Zarina.

Nereida se sintió traspasada por la crudeza de sus palabras.

—Si es una acusación en contra de la emperatriz, deberías cuidar mejor tus palabras.

Zarah se ruborizó.

—No seas inocente, sabes que nunca antes se habían producido tantas revueltas en el norte. Entiendo que tus antepasados no hayan querido explorar el bosque, incluso entiendo que tu hermana y sus consejeros teman los restos nucleares que rodean la antigua sede de Sisne, pero esa masa de árboles es muy grande y podría ser una fuente de recursos para la gente del norte.

—Te olvidas de los alphas.

—Estoy convencida de que podría existir una solución a ese problema, y no me refiero a su extinción. Creo que deberíamos empezar a pensar en que puede que ese bosque sea mucho más de lo que siempre hemos creído.

Aquellas palabras le helaron la sangre.

—No quiero seguir con esta conversación —cortó Nereida, repentinamente mareada. Acababan de echarla de la Hermandad, notaba un dolor punzante en el pecho y estaba preocupada por la cantidad de información que Zarah acababa de soltarle—. Habla de esto con Zarina, no conmigo.

Y, dicho esto, se caló la capucha de su chaqueta y se alejó en dirección al tercer anillo con una sombra de angustia en el rostro.

CAPÍTULO 8

GRACE

Grace habría jurado que estaba muerta. Al menos eso pensó cuando abrió los ojos y descubrió que estaba tendida en una camilla blanca rodeada por cuatro paredes tan inmaculadas que hacían daño a la vista. La ausencia de color se le antojaba insoportable. Enseguida, sus ojos comenzaron a lamentar aquella luminosidad desbordante acentuada por dos enormes lámparas que arrojaban sendos charcos de luz sobre las baldosas pálidas. Sin ningún tipo de cuidado, se quitó las sábanas de encima y se incorporó con el corazón congestionado por el miedo y la preocupación. La imagen de sus piernas oscuras salpicadas por moratones y cortes irregulares la dejó sin aliento, y una creciente sensación de confusión la obligó a aferrarse al borde de la camilla.

¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí?

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y apareció una mujer con un impoluto uniforme de enfermera. Se fijó en el rostro de Grace y, con un gesto, la obligó a volver a tumbarse en la camilla. Después salió un momento y volvió a entrar acompañada por una mujer alta y delgada.

—Me han dicho que te has despertado —dijo la recién llegada al verla—. Me alegra ver que estás mejor.

Grace la miró sorprendida y le tomó casi un minuto entero reconocerla.

—Usted es la mujer de Pegasus —dijo Grace, fijándose en el pelo rubio peinado en un moño alto, la piel blanca tirante alrededor de

los ojos grises, las orejas decoradas por unos enormes pendientes dorados, las mejillas salpicadas de un rubor artificial y los labios rojos bien delineados que contrastaban con la nariz recta y pequeña—. Creí que no volvería a verla.

El reconocimiento brilló en la mirada de la mujer, que esbozó una sonrisita al tiempo que se dejaba caer en una butaca beis cerca de ella. Se ajustó el *blazer* de tono piedra perfectamente combinado con una falda a juego y unos tacones altos. Por la pose artificial de la empresaria y la forma tan brusca con la que apretaba la pantalla holográfica contra su pecho, Grace imaginó que estaba poco habituada a visitar lugares como aquel.

—Puedes llamarme Mira.

Grace se tensó ante aquella afirmación que no hizo más que alimentar el desconcierto dentro de su pecho.

—Perdone, pero no entiendo esto —dijo de pronto—. ¿Qué hace aquí? ¿Qué hago yo aquí? ¿Dónde está mi padre?

—Oh, claro, has estado inconsciente… cuatro días —musitó Mira, y apartó la vista de ella para fijarla en la pantalla holográfica que apretaba entre los dedos—. Sufriste un accidente en la Feria y te dejaron en este hospital. No te preocupes, ya está todo bien, pero yo quería hablar contigo de un asunto que creo que podría ser de tu interés. Pedí que me avisaran nada más despertases.

Grace se sentía más confusa por momentos. No pudo evitar mirar a su alrededor buscando algún indicio que confirmase que las palabras de Mira eran ciertas.

—¿Ha venido mi padre?

—Las enfermeras me han comentado que no pudieron localizarle, pero, si te tranquiliza saberlo, ni él ni tu hermana están en las listas de heridos o fallecidos.

Aquello supuso un alivio para Grace.

—Tómate un momento para respirar. ¿Quieres agua o algo de comer?

Grace negó y respiró con fuerza tirando de la bata blanca para taparse bien las piernas.

—¿Qué hace usted aquí?

—Supongo que ya sabes lo de la Cacería. Va a ser el evento del año… —tanteó la empresaria, y Grace centró toda su atención en ella—. La cuestión es que estoy formando un equipo y quería proponerte que lo liderases.

¿La Cacería?

El pulso de Grace se aceleró y no pudo evitar pensar que aquello formaba parte de una broma de mal gusto. Recordó el atentado en la Feria, pero la imagen que le volvía a la cabeza todo el tiempo era la del alpha.

—¿Pretenden seguir adelante con todo eso?

—Por supuesto —confirmó Mira—. El atentado solo ha reforzado la importancia de cazar al alpha. La Resistencia se ha atribuido el golpe, así que tanto la emperatriz como las megacorporaciones necesitan actuar como si esto no pusiese en entredicho su estabilidad gubernamental. De hecho, ahora más que nunca —continuó—, la emperatriz necesita enseñar el cadáver del alpha a su pueblo. Demostrarles que el atentado y la irrupción de la criatura el mismo día, en el mismo lugar, ha sido una mera coincidencia.

Una curiosa casualidad que tenía que estar volviendo locos a los medios.

—¿Por qué querría que yo trabajase para su corporación? No les interesó mi prototipo…

Mira dejó escapar una risita aguda, líquida, que tensó todos los músculos de la espalda de Grace.

—No, chica, no te confundas —dijo mientras se inclinaba hacia delante y bajaba el tono de voz—. No te estoy pidiendo que trabajes para Pegasus. Quiero que trabajes para mí. En la Cacería, para ser más concreta.

Mira puso una sonrisa que pretendía parecer dulce y Grace se quedó un minuto en silencio. La Cacería era el sueño de su madre, y aunque la posibilidad de hacerlo realidad le resultaba atractiva, también era muy consciente de los peligros que albergaba el bosque.

—Quiero que participes en la Cacería y que me hagas un pequeño favor. A cambio, incluso si no ganas, prometo conseguir una tarjeta de residencia para ti y tu familia en el segundo anillo.

El corazón de Grace le aporreó las costillas. En la competición, primaba la ley del más fuerte. Se dividían en grupos de dos o tres personas que eran patrocinados por grandes empresas o multimillonarios y, una vez entraban al bosque, estaban a merced de las bestias que lo habitaban. La competición solía durar entre varios días y varias semanas debido a la complejidad que implicaba cazar a una bestia peligrosa. Además, los competidores tenían que rastrearlo dentro de una superficie tan inmensa que solo dar con un rastro en firme podía llevar una semana, eso si conseguían encontrarlo, ya que no todos los equipos lo lograban.

Pese a la dificultad y a que nadie podía saber con exactitud lo que aguardaba tras las vallas electrificadas, era un evento llamativo. Pocos volvían sanos y salvos, pero una vez que salían del bosque eran tratados como héroes y pasaban a engrosar la lista de celebridades que se ganaban la vida en las fiestas del segundo anillo de Ciudad Espejo.

La Cacería implicaba entrar en un mundo salvaje y hostil; rastrear y matar. Era terriblemente complicado moverse por el terreno. Además, según los registros de Sisne, se tenía constancia de que en el bosque vivían más de cien tipos distintos de alphas, de los que al menos una docena resultaban peligrosos o incluso letales. Sin contar con aquellos de los que no se tenía registro alguno…

Grace se envaró y, con cuidado de que su expresión no delatara sus miedos, preguntó:

—¿Por qué yo?

La empresaria ladeó el rostro, divertida. Sus dedos se deslizaron por la tableta holográfica que sostenía y se la extendió mostrándole una imagen en la que veía a sus padres agazapados junto a la linde del bosque. El corazón le dio un vuelco al ver cómo Ellis sonreía a la cámara con el rostro carente de arrugas. En aquella época ni siquiera usaba la silla gravitatoria, y, a juzgar por la expresión

risueña y juvenil, Grace estaba convencida de que la instantánea era de antes de que la adoptaran. Al lado de Ellis, su madre miraba al bosque.

Apartó la fotografía y, en silencio, se dio cuenta de que aquello reavivaba las sospechas que siempre había tenido.

—Tus padres llevan toda una vida estudiando a los alphas, y a ti te interesan —indicó la mujer apartando la tableta e inclinándose hacia ella con una elegancia que Grace no solía ver en el tercer anillo.

Mira se equivocaba: la que estaba realmente interesada y obsesionada con los alphas era su madre, no Ellis. Sabía que a su padre le gustaba hablar con Kim de aquellas bestias y en ocasiones los había pillado estudiando los registros de Sisne, pero después del accidente que lo había condenado a la silla gravitatoria Ellis se había centrado en su trabajo en el taller, lejos del bosque y lo que este ocultaba.

—Perdona que sea tan directa, pero eres casi invisible a ojos de cualquier megacorporación, lo que nos da la ventaja de que no se fijen demasiado en ti.

Grace tragó saliva al intuir lo que venía a continuación. Mira dejó la pantalla sobre sus piernas y ella estudió las expresiones risueñas de sus padres, el anhelo en sus ojos.

—Para mí es mucho más sencillo pagarte a ti, una chica del tercer anillo a la que nadie conoce y que posee un talento asombroso para introducirse en otros sistemas informáticos —concluyó Mira.

—¿Está buscando a alguien que hackee algo? —preguntó, aunque aquello no tenía ningún sentido. No había nada que hackear en el bosque.

Un esbozo de sonrisa se dibujó en aquellos labios rojos.

—Has dado en el clavo —admitió—. Sé que lograste colarte en nuestro sistema informático antes de la entrevista para que tu currículo apareciera en nuestra base de datos y debo admitir que es algo que tiene mucho mérito. Sé que estabas convencida de que no lo sabría, y, de hecho, a cualquier otro se le habría pasado. Es

bastante asombroso. Te cité en la sede porque quería verte de cerca; me gusta conocer a la gente con la que quiero trabajar, pero en ese momento no podía ofrecerte trabajo, al menos no de manera directa, no con todo el sistema de vigilancia que tenemos en Pegasus.

Grace permaneció en silencio, con los ojos clavados en la punta de sus pies desnudos mientras meditaba sus palabras. ¿Había sabido todo el tiempo que había hecho trampas para conseguir que le diesen la oportunidad de una entrevista de trabajo?

—Está buscando una mercenaria —dijo casi para sí misma, y notó cómo las manos de la mujer se crispaban en su regazo.

—Estoy buscando a alguien que quiera una oportunidad, alguien con un talento como el tuyo.

Tras decir eso, Mira se levantó de la silla, se acercó hasta ella y recogió con un gesto elegante la pantalla que yacía junto a Grace. Después, le extendió una tarjeta plateada y dijo:

—He pagado la factura del hospital y espero que puedas considerarlo como un acto de buena fe. Llámame cuando lo decidas, pero recuerda que tenemos poco tiempo para formalizar la inscripción.

Grace separó los labios para contestar, pero la voz le falló. De cualquier forma, Mira ya estaba saliendo por la puerta, dejando tras de sí una nube de confusión. Su propuesta resultaba terriblemente emocionante y a la vez perturbadora. Grace sabía que sus padres habrían aceptado la oferta incluso antes de que Mira hubiese terminado de hacerla.

«Tal vez es un golpe de suerte», pensó dando la vuelta a la tarjeta para leer el reverso. El papel era metalizado y estaba perfumado con sutiles notas de lavanda y limón, un olor que le recordó a su casa, a la vida que la esperaba fuera de allí.

Sus ojos recorrieron la habitación y en un perchero de aluminio encontró su ropa.

«Tengo que hablar con Ellis de esto», pensó mientras se calzaba sus botas y se ponía su vieja ropa.

***

Fuera llovía con intensidad. Un torrente helado salpicaba las calles y se mezclaba con el humor agrio que invadía a Grace aquella tarde.

Bajó atropelladamente por la pendiente y jadeó con torpeza al alcanzar la esquina que colindaba con la avenida principal del tercer anillo. Las luces de neón de un enorme letrero de bebidas gaseosas se reflejaban en el pavimento húmedo. La calle estaba desierta; Grace miró a su alrededor y solo vio a un par de transeúntes que se alejaban a toda prisa para refugiarse de la tormenta. Al verlos correr, se sintió tentada de replicar sus movimientos, pero el dolor de cabeza la disuadió y tuvo que conformarse con andar a un ritmo menos frenético y soportar la tirantez de su piel.

El hospital general no se hallaba demasiado lejos de su casa y, en vista de que lo último que le apetecía era subirse al monorraíl, optó por ir a pie. Quizá el paseo y el aire frío le ayudarían a poner en orden sus pensamientos.

Cuando la avenida se volvió menos angosta y los edificios anchos y viejos dieron paso a otros más pequeños con las fachadas descoloridas, Grace aminoró la marcha, todavía en alerta, como siempre que deambulaba sola. Había escrito a su padre para decirle que estaba bien, pero la ausencia de respuesta o de noticias de cualquier tipo la inquietaba. Se había pasado casi treinta minutos mirando las notificaciones sin encontrar ninguna de Ellis ni de su hermana. Le preocupaba ese silencio, era inusual. No quería alarmarse hasta llegar a casa y ver si se encontraban allí, pero apenas conseguía esquivar la angustia.

La confusión aullaba con furia dentro de sus huesos.

Pensaba en la propuesta de Mira, en la posibilidad que aquella mujer le había puesto delante. Y pese a las ganas que tenía de aceptar, se había quedado en silencio porque sabía que Ellis no lo aprobaría. Su padre no le permitiría que aceptara algo parecido, no después de lo de Kim.

Apartó el deseo que pugnaba bajo su piel y se concentró en su respiración, tal y como hacía cuando el peso del mundo la asfixiaba.

Cuando llegó al edificio de color gris con ventanas redondas en el que había vivido los últimos años, subió a toda prisa hasta su apartamento. El rosto se le descompuso al ver un anuncio colgado de la puerta.

«Desahuciados».

La cuerda que la sostenía en pie se rompió. Las piernas le flaquearon y Grace dejó escapar un gruñido de irritación.

No podía ser cierto.

No podía estar pasando.

¿Dónde vivirían? ¿Dónde dormirían a partir de entonces?

Luchando contra las ganas de gritar, estiró los dedos temblorosos y llamó a la puerta. Una mujer de rostro risueño con el pelo negro abrió y clavó los ojos en ella, que de pronto se sintió diminuta, ajena a ese lugar.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó apoyando una mano en el marco de puerta, como si de esa manera pudiese evitar que Grace echara un vistazo al interior.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó con un hilito de voz.

La mujer abrió mucho los ojos y la firmeza con la que se mantenía en el umbral flaqueó. Con delicadeza, tomó la mano de Grace y le permitió entrar sin quitarle los ojos de encima ni un momento. El interior del taller estaba envuelto en un silencio que ella no reconoció, un silencio en el que casi podía adivinar el eco de las herramientas quietas. El olor a grasa persistía en el aire, el mismo que solía llenarle la piel y que ella disimulaba bien con colonia de flores salvajes.

Las arrugas en el rostro de la mujer se acentuaron cuando Grace pasó una mano por la pared en la que antes estaban los dibujos de Ania.

—El hombre que vivía aquí ha desaparecido. Hace dos días subastaron la casa y nosotras la conseguimos —explicó, y señaló con

el mentón el rincón en el que se acumulaban una docena de cajas sin abrir.

Antes de que Grace se pusiese a gritar, otra mujer envuelta en una bata negra apareció en las escaleras y le dedicó una sonrisa triste.

—Lo siento —dijo con la voz rasposa, y la ira que comenzaba a crecer en el pecho de Grace se evaporó.

Su padre estaba desaparecido.

Grace se volvió hacia la mujer de las escaleras con gesto cansado; no sabía por dónde empezar, no sabía qué hacer o qué sentir.

—La niña —musitó con una urgencia que cobró forma a través de su voz—. ¿Sabéis dónde está la niña?

—Los servicios sociales se la llevaron, supongo que estará en algún orfanato de la ciudad —respondió, y una chispa de curiosidad prendió en sus ojos caoba—. Tú eres la chica del retrato, ¿verdad? El que estaba en la otra habitación, sobre la mesita de noche.

Grace asintió, mareada. Una fuerza aplastante amenazaba con derrumbarla allí mismo. Ni siquiera era capaz de levantar la mirada del suelo. Aún podía notar el aroma de Kim en el aire, el de los fideos que su padre preparaba cada sábado sin falta. ¿Cómo era posible que no quedase ni rastro de su familia allí ya?

—Guardamos una caja con algunas cosas que quedaron aquí —explicó la mujer de la escalera, y desapareció un par de minutos durante los que Grace no supo si debía odiarla o sentirse agradecida—. Puedes quedarte a comer si lo deseas.

Con un encogimiento de hombros, agarró la caja entre las manos. Había una pantalla portátil que activó mediante su huella dactilar; en ella encontró dos barras violetas en las que destacaban los nombres de sus padres y un registro de letras verdes con datos del taller. También había un par de camisetas viejas, una chaqueta de su madre y un par de libretas de Kim. Eso era todo.

Grace tenía miedo de pestañear y que aquellas pocas pertenencias desaparecieran delante de sus narices, igual que sus

seres queridos. La ausencia de la risa de Ania y la falta del ruido de la silla de su padre dejaban un vacío desconsolador del que Grace necesitaba escapar. Por eso se despidió casi sin mirar a las mujeres, sin fijarse demasiado en las paredes empapeladas ni en el espacio que tantas veces había compartido con su familia. Apretó la caja contra su pecho y se alejó sin saber muy bien hacia dónde debía ir.

Una decisión comenzó a tomar forma en su subconsciente incluso antes de que pudiese reparar en ella: la Cacería era la única alternativa para recuperar su vida, a su familia. Había sido lanzada fuera de su burbuja de seguridad a un mundo violento en el que tenía que salvarse a sí misma para poder ayudar a los que más quería. Pero antes necesitaba saber que su padre no se encontraba entre las bajas del atentado; necesitaba confirmar que Mira le había dicho la verdad.

CAPÍTULO 9

NEREIDA

«Es impresionante lo mucho que pueden cambiar las cosas en cuestión de días; de horas, más bien», pensó Nereida sentada frente a la barra mientras saboreaba una cerveza amarga. El local estaba casi vacío, pero el olor y los gritos de tres borrachos, que jugaban una partida de cartas, molestaban profundamente a la asesina.

Aquel lugar era un auténtico tugurio. Tenía las paredes ennegrecidas, llenas de salpicaduras, y de ellas colgaban varios letreros de aluminio y luces alargadas de neón; poseía una barra de madera oscura, varias mesas redondas y un mostrador lleno de botellas. Aquel lugar triste y decrépito fue lo más parecido que Nereida pudo encontrar al infierno que ella llevaba por dentro. Hacía dos años que la asesina se deleitaba en cuchitriles como aquel. Apostaba y bebía hasta perder la consciencia. Era su vía de escape para abstraerse de la vida cuadriculada y perfecta de la que todos presumían en las redes y que a ella le parecía insustancial, aunque también inalcanzable. Por eso le gustaban los juegos de cartas. En medio de una sociedad tan controlada, ella se permitía degustar la emoción del azar. Además, podía presumir de que la suerte, que parecía brillar por su ausencia en todos los demás aspectos de su vida, la acompañaba en el juego.

Dio otro largo sorbo de cerveza y, al apoyar de nuevo la jarra, se derramó un poco de líquido por la barra. Justo en ese momento, la puerta del bar se abrió frente a ella y apareció la figura alargada de

Kenneth acompañado por su novio, Tiberio. Llevaba exactamente cuatro días escapando de ellos, los mismos que había estado humillándose frente a Jacin para que le devolviera su puesto en la Hermandad.

—¿Estás de broma? —había dicho Jacin sentado frente a su enorme escritorio con una expresión de diversión, regodeándose en el escaso amor propio que parecía tener Nereida.

—Puedo hacer las cosas bien, convencer a mi hermana para hacer una gran donación que nos ayudaría a mantener las finanzas de toda la Hermandad.

En los ojos de Jacin había suspicacia, y casi le pareció que el asesino podía intuir la enorme mentira.

—¿Y qué pretendes, que te aceptemos de nuevo sin más?

—Puedo participar en la Cacería —susurró con menos fuerza de la que deseaba, y aquello arrancó una carcajada divertida al hombre—. Puedo matar al alpha, recuperar la gloria de mis días de asesina, demostrar que sigo siendo buena en esto.

—Tal vez deberías dedicarte a otra cosa —replicó Jacin, que se reclinó en su enorme silla de cuero negra y miró las estanterías que ocupaban toda la pared a su izquierda—. O quizá podrías asumir que tu lugar nunca estuvo dentro de la Hermandad, que tu padre se equivocó contigo y esta no es tu profesión.

Aquellas palabras le habían dolido, pero no tanto como que Jacin le hubiese permitido humillarse de esa manera. La dejó suplicar una oportunidad antes de echarla a la calle como si fuese una vulgar mendiga.

Desde entonces, vagaba por todo el tercer anillo conteniendo la rabia desmedida que se abría paso por su garganta y le incendiaba el alma.

—Sabía que estarías aquí —murmuró Kenneth, alejándola del recuerdo mientras se acercaba hasta ella y llamaba al camarero para que le sirviera un café caliente.

Bajo las luces tenues del bar, a Nereida le costó reconocer la figura de Tiberio. Tuvo que forzar sus pupilas para apreciar bien el

atuendo del novio de su amigo y entonces pensó en lo terriblemente mal que ella luciría en aquel instante. La piel caoba de Tiberio contrastaba con unos pómulos decorados con purpurina dorada que acentuaban los matices rojizos de sus ojos; tenía la nariz ancha, las cejas gruesas de color oscuro y unos labios delicados. Llevaba un traje de tres piezas dorado demasiado llamativo y formal como para visitar un local como aquel.

—Los dos os veis tan bien que casi me dais envidia —dijo Nereida apretando la jarra de cerveza entre los dedos pringosos.

Los labios de Kenneth se tensaron.

—No es por nada, cielo —dijo Tiberio pasándole un brazo por encima del hombro; ella inspiró el olor a camomila que desprendía su ropa—, pero no es que nosotros nos veamos bien, es que tú te ves horrible.

—Me siento horrible —admitió ella, ebria por la rabia y el alcohol—. Acabo de perder todo mi futuro y llevo varios días sin ducharme, raro sería escucharte decir lo contrario.

A Nereida le costaba reconocer que nunca había caído tan hondo como en ese momento.

—Mira el lado positivo: puedes probar suerte en otra profesión que te interese —intervino Kenneth.

Nereida se inclinó hacia delante en la barra y dejó la jarra vacía esperando que el camarero se la rellenara. Tuvo que morderse la lengua para no fulminar con un comentario sarcástico a Kenneth. Estiró la mano con algo de hastío y recibió su siguiente cerveza con una sensación amarga en el cuerpo.

—¿Te importaría explicarme por qué crees eso? —preguntó, y un dolor agudo le apretó el corazón—. Brindaré por ti si me ofreces una excusa válida y no una patraña barata.

Kenneth no se inmutó ante el tono amenazador; estaba más que acostumbrado a lidiar con el humor de Zarina, por lo que Nereida no era un reto especialmente difícil. Ser el oficial número uno de la emperatriz le granjeaba una experiencia notoria a la hora de soportar a personas al borde del colapso mental.

—Ni se te ocurra tratarme como una niña, y mucho menos hablarme como a mi hermana —le advirtió.

—Tú no eres Zarina —soltó él haciendo que Tiberio se encogiera de hombros.

—No tienes que recordármelo, hace bastante que mi padre dejó bien claras las diferencias entre las dos.

Su atención regresó a la cerveza, a la pena que se ahogaba dentro de aquella jarra. Tiberio se acercó al camarero y aceptó los cafés que Kenneth había pedido.

—No es para tanto, Neri —aseguró Kenneth, cuya expresión pretendía ser relajada—. Te prometo que no es el fin del mundo.

—Para ti no lo es; para mí, sí —aseguró con una mirada feroz—. Llevo desde los doce años en la Hermandad, primero en la academia y luego trabajando como asesina a sueldo. No tienes ni idea de lo que me importa, de lo mucho que deseaba llegar a estar dentro de los mejores. Me convirtieron en una máquina letal y ahora me sacan de entre sus filas como si fuera escoria. Lo han tomado todo de mí y ahora me dejan… vacía.

Nereida bebió otro sorbo y ahogó la voz de su conciencia.

Su padre le había dicho muchas veces que su única cualidad era matar. La había convertido en una criatura dura, incapaz de forjar conexiones emocionales duraderas con los demás. Nereida había pasado años creyendo que aquello era cierto: no era capaz de amar, de anteponer a los demás a sí misma. Pero en cuanto el emperador murió, Nereida descubrió que también tenía otras cualidades que él no vería nunca. Su padre no se equivocaba del todo —no era tan necia como para negar su bloqueo emocional—, pero tampoco tenía toda la razón. No era solo una asesina que obedecía; era rebelde, cuestionaba las órdenes y, a veces, hasta se preocupaba por los demás.

—Estás en tu derecho de pasar por el duelo que esto implica, pero… —Kenneth le lanzó una mirada cómplice a Tiberio, que se acercó un poco más a ella—. Piénsalo, también puedes replantearte

tu vida a partir de ahora, lo que quieres conseguir, establecer nuevas metas. Seguro que Jacin te da otra oportunidad más adelante.

Durante un segundo, Nereida se deleitó con la idea de propinarle una patada en la entrepierna que lo hiciera sentirse tan miserable como ella.

—Le supliqué a Jacin que me inscribiera en la Cacería y el muy imbécil me dejó que me humillara solo para darse el gusto de decirme que no —explicó como ausente, y luego se obligó a dar un trago a la cerveza espumosa.

Kenneth esquivó su mirada y se apartó un poco de ella antes de probar su café. Lo conocía demasiado bien como para reconocer en ese gesto un sentimiento de culpabilidad. Nereida podía ver la disculpa trepando por su garganta hasta materializarse en su rostro como una verdad para la que ella no estaba preparada.

—Me estás tomando el pelo. ¿Vais a participar? —exclamó Nereida al ver su expresión.

Al otro lado, los borrachos continuaban gritando con una emoción que parecía ajena a la tensión del ambiente que se fraguaba entre aquellos tres.

—Tu hermana se ha ofrecido a patrocinarme y yo… —Kenneth bajó los ojos a su taza y una mueca de pesar le deformó el rostro—. No puedo negarme.

Nereida rehuyó sus ojos y se apartó el pelo con un gesto de desagrado que pretendía disimular el temblor de sus manos.

—Soy diestro con las armas, y esta es una oportunidad… única. Si quiero demostrar mi valía, no puedo dejarla pasar. Además, Tiberio ha trabajado en el Ministerio Natural, por lo que es, con toda probabilidad, una de las personas que más conocimientos posee sobre el bosque y los alphas. Pensé en ti para nuestro equipo, pero Zarina se negó en redondo.

Kenneth forzó una sonrisa comprensiva, pero Nereida lo conocía demasiado bien; estaba nervioso por cómo pudiera reaccionar ella.

—Es una oportunidad increíble para nosotros —aseguró Tiberio, y ella soltó un juramento.

Diez años desde la última Cacería solo conseguían que el evento fuese mucho más atractivo a ojos de quienes perseguían los retos, las aventuras… y el dinero. Por supuesto, sus amigos eran candidatos fuertes, podrían sobrevivir e incluso ganar. Si alguien podía enfrentar tanto a alphas como a un peligroso simio rojo o a un gusano serpiente, ese era Kenneth. Por no mencionar que Tiberio llevaba toda una vida trabajando en la documentación de Sisne antes de que lo cambiaran de ministerio, por lo que sí, sus conocimientos sobre el bosque eran abundantes.

Sabía que debía alegrarse de que sus amigos tuviesen aquella oportunidad, aunque fuera una que ella no solo quería, sino que necesitaba. Pero Nereida no podía evitar que un sentimiento oscuro le inundara el pecho y comenzara a llenarle el cuerpo de tristeza y rabia.

—Os agradezco que hayáis venido —dijo con sorna, e intentó elegir con cuidado las palabras para no ofender a los únicos amigos que tenía a excepción de Siri—. Pero ahora mismo no quiero pensar, simplemente me gustaría estar sola.

Kenneth suspiró.

—No te vamos a dejar aquí —se negó Tiberio.

Ella lo fulminó con la mirada y señaló el cuchillo que guardaba en el guante derecho.

—No necesito niñeras —soltó.

—De acuerdo —aceptó Kenneth casi a regañadientes—. Te dejamos en paz, pero si necesitas algo, lo que sea, llámame. Y por favor, no permanezcas mucho en el tercer anillo, y menos en este estado. Todo está demasiado revuelto.

Nereida asintió y su mirada bailó sobre las ventanas, desde las que se veía gran parte de la calle. Tiberio y Kenneth no tardaron en marcharse y, casi de inmediato, ella notó la ausencia, el vacío que dejaban en un lugar de su corazón. Estaba demasiado borracha, cansada e indignada con ese mundo que le daba la espalda. En silencio, apartó lo que quedaba de cerveza.

Le apetecía volver a su casa, tumbarse en el sofá, así que se levantó y arrojó sobre la barra un par de créditos mientras se echaba sobre los hombros la chaqueta tachonada con botones azules. Abstraída en su desgracia, se lanzó a la calle salpicada por los matices violeta de los anuncios que brillaban en los edificios y deambuló bajo el rugido potente de los planeadores en el aire. Por eso le gustaba el tercer anillo, porque carecía de la belleza refinada y organizada del segundo, del silencio casi metódico y apagado en el que escuchaba con demasiada claridad el ruido de sus pensamientos.

Se adentró en una calle vacía que a cualquier otra persona le habría parecido demasiado peligrosa pero que a ella le gustaba. Nunca había sentido miedo en el tercer anillo. Desde hacía horas llovía y, pese al aire frío, a Nereida no le molestaba la chaqueta calada, al contrario, esa sensación helada en los dedos le resultaba agradable.

Al cabo de unos minutos, aminoró la marcha y, con una duda silenciosa, giró sobre sus talones para encarar a la figura ancha y fornida que la estaba siguiendo. Al darse la vuelta, se tambaleó un poco y tuvo que apoyar la mano en la pared para mantener el equilibrio. Entonces lo vio, en medio de las sombras, envuelto en la oscuridad de la noche.

—Podrías haberme hablado —comentó.

Claudio dio dos pasos en su dirección y metió las manos en los bolsillos de su gabardina negra.

—Sé que te han echado de la Hermandad.

Ella le lanzó una mirada histérica y se dio cuenta de que estaba más borracha de lo que creía. Claudio sonrió al ver el escaso control que Nereida tenía sobre su cuerpo y, con la elegancia de un depredador, se situó tan cerca de ella que Nereida casi podía inhalar el persistente aroma a tabaco que llevaba pegado a su uniforme de asesino.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Nereida, mientras parpadeaba para sacudir el rocío que se le acumulaba en las pestañas.

Tras unos segundos de silencio, Claudio se movió, y las armas susurraron contra la tela de su ropa. Aquel sonido le llegó acompañado por otro que la obligó a enderezarse incluso antes de ver a Vania.

Su excompañera no parecía contenta y, a juzgar por la antipatía de sus ojos, Nereida podía apostarse la vida a que no le hacía ni pizca de gracia compartir el mismo aire que ella.

—¿Me estabais siguiendo? —aventuró, y esta vez Claudio intercambió una mirada con Vania, que se limitó a encogerse de hombros.

—Tenemos trabajo.

—Ah. —Una pausa cargada de escepticismo. Se esforzó por imprimir un aire de indiferencia a su voz—. Me alegra.

—He escuchado que le pediste a Jacin que te inscribiera en la Cacería y puedo decirte que me siento impresionado por tu… arrogancia. —A Nereida no le gustaba el camino que estaba tomando la conversación—. Siempre te creíste superior, nos mirabas por encima del hombro.

—Eso no es verdad —murmuró ella.

Claudio se acercó todavía más y le apretó el brazo con una violencia que le hizo soltar un chillido agudo. Era muy alto, por lo que Nereida tuvo que echarse hacia atrás para mirarlo a los ojos. El placer sobrevolaba las facciones del asesino. A su lado, Vania sonreía con unos dientes diminutos y se colocaba el pelo azul tras las orejas al tiempo que sacaba un bláster del interior del abrigo negro. Su cuello estaba decorado por una infinidad de tatuajes horribles que le otorgaban el aspecto de una criminal mal pagada.

—Suéltame —gritó, y se liberó con un manotazo, pero Claudio actuó con rapidez, le puso una mano en la nuca y la atrajo hacia sí mientras le propinaba un rodillazo en el estómago.

Nereida sintió el ramalazo, pero no fue nada en comparación con lo que le dolió la cabeza cuando su excompañero se la aporreó contra la pared del callejón. Sin detenerse a pensar, intentó liberarse de las manos del hombre, que no titubearon en ningún instante.

—¿Crees que Jacin va a dejar que te vayas por ahí y le cuentes a todo el mundo secretos de la Hermandad? —La pregunta provenía de Vania, que acariciaba el bláster con una mezcla de embeleso y placer en los ojos oscuros.

Ella no había contemplado la posibilidad de que Jacin pudiese considerarla una amenaza, y mucho menos de que aquellos a los que consideraba sus compañeros la fuesen a acorralar en un callejón oscuro.

Tragó saliva, repentinamente mareada. Durante un segundo, todo se volvió borroso a su alrededor.

—Considera esto un aviso: si hablas de la Hermandad, vendremos a por ti mientras duermes.

Claudio la soltó.

Las rodillas de Nereida chocaron contra el suelo y ahogó una maldición al notar el crujido de los huesos y el sabor a vómito que comenzaba a ascender por su garganta.

El asesino la miró de reojo y ella pensó que ya había acabado todo, pero, en lugar de alejarse, Claudio se impulsó hacia adelante con la daga curva destellando entre los dedos. La hoja alcanzó la pierna de Nereida, que no tuvo tiempo de reaccionar.

La sangre manó de golpe y en los labios del asesino asomó la sonrisa enfermiza que a ella tantas veces le había parecido natural. Con un brillo malicioso en los ojos y una sonrisa altiva, Vania hundió los dedos en la herida de Nereida hasta que quedaron completamente cubiertos de sangre y los deslizó por la frente de Claudio, dibujando en su piel una línea escarlata.

Derrotada y desangrándose, vio cómo se alejaban y la abandonaban en medio de la oscuridad. Palpó su propia angustia y se regodeó en la creciente infelicidad que comenzaba a cobrar forma dentro de su pecho. Qué curioso era que la sangre se le escapara del cuerpo con la misma facilidad con la que la abandonaban las esperanzas.

CAPÍTULO 10

GRACE

Grace había aprendido a no aferrarse a las personas, a los lugares y, mucho menos, a las cosas materiales. Era demasiado consciente de que, en el mundo al que pertenecía, no podía poseer nada más que sus propios sentimientos, y a veces ni siquiera eso.

Había estado más una hora anclada en silencio frente al viejo taller de sus padres, revisando las listas de bajas compartidas por el Gobierno. Cuando comprobó que el nombre de su padre no figuraba en ellas, no se permitió sentir alivio, sino que tomó la decisión de ponerse en movimiento. Caminó bajo el aire frío de la noche convencida de que aquella caminata servía para algo más que acrecentar el mal humor que le nublaba el juicio y que le impedía evaluar la situación con la tranquilidad que esta ameritaba.

Al menos esa era su intención, hasta que el llanto la sacudió. Llegó con fuerza y se le metió en el pecho.

Grace dejó que las lágrimas le corrieran por el rostro. Que limpiaran la tristeza aguda que le había abierto un agujero enorme en el pecho. Kim siempre decía que llorar sanaba y, aunque Grace sentía que estaba vaciando su alma, no podía apreciar ninguna mejora en su estado de ánimo. Quizá era demasiado pronto; quizá la herida era tan profunda que ni la sal de sus lágrimas servía para aliviar el dolor.

La tensión se le acumulaba en la espalda y no sabía cómo lidiar con ella. Cansada, se detuvo en medio de la calle principal que

colindaba con la plaza norte del tercer anillo. Era un espacio elíptico en el que se erigía un monumento conmemorativo al desastre de la multitecnología: una columna de piedra negra rodeada por dos anillos de aluminio grabados con los nombres de todos los fallecidos en el bosque. A ambos lados de esta se extendían dos docenas de pantallas holográficas que mostraban anuncios e imágenes relacionadas con la Cacería y el futuro próspero que aguardaba a los ganadores de la competición.

Grace apartó la mirada y apretó el paso; casi sin darse cuenta había atravesado la avenida, más atestada que nunca, y había llegado hasta la estrecha callejuela que daba al viejo teatro. Podría haber ido a un millón de sitios, sí, pero sabía que únicamente allí se sentiría a salvo, segura, a pesar de que solo había ido un par de veces para visitar a su amiga y de que distaba de ser una asidua.

Ahora, bajo la luz de la noche, le daba la sensación de que el edificio lucía incluso mucho más lúgubre y antiguo de lo que recordaba. Era una vieja estructura de ladrillos blancos salpicados por enormes grietas que evidenciaban el desgaste no solo de la fachada exterior, sino también de los capiteles de las columnas y de los marcos desvencijados de las ventanas. Las esquinas, también corroídas, estaban reforzadas por asideros de aluminio que lo hacían destacar frente al resto de la arquitectura moderna del tercer anillo.

Grace contuvo la respiración y tensó la mandíbula. Rebuscaba la determinación que le hacía falta en algún lugar de su alma. Estaba abatida, por lo que hizo una mueca al apretar la caja contra su pecho mientras subía los tres peldaños que conducían hacia la entrada principal. La enorme puerta de aluminio estaba abierta, invitando a los que pasaran por allí a obtener un refugio temporal.

El interior del teatro era un hervidero de actividad. Una multitud de personas discurría a través de las galerías abiertas que iban a parar a las balconadas. Sus rostros estaban velados por el hambre, por la tragedia. A Grace la invadió una sensación de asfixia; a diferencia de ellos, ella estaba allí por una situación de la que esperaba salir pronto, por lo que se obligó a caminar con la cabeza

gacha, sin mirar fijamente a nadie, y solo se detuvo cuando llegó a un sótano. Allí había una pequeña pantalla electrónica junto a una puerta de madera gastada.

Con los labios crispados, levantó la mano y golpeó suavemente la superficie con los nudillos. Hubo unos segundos de silencio en los que Grace pensó que quizá Imora no abriría. Después de todo, ni siquiera la había llamado para avisar de que iba, y no estaba convencida de que fuera a haber espacio para las dos en aquel sótano. Por suerte, al cabo de un momento, la puerta acabó entreabriéndose lo justo para mostrar un rostro conocido.

—¿Grace? —preguntó entrecerrando los ojos y dejando escapar una risita divertida.

Imora lucía un traje ceñido que marcaba las curvas prominentes de su atlético cuerpo. Tenía un rostro ovalado y bronceado, el pelo rosa chicle y las cejas oscuras, que enmarcaban unos bonitos ojos negros. Cada elemento que componía su rostro le otorgaba unos rasgos exóticos y bien equilibrados.

—Siento no haber avisado antes, pero… —Dejó la frase suspendida. Los dedos de Imora se extendieron para abrir la puerta del todo y arrastrarla al diminuto cubículo que era su hogar—. No tengo a donde ir.

Una arruga profunda surcó la frente morena de la chica, que cerró la puerta a su espalda sin poder ocultar su turbación. Imora era una especie de artista ambulante que, sin pretenderlo, había acabado viviendo en Ciudad Espejo tras perder a su padre. Se dedicaba a hacer actuaciones en bares nocturnos en los que entretenía a cualquier clase de alimaña tirando cuchillos que siempre atinaban en la diana, hasta cuando los lanzaba con los ojos cerrados.

—¿Estás bien?

Una parte de Grace quería asentir, pero la tristeza, demasiado profunda, se lo impidió. Dejó a un lado la caja en la que estaba todo lo que le quedaba y notó que la tensión de sus hombros crecía. Las palabras salieron de sus labios como un torrente. Le explicó a Imora

todo lo que había sucedido y, en el proceso, tuvo que imprimir un tono de indiferencia a su voz para evitar echarse a llorar delante de ella.

Cuando acabó de hablar, un espeso silencio cayó sobre las dos.

—Lo que te ha pasado es… —Su mejor amiga dudó, llevándose una mano a la nuca mientras sus labios contemplaban la palabra ideal para describir la situación—. Es una mierda.

Tenía razón.

Por un momento, el hilo que mantenía la voluntad de Grace se resquebrajó. Las rodillas le fallaron, se dejó caer sobre la silla que estaba junto al colchón y hundió los dedos en el interior de su chaqueta de cuero, tragándose las lágrimas que pugnaban por salir de nuevo, por arrasar con el océano de sentimientos que se batían contra su pecho. Imora había sido muy amable al no hacerle preguntas de más y Grace se lo agradecía; todavía tenía lagunas sobre lo sucedido en la Feria y no estaba muy convencida de qué haría a partir de ese momento.

«Buscar a Ania».

El pensamiento flotó hasta la superficie de su mente y ella contuvo la respiración.

—Puedes quedarte aquí si quieres —propuso Imora encogiéndose de hombros al ver que ella permanecía ensimismada.

Grace frunció el ceño y asintió sin decir nada. Todavía no entendía cómo pretendían convivir las dos en aquel lugar tan minúsculo en el que apenas había espacio para su amiga. Dejó que sus ojos vagaran por la habitación y apreció el contorno de una diminuta cocina eléctrica que estaba adosada en la esquina. Al lado se alzaba un armario que parecía a punto de venirse abajo salvo porque se apoyaba a medias en un baúl metálico. Las paredes eran oscuras y estaban plagadas de pósteres antiguos, anuncios de videojuegos que tendrían al menos un par de décadas.

Durante unos minutos, las dos se quedaron en silencio y Grace supo que Imora buscaba la manera de darle espacio. Sin embargo, ni ella misma soportaba la ausencia de conversación. Aquel mutismo

solo servía para que sus gastados pensamientos volvieran al acecho y la sumergieran en una espiral de ansiedad.

—¿Qué es eso? —preguntó al ver la pantalla encendida, e Imora se alegró ante su curiosidad.

—Un poco de salseo del bueno —respondió, y se sentó en la silla frente a uno de los monitores—. Justo antes de que llegaras estaba leyendo sobre los posibles candidatos a la Cacería.

Grace desvió la mirada, incómoda.

—¿Pasa algo? —preguntó su amiga apoyando los codos sobre las rodillas y estudiándola con un deje de curiosidad en los ojos.

Claro que pasaba, pero Grace dudaba que aquel fuese el momento ideal para abordar la situación que tenía encima.

—No —mintió, y luego sacudió la cabeza en un alarde de sinceridad—. En realidad, sí. Sí pasa.

Grace contuvo la respiración medio segundo y, empujada por la emoción de Imora, introdujo la mano en el bolsillo hasta rozar el papel y sacar la tarjetita con cuidado. Los bordes estaban arrugados, pero las letras se conservaban intactas, al igual que el código QR de la parte de atrás. Su amiga la examinó y le dio tiempo para hablar, por lo que Grace procedió a narrarle lo ocurrido con Mira en el hospital. Le habló de todo: de lo que había pasado en Pegasus, de la propuesta, de lo remilgada y exigente que parecía la mujer.

—¡¡Guau!! —gritó Imora levantándose de golpe del borde del colchón, donde se había sentado unos minutos antes—. No puedes decir que no.

—No puedo decir que sí, no hasta que encuentre a mi padre y a mi hermana.

Imora entrecerró los ojos, cogió una bolsita de dulces que descansaba en el aparador y se llenó la boca con chocolates al tiempo que se apoyaba en la silla con un gesto pensativo.

—Te conozco, Grace —insistió—. Sé que cuando los ojos se te ponen pequeñitos estás maquinando algo. Tienes un cerebrito privilegiado y, en vista de que ahora somos compis de piso, estás en la obligación de contármelo. —Gesticuló con exageración y a Grace

le pareció que se esforzaba demasiado en alejar su atención del recuerdo de su familia—. Venga, desembucha.

Quizá Imora había pensado en lo mismo que ella, quizá solo quería que alguna de las dos diera forma a esa idea absurda y descabellada que acababa de surgir en las mentes de dos parias de la sociedad.

Grace recordó el cartel de desahucio sobre la puerta de su casa y la angustia le recorrió la columna, despertando aún más la necesidad de aceptar la propuesta de Mira. Participar en la Cacería implicaba ver por primera vez el bosque que tanto había ansiado conocer y a los alphas que de niña le fascinaban. Era cumplir el sueño de su madre, un delirio que en cierto modo había terminado por hacer propio.

Pero más allá de ese entusiasmo, también estaba el miedo. Aquel terror visceral que la acompañaba desde que era pequeña y que la hacía sentir que no era suficiente. Que sus capacidades aún tenían que madurar y podían conducirla a cometer errores fatales en un escenario como la Cacería.

—Es una manzana envenenada. Quieren una mercenaria, alguien que haga el trabajo sucio. No sobreviviría ni dos noches allí dentro.

—Por favor, no seas melodramática y tampoco te quites mérito, no puede ser tan difícil como lo pintan. A mí se me da bastante bien lo de los cuchillos, y en alguna ocasión he llegado a utilizar un cañón láser. Mi padre era del norte, allí todos aprenden a disparar, y él me enseñó lo básico cuando era una cría. Además —puntualizó su amiga, acostumbrada a alimentar las malas ideas de Grace—, si no lo haces tú, buscarán a cualquier otra persona.

Grace dudó, no porque fuese modesta, sino porque no se atrevía a soñar con una fantasía como aquella.

—Podría tener una posibilidad —meditó en voz alta, mientras ladeaba la cabeza. Enseguida se arrepintió de pronunciarlo—. Una muy remota.

El rostro de Imora se iluminó.

—Entonces, vamos a participar en la Cacería.

—No lo sé.

—¿Quieres volver a tener una casa? ¿Sacar a tu hermana del orfanato? Entonces me parece obvio, creo que la respuesta es esta —declaró señalando la tarjeta—. Quizá con el dinero que recibas incluso puedas mover algunos hilos y descubrir dónde está tu padre.

Le guiñó un ojo y Grace estuvo a punto de lamentarse en voz alta por la decisión que estaba a punto de tomar. Aquello la entristeció. No quería verse empujada a una encrucijada en la que sus elecciones pendían como hachas sobre su cabeza. Se preguntó qué podía hacer a partir de entonces, además de buscar a Ellis y a su hermana, y se dio cuenta enseguida de la ausencia de posibilidades: no conocía ninguna forma de recuperar la casa ni el negocio familiar.

—Creo que necesito asimilar todo lo que ha pasado —admitió con desgana, abrazándose las rodillas. Su voz había cambiado ligeramente y el nudo en su garganta vibró haciéndola sentirse acorralada.

Sin embargo, Imora tenía razón en algo: si pretendía ayudar a su familia, necesitaba arriesgarse, tomar una decisión que la aterrorizaba.

Su amiga permaneció muy quieta y en silencio, esperando la respuesta que a Grace parecía habérsele atragantado. Pero esta solo pensaba en que, antes de tomar una decisión, debía volver a hablar con la mujer de Pegasus, preguntarle qué quería exactamente de ella y exponer sus condiciones, una lista en cuyo primer puesto figuraba garantizar el bienestar de su hermana.

***

Eran casi las tres de la mañana cuando Grace desistió de sus esfuerzos por conciliar el sueño, se calzó las botas y se arrojó fuera del cubículo de Imora con cuidado de no hacer ningún ruido. Unas cuantas luces parpadearon en el panel lateral junto a la puerta y casi dejó escapar un grito de sorpresa al percibir las sombras inmóviles que yacían en el pasillo. Eran personas que no contaban con tanta

suerte como su amiga y que dormitaban en los corredores de aquel sucio refugio en el que al menos se salvaguardaban del frío y la lluvia.

Aturdida, pasó al lado de ellas hasta abandonar el teatro y, sin pensárselo dos veces, salió a las calles oscuras del tercer anillo.

Había escrito a Mira y la mujer había aceptado encontrarse con ella en los próximos días para que le expusiese sus exigencias. El tono del mensaje era formal, rígido, y a Grace le dio la impresión de que esa mujer no encajaba del todo con una chica como ella. Resultaba complicado no pensar en lo que implicaba hacer un trato con una magnate de Pegasus: no estaba segura de qué era lo que Mira necesitaba, pero dudaba de que fuese algo sencillo. Para Kim la decisión no habría sido tan difícil; estaba convencida de que su madre hubiese vendido su alma con tal de poder entrar al bosque y estudiar a los alphas, con tal de verlos de cerca.

Las calles de Ciudad Espejo nunca dormían y, en ese instante, parecían tan activas como su cabeza. Una tenue llovizna caía sobre la multitud de planeadores que sobrevolaba los rascacielos y la hacía sentirse diminuta y sola en un mundo demasiado grande. Deshizo la maraña de pensamientos y se concentró en alejarse del viejo teatro y adentrarse en los callejones que serpenteaban a lo largo del centro. Allí las intersecciones se confundían y las aceras estaban cubiertas por una gruesa capa de suciedad de la que emanaba un pestilente olor a cloaca.

Ni siquiera entendía por qué estaba caminando hacia uno de los orfanatos.

No, no era cierto: en realidad sí que lo sabía. El labio le tembló ligeramente en cuanto sus ojos dieron con lo que buscaba. El recuerdo de otra vida le sobrevino y a Grace se le olvidó respirar por un segundo.

El viejo edificio tenía diez pisos de altura y una planta rectangular. Su fachada, negra como la noche, se caracterizaba por los grabados y los relieves decorativos que ascendían desde un murete bajo hasta las cornisas de aluminio de las enormes ventanas circulares en las

que no se atisbaba ninguna luz. Una reja metálica separaba la calle del patio que se encontraba frente a la puerta de latón del edificio.

Aquel era uno de los orfanatos que tenía apuntados en la lista. El que mejor conocía ella, puesto que había pasado allí sus primeros meses en Ciudad Espejo tras la travesía que la llevó hasta Ynsgard.

«Hasta que Kim me encontró», pensó, recordando el rostro feliz de su madre cuando firmó la partida de adopción y se la llevó. En aquel entonces, Grace había dejado de hablar. No era capaz de encontrar su voz interior, y cada vez que despegaba los labios, las cuerdas vocales se le rasgaban al acordarse de su madre muerta en la Brecha. Huía de Tabai, buscaba una vida mejor, pero lo que encontró fue la muerte.

En ese momento, la opresión que sentía en el pecho la obligó a alejarse del orfanato. Giró sobre sus talones y apoyó la pantalla plegable contra su pecho, deseando huir de aquel edificio con halo de cárcel. Habían pasado trece años y continuaba sin poder enfrentarse a sus fantasmas.

De nuevo, dirigió sus pasos al teatro, pero advirtió una sombra alargada que estaba al fondo del callejón que llevaba hasta la avenida principal del tercer anillo. Estaba a punto de dar la vuelta y seguir con sus problemas cuando un lamento la hizo detenerse bajo la luz de una farola.

«Hay alguien herido». A pesar de ser consciente de este hecho, estuvo a punto de irse, pero entonces su conciencia la increpó: «¿Y si fuese tu padre? No te gustaría que alguien lo dejase tirado en medio de la noche». Grace respiró hondo, se armó de valentía y bajó los escalones que la separaban de la oscuridad.

—¿Hola? —musitó imprimiendo una nota interrogante a su voz.

Nadie respondió, por lo que a Grace no le quedó más remedio que descender otro par de escalones y acercarse hasta el borde de un edificio de ladrillos grises.

Se le pasó por la cabeza que aquello fuera una treta para robarle, no era raro que ocurriesen esas cosas por la noche, pero entonces sus ojos cayeron sobre un rostro pálido que enseguida reconoció.

—Joder, estás herida —dijo, inquieta, y miró a lo largo del callejón solo para asegurarse de que no había nadie más.

—Tú…

La expresión de Nereida era de puro terror. Grace se fijó en el charco de sangre que se extendía bajo su pierna izquierda y se esforzó por darle un significado a lo que estaba viendo, pero de todas las cosas extrañas que le estaban ocurriendo, no podía negar que aquella casualidad era de las más insólitas.

—Necesitas ayuda. —La visión de la sangre le resultaba espantosa, pero no permitió que la amedrentara. Se arrodilló junto a Nereida y echó una mirada a la herida de la pierna. No era demasiado profunda, pero necesitaría puntos—. Desgraciadamente no puedo llevarte a un hospital, pero si quieres puedo llamar a alguien para que venga a buscarte.

Nereida la fulminó con la mirada.

—Nada de médicos —sentenció mientras se pasaba una mano por la frente sudada. Apestaba a alcohol y tenía las pupilas dilatadas, la ropa empapada pegada al cuerpo—. Puedo apañármelas, solo necesito ir a mi casa y encontrar el botiquín.

—El paso al segundo anillo se cierra por las noches y… —Grace dirigió una mirada profunda al cielo oscuro—. Bueno, por si no lo has notado, todavía faltan algunas horas para que amanezca.

—No soy estúpida, Grace.

—Estás borracha.

Nereida apretó la mandíbula.

—Déjame en paz…

La voz se le rompió y esta vez los dedos de Grace se cerraron sobre sus muñecas para evitar que se tocase la herida. Por mucho que anhelase vengarse de ella, no podría soportar sobre su conciencia haberla abandonado a su suerte.

—Se va infectar —susurró con voz amable, y un cosquilleo le inundó las tripas—. Estás borracha y herida, no seas necia.

Nereida negó con la cabeza y Grace sintió pena por ella. Nadie merecía estar solo en medio de la noche en un callejón como aquel,

ni siquiera ella.

Nerviosa, se pasó una mano temblorosa por el pelo húmedo y evitó mirarla a los ojos.

—Puedo esperar a que amanezca.

Pero no era verdad. No podía esperar en un callejón sucio que olía a orín y en el que podían robarle un riñón o incluso algo peor.

—Mira, no voy a discutir contigo. Tienes dos opciones —insistió Grace poniéndose en pie—. Venir conmigo a que te suture esa herida. —Lo dijo con escasa convicción. Grace no tenía la menor idea de heridas; era chatarrera, no enfermera. Pero esperaba que Imora pudiese ser de mayor utilidad, por lo que le parecía una alternativa digna de considerar—. O quedarte aquí y esperar a que alguien te encuentre por la mañana. Probablemente desangrada.

Nereida levantó una ceja y Grace se quitó la chaqueta para hacerle un torniquete con ella.

—Creo que me quedaré aquí a esperar.

La última palabra delató el dolor que llevaba un buen rato intentando disimular. Soltó un chillido que a duras penas pudo contener y Grace no esperó a que le diera su aprobación. Le ató la chaqueta con fuerza y le pasó una mano por debajo de los hombros inhalando el olor a menta y óxido que desprendía su pelo. Nereida tenía suerte de que Grace fuese lo suficientemente alta y fuerte como para cargar con el peso de las dos.

Nereida le abrazó el cuello y echaron a andar de regreso al teatro. No sabía muy bien qué le diría a Imora en cuanto la viese con semejante compañía, pero tampoco pensó demasiado en ello; no era el momento de reflexionar. Si a Imora le parecía un problema, ya lo solucionaría. Ella siempre conseguía arreglarlo todo, y estaba convencida de que esa vez no sería la excepción.

CAPÍTULO 11

NEREIDA

A Nereida le ardía el pecho; un resquemor se le filtraba bajo la piel y le hormigueaba en el corazón. Deseaba deshacerse de esa sensación, así que aparcó la rabia y abrió los ojos. La luz cegadora de las bombillas la disuadió de despertar del letargo. Pospuso el momento como si con ello pudiese retrasar la idea de enfrentarse al mundo real, de confrontar la vida que la aguardaba.

Aunque solo fuese durante un instante, se permitió dudar de todo lo que había vivido en los últimos días. Se repitió mentalmente que el fracaso no acabaría con ella; al menos, no tan fácilmente. ¿Qué le diría su hermana si supiera lo que había ocurrido? Probablemente la emperatriz montaría en cólera y la reñiría. Tensaría la boca antes de mover la cabeza indignada y la miraría con absoluta decepción.

No, Nereida necesitaba arreglar su situación antes de encarar a su hermana.

Con una punzada de dolor, abrió los ojos y se fue habituando a la extraña luminosidad que era casi tan intensa como el olor a chocolate que flotaba en el aire de la habitación. Estaba en un colchón pequeño cuyas sábanas no eran ni por asomo tan suaves como las suyas. Lo último que recordaba era el callejón y, por supuesto, a Grace.

Casi por instinto, se llevó una mano a la cabeza y no tardó en darse cuenta de dónde estaba.

—Por fin te despiertas —dijo Grace al ver que Nereida intentaba incorporarse. Apoyó los brazos sobre una de las cajas y un hilo

invisible le curvó los labios en una sonrisa—. Estuviste hablando en sueños, aunque no puedo decir que me sorprenda. Según Imora, esa herida tenía la suficiente mala pinta como para hacerte delirar.

Las palabras se hundieron en su piel y los recuerdos la sacudieron. Las imágenes del teatro, el dolor en la pierna y, por supuesto, las manos hábiles de la chica de pelo rosa suturándole la herida. Se llamaba Imora y parecía poseer un talento para las agujas casi tan natural como el que ella misma tenía para las armas.

Hizo un esfuerzo por levantarse, pero el dolor la disuadió y Grace aprovechó para acercarse hasta ella y obligarla a permanecer tumbada. La sujetó por el hombro y apretó los labios, como si algo la preocupara o enfadara.

—No hagas esfuerzos —susurró, y Nereida se tensó ante el contacto de su piel. Un hormigueo fugaz la recorrió allí donde los dedos de Grace la tocaban.

Obedeció no sin antes fijarse en que estaban solas en la habitación. No había rastro de la otra chica y, por alguna razón, aquello la incomodó. Quizá se trataba de la cercanía entre las dos, o simplemente el hecho de tener que sentirse agradecida con Grace. Nereida no estaba acostumbrada a deberle nada a nadie; era absolutamente autosuficiente y lo último que quería era estar en deuda con la chica a la que había ignorado durante meses.

Mareada por el hilo de sus pensamientos, Nereida arrugó el entrecejo y se fijó en Grace. Llevaba el pelo recogido en una trenza descuidada y varios mechones sueltos enmarcaban su rostro, en el que era visible el cansancio. Se fijó en la sudadera gris y ancha que le caía encima de unos pantalones negros. No parecía su ropa, le quedaba demasiado ancha.

A Nereida le dio la sensación de que evitaba mirarla a los ojos. Entonces fue ella quien desvió su atención y se fijó en el resto del lugar. Una lámpara de aluminio colgaba del techo raso, en el que se adivinaba una maraña de cables que sobresalía de uno de los paneles de hierro. Sus ojos también se fijaron en la cocinilla eléctrica, en la sartén sucia que se acumulaba junto a un par de

platos en lo que no sabía si era un fregadero o un lavabo, adosado junto a la única puerta.

—Lo siento —musitó Grace como si pudiese intuir lo que pasaba por su cabeza. Aquel cubículo pequeño estaba marcado por la penuria—. No hemos tenido mucho tiempo de organizar esto.

—¿Vives aquí?

—Soy una invitada; es algo temporal —repuso Grace.

En vez de responder, Nereida se levantó las vendas que le envolvían la pierna y echó una mirada. La herida, irregular y grande, estaba rematada por hilo negro bajo una capa de gel cicatrizante.

Apretó las manos y contuvo la indignación al recordar lo ocurrido en el callejón. Sus propios compañeros la habían atacado y no podía evitar el odio que en ese momento le llenaba las entrañas. «Traidores», pensó con la garganta seca y la cabeza llena de resentimiento. La amenaza de Claudio y Vania había sido orquestada por la Hermandad, lo sabía, e incluso así notaba la rabia apoderándose de sus sentidos.

—Si consigues líquido paragénico o una sonda, mañana estarás como nueva —apuntó Grace al ver que Nereida seguía intentando incorporarse. No llegó a hacerlo porque en ese instante la puerta de la habitación se abrió de golpe e Imora apareció en el umbral. La chica sonrió al verla despierta, se deshizo de la bufanda violeta que llevaba alrededor del cuello y levantó con orgullo las dos bolsas de papel grasiento que sostenía en las manos.

—Os he traído el desayuno —dijo volviéndose hacia Grace y dejando las bolsas en la mesa. Se movió por la habitación con nerviosismo, ocultando algunos cables sueltos y guardando cosas dentro de las cajas—. Ojalá lo hubiese ordenado todo antes.

Grace tomó una de las bolsas e Imora sonrió con amabilidad antes de volverse a Nereida y estrecharle la mano.

—Bienvenida a mi humilde morada —soltó con entusiasmo. Nereida no pudo hacer otra cosa que devolverle el gesto con algo de torpeza. No se le daba bien sonreír, le tensaba las mejillas y no era capaz de hacer que la expresión pareciera natural. Pero Imora era

amable y la había ayudado, así que al menos se merecía aquel esfuerzo por su parte.

—Estoy segura de que estaréis hambrientas. Os traigo la especialidad de la panadería de enfrente —apuntó la chica mientras se acomodaba el pelo rosa detrás de los hombros.

Grace esbozó una sonrisa triste al echar un vistazo a la bolsa y sacó un pastelito de lentejas al que dio un bocado. Tendió otro a Nereida, que dudó antes de darle un mordisco y degustar aquel sabor cítrico con un toque picante que avivó el hambre de sus tripas.

—Tengo una buena noticia —informó Imora con la boca llena de comida. Giró la silla hacia el monitor más cercano—. He conseguido adentrarme en la red negra. Y mirad lo que acabo de ver.

Señaló una luz titilante en la parte izquierda de la pantalla y, tras unos segundos, se abrió un rectángulo lateral de color turquesa en el que apareció el símbolo de Pegasus y de 4DL bajo unas letras alargadas. Al ver lo que era, Grace se levantó de un salto y apagó el monitor con un gesto de exasperación. A Imora se le resbaló el pastelito de las manos por culpa del movimiento de Grace y cayó sobre las baldosas grises.

—¿Y a ti qué rayos te pasa? —la increpó Imora, con la voz teñida de una indignación que se reflejaba en sus ojos.

—Ten —soltó Grace, que le dio su pastelito con un movimiento brusco mientras levantaba una ceja. Imora tomó aire para refutarle, pero Grace la cortó—. No deberíamos hablar de esto aquí.

Miró a Nereida con escaso disimulo y le pareció que Imora estaba tan preocupada por la pérdida de su desayuno que apenas fue consciente de la advertencia que le acababa de dedicar.

—Es mi comida favorita, Grace —protestó arrodillándose y cogiendo el pastelito roto entre los dedos—. No tienes que ser una salvaje, te agradecería que demostraras algo de modales delante de nuestra invitada.

La arruga en la frente de Grace se acentuó. Pero Nereida, con aquellas pupilas mejoradas que solían tener los asesinos, había captado a la perfección lo que Grace no quería que ella viera.

—¿Vais a participar en la Cacería?

Lo que siguió fue absolutamente inesperado. Grace soltó un rotundo «no» a la par que Imora graznaba un «sí» cargado de convicción. Claramente irritada, la chatarrera miró a su compañera. No estaba interesada en abordar el tema delante de la asesina.

A Nereida, por su parte, se le secó la garganta y una alarma retumbó en sus huesos, la advertencia de una posible oportunidad. Dolida, se llevó una mano al pecho y se preguntó cómo alguien como Grace podía haber conseguido un patrocinador. Cuando vio que la chica caminaba hasta la puerta y se retorcía las manos, decidió volver a insistir:

—¿Podéis participar en la Cacería? ¿Tenéis un patrocinador?

—Tenemos a una persona interesada en nosotras, aunque Grace está empeñada en darle demasiadas vueltas al asunto —replicó Imora, masticando con satisfacción—. Digamos que su vida ha cambiado radicalmente en los últimos días y eso ha retrasado un poco las cosas, pero la participación es básicamente un hecho.

Nereida entrecerró los ojos con algo de suspicacia y, sin decir nada, las miró de arriba abajo, buscando aquello que las hacía tan especiales como para que alguien del segundo anillo se fijase en ellas. Grace era alta y robusta, sí, pero a simple vista era casi anodina, simple. Sin ningún talento aparente con las armas. Luego centró su atención en Imora, en la cicatriz alargada que le cruzaba la mejilla izquierda, y pensó en la historia que se escondería tras las marcas de su cuello, diminutas heridas ya cerradas que parecían la evidencia de una vida dura.

Nereida estaba convencida de que no eran asesinas. Ni siquiera parecían mercenarias.

El miedo le contrajo el estómago. Dio otro bocado al pastelito para disimular mientras una idea demasiado descabellada y que de ninguna manera podía salir bien empezaba a tomar forma en su cabeza.

«No puedes estar tan desesperada como para querer que estas dos te acepten en su equipo para participar en la Cacería. Eres la

hermana de la emperatriz, ni siquiera tú puedes caer tan bajo», dijo una voz turbia dentro de su conciencia.

Pero sí que podía. Nereida era experta en fracasar, aunque para ser justos en ninguno de sus anteriores errores había caído tan profundo como para perder la esperanza. Se clavó las uñas en las palmas de la mano y el dolor le hizo sentir que aquella idea podía materializarse.

—Dame un minuto y te mostraré toda la información sobre los alphas que he recopilado y que podría sernos útil para la Cacería —musitó Imora con los dedos volando sobre el teclado que acababa de desplegar sobre sus piernas.

—Imora, no —espetó Grace. Su voz sonó tan autoritaria que hizo que la chica diera un respingo en su silla y la mirara con muda sorpresa en el rostro—. No podemos hablar de eso con ella. No puedes permitir que una desconocida se entere de lo que pretendes.

—No será tan desconocida si la has traído aquí.

—La estaba ayudando a que no se desangrara en un callejón oscuro, pero eso no significa que sea mi amiga o que pueda confiar en ella.

—Técnicamente le salvaste la vida, y, puestas a hablar, noto un leve interés de su parte.

Las dos se giraron hacia Nereida con un interrogante suspendido en el aire.

—Si vais a participar, quiero entrar —sentenció ella.

La frase brotó de sus labios mucho antes de que sus pensamientos llegaran a darle voz. Notó cómo el rostro de Imora mutaba a una expresión de plena felicidad mientras Grace fruncía el ceño con desconfianza.

—¿Por qué? —siseó cruzando los brazos sobre el pecho.

Los labios de Nereida temblaron y se sorprendió al descubrir que pensaba decirle la verdad:

—Acaban de echarme de mi trabajo y mi única oportunidad de ser alguien en esta maldita ciudad es participar en la Cacería.

Grace sacudió la cabeza y la trenza se le deshizo del todo. Midió a Nereida con los ojos entrecerrados, como si estuviese buscando un resquicio de falsedad en sus palabras.

—Me dejaste tirada en la Feria.

Nereida apretó los labios, intentando reprimir la culpa que comenzaba a anudarle la garganta. Entre ellas se alzaba un muro invisible cargado de excusas que las dos empuñaban como escudos y que, si pretendían trabajar juntas, tendrían que derribar.

—Te salvé la vida —corrigió casi sin detenerse a pensarlo, flexionando los dedos.

Sin esperar una respuesta, se levantó del colchón y caminó hacia la pared, ansiosa por ofrecer algo de movimiento a sus músculos resentidos. La pierna le molestaba, le dolía, y necesitó apoyarse contra la silla para mantener el equilibrio.

Al girar sobre sus talones, vio que Grace continuaba con los ojos fijos en ella, como si intentase decidir si debía confiar en ella o no.

—Por mí, vale —susurró Imora ampliando la sonrisa de sus labios—. Estoy revisando tu historial. —Los hombros de Nereida se tensaron—. ¿Eres una maestra asesina? —preguntó Imora con tanta naturalidad que Nereida no supo bien qué decir—. Es que en la red negra no figuran muchos datos, salvo que eres diestra con las armas y que hiciste dos cursos de rastreo hace cuatro años. —Imora giró la silla y miró con cautela a Grace, que parecía nerviosa, demasiado tensa—. Porque, si es así, nos viene de perlas alguien con tus habilidades.

La intención de mentir se abrió paso a través de cada una de las vértebras de Nereida y reverberó contra su piel. Pero apretó los dientes con rabia y decidió rendirse a la verdad.

—Sí —dijo, y un escalofrío le bajó por la espalda—. Bueno, lo era, hasta hace cuatro días.

—No te necesitamos en nuestro equipo —sentenció Grace, y se acercó a ella con un gesto furioso—. Estamos solas en esto y no podemos arriesgarnos a que otra persona participe; y mucho menos una desconocida.

—¿Sabías que la Hermandad entrena a sus asesinos durante siete años en una academia secreta en la que los instruyen para convertirse en seres letales? Creo que son leales, al menos deberían serlo, puesto que se adhieren a un código de honor. Les mejoran la vista, el olfato y el oído. —Imora hizo una pausa y miró a Grace—. Esto es increíble.

—Le encanta soltar datos curiosos como si su cerebro se tratara de una base de datos infinita —explicó Grace a Nereida poniendo los ojos en blanco. Después, se volvió hacia su amiga. Apoyó las manos sobre las caderas y la punta de su pie golpeó el suelo raso con insistencia frenética—. La han echado, así que me atrevería a decir que no es muy fiable que digamos. Además, tenemos el equipo cubierto, nos bastamos las dos.

El veneno de sus palabras no disuadió a Nereida, quien chasqueó la lengua antes de hablar:

—Eso quiere decir que, si tenéis patrocinador, no necesitáis credenciales para el segundo anillo. —Esbozó una sonrisita que minó la confianza de Grace—. Supongo que podéis ir y venir a vuestro antojo, conseguir vendedores de armas y todo lo que implica…

Su voz sonó dura, firme, y eso le gustó. Significaba que poco a poco recuperaba su confianza.

La expresión de Grace se desinfló.

—Supongo que nuestra patrocinadora podría conseguirnos algo, pero no sé cuánto tardaría.

—Tampoco sabes si a mí me podría conseguir una credencial —dijo Imora con un tono que indicaba una ligera preocupación—. No tengo permiso de ciudadana.

Allí estaba. Lo que Nereida necesitaba escuchar, lo que podía permitirle jugar con ventaja y negociar con aquellas dos.

—Yo puedo conseguirte un permiso de ciudadana temporal y credenciales para alojaros en el segundo anillo.

Un brillo de desconfianza llenó los ojos de Grace mientras estudiaba aquella promesa con detenimiento. Era cierto que necesitarían una credencial para las reuniones y que, por sus

conexiones, Nereida podría facilitárselas sin demasiadas preguntas y con absoluta rapidez.

—¿Qué ganas tú?

—Participar en la Cacería con vosotras dos. Que vuestra patrocinadora me incluya en el equipo.

Comprobó que ninguna de las dos chicas se negaba y eso la hizo sonreír con satisfacción. Creía que aquella oportunidad caída del cielo era un regalo de la Creadora para enmendar el desastre en el que estaba metida.

—De acuerdo —accedió Grace tras un largo silencio—. Bienvenida al equipo.

CAPÍTULO 12

GRACE

Grace estaba nerviosa. Tanto que apenas podía controlar el temblor de los dedos. Con un movimiento rápido, se limpió el sudor de las manos con la tela del pantalón y se atusó el pelo oscuro detrás de las orejas. La calle estaba envuelta en el resplandor dorado de la mañana, que se mezclaba con el humo y se reflejaba en los edificios de plata arrojando destellos pardos sobre los adoquines sucios. Al otro lado de la avenida, la gente andaba ensimismada en sus propias preocupaciones, de camino a sus quehaceres del día.

Grace se sentía incapaz de controlar la ansiedad afilada que comenzaba a treparle por los hombros, se le pegaba al paladar y la obligaba a apretar los dientes con fuerza. Giró la cabeza y contempló la pantalla de su reloj. Cinco minutos.

Al percibir su inquietud, los dedos de Imora apretaron los suyos, logrando que los músculos de los brazos de Grace se relajasen casi al instante y que el miedo se convirtiese en un murmullo ahogado que, si se esforzaba lo suficiente, podía llegar a ignorar. Estaban frente al local en el que había quedado con Mira, un restaurante de buen gusto en el que servían comida típica de Tabai y que casi nadie se podía permitir dentro del tercer anillo.

—Irá bien —prometió Imora con la voz llena de esperanza. El pelo rosa le caía a ambos lados del rostro risueño, pero la mueca forzada de sus labios era un indicio inequívoco de que estaba tan nerviosa como Grace—. Vamos a participar en la Cacería y vamos a ganar.

Grace sonrió por inercia, intentando que el labio no le temblara más de la cuenta, y asintió antes de que el miedo la increpase. Entonces volvió a mirar el reloj y el corazón le retumbó con fuerza dentro del pecho: era la hora. Apretó la mano de Imora antes de soltarla y cruzó sola la calle con el mentón en alto.

Las luces de neón la cegaron en cuanto atravesó la puerta de cristal y encontró un amplio local de paredes azules y violetas. Los haces rosas bailaban sobre las mesitas redondas que estaban a un lado de la barra metálica en la que una chica delgada servía bebidas calientes. De las paredes colgaban pequeños letreros de estilo *vintage* y las sillas estaban tapizadas de un tono naranja. Grace escrutó el local, que, pese a lo diminuto que parecía, estaba bastante bien distribuido, lo que le daba un aspecto acogedor.

—Me alegra ver que no me dejas plantada —musitó Mira cuando Grace se aproximó a la mesa en la que estaba sentada, al fondo del local. Grace tomó aire para enfrentar la sonrisa contenida de Mira, que lucía un aspecto tan impoluto como en sus anteriores encuentros. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros enfundados en una chaqueta negra. Un cigarrillo languidecía entre sus dedos—. Sígueme, vamos a la parte de atrás.

Grace asintió y, sin decir nada, se dejó conducir hasta una galería oculta tras una puerta negra. Era una sala apartada, con las paredes de piedra gris desnudas y un techo muy alto y claro en el que se mecían un par de lámparas acristaladas.

—He reservado este espacio —comentó Mira dando una calada al cigarrillo—. Ahí.

Grace giró la cabeza y se fijó en la mesa vacía y alargada que acababa de señalar la mujer. Tomó asiento y tardó medio segundo en reparar en el chico alto de ojos azules y bien vestido que aguardaba inmóvil en el pasillo. El camarero sonrió al verlas y se apresuró a dejar dos pantallas holográficas frente a ellas.

Grace cruzó los brazos en su silla frente a Mira.

—Tráeme lo de siempre —pidió al chico.

Tras un par de minutos de silencio, el camarero volvió con una bandeja de plata y les sirvió dos tazas de té verde con jazmín, unas galletas de soja espolvoreadas con azúcar glas y unos bollos dorados glaseados. Grace mantuvo las manos sobre las rodillas y escrutó el rostro liso de Mira. La mujer mantenía una expresión amable que parecía tan calculada como cada uno de los elementos que adornaban su traje: el pañuelo que sobresalía del bolsillo izquierdo, los pendientes de plata, la cadena de eslabones gruesos a juego alrededor del cuello…

—Tal y como hablamos, he decidido aceptar su oferta —dijo Grace en cuanto el camarero las dejó solas—. Pero bajo mis condiciones.

Las cejas de Mira se alzaron por la sorpresa.

—No estás cómoda —apuntó la mujer con suspicacia—. Entiendo que tus prejuicios sean un lastre, pero te estoy ofreciendo una posibilidad que no se te volverá a presentar en la vida.

La respuesta hizo que Grace se enderezara bajo la atenta mirada de la empresaria, quien se limitó a cruzar las piernas con delicadeza.

—Me aseguraré de que tu hermana salga de ese lugar para cuando acabe el evento. —Una sonrisa diminuta y desafiante cruzó su rostro—. Mientras te atengas al plan y cumplas con lo que pido, me da exactamente igual lo que hagas; no tienes que ganar, ni siquiera esforzarte demasiado en el bosque.

Los dedos de Mira abandonaron la taza y se centraron en rebuscar dentro del bolso de terciopelo azul que descansaba sobre su regazo.

Mira le explicó que podía elegir el equipo que deseara, pero que no podían enterarse de las condiciones que ella le exigía. Tampoco veía posible sacar una tarjeta de residencia en menos de un mes, eso lo tendría que solucionar por su cuenta. A Grace no le quedaba otra opción que confiar en Nereida y sus contactos, después de todo.

—Cuando estés en el bosque, necesito que vayas a la vieja sede de Sisne y conectes este disco a su red. —Sacó un USB de su bolso y lo dejó sobre la mesa—. Sus diarios están encriptados y no se

puede acceder a ellos sin conectarse a sus ordenadores; quiero una copia de todos los registros de Sisne. Los originales.

Los ojos de Grace buscaron alguna señal de burla en la expresión de la mujer, pero, para su sorpresa, descubrió en su rostro que le decía la verdad.

Las reglas de la Cacería prohibían acercarse a la zona de Sisne. Y si bien en el bosque nadie intentaría hacerles cumplir normas —allí nadie los miraba, nadie se acercaba—, solo un lunático sin miedo a la muerte se atrevería a cruzar ese límite. Todo el mundo sabía que la radiación cerca de la antigua sede de Sisne era tan alta que resultaba mortal para los humanos, y eso era suficiente para disuadir a cualquiera. En el bosque había suficientes peligros como para sumar otra preocupación a la lista.

—No puede estar hablando en serio —espetó Grace con sorna.

—Tranquila, sé que se puede entrar allí, que no es tan peligroso como nos han hecho creer —le explicó la mujer. Grace la observó con incredulidad. Eso no era lo que llevaba toda su vida escuchando, pero antes de que pudiera preguntar más al respecto, Mira continuó—: Te voy a entregar dos mapas holográficos en un dispositivo GPS que te ayudarán a guiarte; no necesitan conexión a la red. Además, tendrás armas para protegerte, todas las que necesites. Y te aseguro que nadie se enterará, solo lo sabremos tú y yo. —Sonrió levemente antes de seguir explicando el plan—: El bosque está plagado de inhibidores que cortan cualquier tipo de señal y que, a día de hoy, no se han podido desactivar, por lo que, una vez dentro, estarás sola hasta que acabe la Cacería. Pero hasta ese momento, me tienes a tu disposición. De cualquier forma, me aseguraré de ofrecerte un EPS con una interfaz que es capaz de conectarse a cualquier red inalámbrica y que me enviará una señal directa a mi pulsera. No puedo garantizarte que esa señal llegue de forma inmediata, ya sabes que los inhibidores pueden bloquear el mensaje, pero tengo la corazonada de que quizá en la sede de Sisne puedas encontrar una conexión para que el EPS llegué hasta mí.

Mira le entregó un dispositivo que Grace había visto en alguna ocasión. Era del tamaño de la palma de su mano y poseía dos ranuras laterales y una pantalla rectangular azulada en la que se veía una serie de códigos binarios que reconoció al instante. Tecnología punta que servía de poco en el bosque —aunque Mira acabara de decir que en Sisne podría encontrar una señal, ella estaba segura de que eso era imposible—, pero que, si se acercaba al límite de las vallas electrificadas, podría salvarle la vida.

—Es una oportunidad única y solo te pido que te conectes a su red para que podamos desencriptar los datos. Nos ayudará mucho saber cuántos tipos de alphas creó Sisne realmente, qué tecnología utilizó y hasta dónde pretendía llegar.

Así que eso era lo que quería Mira. Que ella corriese el riesgo de encontrar una información que hasta entonces se creía perdida.

Las investigaciones alrededor del trabajo y los crímenes de Sisne se habían cancelado hacía años, cuando las autoridades se dieron cuenta de que los enviados al bosque volvían al borde de la locura o directamente no volvían. Al final, el Gobierno se concentró en la información que sí habían logrado rescatar tras el desastre de la multitecnología y prohibieron la entrada a la fábrica.

—Bien. Te enviaré más información los próximos días —apuntó la mujer, que se puso en pie al tiempo que cogía su bolso—. Te pido que no hables de esto con nadie, ni siquiera con tu equipo. Mi interés es que seamos las únicas involucradas y guardemos el secreto. —Le guiñó un ojo.

Grace sonrió complaciente primero, pero en cuanto Mira se marchó, puso los ojos en blanco. Le parecía cada vez más evidente que la mujer la estaba usando. Y no solo eso: que se estaba guardando información esencial sobre aquella misión.

***

No podía decirle la verdad a nadie. Ni siquiera podía confesarle a Imora la verdadera razón por la que Mira la enviaba a la Cacería. A

partir de ese momento, Grace era una mercenaria al servicio de una de las mujeres más importantes de Ciudad Espejo.

Por suerte o por desgracia, Mira no esperaba que Grace tuviese posibilidades de ganar la Cacería. No sabía si debía sentirse ofendida o aliviada. Quizá un poco de ambas cosas, porque en lo más hondo de su conciencia ella también creía que sus posibilidades de ganar la competición eran mínimas. Por muy buena que fuese con los sistemas informáticos y la mecánica, Grace no poseía la puntería ni la destreza física de un asesino con talento.

A la preocupación por el riesgo que estaba asumiendo, la prueba a la que se iba a enfrentar y el hecho de que debía mentir a su mejor amiga, se le sumaba la desconfianza que Nereida le seguía provocando. No solo no podía dejar de pensar en las consecuencias que entrañaba su alianza, sino que cada vez que evocaba el brillo fugaz en los ojos de la asesina, algo dentro de Grace se retorcía y le recordaba que aquella mujer no era de fiar.

Eso por no mencionar lo más importante: Nereida trabajaba —o había trabajado, si lo del despido era verdad— como asesina profesional. Un detalle que jamás había mencionado en ninguno de sus encuentros y que explicaba muchas cosas: la actitud taciturna que siempre la acompañaba, los ojos que vigilaban todas las salidas de emergencia y su absoluta facilidad para moverse como un depredador en busca de víctimas.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Imora por tercera vez arrancándola de sus pensamientos—. ¿Qué es lo que quiere que hagas?

Grace giró la cabeza sin aminorar la marcha y se encogió de hombros en silencio. Imora llevaba una chaqueta color crema sobre los hombros y el pelo rosa recogido en dos moños altos. Jamás la había visto tan entusiasmada, y eso obligó a Grace a rebuscar en su interior las palabras correctas con cuidado.

—Quiere que recopile información sobre los tipos de alphas y sus comportamientos —mintió, porque era lo más fácil y porque intuía que también era lo más seguro para su amiga.

Imora dejó escapar un silbido y puso los ojos en blanco. Grace la conocía lo suficiente como para saber que no se tragaba la mentira, pero que, por la amistad que las unía, prefería no hacer preguntas incómodas.

—¿Sabes algo de los demás equipos? —preguntó Grace desviando el tema. Había pasado el día buscando información sobre Mira y apenas había tenido tiempo de echar un ojo a las noticias.

—Todavía no hay nada, pero no creo que tarden en presentarlos —respondió Imora, y sus palabras se ahogaron bajo el rugido de un par de planeadores que pasaron sobrevolando sus cabezas—. En cuanto los patrocinadores anuncien a sus equipos, empezarán las apuestas y nos haremos una idea de lo que nos espera. —Grace arrugó los labios—. Tenemos posibilidades, te lo prometo. He estado estudiando qué tipo de armas podemos llevar, incluso lo he hablado con Nereida —apremió Imora, pero Grace no estaba convencida. A duras penas recordaba la última Cacería, pero todos sabían que había salido mal.

—¿Qué te ha dicho?

La pregunta le salió con nerviosismo y se mordió el labio sin querer. No se acostumbraba a que Nereida y ella fuesen un equipo.

—Cree que necesitaremos armas de largo alcance —respondió encogiéndose de hombros. Acababan de dejar atrás la plaza de la Independencia y la calle se volvía más angosta—. También me ha dicho que le gustas.

Grace se detuvo.

—¿Qué?

Imora sonrió con diversión y un destello de malicia prendió sus ojos oscuros.

—Es broma, venga. —Tiró del brazo de Grace—. Pero sí que la he pillado mirándote, ¿eh?

Grace negó en silencio, el buen humor de Imora bastó para arrancarle una sonrisa.

—No creo que…

Las palabras se le quedaron ancladas en el fondo de la garganta y sus pies se detuvieron sobre el asfalto al encontrarse con la figura de Nereida. La asesina estaba con los brazos cruzados y aguardaba junto a las escaleras que daban al inmenso teatro. Al verlas, una sonrisa se materializó en sus labios. Parecía confiada, segura, y aquella actitud arrogante irritó a Grace, no solo por la facilidad con la que se movía por el mundo, sino también por la sencillez con la que encajaba, como si apenas se tuviese que esforzar, mientras la gente como Grace luchaba cada día por mantenerse a flote.

—Os estaba buscando —dijo acercándose a ellas. Llevaba el pelo rubio atado en un moño suelto que le daba un aire desenfadado, unos pantalones pitillo que le estilizaban las piernas musculosas y una chaqueta roja que acentuaba la palidez de su rostro.

Imora le devolvió la sonrisa y el rostro se le desencajó al ver lo que Nereida sujetaba entre sus largos dedos: dos tarjetas de residencia para el segundo anillo.

—No me lo puedo creer —soltó Imora con la voz marcada por la sorpresa. Parpadeó con fuerza y dio un saltito de alegría.

Grace sintió un estremecimiento violento, un mareo repentino y poco esperado al ver su nombre estampado en aquella imagen.

—No es permanente, pero podéis quedaros en el segundo anillo al menos hasta que acabe la Cacería.

CAPÍTULO 13

NEREIDA

Nereida no imaginaba lo agitados que serían los siguientes quince días hasta el comienzo de la Cacería. Imora y Grace se habían trasladado al segundo anillo, a su piso, y pasaba todo el día entrenándolas. Hacían prácticas de tiro en una pista cerca de su edificio: disparaban con distintas armas de fuego y lanzaban cuchillos, jabalinas y hachas. Después, por la noche, ella se esforzaba por aprender todo lo que podía sobre los alphas: desde sus conductas y códigos genéticos hasta los puntos fuertes y débiles de cada tipo de criatura.

Por suerte, Imora era bastante diestra con los cuchillos y sabía moverse en terrenos dispares. La chica era una refugiada que había trabajado en uno de los pocos circos ambulantes que aún quedaban en Ynsgard. Le había contado que de niña iba de ciudad en ciudad con su familia hasta que los conflictos del norte la obligaron a ella y su padre a emigrar a Ciudad Espejo, donde se quedó tras la muerte de este. Su talento con las dagas le aseguró trabajo en un garito clandestino como lanzadora de cuchillos. Y como aquello no era suficiente para pagarse una vida en la ciudad, se vio empujada a buscar un ingreso extra, así que también se movía en la red negra como intermediaria de ventas de suministros médicos, lo que explicaba su enorme facilidad para encontrar datos a la que pocos tenían acceso.

Grace no se quedaba muy atrás. Pese a que era más torpe con las armas, parecía medianamente preparada para internarse en el

bosque y suponer un desafío para el resto de participantes. Era buena rastreando y detectaba el peligro con facilidad. Aquello le suponía una mezcla de facultades que a Nereida le parecían decentes, aunque, muy en el fondo, la asesina sabía que el resto de las posibilidades de triunfo dependían de sí misma. Cargaría con Imora y Grace si con ello garantizaba el éxito de su grupo. Estaba más que dispuesta a luchar con uñas y dientes con tal de ganar la Cacería.

—¿No puedes dormir?

La voz de Imora arrancó a Nereida de sus pensamientos y la arrojó de regreso al salón de aquella vivienda impersonal a la que llamaba hogar. Había pasado por el salón de camino a la cocina y no había considerado la posibilidad de que Imora o Grace estuviesen ahí. Se rodeó la muñeca con los dedos de la mano izquierda, un gesto que aliviaba el peso de sus emociones y la hacía sentirse segura, tranquila.

Nereida vivía en una avenida residencial del segundo anillo, en un apartamento limpio y cálido de dos habitaciones y una cocina junto a la puerta de la entrada. El salón estaba compuesto por un sofá alargado, una estantería en la que reposaban una docena de cactus y una colección de vinilos de la que presumía. Era un sitio agradable, pero la realidad es que apenas pisaba ese lugar más que para dormir y que no estaba acostumbrada a que otras personas entraran allí, excepto Kenneth o Siri.

El rascacielos en el que se ubicaba era una torre cilíndrica de cristal y aluminio negro. Un complejo enorme situado en una de las zonas menos transitadas del segundo anillo, lo suficientemente cerca de la sede de la Hermandad y del palacio en el que residía su hermana.

—Se me hace raro tener visitas —admitió.

—Eso explica que tengas la nevera tan vacía —bromeó Imora, cuyos ojos somnolientos estaban surcados por lagañas que no se esforzó en quitarse—. Mañana tenemos la primera reunión con los organizadores y en pocos días harán el anuncio oficial.

Una súbita oleada de emoción ondeó a través de los huesos de Nereida, que no pudo evitar pensar qué expresión pondrían Jacin o su hermana en cuanto se enteraran de lo que estaba a punto de hacer.

—¿Has visto los grupos que han presentado?

Nereida negó con la cabeza. Hacía apenas un par de horas que las noticias solo hablaban de los grupos anunciados. Había escuchado algo mientras cenaba, pero prefería no entrar a la red y estudiar a sus competidores hasta que estuviese la lista completa. Sabía que no debía anticiparse; lo mejor era hacer un análisis de todos, estudiar sus puntos fuertes y débiles.

Imora, en cambio, era más impaciente. Nereida sabía que chequeaba la red todas las veces que podía a lo largo del día. Quizá eso explicaba su presencia en el salón a altas horas de la noche; debía de haberse desvelado y no querría molestar a Grace, que dormía plácidamente en la habitación que Nereida había habilitado para ambas.

La chica de pelo rosa cogió su pantalla holográfica de la mesa de café para buscar la noticia y se la mostró a Nereida.

La rabia le contrajo el estómago y a duras penas consiguió controlar la expresión de su rostro, que enrojeció al instante. Aquello lo explicaba todo: Jacin tenía un plan en marcha cuando rechazó la participación de Nereida en la Cacería.

Le devolvió la pantalla a Imora con prisa y se alejó de ella y de la imagen que acababa de ver.

—¿Ocurre algo? —preguntó Grace desde el quicio de la puerta. La habían despertado con su conversación y había decidido acercarse a ver qué pasaba. El cabello negro se le derramaba sobre el hombro derecho, haciendo que el tatuaje oscuro que le recorría la parte afeitada de la cabeza brillara bajo la luz tenue del salón.

Nereida no respondió, se alejó hasta la ventana y miró la ciudad con una sensación amarga.

—Los conoces —apuntó Imora con suspicacia ante su silencio.

Claro que los conocía.

Y la cuestión era que, de todas las personas que podrían haber participado en la Cacería, la última a la que esperaba ver era a Siri.

—Son mis compañeros de la Hermandad —dijo, soltando un leve suspiro cargado de irritación—. Mis excompañeros, en realidad.

Corregirse arrojó una punzada agónica en su pecho.

—La he visto antes —afirmó Imora, ampliando la imagen de la pantalla para mostrarle la sonrisa cálida de Siri a Grace, que se había acercado a ella—. Su padre es el dueño de Pegasus, aunque ella mantiene un perfil bajo.

—Tiene que hacerlo. Después de todo, es una asesina y, aunque su padre sea el dueño de una de las megacorporaciones más importantes, su deber es mantenerse apartada de los focos —explicó Nereida acercándose lentamente hacia ellas—. Es muy buena en su trabajo, por cierto. Los que están a su lado son Claudio y Vania, un par de imbéciles con mucho músculo y poco cerebro cuyo mayor talento es el que poseen para la brutalidad.

A Grace le chispearon los ojos de curiosidad.

—¿Y eso no es bueno en una profesión como la tuya?

—Depende —murmuró, pensativa—. No todo es violencia.

La chatarrera asintió como si comprendiese y Nereida atisbó las dudas en sus ojos. Estaba segura de que Grace se preguntaba si realmente podía confiar en alguien como ella, si parte de su humanidad continuaba dentro de su pecho o simplemente era un arma empleada por otros. Esas mismas preguntas se las hacía Nereida frecuentemente. Por eso, las intuía en las personas que conocía. Aunque no lo dijeran en voz alta, podía sentir sus pensamientos, su recelo.

El labio inferior de Nereida tembló ligeramente al pensar en encontrarse con Siri en la Cacería. Aquello no solo significaba convertirse en rivales, también era una dura prueba para su orgullo. De ninguna manera dejaría que Claudio le arrebatase su victoria. No soportaría verlo como ganador.

—¿No te imaginabas que la Hermandad inscribiría a un grupo? —preguntó Grace al ver que ella permanecía callada.

—Sí. Es solo que no contemplé la idea de que fuesen ellos —admitió Nereida, desviando la mirada hacia las ventanas cromadas desde las que se veía el palacio del anillo central.

—¿Queréis comer algo? —preguntó, desviando la conversación y dirigiéndose a la cocina. No quería hablar de Siri ni de la Hermandad.

Imora asintió, pero antes de que sus labios articularan una respuesta, el timbre de la puerta emitió un quejido estridente que encendió todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Nereida.

En cuestión de segundos, sacó un bláster que descansaba en el primer cajón de la cocina. Imora y Grace intercambiaron miradas tensas. Otro pitido. Nereida se acercó a la puerta y, al abrir, se encontró con el rostro risueño de Kenneth.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —inquirió ella. Apoyó el arma en un mueble cercano y, con la mano de nuevo en la puerta, lo miró con una ceja en alto.

Kenneth no se amedrentó ante la fría bienvenida. En su lugar, se desabrochó la chaqueta verde y forzó una sonrisa mientras cuadraba los hombros.

—Es tu hermana —explicó él, y Nereida torció el gesto con desagrado—. Está aquí, necesita hablar contigo.

El miedo la sacudió y, sin darse cuenta, sus manos se tensaron sobre la puerta.

—¿Aquí? ¿Por qué?

Las preguntas le salieron atropelladas. Estaba aturdida, con la cabeza llena de niebla y una sensación desconcertante en el pecho. En el rostro de Kenneth atisbó un eco de su preocupación. Si Zarina estaba en el edificio, algo iba muy mal.

—Mierda —soltó ella, y echó un vistazo a sus nuevas compañeras sin dejar de mover con insistencia la punta del pie izquierdo—. ¿Dónde está?

Kenneth vestía informal, pero incluso bajo la chaqueta holgada se podían ver las armas que llevaba, evidencia suficiente como para

que Nereida supiese que estaba allí en calidad de guardia de la emperatriz.

—Allí. —Kenneth señaló el ascensor que estaba rodeado por una docena de guardaespaldas al fondo del pasillo.

—De acuerdo. Entra y quédate con ellas. —Abrió la puerta del todo—. Ni se te ocurra mencionar el tema, y mucho menos a mi hermana —le susurró apresuradamente antes de darle la espalda.

Hizo un esfuerzo por disimular la preocupación en su rostro cuando pasó delante de los guardaespaldas. Las puertas de aluminio se abrieron y ella entró al ascensor en silencio.

—Neri. —Apenas tuvo tiempo a reaccionar cuando Zarina la abrazó y ella respiró el olor a rosas de su pelo—. ¿Cómo se te ocurre?

Nereida apretó los labios, se apartó y la miró con el corazón retumbando con fuerza contra su pecho. La emperatriz lucía diferente. Demasiado pálida, con los ojos rodeados por surcos violetas y los ojos enrojecidos. Pese a que todo en Zarina estaba meticulosamente cuidado, desde el vestido impoluto hasta el recogido perfecto, Nereida veía con claridad los signos del estrés en la piel tirante, en las uñas mordidas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nereida sin saber cómo empezar la conversación. Zarina frunció el ceño y señaló las cámaras en el techo.

—Hemos inhabilitado e insonorizado el ascensor, así que puedes hablar con tranquilidad.

Por alguna extraña razón, a Nereida la irritó que su hermana se tomase la libertad de invadir el único espacio propio en el que podía refugiarse.

—¿Es cierto que te han echado de la Hermandad?

La voz de Zarina la tensó. No hablaba como su hermana; aquel tono firme era el de la emperatriz, cargado por el matiz autoritario con el que Zarina se dirigía a otros. Por eso estaba allí: necesitaba mirar a Nereida a los ojos y constatar la verdad, quería que su hermana se lo dijera a la cara.

Pero esta no respondió. Lo único que pudo hacer fue mirarla con temor.

—¿Te han echado? —insistió Zarina.

Al ver que Nereida se mantenía en silencio, le puso una mano en la nuca, con fuerza, con violencia. Apretó los dedos contra su piel y le clavó las uñas haciendo que un sonido de sorpresa se escapara de los labios de Nereida.

—Dime la verdad.

—Sí… —titubeó ante aquel arrebato violento. No sabía cómo encajar la rabia de su hermana—. Me han echado.

Zarina ladeó el rostro y una oleada de frustración recorrió a Nereida al ver la decepción en su expresión.

—Otra vez. —La soltó y dio dos pasos a la izquierda para apoyarse en la pared gris—. Otra puta vez.

Los ojos de obsidiana de Zarina chispearon al tiempo que empezaba a negar con la cabeza. Se le escapó una risa desesperada.

—Papá se empeñó en que estuvieses en la Hermandad y yo me he encargado de cubrirte las espaldas cada vez que has metido la pata. ¿Crees que esta vez voy a ayudarte? ¿Crees que voy a mover un dedo por ti?

Nereida quiso decir algo, cualquier alegato en su defensa que fuese lo bastante potente como para quitar hierro al asunto, pero las palabras murieron en sus labios. Allí no se sentía como una asesina entrenada; de repente, volvía a ser una bastarda a la sombra de su hermana.

Nereida la miró durante un par de segundos sin saber qué decir. El calor era asfixiante, y detestaba cómo la miraba su hermana, cómo la juzgaba.

—Y ahora, además, me entero de que vas a participar en la Cacería. ¡No puedes participar en la Cacería, Nereida! —exclamó de tal modo que era evidente que estaba perdiendo la paciencia.

—No hay vuelta atrás.

De pronto, la convicción de la emperatriz flaqueó y la fachada de seguridad se derrumbó, revelando a una mujer controladora pero exhausta.

—Nereida, si yo caigo, tú caes conmigo —espetó Zarina midiendo las palabras—. El norte de Ynsgard es cada vez más inestable, ya viste lo que ocurrió en la Feria: atentados en un maldito acto público cuando estamos a las puertas de una Cacería y tenemos invitados importantes. Es prácticamente una declaración de guerra contra mi Gobierno, contra las megacorporaciones. Te necesito en la Hermandad.

Nereida asintió, temblando de pura frustración, de rabia. No era la primera vez que su hermana la amenazaba. Zarina solía ceder ante el estrés y a veces era Nereida quien pagaba los platos rotos. Pero en ese momento estaba demasiado cansada, demasiado harta de agachar la cabeza y hacerse de menos.

—Me importa un bledo tu guerra —soltó sin pensar—. Si tú caes, es tu maldito problema. Estoy cansada de ser la hermana a la que buscas cuando tienes problemas pero de la que te olvidas cuando te necesita. Lo siento, pero esta vez no cuentes conmigo.

Consiguió esbozar una sonrisa tan falsa como las que su hermana dedicaba a las megacorporaciones y, sin esperar una respuesta, salió del ascensor y caminó con la convicción de haber tomado una decisión propia por primera vez en su vida.

CAPÍTULO 14

GRACE

Grace Vivar no estaba acostumbrada a obedecer órdenes. Disfrutaba de su autonomía, de la libertad de trabajar en el taller de sus padres y ser dueña de sus actos. Por eso no podía negar que le resultaba terriblemente irritante soportar el control exhaustivo que Nereida mantenía sobre sus horarios.

Hacía apenas unas horas que habían anunciado al resto de competidores de la Cacería, y esto había despertado en ella una inquietud que hasta entonces creía controlada. Seis equipos compuestos por dos o tres miembros que lucharían por cazar al alpha dominus, como lo había catalogado el Ministerio Natural. Era un reto para el que no sabía si estaba preparada y, pese a que las dudas brillaban como aceite sobre su piel, no podía evitar que una pizca de emoción prendiera fuego en lo más hondo de su ser.

No había habido ni un minuto en los últimos días en el que tuviese tiempo de respirar sin que Nereida insistiese en seguir practicando. Cada mañana visitaban la pista de tiro y no se iban a casa hasta que los dedos se les quedaban tan agarrotados que eran incapaces de moverlos. En aquella absurda rutina solo había espacio para el agotamiento físico y mental.

Grace aceptaba todo sin protestar. Sin embargo, cuando recibió un mensaje de Mira con un informe del orfanato en el que se encontraba Ania y dos fotografías de la niña que hicieron que el corazón se le rompiera un poco, no fue capaz de permanecer bajo el yugo esclavista de Nereida y, en cuanto se le presentó la

oportunidad, se dirigió al tercer anillo y se quedó de pie frente al orfanato durante un par de horas hasta que vio a su hermana a través de la verja.

La imagen de Ania sentada en el patio la golpeó con violencia, haciendo que su entereza flaqueara durante un segundo. Grace temía que Ania pensase que su familia la había olvidado, que sufriera de soledad.

Se quedó de pie en medio de la calle, a una distancia prudencial, la suficiente como para que Ania no la viese a ella. Aunque quería que su hermana supiese que se preocupaba por ella, sabía que podía meter a la niña en un lío si alguien las veía hablando. Lo último que quería era que Ania llamase demasiado la atención y que la tomasen con ella. Además, era demasiado consciente de la tristeza en el rostro infantil de su hermana. Estaba un poco apartada del resto de niños y mucho menos alegre de lo habitual. Llevaba un simple uniforme negro de falda y camisa de botones, con zapatos planos, y el pelo recogido en una coleta baja, y no había ni rastro de las pulseras que solía lucir en la muñeca derecha.

No se acercó. Lo mejor que podía hacer era permanecer oculta y cumplir con Mira. Cuando volvieran a verse, la situación sería diferente. Vivirían en el segundo anillo, encontrarían a Ellis.

Al menos, eso quería creer.

Era agotador luchar por parecer tranquila cuando por dentro se sentía morir poco a poco.

Esa misma fachada de serenidad fue la que lució el día que entró al enorme edificio empresarial en el que el Ministerio Natural había citado a todos los participantes. El recinto era un enorme rascacielos de más de cien pisos y se encontraba en el segundo anillo, cerca de la sede de Pegasus. Allí el aire olía distinto, más limpio y artificial. Las paredes eran de titanio oscuro, tan brillante que casi alcanzaba a admirar su reflejo en aquella superficie libre de cualquier elemento decorativo. Los pasillos estaban vacíos salvo por un par de hombres con traje elegante que no se dignaron a dirigirles ni un segundo de su atención.

La mujer que las había recibido las guio hasta una sala acristalada que atravesaron en el más tenso de los silencios. Imora iba algo más rezagada, observando con detenimiento cada detalle. Nereida iba a su lado; su expresión era confiada, con el mentón en alto y los labios apretados en una línea recta. Grace intentó imitar la pose relajada de esta, pero sus hombros eran demasiado anchos y sus músculos no sabían moverse con la elegancia y la dignidad de la asesina. Así que se conformó con mantener la espalda erguida y, de reojo, observó a Imora, que, a diferencia de ella, parecía disfrutar de la situación. Le dedicó una sonrisa amplia y Grace se distrajo un segundo, meditando sobre en qué momento su vida había cambiado tanto y cómo rayos iban a superar el día tan complicado que tenían por delante.

—Seguidme, por favor —dijo la guía al ver que se quedaba rezagada en medio de la sala.

Subieron a un ascensor que tenía las paredes y el techo de cristal y, con fingida indiferencia, Grace estudió a la mujer. Llevaba un traje azul celeste de dos piezas, tenía la piel tan lisa y tirante que se asemejaba a una de esas periodistas que aparecían en las pantallas holográficas presentando el parte meteorológico. Salvo porque, a diferencia de ellas, la expresión de sus ojos estaba vacía.

—Es aquí. Os están esperando —espetó en cuanto las puertas del ascensor se abrieron. Imora, Nereida y Grace salieron y se encontraron con un vestíbulo amplio. La habitación era inmensa, un recinto semicircular que parecía un gimnasio moderno.

—¿Creéis que nos pedirán hacer una prueba física o algo así? —preguntó Imora a su lado, ajustándose las mallas negras por debajo de una camiseta blanca y holgada que resaltaba los músculos de sus brazos.

—Querrán hablarnos de la Cacería —dijo Nereida, que aquel día estaba inusualmente callada. Su voz estaba marcada por una tristeza apagada que Grace nunca había percibido en ella.

Pese a que la arrogancia era un elemento que la asesina usaba a modo de escudo y que a Grace le resultaba irritante, le parecía raro

verla sin una pizca de esta. Nereida se ocultaba en aquellas poses firmes, en las miradas cargadas de desdén. Era inteligente, eso lo daba por hecho, pero bajo aquella actitud de confianza excesiva se ocultaba una persona llena de secretos a la que deseaba conocer.

Estaba a punto de decir algo cuando se dio cuenta de que no estaban solas. Una docena de personas aguardaba en aquella sala llena de armas y máquinas de entrenamiento que Grace apenas si podía reconocer.

—Sois las últimas —gruñó un hombre que estaba apoyado junto a la puerta. Sus ojos repararon en ellas y una sonrisa burlona, llena de encanto, le tiró de la comisura de los labios. Sujetaba un cuchillo largo entre los dedos y lo movía al ritmo de una música que solo él podía escuchar.

Durante unos segundos demasiado tensos, todos se midieron en silencio. Algunos parecían confiados, quizá demasiado, mientras que en otros Grace alcanzaba a atisbar la misma inquietud de la que ella no podía desprenderse.

—Bienvenidos —anunció una mujer, destensando el ambiente.

La anfitriona era una cuarentona de aspecto regio y ojos afilados que se adentró en la sala con una tableta entre los dedos. Con una mirada indicó a todos que se acercaran a ella.

Grace miró al resto de competidores en silencio y una emoción desconocida burbujeó en su pecho. Aquello era real. Iba a entrar al bosque, vería a los alphas tal y como su madre siempre había soñado, y aunque sentía un miedo atroz en los huesos, por primera vez en días se permitió acariciar algo parecido al entusiasmo.

—Ahora que ya estamos todos, podemos dar por iniciada la reunión —indicó la mujer que las había recibido activando la pantalla—. Sois seis equipos. Os asignaremos a cada uno unos documentos identificativos e insertaremos discos de control para monitorizar vuestras constantes vitales durante la participación en la Cacería, porque solo así sabremos si alguno muere. Recibiréis los suministros necesarios para sobrevivir en el bosque. También un kit médico.

Dos enfermeras aparecieron por una puerta lateral y se encargaron de insertarles un chip en el cuello. Grace notó el pinchazo y contrajo los labios en una mueca de dolor mientras Nereida ni siquiera mutaba la expresión.

—¿Crees que nos sacarán si morimos en el bosque? —preguntó Imora a su lado. Su voz estaba velada por la preocupación.

—No. Una vez dentro, estamos completamente solas —replicó Nereida.

Aquella explicación hizo que Grace recordara los peligros que rondaban en los límites de ese lugar prohibido.

En ese momento, la mujer de la organización chasqueó los dedos para que todos se giraran a mirarla.

—Según diga vuestros nombres, formad una hilera por equipos para que firméis el acta en el que renunciáis a responsabilizar al Gobierno por cualquier fatalidad que se produzca en el bosque. Vosotros sois los únicos responsables de vuestras vidas.

Todos asintieron en silencio y Grace intercambió una mirada cruda con Nereida, que en ese momento parecía casi tan tensa como ella. La reunión era a puerta cerrada, lejos de reporteros ansiosos por descubrir las historias que se escondían tras los rostros participantes.

—Empezamos por Vania, Siri y Claudio.

Siri lideró la marcha de su equipo con una determinación que se reflejaba en los movimientos fluidos de su cuerpo. Para ser una asesina entrenada, no parecía tener la ferocidad de alguien que se dedicaba a matar; al contrario, a Grace le daba la impresión de ver a una bailarina grácil y elegante, una chica de aspecto refinado. Claudio y Vania sí que respondían al estereotipo que Grace evocaba cuando pensaba en asesinos: rudos, altos, con una complexión bastante gruesa y expresiones de hastío.

—A la derecha, por favor —pidió la mujer con un gesto remilgado, y los tres obedecieron. Firmaron y luego se apartaron hasta el fondo de la sala—. Kenneth y Tiberio.

Kenneth, que tiró de su pareja antes de avanzar, se acercó al acta con los ojos fijos en Nereida.

La mujer los hizo firmar y aguardó un instante antes de llamar al siguiente grupo, que estaba compuesto por una pareja de lo más peculiar. Se trataba de Lucrecio y Lila. Él rondaba los treinta y, por su enorme complexión y las cicatrices deformes que le adornaban el cuerpo, parecía un matón de campeonato con la fuerza bruta de una bestia. Una de las cicatrices le iba desde la ceja izquierda y atravesaba el rostro hasta la mandíbula, remarcando el aspecto de mercenario. Su compañera distaba mucho de parecerse a él. Tenía una postura relajada y llevaba un vestido de terciopelo negro poco adecuado para un lugar como aquel. Dos trenzas azules le caían sobre los hombros menudos, en los que descansaban las cintas de una mochila pequeña.

Siguió el equipo formado por Adria y Valentino, cuya presencia desinfló incluso más los ánimos de Grace.

Adria era joven, tenía la piel oscura y el cabello negro. Parecía diminuta al lado de él, que le sacaba dos cabezas. Los ojos oscuros de Valentino parecían inquietos y se hundían demasiado en un rostro ovalado en el que destacaban una nariz aguileña y unos labios fruncidos. Ambos llevaban trajes oscuros que remarcaban unos músculos torneados. Por lo que habían investigado sobre ellos, procedían de las colonias independientes de Zerg y trabajaban como vigilantes de seguridad en un club nocturno.

A Grace le sobrevino de repente la sensación de que, en medio de semejantes competidores, ellas tres tenían pocas posibilidades.

La duda la paralizó y no fue capaz de despegar la vista de la pareja. Adria se dio cuenta de su atención y le guiñó un ojo con diversión.

—Dan un poquito de miedo —admitió Imora bajando la voz, y Grace notó cómo se le aceleraba el pulso.

Cualquier intención de respuesta quedó sepultada por la atronadora voz de la mujer, que en ese momento procedió a llamar al siguiente grupo.

Al oír su nombre, Grace dio un respingo y giró el cuerpo en silencio no sin antes comprobar que todos las miraban. Con el rostro serio, firmó el documento y al instante notó una incomodidad rancia agolpada al fondo de su garganta.

Por último, presentaron a Sura y Zia. Eran hermanas, venían del norte y no podían ser más dispares la una de la otra. Zia era bajita y corpulenta; su sonrisa ancha mostraba una hilera de dientes perfectamente alineados y exhibía una expresión afilada que desbordaba inteligencia y astucia. Tenía la piel oscura y los labios redondos pintados de un tono cereza. Su hermana tenía un solo ojo y una cicatriz plateada que le cruzaba la mitad de la cara. Al contrario que Zia, Sura poseía una silueta esbelta y musculosa; el pelo caoba corto le rozaba las orejas pequeñas y destacaba un rostro alargado coronado por unas cejas pálidas y delgadas.

—Bien, ya estamos todos —dijo la mujer, y forzó una sonrisa demasiado tirante como para ser sincera—. En cuatro días comenzará la competición. Espero que tengáis en cuenta que esto no es un acto de barbarie, sino una competencia amistosa. En vuestro terminal de datos encontraréis los volantes con toda la información necesaria, incluidos los mapas. Os haremos entrega de unas mochilas llenas de suministros antes del inicio de la Cacería. Las armas corren por vuestra cuenta, así como cualquier tecnología especial que queráis llevar encima. Os hemos dejado un listado de todo lo que está permitido y revisaremos vuestras pertenencias antes de entrar al bosque para asegurarnos de que cumplís las condiciones. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Tenéis terminantemente prohibido el uso de explosivos. En los mapas que os hemos enviado figuran una docena de zonas accesibles del bosque. Mi recomendación es que montéis campamentos en ellas y os resguardéis de los alphas que no sean el que buscamos. La zona norte no aparecerá en vuestro terminal de datos por razones obvias, y os aconsejo que ni siquiera os acerquéis al límite. Ya sabréis que los restos de la sede de Sisne están plagados de actividad radioactiva.

La advertencia despertó un murmullo colectivo entre los participantes. Grace asintió con escasa convicción y trató de digerir la amenaza implícita y lo que suponía para ella. Mira había insistido en que era mentira, pero no sabía si podía creerla.

—Ahora seguidme, por favor —indicó la mujer con voz animada, y señaló unas escaleras contiguas débilmente iluminadas que daban a una sala rectangular con el suelo liso y varias mesas con holopantallas y gafas de realidad aumentada.

Las siguientes dos horas las pasaron en un simulador virtual que recreaba distintas zonas del bosque, incluidas algunas de las edificaciones antiguas de Sisne. Lo que la mujer había llamado «zonas accesibles» eran lo más parecido a fortalezas en la espesura: restos de casas, viviendas que habían sobrevivido al tiempo y las malas condiciones, y que se suponía que iban a ofrecerles refugio. El bosque había sido el hogar de los trabajadores de Sisne, por lo que aún quedaban ecos de civilización entre la maleza. Podían utilizar los recursos que encontraran, aunque lo más importante era dar con un lugar seguro donde dormir. Las imágenes tenían muy poca resolución y a Grace le chocó ser consciente de la escasa información que tenían sobre lo que se hallaba dentro del bosque.

No fue hasta que la mujer apagó el simulador cuando Grace percibió un destello de preocupación en el resto de los competidores. Vio el recelo en muchos de ellos y se fijó en Claudio. El asesino permanecía muy quieto en una silla de aluminio y se acariciaba el mentón mientras Siri asentía lentamente y evaluaba a sus contrincantes con expresión cauta. Los demás participantes también parecían analizarlo todo con una frialdad tan reservada que hizo que Grace se sintiera fuera de lugar.

—Bien. Creo que eso es todo por hoy —dijo finamente la mujer tras ponerse en pie—. Descansad, organizad bien vuestro arsenal y preparaos para el gran evento.

Sin ofrecer ninguna otra explicación, la mujer se subió al ascensor y se marchó, dejando tras de sí un murmullo colectivo que arrancó un estremecimiento nervioso a Grace.

Algunos de los participantes se fueron casi al instante. Ellas se dedicaron a estudiar los mapas unos minutos más. Imora señaló distintos puntos en la recreación 3D del bosque.

—He apuntado las fortificaciones que creo que nos podrían servir —comentó, y Grace vio cómo la sala comenzaba a vaciarse muy lentamente.

Solo entonces, Nereida levantó los ojos hacia ella y señaló la salida.

—¿Tienes dudas sobre…? —preguntó Grace, pero no le dio tiempo a terminar la oración; cuando quiso darse cuenta, Nereida ya caminaba hacia el ascensor.

Grace la siguió, sorprendida, no sin antes llamar la atención de Imora para que se pusiera en movimiento. Su aprensión inicial ante el resto de competidores se había convertido en curiosidad, y Grace no podía dejar de pensar en las razones de cada uno para arrojarse al bosque. Por supuesto, todos buscaban la gloria o el dinero, pero quizá alguno estaba tan desesperado como ella.

Esta idea hizo que algo dentro de ella se removiera. Su instinto estaba intentando buscar un rastro de humanidad entre aquellos que, en tan solo un par de días, se convertirían en sus rivales.

De pronto, la proximidad de la competición la sacudió y se encontró a sí misma asumiendo por fin que aquello iba a pasar de verdad.

—He estado hablando con mi contacto. Dice que ya tiene las armas, podemos ir a buscarlas cuando queramos —comentó Nereida en cuanto abandonaron el edificio, y a Grace le alivió saber que la situación estaba bajo control.

—¿Crees realmente que tenemos una oportunidad? —preguntó Imora, y la inquietud le ensombreció la mirada.

Nereida se encogió de hombros y echó a andar por la avenida principal del segundo anillo, que a esa hora de la noche estaba bastante vacía. La ausencia de respuesta de la asesina era un puñetazo a las esperanzas de Imora, que quería ganar por encima de todo. Al fijarse en la expresión de su amiga, Grace se sintió como

una vil traidora por ocultarle la verdadera misión que ella tenía una vez pisaran el bosque.

—Por suerte, conozco bastante bien a dos de los grupos y asumo que eso nos dará algo de ventaja —contestó Nereida con convicción en cuanto estuvieron suficientemente lejos del edificio. A la derecha, el río brillaba bajo las luces de la noche—. Claudio es tosco pero letal y Vania es despiadada, pero Siri es inteligente y sabrá controlarlos. Kenneth y Tiberio prefieren ir a lo seguro. —Entonces, se detuvo y se giró para mirar a sus compañeras de equipo—. Necesitaremos practicar un poco más —advirtió. Después, bajando aún más la voz, le preguntó a Imora—: ¿Crees que podrías conseguir algún registro sobre esos edificios abandonados?

—Tengo varios mapas holográficos de las fortalezas; ya me he guardado toda la información, pero puedo intentar encontrar algo más aparte de lo que nos han proporcionado —explicó Imora, consultando su pulsera con el ceño fruncido.

Las tres acababan de alcanzar el recinto en el que vivía Nereida y estaban a punto de cruzar las puertas cuando se encontraron con Kenneth y Tiberio.

—Neri —saludó este al verlas, y se acercó. Miró a Grace y a Imora y les estrechó la mano antes de presentarles oficialmente a Tiberio—. Y bien, ¿qué os ha parecido la competencia?

Tiberio contuvo una sonrisa mientras se pasaba la mano por el mentón y Nereida se esforzaba por disimular el disgusto que le producía perder el tiempo en ese momento. Parecía desesperada por volver al piso, y tanto Grace como Imora comprendían esa sensación. Todas necesitaban descansar y procesar toda la información que habían recibido aquel día.

—Un grupo bastante… peculiar —respondió Imora con una sonrisa genuina.

—A mí también me parecen bastante raritos —comentó una voz femenina a su espalda que la sobresaltó. Ninguna de ellas había visto ni oído acercarse a Lila.

—No ha querido decir eso —la excusó Grace, notando cómo el rubor le subía por el cuello—. ¿Qué haces aquí? ¿Nos estás siguiendo?

Lila ladeó el rostro y una sonrisa se dibujó en sus labios rojos. Tiberio pareció a punto de decir algo, pero finalmente optó por el silencio.

—Yo sí que lo decía en serio —continuó, y le guiñó un ojo antes de regresar al lado de su compañero, Lucrecio, que aguardaba junto al portal amparado en las sombras—. Y estoy aquí porque nos alojamos aquí, igual que vosotras. Lo mismo hasta podéis plantearos hacer una alianza con nosotros.

Lila no se detuvo a esperar una respuesta de Grace, que estaba demasiado confusa como para decir algo. En lugar de eso, se alejó dando saltitos cortos y traspasó el portal del edificio negro, no sin antes lanzarles un beso.

—No me gustan; ni siquiera los he escuchado llegar —protestó Nereida, y Kenneth asintió.

—Espero que no se te pase por la cabeza que podemos hacer piña con esos dos —susurró Imora.

—En absoluto.

Grace se frotó los ojos cansados. Imora apoyó una mano cuidadosamente sobre su hombro y le dio un ligero apretón para animarla. Un mal presentimiento la sacudió. No podía quitarse de encima la idea de que, en unos días, aquello habría acabado y muchos de ellos estarían muertos.

CAPÍTULO 15

NEREIDA

Un cielo despejado y primaveral las recibió cuando salieron del recinto empresarial portando sus armas en unas mochilas. El aire fresco se deslizaba entre el entramado de edificios del segundo anillo y, aunque no les llegaba el olor de las flores que las megacorporaciones sembraban en pequeños jardincitos distribuidos por todo el anillo, a Nereida le picaba la nariz por el polen.

—¿Es legal cargar con mochilas llenas de armas a plena luz del día? —preguntó la chatarrera con las manos alrededor de las correas que le rodeaban los hombros.

—Podrías haber ido con Imora a mirar los vestidos para la inauguración.

Grace arrugó los labios y sacudió la cabeza con desagrado. Se quedó callada un instante, con los ojos fijos en los edificios de cristal y aluminio que se alzaban frente a ellas.

—Lo digo en serio —apuntó en voz baja, y Nereida la miró con una chispa de diversión. A ella ese miedo, el riesgo que entrañaba toda la situación, le recordaba de alguna forma que estaba viva.

—No es que la gente se vaya a dar cuenta de que llevas blásteres, munición y una bazuca encima, pero, de todas formas, tenemos una licencia para portar armas, así que no es ilegal —le aseguró Nereida sin detenerse.

—Ya.

Nereida no podía culpar a Grace por su intranquilidad; de hecho, le gustaba ser testigo de cómo las dudas se reflejaban en sus ojos,

le gustaba ver cómo arrugaba la frente mientras dejaba que las preguntas se le escaparan de los labios. Además, faltaban dos días para la Cacería y los nervios comenzaban a apoderarse de ella también. Al inminente hecho de participar en la competición se sumaba que no había recibido ningún mensaje por parte de su hermana desde la noche en que se vieron en el ascensor de su edificio, lo que la tenía bastante inquieta y molesta. Tampoco ayudaba que, al consultar las apuestas en la red, ninguna las diera como ganadoras; saber eso acuchillaba directamente su orgullo. Y, además, las últimas semanas de entrenamiento la habían dejado agotada; notaba el cansancio en las extremidades y la fatiga por la falta de sueño.

—¿Crees que Imora se las apañará bien para conseguir los vestidos? —preguntó a Grace justo cuando llegaban al portal de su edificio.

La chatarrera no respondió. Subieron al ascensor en silencio y llegaron hasta su planta, donde, para sorpresa de ambas, las esperaba Kenneth. Parecía cansado, y la preocupación en su cara era evidente.

—Kenneth, ¿qué haces aquí?

Su amigo levantó la cabeza sin su habitual expresión risueña y Nereida confirmó entonces que algo no iba bien.

—Vale, vamos dentro.

Kenneth bajó los ojos, demasiado nervioso, y entró al piso cuando Nereida le cedió el paso. Permaneció callado durante unos instantes, como si apenas estuviese presente, y ella lo guio hasta el sofá con toda la delicadeza que le permitían sus nervios. Una vez sentado, su amigo se quedó muy quieto, con la cabeza gacha y los ojos velados por una angustia muda que ella nunca antes había visto en su rostro.

—¿Tiberio está bien? —preguntó Grace dando voz a los pensamientos de Nereida.

Kenneth asintió. Se quedó unos instantes en silencio, el rostro desencajado y las manos rígidas sobre las rodillas.

—No es Tiberio —dijo pensativo. Grace y Nereida intercambiaron una mirada cauta—. Han encontrado muerto a uno de los competidores.

La fuerza de la frase arrancó el aire de los pulmones de Nereida, quien apenas tuvo tiempo suficiente para llegar al sofá y sentarse antes de sentirse desfallecer. Apretó la mandíbula y paladeó cada sílaba como si hubiese salido de sus labios. Alguien había muerto.

Levantó el rostro y miró a Grace. La chatarrera estaba tan estupefacta como ella misma. Se quedó quieta y se llevó una mano al pecho en un gesto de temor.

—¿A quién? —preguntó finalmente Nereida.

—Adria —respondió Kenneth, y se pasó una mano por el rostro cansado—. Valentino está desesperado y ha jurado presentar una denuncia formal.

Nereida estudió a su amigo con el ceño fruncido, sin saber muy bien qué significaba todo aquello.

—¿La organización de la Cacería ha dicho algo?

Kenneth se encogió de hombros y le tomó casi un minuto entero responder.

—Muchas cosas, pero ninguna sobre lo que ha ocurrido realmente. —Abrió la holopantalla de su pulsera y les mostró una noticia—. El organizador de Palacio ha leído un comunicado oficial para la prensa lamentando la pérdida y poco más.

Durante varios minutos, los tres se quedaron en silencio, absortos en sus propias cavilaciones.

Nereida tenía los ojos fijos en la cristalera que daba al exterior. Una extraña inquietud parecida al miedo le roía las entrañas, una certeza fría.

—Ha sido un asesinato —sentenció Nereida.

Al pronunciar estas palabras, otra idea surcó su mente. Una que no la enorgullecía y que encendía todas las alarmas en su conciencia. Ahora había un adversario menos y tenían más posibilidades de ganar.

Se esforzó por ahogar ese pensamiento muy al fondo de su conciencia; debía hacerlo porque, de otra forma, habría sido inhumano ver a los otros competidores tan solo como fichas en un tablero de juego. Aunque de eso se trataba al final, ¿no? Al firmar, aceptaban las condiciones, se arrojaban de cabeza al peligro. Después de todo, los demás participantes entrarían al bosque y harían lo que fuese necesario para ganar. Incluso matar a otro.

—Yo no he dicho que haya sido un asesinato.

Ella lo miró y, para sorpresa de su amigo, se puso en pie y le dio la espalda.

—Por favor, no esperarás que nadie se crea que no lo es —soltó—. Adria estaba sana, era fuerte, y me atrevería a decir que necesitaron un ardid potente para quitársela del medio. Pero la pregunta es ¿por qué? ¿Quién?

La tensión en su estómago aumentó de golpe. Giró y se enfrentó a los ojos confusos de Kenneth y a la expresión de angustia de Grace.

—¿Han dicho desde el palacio cuál es la causa oficial de la muerte? ¿Ha hecho la emperatriz alguna declaración?

—La emperatriz no va a inmiscuirse en esto —apuntó Kenneth, respirando profundamente—. Tiene demasiados problemas con las revueltas del tercer anillo después de lo que ocurrió en la Feria y sigue intentando dialogar con la Resistencia, pero ningún portavoz ha querido responder a sus intentos de establecer una conversación.

Aquello era propio de Zarina, por supuesto, pero no podía desentenderse de que un participante hubiera muerto antes de que empezase la Cacería. De hecho, si Adria había sido asesinada, como ella sospechaba, Nereida sabía que aquello podía repetirse. Podían ir a por ellas. A menos que hubiese otra razón oculta detrás del incidente, que no hubiese ocurrido solo porque Adria era una participante de la Cacería. ¿Adria sabría algo que no debía? ¿Representaba un peligro real para los intereses de la ciudad? ¿Y si la Hermandad estaba detrás de todo eso?

No tenía respuestas a tantas preguntas. No sin poder acceder a más información sobre los hechos.

Grace se apretó los brazos alrededor del cuerpo y sacudió la cabeza como si quisiese apartar un pensamiento molesto de su mente. No parecía estar prestando demasiada atención a la conversación. Sus ojos oscuros iban de la ventana a la alfombra y luego se quedaban mirando la nada.

—¿Crees que se retrasará la Cacería? —preguntó de pronto Nereida, ignorando la ansiedad de Grace.

—Todo sigue igual, solo que con un participante menos —replicó él—. Tiberio cree que pudo ser alguien de la competencia. No sería la primera vez que el ansia por el triunfo lleva a algún desequilibrado a cargarse a alguien.

—¿Y tú qué piensas?

Kenneth dudó un instante y acabó por soltar un suspiro largo.

—Que puede ser un caso aislado, una coincidencia. —Se puso en pie y Nereida percibió los enormes surcos violeta que le rodeaban los ojos—. No deberíamos darle muchas más vueltas; la competición empieza en el bosque, no fuera. Si la organización de la Cacería no cree que esto sea un inconveniente, nosotros no deberíamos pensar lo contrario.

A Nereida le hubiese gustado darle la razón, pero no estaba de acuerdo con él.

—Te equivocas —soltó—. Esto significa que la competición ya ha comenzado.

***

Nereida necesitaba pensar, así que dejó a Grace en su apartamento y subió hasta la azotea del edificio en busca de soledad. Allí, en lugar de la paz que ansiaba, se encontró con una niebla que impedía que se pudieran admirar las estrellas y con el rugido constante de los motores de los planeadores, que era casi tan potente como los pensamientos insidiosos que flotaban en su mente.

Con paso errático, se acercó hasta el borde de la azotea y se sentó en una silla de metal que días antes había llevado en uno de sus intentos fallidos por ver las estrellas. Las constelaciones representaban un misterio que le había otorgado paz cuando era una niña y no podía dormir. Nereida se había escapado en infinidad de ocasiones hasta el jardín acristalado del palacio con la esperanza de admirar el firmamento. Si tenía suerte y la contaminación lumínica se lo permitía, se quedaba toda la noche observando la luna, admirando su belleza, porque esta hacía que se sintiera menos sola, menos pequeña. A veces, Zarina la pillaba y la acompañaba; se sentaba a su lado y enredaba los dedos con los suyos.

Le parecía que aquello había sido en otra vida. En una antes de convertirse en asesina, antes de que su hermana fuese emperatriz y las obligaciones se interpusieran entre las dos.

Apartando los recuerdos, sujetó la holopantalla con fuerza sobre el regazo y se puso a examinar de nuevo a sus adversarios. Entonces, un intenso vértigo se apoderó de ella. Hasta ese momento no se había permitido ni contemplar la posibilidad de fracaso en la Cacería, pero la muerte de Adria era una advertencia, era la demostración de que participaba contra personas tan dispuestas a ganar como ella misma. Y aunque ella estaba dispuesta a hacer lo que fuese por la victoria, la actitud de Grace parecía distar mucho de la suya; la chatarrera respondía a ese lado más humano que Nereida parecía haber olvidado.

Estaba tan centrada en sus divagaciones mientras navegaba en la red que no pudo evitar dar un respingo cuando la puerta lateral de la azotea se abrió con un chirrido.

—Lo siento —se excusó Grace con una tímida sonrisa. Levantó las manos y le mostró las dos tazas humeantes a modo de tregua—. No quería asustarte, pero me pone nerviosa estar sola en el piso.

Casi sin pretenderlo, Nereida señaló la silla contigua y Grace se acercó y dejó la taza en sus manos. No era el primer gesto amable que tenía con ella, pero a Nereida se le antojaba tan extraño como el hecho de que pasaran tiempo juntas. Y sin embargo, le hacía

sentirse tranquila. Al principio habría creído que la tensión entre las dos supondría una incómoda convivencia, pero Nereida había descubierto que le agradaba la presencia de Grace, la cadencia de su voz por las mañanas y la entrega con la que se dedicaba a prepararse para la Cacería.

—¿Imora no ha vuelto? —preguntó mirándola con seriedad mientras daba un sorbito al chocolate caliente.

Grace negó con la cabeza. Llevaba el pelo trenzado y los ojos delineados de negro, un chándal suelto y una camiseta corta que dejaba una generosa vista de su abdomen marcado. La herida que había sufrido en la Feria no era ya más que una fina línea cicatrizada.

Avergonzada por ese escrutinio inconsciente, Nereida bajó los ojos y tragó saliva, un poco nerviosa. Después, apretó la taza tibia entre las manos y centró su atención en la pantalla holográfica.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Grace después de un silencio largo. Dio un sorbo a su taza y, al ver que Nereida no respondía, continuó—: Estabas estudiando la enciclopedia de alphas, ¿no?

—Sí, pero no he encontrado nada nuevo —admitió Nereida, y cerró la holopantalla—. Es lo mismo que ya había leído en los registros.

Grace asintió y respiró hondo antes de decir:

—Creo que estás bastante preparada. Quizá necesitas dormir un poco y dejar de buscar información. —Su voz fue apenas un murmullo bajo—. Sé que vienes aquí cada noche y que te la pasas leyendo eso.

Era verdad. Pero Nereida ya lo hacía incluso antes de convertirse en una participante oficial. Cuando su piso le resultaba asfixiante, subía allí y se deleitaba en la oscuridad de la noche.

Dejó que el silencio se asentara entre ellas como una segunda piel en la que podían encontrarse a gusto. En los últimos días, Nereida había aprendido tanto sobre tigres escorpiones, ratas aulladoras y cualquier tipo de alpha que casi se sentía como una

experta en la materia. Aun así, le sorprendía lo mucho que Grace dominaba el tema y sentía curiosidad por cómo había aprendido tanto sobre ellos, pero ni ella se había atrevido hasta ahora a hacer demasiadas preguntas ni la chatarrera había hablado casi de su vida personal.

De pronto, auspiciada por la repentina cercanía entre las dos y por el brillo fugaz que creyó apreciar en los ojos de Grace, tuvo muchísimas ganas de saber más sobre ella. Y no fue capaz de reprimir la pregunta que se abría paso a través de sus labios:

—¿Por qué quieres participar en la Cacería? ¿Cómo conseguiste un patrocinador?

Grace giró la cabeza hacia la ciudad y sus hombros se estremecieron suavemente. Nereida había aceptado de buena gana la alianza entre ellas y, hasta entonces, no le había preguntado por nada de eso.

—Por mi hermana —admitió Grace, que no pudo evitar estremecerse—. Quiero ofrecerle una vida mejor. Lejos del tercer anillo.

Nereida se volvió hacia ella y estiró las piernas alejando la tensión que le dominaba los músculos.

—Creo que son razones mucho más nobles que las mías —admitió.

Su respuesta hizo que Grace ladeara el rostro y se inclinara hacia ella. El corazón de Nereida se le desbocó dentro del pecho ante la repentina cercanía. A la luz tenue de la noche, la tristeza que marcaba el rostro de Grace le otorgó un aspecto cansado y a Nereida le pareció atisbar en sus ojos un destello de anhelo.

—Después del concierto, tú… —Las palabras se le atascaron en la garganta y Nereida percibió el conflicto en voz— desapareciste, ni siquiera me respondiste los mensajes.

Nereida vio cómo Grace levantaba una ceja y se reclinó en su silla buscando una excusa válida. Algo dentro de ella vibró ante los recuerdos.

—No hubiese funcionado —dijo con algo parecido al abatimiento.

Los labios de Grace se entreabrieron y una sombra de decepción le llenó los ojos.

—Probablemente —admitió, antes de marcar la distancia de nuevo entre las dos—. Pero esa noche me dio la impresión de que tú sí querías seguir hablando. Habíamos salido varias veces, Nereida, y de pronto huiste.

¿Era tristeza lo que adivinaba en su voz? No estaba segura. Los ojos de Grace chispearon y el vacío en el pecho de Nereida se hizo enorme. Había sido una cobarde, lo sabía. Grace era divertida, inteligente, y ella se había dejado encandilar por el halo despreocupado que la envolvía. Le gustaban sus conversaciones, el modo en que sus labios encajaban a la perfección con los suyos, la manera en la que sonreía de una forma amplia y sincera.

En parte, esas solo eran algunas de las razones por las que había huido. Cuando Nereida se había dado cuenta de lo mucho que le gustaba, hizo lo que siempre hacía: se alejó. No le ofreció ninguna explicación. Simplemente eliminó su contacto y siguió con su vida, como si nunca se hubiesen conocido.

—No quería huir, es solo que…

Pero la excusa no llegó a sus labios y Grace intervino antes de que pudiese continuar con la frase:

—No crees en el compromiso.

Nereida asintió distraídamente.

—Las relaciones humanas son… demasiado frágiles como para mantenerse en el tiempo. No me gusta apegarme demasiado a las personas.

—Pero con Kenneth y Tiberio no te resistes.

Por primera vez, el arrojo abandonó a Nereida, que se quedó sin una defensa sólida con la que contraargumentar. En el rostro de Grace se dibujó el triunfo en forma de sonrisa, lo que despertó una sensación de derrota en Nereida a la que no estaba acostumbrada.

—Eso es diferente —soltó, y su voz quedó ahogada por el rugido de un planeador que sobrevoló el aire en ese instante. Aguardó a

que el silencio se columpiara entre las dos y continuó—: Soy una asesina, la gente suele huir en cuanto intuyen a qué me dedico.

Decir eso en voz alta hizo que el nudo en su pecho se aflojara un poco.

—Entonces tal vez has dado con las personas incorrectas.

Nereida la miró y se mordió el labio sin encontrar una réplica mordaz. Sabía que debía decirle algo. Los ojos oscuros de Grace la miraban con expectación, como si esperase una respuesta. Estaba a punto de despegar los labios cuando la puerta de la azotea se abrió de golpe, rompiendo el instante.

—¿Sabéis que he pasado media hora buscándoos hasta que por fin se me ha ocurrido que podíais estar aquí? —dijo Imora, avanzando como un huracán y cargada de bolsas multicolores—. Os vais a caer de culo cuando veáis las maravillas que he comprado. —Sonrió—. Os traigo algo tan bonito que vais a querer besarme.

Grace dejó escapar una risita divertida, una de esas que solo servían para despertar los nervios de una confundida Nereida. Imora levantó una ceja y sacó tres vestidos que, para gran sorpresa de la asesina, encajaban bastante bien con su gusto personal.

En vista de que se había acabado la charla con Grace, doblegó sus sentimientos bajo una capa de indiferencia y esperó que no volvieran a subir a la superficie. Dejó que Imora se concentrara en hablarles de la fiesta, en planificar algo tan superficial como la ropa que llevarían. Después de todo, ella nunca dejaría de ser una asesina, y la gente con su profesión no podía permitirse el lujo de albergar sentimientos hacia otras personas.

CAPÍTULO 16

GRACE

Cuando Grace era niña y no podía alejar el miedo, tenía la costumbre de contar de tres en tres. Lo hacía por mecánica, con la misma facilidad con la que respiraba. Se concentraba en los números y la realidad se volvía un tanto difusa haciendo que sus temores perdieran consistencia. A veces llegaba a una cifra tan alta que se le olvidaba cómo seguir y tenía que empezar de nuevo. Así, se escondía en los engranajes de su cerebro moviéndose con destreza y no tenía que enfrentarse al miedo que la invadía por las noches.

Tres.

Seis.

Nueve.

A veces cerraba los ojos y volvía a estar en la Brecha, esa vasta extensión de agua que separaba su tierra, Tabai, del resto de Ynsgard. En sus pesadillas, cruzaba el mar en un barco demasiado pequeño del que había que achicar agua y escuchaba los gorgoteos salvajes de su madre mientras se ahogaba sin que ella pudiese hacer nada. Entonces apretaba los párpados con fuerza, se concentraba en los números y poco a poco empezaba a olvidar su rostro.

Unos minutos antes de llegar a la ceremonia, se asomó por la ventanilla del planeador, ansiosa por acabar con aquella pantomima de una vez y enfrentar la verdadera misión que le aguardaba en el bosque. En ese momento, viraron ligeramente a la izquierda y su asiento tembló con un ligero tirón que la preparó para el aterrizaje.

Nereida estaba sentada frente a ella, al lado de Imora. Sus dedos apretaban la tarjeta plateada que les habían entregado en cuanto las habían recogido. Por el gesto contrariado de su rostro, Grace adivinaba que estaba tan nerviosa como ella.

El planeador se sacudió una última vez y Nereida se puso en pie peleándose con la tela del traje que le había conseguido Imora. No era un simple vestido de corte elegante. En realidad, era un diseño de seda azul ceñido a la cintura que caía después en una falda amplia. Y Nereida lucía espléndida en él. No es que con sus pantalones de cuero negro no estuviese guapa, pero aquella noche parecía de la realeza. El mar de constelaciones de plata que le subían por la falda y se convertían en medias lunas a la altura de su pecho resaltaba sus ojos azules.

Grace admiró el porte elegante de la chica, consciente de que Imora había hecho un gran trabajo. Ella misma, tan reacia a usar un vestido elegante, debía reconocer el buen gusto de su amiga. La tela oscura de su traje brillaba bajo los tenues destellos de la luz y resaltaba las diminutas perlas oscuras, apenas perceptibles a la vista, que salpicaban la chaqueta corta. Llevaba unos pantalones ceñidos bajo una falda ancha de satén negro, la cual se fusionaba con una hilera de botones que ascendía por el corpiño para formar una flor de loto justo en el pecho. Era un atuendo cómodo y elegante que, para su sorpresa, le agradaba.

En cuanto bajaron del planeador, Imora profirió una exclamación a su lado, pero Grace no le prestó atención, su mente solo podía pensar en el enorme palacio que tenía delante y en lo bello que era. Era la primera vez que entraba en el anillo central y ante ella se alzaba el hogar de la emperatriz. Las altas torres pálidas estilizadas y el brillo de las luces sobre la enorme infraestructura hicieron que una sensación de insignificancia se le metiera en los huesos. Ella era una simple chatarrera. Ni en sus mejores sueños habría imaginado visitar el palacio de Ciudad Espejo.

Un mayordomo apareció en las enormes puertas caoba y las condujo hasta el salón octagonal, que olía a flores. Allí, la música,

que se mezclaba con el tintineo de las copas, apagaba las conversaciones. La inmensidad del salón la sobrecogió: tenía unos techos abovedados altísimos, enormes lámparas de cristal y suelos lisos que parecían recién pulidos. Las paredes estaban decoradas por retratos de antiguos emperadores y cortinas de seda gris con delicados brocados y borlas de oro.

Avanzó con paso nervioso. Había demasiada gente allí y podía notar sus ojos curiosos e inquisitivos sobre ella. Se sintió aún más pequeña y observada, casi juzgada, como si pudiesen ver debajo de la ropa y la piel y diseccionar cada parte de su cuerpo hasta llegar a sus secretos. Grace estaba temblando, así que apretó las manos a los lados de su cuerpo como si con ese gesto pudiese protegerse de aquellos desconocidos.

De no ser por la confianza con la que Nereida desfiló ante los rostros curiosos de los invitados, Grace probablemente no habría encontrado la voluntad de adentrarse en la fiesta. Caminaba todo el tiempo junto a Imora, detrás de Nereida, intentando acostumbrarse al ruido, a la luz blanca y a las sonrisas falsas, y mirando a su alrededor con la esperanza de ver al resto de participantes, que no parecían haber sido invitados. Una punzada de inquietud la sacudió al ver cómo Nereida extendía la mano y cogía una copa de la bandeja de uno de los camareros.

—¿Qué haces? —dijo acercándose hasta ella, y entonces vio que Imora hacía lo mismo. Grace resistió la idea de quitarles las copas de las manos a ambas y se conformó con lanzar una mirada amenazadora que ni por asomo las amedrentó antes de añadir en voz baja—: Ni se os ocurra beberos eso.

Nereida se quedó callada y una sonrisa amplia se deslizó por sus labios rojos.

—Finge —susurró Nereida. Sujetó su mano y tiró de ella hasta una de las mesas laterales, a la que Imora las siguió con un deleite que a Grace le resultó aterrador—. Esto es un despliegue de poder por parte de los peces gordos. Nos estudian como si fuésemos ratas

de laboratorio, y te puedo asegurar que en este preciso momento están calculando mentalmente por quién deberían apostar.

—¿Cuánto crees que tardarán en fijarse en otro participante que no seamos nosotras? —preguntó, consciente de que todos las miraban sin disimulo.

—Menos de un minuto —señaló Nereida, y sonrió al ver como la puerta se abría para dar paso a la figura solitaria de Valentino—. Te lo dije.

El chico llevaba una chaqueta negra sobre una camisa blanca ceñida con botones de plata a medio cerrar. El cabello descuidado le caía sobre los ojos negros e hinchados, que se fijaron en las copas de un camarero mucho antes siquiera de alzarse a estudiar a los invitados.

Grace apreció la expresión afligida del chico y la pena le atenazó la garganta. Era cierto que se le antojaba demasiado remilgado, y su expresión parecía ocultar algo, pero aquella noche, enfundado en un elegante frac, a Grace le dio la impresión de que una tristeza infinita se mecía sobre los hombros de Valentino.

Grace irguió la espalda y se limitó a esbozar una sonrisa fácil mientras sus ojos admiraban las decenas de lámparas alargadas que colgaban del techo abovedado cubierto por delicados frescos en los que se podía apreciar la silueta del bosque contrastando con la noche cerrada.

En el fondo del salón, elevado sobre una tarima, había un trono en el que alcanzó a ver la delicada figura de la emperatriz rodeada por un séquito de damas. Zarina poseía una belleza que hacía que cualquiera que la viese empequeñeciera ante la magnificencia de su rostro. El pelo rubio recogido en un nido de trenzas sostenía un pequeño aro dorado alrededor de su cabeza.

—Se ve regia —murmuró Imora a su lado, siguiendo la dirección de su mirada—, pero no tanto como en las imágenes.

Grace no pudo quitarle razón. Estaba acostumbrada a ver a la emperatriz en pantallas. La piel lisa sin poros y los labios redondos de un tamaño perfecto con los que solía aparecer le otorgaban el

aspecto de una diosa, una mujer que estaba por encima de todos. En ese momento, sin embargo, parecía una belleza más terrenal, más humana.

Nereida, que había permanecido callada mientras ambas chicas analizaban a la emperatriz, se bebió la copa de un trago y se la dejó en las manos a Grace con una expresión de auténtico aburrimiento.

—Voy a hablar con alguien —dijo la asesina, y giró sobre sus talones antes de que nadie pudiera detenerla.

Grace frunció el ceño mientras Nereida se alejaba de ellas, pero no llegó a decir lo que pensaba porque Imora llamó su atención dándole un codazo antes de señalar una mesa amplia provista de suculentos postres en los que nadie parecía fijarse.

—Yo creo que voy a pillarme uno de esos postres que tienen allí —afirmó justo antes de alejarse.

Grace se quedó sola con su inseguridad. En un primer momento, se aferró a la copa vacía de Nereida, como si pudiese empuñarla como escudo contra el mundo. Pero después se dio cuenta de que ya nadie le prestaba atención y la dejó sobre una bandeja cuando uno de los camareros pasó por su lado. Poco a poco, el nudo tenso que se le enroscaba en el estómago se aligeró. Estudió el salón y se dio cuenta de que Imora se regazaba hablando con Kenneth y Tiberio, que acababan de acercarse hasta ella.

Grace aprovechó ese instante de soledad para pensar en lo que estaba a punto de ocurrir. Quedaban pocas horas para que diera comienzo la Cacería y, en su interior, la duda sobre el encargo de la mujer de Pegasus permanecía constante. Mira le mandaba algún mensaje ocasional, pero, por el tinte de secretismo que tenía el asunto, nunca mencionaban nada sobre la entrada a Sisne.

Cuanto más se acercaba el momento de adentrarse en el bosque, más se rendían los pensamientos de Grace a Ania y Ellis. Por una parte, pensaba en cómo sería volver a casa del bosque, recuperar a su hermana, quien iría entonces a un colegio del segundo anillo con ropa de su talla. Por otra, le desconcertaba no saber cómo

encontraría a su padre, del que no tenía noticia desde el día de la Feria.

—Nunca pensé que Nereida fuese capaz de inscribirse en la Cacería.

El susurró la cogió desprevenida y Grace apenas tuvo tiempo de girarse para encontrarse con su interlocutor.

—Se está esforzando mucho; supongo que es lo que tiene la desesperación —dijo el hombretón a su espalda, y Grace tardó en darse cuenta de que le hablaba a ella.

—Usted es…

—Hadi —dijo él. Se inclinó ligeramente y tendió una mano que Grace estrechó sin entusiasmo—. El asesor de Su Majestad.

Grace arrugó la frente y reconoció aquel rostro redondo y envejecido que había visto en las holopantallas del tercer anillo alguna vez. Hadi era un hombre de negocios cuyo éxito resonaba en los medios de comunicación, además de familiar de la emperatriz.

La expresión de este cambió al ver que ella lo reconocía.

—Mi más sincera enhorabuena —dijo con voz aguda, y levantó la copa con una sonrisa de suficiencia.

—¿Por qué?

—Por tu participación —aclaró el hombre con desenfado—. No es fácil lograr un patrocinador, mucho menos cuando trabajas en una chatarrería en el tercer anillo, pero Nereida siempre se las arregla para conseguir que las cosas se inclinen a su favor.

Grace quería decirle que no había sido Nereida quien había conseguido al patrocinador, pero no deseaba que la gente empezase a hacer preguntas indeseadas sobre ella.

—Acompáñame —dijo Hadi con un tono que no daba espacio a réplica.

Ella no tuvo más opción que aceptar el brazo que le tendía el hombre y dejarse conducir a través del salón hasta un balcón solitario en el que alcanzó a ver la silueta despierta de la ciudad.

Grace abrió la boca para decir algo, pero las palabras murieron en su garganta, mareada por la intensidad de aquel paisaje tan

asombroso.

—Creo que eres una chica inteligente, y seguro que sabes en lo que te estás metiendo —dijo Hadi sin soltarle el brazo, y sonrió ante la expresión desconcertada de Grace—. Ah, parece que no lo sabes. —Sin duda, se estaba deleitando en su confusión—. Y yo que pensaba que Nereida se había dejado de jueguecitos.

Grace le lanzó una mirada suspicaz. Algo en aquel hombre le desagradaba, activaba su sentido de alerta en un rincón oculto de su alma.

—Verás —continuó el hombre, y a duras penas disimuló el placer que le producía el rubor en las mejillas de Grace; su perplejidad—. Pensaba que Nereida estaba acabada. Después de su desliz.

Grace se contrajo de pronto y, con un movimiento violento, se liberó del agarre del hombre. Se sentía repentinamente mareada.

—Mira, voy a ser sincero contigo, me pareces una buena chica y creo que mereces saber la verdad. Puede que no lo sepas, pero Nereida tiene los días contados —explicó Hadi acortando la distancia que ella había impuesto. Su aliento olía a vino, a ruina—. Yo trabajo para Zarina y le debo lealtad, pero te aseguro que ahora mismo mi sobrina es la emperatriz de la nada. Hace años que no es más que una sombra en Ynsgard. Las megacorporaciones están jugando su partida y Nereida es un cabo suelto.

Grace lo miró y Hadi se limitó a sonreír, lo que hizo que su rabia ardiese como fuego en sus huesos.

—¿Qué tiene que ver Nereida con esto?

Se apartó con violencia y dejó que la distancia la ayudase a ordenar sus ideas. De pronto, la música del salón, las risas…, todo le resultaba asfixiante.

—Ya veo —soltó el hombre con una expresión hambrienta, sin responder a su pregunta—. Me parece que Nereida no te lo ha contado, no me extraña, siempre ha sido el tipo de personas que guarda sus secretos con mucho recelo. Aunque, para ser justos, creo que para enfrentar la Cacería necesitas saberlo. —Hizo una pausa y

Grace se dio cuenta de que el corazón le iba muy rápido—. Nereida es la hermana bastarda de Zarina.

Nereida era la hermana de Zarina.

El descubrimiento la golpeó e hizo que le temblaran las manos, que tuviese ganas de gritar, de romper cosas. Era una mentira importante, de las que no se pasan por alto, y no pudo evitar preguntarse cuántas otras cosas se guardaba Nereida para sí.

Se apartó de Hadi con rabia, y supo que esa reacción era exactamente la que aquel hombre esperaba de ella. Lo vio en su sonrisita mordaz, en la confianza que le llenaba el pecho y lo hacía mantenerse firme, sereno.

Con un ligero temblor, Grace se alejó hacia el salón, casi tropezando en el camino. Notaba una sensación de desasosiego extendiéndose por sus músculos, llenándole los pensamientos de una confusión pesada.

De pie frente a todos los invitados, Grace se sentía atrapada entre dos mundos que distaban mucho de parecerse; el efecto era desconcertante. Le tomó varios minutos volver a respirar con normalidad, sosegar sus nervios y fingir que aquella conversación no había ocurrido nunca.

Pensó que, de alguna manera, el mundo se rompería bajo sus pies para tragársela y que quizá fuese lo mejor. Pero el mundo continuó sosteniéndola y, para su fortuna, Imora le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le alargó una copa a Grace en cuanto la vio acercarse a la mesa de postres en la que había estado todo ese rato.

—Parece que has visto un fantasma —comentó su amiga.

Esbozó una sonrisa poco convincente ante el comentario de Imora y observó a Zarina en su trono. Por primera vez, atisbó el parecido entre ella y Nereida. Las cejas pálidas, el rostro ovalado, la forma de los ojos. Era casi evidente.

No pudo abstraerse demasiado en sus cavilaciones, ya que, en ese momento, Valentino se acercó a ellas.

—Empieza el juego —dijo el hombre entre dientes, y Grace notó una presión en el pecho—. Me voy a permitir ofrecerte un consejo

que no me has pedido: no te fíes de nadie. Estas víboras están dispuestas a despellejar a cualquiera solo por la promesa dorada de convertirse en ganadores.

A Grace le dio la impresión de que se acababa de imaginar su voz. Se tensó y, cuando alzó el rostro, comprobó que aquel extraño chico la miraba con fijeza. Parecía haber perdido todo ese encanto que Grace habría creído percibir en él la primera vez que lo había visto.

—Me parece que no soy el único al que quieren manipular. —Levantó la copa y se bebió el alcohol de un trago antes de alejarse sin añadir ni una sola palabra más. Grace no respondió, pero no podía dejar de pensar en sus palabras y, sobre todo, en si era posible que él hubiera escuchado su conversación con Hadi.

Las dudas la sacudieron y el peso del futuro inminente se asentó en lo más hondo de su estómago. Esperaba, llegado el momento, ser capaz de hacer lo correcto. Para ella y para su familia.

CAPÍTULO 17

NEREIDA

La luz del salón se difuminaba sobre la entrada del balcón alargado en el que Siri se encontraba. La asesina lucía un vestido de un tono melocotón con mangas abullonadas decoradas con cintas de terciopelo rojo. El pelo recogido en lo alto de la cabeza acentuaba los pómulos marcados y el mentón recto. Parecía frágil, delicada, como si nunca hubiese empuñado la muerte entre sus dedos.

Nereida había conseguido esquivar los murmullos y las miradas inquisitivas de los invitados y la había seguido discretamente hasta ese rincón apartado de la fiesta tras dejar a Imora y Grace a merced de los invitados y la música.

—Nereida —dijo Siri con un ligero temblor en la voz cuando vio llegar a su excompañera. Estiró el pulgar de la mano izquierda para acomodarse un mechón de pelo rebelde que acababa de escapársele del moño—. Lo siento, intentaba poner en orden mi cabeza. ¿No deberías estar en la fiesta con los demás?

Nereida atisbó un rastro de cansancio en su rostro. No tuvo tiempo de evaluar su expresión en ese instante, ya que Siri levantó la copa que sostenía en la mano derecha y sonrió como si no existiese ninguna distancia entre las dos.

—No me dijiste que Jacin te presentaría como su competidora —soltó Nereida, con la sensación de estar cayendo en un foso.

—Lo siento, cielo. No sabía si te tomarías de mala manera la oportunidad que me han brindado en la Hermandad —admitió,

girando el rostro hacia la ciudad, que se extendía a su izquierda—. Yo no tengo la culpa de ser la mejor opción para Jacin; ni tampoco de que te hayan echado.

Nereida respiró hondo.

—No te estoy pidiendo explicaciones —agregó ella. Se acercó a Siri y aguardó en silencio a que diese alguna muestra de arrepentimiento o empatía.

A Siri no le gustaba que la enfrentaran, pretendía que otros mantuvieran una actitud sumisa ante ella, pero Nereida no podía esquivar el desconcierto que le suponía que aquella a la que consideraba su amiga hubiera aprovechado su desgracia para escalar posiciones dentro de la Hermandad.

—La Hermandad no solo me echó, Siri; me dejaron tiraba desangrándome en un callejón del tercer anillo —espetó con la rabia del recuerdo nublándole la voz—. Sabes muy bien lo que es esto para mí. También es mi trabajo, y tú eres mi amiga, o al menos eso creía. Claudio y Vania casi me matan y tú sigues trabajando con ellos como si nada.

Los ojos de Siri se oscurecieron, pero no de vergüenza, sino de exasperación.

—Lo siento, Nereida —respondió, y dio un trago largo para acabarse la bebida de golpe—. No voy a desaprovechar esta oportunidad solo porque tú sientas envidia.

Su comentario rasgó el aire de golpe. La música retumbaba con fuerza en los oídos de Nereida, que encajó las palabras con escasa dignidad. Hubo un silencio incómodo en el que Siri desvió los ojos a la fiesta y, con calculada calma, apoyó la espalda contra la balaustrada y dejó la copa vacía a un lado.

—Podríamos haber formado un equipo, Siri —dijo de repente—. Podríamos haber trabajado juntas.

En el pasado había sido así, hasta hacía dos años las dos habían estado al mismo nivel, siempre con objetivos similares, metas que confluían y en las que se apoyaban. Pero desde el incidente Nereida

trabajaba casi siempre sola, y podía entender que su amiga no quisiera que se uniera a ella.

—Pero no podemos —soltó Siri con frialdad—. Ahora mismo estamos en bandos contrarios.

A Nereida se le desencajó la mandíbula y un resquemor profundo le llenó el pecho. Antes de que pudiese responder, una voz tenue la interrumpió desde la entrada del balcón:

—Nereida. —Era Grace—. Te estaba buscando. ¿Vienes a la fiesta?

Atraída por las palabras de su compañera de equipo, Nereida se dio la vuelta y atravesó el balcón para alcanzar a Grace, cuyas manos sostenían dos copas de cristal. Parecía tranquila, como si no estuviesen a punto de internarse en el bosque, como si no estuviesen a punto de jugarse la vida en una competición.

—Lo siento, estaba… conversando con Siri —dijo con un tono de voz que casi la traicionó—. Creo que estoy desaprovechando la noche.

«Puede que sea la última vez que duerma en esta ciudad», pensó de repente, y, con una ligera vacilación, aceptó la copa que Grace le tendía.

Las dos se alejaron del balcón.

—Menuda imbécil —susurró Grace mientras se deslizaban por la pista.

La repentina cercanía entre las dos desestabilizó a Nereida. El brazo que Grace acababa de enredar alrededor del suyo, la piel tibia tocando sus dedos, el olor a flores y a miel que desprendía su pelo. La asesina se odió un poco por fijarse en aquellos pequeños detalles, en especial cuando su mente debía estar concentrada en otros asuntos de mayor importancia.

—¿Escuchaste todo? —preguntó cuando ya estaban suficientemente lejos.

—Casi todo —apuntó Grace.

Los labios de Nereida se crisparon. No pudo evitar preguntarse cómo no había podido darse cuenta de que Siri forjaba puñales que

luego clavaba en la espalda de las personas a las que llamaba amigos.

—Creo que hace mucho que tenía una venda en los ojos y esta noche se ha caído. Me siento como una idiota.

Se detuvieron bajo un arco de piedra custodiado por dos estatuas de la Creadora que daban a un saloncito acristalado en el que se encontraba Imora.

—He aprendido a reconocer a los hipócritas y me parece que esa mujer lo es —murmuró Grace a su lado, y a Nereida le gustó que su voz estuviese exenta de reproche. Aunque había algo más. Algo oscuro que la había puesto nerviosa—. Debemos estar concentradas.

Sus labios esbozaron una sonrisa que no le llegó a los ojos y Nereida tuvo la sensación de que Grace no le estaba diciendo toda la verdad. Pero se olvidó de sus dudas en cuanto Imora se acercó hasta ellas.

—¿Dónde estabais? —Le dio un suave codazo a Grace y sonrió a Nereida—. Me habéis dejado sola y empezaba a temer que os hubieseis acobardado.

Grace no celebró la broma de su amiga y Nereida resistió el impulso de preguntarle si le ocurría algo. El momento se le escapó de las manos, pues Kenneth y Tiberio se acercaron y Nereida tuvo que conformarse con estudiar el rostro de Grace en silencio.

—¿Cómo lleváis los nervios? —preguntó Tiberio con una sonrisa amable.

—Estamos a pocos minutos de cambiar nuestras vidas para siempre —comentó Kenneth, y deslizó un brazo por encima de los hombros de Tiberio, consultó su pulsera y señaló la hora. Faltaba poco para el amanecer—. A punto de entrar al bosque.

Nereida hizo una mueca y Kenneth le apretó el hombro con cariño. Le pareció ver un destello de reconocimiento en su rostro. Una señal de apoyo silencioso. Pero aquello solo duró un instante. Por el rabillo del ojo, se fijó en la figura de Zarina, que se ponía en pie derramando la falda de su vestido plateado sobre la tarima. Los ojos de la emperatriz estaban rodeados por densas ojeras bien

disimuladas bajo una capa de maquillaje que podía engañar a cualquiera menos a Nereida. Ella veía a través de la fachada de su hermana, apreciaba el ligero temblor en las manos, el sudor frío que le caía por las sienes y que se habría podido confundir simplemente con una reacción a la atmósfera cargada de la estancia.

La emperatriz levantó las manos en el aire y un pitido resonó en el aire. Aquella era la señal, el momento en el que los competidores iban hasta los aerodeslizadores para comenzar de forma oficial la Cacería. Nereida intercambió una mirada con Grace e Imora, que asintieron en silencio. Pronto los llevarían a una sala en la que se prepararían, cogerían las mochilas y las municiones y, desde allí, los llevarían a la linde del bosque.

—Ahora sí que no hay vuelta atrás —susurró Imora.

CAPÍTULO 18

GRACE

Le parecía que el bosque veía a través de ella, que podía leer sus miedos, entrever las mentiras que le roían el corazón y la impulsaban a actuar en contra de todo aquello en lo que creía.

Tenía un mal presentimiento. Tal vez eran las palabras de Hadi, que continuaban flotando en su cabeza, o quizá se trataba de que estaba a punto de entrar al bosque, un lugar plagado de alphas que podían acabar con su vida y donde tendría que demostrar su valía.

Grace se retiró un mechón suelto de la cara. Su aliento flotaba como una vaharada de humo cálido en el aire mientras sus dedos temblaban por puro desasosiego. Inquieta, miró al resto de competidores, que, como ellas, aguardaban en la linde del bosque esperando la señal. Les habían dado el tiempo justo para cambiarse y ahora llevaban los trajes ceñidos y las mochilas enormes a la espalda, y permanecían atentos a la expresión neutra de Zarina, que se proyectaba en una holopantalla junto a la valla metálica.

Los drones sobrevolaban apuntando las cámaras hacia sus caras para conseguir primeros planos de sus expresiones. Los dedos de Grace se cerraron sobre la correa de cuero que le cruzaba el pecho y notó el alivio casi inmediato del peso de las armas dentro de la mochila: los blásteres, las bazucas y los cuchillos eran la única protección de la que gozaba.

Soportó las dudas que la asaltaban mientras, de reojo, estudiaba el perfil impasible de Nereida. Pensaba en la revelación sobre su identidad y lo que esto significaba para ella. No le había dicho nada;

se sentía como una vil mentirosa. Movió la punta del pie con impaciencia. El suelo estaba tan manchado como su conciencia, que le recordaba que la versión de sí misma que había presentado a Imora y Nereida tampoco era real. Y es que el secreto de la misión que Mira le había encargado pesaba sobre sus hombros; lo sentía por sus compañeras, pero aquella alianza podría cambiar para siempre su vida y la de su hermana.

Grace saboreó ese pensamiento mientras paseaba la mirada por la linde en la que los otros competidores esperaban la señal.

—Entramos al bosque y corremos a la ladera sur para encontrar una fortaleza —dijo en voz baja casi para sí misma mientras se obligaba a respirar por la boca.

El plan era sencillo: cuando sonara el gong, tenían que correr entre los árboles y asegurarse de llegar a una de las fortalezas mejor situadas dentro de los límites del bosque. Aquella era la única ventaja que podían conseguir y la que más se ajustaba a la táctica que Imora y Nereida habían planificado.

Una vez en el bosque, estarían solas. No tendrían ayuda, solo contarían con los recursos que llevaban encima y con lo que encontraran.

—¡Competidores, bienvenidos a una nueva edición de la Cacería! —bramó una voz neutra a través de los amplificadores, que hizo que Grace se tensara—. Las reglas son claras: sobrevivid los días que dura la competición y matad al alpha dominus. El ganador conseguirá el gran premio y que su nombre pase a la historia.

La voz se apagó suavemente y los ojos de Grace se cruzaron con los de Nereida.

—Preparados —rugió la voz, que parecía surgir de todas partes. Grace se puso en posición de salida con los nervios a flor de piel—. Listos…

Y el gong sonó como un trueno.

Justo como había predicho Nereida, el resto de equipos se abalanzaron sobre la maleza y, en cuanto cruzaron las vallas que estaban abiertas para ellos, se arrojaron a la zona este del bosque,

donde se encontraban las fortalezas más sólidas y probablemente los mejores recursos.

—Por aquí —exclamó Nereida siguiendo el recorrido que había guardado en su pulsera.

En silencio, Grace hizo caso. Corrió detrás de ella con Imora a su espalda, corrió hasta que le ardieron los pulmones, hasta que sus músculos se quejaron de puro cansancio. El amanecer se abrió paso en el horizonte. Primero el cielo se tornó de un naranja cálido y luego se convirtió en azul.

Fiel a su naturaleza intrépida, Nereida avanzaba un par de metros por delante, con el cabello flotando sobre su espalda. Sus pies eran ligeros, diestros sobre aquella tierra húmeda que entorpecía la marcha de Grace.

El viento le azotaba en la cara y las ramas bajas se le enredaban en el pelo como dedos esqueléticos que buscaban ralentizar su marcha. Pero Grace no se detuvo, ni siquiera cuando comenzó a hiperventilar por la marcha frenética a la que Nereida las obligaba a ir.

Habían rodeado la zona este y atravesado una colina ancha. Allí, un pequeño riachuelo se perdía entre una arboleda oscura que les impedía divisar nada más allá del camino empinado. Una docena de robustos robles se alzaban a su izquierda y, a lo lejos, se divisaba el contorno de un viejo planeador anegado por la maleza. El sol se abría paso entre las ramas de los árboles y arrojaba destellos dorados sobre las sombras desnudas que se adivinaban en el horizonte.

El bosque era precioso, pero también inmenso y siniestro, y Grace no podía evitar tener la sensación de que algo las acechaba, las vigilaba. Podía sentir la presencia de los alphas. El correteo intenso o el batir de unas alas que se perdían en la espesura eran suficiente para crisparle los nervios.

En la mente de Grace se repetía el recuerdo de cuando su padre le había advertido de que el bosque no era un lugar amable. Ella era una niña y la última Cacería había despertado su curiosidad. Ellis no

le explicó por qué estaba tan seguro de aquello, simplemente dejó que las palabras colgaran laxas entre ellos mientras veían la imagen del bosque en la holopantalla del taller.

Aquel recuerdo fue como un dardo directo a su corazón. Casi podía ver a Ellis en su vieja silla gravitatoria, mostrándole un vídeo en el que aparecía un hombre de rostro pálido que atravesaba las cercas electrificadas. El tipo encontraba, nada más cruzar, donde las cámaras todavía podían captarlo, un enorme alpha que respondía al nombre de «romperrocas», un espécimen único de casi dos metros de altura con unas extremidades alargadas y un caparazón negro en el que una docena de vértebras asomaban bajo unos músculos fibrosos y tensos. Su historia no era muy diferente a la del alpha dominus ni a la de sus predecesores: un día lo avistaron cerca de las vallas, se revisaron los registros de Sisne y descubrieron que era un prototipo que no aparecía, por lo que el emperador convocó una Cacería. Murieron diez personas y se sabía que el ganador había terminado por marcharse de Ciudad Espejo para vivir en las colonias independientes de Zerg, alejado de las grandes civilizaciones.

Grace pensó en ese hombre. Lo había ganado todo. La residencia en el segundo anillo, el millón de créditos, la gloria. Y, sin embargo, había renunciado a ello y lo último que se sabía de él era que se había acabado suicidando poco después de mudarse a Zerg. En silencio, se juró que ella no terminaría así. Saldría del bosque, volvería a ver a Ania y a su padre.

Llevaban varias horas de caminata cuando Nereida aminoró la marcha, sacó una botella de agua y bebió un sorbo antes de extendérsela a Imora, que aceptó el gesto con una sombra de cansancio en los ojos.

—¿Estáis bien? —preguntó, y se desprendió de la mochila. El cabello sudado le caía a ambos lados del rostro como una cortina espesa.

—Creo que deberíamos descansar —apuntó Imora, deteniéndose junto a un árbol para masajearse suavemente las pantorrillas.

Por la mueca de la asesina, Grace adivinó que aquello era impensable.

—Es mejor continuar; podemos aprovechar la luz del día y llegar a la fortaleza —espetó Nereida, y consultó el GPS, que lanzaba una luz titilante en la pantalla—. Nos quedan cuatro kilómetros hacia el norte para llegar al fuerte.

—Eso es demasiado.

La voz de Grace atrajo la mirada de Nereida, que se colgó la mochila de nuevo.

—No has caminado ni veinte kilómetros —le recriminó, guardando el dispositivo en el bolsillo—. Andando.

Grace estaba a punto de retomar el paso cuando oyó un ruido seco.

—He escuchado algo.

La voz le arañó la garganta al tiempo que el terror socavaba su determinación. Un escalofrío le bajó por la espalda al percibir un movimiento veloz entre los árboles. No se movió, Nereida tampoco. Solo Imora se puso en pie con rapidez. Grace entrecerró los ojos cuando otro ruido rasgó el silencio, alertándola de una presencia en las sombras. Antes de que sus dedos pudiesen desenfundar el bláster que le colgaba sobre el muslo, una criatura alargada, de pelaje rojo, saltó de un árbol y aterrizó a escasos metros de distancia. El alpha gruñó mostrando unos dientes afilados dentro de unas fauces oscuras que encendieron una nueva preocupación en Grace.

—No os mováis —indicó a sus compañeras, y notó que el estómago se le retorcía de puro miedo. Sabía qué tipo de alpha era y el peligro que entrañaba—. Es una rata aulladora.

—No debería suponer un problema.

La voz de Nereida carecía del sarcasmo habitual y Grace notó con pesar que el rostro se le había descompuesto. Como si las hubiera convocado, dos ratas más aparecieron en el claro, clavando las garras afiladas sobre la tierra al tiempo que soltaban un aullido

feroz. Grace las miró con miedo y retrocedió un paso por puro instinto.

Todo sucedió en apenas un parpadeo. Las ratas se cernieron sobre Nereida, que desenvainó dos cuchillos. Y entonces otro de los especímenes se arrojó sobre Grace con un alarido frenético y se aferró a su hombro con las garras afiladas.

Grace chilló y, por un momento, el pánico la dominó, pero en ese instante Imora asestó un golpe seco a la criatura y la liberó de sus garras. La rata aulló dejando un rastro de sangre negra que empapó la hierba y atrajo la atención de las otras dos criaturas.

El miedo se enroscó con fuerza en el estómago de Grace cuando una cuarta rata aulladora entró en el claro lanzando un bufido lento. Sus ojos lechosos encontraron los de la chatarrera antes de que se abalanzase sobre ella, pero esta vez Grace se apresuró a sacar el bláster. Accionó el arma. Una vez, otra.

La rata se desplomó, pero el ruido de los disparos atrajo a dos más.

—Cuidado —gritó Imora, cuyos dedos aferraban un cuchillo que balanceaba con destreza.

Dos ratas más aparecieron entre los árboles y se juntaron con las que intentaban acercarse a Nereida. Se revolvían como un enjambre, chillaban al tiempo que sus garras arañaban la tierra húmeda.

Uno de los alphas saltó hacia la asesina, que se agachó al tiempo que movía el cuchillo para alcanzarle el pescuezo a su objetivo. Falló por poco y, cuando volvió a acuclillarse, otra de las ratas se abalanzó sobre ella, tomándola por la espalda.

Grace se impulsó para ayudarla, pero fue Imora quien llegó hasta Nereida y le quitó a la criatura de encima. La asesina se puso en pie y, apretando los dientes, se encaró al resto de alphas que comenzaban a rodearlas.

—Nereida… —quiso advertirla Grace, pero el movimiento de las criaturas fue tan repentino, tan inesperado, que las palabras no llegaron a salir de su boca.

Casi sin aliento, Grace se desprendió de la mochila y levantó el bláster. No podía dejar de mirar la sangre negra, los cuerpos de las ratas derramados sobre la tierra mientras las que quedaban se arrojaban sobre sus compañeras.

Esta vez, acertó el disparo a la primera. Una rata cayó y enseguida disparó a otra y luego a otra. Las balas se hundieron en sus cuerpos. Las que quedaban vivas dejaron en paz a sus compañeras, pero los disparos lanzados por Grace hicieron que ella estuviera ahora en su punto de mira.

Una de las ratas se le encaramó en la espalda y otra le clavó las garras en la pantorrilla. Grace se sacudió, trató de zafarse de la marea que parecían formar, pero, cuando quiso disparar de nuevo, el bláster le resbaló de las manos. Los alphas la derribaron y cayó contra la hierba. Cuando resultó evidente que no conseguiría liberarse por sí sola, gritó desesperada, demasiado angustiada como para preocuparse por nada más que no fuese sobrevivir.

Un hormigueo recorrió su cuerpo cuando se dio cuenta de que el impacto de un bláster había alcanzado a la rata que le arañaba el tobillo. Otro disparo dio a una segunda rata y, en ese momento, Grace alcanzó a ver a Nereida, que había desenfundado su bláster y apuntaba a los alphas, que chillaban desesperados.

Los que quedaban vivos huyeron entre gemidos y Grace se quedó tumbada en la tierra, con un dolor sordo en las extremidades y la sangre bombeando con violencia en sus oídos.

—¿Estáis enteras? —preguntó Nereida con la voz entrecortada. El pelo le caía sobre el rostro empapado en sudor y tenía un par de rasguños alargados en las mejillas.

Grace no respondió. Estaba aturdida y apenas tenía fuerza para asentir.

—No me esperaba una bienvenida así —admitió su mejor amiga.

—Esto es solo el inicio —apuntó Nereida, guardando el bláster y el cuchillo en el cinturón. Con los dientes apretados, echó un vistazo a las ratas muertas, que, incluso desde cierta distancia, seguían pareciendo aterradoras—. En nuestra defensa diré que no me

esperaba ver ningún bicho durante la primera noche, y tampoco quería recurrir a los blásteres. El ruido puede llamar la atención de otros alphas y es lo último que necesitamos ahora mismo.

Lo dijo con tanta convicción que no había duda de que aquello quedaba fuera de su planificación. Hacía que pareciera fácil convertirse en una máquina mortal capaz de disparar. Incluso a Grace le impresionaba la claridad mental que poseía Nereida en esas circunstancias y, por mucho que le pesara admitirlo, la asesina no estaba equivocada. El ataque de las ratas era su primer contacto con los habitantes del bosque, pero seguro que no sería el último.

—Espero que nadie haya escuchado los disparos —susurró Imora, y le dirigió una mirada inquieta antes de acercarse a uno de los cadáveres. Movió la punta del pie para darle la vuelta y dejar a la vista al repulsivo ser.

—Pensé que no eran demasiado peligrosas. Había pocos datos sobre ellas en los archivos que leí. —Grace se incorporó lentamente e intentó recuperar el aliento y el bláster, que estaba a solo unos pasos. Le avergonzaba la facilidad con la que se le había caído, la manera en que apenas había sido capaz de defenderse—. Pero los informes tenían razón: se mueven en manadas.

—Parecían bien dispuestas a arrancarnos la piel —respondió secamente la asesina.

Hubo una pausa larga, incómoda, en la que ninguna de las tres se atrevió a decir nada. Como si el peso de la competición y el hecho de encontrarse en el bosque fuesen una realidad que acabaran de asumir. Veinticuatro horas antes, Grace se había permitido ser optimista, había acariciado la posibilidad de ganar la Cacería; ahora sentía que sus posibilidades se reducían y que la esperanza de sobrevivir en aquel paraje era una entre un millón.

—Estás herida —le susurró Imora acercándose.

Pero lo cierto es que ella no lucía mejor que Grace. Tenía el traje rasgado a la altura del hombro derecho y el labio inferior hinchado.

—No es nada —respondió Grace, ignorando que, ya fuera por el sudor o por la sangre que comenzaba a formar una costra, la piel le

escocía horrores.

—Cuando lleguemos al fuerte, hay que verte esa herida —dijo Nereida examinando a Grace desde cierta distancia—. No parece grave, pero la trataremos para evitar una infección.

Le hubiese gustado decirle que no era necesario, que la herida no era importante, pero comenzaba a asimilar que el peligro que corrían era real. Mientras reanudaban la marcha, la chatarrera no dejó de rumiar qué otros riesgos aguardaban entre las sombras de los árboles.

CAPÍTULO 19

NEREIDA

—¿Este es el fuerte?

El tono de sorpresa de la pregunta hacía clara referencia al tétrico paisaje que se presentaba ante ellas. Ni en sus peores pesadillas Nereida habría sido capaz de concebir que ese fuera el lugar en el que debían refugiarse. Soltó un resoplido y evaluó aquel montón de piedras apiladas que ofrecían un aspecto lamentable bajo la tenue luz de la luna.

Rememoró la imagen que había sacado de internet y se dio cuenta de que aquel espacio carecía de cualquier similitud con la idea que ella tenía de él.

—Deduzco que esto es lo que queda del fuerte —puntualizó Imora, dejando caer la enorme mochila sobre el suelo y masajeándose las sienes doloridas. Nereida miró los árboles retorcidos que se abrían en medio del bosque y tragó saliva ante la perspectiva de dormir a la intemperie. No era una idea atractiva—. Un fantasma de otra época que ni nuestros padres alcanzaron a conocer.

Les había llevado casi todo el día cruzar el bosque y, tras el encuentro con las ratas aulladoras, Nereida había aminorado la marcha para ser más cuidadosa.

Bajo la oscuridad de la noche, Imora se adentró en la edificación, en la que no quedaba ni rastro de puertas, y deslizó los pies sobre un suelo resquebrajado que en otro tiempo habría sido de madera lisa. Nereida la siguió con una sombra de desconfianza en los labios.

Su mente se debatía entre si era buena idea o no internarse en aquel lugar decrépito que parecía a punto de venirse abajo. Las paredes de piedra gris lucían inestables y la estructura que sostenía el techo agujereado poseía un aspecto endeble y poco seguro.

—Es realmente terrorífico —susurró Imora.

A través de los orificios que hacían las veces de ventanas se colaba el aire helado de la noche arrastrando el olor a lluvia. Imora tenía razón: aquella fortaleza poseía un aire lúgubre, siniestro. Nereida se acercó a ella, pero no dijo nada. Apenas era consciente del agotamiento. Le escocían los arañazos en las mejillas, por no mencionar el dolor de los músculos de la espalda, que comenzaba a nublarle su buen juicio. Un dolor conocido que le hacía rememorar sus días de triunfo dentro de la Hermandad.

—No parece demasiado seguro —musitó Grace a su espalda.

Los ojos de la asesina recorrieron el interior del fuerte y terminaron por posarse en la única habitación que poseía el lugar. Un cubículo demasiado pequeño en el que encontraron una cama de aluminio con un colchón salpicado de moho que parecía contener todo el polvo del universo.

Arrugó la nariz antes de hablar.

—No me puedo creer que aquí viviera alguien.

—Fue hace setenta años —le recordó Imora sacudiendo la cabeza—. Supongo que en ese momento era un lugar en el que sentirte cómodo en medio de este bosque. Si lo miramos con perspectiva, quizá podamos convertirlo en algo acogedor.

A Nereida le parecía que el humor de Imora era muy de su estilo y eso le agradaba. Sonrió al percibir una mueca de desagrado en los labios de Grace, que alargó la mano y acarició la pared antes de dar un par de golpecitos como si esperase comprobar que aquella era una edificación sólida.

—¿Te imaginas dormir aquí poco antes del desastre de la multitecnología?

—En aquella época era lo más normal. Piensa que el bosque era un proyecto que prometía convertir este lugar en un anexo de

Ciudad Espejo. Al menos lo intentaron, a su manera. La mayoría de la gente que trabajaba para Sisne vivía en el poblado que se construyó en la zona norte del bosque, y los demás tenían pequeñas casas como estas —explicó Imora, que acababa de encontrar una cajita de metal debajo del colchón mugriento. Se la entregó a Nereida, que la sostuvo mientras la escuchaba con atención—. Los peces gordos tenían enormes caserones cerca de la sede y los trabajadores vivían en las inmediaciones. Este lugar está lo suficientemente apartado como para que fuese el refugio de los que se dedicaban a estudiar a los alphas durante los primeros días de su creación, cuando querían descubrir cómo se relacionaban entre sí.

Grace le lanzó una mirada suspicaz a Nereida al ver que apenas prestaba atención a la conversación.

—No sabía que os interesara tanto todo el tema de Sisne —admitió Nereida, echando una mirada al interior de la cajita; estaba llena de cigarrillos mustios.

Cogió uno y lo analizó bajo la luz de la linterna. Era blanco y estaba surcado por las evidentes huellas del tiempo y la humedad; era el residuo que los antiguos residentes habrían dejado atrás.

Vio que Grace fruncía el ceño y eso tensó su cuerpo. Apretó los dedos en torno a la cajita mientras esperaba a que la chatarrera dijera algo con aquella parsimonia que solía caracterizar sus frases puntillosas.

—A mí siempre me ha interesado la historia de Sisne, y Grace lleva toda su vida estudiando a los alphas… Bueno, en realidad lo hacía su madre. —Fue Imora la que habló—. Por eso conoce al dedillo las consecuencias de su creación y el legado que nos ha dejado Sisne. Casi todo lo que sé de ese tema lo aprendí de ella.

La asesina no pudo evitar arquear una ceja y sonrió con poca sutileza al contemplar el ligero rubor que había trepado por las mejillas de Grace.

—Eres una especie de friki.

La última palabra provocó la furia de Grace, que compuso una sonrisa sardónica repleta de veneno.

—Si tu capacidad intelectual no consigue calificarme de otra manera, entonces te juzgué mal —espetó al fin, y Nereida se sintió traspasada por su propia ignorancia. No sabía que el tema fuese a tensarla de esa manera; ni siquiera imaginaba que una simple frase la haría saltar con esa rabia—. El desastre de la multitecnología causó un antes y un después dentro de nuestra sociedad. No solo por el impacto cultural, sino por la enorme pérdida de flora y fauna de este bosque, que, por cierto, es el pulmón natural que sostiene todo Ynsgard.

La distancia entre las dos se hizo más amplia y Nereida se arrepintió de haberla llamado friki. No quería herirla, y su intención jamás había sido la de burlarse de ella. Además, en ese momento, en los músculos de su mandíbula tensa, en el movimiento cohibido de sus pies sobre la tierra, veía la batalla que se libraba en su interior.

—Lo siento —dijo con algo parecido a la resignación, pero Grace no parecía dispuesta a darle una tregua.

La chatarrera volvió a ofrecerle una mueca llena de sarcasmo y la miró.

—Hay que estudiar el pasado para juzgar los acontecimientos; de lo contrario, nos volvemos estúpidos y podemos cometer de nuevo los mismos errores.

Grace chasqueó la lengua antes de girar sobre sus talones y acuclillarse para revisar la mochila que acababa de abrir. Levantó uno de los rifles de asalto y lo apoyó contra la pared mientras Imora se agachaba y la imitaba en un silencio cargado de dudas. A Nereida le dio la sensación de que el fuerte temblaba bajo las palabras de Grace y, por un momento, no alcanzó a encontrar su voz para decir algo coherente. No era que su discurso careciera de razón; la realidad era que a Nereida le importaba poco o nada todo lo que estaba relacionado con los alphas, su creación y el bosque. Su único interés era la Cacería y la promesa de éxito, de recuperar su vida.

—En realidad, no iba con mala intención. —Apoyó una mano en la pared y bostezó quitándose los restos de fatiga de los ojos. Imora le

dedicó una tímida sonrisa, pero la expresión de la chatarrera no cambió—. Todo lo que has dicho está muy bien, te doy la razón. Pero nuestra tarea es explorar el bosque, rastrear al alpha, no juzgar lo que hizo Sisne en este lugar.

Grace soltó un gruñido indescifrable y asintió de mala gana, como si cayera en la cuenta de que no era el momento de dejarse dominar por sus impulsos.

—Es muy intensa —soltó Imora, con una mueca que pretendía ser amable—. Si le tocas la fibra, saltará en defensa de todo lo que le apasiona. Eso no quiere decir que no sea una buena persona.

Nereida no respondió. Se acuclilló a su lado y extrajo el resto de las armas para apilarlas en medio del amplio salón desvencijado mientras Grace instalaba unas linternas planas que ofrecían buena iluminación a su refugio temporal.

—Voy a comprobar el perímetro y preparar una pequeña fogata fuera de la fortaleza. Nos vendrá bien entrar en calor —indicó Imora cuando terminó de colocar los suministros junto a la escalera. Mientras Imora salía con Grace, que se había ofrecido a ayudarla, Nereida volvió a repasar lo que contenían las mochilas para asegurarse de que en todas hubiese lo necesario para su estancia en el bosque: comida deshidratada y geles de nutrición de alta carga calórica, botellas de agua, pastillas purificadoras para el agua capaces de eliminar toxinas, radiación leve o compuestos sintéticos, un kit médico con sondas, selladores dérmicos instantáneos y analgésicos, ropa térmica, linternas, baterías de litio, encendedores e incluso un par de pantallas plegables capaces de medir la radiación y estudiar rastros biológicos.

Cuando terminó sus comprobaciones, dejó las mochilas contra la pared y miró hacia la entrada por la que se filtraban las voces de Grace e Imora, que charlaban alegremente junto al fuego que habían logrado encender. El ánimo de sus compañeras y el enfado por su error le recordaron que había muchos aspectos de la chatarrera que aún desconocía.

***

Sentada frente a la fortaleza maltrecha, Nereida contempló las llamas de la fogata y lanzó un suspiro cargado de anhelo antes de dirigir su atención al cielo. El aire limpio del bosque le permitía ver las estrellas y la luna menguante que llenaba de majestuosidad el firmamento. Era agradable. Incluso cuando el primer día había resultado agotador y peligroso, a Nereida le agradaba ver los puntos blancos en el firmamento. Esa belleza que en la ciudad apenas se vislumbraba.

Allí, junto a las brasas del fuego agonizante, habían extendido los sacos. Grace estaba sacando su capa térmica para echársela sobre los hombros.

—Esta comida es horrible —soltó entonces Imora dejando un trozo de proteína deshidratada a un lado. Sus labios amagaron una expresión desoladora que casi hizo reír a Nereida.

No podía quitarle razón. Probó otro bocado de su trozo de proteína y la textura seca la obligó a desistir de la idea de comérselo entero.

—Pues tendremos que acostumbrarnos, es lo que nos toca hasta que salgamos de aquí —le dijo Grace, abrazándose las piernas—. Yo con que consigamos dormir algo ya me doy por satisfecha.

Imora pareció leer el agotamiento en la voz de su amiga, le dio un abrazo suave y se sentó a su lado.

—¿Creéis que todos los competidores buscarán algún fuerte o preferirán acampar en el bosque?

—Yo me apostaría lo que quieras a que estarán ya en sus refugios —reflexionó Grace, y estiró las manos hacia la fogata. Se había restregado los dedos en el río hasta quitarse la sangre oscura de las ratas, pero no había podido eliminar las manchas de los puños de su camiseta.

Nereida dudaba que Siri o Kenneth hubiesen preferido dormir al aire libre cuando en la zona este del bosque existían grandes fortalezas más modernas que con toda probabilidad gozaban de

mejor aspecto que la que ellas habían elegido. Después de haber enfrentado a las ratas aulladoras, comprendía más que nunca la necesidad de un refugio y los peligros de dormir a la intemperie.

Miró el lamentable lugar que habían encontrado ellas y crispó los dedos sobre las rodillas. Las ventanas estaban carcomidas por el óxido y el marco metálico que hacía de entrada tenía innumerables abolladuras y arañazos. Aunque sí esperaba encontrarse el lugar en mal estado, no se había podido imaginar hasta qué punto este estaría consumido por el abandono.

—¿Creéis que alguien habrá escuchado los disparos?

La voz de Imora quedó suspendida en el aire.

—¿Te preocupa que nos encuentren?

—Sí —contestó, y miró a Grace con el ceño fruncido—. No lo sé. No dejo de pensar en que ha muerto alguien antes de empezar la Cacería.

De pronto, los murmullos del bosque adquirieron otro sentido para Nereida, que, con un nudo en la garganta, se giró para echar un par de troncos en el fuego.

—No te preocupes por eso. Yo haré la primera ronda —dijo con brusquedad, y notó que Imora ahogaba un bostezo antes de asentir en señal de aceptación—. Descansad un poco.

—Venga, te tomo la palabra —dijo la chica al tiempo que se agarraba el pelo en lo alto de la cabeza. Después, tomó el saco entre los dedos.

—Espero que no sueñes con las ratas —advirtió Grace, masajeándose el hombro.

Los brazos de Imora se sacudieron ante la mención y, con una pizca de recelo, se alejó en dirección a la pequeña habitación del refugio. Llevaba las botas en la mano derecha y sus labios estaban crispados, como si tuviese miedo a encontrarse una sorpresa desagradable.

Grace sonrió al verla meterse en el refugio y extender el pulgar hacia ella. Entonces, se giró hacia la asesina y una sombra de desconcierto le nubló los ojos.

—¿Quieres que te limpie la herida? —se ofreció Nereida.

Grace sintió un escalofrío.

—No es nada.

Pero sí parecía importante, y necesitaba a Grace fuerte, centrada.

—Déjame que te ayude.

El tono de su voz no admitía réplica y Grace cedió a regañadientes. Nereida se acuclilló a su lado con una gasa impregnada en sonda líquida, una sustancia química formada por microbacterias que era muy efectiva contra cualquier lesión.

Sus ojos reaccionaron ante la cercanía del rostro de Grace y tuvo que apretar los párpados para controlar el hormigueo que le causó el contacto de su piel.

—No es tan superficial como crees —apuntó Nereida, y una sonrisa triste se dibujó en los labios de Grace.

—Por suerte, me estás ayudando.

Aquello la cogió desprevenida y, por un momento, no fue capaz de responder. Grace ladeó el rostro y sus ojos quedaron a la misma altura. El fuego le afilaba las facciones, brillaba sobre sus labios entreabiertos, esos que había besado en varias ocasiones.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —soltó Grace.

Nereida asintió, aunque le pareció atisbar una encrucijada en el semblante confundido de la chica.

—¿Cómo es ser asesina? ¿Cómo duermes tranquila?

De repente, el instante de cercanía entre ellas se quebró.

Algo dentro de Nereida se deshizo al ver las dudas en los ojos entornados de la chatarrera. Tenía una magulladura junto a la ceja izquierda y la piel brillante por el sudor.

—Es como cualquier otra profesión, Grace —cortó Nereida, y apartó la vista, repentinamente incómoda. Nunca hablaba de su trabajo—. Tenemos un código que es el pilar fundamental, nos entrenamos en una academia durante siete años y luego debemos atravesar una serie de pruebas para convertirnos en asesinos.

—¿Te preparan para que no tengas miedo?

Lo preguntó con una curiosidad tan genuina, como si realmente no entendiese su profesión y todo lo que acarreaba, que Nereida ni siquiera pudo tomárselo a mal.

—¿Crees que no tengo miedo?

—Bueno. —Grace entornó los ojos y soltó un suspiro—. Es que te he visto arrojarte con tanta valentía hacia las ratas que por un momento pensé que eras incapaz de sentir miedo hacia unas criaturas que a mí me provocarán pesadillas.

—Claro que siento miedo —admitió, esquivando los ojos de Grace, esquivando el recuerdo del bar en el que se habían conocido y de sus encuentros posteriores—. El miedo es inherente a la existencia humana. Nos hace ser precavidos, anticiparnos al peligro. Simplemente, nos preparan para actuar cuando este se presenta.

Grace asintió, pensativa, y alargó las manos al fuego. Nereida no sabía si aquella conversación tenía como objetivo tender un puente entre ellas o si Grace solo buscaba indagar en sus secretos.

—Entonces, te entrenan para que dejes a un lado todo lo que amas y te aferres únicamente a tu labor —dijo Grace, y a Nereida le pareció que había pasado toda una vida desde que se conocieron.

—¿Estás compadeciéndote de mí o solo te estás preguntando si soy capaz de sentir algo?

Grace no respondió, simplemente inclinó la cabeza y la observó con curiosidad. Entonces, Nereida continuó:

—No me preparan para ser una máquina ajena a las emociones o sentimientos, si es lo que estás pensando. —Una punzada intensa la recorrió. Quería recortar la distancia entre las dos, demostrar que sí tenía sentimientos pese a las capas de indiferencia con las que se vestía a diario. Sin embargo, no lo hizo. Se quedó inmóvil, paralizada por la intensidad de ese pensamiento—. Pero entiendo la responsabilidad que conlleva mi trabajo y el riesgo al que sometería a las personas que me rodean.

Nereida apartó de nuevo la mirada de Grace. No soportaba el juicio en su expresión consternada; la duda que prendía en sus emociones y la hacía sentir lástima por ella.

—No pretendía hacer que te sintieras acorralada —soltó Grace.

En el silencio que se erigía entre las dos, Nereida atisbó ese miedo que todos manifestaban al enterarse de su profesión. Las noches anteriores habían evitado hablar del tema salvo cuando, muy de vez en cuando, Imora lo traía a colación.

Nereida se pasó una mano por el pelo enredado y se forzó a sonreír y a dar forma a un pensamiento.

—Comprendo el recelo que suscita la Hermandad en otras personas.

Grace suspiró y estiró las piernas.

—No es eso lo que me hace sentir incómoda —soltó, y Nereida reprimió la inquietud que le atenazaba la garganta al verla ponerse en pie y recoger su saco—. Hay otras cosas, como las mentiras y los secretos. Pero supongo que los guardas por algo. Me voy a dormir.

La frase se quedó suspendida en el aire y vio cómo Grace entraba en el refugio. Sentía un nudo tenso en la garganta, la presión de todas las mentiras que se enredaban en su lengua y que no podía ni quería convertir en palabras. Después de todo, ellas no eran nada, solo compañeras, y no le debía más que el compromiso de estar juntas en esa competición.

CAPÍTULO 20

GRACE

El sol se elevaba en el horizonte como un cuchillo. Grace lo observó mientras el dolor de sus huesos remitía lentamente. Antes de la competición, había supuesto que al entrar a la Cacería se sentiría valiente, aguerrida, pero la realidad distaba mucho de sus expectativas, que en ese instante le parecían infantiles. Estuvo horas intentando quedarse dormida, pero la agitación mental, el recuerdo de las ratas y las palabras de Hadi la perseguían como un fantasma.

Demasiadas emociones en veinticuatro horas.

Por eso salió y dio el relevo a Nereida, que se fue a descansar con Imora en el interior del fuerte. Le tocaba hacer guardia, y prefería quedarse fuera mientras acariciaba la absurda esperanza de ver más alphas, de observar un resquicio de la vida salvaje que dominaba ese paraje, tan distinto a lo que siempre imaginó. Le impresionaba estar rodeada de vegetación, el olor a tierra húmeda, la sensación cálida del musgo bajo sus pies que le recordaba a su tierra natal, Tabai. En esa zona del bosque apenas parecía que la tecnología y la mano del hombre hubiesen llegado nunca, salvo por los despojos de estructuras que salpicaban aquí y allá el paisaje y que la naturaleza se empeñaba en sepultar.

Respiró el aire helado del amanecer y hundió los dedos bajo sus brazos para protegerse del frío. Al instante, se sumergió en los recuerdos de sus padres e imaginó la emoción que habría sentido Kim si se hubiese encontrado en su lugar. Las posibilidades de

estudio que su madre habría aprovechado en aquel sitio al que siempre aspiró adentrarse.

La mención de Kim por parte de Imora y la respuesta burlona de Nereida la habían tensado hasta el punto de saltar en un estallido de cólera. Sabía que no había una mala intención de por medio, pero el recuerdo de su madre y la ausencia de su padre la desmoralizaban. Los echaba de menos. Ese dolor mudo en el pecho la seguía a todas partes.

El recuerdo de sus padres le arrancó un suspiro triste y se obligó a concentrarse en la realidad que vivía. El peso de las mentiras se abría sobre su esternón y arrojaba un doloroso estallido de ansiedad que le recordaba que su estancia en el bosque formaba parte de un espejismo, uno que la aterrorizaba tanto como la verdadera misión que tenía que llevar a cabo. El propósito de cruzar los límites y deslizarse hasta los restos de Sisne era tan apremiante que no dejaba de pensar en todo lo que podría salir mal.

—Buenos días —saludó a su espalda Nereida, que parecía haber dormido aún menos que ella, y Grace se limitó a alzar la mano izquierda—. ¿Todo preparado para la primera vuelta de reconocimiento del terreno?

Grace dejó escapar una larga exhalación que Nereida interpretó como una respuesta afirmativa.

—¿Alguna idea para empezar? —preguntó al ver que la asesina cogía un bláster para colgárselo del cinturón y se guardaba algunos cuchillos en el interior de la chaqueta de cuero negra.

—Apuesto a que el oeste es un buen lugar para rastrear el terreno y empezar a marcar espacios en el mapa.

Nereida extendió su holopantalla en el suelo y un mapa holográfico en 3D apareció frente a ellas. Diminutos puntos rojos titilaban a través de los árboles y las colinas señalando algunas fortalezas además de la zona de alta actividad radioactiva.

—¿Estáis fijando la ruta?

La pregunta de Imora las obligó a girar la cabeza. Nereida asintió y la chica se acercó con los ojos entrecerrados y los rastros del

cansancio en los labios.

—Podemos seguir este camino. —Nereida señaló una línea que discurría entre la espesura—. En otro tiempo, la gente de Sisne lo usaba para moverse por el bosque. Aprovecharía que estamos en esta zona y buscaría un rastro marcando un perímetro de diez kilómetros alrededor de nuestro fuerte.

El mapa se basaba en la última actualización cartográfica que Sisne había colgado en su base de datos antes del desastre, por lo que, más allá de las delimitaciones de las simas, las colinas y los ríos, Grace imaginaba que muchas cosas habrían cambiado. Aquello les serviría para orientarse y para marcar las zonas recorridas, pero no como guía para moverse por el bosque.

—Ten —dijo Nereida sacando una brújula digital—. Llévala tú. Se sincronizará con el mapa para trazar la ruta. Lo primero que necesitamos es hacer un reconocimiento del terreno.

Grace aceptó la brújula, del tamaño de la palma de su mano, y vio cómo Nereida se colocaba en el ojo derecho una lentilla de un tono azul con circuitos grises. Era un visor de espectro térmico muy útil para detectar las ondas radioeléctricas que emitían los alphas de gran tamaño.

—¿Servirá con las ratas? —preguntó Imora con los labios crispados. Grace comprendía su miedo; el primer encuentro había resultado escalofriante, y seguramente no eran las criaturas más temibles que había allí dentro.

—Solo detecta ondas radioeléctricas. Los alphas grandes son los únicos que pueden emitir una onda tan notable como para que el visor la capte.

Imora asintió y Nereida se echó la mochila sobre los hombros dando por zanjada la explicación.

El bosque, tan silencioso y cargado de melancolía, se le antojó a Grace una invitación a la que no podía resistirse, así que se puso en pie, estiró las piernas para desentumecerlas y se giró hacia Nereida, que aguardaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba el cabello rubio recogido en lo alto de la cabeza, varios mechones

sueltos le enmarcaban un rostro en el que se acentuaba una expresión de verdadero hastío que parecía la huella de su personalidad.

—Andando —susurró la asesina.

Grace se puso en marcha, pero, antes de alejarse del fuerte, Nereida se acercó y le tendió dos cuchillos arrojadizos que se había dejado atrás por puro despiste. Los cogió con las manos firmes, asimilando el peso de la responsabilidad al tiempo que maldecía su escaso sentido de la supervivencia, y se los colgó del cinturón con gesto abatido.

—Por seguridad, es mejor que los guardes así —dijo Nereida, sujetando su cintura con firmeza y recolocándoselos. Aquello hizo que un leve rubor le alcanzara las mejillas.

—Gracias —respondió, y la asesina retiró la mano con un movimiento azorado que a Grace le recordó la noche en la que se habían conocido. En ese momento jamás se le habría pasado por la cabeza que pudiese formar parte de la Hermandad, y mucho menos que se tratase de la hermana de la mismísima emperatriz.

Tras asegurar el perímetro del refugio, comenzaron la travesía por el bosque. Se movieron por la arboleda rodeadas por el eco de sus pensamientos y los sentidos aguzados. Grace notaba el pánico en sus terminaciones nerviosas, el miedo a toparse con un terrible alpha que las atacara como hicieron las ratas. Por su parte, Nereida recelaba de todo, y cada cierto tiempo extendía el mapa frente a sí y marcaba la zona recorrida. Conforme pasaban las horas, se mostraba más huraña, y con frecuencia rehuía las conversaciones que Imora iniciaba. Parecía que necesitaba ese silencio para escuchar sus pensamientos y, aunque Grace tampoco estaba demasiado complacida ante su actitud, entendía sus métodos y los respetaba.

A veces notaba las miradas de Nereida a su espalda, la pillaba con el ceño fruncido y las palabras en la punta de la lengua, pero, al final, parecía que eso que quería decirle a Grace desaparecía. Entonces ella se apartaba y se refugiaba en la idea de que aquella

pantomima era temporal, de que, por mucho que Nereida la hubiese ayudado con la herida la noche anterior, seguía siendo una mentirosa que guardaba sus secretos en un lugar recóndito de su alma.

¿Qué más les ocultaría? ¿Por qué no les decía nada de Zarina? Las preguntas pugnaban por salir de sus labios, pero Grace las silenciaba.

«Tú tienes tus propios secretos, deja de indagar en los de otras personas cuando ni siquiera puedes ser sincera con tu mejor amiga», le reprochó la voz de su conciencia, haciéndola sentirse de nuevo como una vil traidora. Grace odiaba las mentiras, odiaba sentir que vivía un espejismo, y tal vez por eso nunca se molestaba en disfrazar lo que pensaba. Pero ahora temía la reacción de Nereida si se atrevía a exponer en voz alta sus reflexiones, todo lo que sabía sobre su vida. Al fin y al cabo, era su compañera, y de ella dependía sobrevivir en la Cacería.

«La necesitas», se recordó. «Ahora que has visto lo que acecha entre los árboles, ahora que has mirado al miedo a los ojos, sabes que no puedes sobrevivir a este lugar sin su ayuda».

Grace intentó no darle más vueltas al asunto y se ciñó mejor la chaqueta sobre los hombros. Se tocó la herida vendada del hombro, justo el punto en que una de las ratas la había mordido, el lugar en el que Nereida había deslizado los dedos para limpiar la sangre.

No sabía cómo una asesina podía haberla tocado con semejante delicadeza, y ese pensamiento la arrojaba a una vorágine de emociones muy contradictorias.

Volvió a consultar la brújula y siguió a sus compañeras a través del camino que serpenteaba a lo largo del bosque. La luz se colaba a raudales entre las ramas y derramaba destellos rojizos sobre el sendero de piedra y tierra que quedaba medio sepultado entre las raíces. Por suerte o por desgracia, durante la mayor parte de la travesía no avistaron ninguna señal radioeléctrica ni vieron a ninguno de sus competidores.

Se pasaron todo el día caminando, analizando muescas en los árboles, buscando señales que pudiesen acercarlas un poco más al alpha dominus.

El tiempo fue transcurriendo y Grace se sentía cada vez menos cómoda, no solo por el sudor o el hambre, sino también porque sus piernas estaban agotadas y los músculos de la espalda se quejaban por el peso de la mochila.

—Esperad —musitó Nereida, que se detuvo para analizar dos huellas profundas que destacaban sobre el barro—. ¿Os parecen muy pequeñas?

—Yo apostaría a que pertenecen a un tigre escorpión —apuntó Grace tras acuclillarse junto a las marcas.

Salvo por algunos ruidos lejanos, el bosque estaba extrañamente silencioso.

—¿No os parece que todo está demasiado tranquilo?

—Estamos un poco al norte, ¿no? —repuso Imora, consultando el mapa holográfico—. Justo aquí crece la hoja de la muerte…

Se interrumpió de golpe, concentrada en sus cavilaciones, y después se agachó junto a la vegetación para mover un par de helechos altos y mostrarles unas flores amarillas de tallos negros que desprendían un aroma dulce y ácido a la vez.

—Es tóxica para el consumo humano, pero los aracnotilos se alimentan de ella.

Escuchar la mención de aquel alpha hizo que los labios de Grace se tensaran y sus ojos vagaran en busca de una señal que indicase su presencia. Los aracnotilos eran insectos enormes, con inmensos colmillos y una docena de patas alargadas que sobresalían de su cuerpo. Su picadura podía producir parálisis, fiebres y, en algunos casos, la muerte.

—En la última Cacería una de las competidoras sufrió una picadura; estuvo doce horas sin poder moverse hasta que la mató un gusano serpiente, según contó su compañero de equipo.

Nereida le lanzó una mirada poco impresionada.

—Si hubiese algún aracnotilo cerca, lo sabríamos —puntualizó Grace, apartando a Imora del lugar que señalaba—. Suelen emitir un pitido alargado, y aquí no se oye nada.

El alivio hizo que los hombros de Imora se relajaran perceptiblemente.

—Hay dos fortalezas muy cerca de esta linde, podríamos echar un vistazo —sugirió, y Grace hizo un ademán de aprobación con los labios.

Se movieron en silencio, con Nereida encabezando la marcha. Algunos de los pinos de aquella colina tenían rastros difusos de pintura roja en la base del tronco, que Grace imaginó que algún competidor del pasado habría utilizado para orientarse.

—¡Quietas!

Imora le puso una mano en el pecho a Grace, alarmada, y se deslizó entre la maleza hasta un roble cortado en el que se apoyó para mirar la falda de la colina. Grace contempló a Nereida de soslayo. Estaba tensa, con la mano sobre el cuchillo, sin duda preguntándose por lo que Imora veía al otro lado.

—Son zancudos —susurró la chica, que en ese momento levantó la vista hacia Grace con una media sonrisa y el rubor de la emoción.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Nereida se acercó y se encogió de hombros sin apartar la vista de los alphas que pastaban en una planicie.

—Tal vez podríamos acercarnos un poco —contestó Grace en voz baja, lo que hizo que la asesina arrugara la nariz.

—Estamos buscando a un alpha diferente —les recordó, acomodándose la mochila en el hombro y alejándose de la imagen de los zancudos.

Grace observó a las criaturas durante largo rato, embelesada ante lo majestuosos que se le antojaban. Sus largas patas estaban cubiertas por un pelaje denso que abarcaba distintos tonos ocres y se fundía con el color cenizo de su vientre. Eran preciosos a su manera. Viendo aquellos cuerpos majestuosos y llamativos, a Grace

le sorprendió la inmensidad de Sisne, todo lo que habían conseguido.

—Vamos —las instó Nereida, arrancándola de sus pensamientos—. Tenemos que seguir, anochecerá pronto.

—Podrían ser presas para el alpha dominus —indicó Grace.

Nereida sopesó la información.

—Pero no hemos visto ningún alpha muerto; tampoco restos. Si hubiera pasado por aquí, tendría que haber dejado un rastro, así que debe de estar más lejos. Si llegamos a la cima de la colina, podemos tener una vista más completa del bosque.

Grace le dio la razón y reanudó la marcha sin consultar el mapa. En esa parte de la espesura, el siseo del bosque se hacía más intenso. Mientras avanzaban, oían el ruido de las lianas, el crujido de las ramas doblándose contra la embestida del viento, el agua del río y, por supuesto, las pisadas amortiguadas de los alphas.

En pocos minutos, Nereida volvía a guiar la marcha por una pendiente inclinada que obligaba a Grace a aferrarse a su voluntad con ansias. El sudor le resbalaba por la espalda y el hambre comenzaba a hacer mella en su humor cuando llegaron a la cima de la colina.

Bajó la vista hacia la planicie y observó a un par de perromorfos que correteaban por la hierba dando saltos alegres. La imagen de aquellos alphas le arrancó una sonrisa. Las criaturas poseían unos ojos brillantes que destacaban en sus cabezas redondeadas con orejas en punta, tras las que asomaban unos cuernos diminutos. Ella había visto tantos vídeos de esos bichos de antes del desastre de Sisne que no le sorprendió la familiaridad con la que los reconoció al instante.

—Te estás quedando atrás.

La voz de Nereida la sorprendió y, sin querer, Grace le chistó para que bajara el tono. Con una mano señaló a los perromorfos, que no habían reparado en su presencia.

—Fueron diseñados para ser alphas domésticos —apuntó con una sonrisa genuina—. Se alimentan de pasto y no son peligrosos.

Notó que Nereida se tensaba a su lado y eso la hizo reprimir el inicio de una sonrisa.

—La idea era que se comportaran como compañeros de los humanos, como los antiguos perros —continuó, y Nereida relajó un poco el cuello.

—Grace…

—No llegaron a interactuar con personas —siguió—. Supongo que, en su momento, alguno habrá visto a la gente que trabajó en Sisne, pero no sabemos cuál es la esperanza de vida de este tipo de alphas. No llegaron a documentarlo. Yo apostaría a que somos los primeros seres humanos a los que ven.

—Grace. —Esta vez atendió a la llamada de Nereida—. No tenemos tiempo para esto, hay que seguir.

Grace percibió la frialdad de sus palabras e, imitando aquel gesto desprovisto de humanidad que había visto en Nereida, siguió caminando en el más adusto de los silencios para continuar con un día que prometía ser largo e intenso.

—¿Te imaginabas que sería así? —le preguntó Nereida a su lado, como si intentase cortar la tensión que flotaba entre ellas—. El bosque, quiero decir.

—Sí —dijo ella, y esquivó una raíz doblada que cortaba el camino—. Y no.

—¿Por qué estudiaba tu madre el bosque?

Aquella pregunta parecía ser el quid de la cuestión, como si Nereida hubiese estado pensando en ello desde que Imora lo mencionó.

—Mi madre se sentía atraída por este lugar. No sé la razón específica, guardaba bien sus secretos, pero sé que le interesaba cualquier cosa que estuviese relacionada con los alphas, los registros de Sisne y todo lo que habían creado aquí. —Hizo una pausa mientras seguían avanzando y luego continuó—: A veces, pensaba que le horrorizaba saber que los monstruos acechaban en este lugar, pero la mayoría del tiempo simplemente parecía fascinada. Le hubiese encantado ver a los alphas y estoy convencida de que, si

hubiese podido, habría participado en la Cacería. Aunque dudo de si sus principios le hubiesen permitido cazar a un alpha.

Le pareció que Nereida quería continuar la conversación, pero Grace no estaba preparada para seguir hablando de Kim. Su madre era un tema que se guardaba para sí misma, como si ocultar el dolor la ayudase a mantenerla viva en su memoria.

—Sigamos —dijo de pronto, y apretó la marcha para alcanzar a Imora, que se había adelantado un poco. Nereida se rezagó y a Grace le dio la sensación de que ese nuevo silencio estaba cargado de una disculpa que no llegó a salir de sus labios.

«Mejor», pensó Grace.

A partir de ese punto, la caminata se hizo lenta y a Grace le costó mantener el ritmo durante las siguientes horas, en las que se dedicaron a subir cuestas empinadas. Cada cierto tiempo se detenían a analizar el terreno y medían las huellas con las que se topaban, pero nada ofrecía una pista sobre el paradero del alpha dominus.

***

—Creo que esto podría decirnos algo —dijo Imora emocionada, señalando una marca irregular sobre el césped aplastado.

—Es grande para ser de un devastador o un alpha similar y me atrevería a decir que no parece de un tigre escorpión —sugirió Grace, inclinada a su lado. El pelo se le derramaba sobre el hombro y se le pegaba a la piel sudada.

De repente, Nereida percibió un detalle que se había escapado de la atención de sus compañeras y se deslizó cuatro metros por delante por el caminito que serpenteaba a través de la arboleda.

—Voy a seguir el rastro —soltó.

—Yo voy contigo —susurró Grace casi sin pensarlo, y luego dirigió una mirada a Imora—. Quédate aquí y vigila nuestras cosas.

Imora asintió en silencio. Grace se deshizo de la mochila y siguió a Nereida a través de la arboleda.

Con determinación, Nereida serpenteó a través del camino, demasiado concentrada como para llenar el silencio, con la mirada atenta a cualquier indicio.

Nereida se detuvo de pronto y señaló un punto a su izquierda; estaban bastante lejos del lugar en el que habían dejado a Imora. Grace tragó saliva con fuerza cuando sus ojos se posaron sobre unos matorrales aplastados en los que adivinó un pequeño rastro de sangre, que fue suficiente como para que un temblor sacudiera sus hombros y se olvidara, por un segundo, de todo lo demás que la rodeaba.

Grace fijó la mirada en su descubrimiento confundida ante la consistencia poco espesa y el tono rojizo, que le parecían un indicio aterrador. No era de los alphas, por supuesto. Incluso a la escasa luz del atardecer, era capaz de diferenciar el tono e identificarlo sin ningún tipo de dificultad.

—Es humana —comprendió apreciando el leve matiz rosáceo. Alargó un dedo y lo tocó sin ningún tipo de aversión—. Y está helada.

A Grace le parecía terrible encontrar algo así. Solo llevaban un día, pero allí el tiempo se alargaba. Las horas se estiraban tanto que le daba la sensación de llevar días rodeada de vegetación salvaje. Apretó la boca, incómoda y un poco mareada. Se pasó los dedos por el pantalón y se encogió ante la inmensidad de aquel lugar. Repentinamente consciente de que allí era una invasora.

Nereida se agachó a su lado y encendió una linterna para ver mejor a través de las sombras del crepúsculo. El rastro de sangre no iba mucho más allá, pero en el barro se distinguían otras manchas oscuras.

Entonces Grace se dio cuenta de algo.

Hasta ese momento, no había notado la repentina quietud que las rodeaba, la ausencia de los sonidos propios del bosque.

Algo no iba bien.

—Imora —la llamó mientras caminaba de regreso al claro en el que se había quedado vigilando su amiga.

La resonancia de su voz ahogó el silencio.

Sentía el miedo en las vértebras, en el olor rancio que impregnaba el aire, en el vacío en sus tripas.

Antes de llegar a donde estaba Imora, otra huella roja captó su atención y fue entonces cuando se percató de que el silencio había sido reemplazado por un ruido hondo, seco. Se incorporó a toda prisa y pasó bajo un arco formado por las ramas de robles altos. No atendió a la voz de Nereida que en ese momento la llamaba, sino que avanzó pisando el barro mientras los nervios la carcomían por dentro. Las ramitas le acariciaron el pelo y su pie resbaló en un charco de agua estancada; apenas tuvo tiempo para sujetarse a un tronco y no caerse.

Haciendo acopio de valentía, se inclinó hacia los arbustos y ahogó un grito de horror al darse cuenta de que el charco sobre el que había resbalado no era de agua, como en un principio había imaginado, sino de sangre.

Consciente de su situación, se enderezó y sacó uno de los cuchillos para apretarlo con firmeza entre los dedos temblorosos.

—¿Grace?

La voz de Nereida la guio de regreso hasta la linde en la que la asesina aguardaba. No fue hasta que vio el rostro crispado de Nereida cuando percibió que algo horrible estaba pasando.

—¿Qué ocurre?

Pero antes de que esta pudiese decirle algo, una figura esbelta, atlética, salió de los árboles y se precipitó sobre ellas con un cuchillo alargado que rasgó el aire. La asesina lo esquivó con habilidad y Grace apenas reconoció a Valentino, cuyo rostro ovalado de mandíbula firme y mejillas bronceadas parecía pertenecer a alguien totalmente diferente. Una cicatriz oscura, que no tenía el día anterior, le surcaba la mejilla derecha.

El cuchillo que llevaba parecía pequeño en comparación con las grandes manos del chico. Lanzó otro tajo al aire y Nereida lo esquivó por segunda vez. La asesina se apartó y sus dedos dudaron sobre el

bláster, que en ese momento parecía más una carga que una protección.

El brillo frenético que ardía en los ojos de Valentino parecía un indicio de locura.

Quizá si hubiese tenido más tiempo, Grace habría conseguido reaccionar, pero se quedó paralizada. Allí no había reglas, allí nadie las salvaría. Nereida, consciente de eso, empujó a Grace, aunque aquello no fue suficiente para detener a Valentino, que se arrojó de nuevo sobre Grace y le alcanzó la pantorrilla con el cuchillo. Rápida y certera, Nereida se cernió sobre el cuerpo de Valentino mientras él volvía a arremeter con una furia antinatural.

—¡Valentino! —gritó, intentando agarrarle, sin saber qué otra cosa hacer—. Detente, no puedes hacer esto.

El chico reaccionó a la mención de su nombre. Sus ojos desorientados, vidriosos, miraron a Grace, que estaba atrapada entre él y el suelo, como si no supiese quién era ella ni dónde estaba.

—Soy Grace, ¿recuerdas? —logró decir ella, arrastrando las silabas, y percibió un destello de reconocimiento en el rostro herido de su contrincante—. No soy tu enemiga, no quiero hacerte daño.

Grace lo vio entonces con claridad, y el horror la sacudió. El cabello de Valentino empapado de sangre, la ropa raída, el cuello lleno de rasguños alargados que no tenían muy buena pinta y los ojos con las pupilas dilatadas y las venas marcadas. La chatarrera había visto gente así antes en el tercer anillo de Ciudad Espejo, aunque en la mayoría de esos casos se debía a una intoxicación voluntaria. Eran los efectos habituales de algunas drogas que se vendían en las sombras de los callejones y que se abrían paso en la conciencia de quienes estaban lo suficientemente desesperados como para querer escapar del mundo real, hasta el punto de que no les importaba llegar a cometer crímenes de los que ni siquiera iban a ser conscientes. Como le estaba pasando en aquel momento a Valentino.

La voluntad de Grace se tambaleó. Nereida ya se había puesto en pie y seguía en tensión, con una mano sobre el bláster que colgaba de su cinturón y la otra en un cuchillo alargado.

—Yo… Yo…

El balbuceo torpe de Valentino casi hizo que Grace bajara la guardia. Por el temblor de su boca y el movimiento frenético de los ojos, le pareció indefenso, como si solamente hubiese perdido la cabeza un momento y necesitara que alguien lo trajera de nuevo de vuelta.

—No te haremos daño —dijo Grace con la voz suave.

Valentino ladeó el rostro y miró a Nereida, cuya mano derecha lo apuntaba con el cuchillo. Un brillo salvaje le deformó la expresión y, antes de que ninguna pudiese prevenir el movimiento, se abalanzó sobre la asesina con un gruñido.

El pánico invadió Grace. No podía limitarse a ser una mera espectadora. No en ese momento.

Ignoró el miedo y forzó a sus extremidades a impulsarse. Las piernas le respondieron con un movimiento torpe y se abalanzó sobre Valentino, que hasta entonces parecía demasiado concentrado en quitarse a Nereida del medio. El cuchillo se resbaló de la mano de su oponente y Grace esperó que, con aquel golpe de suerte, recobrara el sentido común. Pero en lugar de atisbar un destello de lucidez, lo que vio fue una sonrisa depredadora que le heló la sangre.

Valentino la golpeó en el estómago y, sin demasiado esfuerzo, la tiró al suelo. Dio un paso silencioso hacia ella. La sangre le caía por la frente, por las mejillas.

—¡No…! —La voz se le rompió en la garganta y el olor a podredumbre le llenó las fosas nasales cuando el hombre se precipitó sobre ella. Pero antes de que pudiese mover el cuchillo, la culata del bláster de Nereida impactó en la sien de Valentino, haciendo que este se desplomara sobre la tierra.

El bosque quedó en silencio.

—¿Está muerto?

La pregunta le salió disparada de los labios.

—No —replicó Nereida, acercándose hasta ella.

—Casi nos mata. ¿Por qué no disparaste?

Ni siquiera supo por qué hacía tal pregunta. Era absurdo, injusto.

—Porque tengo la ligera impresión de que no era él mismo. —Nereida se apartó el pelo del rostro y se limpió el barro que le manchaba la frente, el cuello. Extendió una mano hacia Grace—. Te ha hecho daño.

Los dedos de Grace aceptaron la invitación y, con fuerza, la asesina tiró para ayudarla a ponerse en pie al tiempo que un repentino calor se le extendía por el pecho.

—Solo estoy… cansada —admitió y, con un brusco movimiento, se soltó de su mano. Miró a Valentino tirado de boca sobre la tierra. Comprobó mirando su pecho que aún respiraba—. Por un momento me pareció... lúcido.

Aquello hizo que Nereida soltara una carcajada cortante.

—No estaba en sus cabales. Si estabas esperando una competición noble y justa, me temo que tienes unas expectativas demasiado elevadas de las personas —susurró, y echó una mirada a Valentino—. Este se ha vuelto loco en solo un día.

—Ha sido envenenado —soltó Grace, y señaló las venas hinchadas en el rostro.

—Al verlo, pensé que había perdido la razón y que quizá hasta era el responsable de lo que le ocurrió a su compañera. —Nereida chasqueó la lengua y a Grace le dio miedo la indiferencia con la que hablaba de otras personas—. Pero creo que tienes razón. De todos modos, aunque esté envenenado, podría seguir siendo un asesino. —A Grace se le aceleró el corazón ante la frialdad de su compañera—. La gente hace cosas horribles, y no conocemos a Valentino ni a la mayoría de los competidores.

La idea de que alguien pudiese jugar de esa manera con la vida de otros le resultaba incómoda.

—Puede que tengas razón —coincidió tras un breve instante de reflexión—. Deberíamos regresar con Imora.

Nereida la contempló con algo parecido a la compasión y a Grace no le gustó el sentimiento que se reflejaba en sus ojos. Le parecía que la veía como si fuese una ingenua y, aunque en el fondo quizá lo era, no tenía intención de parecer débil ante nadie, y mucho menos ante ella.

Abrió la boca para decir algo, pero antes de que la voz le saliera de los labios, un grito surcó la noche.

—¡Es Imora!

CAPÍTULO 21

NEREIDA

Al escuchar el grito de Imora, habían corrido todo lo rápido que alcanzaban sus piernas pensando que esta se encontraba en peligro, pero no imaginaban lo que se iban a encontrar realmente. Imora estaba de pie, apoyada contra un árbol, con la cara muy pálida y con el cuerpo en tensión. Todo en ella denotaba pánico.

—¿Está muerta? ¿Respira? —preguntó Grace atropelladamente al ver el cuerpo inerte que yacía a los pies de un arce oscuro, oculto entre unos arbustos, y del que su amiga no separaba la vista.

No se le veía el rostro, pero, a juzgar por la postura, era evidente que le había sucedido algo muy violento.

Grace se acercó a Imora, que parecía tener ganas de meter la cabeza entre las piernas, hacerse un ovillo y olvidarse de toda aquella locura. —No se mueve, pero deberíamos comprobar si respira… Igual solo está inconsciente —titubeó Grace, que trataba de calmar sin éxito a Imora.

Su inocencia hizo que Nereida sintiera un poco de pena por ella. Resultaba evidente que aquella participante navegaba por las aguas de la muerte de camino al reino de la Creadora y no hacía falta siquiera detenerse a comprobarlo. Sin embargo, lo hizo, más por sus compañeras que por sí misma.

Se agachó y buscó el pulso solo para constatar lo evidente.

—¿Quién es? —preguntó Imora, que despegaba los labios por primera vez desde su grito—. ¿Qué le ha pasado? ¿Ha sido un

alpha?

Nereida, en un intento por responder a sus dudas, tiró con cuidado de los pies del cadáver medio oculto entre unos arbustos y se topó con unos ojos abiertos en un rostro pálido e inmóvil. El chillido de Grace no amilanó su voluntad; al contrario que la chatarrera, a Nereida no le molestaba el olor a muerte. Sin embargo, le escocía estar en medio de la Cacería y encontrar el cadáver de una sus contrincantes.

—Es Lila —dijo Grace al apreciar el rostro, y dejó caer los brazos a los lados del cuerpo con una expresión de asombro.

El pelo azul y los ojos negros la hacían inconfundible, pero más allá de su identidad, Nereida necesitaba saber cómo había muerto. La iluminó con la linterna y buscó alguna herida, una señal de estrangulamiento, lo que fuese. Miró a su alrededor. Estaban en un claro pequeño y la hierba alta se mecía al ritmo del viento. Buscó señales, pero, salvo algunas huellas dispares en el barro que se perdían en el río a la derecha, no veía nada más.

—¿No pretenderás… revisarla?

La pregunta la pilló desprevenida y, por un segundo, sus ojos fulminaron a Grace.

—Solo quiero saber cómo murió.

Sus dedos vagaron hasta su nuca y allí, entre el pelo, oculto a simple vista, descubrió el tajo que había acabado con su vida. Era un corte profundo, y no dudó que fuese producto de un cuchillo largo.

—Pudo haber sido Valentino —musitó Grace cuando se acercó a Nereida y miró la herida del cadáver. Parecía al borde del colapso—. Eso no lo hizo un alpha.

Imora se limitó a cerrar los ojos con aprensión mientras los dedos de Nereida recorrían la herida abierta buscando otras señales de violencia.

—El cuchillo de Valentino era curvo y corto. —Chasqueó la lengua mientras volvía a acomodar el cabello de la chica y se limpió las manos ensangrentadas en su chaqueta—. No causaría un corte como este.

Al ver la cara de confusión de Imora, Grace procedió a contarle el encuentro que habían tenido con Valentino y la sospecha de envenenamiento.

—Entonces, ¿es cosa de Valentino o no? —apuntó Imora, que acababa de sentarse en el suelo.

Nereida no respondió de inmediato. Desde luego, no podía asegurar que Valentino fuese inocente de aquello, pero su instinto le decía que no había sido él. Además, le parecía precipitado señalarlo como el culpable, en especial porque no sabían cómo se había envenenado ni si había sido voluntario. Pensarlo la irritó; no tenía ni tiempo ni energía para comerse la cabeza con algo que no era asunto suyo. Ella estaba en el bosque por una razón muy concreta: cazar al alpha.

Rodeó el cuerpo de Lila con los pensamientos zumbando con fuerza en su cabeza. Se giró buscando algo más, cualquier indicio en el que no hubiese reparado antes, y entonces se fijó en la mochila abandonada al otro lado del río.

—Allí —dijo, y se metió en el río para cruzarlo.

El agua le llegaba a la cintura y necesitó unos minutos para cruzar al otro lado y volver hasta sus compañeras.

—Trae —susurró Imora sujetando la mochila y dejándola sobre la hierba.

En el interior encontraron comida deshidratada, agua y café en polvo. También dos cuchillos cortos bastante afilados y útiles.

—No vas a robarle, ¿verdad? —preguntó de repente Grace, cuyos ojos cansados parecían juzgar a Nereida.

Esta levantó una ceja, claramente ofendida.

—¿Prefieres que deje todo esto aquí para que se lo lleve Siri o cualquiera de otro equipo?

Tal y como esperaba, el labio inferior de Grace tembló ligeramente y Nereida esbozó una sonrisa de triunfo que la chatarrera no le devolvió. Era cuestión de pura supervivencia y, aunque lamentase la muerte de Lila, no renunciaría a cualquier arma que pudiese ser de utilidad en la competición.

—Tal vez deberíamos volver al fuerte —propuso Grace pasándose las manos por la cabeza, ignorando que sus dos compañeras ya estaban guardándose las provisiones con apacibles movimientos—. La verdad es que me sorprende que estéis tan tranquilas cuando hemos encontrado un ca-dá-ver —les reprochó, crispada.

Imora y Nereida intercambiaron una mirada; era evidente que Grace estaba sobrepasada por la situación.

—Grace, cariño —dijo Imora, que había superado la impresión inicial y estaba dejándose guiar por la frialdad de Nereida. Con una actitud sosegada, se acercó a Grace, que había empezado a hiperventilar, y le pasó el brazo por encima de los hombros—. Creo que estás un poco desbordada, de hecho, creo que todas lo estamos. Tienes razón, deberíamos ir al fuerte.

—¿Y qué pasa con Lila? ¿Vamos a dejarla aquí?

A Nereida se le hizo un nudo en el estómago. Entendía que a Grace le preocupara la posibilidad de toparse con el cuerpo de nuevo y no podía culparla por la aprensión, pues tampoco le entusiasmaba la idea.

Miró el rostro incrédulo de Grace y el corazón se le contrajo al ver la pena titilando en sus ojos. Bajó la cabeza y estudió el cuerpo de Lila, tan quieta, pálida. Entonces asintió:

—Yo me encargo.

Mientras pronunciaba esas palabras, Grace asintió aliviada y comenzó a recorrer el camino de regreso al fuerte, seguida por Imora, que se despidió con una mano de Nereida para dejarla sola con el trabajo sucio, tal y como siempre hacían sus compañeros en la Hermandad. Parecía que su predisposición para los asuntos desagradables hacía que aquellas tareas se le diesen tan bien que nadie se atrevía a cuestionarla cuando tomaba la iniciativa.

No pensó demasiado en ello. Bloqueó los pensamientos llenos de dudas, las preguntas tortuosas, y se puso en movimiento. No le pareció demasiado complicado llevar el cuerpo hasta la orilla del río y meterlo en el agua para que la corriente lo arrastrara. Probablemente, los peces tritón o las pirañas negras se encargarían

de acabar con lo que quedaba de Lila, pero la opción era preferible a que un tigre escorpión o cualquier otro alpha peligroso se encontrara con el cadáver y decidiera que la carne humana era un sustento nutritivo que empezar a buscar compulsivamente.

Cuando terminó de deshacerse del cuerpo, Nereida decidió que le hacía falta un baño urgente. No le apetecía encontrarse con un pez tritón, pero estaba cubierta de mugre y no podía desaprovechar aquella oportunidad en el río, por lo que ignoró su recelo inicial y se zambulló en el agua helada. Se frotó la sangre de las manos y luego se pasó los dedos por el pelo para desprenderse del barro y la suciedad del día.

Cuando salió del agua, le pareció que el mundo era un lugar más oscuro y frío, no solo porque estuviese empapada, sino por la sospecha de un peligro acechando a sus espaldas que le asustaba incluso más que los monstruos que dormían en el bosque.

Sacudió la cabeza y regresó por el sendero oculto. Le llevó casi tres horas de caminata, pero, en cuanto vio el refugio, se permitió tumbarse frente a la fogata y estirar las manos para calentarse.

—Has tardado bastante.

Grace se encontraba en la entrada del fuerte, mirando las llamas. Nereida podía apreciar la tristeza en sus ojos caoba.

—Me ha llevado un poco más de lo que esperaba —admitió, y notó que las tripas le gruñían al oler los trozos de carne sintética que ardían sobre al fuego. Grace se acercó y se los ofreció y ella cogió el primero, dio un bocado y degustó el sabor a pimienta, a soja—. Gracias.

—Imora los calentó hace rato —dijo sin mirarle a los ojos, y Nereida dejó que el fuego la ayudara a quitarse el entumecimiento de las extremidades—. Está dentro. Se quedó dormida hace un rato. Supongo que ha sido un día raro para todas.

Le bastaba echar una mirada al rostro agotado de Grace para comprobar lo afectada que estaba.

—Si quieres, ve a dormir; yo hago el primer turno —propuso Nereida.

—Nereida, no. Apenas descansaste algo anoche. —Grace negó con la cabeza—. ¿Has encontrado algo en el camino de regreso?

Su voz rezumaba de miedo y, sin quererlo, Nereida se encontró a sí misma queriendo tranquilizarla. Se apresuró a negar con la cabeza y notó cómo Grace soltaba todo el aire de golpe.

—Nada, no vi señales de violencia alrededor del lugar en el que encontramos a Lila. Aunque, si te soy sincera, ni siquiera me acerqué demasiado al lugar en el que dejamos a Valentino.

Grace asintió y fijó los ojos en el fuego.

—No esperaba que fuese a ser así —admitió con pesar—. Es decir, soy consciente del peligro, por supuesto, pero solo llevamos aquí dos días y un compañero ha intentado matarnos y hemos encontrado el cadáver de otro.

Nereida se miró las manos. Aunque estaban limpias en ese momento, casi podía ver toda la sangre que las había manchado a lo largo de los años. Sacudió la cabeza, repentinamente mareada ante esa visión. Entendía el miedo de Grace, el impacto que le producían los acontecimientos, pero le parecía inocente pensar que el bosque sería benevolente con ella. Nereida había imaginado el horror, el miedo a la oscuridad, a los enemigos en las sombras. Y pese a ello, no era capaz de culpar a la chatarrera por sentirse de aquella manera.

Entonces levantó los ojos y con tranquilidad dijo:

—Tendremos que ser mucho más precavidas. Voy a preparar más trampas.

Aquella respuesta inquietó a Grace, que giró el rostro hacia ella. Una sombra de miedo titiló en sus ojos:

—No me gusta pensar que debemos cuidarnos las espaldas de nuestra competencia, pero es evidente que están pasando cosas y me temo que todo podría ir a peor.

—Ya —replicó Nereida. La sangre bombeaba con violencia dentro de su cuerpo—. ¿Sigues pensando en Lila?

Grace sacudió la cabeza y el cabello se le resbaló por el hombro derecho.

—No, en realidad no tanto como debería —admitió casi como si le diese vergüenza decirlo en voz alta—. Pensaba en las ratas aulladoras. En sus chillidos. No me imaginé que podrían ser tan aterradoras.

Después, respiró hondo y se acercó un poco más a Nereida, para sorpresa de esta. Grace se veía preciosa a las sombras de la noche y, aunque sabía que no debería reparar en la forma en que el cabello le enmarcaba el rostro, o los labios entreabiertos, su corazón se estremeció al apreciar aquella belleza salvaje en el bosque.

—Sabía que habría riesgos. Cuando acepté, me imaginé que me enfrentaría a algún alpha peligroso o incluso letal, pero nunca se me pasó por la cabeza que unas ratas fuesen a suponer un riesgo tan extremo —apuntó, y Nereida se concentró en sus palabras y no en la manera en la que movía los labios—. No soy una necia que imagina a los alphas como criaturas dóciles, pero pensé que lo más complicado sería encontrar el rastro, sobrevivir a la intemperie en un lugar inhóspito con condiciones climáticas extremas. Después de todo, pocos hemos conocido la naturaleza.

Nereida frunció el ceño y apartó cualquier pensamiento relacionado con Grace mientras decía:

—Ha muerto mucha gente en otras Cacerías. No era ningún secreto que podíamos ser atacadas el primer día. Si sobrevivimos, si ganamos esto, ya nada importará. Seremos de las pocas personas que han entrado a este lugar, que han conseguido mirar el peligro a los ojos y vencerlo.

Pero a Grace no pareció impresionarle demasiado su reflexión.

—Es solo que, después de setenta años, seguimos conociendo tan poco de este lugar… —dijo encogiéndose de hombros—. Aislar todo un bosque, advertir de lo peligroso que es y ni siquiera investigarlo me parece una pérdida grandísima de potencial. Es como si realmente no quisieran estudiar lo que hay aquí, ni buscar alternativas para acercarnos a nuestras raíces, a los errores que nuestros antepasados cometieron. —Su voz estaba cargada de sinceridad.

—¿Qué podría hacerse? —preguntó Nereida algo desconcertada e irritada—. ¿Lanzar grupos de investigación que quieran sacar provecho de la multitecnología de nuevo?

—La emperatriz se queda en su palacio viendo el mundo desde un cristal tan opaco que no alcanza a percibir más que su propio reflejo. Quizá podría proponer investigar más el bosque, quizá las megacorporaciones podrían sacar ventaja de todos los recursos que hay aquí.

—Desde el desastre, lo que el Gobierno ha intentado ha sido proteger a los ciudadanos —soltó ella repitiendo lo que había escuchado decir a su padre cientos de veces y a su hermana después de él—. Lo que ocurrió aquí acabó con la vida de cientos de personas, Grace.

—¿Eso es lo que realmente piensas o lo que te piden que digas?

A Nereida no le pasó desapercibida la nota de reproche que escondía la voz de Grace.

—¿A qué te refieres?

Mordió el trozo de carne y se fijó en Grace, que tenía los labios apretados en una línea recta. Le parecía que su compañera dudaba sobre si debía continuar o mantener el silencio.

—Sé que eres hermana de Zarina.

Los pensamientos de Nereida se apelotonaron mientras se esforzaba por buscar alguna mentira fácil que la hiciera salir del azoramiento que acababa de producirle la franqueza de Grace.

—Sé que eres la hermana de la emperatriz, me lo dijo Hadi la noche de la fiesta —repitió Grace—. Lo que no sé es por qué no lo has mencionado nunca.

Nereida se quedó sin aire. Ese maldito cobarde le había revelado la verdad; pero no entendía las razones que lo habían empujado a hacerlo. ¿Tanto la odiaba? Nunca había escondido su desprecio hacia ella, pero aquello también podía salpicar a Zarina. ¿Ni siquiera la respetaba a ella? Con Hadi todo implicaba dobles intenciones, eso lo sabía bien.

—Te lo ha dicho para que tuvieses dudas sobre mí, sobre mi participación en la Cacería —replicó, con una seguridad inesperada, y la sangre bombeó con violencia en sus venas de nuevo—. No tenía ningún derecho.

Notaba la respiración acelerada, el pulso frenético en sus venas. No porque se avergonzara, sino porque le dolía que un hombre como Hadi empuñase sus secretos y que ni siquiera ella supiese qué lo motivaba a ello.

—Pero me dijo la verdad, al contrario que tú. Este no es el tipo de cosas que se pueden pasar por alto, Nereida. Me merecía que me lo dijeras.

Grace se mostraba indignada, Nereida lo veía en el mohín de sus labios, en la tensión de sus manos. Sabía que lo que dijese a continuación serviría de poco. Grace estaba convencida de que ella se había guardado el secreto por alguna razón.

En silencio, se aproximó un poco más a Grace, que no se inmutó ante su repentina cercanía. No había espacio para las mentiras, ya no, así que dejó que sus piernas rozaran las de Grace y tuvo la sensación de desprenderse de una parte de su identidad. Aunque el fuego crepitaba delante de sus narices, sintió frío. Llevaba casi toda la vida intentando que nadie la relacionase con Zarina, que nadie pudiese asumir que tenía las cosas más fáciles por la sangre que corría por sus venas.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué no te ofreció ser su campeona? Habría sido más fácil para ti que recurrir a dos chicas del tercer anillo —insistió Grace.

Nereida no podía quitarle la razón en ello, pero tampoco podía confesarle que su hermana jamás la reconocería y mucho menos le ofrecería ser su campeona. De repente, aquella verdad escoció su orgullo e, incómoda, se pasó una mano por el rostro.

—Porque ser la hermana bastarda de la emperatriz no cambia nada —replicó, y cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, Grace continuaba observándola con suspicacia—. Mi hermana no quería que participara. Además… —Tomó aire y rebuscó las palabras con

cuidado—. Siempre he sido… esto. Una asesina que trabaja más horas de las que debería y en la que nadie quiere confiar.

El calor se fue extendiendo por su garganta.

—Sí, de eso último me di cuenta en el baile —admitió Grace, poniéndose en pie con gesto decidido—. Somos un equipo, Nereida. Creo que un secreto como este debería haber salido a la luz antes de embarcarnos juntas en esto. —Grace negó con la cabeza—. Aunque claro, tú solo nos estás utilizando para participar en la Cacería.

La acusación fue como una puñalada. Una verdad que no podía esquivar.

—¿Y tú no? —replicó Nereida un poco indignada. Nunca había prometido una amistad sincera a Grace; solo eran compañeras y aquello no era más que una alianza—. Tú también me has utilizado para participar, necesitabas las credenciales, necesitabas las armas.

Enseguida se arrepintió de haber hablado. Sus palabras la hirieron. Lo supo cuando los ojos de Grace la fulminaron y un velo de arrogancia cubrió su rostro.

—Yo veo a las personas como lo que son, personas —espetó, como un dardo venenoso—, no peones en un tablero que puedes mover a tu antojo. Puedes montar guardia si te place; me voy a dormir.

Grace le dio la espalda, furiosa, y se adentró en el fuerte sin añadir nada más. Era evidente que la sinceridad era un aspecto primordial de su vida, y Nereida estaba demasiado acostumbrada a mentir. No es que le gustase, pero tampoco podía ir por la vida como la hermana bastarda de Zarina. Aquello no formaba parte de su identidad, no la definía.

Ahogó una maldición. Las relaciones interpersonales se le resistían, y esa era una de las tantas razones por las que jamás insistió en volver a ver a Grace. No sabía entregarse por completo, no sabía recibir y entregar lo mismo a cambio.

No. Nereida era una asesina que vivía por y para su trabajo.

CAPÍTULO 22

GRACE

A última hora de la tarde, Grace estaba comprobando los paneles solares que alimentaban las luces que había instalado el primer día. El día anterior uno de ellos había fallado y se habían quedado sin iluminación antes del alba. Apretó el destornillador y, tras unos segundos terriblemente largos, escuchó el chasquido satisfactorio de su éxito.

—Ya está —dijo, haciendo que Imora dibujara una sonrisa que acentuó la cicatriz curva de su mejilla izquierda—. Esta noche tendremos luz.

Después de casi cuatro días en aquella espesura incierta, le resultaba agradable saber que no estaba sometida a la absoluta oscuridad de la noche.

Suspiró y se frotó las sienes aliviando temporalmente el dolor de cabeza que la asediaba esa tarde. Llevaban allí cuatro días, suficientes para asumir que los alphas no eran los únicos con los que debían tener cuidado. La noche anterior, mientras ella montaba guardia, había escuchado un par de ruidos secos que la impulsaron a separarse del fuego para echar una ojeada a la parte trasera del fuerte. Cuando volvió, se encontró ante el absurdo panorama de que les habían apagado el fuego. Además, habían desaparecido cinco cuchillos cortos, lo que acabó con la apacibilidad de Nereida. Desde entonces, sus respuestas habían consistido en monosílabos y Grace no sabía si era por el robo, por la muerte de Lila o por su torpeza al pedirle —más bien exigirle— una explicación sobre su familia.

—Deberías descansar un poco —apuntó Imora, arrodillada junto al fuego, arrojando yesca para alimentarlo. Llevaba el traje abierto y el pelo rosa recogido en dos coletas en lo alto de la cabeza—. ¿Has visto a Nereida?

—No —respondió Grace, haciendo un mohín involuntario con los labios—. Se ha ido a buscar rastros hace un par de horas y aún no ha vuelto.

Imora asintió en silencio y revisó su pulsera holográfica para consultar la hora.

—Tal vez, y digo solo tal vez, estaría bien que fueses a buscarla e hicierais las paces.

Una sombra de aflicción se deslizó por su rostro y Grace atisbó un destello de la preocupación que Imora sentía. A su amiga no le había sentado mal el secreto de Nereida; de hecho, ni siquiera se había mostrado sorprendida cuando Grace se lo contó.

En el fondo, Grace sabía que su exigencia no era justa. Quizá resultaba un tanto hipócrita de su parte, pero, desde que Hadi le había hablado en el baile, una duda se mantenía a flote entre sus pensamientos. No podía confiar en la asesina y ese día aquel hombre se lo recordó.

—No voy a pedirle disculpas —gruñó, y esquivó la súplica en los ojos de Imora—. No me gusta la gente que miente.

—Somos un equipo, Grace. —Imora la examinó—. Esta situación te está consumiendo y no puedes permitirte estar distraída. Además, para ser justas, tú tampoco le has dicho toda la verdad.

Grace refunfuñó descontenta e hizo una pausa momentánea. Las palabras de Imora no eran una acusación, pero ella percibió la culpa que la acorralaba al darse cuenta de que tenía razón.

—Lo siento. Creo que me estoy dejando dominar por los nervios —confesó. Imora la miró un momento, se frotó los dedos vendados y siguió avivando el fuego.

Lo cierto era que Grace estaba agotada de fingir; mantener una fachada le mermaba las fuerzas. No podía centrar sus pensamientos en Nereida y sus secretos, no podía seguir dudando de aquella

manera. Mucho menos cuando intuía que algo raro pasaba en el bosque. La muerte de Lila era una clara señal de ello. Y lo peor era que ni siquiera estaba más cerca de su objetivo de acercarse a la sede de Sisne.

—Todas estamos de los nervios —dijo Imora—, así que vamos a fingir que lo que pasa se debe a la ansiedad que nos está machacando y no a que vosotras dos tenéis asuntos pendientes. Creo que en el fondo te molesta tanto que te ocultara algo así porque te gusta.

Aquella afirmación dejó perpleja a Grace, que no pudo más que abrir la boca y refunfuñar.

—Pero… ¿qué dices?

Su reacción demasiado exagerada hizo que una sonrisa se deslizara en los labios de su amiga. Imora cruzó los brazos sobre el pecho y se encogió de hombros.

—Venga, habla con ella —la animó, señalando hacia los árboles, como si supiera por dónde se había ido la asesina—. Se está dejando llevar demasiado por sus obsesiones y le vendrá bien saber que no tiene que ponerse al límite ni forzarse a dar todo de sí misma.

Grace se mordió el labio, pensativa, y, tras un minuto de reflexión, acabó por asentir a regañadientes. Tras secarse las manos sudadas con la tela del traje, se levantó y se aventuró hacia la maleza a su izquierda. Allí, los árboles perdían frondosidad y las flores rojas y violetas reclamaban un terreno en el que se podían intuir las huellas de pequeños alphas.

De un modo inquietante, Grace encontraba belleza en lo que tenía ante sus ojos. No en el miedo inherente a lo que aguardaba entre los pinos ni en las pesadillas que la increpaban por las noches frías, sino en el silencio que se extendía por el bosque, en las sombras que se perdían hacia el norte y las flores coloridas que nacían sobre la colina creando una alfombra de terciopelo. Estaba convencida de que ni la mejor cámara de fotografía podría captar aquella biodiversidad con absoluta fidelidad.

Se dirigió hacia el riachuelo en el que Nereida había ido a buscar rastros y probablemente, aunque no lo había dicho, a poner alguna que otra trampa, como había hecho en los alrededores del fuerte. Después del robo de los cuchillos, la asesina estaba más nerviosa y consideraba que cualquier medida era poca. Esperaba que sus habilidades pudiesen alertarlas de la presencia de desconocidos. Estaba obsesionada con la idea de anticiparse a cualquier peligro, y ni sus compañeras eran capaces de hacerla cambiar de parecer. En realidad, Grace tampoco se esforzaba demasiado por decirle que su paranoia rayaba lo extraño, estaba concentrada en buscar alguna excusa que le permitiese quedarse sola para concretar su verdadero encargo.

La tarde anterior se había dedicado a recorrer la zona norte del bosque y atisbó una arboleda menos espesa en la que vio una cerca baja. Al consultar el mapa, le pareció que estaba muy próxima de la sede enterrada de Sisne, pero no se atrevió a cruzar el límite por miedo a que Imora o Nereida decidieran ir a buscarla, y también porque cerca del camino de piedras había visto unos tentáculos gruesos que no podían pertenecer a otro alpha que no fuera un devastador, una criatura con la que preferirías no toparte ni en tus peores pesadillas.

Hizo una pausa en el camino y notó un tirón suave en su estómago al pensar que más pronto que tarde tendría que cumplir con Mira. Si se retrasaba demasiado, cabía la posibilidad de que otro de los competidores cazara al alpha y la ciudad hiciera sonar las alarmas, lo que las obligaría a salir del bosque. No le entusiasmaba que eso pasara sin que ella hubiera conseguido los registros.

Tras un rato caminando, encontró a Nereida agazapada sobre un montículo de tierra. La asesina se fijó en ella al instante, se incorporó y, con el ceño fruncido, le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Grace miró la tierra bajo sus pies y luego al cielo despejado antes de reunir el valor necesario para responderle:

—Buscarte. —Sus pies la obligaron a acercarse y le pareció extraño tener que levantar el rostro para encontrarse con los ojos azules de Nereida—. Llevas mucho rato fuera. —Sacó una barrita de proteína del bolsillo; Nereida dudó un segundo antes de aceptarla—. ¿Has encontrado algo?

—Esta mañana vi a una manada de perromorfos a poco menos de un kilómetro del fuerte. Creo que también he encontrado la fortaleza en la que están Siri y sus compañeros; mañana rondaré las inmediaciones para echar un vistazo más de cerca. —Su voz titubeó un instante y luego añadió—: No tengo nada que nos acerque al rastro del alpha dominus, pero apuesto a que se encuentra más hacia el oeste, quizá. He visto que algunos alphas huyen de allí y creo que el equipo de Zia y Sura estaba rastreando un camino que se dirige hacia esa zona.

—Imora dice que encontró cinco ratas aulladoras muertas a tres kilómetros de aquí —apuntó ella—. También dos zancudos.

—Es un depredador de gran tamaño, pero no estoy convencida de que sea el responsable de esos ataques —continuó Nereida, relajando los hombros—. Bien podría ser un tigre escorpión o un simio rojo.

El corazón de Grace se aceleró, algo en la postura de Nereida le hizo darse cuenta de lo bien preparada que estaba para aquella situación. La facilidad con la que sus piernas se movían por el terreno irregular, sus ojos rastreando la zona y fijándose en detalles que a ella se le pasaban por alto. Era talentosa a unos niveles que Grace jamás habría imaginado.

—¿Y sabes algo sobre Lucrecio? —preguntó con la intención de desviar sus pensamientos lejos de las actitudes de Nereida.

Además, resultaba preocupante no tener ningún indicio de si el compañero de Lila se encontraba con vida o no. La pregunta sobresaltó a Nereida, que se dio media vuelta para responder:

—No, la verdad es que no tengo ni idea de dónde está —admitió irguiendo la espalda y paseando la vista por los árboles a su izquierda—. Supongo que también se habrá alejado hacia el norte.

Grace lanzó un suspiro resignado y asintió sin dejar de pensar en el asunto.

—Creo que las trampas nos ayudarán a detectar si alguien se acerca. No quiero más sorpresas.

Los ojos de Nereida la estudiaron durante un largo silencio mientras sus dedos cubiertos de anillos jugueteaban con uno de los cuchillos cortos. Grace observó sus movimientos, casi sin aliento, con el orgullo derritiéndosele en el pecho y la necesidad de decirle que no la culpaba por guardarse sus secretos. Nereida llevaba el pelo largo trenzado y, pese al cansancio, parecía tan imperturbable como Grace la recordaba en la ciudad. Se veía regia bajo la luz del sol, con aquellos ojos llenos de secretos y esa boca propensa a las mentiras.

En silencio, Grace bajó los ojos y se esforzó por encontrar las palabras que diría a continuación. El pulso se le aceleró. Se podía apreciar que quería decir algo, pero estaba dudando sobre cómo hacerlo, en el movimiento de su bota sobre la tierra y en el balanceo de su cuerpo.

—Yo… quería decirte que no te culpo por no contarnos lo de tu hermana. —Las palabras le salieron atropelladas, demasiado rápidas—. Lo he hablado con Imora y creo que tienes razón: es tu vida y tú decides qué contarnos. Hadi no tenía derecho a quitarte la posibilidad de contárnoslo tú misma. Somos compañeras, pero no necesitamos ser amigas o confidentes.

Decía la verdad por mucho que esta le escociese. En cuanto saliesen del bosque, cada una recuperaría su vida: Nereida con los asesinos, Grace con su familia. Probablemente Nereida se alejaría de nuevo y sería como si aquellos momentos nunca hubiesen existido.

Aquel pensamiento la asaltó sin razón alguna y apenas se dio cuenta de que su compañera la miraba con extrañeza. Entonces Nereida ladeó el rostro y se sacudió las manos contra el pantalón mientras dejaba que el silencio se extendiera entre ellas. Grace esperaba que la asesina soltase alguna frase cargada con su habitual desdén y pusiese los ojos en blanco. Lo que no esperaba era verla titubear. Fue un movimiento sutil y apenas perceptible, pero lo notó.

En ese momento, un crujido les llenó los oídos e hizo que el cuerpo de Nereida se tensara como una cuerda. Se movió con rapidez y sujetó el brazo de Grace. Un pequeño jadeo escapó de su boca al empujarla contra el tronco del sauce a su izquierda. De pronto, a Grace se le subió el corazón a la garganta. Las manos de Nereida la presionaron con fuerza y sintió que le vacilaban las piernas mientras un escalofrío le recorría la columna como una señal de advertencia.

Con el corazón retumbando contra las costillas, Grace escrutó los árboles, la tierra húmeda y los helechos buscando algo inusual dentro de aquel paraje, pero no vio nada. Nereida no se relajó ni aflojó la presión sobre su hombro hasta pasado un largo minuto, y, cuando lo hizo, la ausencia del cuerpo de la asesina dejó un leve hormigueo sobre la piel de Grace.

Estaba a punto de decirle algo cuando Nereida le puso una mano en la boca y la apretó de nuevo contra un árbol.

—Es un picopunzante —susurró contra su oreja. Estaban tan cerca, a solo un palmo de distancia, que podía sentir su respiración.

Grace asintió y notó cómo las manos de Nereida se retiraban, liberándola, y se acercaban a los dos cuchillos arrojadizos que colgaban de su cinturón.

La asesina se pasó la lengua por los labios y, sin decirle nada, pegó la espalda al árbol apretando el cuchillo en la mano izquierda. Fue entonces cuando Grace lo vio. Estaba allí, entre los helechos, a solo unos pasos. El alpha roía un trozo de carne con cuidado, ajeno a ellas, y Grace no pudo más que admirar a aquella criatura. Su piel estaba recubierta por plumas rojas y negras, su pico curvado alcanzaba el suelo y su cuerpo era tan grande que parecía imposible que sus patas delgaduchas pudieran con su peso o que sus alas sustentaran su vuelo.

—No te muevas.

—Espera —exclamó Grace, y el sonido de su voz hizo que el picopunzante alzara la cabeza alargada y levantara el enorme pico naranja antes de huir, aterrorizado.

Tragó saliva al percibir la mirada de pura frustración de Nereida. Tenía la mano izquierda en alto, con un cuchillo a punto de ser arrojado.

—¿Por qué has hecho eso? —le recriminó la asesina.

Grace dejó abierta la puerta a su indignación.

—¿Por qué querías atacarlo? ¿Qué sentido tiene?

Nereida dio un paso hacia ella y, de repente, Grace pudo ver las diferencias que las separaban. Ella siempre dispuesta a pensar antes de actuar, Nereida preparada para matar.

—Es un alpha; es peligroso que lo dejemos rondando tan cerca del fuerte.

Una queja le rasgó las cuerdas vocales; para controlarla, Grace se mordió el labio de abajo mientras fulminaba con la mirada a la asesina.

—Ha huido en cuanto me ha escuchado —soltó, levantando las manos por encima de la cabeza—. ¡¿Cómo lo haces con tanta facilidad?!

—¿El qué? —replicó esta con dejadez. Se dio media vuelta y se internó en el camino de regreso al fuerte.

Grace notó que las piernas le pesaban cuando fue tras ella.

—Estar dispuesta a matar, desenfundar los cuchillos o el bláster con tanta seguridad.

Nereida se detuvo y se giró para mirar a la chatarrera. Una sombra de oscuridad aleteó en sus ojos.

—Soy una asesina —le recordó sin emoción alguna en la voz—. Da igual si es un alpha o una persona. Si hay un peligro al acecho, no me detengo a pensarlo; simplemente, actúo.

Nereida dio un paso atrás y la distancia entre las dos se volvió dolorosa. Grace se cruzó de brazos y levantó el mentón. A veces le daba la sensación de que, cuando se acercaba, Nereida marcaba la distancia, como si no quisiese forjar ningún vínculo con ella. Pero hacía unos minutos, creía haber visto algo más allá de esa actitud.

—Eso no es verdad, Nereida —dijo Grace, mirándola a los ojos. Había pronunciado su nombre con rabia, como si con ese tono

agudo pudiese herirla—. Puedo ver a través de ti y sé que no eres solo lo que muestras a los demás. No tienes que estar alerta siempre, no necesitas estar luchando en todo momento.

—Estamos en el bosque, Grace —soltó—. Te estoy protegiendo. Soy una asesina y mi cerebro está preparado para detectar cualquier riesgo.

—No es verdad.

Había una nota de desprecio en su voz que no tenía nada que ver con Nereida, o puede que quizá sí, pero una parte de ella la hacía cuestionarse hasta qué punto la Hermandad cambiaba a quienes trabajaban para ellos, hasta qué punto los hacían sentirse máquinas y los liberaban de lo que sentían. La incomodaba de alguna forma la actitud de la asesina, la manera en la que recurría a las armas.

De repente, se dio cuenta de que Nereida parecía enfadada. Grace veía las dudas en su rostro. Incluso creía haberla visto aferrarse a ese lado humano que a veces incluso despreciaba en sí misma.

—No eres solo una asesina.

Nereida sacudió el rostro y un mechón rubio le cayó sobre la frente sudada. Parecía confundida, como si algo dentro de ella estuviese luchando.

—Tienes razón, también soy una bastarda.

—Nereida —soltó de repente—. ¿De verdad quieres que sigamos así? —La asesina no respondió, ni siquiera la miró—. La otra noche me dijiste algo que me ha hecho pensar, entendí que guardas ciertas cosas porque no quieres que otros te etiqueten, no lo hagas tú misma —repuso Grace, levantando el mentón, y una sonrisa amable se deslizó en sus labios. De repente, entendía que Nereida era incapaz de verse a sí misma como ella lo hacía. Era incapaz de darse cuenta de que vivía alerta, incluso en momentos como aquel en el que lo más peligroso que encontraría eran las palabras de Grace—. Estás tan encerrada en ti misma que no puedes verte como lo hacemos los demás.

Nereida bajó la guardia y algo en su pecho se recompuso.

—Puede que… tengas razón. —Las palabras parecieron resistírsele en los labios una milésima de segundo, como si le costase llegar a esa conclusión, como si le doliese decirlo en voz alta—. Quizá sí hay una parte de mí que quiero mantener escondida.

—Conmigo no necesitas máscaras. No tienes que fingir. De hecho, te pido que no lo hagas.

A pesar de sus palabras, a pesar de que estaban cerca, Grace veía las dudas en el rostro de Nereida. En los labios rígidos, en la tensión mal disimulada. Y aunque le parecía que no se lo terminaba de creer del todo, al final Nereida expulsó el aire con fuerza y asintió. No era un gesto de derrota; al contrario, había aceptación en sus ojos azules, en los labios que intentaban sonreír para ella.

Grace apreció esa sensación y se la guardó en el pecho. Entonces, alargó una mano hacia ella.

—¿Una tregua?

La asesina se la quedó mirando, como si no se creyera del todo lo que le estaba ofreciendo. Pero, tras un largo momento, se la estrechó.

—Una tregua.

CAPÍTULO 23

NEREIDA

El abismo que la separaba de Grace había disminuido su tamaño y ahora notaba una sensación cálida cada vez que se miraban. La conversación del día anterior había ayudado a liberar un poco la tensión entre ambas.

No le pasaba desapercibido que Grace tenía una capacidad increíble para leer a las personas, como si pudiese ver a través de ellas. De hecho, aunque Nereida estaba bastante convencida de que la muralla que retenía sus emociones era estable, la chatarrera había sido capaz de ver entre sus grietas, había atisbado aquellos retazos de su alma que intentaba mantener en los lugares más oscuros. Le parecía que Grace se había mostrado recelosa por miedo a su profesión porque estaba convencida de que, para estar cerca de las personas, necesitaba confiar en ellas. Pero ahora entendía que había algo más, que sus roces en el bosque se debían a las dudas que Hadi había sembrado en ella.

De pie, frente a la empinada colina, Nereida se apresuró a seguir el paso animado que mantenían Grace e Imora unos metros por delante de ella. A la izquierda se alzaba un pequeño edificio de dos alturas. La estructura se encontraba en ruinas y no quedaban más que los restos de lo que un día fueron las paredes. Las vigas habían cedido bajo el peso de los bloques sostenidos a duras penas por cuatro columnas delgadas.

La noche anterior había encontrado un rastro. Dado que no era prudente seguirlo de madrugada, no había tenido más remedio que

esperar, pero en cuanto el sol empezó a ascender, despertó a sus compañeras y las obligó a recorrer una ladera empinada para poder explorarlo. Tenía una ligera sospecha de que las huellas que había visto a varios kilómetros del fuerte pertenecían al alpha dominus. Además, era demasiado consciente de la extensión del bosque, y aunque había peinado la zona del sur a conciencia, creía que aquel rastro era suficientemente importante como para seguirlo hacia el este.

Mientras avanzaban, vieron a lo lejos una manada de simios rojos. Las bestias eran de un tamaño asombroso y de naturaleza violenta y territorial. Vivían en grupos y cazaban juntos por zonas en las que las grandes arboledas daban refugio a otros depredadores de mayor tamaño, por lo que Nereida no dudó en alejarse a toda prisa en cuanto los vio.

—Parece que en esa ladera no hay ningún otro participante —murmuró Imora en cuanto llegaron a la cima de la colina. El sol, que se derramaba sobre sus cabezas, hacía que los ojos de la chica brillaran y arrojaba destellos dorados en la hierba alta—. Y no creo que el alpha dominus esté tan cerca.

Nereida le dio la razón.

—Mañana podemos aproximarnos dos kilómetros por este camino —dijo Grace, señalando el mapa en su pulsera holográfica.

Allí no había ningún rastro humano, por lo que Nereida creía que los demás competidores se mantenían bastante al este. Podían acercarse un poco más.

—O podemos seguir un poco más y hacer esos dos kilómetros hoy —propuso Nereida señalando algunas huellas en el barro.

—Deberíamos descansar —le recordó Grace—. Apenas hemos parado en todo el día.

Nereida se aproximó en silencio al arroyo que se extendía junto a dos arces para lavarse las manos. Era consciente de la calma tensa que se respiraba en el bosque, del suave murmullo del agua, del eco mudo de sus pensamientos. Por enésima vez ese día, se obligó a no buscar posibles teorías referentes a lo que había pasado con

Valentino y con Lila. Pero ¿a quién pretendía engañar? Lo cierto era que, por mucho que lo intentase, no podía dejar de pensar en ellos; las imágenes de la chica muerta se repetían una y otra vez en su memoria. Incluso era capaz de ver los ojos de Valentino como una sombra al acecho dentro de sus pesadillas.

Se sacudió las manos mojadas y volvió a girarse hacia el claro en el que habían decidido hacer una pausa y en el que se encontraban sus compañeras.

—¿Podemos descansar un poco más? —preguntó Imora mientras se recostaba sobre la mochila con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el vientre—. Los cólicos menstruales me están matando. Dejad que me tumbe un rato. Creo que es lo mínimo, ya que no puedo comer algo de verdad, y no os atreváis a decir lo contrario, porque los trozos de carne sintética y la proteína deshidratada que tenemos no se merecen ser considerados comida. Ojalá tuviera una barra de chocolate aquí…

Nereida enderezó la espalda cuando un sutil chapoteo llamó su atención. Después, oyó un zumbido. Atraída por esto, se inclinó de nuevo hacia el agua y se concentró en el sonido del arroyo.

—¿Nereida? ¿Me estás escuchando?

—No —respondió a Imora, tamborileando los dedos sobre el cuchillo curvo que colgaba de su cinturón. La chica levantó la cabeza con el ceño fruncido.

—Deberías dejar de hacer eso —dijo Grace al ver que Nereida desenfundaba uno de los cuchillos—. Deberíamos ir…

Antes de que acabase la frase, cuatro garras enormes emergieron del arroyo e impactaron en el pecho de Nereida. Una criatura oscura y alargada se abalanzó sobre el claro soltando un rugido gutural que sacudió los nervios de la asesina. Sin pensarlo, se levantó, un poco aturdida, y Grace hizo lo propio mientras Imora se deshacía de la mochila.

—¡¡Salid de aquí!! —gritó Nereida en cuanto dos criaturas más emergieron del agua, haciendo que su determinación se tambaleara—. ¡¡Rápido!!

Al verlos, Nereida comprendió que eran vigilantes, un tipo de alpha que se caracterizaba por su cuerpo musculoso cubierto por escamas oscuras y duras. El corazón le dio un salto en el pecho al contemplar la cabeza ancha y aplanada, las fauces repletas de dientes cónicos diseñados para atrapar presas, para desgarrar. Sus dedos corrieron hasta el bláster que guardaba en el cinturón, pero, antes de que pudiese moverse, el arma se le resbaló de las manos. Nereida soltó una maldición cuando uno de los reptiles le golpeó la pierna con su cola alargada y repleta de púas, y se movió hacia un lado al ver que la criatura se acercaba. Después, el alpha enroscó la cola alargada en el tobillo de la chica, quien cayó sobre su pecho con un ruido sordo.

Tras el desconcierto inicial, Nereida se concentró en el movimiento de sus manos, que en ese momento luchaban por alcanzar un arma mientras el alpha tiraba de su pierna con la boca y la arrastraba hacia el arroyo. Tras varios intentos y mucho forcejeo, alcanzó el cuchillo que llevaba en su bota y consiguió clavarlo en el lomo del vigilante, que se contrajo al instante, soltando su agarre.

Mientras tanto, Imora saltó sobre otro de los vigilantes y le rajó la garganta con el cuchillo alargado que sostenía en la mano. Luego cogió un cuchillo arrojadizo y lo clavó en el ojo del alpha que se acercaba hasta Grace. La chatarrera se agachó y rodó por la tierra, al tiempo que Imora volvía a la carga. Sus dedos largos agarraron otro de los cuchillos y, con sorprendente agilidad, lo arrojó a la cabeza del tercer vigilante que acababa de salir del agua. Este se impulsó sobre las patas traseras, todo furia y rabia. Mientras la sangre le caía sobre las fauces abiertas, Imora le lanzó un segundo cuchillo que se le clavó en el cuello. Por fin, el vigilante se desplomó en el agua.

Nereida no tuvo tiempo de celebrar el éxito de su compañera, ya que, justo en ese momento, Grace, que estaba demasiado cerca del arroyo, gritó. Nereida contuvo la respiración y maldijo. Con un movimiento rápido, la apartó de un empujón antes de que el otro alpha se abalanzase sobre ella. ¿Estaba intentando proteger a Grace

por encima de su propio instinto de supervivencia? La criatura se acercó a gran velocidad, lo que hizo que Nereida retrocediera un poco. La asesina se fijó en sus ojos rojos, que estaban enmarcados por una docena de escamas que sobresalían como tímidas pestañas, y adivinó una inteligencia que hasta entonces no había apreciado en los otros alphas.

—Bajo el cuello tiene una membrana rugosa que no está rodeada de escamas —apremió Grace.

Nereida no se lo pensó, aunque tuvo que hacer uso de toda su voluntad para subirse a lomos de la criatura. Con las manos temblorosas, rodeó aquel cuello baboso y tanteó en busca de lo que su compañera le había indicado. Le llevó unos segundos encontrar la membrana: era espesa, rugosa y desagradable al tacto. Treinta segundos infinitos, tensos.

—Dispara al otro —le gritó a Grace, cuyas manos temblaban alrededor de su bláster, mientras ella clavaba el cuchillo bajo el cuello del alpha, que lanzó un aullido feroz y se revolvió con más fuerza, arrojándola al barro.

Las patas del alpha cedieron, pero no habían acabado con él. Nereida escuchó un crujido seco antes de sentir el dolor en el brazo. Una de las púas del cuello del alpha se le había enganchado a la piel de la muñeca y la sangre caliente le bajaba por la mano. Se estremeció al ver el borde afilado saliendo de su piel. Mientras intentaba contener el dolor, Imora se impulsó y arrojó otro de los cuchillos al cuello del vigilante, que cayó contra la tierra con un sonido seco.

—¿Estáis bien? —preguntó Imora, jadeando y apoyando la cabeza contra el árbol que tenía a su espalda.

Nereida asintió sin mirarla mientras evaluaba su herida. Después, respiró hondo, colocó los dedos alrededor de la púa y la extrajo. El dolor la sacudió y, por un segundo, fue incapaz de moverse.

—Espera un poco, te ayudo. —Imora cogió la mochila y sacó el botiquín. Con destreza, limpió la herida y la cubrió de un gel analgésico antes de envolverle la muñeca con una venda.

Durante el proceso, Nereida solo apretó los párpados y se mantuvo callada, aguantando el dolor. El ardor remitió un poco dando paso a una ligera sensación de entumecimiento, de calor y frío a la vez.

Aunque acababa de sobrevivir a un ataque, se sentía muy alejada de la emoción y la adrenalina que solían dejarle sus victorias como asesina. Al contrario, se notaba pesada y le picaba la garganta. Además, el olor nauseabundo de la sangre, como a podredumbre, se le había metido en las fosas nasales y todavía no se veía capaz de levantarse del suelo. Sentía los músculos laxos, y los pensamientos se agolpaban dentro de su cabeza.

—¿Agua? —le ofreció Imora.

Nereida aceptó la botella y se mojó los labios en silencio.

Al otro lado del claro, vio a Grace, cuyas manos permanecían estáticas sobre el bláster. Los hombros le temblaban y en la mejilla izquierda comenzaba a asomar un moratón.

—Grace —dijo, pero la chatarrera no se movió.

Los párpados de esta se cerraron y Nereida casi pudo escuchar el latido furioso de su corazón. La asesina se levantó con mucha dificultad y se acercó a ella. Era incapaz de dejarla allí, con el pecho subiendo y bajando.

—Lo has hecho bien —le susurró a Grace en cuanto la alcanzó. Dibujó una media sonrisa que no le iluminó los ojos y a la que la chica no respondió. Todo su cuerpo, tenso, indicaba que podía sufrir un *shock*—. Mírame —le pidió Nereida con voz suave—. Lo has hecho bien, no nos ha pasado nada. Si no nos hubieses dicho lo de la membrana, probablemente no habría podido deshacerme de él.

Nereida lo decía de verdad. Las aptitudes físicas de Grace no eran sobresalientes, pero sus conocimientos las habían ayudado en situaciones complejas, algo que ella valoraba.

Nerviosa, Grace soltó el agarre tenso del bláster y, sin decir nada, cogió la botella de agua que llevaba Nereida en la mano. Bebió y poco a poco recuperó el color habitual de sus mejillas.

—Son bichos duros —reflexionó Imora agachada junto a un alpha para estudiar sus garras.

Nereida se limpió la sangre de las manos contra la ropa y se acercó a Imora para examinar también la anatomía del vigilante. Era impresionante. No solo por el tamaño, la forma del cráneo o la potencia de las fauces. Sino también por aquel color gris verdoso de su piel que resultaba perfecto para camuflarse en las aguas del arroyo.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando una protuberancia que sobresalía de la membrana rugosa bajo el cuello.

Grace, algo más tranquila, arrugó la nariz al ver lo que señalaba e Imora se inclinó con el cuchillo para rasgar la piel fina de la zona. Un líquido espumoso con un potente olor ácido brotó al instante y Nereida contuvo una arcada. Los dedos de Imora rebuscaron en la carne hasta sacar un artefacto circular con una luz roja frontal y una placa de aluminio en perfecto estado.

—Es un disco de control —musitó Grace.

Aquel artefacto poseía el tamaño de su puño y brillaba bajo el tenue resplandor de un sol poniente. Pese a que tenía bordes lisos, la parte inferior estaba tan desgastada que resultaba imposible leer el nombre del fabricante.

—No puede ser —replicó la chatarrera con la voz rasgada y los ojos vidriosos. Cogió el disco, pringándose los dedos con la sustancia viscosa, y lo estudió con atención durante un instante que a Nereida le pareció eterno—. Sé lo que es.

Grace dio un paso atrás con el ceño fruncido y una actitud preocupada en el rostro.

—¿Qué? —preguntó Nereida acercándose a Grace. Tenía el pelo apelmazado por el sudor, salpicado de sangre negra y barro—. ¿Todos los alphas llevan eso?

Por lo que tenía entendido, no era así, pero no podía estar segura.

—Emite señales inalámbricas y debería estar conectado a una matriz, pero nunca había visto algo así salvo… —Se detuvo y sus

ojos nerviosos se fijaron en Imora, y luego en el bosque que las rodeaba—. Salvo en el taller de mis padres.

Nereida no sabía qué tipo de artefacto era, pero le resultaba extraño que emitiese señales dentro de un bosque en el que, supuestamente, los inhibidores las bloqueaban.

—Deberíamos llevárnoslo. Puedo abrirlo y echar un vistazo al interior.

Por la manera en la que Grace lo dijo, Nereida intuyó que intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir. Sabía reconocer las señales de alerta cuando las veía y, aunque Grace intentaba disimular los temblores que le sacudían los brazos, no podía ocultar el miedo en sus ojos.

—¿Estás bien? ¿Segura? —preguntó Nereida al ver las sombras en los ojos de Grace, pero esta se limitó a asentir en silencio.

Imora dio media vuelta y señaló la ladera.

—Vamos, que se hace tarde. No quisiera encontrarme a otro de estos. —Señaló a los vigilantes muertos en la pradera.

Grace asintió y la siguió hasta perderse entre los pinos. Nereida notó las piernas cansadas cuando echó a andar tras ellas. Y lo peor de todo era que todavía no había ningún rastro que las acercase más a su objetivo.

***

Dos días después, Nereida revolvía guisantes en un cazo. Era de las pocas latas que habían llevado y necesitaron un buen suministro de agua para rehidratar su contenido y poder ponerlo a cocer al fuego. La tarde anterior había caído una tormenta torrencial que casi había inundado el fuerte pero que les permitió recoger agua para cocinar y potabilizarla con las pastillas. Por desgracia, la tempestad también había cambiado radicalmente el terreno y había borrado cualquier huella, lo que implicaba mucho trabajo perdido para Nereida, además de un día entero sin avanzar en la búsqueda del rastro del alpha dominus. Una cuestión que la ponía más nerviosa cada día

que pasaba y que le quitaba el sueño por las noches. No podía volver a fallar. Y la perspectiva de perder su oportunidad la hacía permanecer en vela imaginando cómo sería su vida si otro de los competidores finalmente cazaba al alpha.

Nereida no era demasiado buena en nada más. Aunque cuidaba sus cactus y conocía en profundidad detalles de las estrellas, no poseía mayores talentos. Zarina siempre la había considerado una mujer cuya mayor destreza era la dedicación con la que entrenaba cada mañana antes de que el sol despuntase. Corría, levantaba pesas y se dedicaba durante tres o cuatro horas a poner la mente en blanco. Eran los únicos momentos del día en los que conseguía pulsar el interruptor de sus pensamientos. Solo importaban ella y el momento, el esfuerzo.

Por eso, allí en medio de la naturaleza no dejaba de pensar qué le quedaría a alguien como ella si al final no ganaba la Cacería.

«Sin esto no tienes nada», dijo la voz de su conciencia. «Solo serás una mujer llena de cicatrices a la que el mundo verá por sus fracasos. Serás la bastarda que no sirve para nada, como todos dijeron que eras». Un dolor agudo le llenó el pecho. Cerró los dedos alrededor de su garganta y se masajeó la piel tensa como si con ese gesto pudiese borrar lo que sentía. El bombeo de su corazón era tan fuerte que cualquiera podría haberlo confundido con un problema cardiaco; pero ella ya estaba acostumbrada a lidiar con las secuelas de su ansiedad. Además, puestas a ser sinceras, a Nereida le preocupaba más fracasar que morir de un infarto en medio del bosque.

El olor del guiso hizo que el hambre despertara sus sentidos y, casi sin darse cuenta, empezó a retorcer el tenedor con ímpetu deseando saborear aquel mejunje. No era lo peor que había probado ni por asomo; en la Academia de asesinos solían servirle avena aguada de desayuno todos los días. Por eso, con los años, había aprendido a desarrollar un sentido del gusto no demasiado exquisito que se conformaba con nutrir su cuerpo y poco más.

Sus compañeras se amoldaban a la situación pero, aunque intentaban no quejarse demasiado, Nereida atisbaba los restos de comida que dejaban sin tocar. Aquello comprometía su resistencia muscular, por lo que se empecinaba en recordarles lo importante que era ingerir calorías.

—Creo que un día más comiendo esto y voy a querer arrancarme los dientes —musitó Imora, mirando con recelo el plato que Nereida acababa de poner frente a ella.

—Te dije que no le dejaras preparar la comida —le recriminó Grace con actitud burlona.

—Tampoco es que pudiese hacer demasiado con lo que tenemos —rebatió la asesina.

Imora apartó el plato a medio terminar y Grace la imitó. Después, la chatarrera guardó el disco de control que examinaba cada vez que paraban en algún sitio, se puso en pie y se colgó la mochila en los hombros. Nereida terminó su comida apresuradamente y, con un gesto de agotamiento, las siguió por el sendero que la noche anterior habían marcado en el mapa. Cada vez que creía haber dado con un rastro, este desaparecía de forma repentina. Como si el alpha dominus se estuviese riendo de ellas, como si fuese capaz de ocultarse con absoluta facilidad de ellas. Por eso estaba convencida de que era el momento de acercarse al norte. Allí la conífera podía brindar seguridad a un alpha tan grande, por lo que era posible que este fuese el territorio por el que se movía. Aquello explicaría la facilidad del alpha dominus para no ser detectado, la razón por la que las huellas se perdían. Aunque había perdido el rastro, sus avances la acercaban hacia esa zona, y esperaba un avistamiento pronto.

Caminó junto a Grace, que permanecía taciturna, y se fijó en las ojeras bajo sus ojos.

—¿Algún avance con el disco? —preguntó Nereida mientras caminaba al lado de Grace.

—Nada, de momento —respondió la chatarrera. Su rostro parecía contraído por una angustia que Nereida creía conocer y que parecía

consumirla cada noche que pasaba sin respuestas—. Es como si fuese imposible acceder a las entrañas del disco; todavía no tengo ni idea de si ejerce algún tipo de control o si solo se trata de un simple rastreador.

—No creo que sea un rastreador, suelen ser dispositivos pequeños.

Por la sombra en el rostro de Grace, adivinó que compartían el mismo pensamiento.

—Exacto. —La chatarrera suspiró y se frotó los ojos, mientras ambas seguían la marcha que marcaba Imora—. Además, si fuera un rastreador, lo habrían injertado hace más de setenta años y… el dispositivo no es tan antiguo.

Aquello fue como un puñetazo. Grace se detuvo y miró a Nereida con un mohín en los labios; sus ojos estaban llenos del mismo desconcierto que la invadía a ella.

—Conseguirás abrirlo.

—Eso espero —admitió—. Me preocupa que sigamos sin una perspectiva en claro de dónde podría estar el alpha dominus.

Grace parecía pensativa, con los ojos mirando al horizonte y los labios apretados.

—No hagas eso —dijo Nereida de pronto.

—¿El qué?

Esta vez, Nereida puso los ojos en blanco.

—Eso, quedarte pensativa, dejar que las dudas te bloqueen. —Sus palabras hicieron que Grace esbozara una media sonrisa—. Es pronto para tener un rastro en firme, pero al menos ya sabemos en qué zonas no está. Yo me encargaré de eso, tú sigue trabajando, y si consigues abrir el disco, dímelo de inmediato. Hay algo en eso que me da muy mala espina.

Grace la miró e intentó sonar relajada:

—Cuando lo abra podré mirar la fecha de fabricación, pero puedo asegurarte que no lo colocó ahí Sisne cuando creó a los alphas, y tampoco un participante de la última Cacería. Lo que me preocupa es que no es la primera vez que veo uno de estos. De hecho, es muy

parecido a uno en el que mi madre estuvo trabajando hace un par de años, por eso me pareció familiar cuando lo vi.

La voz se le quedó colgando, con una nota cargada de miedo. Nereida asintió y, de repente, captó algo que Grace había dicho y en lo que no había reparado en un principio.

—¿El taller de tu padre?

—Sí —admitió la chatarrera con un ligero rubor justo en el instante en el que alcanzaban a Imora—. Mi padre y mi madre tenían un taller en el tercer anillo. —La voz le tembló—. Él… desapareció el día de la Feria, igual que mi hermana. Se llama Ellis… Espero poder encontrarlo en cuanto salga de aquí.

Los engranajes de la mente de Nereida entrechocaron de forma violenta cuando recordó al hombre de la silla gravitatoria, su última misión como asesina. Era el padre de Grace, y ella se lo había entregado a la Hermandad.

«Mierda, mierda», pensó, asqueada consigo misma.

—Nereida —llamó Imora, pero ella estaba rígida, anclada a mitad del camino, con sus pulsaciones subiendo violentamente.

—¿Estás bien?

No lo estaba. Un nudo tenso le apretaba la garganta y la sangre le bombeaba con tal violencia que apenas podía escuchar algo además de su propia respiración.

—¿Nereida?

Se oyó un ruido seco en algún rincón del bosque y Grace levantó los ojos y miró hacia los árboles que las rodeaban.

—¿Qué huele así? —inquirió.

Nereida ladeó el rostro, confusa, y volvió en sí. Olfateó el aire, que estaba impregnado de un aroma rancio, ácido y putrefacto.

El bosque se había quedado en silencio a su alrededor, solo podía escuchar el murmullo apagado del agua y el ruido fuerte de la culpa. Imora se acercó con gesto decidido a la ladera en la que descansaban unos montículos de piedras. Grace y Nereida intercambiaron una mirada de precaución antes de seguirla y

estuvieron a punto de chocar contra ella cuando los pies se le quedaron anclados en el suelo.

Nereida se apartó y avanzó con el corazón retumbando contra las costillas. Las hojas esparcidas sobre la tierra estaban salpicadas de sangre y en algunas zonas se alcanzaba a diferenciar restos de pelo que, sin duda alguna, era humano.

—No puede ser —musitó Grace a su espalda al tiempo que un sollozo estrangulado le trepaba por la garganta.

Un jadeo se escapó de los labios de Nereida.

—Déjame pasar —susurró, intentando mantener la mente fría y el control de su cuerpo, como le habían enseñado.

Exhaló un suspiro largo antes de acercarse y ver un brazo desmembrado colgando inerte de una de las ramas de los árboles. Nereida se quedó petrificada por la imagen que tenía ante sus ojos y para la que no podía encontrar una explicación.

—No ha sido un alpha —reflexionó Imora a su lado, y las palabras le temblaron tanto como las manos—. Deberíamos volver a la fortaleza, tenemos que salir de aquí, ¡ya!

La urgencia de su voz golpeó a Nereida, cuyos pies obedecieron sin pensar y se movieron con cuidado de no pisar la sangre ni las huellas. Al otro lado, sin embargo, Grace estaba paralizada. La vio morderse el labio con fuerza y con un dedo señaló el brazo.

—¿Qué cojones está pasando aquí? ¿Qué significa esto?

A pesar del miedo en su rostro, Grace se esforzaba por no gritar, por mantener las piernas rectas y no echar a correr. Nereida no podía negar que cada segundo que pasaban allí dentro las cosas parecían volverse más extrañas.

Fue Imora quien abrió la boca para responderle, pero el gesto se quedó solo en eso; ningún sonido brotó de sus labios.

—Creo que el objetivo de la Cacería ya no es el alpha. —Nereida tragó saliva. Aquello carecía de lógica.

—Pero… —Ahora sí, Imora consiguió convocar las palabras—. ¿De quién son estos restos?

Nereida no respondió, pero lo sabía.

Reconocía el tatuaje que rodeaba la muñeca y ascendía hasta el codo: pertenecía a Lucrecio, el compañero de Lila. «Dos competidores asesinados», comprendió.

—Id a la fortaleza. Yo me voy a quedar a registrar la zona —dijo estoicamente, y vio una protesta en el rostro de Grace—. Puedo hacerlo, idos.

Fue Imora la primera en recuperar el control sobre su cuerpo. Cogió el brazo de Grace y tiró de ella.

—Ten cuidado, Nereida —le advirtió, y ella leyó la preocupación y el cansancio de sus ojos. La chatarrera giró el cuello un par de veces buscando los ojos de Nereida, que asintió con intención de tranquilizarla.

Las vio alejarse y, con el peso de la preocupación, sus dedos se aferraron a la corteza mientras se impulsaba con las piernas para trepar. Asió el brazo desmembrado y lo desencajó de la rama para que cayera al suelo.

Nereida entornó los ojos y oyó una voz en su cabeza que le susurraba que diera marcha atrás. Pero ya era demasiado tarde para eso.

CAPÍTULO 24

GRACE

Grace llegó al fuerte con el aliento entrecortado y una sensación de angustia en las entrañas. El anhelo por salir del bosque, por acabar con aquella delirante sucesión de acontecimientos, la empujó a tomar una decisión desesperada de la que esperaba no arrepentirse. Estaba convencida de que su oportunidad era esa: aprovecharía la ausencia de Nereida para caminar hacia el norte y adentrarse en las ruinas de Sisne, en los ecos de un bosque dormido.

Eran más de las seis de la tarde y necesitaba centrarse en la búsqueda si no quería acabar como Lila o como Lucrecio. Con el miedo en el estómago, se desprendió de la culpa y se convenció a sí misma de que, si quería volver a ver a su hermana, tenía que actuar cuanto antes. No podía seguir buscando al alpha. No podía pasarse los días tras los rastros que Nereida conseguía.

—Espero que Nereida regrese pronto —dijo Imora, echando una mirada curiosa a Grace.

Esta dejó escapar un suspiro profundo e inhaló el aroma a pino que se entremezclaba con el del humo de la hoguera que Imora se esforzaba en avivar.

Entre las dos existía un acuerdo silencioso, uno en el que no hablaban de los muertos, de los horrores que acechaban en las sombras. Grace lo agradecía. No obstante, le parecía que la determinación de Imora se estaba resquebrajando bajo el horror que

acababan de contemplar. Veía claramente cómo mantenía el rostro bajo y escondía de ella sus ojos enrojecidos llenos de lágrimas.

¿Cómo podía sostener el dolor de su amiga? ¿Cómo la había arrastrado hasta ese bosque lleno de horrores?

Las respuestas se le resistían, danzaban en su cabeza y se mezclaban con sus propios miedos y anhelos, con la perspectiva de no salir de allí, de convertirse en una víctima.

—Grace —preguntó su amiga—. ¿Estás bien?

Respiró hondo y, para sorpresa de Imora, dibujó una sonrisa tranquilizadora.

—Nereida sabe lo que hace —indicó Grace, mientras se acercaba a los paneles solares para asegurarse de que estaban lo suficientemente cargados—. No te preocupes por ella. Está mucho más preparada que nosotras, estará bien.

Pero nada más decirlo en voz alta, se dio cuenta de que no estaba convencida de que aquello fuese verdad. Imora frunció el ceño y entornó los ojos hacia ella con suspicacia.

—Nadie que tenga un mínimo de cordura se arrojaría sobre un vigilante de esa manera. —Estiró la mano y sujetó a Grace por el codo para mirarla a los ojos—. Está demasiado ansiosa por encontrar al alpha dominus. Casi no duerme, se pasa el día rastreando el bosque. Grace apartó la mirada, consciente de que a Imora no podía engañarla.

—Fue entrenada, eso lo entiendo —apremió Imora—, pero por mucho que tenga ciertas habilidades, me parece que su instinto la impulsa a actuar antes de pensar.

Grace se encogió ante aquellas palabras y se soltó del agarre de su amiga. Fijó los ojos en su rostro y, por primera vez en varios días, se dio cuenta del aspecto lamentable que ofrecía. El pelo sucio y revuelto le caía sobre la camiseta llena de manchas oscuras. Un par de verdugones le asomaban en los brazos y otro comenzaba a extenderse por su cuello. Parecía frágil, muy diferente a la chica resuelta del tercer anillo a la que estaba acostumbrada a ver, y aquello hizo mella en la voluntad de Grace.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos?

La pregunta hizo que el rostro de Imora se ruborizara repentinamente. Esperaba que aquel cambio de conversación ayudara a desviar la angustia de su amiga.

—Por favor, dime que no te vas a poner sentimental —suplicó, haciendo un gesto con la mano.

—No tenía intención de hacerlo —admitió Grace, escondiendo una media sonrisa—. Pero no tengo esa capacidad fría de Nereida para ignorar la muerte que acecha en el bosque. Quizá por eso estaba pensando en el día que nos hicimos amigas.

La imagen de aquel brazo desmembrado bullía tras sus párpados en cuanto cerraba los ojos, acentuando un miedo cada vez más constante. Imora era su mejor amiga y formaba parte de su familia, un círculo íntimo que había mermado demasiado últimamente. Se habían conocido hacía cinco años en medio de una trifulca en un bar en la que Imora asestó un puñetazo a un hombre de casi dos metros de altura. A Grace, que no le gustaban los conflictos, le resultó increíble aquella fuerza magnética y, casi sin darse cuenta, se metió en el medio de la pelea para ayudar a una desconocida que acabó por convertirse en su mejor amiga.

—Sí, me acuerdo de cómo acabaste con un moratón en el ojo izquierdo.

Imora sonrió, con una emoción en la mirada que Grace no consiguió descifrar. Si era preocupación, no lo dijo.

La chatarrera decidió que no había razón para interpretar aquel silencio. Se sacudió las manos en la ropa y se deshizo de las prendas manchadas para sustituirlas por unos pantalones sueltos y una sudadera ancha que le permitía moverse con mayor soltura.

—Ya casi está lista la comida —le informó Imora al ver que ella parecía dispuesta a salir.

Grace lanzó una mirada al cazo en el que se calentaban aquellos asquerosos guisantes y sacudió la cabeza ahogando una arcada.

—Voy a la letrina y luego a que me dé un poco el aire.

—No deberías ir sola. —La voz de Imora tembló a la vez que sus cejas ascendían—. Al menos, llévate el bláster y uno de los cuchillos de Nereida.

Cogió ambos a regañadientes, a sabiendas de que a la asesina no le haría ninguna gracia que se llevase uno de sus cuchillos. Sin embargo, mientras se alejaba del fuerte, aquella preocupación se deshizo y fue reemplazada por la certeza de que hacía lo correcto. No se sentía cómoda mintiéndole a Imora y dejándola sola, pero lo último que deseaba era ponerla en riesgo. Y la única manera de mantenerla a salvo era cumplir con Mira.

***

Grace pasó de largo por el lugar que habían elegido a modo de letrina y examinó un punto tallado en la madera de uno de los árboles que había marcado la noche anterior. Desde hacía varios días, en cuanto el sol se ponía, ella se alejaba del fuerte con la excusa de un baño rápido y se acercaba a la zona prohibida del bosque.

Parecía que una línea invisible marcaba los límites. No solo por el mapa oficial que tenían todos los competidores y en el que solo podían ver las zonas marcadas como parte del terreno de caza, sino también porque, desde aquel punto, el aire se volvía más espeso y parecía cargado de olor a óxido.

La soledad no le daba miedo, pero no se sentía cómoda en el bosque, y menos en la penumbra del atardecer, sobre todo por los asesinatos que estaban produciéndose.

Grace deambuló durante un par de horas hasta que alcanzó un túnel de musgo formado por gruesas ramas que impedían que la luz se colara en su interior. Hizo una marca en la corteza y, conteniendo el aliento, se atrevió a adentrarse por el pasadizo, que, tal y como descubrió temblando de la emoción, desembocaba en un enorme arco de metal. Al ver esa estructura, Grace tuvo más claro que nunca que estaba violando todas las normas de la Cacería y que,

cuando sus pies se internaran en la vieja zona de Sisne, no habría vuelta atrás.

Se tragó las dudas y, haciendo uso de toda su voluntad, Grace levantó la linterna e iluminó el arco. Tenía unas inscripciones borradas por el óxido que no alcanzó a leer. El corazón se le saltó un latido y aquello le pareció un sueño febril. Al otro lado se extendía una puerta metálica que cerraba el paso.

—Así que esto es la sede de Sisne —murmuró para sí misma.

Comprobó en su pulsera uno de los mapas que le había enviado Mira y confirmó que, efectivamente, acababa de encontrar el lugar del que la mujer de Pegasus le había hablado.

Reprimiendo sus miedos, tiró con fuerza hasta que consiguió mover un poco la puerta de acero.

Nunca habría imaginado descubrir un lugar como aquel.

Era una ciudad entera completamente dormida.

Los restos de una civilización enterrada en el bosque, olvidada. Todo lo que Sisne pretendió llegar a ser y que se quedó en un recuerdo, en un intento.

Apartó aquellos pensamientos y le costó ahogar la emoción que le producía la imagen delante de sus ojos. Grace se llevó una mano a la garganta y flexionó las muñecas como si con el movimiento pudiese comprobar que aquello era real. Estaba a punto de descubrir si las leyendas eran ciertas.

En la penumbra, admiró los edificios de acero que desentonaban con el paraje verde que los rodeaba. Allí el bosque era diferente. La tierra poseía un tono más oscuro y la humedad impregnaba el aire y lo volvía espeso a su alrededor, dejando una fina niebla sobre la maleza. Enormes arces se erigían junto a las estructuras y las ramas se confundían con los tejados negros. A un lado, junto a un precipicio, se extendían un montón de grandes rocas alrededor de edificios metálicos que habían sido consumidos por el óxido.

Se sintió impotente, extraña.

Lo había encontrado. Estaba en el lugar en el que Sisne creó aquel territorio baldío. Como no se fiaba de la palabra de Mira, sacó

un dispositivo de análisis de actividad radioactiva. Era tan pequeño que cabía en la palma de su mano. Poseía una pantalla azulada y una aguja electrónica que rastreaba el espacio al que apuntaba. Grace lo giró oteando la zona mientras el pitido crudo indicaba que no existía el menor peligro.

Frunció el ceño. La empresaria le había dicho la verdad. No quedaban rastros de radiactividad; al menos, no la suficiente como para resultar peligrosa o mortal, que era lo que sostenían desde el Gobierno.

Entonces, ¿por qué no querían que nadie se acercara allí?

Grace arrugó la nariz y avanzó. Varias ramitas crujieron bajo sus pies y sus dedos vacilaron un poco antes de coger la linterna e iluminar a su alrededor. El miedo se cernió sobre sus muñecas como unos grilletes que se volvían más pesados conforme se adentraba en aquel mundo de sombras.

La fuerza con la que había empezado aquella aventura osciló hasta apagarse por completo. Grace quedó a merced de los nervios y, bajo la oscuridad de la noche, se preguntó cómo había acabado allí y deseó volver a su vida en el tercer anillo, no porque añorase las dificultades económicas o los repentinos cortes eléctricos, sino porque echaba de menos la seguridad que le proporcionaba regresar a casa cada noche y encontrarse a su padre en la cocina o a Ania sentada en el salón. Y también añoraba la calidez de su madre, la forma en la que su voz se volvía fuerte cuando hablaba de los alphas, las mismas criaturas que en los últimos días habían intentado matarla tantas veces.

Respiró hondo y, tras volver a consultar el mapa en su pulsera, retomó el camino girando levemente hacia la izquierda, donde la vegetación se hacía menos densa, lo que le facilitó la caminata y alivió momentáneamente el cansancio de sus piernas. Grace reconoció a un par de alphas a tan solo unos metros de donde estaba. Por suerte, las dos gacelas de agua la ignoraron. Al pasar cerca de las criaturas, estas la observaron con sus ojos grises antes de bajar la cabeza y seguir pastando. Sus enormes astas negras

resultaban impresionantes de cerca, llenas de muescas grises y algunas ramitas que se enredaban alrededor de estas.

Grace se emocionó y se detuvo con los ojos nublados y una sensación dolorosa en el pecho. Esperó a que su corazón se calmara y dejó que sus pies la guiaran por el camino casi enterrado en una alfombra de musgo y tierra que crujía a su paso. A medida que se adentraba en la ciudad muerta, iba notando que los susurros del bosque se hacían más densos y el aire se volvía más frío. Entonces, sus pies chocaron con una superficie dura que arrojó un eco seco a través del bosque.

—¿Qué cojo…?

La pregunta se le congeló en los labios. Movió la linterna para alumbrar el objeto con el que había chocado y se sorprendió al descubrir el extremo del ala de un planeador medio enterrado por raíces. De la parte de este que quedaba visible asomaba una maraña de cables y tubos herrumbrosos. Era un modelo antiguo con enormes ventanas cromadas y faros blancos de los que se usaban antes del desastre de la multitecnología. El símbolo de Sisne, una estrella de ocho puntas sobre un cuadrado negro, brillaba sobre la superficie roñosa. Una sensación de vacío se apoderó de ella.

Entonces, un objeto que brillaba en el suelo captó su atención. Se agachó para ver qué era, a pesar de que cualquier otra persona habría hecho caso al instinto que la empujaba a regresar a la seguridad del fuerte.

Grace se quedó helada al ver que lo que había en el suelo era un collar que creía reconocer. Tenía forma de tuerca y unos bordes gastados que evidenciaban el paso del tiempo. Lo cogió para examinarlo. Los dedos le temblaron con tanta fuerza que le costó varios segundos reaccionar y limpiarlo. La plata brilló en la penumbra.

—Mamá…

La palabra se le escapó de los labios como una exhalación. Aquel colgante, aquel recuerdo, era de Kim. Estaba segura.

El dolor se extendió por su garganta avivando las lágrimas que durante tantas noches había contenido.

«¿Y si mi madre estuvo aquí? ¿Y si no murió la noche que apareció el alpha?», se preguntó con el corazón desbocado.

Sin quererlo, acarició la idea de que su madre no estuviese muerta, de que de alguna manera hubiese llegado a esa zona del bosque y aquello fuese una señal para buscarla. El corazón se le ensanchó de pura emoción, le pareció que le aplastaba las costillas y abarcaba cada pulgada de su ser. Grace no pudo hacer otra cosa que sonreír aliviada ante aquella posibilidad. Apretó los párpados con fuerza, guardó el colgante en el bolsillo y volvió al presente para examinar la imponente máquina que tenía delante, pero cuando iba a revisar si las puertas se podían abrir, el ruido de unos pasos la alertó.

La conmoción se apoderó de ella al ver que no estaba sola.

—¿Grace?

Aquella voz fue música en sus oídos y, durante un instante, le pareció que estaba soñando.

—Tiberio —dijo Grace, despacio.

—No deberías estar aquí.

CAPÍTULO 25

NEREIDA

Nereida llevaba dos horas siguiendo un rastro que creía que pertenecía a Lucrecio con la esperanza de encontrar el resto del cuerpo, pero, salvo algún retazo de tela y un poco de sangre, no había tenido suerte.

La frustración parecía haberse convertido en su más fiel acompañante desde hacía unas horas y la rabia y la culpa por lo del padre de Grace no ayudaban a que se sintiera mejor.

Se refugió contra la corteza del pino y dejó que sus ojos vagaran por el bosque mientras se recordaba a sí misma que no había asesinado al padre de Grace, aunque durante un par de días hubiese sido su intención. La inmensidad absoluta la cobijaba y hacía un eco mudo de unos miedos de los que no podía escapar.

Tenía que decirle la verdad a Grace. Necesitaba confesarle que su padre no volvería a casa, que no volvería a ver a Ellis y que albergar esa esperanza era en vano. Desde que estaba en el bosque pensaba mucho en su vida como asesina. En la muerte como trabajo. Nunca se había cuestionado que aquel era su camino, pero, desde hacía unos días, empezaba a darle vueltas a la idea de que quizá existían otras opciones para ella.

Ese hilo de pensamientos la tensó. Era la culpa lo que hablaba por ella. Se sentía sobrepasada, y estar aislada del mundo le permitía rumiar ideas que hasta entonces le parecían absurdas.

Se detuvo junto al arroyo y hundió los dedos en el agua, pero no consiguió atemperar sus nervios. La Nereida de hacía un mes se

habría tragado la inquietud por el bien de la competición, porque sabía que confesar aquello solo serviría para confundir a su compañera, para descentrarla del trabajo que tenían por delante, pero una parte de sí misma no podía tolerar la idea de postergar la verdad con la expectativa de mantener a Grace absorta en la Cacería. ¿Cómo miraría a Grace a la cara ahora que sabía la verdad?

Con un gesto brusco, se lavó las manos; quería con todas sus fuerzas apartar la preocupación, el terror que le producía sentirse responsable de la desgracia de Grace.

Nereida oyó un ruido seco que le despertó el instinto de alerta, así que se apartó del arroyo y echó un vistazo a su alrededor.

Apretó los labios y siguió el ruido que persistía en la distancia, aunque apenas se escuchaba por encima del sonido del río. No era lo suficientemente fuerte como para levantar sospechas, pero, en ese bosque repleto de misterios, aquel sonido parecía la antesala de una terrible revelación.

Una voz sibilante llenó el aire y alertó a la asesina. Siguió avanzando por un camino delimitado por unos inmensos pinos durante más o menos una hora. Empezaba a perder la noción del tiempo cuando vislumbró dos edificios negros rodeados por una verja metálica semiderruida. Las fachadas lisas estaban salpicadas por manchas ocre en las que destacaban un par de ventanas abiertas a través de las que la maleza comenzaba a extenderse.

—Sisne…

La palabra murió en sus labios cuando un nuevo ruido la advirtió de la presencia de otras personas. Se detuvo en medio del sendero y se ocultó tras uno de los edificios. Sus dedos se movieron hasta la pantalla de su pulsera y la deslizó para mirar el mapa. Después, alzó la vista para observar las enormes secuoyas, muy distintas de la vegetación cerca del fuerte.

«Estoy en las inmediaciones de Sisne», comprendió con horror.

—Quieren que los dejemos en la puerta —exclamó en ese instante una voz ruda, con un marcado acento del norte—. Todavía nos quedan algunos kilómetros.

Varios hombres aparecieron en el campo de visión de Nereida. Uno de ellos, un gigantón fornido de pelo oscuro y brazos tatuados, se situó frente a un contenedor de dos metros del que sacó una caja de metal con ayuda de su compañero.

—Qué mal rollo da este lugar. Entiendo que no permitan a nadie acercarse —comentó otro de los hombres.

En ese momento, Nereida reparó en que una de las cajas que arrastraban estaba marcada por una estrella de ocho puntas sobre un cuadrado negro.

Sisne.

Con la adrenalina subiéndole por la espalda, apoyó una mano sobre la pared del edificio y giró el cuello para seguir a los hombres, que en ese instante se adentraban en la ciudad fantasma que alguna vez había sido la sede de Sisne. Los observó con inquietud.

Había gente en el bosque además de los competidores. Eso la obligaba a cambiar los esquemas de todo lo que creía hasta entonces. Le parecía impensable. Que unos desconocidos pudiesen pasearse por la zona clausurada del bosque no solo era inquietante, también la hacía sentirse perdida, pues no era capaz de comprender las conexiones que se fraguaban delante de sus ojos.

Nereida aparcó las preguntas que empezaban a apelotonarse en su cabeza y se concentró en la posibilidad de seguir a los hombres, de esconderse el tiempo suficiente como para descubrir qué hacían allí. Pero no había pasado ni medio minuto cuando el crujido de unos pasos la obligó a desenfundar el arma.

—Así que lo has descubierto.

Nereida giró el cuello ante esa voz que se le antojó conocida, pero, antes de que pudiese reaccionar, una mano le rodeó la garganta y una misteriosa fuerza impactó contra su pecho llenando el mundo de dolor y oscuridad.

***

Una voz estalló sobre Nereida y arrojó una corriente helada sobre sus hombros que la obligó a hacerse un ovillo. Un dolor palpitante y agudo le recorrió la cabeza y le costó una eternidad ser capaz de abrir los ojos.

Aunque habría preferido quedarse tumbada y lamentarse de sus desgracias, unas manos robustas la sacudieron con fuerza y no tardó en volver a la realidad.

—¿Kenneth? —La voz le raspó la garganta al pronunciar el nombre de su amigo.

Hizo amago de incorporarse, pero el pinchazo de dolor la disuadió.

—Cuidado —susurró él, mientras la sujetaba para que se mantuviese tumbada en aquel catre mugriento.

Kenneth forzó una sonrisa y le apretó el hombro con cariño antes de que ella se fijara en su aspecto. Aparte de las ojeras moradas o los verdugones que le asomaban en el pómulo derecho y la mandíbula, había algo diferente, algo velado en sus ojos habitualmente alegres.

—¿Dónde cojones estoy?

La pregunta le salió como una exhalación, y esta vez sí que se forzó a sentarse.

—Estamos en la fortaleza de Sura y Zia —le explicó Kenneth en un tono de voz bajo, demasiado suave. Se movió y le tendió una cantimplora con agua que ella aceptó para quitarse el sabor a bilis—. Sura te ha traído hasta aquí.

El recuerdo del bosque se abrió paso en su mente.

—Me ha arrastrado, quieres decir —replicó ella. Se bebió el agua y echó una mirada a la sala, que cobró vida ante sus ojos. Las paredes eran de mármol blanco y se fundían con un techo de cristal a través del que podía ver el cielo oscuro por encima de ella. Por el rabillo del ojo advirtió una puerta roja que permanecía cerrada y una mesa alargada sobre la que reposaban un par de mochilas. Salvo eso, había poco más además del lecho incómodo sobre el que estaban ella y Kenneth—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Tiberio?

Los labios de Kenneth se crisparon con una mueca de disgusto.

—No lo sé —admitió con pesar, desinflándose como un globo—. Nos atacaron, Nereida. Yo… perdí a Tiberio.

Nereida encajó aquellas palabras como un golpe. Tomó la mano de Kenneth entre las suyas. Su piel helada estaba áspera y llena de heridas recientes. Las de ella estaban cubiertas por un extraño sarpullido, pero en ese momento no le dio demasiada importancia.

—¿Zia y Sura lo mataron?

—¿Qué? —La voz de Kenneth sonó aguda, doblada por la impresión—. ¡Por supuesto que no! Ellas me trajeron aquí. —Dejó que sus manos cayeran sobre sus rodillas y compuso un gesto de turbación, de angustia—. Sura me encontró en el fuerte, tenía un golpe en la cabeza y apenas recordaba nada de la noche anterior.

Los dedos de Kenneth le señalaron una cicatriz rojiza e irregular que iba desde la oreja derecha hasta el cuello.

—Nos atacaron, Neri. Llevaban capuchas y armas demasiado extrañas como para identificarlas. Me cogieron en la entrada de nuestro fuerte, me ataron, me interrogaron y me golpearon. —Hizo una pausa y las manos le temblaron—. Tiberio salió y se echaron sobre él, pero después de eso no pude ver gran cosa. Hubo una explosión y el fuerte se vino abajo, y yo quedé atrapado en los escombros… Tenían granadas y explosivos.

—¿Explosivos?

Los labios de Kenneth se abrieron para contestar, pero en ese instante la puerta crujió a su espalda y el rostro rubicundo de Sura se dibujó en el umbral haciendo que Nereida se encogiera un poco al verla.

—Venid conmigo —exigió Sura rascándose el mentón, y el ojo de cristal brilló pese a la oscuridad del pasillo.

Kenneth y Nereida intercambiaron una mirada antes de seguir a la mujer, que, sin esperarlos, comenzó a andar con paso renqueante, lo que delataba alguna herida o lesión.

Nereida apenas tuvo tiempo de admirar el pasillo diáfano que estaban atravesando antes de llegar el exterior, donde la luz de la

luna titilaba en un cielo tan oscuro como sus pensamientos.

—¿Queréis? —Zia estaba arrodillada frente a un prominente fuego en el que había una cazuela repleta de castañas.

Aquella pregunta hizo que la frente de Nereida se llenara de arrugas y una oleada de indignación le recorriera la espalda.

—Pero ¿de qué vais vosotras? —preguntó con un tono histérico—. Me habéis secuestrado después de dejarme inconsciente y ahora me ofrecéis castañas como si nada.

Sura se deslizó a su lado y se sentó junto a su compañera sin ocultar una media sonrisa. Tenía las muñecas cubiertas por aros dorados y el pelo caoba recogido en una trenza larga que le caía sobre la espalda musculosa.

—Te dije que se enfadaría —apremió Zia dándole un leve codazo a Sura, que se limitó a mover la cazuela—. No debiste drogarla, ahora va a pensarse que somos sus enemigas.

—¿Qué…? ¿Cómo coño me drogasteis?

Sura y Zia intercambiaron una mirada cómplice y la primera abrió la boca para explicarle:

—Tártago. Es una planta que crece cerca de los pantanos y que contiene cristales de tropánico y escopolamina que, si mezclas con un poco de estramonio, digamos que sirve como un potente relajante muscular.

—No es demasiado tóxico —indicó Sura, más para sí misma que para los demás.

Al tiempo que Nereida palidecía, Kenneth intentaba levantar las manos para captar su atención y evitar que recurriese a la violencia, algo que la asesina estaba empezando a considerar. Podía poner un cuchillo sobre el cuello de Sura y obligarla a arrepentirse de sus actos, pero un destello de diversión en su rostro le indicó que la chica era una oponente a la que no podía subestimar.

—Yo les pedí que te buscaran —explicó Kenneth—. Creo que se les ha ido un poco de las manos, pero te prometo que no tiene efectos secundarios.

—No muchos —puntualizó Zia con una sonrisa—. De todas formas, la sutileza no es nuestro punto fuerte. Y Sura es demasiado práctica, así que no se lo tengas en cuenta.

Así que por eso le picaba tanto la piel de las manos. Nereida miró el sarpullido que le subía por el antebrazo y la fulminó con la mirada.

—Perdón —dijo Sura pasándose la lengua por los labios astillados.

Nereida se sentó y no le quitó los ojos de encima. Hasta entonces, no había tenido ocasión de observarla con detalle, y casi le sorprendió lo enorme que resultaba incluso en aquel bosque inmenso. Tal vez era porque Zia parecía diminuta a su lado o simplemente porque los brazos de Sura tenían el grosor de una pierna suya, pero era una mujer imponente.

—Siento que mis formas no hayan sido las adecuadas, pero, en realidad, te he salvado la vida —indicó, y un leve rubor se elevó desde el cuello hasta el nacimiento del pelo caoba—. No pretendía drogarte, solo llevo el preparado por si acaso. Pero por si no te diste cuenta, había al menos cuatro hombres y tú estabas a la vista y a la defensiva. Quería que estuvieras en silencio y Kenneth me advirtió de que tenías un carácter un poco difícil.

Sura sonrió con más ganas y cogió una castaña antes de dejar que Kenneth hiciera lo propio con algo de timidez. ¿O era tristeza lo que Nereida adivinaba en sus ojos? No estaba segura. Tampoco sabía muy bien qué hacían allí.

—¿Fuisteis vosotras quienes matasteis a Lila? ¿A Lucrecio?

Ambas dieron un respingo y se miraron con algo de consternación.

—¿Lila también está muerta? —preguntó Zia, frunciendo el ceño, y una sombra de angustia le oscureció los ojos—. A Lucrecio lo encontramos muerto hace un par de días, cerca de la zona prohibida. Tenía una herida enorme en la cabeza, le habían arrancado y quemado parte del brazo.

Nereida recordaba el tatuaje del chico. Una serpiente que se mordía la cola y se le enroscaba alrededor de la muñeca. Lo que le

sorprendía era que ellas no supieran que su compañera había sufrido el mismo destino unos días antes.

—Sí, Lila también está muerta —sentenció Nereida.

Se abrazó las rodillas recordando el miedo en el rostro de Grace y la zozobra en los ojos de Imora cuando encontraron el brazo.

Por toda respuesta, Sura se encogió de hombros y recostó la espalda contra el árbol que había tras ella.

—Joder, no esperaba esto —comentó Zia apretando las rodillas contra el pecho—. ¿Cuántos quedamos? ¿A quién habéis visto?

Aunque no le apetecía demasiado hablar de ello, aquella pregunta obligó a Nereida a contarles todo lo que habían visto en el bosque, incluido el encuentro con Valentino.

—Nosotras vimos a Valentino la primera noche, pero no nos acercamos demasiado al lugar en el que estaba acampando —explicó Zia después de escuchar atentamente la historia de Nereida—. En realidad, te garantizo que no vi nada alarmante. Estaba muy tranquilo.

Nereida frunció los labios recordando las venas alrededor de los ojos del hombre.

—Por un momento, pensé que había sido el responsable de lo de Lila, pero creo que él también es una víctima de lo que sea que les ha pasado a los demás —musitó la asesina.

—¿Crees que alguien lo drogó o lo envenenó…? —preguntó Kenneth, repasando los detalles de lo que había contado su amiga.

—Quizá —admitió Nereida.

—¿Y por qué haría eso alguien?

—No lo sé —dijo ella, con el ceño fruncido—. Quizá para convertirlo en un problema. Para distraernos…

Sura asintió, como si estuviera de acuerdo con esa hipótesis.

—Es raro, ¿no te parece? Aquí dentro no tenemos conexión con el exterior, pero sabemos que hay gente haciendo algo cerca de la sede de Sisne —gruñó, y se dio un golpecito en la cabeza con el dedo—. Tengo la sensación de que esto nunca se ha tratado de una competición; o, al menos, no de la competición que pensábamos.

A Nereida le costaba llegar a esa misma conclusión pese a todo lo que había visto. A diferencia de los demás, ella sabía que Zarina se había resistido cuanto había podido a convocar la Cacería, pero empezaba a preguntarse si era solo por lo que le había sucedido a Helio o si había algo más.

El disco de control que habían encontrado, las muertes, los desconocidos en el bosque… ¿Qué estaba pasando?

Miró a Kenneth, cuyos pensamientos parecían girar alrededor de la misma pregunta.

—Sabíamos que las cosas podían complicarse en cualquier momento, como siempre ha sucedido en las Cacerías —reflexionó en voz alta. Era más fácil creerlo, convencerse de ello y seguir.

Ella estaba acostumbrada a avanzar pese a las dificultades, a mantener la perspectiva incluso cuando todo se torcía. Pero ¿por qué le costaba tanto silenciar su conciencia en ese momento?

Sura agitó una mano en el aire, lanzándole una castaña que Nereida cogió al vuelo.

—Nereida, creo que no eres consciente de todo lo que está ocurriendo —dijo Kenneth con brusquedad—. Lo más importante no es ganar, ni siquiera matar al alpha. Has visto lo que está pasando, no puedes fingir que no tiene nada que ver con nosotros.

Después de varios segundos, Nereida pestañeó, confusa, y reunió las fuerzas para carraspear y preguntar:

—¿Y qué se supone que está pasando aquí?

Kenneth miró el fuego y tardó en contestarle, parecía que estuviese buscando las palabras perfectas.

En el fondo, Nereida ya intuía que se refería a lo que ella había visto antes de que Sura le tendiese una emboscada. Y, aunque no quería pensar en ello y no quería creer que había más gente en el maldito bosque, no podía ignorar el hecho de que estaban muriendo competidores, de que alguien movía los hilos desde las sombras.

—No hay radiación, Nereida, ni siquiera en la zona prohibida. Tampoco hemos visto al alpha dominus ni hemos localizado su rastro. Incluso hemos llegado a pensar que cuando atacó la Feria

estaba controlado de alguna manera, que lo utilizaron para crear una distracción —explicó Kenneth.

Ella alzó las cejas.

—¿Qué…?

Se puso en pie y sacudió la cabeza, confusa y mareada.

—Eso no tiene ningún sentido. Entonces, ¿por qué querrían que se convocara una Cacería? ¿Por qué permitir que un grupo de asesinos y mercenarios entre al bosque y eche un vistazo a lo que se supone que están haciendo?

Kenneth la observó con una mueca de incredulidad y ella se sintió diminuta y demasiado cansada para sostener el peso que cargaba en su espalda.

—Tal vez no tengan intención de que ninguno de nosotros salga con vida —apuntó Sura mientras se comía una castaña—. Quizá solo pretenden convertir este lugar en un cementerio, convencer al resto del mundo de que el bosque es peligroso.

A Nereida no le convencía esa teoría. No. Había algo más. Tenía que haberlo.

—La gente de Sisne sigue trabajando aquí, y es probable que lo que sea que están haciendo sea la razón por la que han matado a Lila y a Lucrecio.

—No creo que…

Antes de que Nereida terminase la frase, Kenneth se volvió y le lanzó una mirada fría.

—Tiberio ha desaparecido. Estoy convencido de que ellos se lo han llevado. —La voz se le quebró y la duda se hizo evidente en sus ojos.

—Yo estoy en una competición para matar a un alpha, no en una misión de investigación —insistió ella, y se sintió como una vulgar mentirosa; no quería sumar nuevas preocupaciones a la lista. Solo pretendía ganar la cacería y salir del bosque, recuperar su vida—. Lo que sea que está pasando aquí será problema de Zarina y de las megacorporaciones una vez que salgamos de este lugar.

Su respuesta fue un dardo para Kenneth, que se levantó y la señaló con una mueca de tristeza.

—¿Te importa tan poco todo lo demás? ¿Solo piensas en ganar? ¿Y si el próximo en morir es Tiberio? ¿O Grace?

La pregunta cayó como una bomba y Nereida se quedó sin respuesta. Había visto los cuerpos, había visto el dolor, y también había descubierto que ya no se sentía tan cómoda siendo una asesina.

Ese último pensamiento la obligó a apretar los labios y bajar la mirada, avergonzada. Había sido tantas cosas. Bastarda, asesina y traidora. Pero ninguna de esas cosas la había elegido ella, aunque su padre le hubiera convencido de lo contrario. Hasta entonces, reconocía sus obligaciones y priorizaba el deber a sus necesidades, pero… ¿Y si ya no quería ser nada de eso? ¿Y si ansiaba convertirse en algo diferente?

Levantó la mirada, azorada por aquella idea. Le sorprendió ver el rostro de su mejor amigo tan desencajado como el suyo y, por un momento, no encontró la voluntad de decir nada.

—Nereida —la apremió Kenneth, esforzándose por parecer calmado—. Creo que esto ya solo va de salvar a nuestros amigos y salir del bosque.

Nereida no contestó. Su objetivo al inscribirse en aquella dichosa competición había sido cazar al alpha y recuperar la dignidad que le habían robado. Pero ahora no le quedaba más remedio que preguntarse si realmente solo le importaba ganar.

CAPÍTULO 26

GRACE

Estaban en la zona prohibida y, aunque Mira había dicho la verdad sobre la radiación, Grace no alcanzaba a comprender la magnitud de su descubrimiento.

Conforme pasaban las horas, cualquier certeza que creyese tener iba desapareciendo, lo que contribuía a que la sensación de terror se hiciese más profunda. Pese a lo que había visto, su mente no alcanzaba a abarcar el infinito número de mentiras que se entretejían allí.

Se había adentrado en las inmediaciones de la sede de Sisne y, entonces, Tiberio había aparecido de repente, la había agarrado de la mano con fuerza y, antes de que ella pudiese explicarle qué hacía allí, la había sacado corriendo, justo antes de que una docena de voces humanas surgiesen de entre la maleza.

Ella lo siguió sin hacer preguntas pese a que estas bullían dentro de su cabeza. Habían huido a toda prisa y se habían escondido en una casa abandonada que había elegido el chico. Grace confiaba en él; por eso, a pesar de todos sus temores, lo siguió hasta la pequeña estructura de paredes oscuras oculta en lo profundo del bosque. Las ventanas tapiadas no permitían que se colase la luz, lo que daba lugar a un ambiente cargado de humedad en el que se apreciaban grandes manchas de moho salpicando la pared y el suelo.

—Aquí —señaló él.

Al encender una linterna, Tiberio le dejó ver una pequeña sala. Él se sentó sobre los almohadones oscuros de un sofá y le acercó una

lata de salchichas de tofu cuyo olor rancio revolvió las tripas a Grace.

—Está caducada —señaló él, y con el dedo apuntó a una cocina destartalada a su derecha—. Pero se me acabaron las barritas y traía la mochila casi vacía.

Grace apretó el colgante en la mano y a Tiberio no le pasaron desapercibidos ni el gesto ni la angustia con la que dejaba que los bordes de plata se le clavaran en la piel.

—¿Es importante? —preguntó él.

Grace tomó aire, pero no dudó: le contó dónde lo había encontrado y, con el corazón lleno de esperanza y miedo, le dijo que aquel colgante pertenecía a su madre, lo que significaba que ella había pasado por allí después de que el alpha la atacara.

—¿Estás segura? ¿Realmente crees que tu madre podría estar viva? —preguntó él después de escucharla.

Grace asintió.

—La cadena está intacta; tengo la sensación de que la dejó caer, de que quería que la encontraran —susurró ella sintiendo como el corazón le bailaba contra el pecho.

La chatarrera creía en las corazonadas y aquella era especialmente alentadora. Su madre tenía que estar viva.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le susurró a Tiberio cuando se hizo el silencio.

—Dos días —respondió él mientras mordía la salchicha. Ahogó una arcada mal disimulada mientras masticaba—. Desde que me separé de Kenneth.

Tiberio se hundió en los cojines. Comía sin saborear la comida y casi se atragantó cuando notó los ojos inquisitivos de Grace sobre él. A ella le pareció que no quedaba mucho del chico que había conocido días atrás y no pudo evitar preguntarse cómo una persona podía cambiar tanto en tan poco tiempo. Tenía los ojos rojos y hundidos en un rostro marcado por varios cortes irregulares a lo largo de los pómulos y la mandíbula. Su ropa estaba sucia, y sus manos, encallecidas. ¿Se vería ella tan deteriorada? ¿Parecería tan cansada? Por suerte, no tenía un espejo a mano para comprobarlo.

—Llegué aquí cuando hui. Nos atacaron —le explicó, y Grace se mordió el labio para no agobiarlo con los cientos de preguntas que se le agolpaban en la cabeza—. Al menos la comida no me ha sentado mal. Hay ropa en ese armario de allí. —Señaló un mueble viejo con puertas de aluminio cromado—. Pero todo es de muy mal gusto, colores apagados, rancios.

Los labios de Tiberio se apretaron en una línea muy recta y ella notó que hacía amago de ponerse en pie y se desabrochaba la cazadora.

—Revisa todo lo que tengo allí y come algo también. Debes de estar famélica y no tenemos nada mejor —dijo Tiberio, y le puso una botella de aluminio en las manos. Después, señaló la mochila abierta en el suelo.

Con un movimiento lento, Grace se arrodilló para sacar las pocas cosas que quedaban dentro: dos botellas de agua, una camiseta blanca y una pantalla táctil que estaba rota. Salvo por el agua, nada era de demasiada utilidad.

Lo dejó todo sobre el suelo sucio y se puso a estudiar el lugar y a investigar qué cosas podrían resultar de ayuda. No es que fuese una casa demasiado espaciosa; de hecho, era un lugar diminuto, escondido en la vegetación salvaje y carcomido por el abandono. Solo contaba con una habitación en la que se encontraba el sofá roído y un par de muebles antiguos. Tenía un cubículo lateral en el que encontró un inodoro y un cajón lleno de ropa que había conocido una época mejor, al igual que la del armario. También había una cocinilla eléctrica que no funcionaba y una cómoda con más latas de comida de las que nunca había visto en ningún supermercado de la ciudad.

—Los que nos atacaron también mataron a Valentino —le dijo Tiberio al cabo de un rato—. Ayer los vi y… —La voz se le rompió—. No pude hacer nada. Solo estaba cerca y vi cómo le disparaban en el pecho. Se rieron, como si fuera un entretenimiento, y mencionaron a Lila… Creo que la asesinaron a ella también. Después, tiraron el cuerpo de Valentino al río. Los seguí durante un rato, pero al final

volví a este lugar, para esconderme, antes de que se diesen cuenta de mi presencia.

Grace encajó la revelación con una mueca de tristeza, obligándose a mantener la calma y a esquivar la insidiosa sensación de que el bosque era una trampa mortal de la que ninguno de ellos saldría vivo.

El rostro ceniciento de Lila surgió entre sus recuerdos y, por un instante, maldijo el momento en el que se atrevió a poner un pie en aquel bosque. No había esperado una aventura como tal ni había creído que al entrar al bosque se convertiría en una heroína capaz de demostrar su valía. Pero tampoco había imaginado encontrarse en semejante escenario, en medio de una crueldad inhumana en la que no solo debían temer a las criaturas que acechaban en la noche, sino también a personas que aguardaban para clavarles un cuchillo.

—Pero… —Hizo una pausa y bajó los ojos—. ¿Quiénes son?

En el rostro de Tiberio leyó las mismas dudas.

—No he pensado en otra cosa desde que estoy aquí —confesó él—. He llegado a creer que esta Cacería es una distracción para mantenernos ocupados mientras ocurren otras cosas más importantes en este lugar. —Los ojos de Tiberio rehuyeron su mirada cuando ella intentó escrutarlos—. Esto no es un juego, Grace —espetó él, como si algo en su interior pugnase por salir—. Ya has visto que no estamos solos en el bosque. Hay gente viviendo aquí, trabajando. Las mismas personas que hace unas noches nos siguieron hasta nuestra fortaleza e intentaron matarnos. Tienen bombas, armas.

—Por eso te escondiste aquí…

—Porque Kenneth y yo nos topamos con la gente de Sisne y ellos sabían que acabábamos de descubrir algo. En cuanto nos vieron, nos persiguieron, cogieron a Kenneth en el refugio y, mientras yo intentaba alejarlos de allí, accionaron las bombas. Para cuando volví, no encontré a Kenneth por ninguna parte. Yo ya sospechaba que algo raro pasaba en el bosque, pero él no me creyó.

Grace se dio cuenta de que Tiberio se debatía consigo mismo, como si intentase ordenar sus pensamientos pero apenas tuviese fuerza para ello. Tras un largo silencio, se decidió a continuar:

—En cuanto anunciaron la Cacería, intuí que no nos decían la verdad, al menos no toda. A estas alturas, es difícil creer que no entran al bosque por miedo a los alphas o la radiactividad. —Bajó las manos. Las frases se le escapaban, como si hablase más consigo mismo que con ella—. Y luego, cuando Zarina le pidió a Kenneth que fuese su campeón, pensé que sería una oportunidad para confirmar mis sospechas. Llevo toda la vida leyendo los registros de Sisne y hay ciertas incongruencias. Nadie asumía la culpa; era un error por el que nadie quería pagar. Y ahora empiezo a creer que llevan setenta años mintiéndonos, que jamás nos han mostrado los verdaderos archivos.

Grace lo miró dubitativa. Tiberio estaba llegando a una conclusión peligrosa, una que tenía que ver con su verdadera misión en ese bosque.

De pronto, sintió la irrefrenable necesidad de decirle la verdad, de compartir el peso de sus mentiras con alguien más. Estaba convencida de que podía morir en el bosque y, a esas alturas, le parecía injusto tener que guardarse aquello.

—Yo… necesito entrar en la sede de Sisne —soltó de golpe, casi sin respirar.

Tiberio se inclinó un poco hacia ella y la miró con suspicacia. Como si fuese la primera vez que se fijaba en ella de verdad.

—Por eso estás aquí —contestó en un tono que dejaba claro que estaba agotado—. ¿Te pidieron que mataras a alguien?

—¡No! No es eso, lo prometo. Es que…

Se mordió el labio sin saber muy bien cómo continuar. Tiberio parecía leer el miedo en Grace y ella no se veía con la capacidad de seguir fingiendo, no cuando estaba muriendo gente y su madre podía estar allí, así que se lo contó todo: le habló de Pegasus, de sus padres, incluso le confesó sus peores temores. Abrió su alma a unos

ojos que parecían no juzgarla y que prometían una amistad que ella necesitaba.

Cuando terminó su relato, se dejó caer sobre los cojines, exhausta, temblando ligeramente por la emoción de haber sacado aquello que le corroía el alma. Tiberio le dio unos golpecitos en la rodilla y le apretó la mano con suavidad.

—¿Se lo has dicho a Nereida o a Imora?

Nada más decirlo, advirtió la negativa en los ojos de Grace y no pudo más que sentarse un poco mejor sobre el sofá para mirarla con gravedad.

—A Nereida no le va a gustar ni un pelo —susurró, y ella arrugó la nariz. No necesitaba comprobar sus sospechas en labios de otra persona, sabía que ninguna de sus compañeras vería con buenos ojos que les hubiese mentido, en especial Nereida después de que ella le recriminase sus mentiras. Aunque, para ser sincera, no estaba preparada para explicarles la verdad. Al menos, no de momento—. La Cacería es importante para ella, mucho más que para nosotros.

—Supongo que lo superará.

El chico se pasó una mano por el pelo corto.

—Solo si nuestras sospechas son ciertas y Sisne está operando como intuimos —apuntó—. De ser así, ganar esta competición no servirá para nada más que para habernos puesto en un peligro absurdo. Si nos equivocamos, es probable que no lo haga.

Las palabras del chico resonaron con violencia dentro del cráneo de Grace y le provocaron un dolor mudo que se le extendió por las costillas.

Tiberio, algo abatido, se acercó hasta el aparador y cogió una de las botellas de alcohol apiladas en el fondo. Ella ni siquiera las había visto antes.

—¿No irás a beberte eso?

Con una sonrisa triste, se encogió de hombros y le entregó una de las botellas de vodka medio vacías. La etiqueta estaba desgastada, amarillenta, y, por un momento, a Grace le dio la sensación de que podía desaparecer bajo el tacto de sus dedos. No

le hizo ninguna gracia que su única compañía en medio de aquella absurda realidad quisiera darse a la bebida.

Grace se arremangó la chaqueta y apretó el colgante de su madre con la mano izquierda, notando el contacto sobre su piel y sintiendo así, de alguna manera, la presencia de Kim.

—Lo necesitaremos, tú y yo —afirmó él quitando el corcho de otra. Dio un trago largo mientras el olor a alcohol se enroscaba alrededor de la garganta de Grace—. Tengo la intuición de que Sisne nunca se ha ido de aquí. Creo que el desastre de la multitecnología fue algo provocado, algo para alejar a las megacorporaciones del bosque, para mantener al emperador apartado de este lugar…

La frase quedó suspendida entre los dos y Grace tuvo que encajar lentamente las piezas de un puzle del cual no tenía la imagen completa.

—¿Por qué no has vuelto? ¿Por qué no estás buscando a Kenneth?

—Volví, pero no lo encontré. Por eso vine aquí. Porque quiero entrar a la sede y porque, en el fondo, espero que Kenneth me encuentre a mí.

Grace suspiró mientras él daba otro trago. Después, la miró y con tono afligido dijo:

—No quiero que vuelva a ocurrir otro desastre, Grace. Puede que no haya vivido lo que Sisne hizo hace setenta años, pero las consecuencias siguen afectando a una parte de nuestra sociedad, aunque sea a la parte que en Ciudad Espejo se limitan a ignorar. No me voy a ir de este bosque sin averiguar que está ocurriendo en la sede.

¿Era eso lo que ella debía pensar? No tenía el valor para responderse esa pregunta y descubrir que en el fondo su motivación era muy diferente de las nobles intenciones de Tiberio.

—Necesito esos datos si quiero sacar a mi hermana del orfanato, solo le quedo yo. Además… —Dudó un instante y su mano se deslizó hacia el colgante—. ¿Y si mi madre está allí adentro? Mis padres

estudiaban a los alphas, querían entrar al bosque. ¿Y si sabían lo que estaba ocurriendo aquí?

Por un momento, creyó que Tiberio se reiría de ella, pero en lugar de eso, el chico levantó la botella al tiempo que una sonrisa cauta asomaba en sus labios. Él no negó la posible relación a pesar de que ella, de hecho, no le había dicho que el disco de control que había encontrado en el vigilante era muy parecido al diseño que su madre había creado hacía un par de años. Y ahora que había encontrado el colgante, le parecía casi una señal, un rastro que merecía la pena seguir.

—Salud —dijo Tiberio simplemente, y su rostro afilado desveló el alivio que sentía—. Por nosotros, un par de desequilibrados propensos a hacer estupideces por las personas que queremos.

CAPÍTULO 27

NEREIDA

Escuchó lo que Sura y Zia tenían que decirle. Escuchó la opinión de Kenneth. Incluso prestó atención al eco diminuto de su conciencia. La necesidad de ganar la Cacería la asediaba, la obligaba a desenterrar viejos recuerdos que creía olvidados y que en medio de aquel maldito bosque volvían para bloquear la escasa cordura que creía conservar.

¿Era tan mala persona como para abandonar a Imora y Grace? ¿Para negarse a ayudar a un amigo que trataba de hacerla entrar en razón sobre lo que ocurría en el bosque? Si se regía por el código de los asesinos, la respuesta era sencilla. Pero ¿podía hacerlo? ¿Podía simplemente seguir su camino y ganar la competición que prometía ser el bálsamo para el desconsuelo de su vida cuando ya ni siquiera estaba convencida de que la Cacería fuese real?

En las últimas horas, Nereida no había dejado de pensar en lo que significaba ser una asesina. No había parado de preguntarse si aquella etiqueta era tan importante o si la definía como persona, lo cual era irritante, porque ella no era de las que se detenían a reflexionar sobre su escasa moralidad. Tampoco era proclive a autocompadecerse, pero, en medio de aquel lugar desconocido, no paraba de cuestionarse a sí misma, de albergar una pena tan profunda que la hacía sentirse perdida y un poco sola.

Tragó saliva con fuerza, consciente del miedo que la invadía y que aumentaba el martilleo frenético, salvaje, de su corazón. Bajó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos, estrujándose los sesos

para sepultar esa conciencia que la increpaba y amenazaba con derribar su vida. La respuesta no era sencilla y eso la mantenía en un estado de confusión para nada propio de ella, tanto, que no se reconocía a sí misma.

—¿Ya has tomado una decisión?

La voz de Kenneth encendió la fuerza que dormía en ella y, con un asentimiento, se giró para enfrentarse a sus ojos cautos. El mundo comenzaba a clarear y, a cierta distancia, divisó a Sura y Zia, que dormitaban junto a la fogata muy pegadas la una a la otra. Las gotas de rocío les salpicaban el pelo, y, por un segundo, Nereida fue capaz de apreciar las fisuras de cada una de ellas.

La asesina musitó una respuesta que esperaba fuese suficiente para Kenneth.

—Deberíamos buscar a Grace e Imora. También a Tiberio —dijo Nereida—. No voy a abandonarlos.

La frase flotó entre los dos y le agradó ver una sonrisa de alivio en el rostro de su amigo. Después de todo, Nereida había sido abandonada por una madre, por un padre que la consideraba una molestia y por la Hermandad a la que había dedicado toda su vida con devota sumisión. ¿Qué tipo de persona sería si ella hacía lo mismo?

El recuerdo de su padre le escoció. El emperador había sido un hombre duro que había estado absolutamente concentrado en Zarina y en sus obligaciones, y para el que Nereida pasó de ser un estorbo constante a un instrumento, algo que pudiese utilizar y a lo que pudiese mirar sin sentir vergüenza. Pero, para ser justos, nunca la había visto de verdad. El dolor del rechazo de repente le pareció más vivo que nunca. Era como si pudiese escuchar con absoluta nitidez la voz que le decía que no era suficiente, que todo lo hacía mal, que nadie la querría de verdad.

Apoyó los talones en la tierra y miró a su amigo, que parecía demasiado perdido en sus propias tribulaciones. Sin embargo, cuando reparó en que ella lo estudiaba, soltó:

—Eres una buena persona, Nereida.

Ella contuvo una mueca, poco acostumbrada a las alabanzas.

—Tampoco te pases. Tú y yo sabemos que eso es mentira.

Esta vez, él soltó una carcajada que relajó el ambiente.

—Vale, pero creo que puedes llegar a serlo.

Nereida no dijo nada, se puso en pie y Kenneth hizo lo propio. Entonces el chico se acercó a Sura y Zia y las despertó con un gesto tan simple que a Nereida le sorprendió la facilidad con la que se comunicaban.

Con un gruñido involuntario, Nereida cruzó los brazos sobre el pecho y estudió con calculado interés los movimientos de aquellas dos. No eran novatas, desde luego. Apreciaba los músculos marcados producto de un buen entrenamiento. Lo que no entendía era por qué querían ayudarlos, qué ganaban ellas.

—¿Crees que están diciendo la verdad? —le preguntó a su amigo en voz baja cuando este volvió a acercarse a ella.

—Me han ayudado, Nereida —apuntó Kenneth con una sonrisa, limpiándose con el dorso de la mano una mancha que tenía en la mejilla izquierda—. Creo que se merecen un poco de mi confianza. —Reflexionó un segundo, frunciendo los labios—. No las juzgues por lo que puedes intuir, deja que te demuestren sus motivaciones.

Kenneth tenía razón, y por eso ella no dejaba de pensar en las decisiones que tantos otros habían tomado respecto al bosque. Su abuelo, incluso su padre. ¿Lo hicieron por proteger al mundo de los alphas? ¿O para impedir que alguien descubriese lo que ocultaban allí? No tenía forma de saberlo. La tecnología podía hacer cosas maravillosas, pero hablar con los muertos no era una de ellas, por lo que tendría que conformarse con descubrir aquello por su cuenta.

—Yo no me fío ni un pelo, pero no me apetece ir por el bosque sin armas, así que no me quedará más remedio que darles un voto de confianza. Me gustaría que fuésemos al fuerte para encontrarnos con Imora y Grace, y luego buscaremos a Tiberio.

De pronto, comprendió que estaba arriesgando algo más que sus ilusiones, y la idea de formar parte de un juego sucio no le agradaba. Después de todo, el bosque parecía tan vivo como las

leyendas de otra época, y Nereida no podía más que asumir el recelo que le provocaba haber subestimado ese lugar perdido.

***

Nereida notó el agotamiento, los calambres de las piernas y el dolor del resto de sus músculos en cuanto se pusieron en movimiento, pero casi al instante fueron sustituidos por la preocupación de lo que encontrarían cuando llegaran al fuerte. Estaba convencida de que a Grace no le haría gracia verla regresar con ese grupo tan variopinto ni saber que repentinamente sus objetivos cambiaban y que ganar quedaba en un segundo plano. No sabía cómo iba a explicarle que en el bosque se ocultaba un grupo de personas que amenazaban con causar un nuevo desastre.

La confusión bullía dentro de su mente y pensar en Grace hacía que la rigidez en sus músculos aumentara y provocase un ramalazo de ansiedad a través de su torrente sanguíneo. Aquella era mucha más responsabilidad de la que podía tolerar y de la que pretendía soportar.

Acababan de subir una cuesta empinada en la que el crujido de las ramas secas le hizo tensar la espalda y girar el cuello para otear el horizonte. Estaban cerca del fuerte, y la urgencia por encontrar a sus compañeras comenzaba a volverse casi aterradora.

Tomando aire profundamente, Nereida adoptó una expresión serena y siguió los pasos de Kenneth hasta la parte alta de la colina. Se tensó al sentir la mano de su amigo cuando la obligó a detenerse.

—Espera —susurró, y ella advirtió que Sura sacaba un bláster del tamaño de su antebrazo y Zia sujetaba un cuchillo. Si se inclinaba un poco hacia delante, alcanzaba a ver la silueta de la fortaleza a escasos metros de distancia—. No estamos seguros aún.

Nereida asintió y dejó que sus oídos se acostumbraran al silbido intenso del viento. Un murmullo distante se replegaba en el aire y se confundía con el ruido del bosque. Era casi indistinguible, pero no

para ella, que estaba tan acostumbrada a los diferentes tipos de silencios.

Zia se precipitó hacia delante y, antes de que Kenneth pudiese hacer cualquier cosa para evitarlo, Nereida apartó su mano y echó a correr hasta la fortaleza. Casi se le cae el alma a los pies al encontrar a Imora sentada frente a las brasas que ardían en los restos de fogata. La expresión de su rostro era devastadora, marcada por un ceño fruncido y las huellas de unas lágrimas secas. Nereida notó cómo el corazón se le encogía dentro del pecho. Se acuclilló a su lado, pero Imora permanecía impávida, ajena a ella, a lo que la rodeaba.

—Está en *shock* —susurró, y Kenneth mantuvo la distancia—. Dame agua.

Le mojó el rostro con la cantimplora y, sujetándole las manos, la zarandeó con cuidado. La chica parpadeó, primero suavemente y luego con fuerza. Entonces abrió los ojos con sorpresa y salió de aquel trance para soltar un chillido estrangulado.

—Nereida…

La voz se le rompió en un sollozo que taladró la voluntad de la asesina. Imora se quitó el pelo de los ojos y a Nereida le pareció que había envejecido diez años. Atisbó algo aterrador en la crispación de sus labios, en la sangre seca que manchaba los bordes de las mangas de su traje.

—¿Estás herida? ¿Dónde está Grace? —Imora negó con la cabeza por toda respuesta y el miedo se adueñó de la asesina—. Imora, ¿dónde está Grace? —insistió.

Sintió la presencia de Kenneth, Zia y Sura aguardando a su espalda, silenciosos, cautos. Como si tuvieran miedo de quebrar un momento íntimo.

—Grace ha desaparecido. —La voz le tembló e Imora se arrojó sobre Nereida y la abrazó. Sus brazos la rodearon con fuerza, se aferró a ella como si fuese capaz de salvarla de sus propios miedos.

La carga de esa confesión ancló a Nereida en la tierra, la golpeó en el pecho y la dejó muda, seca. Grace había desaparecido.

Su seguridad vaciló. No esperaba aquella noticia. No podía esconderse del peligro, pero de alguna ingenua y absurda manera había confiado en que este no podía alcanzar a Grace. No mientras estuviese ella para detenerlo.

Rodeó a Imora con los brazos e inhaló el olor a humo de su pelo y su ropa. Hacía años que nadie la abrazaba.

Las piernas casi le fallaron cuando la chica se apartó y se puso en pie.

—Hay algo que debes ver —dijo Imora, con los ojos fijos en Sura y Zia, que estaban revisando el perímetro en silencio—. Ven.

Nereida siguió a Imora, que señaló un camino. Se alejaron del fuerte e Imora la condujo hasta la explanada ancha que se extendía al otro lado de la colina. Estaba bastante lejos de la fortaleza, pero, en cuanto subieron la cuesta empinada, lo notó. Enseguida percibió el olor a sangre, a descomposición.

Imora señaló con el dedo índice el lugar y Nereida se acercó. Apartó unos setos, y entonces lo vio.

—Mierda —soltó, y no se percató de la respiración de Kenneth detrás de ella hasta que este le sujetó el brazo para impedir que se lanzara sobre el cuerpo que yacía inerte en la tierra húmeda.

A decir verdad, no necesitaba acercarse más para saber a quién pertenecía el cadáver, aunque estaba demacrado, hinchado.

Nereida se apartó un poco y se obligó a respirar por la boca antes de acuclillarse al lado del cuerpo. Entrecerró los ojos y retiró un jirón del traje del cadáver para examinar el cuerpo. Aquello era claramente obra de un asesino entrenado no solo por la precisión de la mano ejecutora, que lo había matado con un único disparo en medio del pecho, sino también por la forma de deshacerse del cuerpo arrojándolo al río. El asesino debía de haber pensado que así nadie lo encontraría, pero el agua lo había arrastrado hasta ese punto. El cuerpo estaba libre de posesiones, no llevaba encima ni un cuchillo y no tenía puesta su pulsera transmisora.

—¿Un disparo? —preguntó Kenneth.

—En el pecho; habrá muerto en el acto —replicó Nereida con la voz rasposa.

Intentó no hacer ninguna mueca cuando se fijó en la expresión de rabia del rostro sin vida de Valentino. Los ojos miraban sin ver y una mancha oscura le salpicaba los labios macilentos, en los que se acumulaba un enjambre de moscas espantosas.

—¿Crees que…?

—No —sentenció ella, volviéndose hacia Kenneth con la intención de alejarse del cadáver. No hacía falta preguntar, sabía con absoluta certeza que Imora no era la responsable—. El río lo ha traído hasta aquí, por eso está hinchado, y los golpes seguramente se deban a las rocas.

Su amigo asintió en silencio y ella agradeció que no dudase de su palabra. Giró hacia la derecha y se alejó con enormes zancadas dejando atrás la podredumbre y la amargura que empezaban a filtrársele bajo la piel.

Fueron hasta donde estaba Imora y volvieron al fuerte en silencio.

—Grace ha desaparecido —repitió Imora, como si no lo hubiera dicho ya antes de enseñarles el cadáver de Valentino. Se sentó frente al fuego, preocupada. Kenneth parecía tenso, incapaz de mirarla a los ojos—. Anoche me dijo que iría a la letrina y a tomar un poco el aire, pero no volvió. La busqué, Nereida. Es mi amiga y tenía miedo de que algo malo le hubiese pasado. Tenía que encontrarla, y estuve hasta la madrugada llamándola, pero todo lo que encontré fue a Valentino.

Nereida observó el rostro contraído de Imora y le pareció que el mundo se oscurecía a su alrededor.

—¿Dónde puede estar Grace? —preguntó Kenneth más para sí mismo que para sus compañeros.

Imora sacudió la cabeza y Nereida la oyó respirar con fuerza, como si le costase llenar los pulmones de aire.

—No lo sé —admitió.

—Nadie desaparece así como así.

Tan pronto las palabras salieron de sus labios, se dio cuenta de la carga que tenían en su voz. Claro que podía desaparecer, claro que alguien podría perderse en aquel bosque. Recordó el rostro sin vida de Lila, el de Valentino, pensó en el brazo de Lucrecio y se obligó a bajar los ojos, a ocultarle a Imora la vergüenza que comenzaba a trepar por su garganta. Solo quedaban ellos y probablemente el equipo de Siri, Claudio y Vania.

¿En qué momento habían muerto tantos competidores?

—Creo que yo sé dónde encontrarla.

La afirmación provenía de Zia, que estaba inclinada sobre las brasas y miraba a Nereida.

—¿Cómo?

La chica se irguió y sacó un pequeño dispositivo electrónico del bolsillo interior de su traje. La luz de la fogata afiló sus rasgos y Nereida apreció el cansancio bajo los ojos oscuros.

—Creo que Grace no ha sido del todo sincera con vosotras. —La sonrisa afilada de Zia vaciló un instante.

—¿De qué coño estás hablando? —inquirió la asesina dejando que su voz irradiara la rabia que le provocaba una acusación como esa.

Sura negó y el ojo bueno la estudió en un silencio cargado de dudas.

—Grace debe de estar en la zona prohibida del bosque —explicó Sura estirando las manos sobre el fuego mientras su hermana se arrebujaba en la enorme chaqueta que le cubría los hombros.

Imora y Nereida intercambiaron una mirada tensa.

—Eso no puede ser verdad —exclamó Imora con la voz teñida por la indignación—. Me habría avisado.

Zia se encogió de hombros.

—No pongo en duda que seáis sinceras entre vosotras ni cuestiono vuestra… relación. Quizá no quería ponerte en peligro y por eso no te ha contado toda la verdad.

Algo frío, abrumador, bajó por la espalda de Nereida, cuyos pensamientos apenas podían girar alrededor de otra cosa que no

fuese encontrar a Grace.

—Escuchad. —Zia se inclinó hacia ellas y bajó la voz—. Me parece que Grace está buscando la forma de entrar en Sisne y sus intenciones son cumplir un encargo muy diferente al que os imagináis.

Sura se volvió hacia su hermana, que, aparentemente satisfecha, asintió con la cabeza, como si la animase a decirles la verdad, a confesar aquello que los demás no sabían.

—A Grace no le interesa ganar la Cacería —añadió Zia, e Imora se puso en pie con un movimiento violento—. A vuestra amiga la patrocina uno de los peces gordos de Pegasus y, créeme, sus intenciones nunca fueron las mismas que las vuestras. Grace os ha mentido, y me temo que es probable que esté metida en un lío tremendo.

—¿Qué tipo de lío? —preguntó Imora, que no se atrevía a mirar a Nereida.

—Yo diría que el mismo tipo de lío en el que se metieron Valentino, Lila o Lucrecio.

CAPÍTULO 28

GRACE

Grace apenas se acordaba de su tierra natal. Si cerraba los ojos y escuchaba el silencio, podía recordar algunos detalles como el azul cerúleo del agua, el olor a hierba recién cortada o el sonido de las olas contra el puerto, pero no había sido capaz de retener imágenes de su vida allí.

Tabai era una isla fronteriza con Ynsgard en la que la pobreza marcaba las vidas de sus habitantes, que solo tenían una historia triste que ofrecer a los escasos viajeros que se animaban a visitar aquella tierra inhóspita.

De alguna manera, el lugar sombrío en el que se encontraba le recordó al puerto desvencijado de Tabai. Tal vez era por el silencio sepulcral o la ausencia de vida, pero los recuerdos de Grace se trasladaron durante unos instantes a un pasado que yacía velado bajo las capas de su memoria.

Tiberio le dio un golpecito que la sacó de su ensimismamiento y se detuvo a admirar los edificios que los rodeaban y que aún conservaban su belleza de antaño. En especial, se fijó en un caserón enorme de cuatro plantas en el que destacaban unas columnas pálidas coronadas con capiteles rocambolescos. La entrada estaba compuesta por un arco dividido en dos que parecía llamar a Grace.

Mareada, sacudió la cabeza y notó la aprensión que se le filtraba en la piel.

—Allí hay alguien —susurró Tiberio a su lado. Estaban agazapados tras unos matorrales frente a un caminito de guijarros

que conducía a la sede de Sisne—. Mantente en silencio.

Ella obedeció y apretó los labios. Se le formó un nudo en el pecho cuando dos voces atravesaron el aire. Eran hombres, y por el tono distendido de la conversación se dio cuenta de que, a diferencia de ella y sus nervios, estaban bien acostumbrados a vagar por esa zona del bosque sin gran preocupación.

—Van a entrar, mira. —Tiberio señaló a los recién llegados y ella se inclinó un poco para verlos acercarse hasta la puerta del edificio principal, vigilada por un hombre de aspecto regio.

Los recién llegados llevaban una enorme caja metálica con un sello de precaución en el lateral. El logo de Sisne brilló sobre la tapa cuando mostraron un par de tarjetas de identificación al guardia. Este asintió y los hombres escanearon los códigos en el panel que había a la izquierda. La puerta con forma de concha se deslizó para dejarlos pasar al interior del complejo.

—Vienen del planeador —apuntó Tiberio.

Grace se fijó en el vehículo que unos minutos antes había aterrizado sobre una plataforma circular y estudió a las dos mujeres de rostros cetrinos que se habían quedado atrás para vigilar la puerta entreabierta.

—Podríamos acercarnos.

Un suspiro se escapó de los labios de la chica mientras sopesaba la propuesta.

—¿Y si nos ven?

—Nos aseguraremos de que no lo hagan —susurró Tiberio como si se tratase de algo sencillo.

Las dudas la asaltaron con violencia y las manos empezaron a sudarle. Ella había hecho un trato con Mira, pero eso era cuando creía que Sisne estaba abandonado. En ese momento, las cosas eran muy distintas.

Grace ahogó un suspiro y se secó las manos húmedas en la tela de la chaqueta al tiempo que se planteaba los posibles escenarios que podían darse si se acercaban. La ladera se inclinaba y las secuoyas cubrían el cielo con sus frondosas ramas, arrojando una

oscuridad casi perpetua alrededor de las inmediaciones de Sisne. Además, el terreno no favorecía la discreción. La tierra húmeda estaba salpicada de piedras, ramas secas y restos de lo que un día había sido el complejo, por lo que era difícil caminar sin hacer ruido.

—¿Estás bien?

La pregunta de Tiberio la devolvió a la realidad y, tras unos momentos de silencio, le preguntó:

—¿De verdad crees que podemos entrar si hay gente allí?

Tiberio emitió un gruñido y asintió mientras tiraba de su mano para obligarla a ponerse en marcha. Estaba tan decidido, tan lleno de determinación, que ella simplemente lo siguió. Descendieron por la pendiente con cautela y se acercaron hasta una de las casas abandonadas más cercanas a la entrada, que quizá en otro tiempo había sido el refugio de los guardias de Sisne. Grace seguía a su compañero con la espalda tensa, esquivando las raíces y evitando resbalar en el barro.

No respiró con calma hasta que Tiberio abrió la puerta maltrecha del edificio y se refugiaron en las sombras del interior. Un espacio pequeño y sombrío los recibió con los ecos de un pasado olvidado.

Grace examinó la habitación. Un papel pintado descolorido y manchado de moho cubría las paredes. Había dos muebles apoyados frente a una vieja estantería en la que descansaban una docena de libros antiguos y un peluche cubierto por manchas oscuras. Salvo por la suciedad, todo parecía intacto.

La chatarrera quiso estirar los dedos hacia el muñeco y sentir la calidez humana de los fantasmas que habitaban ese lugar, pero en ese momento las puertas del edificio de Sisne se abrieron con un chirrido metálico que atrajo su atención. Tiberio frunció los labios, se pegó a la ventana y levantó el índice para señalar a los hombres que minutos antes habían entrado al recinto y ahora abandonaban el edificio cargando dos cajas de hierro sobre un traslador a propulsión que las sostenía a escasos centímetros del suelo.

—Están sacando algo de ahí —dijo para sí misma, estirando el cuello para intentar ver mejor.

Justo en ese instante, dos deslizadores más sobrevolaron la entrada y sus faros iluminaron la zona. Las cajas eran totalmente opacas, por lo que era imposible adivinar lo que había en su interior, pero junto a ellas, en el traslador, Grace vio dos jaulas de hierro con un contenido escalofriante: alphas.

Su mente empezó a plantear preguntas atropelladas: ¿Quiénes eran todas aquellas personas? ¿De dónde habían sacado los planeadores y toda la tecnología que llevaban consigo? ¿Qué había dentro de las cajas? ¿Seguían experimentando y creando nuevos alphas allí? ¿Con qué finalidad los estarían sacando del complejo? ¿A dónde se llevaban a aquellas criaturas incontrolables? Las manos le temblaron por la impresión y en el rostro desencajado de Tiberio adivinó las mismas preguntas que la sacudían a ella.

Ninguno dijo nada, pero Grace notó cómo Tiberio apretaba la mandíbula al ver que subían las cajas y los alphas al planeador.

—Esto es una jodida locura —espetó Tiberio con la voz ronca, llena de repulsión, cuando los planeadores se alejaron—. ¿Qué pretenden? ¿A dónde se los llevan?

Una idea surgió en la cabeza de Grace, que tanteó el disco de control en el bolsillo del pantalón.

—Creo que están intentando controlarlos —afirmó mientras sacaba el aparato y se lo tendía a Tiberio, que lo observó con inquietud.

Si aquella hipótesis era cierta, su intención debía de ser convertir a los alphas en armas.

El horror que le produjo esa idea la dejó helada. Recordó a su madre inclinada sobre la mesa en el taller, con los dedos manchados de grasa mientras trasteaba en las entrañas de un aparato exactamente igual al que ella había encontrado. No podía estar completamente segura de que fuera el mismo diseño, pero si pudiera ver los planos que su madre había dejado atrás…

—Este disco lo encontramos en el cuello de un vigilante.

A Grace le dio la impresión de que Tiberio empezaba a atar cabos. Buscó por la habitación y encontró una caja llena de

herramientas oxidadas. Ella ya había intentado hacer eso mismo en la fortaleza, con muchísimo cuidado de no romper nada, pero el chico usó un destornillador y un martillo sin ningún tipo de contemplación. Consiguió arrancar la tapa destrozándola en el proceso, pese a las muecas de Grace, y así consiguió abrir el disco y ver el interior.

La chatarrera ni siquiera se acordó de abrir la boca para quejarse, porque, en cuanto las tripas electrónicas quedaron a la vista, sintió que volvía al pasado, a una de esas tardes en las que se asomaba por encima del hombro de Kim.

—No puede ser —musitó sin apartar la vista ni un segundo. Reconoció el entramado de cables, los engranajes, el sistema—. Es igual que el prototipo de mi madre… ¡Ella diseñó esto! No llegaron a comprarle la licencia, pero los interesados se quedaron con un modelo defectuoso que ella les había enseñado como prototipo. Han debido de copiarle el diseño…

—¿Rastrean la localización o…?

Grace sacudió la cabeza. Se sentía asediada por una mezcla de culpa y angustia.

—No es un simple rastreador. Emite ondas radioeléctricas capaces de estimular el cerebro. No sé qué pretendían hacer con algo así, pero sí recuerdo que mi padre dijo algo de las cuestiones éticas que implicaba diseñar un dispositivo de control. —Hizo una pausa, cada vez más nerviosa—. Solo puede significar que tienen intención de controlarlos.

Tiberio echó una mirada fugaz al edificio de Sisne y se cruzó de brazos con actitud pensativa. Una arruga diminuta les surcó la frente casi al mismo tiempo.

—Grace, esto es peor de lo que suponía. Tenemos que entrar a la sede —dijo con urgencia.

Grace abrió la boca, pero ningún sonido salió de sus labios. Estaba convencida de que su papel de heroína era el mayor fiasco de la historia, pero… ¿qué tipo de persona era si no intentaba acabar con aquello? ¿Era posible que su madre estuviese allí y hubiese

entregado el diseño? Era una posibilidad, pero no podía estar segura.

Tiberio le apretó entonces la mano, en silencio, y Grace asintió con un pesar doloroso en el corazón.

—De acuerdo, lo haremos entonces.

Con cuidado, Tiberio abrió la puerta de la casona y se deslizó a través de las sombras de la tarde. Grace lo imitó con el pecho retumbando por el miedo. El edificio de Sisne era enorme y estaba compuesto por varias estructuras circulares que se plegaban a una rectangular. En esta, los conductos de ventilación sobresalían del techo, pero, aparte de ese detalle, la construcción parecía hermética, imposible de traspasar si no era por la puerta principal.

Con la espalda pegada a la pared de metal del edificio, se fueron acercando a la entrada, pero un ruido los alertó. Sin decir palabra, se separaron y Grace se apresuró a ocultarse detrás de un árbol. No se le ocurrió nada mejor. Estaba demasiado estupefacta como para huir.

Las voces se hicieron nítidas y, al cabo de unos segundos, vio a dos de los excompañeros de Nereida, que deambulaban por las inmediaciones concentrados en su conversación. Durante un momento, pensó que no la verían. Que pasarían de largo. Pero se equivocó.

—Vaya —exclamó Vania, que fue la primera en percatarse de su presencia—. Tenemos una visitante, querido amigo.

El reconocimiento brilló en los ojos de Claudio, que no dudó en acercarse hasta ella y sujetarle el cuello con fuerza. Grace boqueó e intentó, en vano, alcanzar el cuchillo que guardaba en el bolsillo de la chaqueta.

Claudio le inmovilizó el brazo y un destello de dolor la sacudió desde el hombro al codo.

—Pero si es la compañerita de Nereida. —Soltó un silbido, y Vania levantó una mano para tocarle el labio hinchado—. Tenías razón, Claudio. Esta es de las que dan problemas.

—Te dije que era mejor cargárnosla al principio. Tendría que haber sido ella en lugar de Adria —replicó él, y su voz cortante quedó amortiguada por los susurros del viento, por el terror hilarante que le producía a Grace la repentina cercanía de aquel hombre y por la risita pérfida de Vania.

—Vosotros la matasteis —constató con horror, y Claudio sonrió.

—Un pequeño contratiempo —respondió él con fría indiferencia—. Quería esperar a entrar al bosque, pero la muy imbécil metió las narices donde nadie la llamaba y escuchó algo que no debía.

Grace bufó y se revolvió entre los brazos de Claudio, que no aflojaron la presión.

—Ahora vas a seguir el ejemplo de todos los demás —le susurró el asesino apretando un cuchillo contra su cuello. Pero antes de que usase el arma, Vania le detuvo.

—Espera, puede sernos de ayuda —apremió, y se acercó más a Grace. La mujer mantuvo su rostro a tan solo unos centímetros del de ella como si pudiese oler el miedo en su piel—. ¿Dónde está Nereida?

Algo en los ojos de Vania le recordó a los fantasmas que poblaban sus peores pesadillas.

Al ver que no respondía, Vania ensanchó su sonrisa e hizo un gesto con la mano. Claudio apretó su agarre alrededor de los brazos de Grace y un destello doloroso la recorrió.

—Te lo voy a repetir. —Grace se sacudió y buscó a Tiberio en silencio—. ¿Dónde está?

La desesperación se zambulló en su torrente sanguíneo y a duras penas consiguió controlar un chillido.

—No ha venido conmigo —admitió tras una larga pausa.

La respuesta le salió con un leve temblor y, por la expresión lánguida en el rostro de Vania, supo que aquello no era lo que esperaban.

—Si colaboras, no te haré mucho daño —espetó de pronto—. Me gustaría tener una conversación con ella.

Grace parpadeó con fuerza, repentinamente mareada. Echó un vistazo a su alrededor. Seguía sin ver a Tiberio, sin saber dónde estaba.

—Por favor —suplicó, y se odió a sí misma por mostrar aquella debilidad. Era incapaz de dar un sentido a lo que veía. Era incapaz de decir algo mínimamente coherente. Solo atendía al acuciante miedo que palpitaba en su pecho—. Yo no sé nada.

—Ah, ¿no? —Vania alzó una ceja y la respiración de Grace se aceleró al ver cómo saboreaba su miedo—. Pero yo sí que lo sé todo sobre ti.

Sonrió antes de volver a hablar.

—Sé que tienes una hermana en el tercer anillo. Sé que está en un orfanato y que, ante la mínima señal, puedo hacer que alguien la saque de clase, la lleve hasta la Hermandad y le rebanen el cuello.

El pánico sacudió a Grace, que se revolvió contra las manos de Claudio.

—Bien —continuó—. Ahora que tengo tu atención, quiero que me digas dónde está Nereida. Si colaboras, si me ayudas a encontrarla, te aseguro que no te haré daño.

Grace podía leer el lenguaje corporal de Vania, la frialdad de aquellos ojos tan negros como un pozo de alquitrán, y sabía con certeza que mentía. Pero incluso así, por un triste momento, Grace se sintió tentada de creerlos. Le pareció que era más fácil abandonarse a esa mentira que resistirse a una lucha que sabía perdida.

Claudio le puso una mano en el hombro, clavándole las uñas en la chaqueta, y, sin que ella pudiera prever el movimiento, el puño de Vania se estampó contra su costado. La chatarrera se dobló por la mitad con un espasmo y cayó arrodillada en el suelo. Todos sus pensamientos fueron reemplazados por la desesperación.

Vania volvió a golpearla.

—Si tengo que arrancarte la respuesta a golpes, lo haré.

Grace sabía que decía la verdad. Lo percibía en las sombras de su rostro. Parecía disfrutar con su sufrimiento.

«Ellos mataron a Adria y probablemente a los demás, así que tienen que saber lo que se cuece aquí», se dio cuenta.

—Estáis trabajando aquí, con Sisne —se escuchó decir.

La mirada de la asesina se volvió todavía más fría.

—Así que sabes lo que hacemos.

—Traficar con ingeniería genética, controlar a los alphas…

Claudio permanecía impávido, como un observador ajeno al espectáculo. Solo cuando Grace se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, el asesino se agachó dejando sus ojos a la altura de los de ella para ponerle una mano en el cuello y forzarla a sostenerle la mirada.

Antes de que pudiese reaccionar, el asesino había agarrado el bláster de su cinturón y lo había levantado para apuntarle directamente al rostro.

—Nos vamos a dejar de tonterías —dijo Claudio escupiendo al suelo. La máscara de su rostro estaba descompuesta por una mueca de odio—. Te vienes con nosotros.

Cuando Vania le ató un trozo de cuerda deshilachada alrededor de las muñecas, Grace escuchó un silbido que la obligó a agacharse. Le costó reunir la fuerza para ponerse en pie, levantar el rostro y ver a Tiberio, que apuntaba a los asesinos con un bláster.

—Seamos civilizados —dijo el chico, y Grace reconoció la preocupación en su voz.

—Una mierda —bufó Claudio, y se ocultó tras un árbol antes de levantar su propio bláster y disparar. Tiberio esquivó el proyectil y Vania tiró de la cuerda de Grace para obligarla a agacharse de nuevo.

Tiberio accionó el bláster y el disparo pasó cerca de donde Claudio se ocultaba.

De pronto, una ráfaga de proyectiles cayó sobre Vania y Grace. La chatarrera gritó y se cubrió la cabeza con las manos, desesperada. El sonido impactó contra sus oídos y, de repente, un peso cayó sobre ella.

Todo sucedió en un pestañeo. Un segundo en el que apenas consiguió comprender lo que ocurría. Grace se apartó y vio a Vania a su lado, desangrándose.

—Joder —susurró ella, y se acercó. Vania la miró, con la sangre en los labios y la expresión horrorizada de quien se cree inmortal y de la nada descubre que no lo es.

—Claudio… —llamó Vania con un hilo de voz.

Entonces, Grace se fijó en la herida que tenía en el pecho. Un agujero del que brotaba la sangre que le empapaba el traje.

Grace abrió la boca y la volvió a cerrar, confusa.

Vania se moría.

La chatarrera podría haber intentado cortar la hemorragia, podría haber gritado para que la ayudaran, pero no lo hizo. Sabía que no serviría de nada, que no podía salvarla.

Apartarse de Vania le costó tanto que le llevó casi medio minuto moverse. No sentía pena por ella, pero para Grace dejarla atrás suponía, de alguna manera, ser partícipe de la muerte de otra persona. Y no se sentía preparada para cargar con eso en su conciencia.

La impresión de la sangre la había dejado demasiado aturdida como para moverse con rapidez. Dio tumbos por el bosque en un intento de alejarse de los asesinos.

Al mirar hacia atrás por encima del hombro, Grace vio cómo Claudio se acercaba con torpeza a Vania y acunaba su rostro entre las manos. Un sollozo desesperado le desgarró la garganta.

—¡Grace! —la llamó Tiberio, y ella, que se sentía más en el mundo de los muertos, siguió su voz para regresar con los vivos.

Se acercó hasta él, que se había ocultado tras los restos de una pared medio derruida. Cuando la tuvo a su alcance, Tiberio le desató las muñecas y, tras cogerla de la mano, la obligó a correr.

Al principio, las piernas de Grace se resistieron, pero los dedos de Tiberio alrededor de los suyos la obligaron a avanzar con rapidez. «Solo un poco más», pensó mientras el chico la guiaba.

Corrió lo más rápido que sus piernas le permitieron, con el miedo acechando a su espalda y la culpa crispando sus alterados nervios.

—No mires atrás.

Grace no tenía ni idea de cómo era capaz de mantenerse en pie. Sintió que el suelo se volvía empinado, así que subió por la pendiente que tenía delante sin pensar. Un disparo le cortó el aliento, pero, aun así, no se detuvo, ni siquiera cuando otro estallido retumbó en el aire. No miró atrás. Se impulsó.

Apenas la separaban unos metros de la linde cuando Tiberio se detuvo.

La firmeza de su mano se desvaneció mientras más disparos los rodeaban.

—No. No. No…

Grace se precipitó sobre él.

Le sujetó los hombros y lo arrastró medio metro antes de caer sobre la tierra.

—Vete —gimió su amigo—. Lárgate de aquí.

Tiberio mantenía la mano firme sobre el hombro izquierdo. La sangre le manchaba la piel de rojo fuego.

—No te voy a dejar, te lo juro…

Pero él no respondió. Señaló la falda de la colina, el lugar del que llegaban más disparos.

—Busca a Kenneth, pide ayuda, diles lo que están haciendo aquí. Por favor.

Grace jadeó y sintió que algo dentro de ella se rompía. No podía dejarlo, no era capaz de continuar y abandonarlo. Luchó por reprimir un quejido. La indignación la inundaba y hacía que toda su fuerza se tambaleara.

—¡Corre! —gritó Tiberio con rabia, y ella dudó unos instantes—. Ya, Grace, ¡joder! ¡Vete!

Y con un sollozo roto, lo hizo.

Corrió.

Se arrojó de nuevo al bosque. No le dio tiempo a mirar atrás, solo dejó que sus piernas la arrastraran mientras las lágrimas le caían por

el rostro.

Siguió corriendo hasta que las piernas le fallaron, hasta que se derrumbó. No sabía cuánto tiempo había pasado, ni siquiera sabía dónde se encontraba. El cansancio proyectaba una sombra densa sobre su mente y no le permitía pensar en otra cosa que no fuera en el dolor.

Un suave crujido atrajo su atención y, con el miedo tensándole todos los músculos, consiguió erguirse.

Pero no era Claudio quien acechaba detrás de los pinos. Sus ojos se encontraron con los de Nereida, que corrió hasta ella. También vio a Imora y otras personas a las que no alcanzó a reconocer en ese momento.

Grace pensó que tal vez estaba muerta.

—Grace. —La voz de la chica le pareció rasposa y ella cerró los ojos saboreando el sonido de su nombre en los labios de la asesina. Era agradable, casi reconfortante.

Sin poder evitarlo, cedió al agotamiento y se arrastró hasta la inconsciencia.

CAPÍTULO 29

NEREIDA

Nereida conocía distintos tipos de desesperación. Algunos estaban impulsados por el amor; otros, por la necesidad de salvaguardar la vida. Y, por primera vez en su existencia, ella sentía los dos a la vez. Un dolor hondo le oprimía el pecho, tanto, que sentía que se ahogaba.

—Grace…

Un mar de emociones se extendía por sus huesos demostrándole que, bajo su piel de asesina, se encontraba una persona capaz de sentir, de experimentar la angustia y la tristeza.

En silencio, Nereida estudió a Grace. La piel macilenta de la chatarrera no le parecía una buena señal y no estaba dispuesta a permitir que nada malo le ocurriera. Le pasó una mano por el rostro, pero ella no reaccionó. El movimiento de su pecho era irregular, demasiado lento.

—Salgamos de aquí —dijo sin esperar respuesta de sus compañeros, que se habían acercado. Kenneth, Imora, Zia y Sura asintieron, y ella pasó una mano por la espalda de Grace y la otra por las piernas y la levantó.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se alejó de la colina con Grace en brazos. Deambularon por el camino en un silencio tenso, y le sorprendió descubrir que ninguno de sus acompañantes se atrevía a decir nada.

Solo cuando la distancia le pareció considerable, se giró hacia los demás esperando una propuesta que la ayudara a contener los

nervios.

—Sé dónde podemos escondernos —musitó Sura leyendo su angustia.

La chica se adelantó y le mostró un camino estrecho por el que se encaminaron en el más absoluto de los silencios. Estaban demasiado lejos de la fortaleza como para intentar llevarla hasta allí, pero tampoco podían mantenerse demasiado cerca de la sede de Sisne.

Habían escuchado los disparos. Habían corrido por la ladera temiendo encontrarse con los responsables de las muertes de los otros competidores. Cuando había visto a Grace en el suelo, se debatió entre quedarse con ella o ir a por aquello de lo que había huido, pero, finalmente, un acuerdo tácito con su grupo la obligó a moverse con la urgencia de poner a la chica a resguardo.

Mientras retomaban la marcha, a Nereida le pareció escuchar gritos, voces de otra época que le helaron la sangre. El sonido se le metió bajo la piel y la paralizó durante un segundo.

—Son fantasmas —susurró Zia pasando junto a ella. Una mezcla de miedo y escepticismo le sobrevino y tuvo que respirar con fuerza para poder continuar con la caminata.

«Pertenecen al norte», se recordó. «Allí son supersticiosos; continúan creyendo que el bosque es un ente en el que duermen las vidas de quienes sucumbieron al poder de Sisne o a los alphas».

El camino se curvó ligeramente hacia la izquierda y Nereida siguió a Sura, que señaló un hueco formado por dos columnas semiderruidas por el que pasaron. Había oído hablar del mundo eterno que había existido en el bosque y que dormía tras las vallas de la ciudad y, pese a que había visto algunas construcciones de lo que fue una vez una civilización, no pudo evitar soltar una exclamación al observar lo que se extendía ante sus ojos.

Los ecos de lo que fue una ciudad. Un fantasma de otra época.

Nereida se detuvo y miró los edificios antiguos, convertidos en un despojo, y caserones imponentes en los que se adivinaba el deterioro de los años y la falta de presencia humana. Las fachadas desgastadas eran reclamadas por la maleza, que subía y se

adentraba a través de las ventanas rotas. Las enredaderas cubrían las puertas y trepaban por las paredes de los edificios, que ya solo eran una sombra de lo que habían sido.

—Es sorprendente, ¿verdad? —comentó Sura a su lado—. Los primeros días descubrimos estas ruinas y hemos estado dando vueltas por aquí desde entonces.

Señaló con un dedo un edificio semicircular que en otro tiempo debió de ser brillante y moderno, pero que en ese momento estaba cubierto por una pesada capa de óxido.

La puerta de la entrada colgaba torcida de los goznes herrumbrosos y chirrió cuando Sura la movió. Se internaron uno a uno en la pesada oscuridad del edificio. Nereida entró cargando con el peso de Grace y la depositó en un sofá alargado de un tono verde que descansaba en el medio del amplio salón polvoriento al que habían accedido. Dos muebles cerca de la pared del fondo yacían volcados, y encima se apreciaban un par de mantas azules y en la pared oscura un retrato de un antiguo emperador, que parecía vigilarlos. Los ojos helados de su bisabuelo parecían ver a través de ella y Nereida no consiguió reprimir un escalofrío.

—Todo esto es… —Imora sostuvo la linterna en alto y se quitó la capucha con un gesto de absoluto asombro. En su voz se percibía una ligera emoción que Nereida no compartía—. Impresionante. Había leído sobre ello, pero nunca pensé que podría conservarse intacto después de tanto tiempo.

—Aquí vivía gente. El bosque no siempre fue de Sisne y sus trabajadores, aunque, después de su llegada, estos construyeron alrededor de la sede —apuntó Kenneth. Su tono era tranquilo, sosegado—. Al principio, la gente que trabajaba para Sisne iba y venía cada día desde Ciudad Espejo. Pero con el paso del tiempo, la directiva de Sisne consideró que podía crear una especie de pueblo e impedir que tuviesen que recorrer el bosque cada día para volver a casa. Tiberio siempre ha dicho que era una forma de control. Tenían cientos de trabajadores y no querían que se filtrase la información de lo que realmente pasaba aquí.

Nereida no dijo nada. También ella había escuchado esos rumores, y, aunque nunca les dio crédito, ese lugar le parecía una constatación.

Nereida no pudo evitar pensar en todas las muertes causadas por el arrebato de un grupo de personas egoístas, no pudo no recordar que el desastre de la multitecnología había matado a casi todos los que vivían allí. Y, un instante después de que esos pensamientos cruzaran su cabeza, dudó. Porque si había gente alrededor de Sisne que no temía la radiación, si ella misma se había acercado lo suficiente a la sede y no había sentido ningún efecto en su cuerpo, ¿realmente había existido el desastre? ¿Qué había pasado realmente con la gente que vivía allí? ¿Qué estaba sucediendo ahora?

Sura debió de percibir la inquietud de Nereida porque dejó que vagara por los rincones para asegurarse de que no había ningún peligro.

Se negaba a creer que ella formaba parte de un sistema corrupto, que fuera un simple eslabón de la cadena. Sacudió la cabeza y pensó en Zarina. ¿Su hermana sabría la verdad? ¿Era la emperatriz quien movía las piezas del tablero o solo era un símbolo a disposición de los que de verdad tenían el poder?

Aquellas preguntas la sacudieron. Ya no podía estar segura de nada. De hecho, Zarina empezaba a parecerle una desconocida.

Nereida sabía que su padre había sido un hombre de voluntad férrea que no perdonaba a sus enemigos y cuyas políticas estrictas le granjearon el odio de las clases bajas. Pero siempre había creído que su hermana era muy diferente.

Se movió por la casa y en una de las salas encontró una licorera en la que todavía quedaba una botella de ron sin abrir; la cogió mientras Zia repartía barritas de proteínas.

—Tiene fiebre —apuntó Imora, que estaba sentada junto a Grace—. Acabo de darle la última sonda que nos quedaba en el botiquín; le ayudará con el dolor.

—Se pondrá bien —repuso Zia, que se había alejado para abrir las ventanas y ventilar la estancia—. En la mochila tengo agua potable y

café. En la despensa hay un cazo, y, si hacemos funcionar esa cocina de gas, puedo prepararlo.

La perspectiva de beber café caliente aligeró el pecho de Nereida, que se limitó a asentir notando que los músculos de su espalda se relajaban. Llevaban toda la noche y el día deambulando por el bosque en busca de Grace y de Tiberio.

—Creo que deberíamos hablar —apuntó Kenneth, que estaba de pie junto a una ventana.

Nereida ladeó el rostro y asintió. Se sentó directamente en el suelo y se abrazó las rodillas. La botella de ron pendía entre sus dedos como una invitación a amortiguar el dolor.

Entre todos ellos flotaba el miedo inherente a lo que estaban viviendo. Ya no era una Cacería, no se trataba de una competición en la que el ganador saldría bien parado, y, para ser sincera, a Nereida ya no le importaba. Se trataba de un peligro mucho mayor que el que habían imaginado, algo que podría cambiar el mundo.

—Vosotras conocíais este lugar —espetó Imora, mirando de frente a Zia y Sura, que se tensaron en el acto—. ¿Por qué? ¿Cómo habéis llegado aquí?

Los ojos oscuros de Zia se iluminaron y se apresuró a pasarse una mano por el rostro cansado antes de acercarse hasta ellos.

—Nosotras vivíamos en uno de los pueblos que lindan con el lado noroeste del bosque —admitió, y Sura dejó escapar un suspiro pesado que hizo que su hermana la mirase con algo de tristeza—. ¿Habéis oído algo sobre las rebeliones que se están produciendo en el norte?

Nereida se giró de golpe al oír a Zia. Ella sí que había escuchado hablar de ello en la Hermandad: ataques a las fuerzas de seguridad, fábricas de suministros quemadas y asesinatos.

—Pensé que todo aquello era cosa de la Resistencia —admitió Nereida.

—Ese alpha, el que atacó vuestra Feria —musitó Zia—, llevaba meses rondando y sumiendo en la destrucción a un montón de pueblos del norte. Y puedo afirmar sin ninguna duda que vuestros

gobernantes están detrás de esto. Han saqueado las fábricas de armas, los suministros eléctricos escasean, nuestra gente está hundida en la miseria y nadie hace nada.

Nereida ladeó el rostro y descubrió que Kenneth apartaba la mirada con una pizca de vergüenza.

—Vosotros vivís en la ignorancia absoluta mientras el norte se derrumba —espetó Sura con la voz colmada por la indignación. La gravedad de sus palabras sacudió a Nereida.

—Pero ¿por qué nadie habla de esto en la ciudad? —preguntó Imora, bajando la cabeza.

Aquello hizo que Sura rechinara los dientes, víctima de la rabia incendiaria que sin duda llevaba tiempo guardando en su interior.

—¡Porque lo están silenciando! Cualquier información es eliminada de la red antes de que alguien pueda hacerse eco de ella. Ni Pegasus ni 4DL, y mucho menos la emperatriz, pueden permitir que algo así se sepa. Alentaría las revueltas —bramó Zia—. No quieren que se sepa que esta gente está jugando a ser un dios aquí dentro, en este lugar perdido en el que nadie puede exigirles una explicación.

»Zarina juega desde su palacio a gobernar, a ser una emperatriz justa, cuando la realidad es que la gente se está muriendo. El norte de Ynsgard se desangra. La gente de Tabai muere intentando cruzar el mar mientras los pueblos anexos al bosque son masacrados. Y luego se permiten el lujo de convocar una Cacería, de hacerles creer que sus vidas pueden cambiar al entrar en esta competición. Dan esperanza a la gente para que crean que, cada vez que aparece un maldito alpha, podrán conocer la gloria.

Las palabras fueron como un jarro de agua fría. De eso se trataba. No eran solo el morbo y la curiosidad que despertaban el bosque o los alphas. No era solo cuestión de controlar a base de miedo, de los monstruos que acechaban tras las cercas eléctricas. También iba de esperanza. De hacerles creer que estaban a salvo tras las murallas de la ciudad.

—Zarina ha dejado que cada ciudad tenga su propia autonomía, por eso hay situaciones que escapan de su dominio —intervino Nereida.

—Mientes —advirtió Zia con indiferencia—. En el fondo, sabes que Zarina se empeña en mantener un equilibrio en el que solo ella y su ciudad pueden salir beneficiadas.

La imagen de su hermana dentro del palacio mientras otras personas morían desfiló por la mente de Nereida arrojando un destello de dolor que la hizo apretar los párpados. En Ciudad Espejo vivían rodeados de muros. Muros visibles que separaban clases sociales y muros invisibles que alejaban a la gente.

—Pero vosotras… —Imora levantó una mano—. ¿Habíais entrado antes al bosque?

Sura apoyó las manos en la mesa y asintió. A Nereida le pareció ver un ligero cambio en su actitud, en los hombros demasiado rectos y la línea de la mandíbula tensa.

—Sí. —Una sonrisa felina se deslizó en los labios de Sura—. Después de salir del norte, vivíamos aquí.

La confesión los dejó helados.

—Nos refugiamos en el bosque —explicó Zia—. Por eso, en cuanto supimos de la Cacería, creímos que era la oportunidad de hacernos escuchar. Fuimos a Ciudad Espejo y encontramos a la Resistencia. Esperábamos unirnos a ellos, pero nos ignoraron; ni siquiera escucharon lo que teníamos que decirles.

—Eso fue mi culpa —admitió Sura casi con vergüenza—. La Resistencia sabía a lo que me dedicaba y no querían trabajar con alguien con mi historial.

Nereida alzó una ceja y Sura explicó:

—Yo trabajaba como piloto para una de las fábricas de armas que se encargaba de pertrechar a los grupos policiales del norte y centro de Ynsgard.

Si su intención era que alguno de ellos se pusiese nervioso, lo consiguió. Kenneth se revolvió en su asiento y esquivó la mirada de Sura. Ser piloto en el norte equivalía a ser un mercenario.

—¿Cómo termina una piloto del norte en una Cacería?

—Conocimos a una persona con la que pudimos hablar de nuestra situación y de lo que sabíamos —dijo Sura, y su ojo se fijó en las ventanas abiertas—. Estaba interesada en lo que se escondía en el bosque y, cuando le confirmamos que estábamos viviendo aquí y que no éramos las únicas, despertamos su interés.

—Ella no sabía que las fronteras del bosque habían caído en el norte —soltó Zia, y su hermana asintió como dando por válida su aportación—. Pero le contamos todo. Le dijimos que la alambrada del norte estaba cortada, que alguien había roto los protocolos y que no se había esforzado demasiado en disimular porque, dada la situación, era evidente que ni Zarina ni las megacorporaciones se estaban fijando en lo que pasaba allí.

—Si habíais estado aquí, ¿también sabíais lo de Sisne? —preguntó Nereida, confusa.

—No antes de la Cacería —admitió Zia—. Nunca nos habíamos acercado tanto a las instalaciones. Temíamos la radiación y…, a decir verdad, solo queríamos un refugio temporal. Nuestra intención jamás fue explorar el bosque, y mucho menos esa zona.

A Kenneth se le descompuso la cara y, con una incomodidad creciente, casi palpable en el aire, bajó los ojos, aplastado por su papel dentro del palacio y todo lo que conllevaba su trabajo con Zarina.

—Como ya os imaginaréis, la mujer decidió patrocinarnos de manera anónima. Fue ella la que nos dijo que creía que la historia de la radiación alrededor de Sisne era una mentira. Creo que nuestra historia, de hecho, la convenció de que algo extraño pasaba en el bosque, aunque ya debía de tener sus sospechas de antes. —Sura negó con la cabeza.

—Creo que deberíamos salir de aquí y avisar a alguien, a quien os ha contratado o a la Resistencia —dijo Imora mientras lanzaba una mirada cauta a la pulsera de Sura.

—Es imposible emitir una señal, hay inhibidores —le recordó Kenneth.

—¿Y salir del bosque? —preguntó Imora.

—No voy a irme sin Tiberio —sentenció Kenneth.

—Y nosotras tenemos intención de ver qué están haciendo dentro de Sisne.

Un pesado silencio los rodeó.

—Pero si Sisne sigue operativo de alguna manera, debe de tener alguna conexión que podamos utilizar —dijo Zia de repente—. Si queremos mandar una señal, podríamos hacerlo desde dentro.

—Entrar será imposible —espetó Imora, imponiendo algo de razón en la conversación—. Es demasiado arriesgado. Nos atraparán antes de llegar a las puertas.

El silencio los envolvió.

Nereida dibujó círculos en el suelo con los dedos y deseó volver atrás, evitar participar en aquella competición que era mucho más grande que ella. Las intenciones de todos eran, cuando menos, nobles y sinceras, mientras que ella lamentaba que lo único que le apetecía en ese momento era olvidarse del mundo. Beber y dormir en la comodidad de su casa.

—Decidid vosotros —dijo tras ponerse en pie. Después, giró sobre los talones y se dirigió hacia las escaleras que daban a una planta superior—. Necesito pensar.

Se aclaró la garganta y echó una mirada breve al salón antes de asegurarse de que nadie se interponía en su camino. Casi de puntillas, se deslizó hacia las escaleras notando cómo sus nervios se tambaleaban, a la par que toda su perspectiva de futuro.

CAPÍTULO 30

GRACE

El miedo es una fuerza primigenia capaz de acabar hasta con el más valiente de los guerreros. Y Grace, que no era ni valiente ni luchadora, no suponía una excepción.

Cuando recuperó la consciencia, sintió que la desesperación y el horror vivido la ahogaban. Se aferró a la sensación de estar aún allí, de no estar muerta. Poco a poco, los recuerdos llegaron hasta ella. La sacudieron y le arrancaron lágrimas marcadas por el dolor y la tristeza.

Se incorporó suavemente y miró a su alrededor, procurando no hacer ningún ruido. No sabía dónde estaba, pero le pareció que aquel lugar estaba más sucio y desordenado que los peores garitos del tercer anillo. El desvaído tono pardo de las paredes desconchadas atrapaba el reflejo de la noche.

Imora dormitaba sentada junto al sofá con la espalda apoyada en la pared y una taza enterrada entre los dedos. Al otro lado, sobre un viejo sofá de cuero, yacía Kenneth con los ojos cerrados.

Le alivió verlos allí, a salvo, en paz.

Grace se deshizo de la manta y deslizó los pies hasta el suelo con cuidado. No quería despertarlos y arrastrarlos hasta su realidad, quería concederles unos minutos más de sueño, lejos de todo lo que vivían en el bosque.

—No te levantes tan deprisa —susurró Nereida al otro lado de la sala, y Grace se sobresaltó. No la había visto y, de repente, un alivio inmediato la invadió al darse cuenta de que estaba bien.

La asesina se acercó y la sujetó por el brazo mientras el corazón le trastabillaba en el pecho. Entre las dos consiguieron que Grace se pusiese en pie sin despertar a Imora y, gracias a la firmeza de la mano de Nereida, no cedió al repentino mareo que la invadió cuando consiguió sostener el peso de su cuerpo.

—Espera. —La voz de Nereida le acarició el cuello y, de pronto, cargó su peso contra ella y la ayudó a moverse hasta la ventana—. Necesitas beber algo, ten.

Grace no pudo evitar que un estremecimiento le recorriera el cuerpo cuando sus dedos rozaron los de la asesina. Alzó la cantimplora y el agua alivió la sequedad de su garganta.

—¿Sigues mareada?

Estaba cerca, quizá demasiado, apoyada contra la mesa mientras Grace se esforzaba por no vomitar.

—Un poco.

Entonces Nereida le acercó una silla de metal y ella se dejó caer, notando el dolor en el cuerpo.

Le parecía que había pasado un siglo desde que se había desmayado en el bosque. Y una eternidad desde que había entrado en él. Todo resultaba tan diferente, tan extraño, que Grace apenas podía recordar cómo era su vida en el taller.

Tragó saliva y fue consciente de que habría dado cualquier cosa por volver atrás. Quería volver a su viejo y pequeño apartamento del tercer anillo, sentarse a la mesa con su padre, escuchar las historias de Ania.

Aquellos recuerdos escocieron en su memoria y el peso de la ausencia de sus seres queridos le pareció insoportable. Era como si la cuerda que la mantenía erguida se hubiese roto dejándola a merced del dolor.

Sacudió la cabeza y apartó esos pensamientos por miedo a echarse a llorar. Sentía el peso de los ojos de Nereida sobre ella, como si estuviese analizando cada uno de sus gestos. A Grace le pareció que conocía su rostro de memoria y no necesitaba más luz

para apreciar el contorno cansado de su boca, sus ojos tristes y apagados.

—¿Dónde está Tiberio? —preguntó, y su voz sonó áspera, demasiado ronca.

Si la asesina estaba sorprendida por su pregunta, decidió no dar señales de ello.

—¿Tiberio estaba contigo? —exclamó Kenneth al otro lado de la sala; acababa de incorporarse y en sus ojos había un eco de miedo, de terror.

—Estuve con él. Pero nos… nos separamos. Yo… no sé dónde está —admitió con la voz floja, con el dolor acuchillándole el alma—. Todo sucedió tan rápido… Él disparó a Vania para protegerme y huimos, pero Claudio nos seguía y empezó a disparar.

—¿En qué parte del bosque estabais? ¿Estaba bien cuando os separasteis? —empezó a preguntar Kenneth.

Grave tragó saliva y cerró los ojos con fuerza, intentando encontrar una respuesta. Trató de mantener la compostura mientras les explicaba todo lo que había ocurrido. Zia, Sura e Imora se habían sentado cerca de ella y escuchaban el relato con inquietante atención. Se lo contó. El primer encuentro con Tiberio vigilando la sede, la sorpresa de Vania y Claudio, el enfrentamiento, el horror de haberlo dejado atrás. No quiso ofrecer detalles insignificantes, tampoco revelar sus secretos, pero lo verdaderamente importante lo dejó salir. Cuando terminó, sintió que un peso aplastante caía sobre sus huesos.

Kenneth sacudió la cabeza y se acercó hacia ella.

—Escúchame, Grace, no había rastro de Tiberio cuando te encontramos. Necesito que me digas algo que me ayude a encontrarlo —insistió Kenneth, tratando de sonar lo más calmado posible, pero la voz lo delataba. Estaba asustado.

—Creo que estaba herido… —dijo intentando recordar con todas sus fuerzas—. Me gritó que me fuese. Le… le habían dado. En el hombro, creo.

Aquello tensó a Kenneth, cuyo rostro se puso pálido.

—Hay que ir a buscarlo. De inmediato —exclamó Kenneth, con un pánico creciente. Se puso en pie y se movió hasta la puerta.

Zia y Sura asintieron y corrieron a por sus mochilas para salir con él a buscar a Tiberio. Antes de que Grace pudiese reaccionar, los tres se lanzaron al bosque.

—Lo siento… —susurró Grace con la culpa rodeándole la garganta. Imora se acercó a ella y la abrazó—. No debería haberle hecho caso, no debería haberme alejado.

—No te preocupes, lo encontrarán —susurró Nereida con un tono de voz pausado—. Es solo que, si está herido, puede ser mal asunto. Ha pasado mucho rato desde que te encontramos… —Grace la miró, confusa, y tras varios instantes sopesando si darle la información, la asesina añadió—: Has estado casi quince horas inconsciente.

La voz de Nereida prendió las emociones contenidas de Grace. No podía mirarla a los ojos, no podía soportar el silencio mientras Tiberio estaba desaparecido. Algo en su pecho se estremeció de pena.

Sin pensarlo, Grace se levantó de la silla y sus pies trastabillaron hasta una puerta que no dudó en abrir para llegar al exterior. La culpa le quemaba la garganta, atizaba una punzada violenta en su pecho.

Con los nervios crispados, Grace salió de aquel lugar con la intención de deshacer el nudo tenso que apenas le permitía respirar. Solo bajo el cielo plagado de estrellas se dejó caer sobre las rodillas y observó el bosque que dormía a su alrededor, aquel asfixiante follaje que parecía maldito y que la condenaba cada segundo que pasaba al amparo de sus árboles. Casi le parecía escuchar los tenues susurros de advertencia que de niña la instaban a alejarse del bosque, esas leyendas que en el colegio les contaban para impulsarlos a odiar un lugar que les estaba vetado, pero que rebosaba secretos a los que nadie tenía acceso.

—Grace —dijo Nereida a su espalda, pero ella ni siquiera se molestó en responder. Apretó los párpados y agradeció la caricia helada del viento.

Sintió cómo Nereida se acercaba y se dejaba caer a su lado. La chica le sujetó las manos y enroscó los dedos alrededor de los suyos. Encajaban a la perfección. La piel bronceada de Grace creaba un contraste curioso sobre las manos pálidas de Nereida. Eran tan diferentes, tan humanas.

Se quedaron así varios minutos, o quizá solo fueron unos segundos, pero Grace deseó que nada rompiese ese instante.

De repente, una calidez inesperada la golpeó y tuvo la sensación de que podía contener su angustia e ignorarla un poco más.

Apretó los dedos de Nereida y una sonrisa triste le tiró de los labios. Le agradaba sentir su cercanía, su tacto suave, su respiración tenue.

—¿Por qué desapareciste así?¿Qué hacías tan al norte?—preguntó de pronto Nereida, y un escalofrío sacudió a Grace; esa parte la había obviado del relato.

—Todo esto ha sido mi culpa —consiguió articular ella—. Tenía que entrar a la sede de Sisne y…

La elección de palabras supuso un reto para su mente, que continuaba aletargada, y casi se sintió tentada de mentir. Forzó a sus cuerdas vocales a revelarle el secreto que, de una vez por todas, necesitaba soltar. Lo hizo.

—Tú intención nunca fue ganar la Cacería —sentenció Nereida cuando Grace terminó de hablar.

No era una pregunta. Grace se mordió el labio.

—No, nunca pensé que podría ganar.

Los dedos de Nereida temblaron contra los suyos, pero no la soltó, y aquello le dio fuerza para continuar.

—No quería mentiros ni a ti ni a Imora, pero no tenía otra opción. Mi familia está en peligro y esta es mi única opción para ayudarlos. —Las lágrimas se le agolparon en los ojos y tensaron el nudo en su garganta—. Cuando Mira me ofreció la oportunidad, no pude decir que no. Mi hermana está en un orfanato y no tengo ni idea de lo que le ha pasado a mi padre.

Las cejas de Nereida se alzaron y Grace intuyó que se debatía consigo misma.

—Todo esto es por Sisne. —La palabra le salió como una exhalación y Grace asintió con frialdad.

—Siempre han estado aquí. Nunca se han ido, Nereida, nos han mentido todo este tiempo.

—Lo sé, lo he visto. Pero no lo hacen solos, reciben ayuda de fuera —agregó ella. Tras el velo apagado de sus ojos, Grace podía apreciar los engranajes de su mente encajando todas las piezas.

Grace estaba mirando en silencio a Nereida cuando el crujido de una rama la alertó. Levantó el rostro hacia el patio que se extendía frente a la casa y el corazón se le disparó al ver a una criatura acercándose a ellas.

—Échate para atrás —advirtió Nereida cogiendo el bláster que le colgaba en el cinturón y apuntando al perromorfo frente a ellas.

La luz de las estrellas se reflejaba en aquel pelaje rojizo que imitaba el color de las hojas en otoño. Batía la cola larga mientras movía las orejas en punta y olfateaba el aire a su alrededor.

Grace frunció el ceño y la presión en su pecho se hizo más grande. Nunca había estado tan cerca de un perromorfo, pero aquel no parecía especialmente amenazador.

—No lo hagas —le pidió a Nereida, y notó que la asesina le lanzaba una mirada irritada sin desviar el arma. El alpha las miraba con creciente curiosidad y Grace trató desesperadamente de no respirar, de no hacer ningún ruido que pudiese asustarlo.

—Es un maldito alpha —susurró Nereida con los labios apretados. El perromorfo ladeó la cabeza—. No me voy a fiar simplemente porque sea pequeño y parezca inofensivo.

Grace le sujetó la mano y, con el pulso acelerado, la obligó a bajar el arma.

—Somos nosotras las que estamos en su hogar, no podemos plantarnos aquí y destruirlos por el mero placer de hacerlo. Yo… —dudó—. Creo que no nos hará daño.

Grace se tragó el miedo que se revolvía en las paredes de su estómago y Nereida asintió a regañadientes.

Sin pensarlo, Grace alzó una mano y el perromorfo se acercó poco a poco para olisquearla. Al principio, la miró con desconfianza, pero después dejó que Grace hundiera los dedos en su pelaje.

Ella sonrió, y una sensación cálida le inundó las tripas.

Se vio reflejada en los ojos oscuros del alpha y quiso alargar aquel momento. Sentir aquella suavidad, la inocencia de esa criatura.

—Es… —dudó, y el perromorfo batió la cola con fuerza. Entonces se sentó frente a ella y estiró el cuello, como si demandara más caricias—. Bonito.

Por el rabillo del ojo, vio la expresión inescrutable de Nereida, que no sabía bien cómo actuar en aquella situación. Grace pensó que estaba guapa bajo la luz de la luna. El rostro pálido rodeado por aquella melena clara que acentuaba sus ojos azules y hacía que Grace admirara esos labios entreabiertos que alguna vez había besado.

La voz de Imora desde la entrada de la casa la hizo erguirse de golpe. El perromorfo levantó la cabeza y, en un pestañeo, se alejó de ellas.

—Venga, vamos un poco dentro —susurró la asesina.

Grace estaba agotada, a pesar de haber pasado tantas horas inconsciente, así que Nereida insistió en que volviesen dentro y se echase un rato, y ella la siguió.

***

—He preparado café —dijo Imora mostrándoles un cazo deforme en el que humeaba un líquido marrón poco apetecible—. No tiene la mejor pinta del mundo, pero no nos vamos a poner muy exquisitos.

Zia y Sura acababan de volver tras varias horas de búsqueda. Habían encontrado la mochila de Tiberio y restos de sangre, pero el rastro se perdía al poco tiempo, como si alguien lo hubiese borrado.

Las chicas habían tratado de convencer a Kenneth de que volviese al refugio para intentar trazar un plan conjunto, pero este se había negado en redondo.

Tanto las hermanas como Grace y Nereida aceptaron de buena gana el brebaje que había preparado Imora y que había servido en tazas de diferentes tamaños y colores, y se sentaron en círculo en el suelo del salón. Sabían que debían encontrar a Tiberio, pero también que, si no compartían toda la información que tenían, no iban a conseguir nada.

Zia y Sura no tardaron mucho en poner a Grace al corriente de su situación. Mira las había patrocinado con un objetivo similar al de ella: encontrar los archivos de Sisne. Salvo que ellas tenían algo más de información, puesto que conocían la situación del norte.

—Creo que están intentando controlar a los alphas —apuntó Grace, que, casi sin pensarlo, cogió el disco de control y lo dejó sobre la superficie de madera—. Lo llevaba un vigilante que nos atacó hace días —explicó, señalando los bordes cromados del dispositivo—. Tiberio lo desmontó para ver cómo era por dentro y confirmar mis sospechas. Mi madre lo diseñó. —Tragó saliva, consciente de las miradas de sorpresa que se clavaban en ella—. El sistema es idéntico a uno que ella elaboró hace un par de años, así que sé cómo funciona. —El silencio que siguió a sus palabras le resultó opresivo, así que continuó para llenarlo—. Mi madre siempre creyó que había alguna alternativa a lo de aislar a los alphas en un bosque —continuó dando voz a unos recuerdos sepultados en su memoria—. Presentó la idea a las megacorporaciones hace varios años. Por supuesto, la rechazaron. Era impensable, significaba volver a experimentar con los alphas, y el desastre de la multitecnología seguía estando como recordatorio, así que no querían apostar por ello. Pero mi madre conservó todos los diseños por si se presentaba otra oportunidad, y sé que, aunque no se aprobó la licencia, una persona interesada se quedó con un prototipo defectuoso.

—No dudo que lo estén intentando, pero no sabemos qué han conseguido hacer y qué no. Tampoco podemos llegar a una

conclusión sin antes echar un vistazo de cerca. —Zia parecía reflexionar con tanta prisa que las palabras se le escaparon de forma atropellada—. Además, se supone que las señales se bloquean dentro del bosque, los dispositivos no deberían funcionar.

Todos se miraron durante un largo minuto.

—Creo que deberíamos entrar en el edificio de Sisne —afirmó Grace—. Es lo que Tiberio y yo estábamos intentando cuando nos encontramos con Vania y con Claudio. —Grace volvió a recriminarse el no haber ayudado a Tiberio, tal y como él hizo con ella.

Si Tiberio seguía vivo, o bien lo habían hecho prisionero en la sede o bien se había escondido en el bosque de los alrededores. Grace esperaba que hubiera pasado lo segundo, porque, por lo que habían podido comprobar durante la Cacería, nadie estaba haciendo rehenes. Pero la desaparición de su rastro parecía indicar lo primero.

Nereida apoyó una mano en la rodilla de Grace y preguntó abiertamente:

—¿Y cómo piensas entrar allí?

—A mí se me ocurre algo —sugirió Zia, y todos la miraron—. Podemos robar una tarjeta de acceso a alguno de los tipos que andan por ahí.

—Seguro que es más fácil cazar al maldito alpha, y llevamos más de una semana intentándolo. —La voz de Nereida ocultaba tantos matices que resultaba casi imposible notar el miedo bajo el sarcasmo.

—No digo que sea coser y cantar —aclaró Zia—. Pero contamos con la ventaja de que creen que no sabemos nada.

—¿Cuándo lo haríamos?

A Grace le pareció que aquella pregunta era lo único que realmente importaba y que ella podía aportar a la conversación. Cerró los dedos en torno a la taza y levantó los ojos midiendo a sus nuevos compañeros.

—Mañana mismo, no podemos esperar. No quiero terminar como Valentino, Lucrecio o Lila —soltó Zia.

Grace tamborileó los dedos contra la taza.

—¿Y Adria? —inquirió Imora—. Murió antes de entrar al bosque, ¿crees que también fueron ellos?

—No lo creo, lo sé. Vania me lo dijo —susurró Grace.

—Que no te quepa la menor duda de que descubrió algo —aseguró Sura.

—Entonces, en cuestión de horas pasaremos de ser competidores oficiales de la Cacería a prófugos que intentarán colarse en un edificio repleto de armas y asesinos dispuestos a cortarnos el cuello. —afirmó Nereida. Sus ojos relucían como diamantes.

—¿Pretendes que sigamos intentando formar parte de este juego? ¿Fingir que perseguimos a un alpha que parece controlado por ellos?

Los labios de Nereida se tensaron y Grace adivinó el montón de contradicciones que la chica intentaba mantener a raya.

—Digo que lo más sensato sería salir del bosque y buscar ayuda, pedir a las autoridades que detengan esta locura.

Ninguno de ellos parecía considerar aquella propuesta.

—No van a ayudarnos, Nereida —espetó Sura con algo parecido a la tristeza—. Necesitamos pruebas, necesitamos mostrarle al mundo lo que está ocurriendo aquí.

Grace sintió un profundo alivio de que no cedieran ante la propuesta de Nereida. No iba a salir del bosque sin entrar en Sisne, y menos sin comprobar si su madre estaba viva.

Apretó el colgante con fuerza y levantó el rostro.

—Lo haremos —dijo Grace con determinación—. Si todos estamos de acuerdo, entraremos a la sede.

Grace no necesitaba ver el rostro de Imora para saber que contaba con ella. Sura y Zia mostraron su aprobación. Entonces miró a Nereida, que fue la única que no dijo nada.

—Sabes que no podemos salir del bosque, ¿verdad? —Grace alargó la mano y apretó la de Nereida. Sus ojos parecían tristes y demasiado cansados—. Antes de que lleguemos a la ciudad nos habrán matado, Claudio y todos los que están trabajando con Sisne. No dejarán que nos vayamos.

Nereida asintió y finalmente preguntó:

—¿Y cuál es el plan?

—Se me ha ocurrido algo, pero creo que no te va a gustar —soltó Grace.

CAPÍTULO 31

NEREIDA

Habían perdido la cabeza. Esa era la única explicación razonable que encontraba para justificar ese instinto suicida. Ella, que siempre había sido tan propensa a las decisiones apresuradas, no dejaba de pensar en todas las cosas que podían salir mal. Apenas sabían lo que ocurría en el bosque, no poseían datos fiables de cuánta gente estaba dentro de Sisne, mucho menos del tipo de armas que tenían. Por supuesto que comprendía los recelos de sus compañeras ante la idea de salir del bosque y pedir ayuda, pero ella no habría desestimado la opción tan pronto.

De Grace y de Imora se lo esperaba; después de todo, trabajaban en los límites de la ley. Lo que no imaginaba era que, cuando se lo contasen a Kenneth unas horas más tarde, él también estaría de acuerdo. Había esperado que hiciese gala de su sentido común.

Si él albergaba dudas sobre la postura de Zarina ante lo que ocurría en el bosque, no habló de ello, pero Nereida había ido recabando suficientes motivos desde que estaba en la Cacería como para desconfiar de su hermana. Por mucho que le pesara y quisiese creer lo contrario, no podía descartar que la emperatriz estuviese al tanto de todo. Su hermana siempre había sido una mujer recelosa en cuanto a su gestión. No permitía que Nereida se interpusiese en los asuntos de palacio. Ni siquiera compartía con ella los detalles relacionados con los tejemanejes políticos. Todo aquello se lo guardaba para sí misma, para sus asesores.

¿Estaba al tanto de lo que ocurría allí? ¿Cuántas cosas más le ocultaría Zarina?

Desestimó la duda que se abría paso a través de su mente cuando la mano de Grace le apretó el hombro. Las dos iban camino a ejecutar la primera parte del plan y, aunque a Nereida no le entusiasmaba la idea de robar una tarjeta, al menos agradecía la compañía de Grace.

Con las ramas crujiendo bajo sus pies, apuró el paso con la respiración de la chica a su espalda y una sensación de angustia en las entrañas. Sentía el sudor bajando por la espalda, el cansancio en los músculos del cuerpo. En silencio, ascendió la colina a mayor velocidad hasta que, unos cuantos metros por delante de ellas, vislumbró la alambrada que rodeaba las ruinas de la sede de Sisne. Las enormes columnas de metal las recibieron con un silencio en el que ninguna de ellas se atrevió a decir nada.

Grace señaló un caminito que serpenteaba entre las secuoyas y Nereida tragó saliva contemplando la determinación con la que se movía. Asintió y la siguió. Desde la noche anterior, su compañera parecía algo taciturna. Insistía en que su madre estaba dentro de la sede y, aunque Nereida albergaba serias dudas al respecto, no se vio con la fuerza necesaria para arrebatarle la esperanza.

Grace acababa de extender un mapa holográfico en su pulsera y revisaba las coordenadas que Zia había marcado dentro del perímetro. Se detuvo junto a ella antes de reanudar la marcha y seguir dándole vueltas a todo lo que podía salir mal en el plan.

La confianza de Grace, Kenneth e Imora en las mercenarias era un hecho que la incomodaba. No es que Zia o Sura le hubiesen dado motivos para recelar de sus intenciones, pero Nereida mantenía firmes convicciones de que aquellas dos ocultaban algo.

Al llegar al punto señalado en el mapa, buscaron un lugar para esconderse y esperar el momento oportuno. La puerta de la sede se encontraba cerrada y un planeador compacto acababa de cerrar las compuertas y levantar el vuelo agitando las copas de los árboles. Nereida sintió la mirada de Grace sobre ella mientras se agazapaba

tras una columna y enseguida captó el sonido de una voz que se perdía entre el viento.

—Ya sabes lo que tenemos que hacer —musitó Nereida.

Grace puso los ojos en blanco.

—Antes de que te arrojes sobre él, creo que deberías esperar a que regresen Kenneth y Zia —dijo la chatarrera.

En el rostro de Grace encontró los nervios que ella llevaba horas intentando contener. El plan era muy sencillo: observar y, si se presentaba la oportunidad, robar una tarjeta de acceso. En cualquier caso, sería Grace la que entrara a la sede de Sisne, no ella. En eso también tardaron en ponerse de acuerdo. Nereida no veía bien que Grace fuese quien entrase a Sisne.

—¿Te das cuenta de lo peligroso que es entrar sin saber lo que vas a encontrarte? —preguntó de repente, como si esperase que la chica cambiase de parecer—. Debería hacerlo yo. Llevo toda una vida entrenando para esto, Grace.

Pero ella se encogió de hombros y acarició el bláster que sostenía en la mano derecha.

—Pensaba hacerlo igualmente. Desde el momento en que me inscribí en esta absurda competición. La única diferencia ahora es que ya no solo tengo una razón de peso, sino varias —soltó—. Además, he memorizado el mapa que me dio Mira y me conozco al dedillo cada pasillo, cada sala.

Nereida hubo de tragarse las ganas que le entraron de explicarle que tener un plan no era lo mismo que ejecutarlo. Había cientos de variables que ninguna de ellas podía controlar y que con toda seguridad encontraría dentro.

Percibió un destello de duda en los ojos de la chica, que volvió a apretar el bláster con un gesto de absoluta decisión.

—Allí, en el lateral.

La voz de Grace la arrancó de sus pensamientos. Entrecerró los ojos y se fijó en los dos cuerpos que se movían en dirección a la entrada de Sisne.

A Nereida no le costó demasiado identificarlos y un destello de aprensión le mordió el estómago cuando reconoció a Siri. Su excompañera se movía con la seguridad de un depredador que se encuentra a gusto dentro de su piel. El cabello recogido en una trenza le golpeaba la espalda con cada paso que daba.

—Es tu amiga —apuntó Grace con tono de desconcierto.

Como si la hubiera oído, el rostro de Siri se alzó hacia la colina y una sombra cayó sobre ella, acentuando las ojeras marcadas que le rodeaban los ojos.

—No entiendo qué hace aquí —susurró Nereida, y se ocultó mejor detrás de los árboles—. Siri no necesita esto; ya lo tiene todo.

—A veces no sabemos el tipo de ambiciones que yacen bajo lo que otros aparentan ser —apuntó Grace, encogiéndose de hombros.

Nereida se quedó callada y miró al cielo despejado, como si en lo alto fuese a encontrar una excusa válida para justificar el comportamiento de Siri.

Aquella revelación era dolorosa. ¿Cómo podía haber creído que su amiga no tenía nada que ver si Claudio y Vania estaban metidos de lleno en el asunto? ¿Cómo no se había dado cuenta?

—He sido una idiota —admitió en voz baja, y Grace se acercó más a ella. Olía a humo y a hierba, y Nereida se dio cuenta de que le gustaba aquella proximidad—. Todo esto estaba pasando delante de mis narices y… no lo vi.

Sabía que su ignorancia se debía a su propia desesperación durante los últimos meses. Había estado tan concentrada en demostrarle a la Hermandad que había cambiado que se había olvidado del mundo a su alrededor.

—No creo que debas culparte —dijo Grace, y en sus ojos vio sinceridad.

Estaba arrodillada a su lado. Sus piernas se tocaban y Nereida sentía un deseo desconocido que le taladraba el pecho.

Desde tan cerca, podía apreciar la belleza de las motas pardas en sus iris marrones, de un tono tan parecido al bosque que resultaba estremecedor. Los labios entreabiertos, rosados, eran una invitación,

y se dio cuenta de que, si se inclinaba, podía besarla. Podía saborear su boca.

Aquella certeza la mareó.

Nereida estaba entrenada y preparada para enfrentar cualquier obstáculo, para sortear el peligro y los imprevistos. Pero nada la había prevenido de aquella sensación cálida en su estómago, de las mariposas que aleteaban furiosas cada vez que Grace le tocaba la mano.

Apartó su orgullo y con la voz cargada de sentimiento dijo:

—Cuando desapareciste, sentí miedo. —La confesión hizo que Grace diese un respingo a su lado—. Hacía años que no sentía ese terror —continuó, y las palabras le provocaron una punzada en el corazón—. Me dio pánico poder encontrarte muerta, que hubieses sido la siguiente.

Había acortado la distancia entre las dos y ahora podía ver las constelaciones doradas en sus ojos, a tan solo centímetros de su rostro.

—Yo… —dijo Grace con la voz cargada de anhelo, y le sostuvo la mirada por un instante. Nereida abrió los labios, pero cuando iba a besarla, un crujido fuerte las obligó a levantar los ojos justo a tiempo para encontrarse con Siri, que las apuntaba con su bláster.

La que había sido su amiga estaba a tan solo unos metros de distancia y no dudó en disparar su arma.

Nereida se movió accionada por el sentido de alerta y empujó a Grace contra unos matorrales lejos de los proyectiles de la asesina.

Otro disparo la tensó y, esta vez, Nereida se tragó los nervios y sujetó con fuerza uno de sus cuchillos mientras analizaba el terreno a su alrededor.

—¿Te vas a esconder? —gritó Siri con la voz recubierta por un odio que solía reservar a la escoria de la ciudad. Nereida se agachó y cubrió a Grace con su cuerpo mientras la chatarrera desenfundaba el bláster—. No somos unas niñas, Nereida. No te servirá de nada ocultarte de mí. —Hizo una pausa—. Después de todo, siempre fui mejor que tú.

A pesar del peligro inminente, Nereida tuvo que admitir que aquella pulla avivaba viejos celos que creía superados. Siri estaba metiéndole el dedo en la llaga sin ninguna contemplación.

—Espera —susurró Grace, y señaló la colina a su izquierda. Juntas, se movieron en silencio agachadas y ocultas, a la par que Siri subía.

Nereida abrió la boca, pero no dijo nada. Aquello era como un juego; ellas se escondían, Siri les daba caza. Bien sabía lo mucho que le gustaba a su amiga dar ventaja a sus objetivos solo para atraparlos dentro de su propio tablero.

Grace se detuvo cerca de uno de los edificios que rodeaban la sede y le hizo un gesto a Nereida que la instaba a quedarse quieta. Quiso obedecerla, quiso darle la razón por una vez, pero ella no era de las que cedían ante sus enemigos y no iba a hacerlo ante Siri. No la dejaría ganar.

Podía aprovechar la seguridad de Siri en contra de ella. Sujetó el cuchillo arrojadizo y lo lanzó a los pies de su antigua compañera como una vulgar amenaza.

—Tú tienes un bláster, yo tengo cuchillos. —Era una mentira, pero Siri no tenía que saberlo y, quizá, si actuaba con cautela, podía ganar tiempo. Estaba a tan solo unos metros de distancia, pero, desde ese punto, Siri no podía verla—. No sería una pelea justa.

Grace se quedó paralizada a su lado. Continuaba agachada, alerta ante las palabras de Nereida, que no eran más que una excusa para ganar tiempo. Advirtió que Siri señalaba el camino de la izquierda y algo se movía detrás de ella. No estaba sola, pero Nereida no había reparado en los hombres agazapados hasta que uno de ellos se abalanzó hacia la colina con un movimiento rápido.

—Tú siempre tan justa. Pero ya sabes que las cosas no funcionan así.

Aquel era el momento.

Nereida se agachó y tiró de la muñeca de Grace. La chatarrera comprendió la señal y, sin dudar, se arrojó hasta uno de los edificios.

Un espasmo sacudió a Nereida cuando cruzó la ladera y los proyectiles rasgaron el aire.

Sin hacer el menor ruido, siguió a Grace, y ambas se internaron en las entrañas de un edificio cuya estructura semiderruida cedía al peso de las ramas de los árboles. Patinó en la entrada cuando un disparo pasó volando por encima de su cabeza. Grace se desplomó sobre sus rodillas y el bláster se le resbaló de las manos. La manga izquierda de su sudadera estaba húmeda y, con creciente horror, los ojos de Nereida se fijaron en la mancha de sangre que comenzaba a extenderse sobre la tela.

—Grace…

La voz se le rompió bajo el eco de nuevos disparos y la chatarrera se encogió bajo el tacto de sus manos, que levantaron la tela para revelar el roce de la bala. El color abandonó su rostro y Nereida tuvo miedo de que se viniese abajo.

—Escucha —jadeó frente a ella, y le sostuvo el mentón con la mano—. Vas a esconderte, ¿de acuerdo?

Grace tenía los ojos vidriosos y no parecía ser consciente de lo que ella le decía.

—¿Cómo de horrible es? —preguntó Grace, tosiendo con un estremecimiento que casi taladra la voluntad de la asesina. Parecía mareada y a Nereida se le cerró el estómago al verla así.

Los planes bien ejecutados no eran una de sus habilidades destacadas como asesina, y eso Siri lo sabía. Conocía bien las debilidades de Nereida, era consciente de que en el bosque no podía moverse con tanta soltura como en la ciudad, mucho menos si tenía que proteger a Grace.

Sacudió la cabeza antes de apretar el brazo de Grace.

—No vas a morir desangrada —le prometió con un tono tranquilizador, y se obligó a permanecer serena mientras la ayudaba a ponerse en pie.

Grace se dejó ayudar y Nereida le apretó la mano y la arrastró hasta las sombras del edificio. Sus pupilas tardaron en

acostumbrarse a la oscuridad mientras guiaba a Grace hasta una de las habitaciones y la sentaba contra la puerta, lejos de las ventanas.

—Espera aquí —le dijo a Grace, y esta le entregó el bláster al mismo tiempo que señalaba una cornisa elevada desde la que podría tener una mejor visión del terreno—. Sujeta el brazo y haz presión.

Nereida se subió al pescante y asomó el rostro. Al otro lado, las puertas de Sisne se abrieron y un grupo de individuos vestidos con petos oscuros y dirigidos por Claudio salieron convertidos en una masa mortífera.

—Vienen hacia aquí —alertó—. Son diez.

Nereida repasó las posibilidades de robar una tarjeta de identificación. Por desgracia, estas eran escasas, por no decir nulas, y, con el desánimo más absoluto, se obligó a valorar el plan de contingencia trazado por Kenneth.

—Haremos esto —dijo en voz baja, y se aproximó a Grace de nuevo—. ¿Recuerdas cómo llegar al punto de reunión? —Habían acordado volver a una vieja casucha que quedaba muy cerca del lugar en el que habían descansado la noche anterior.

La chatarrera asintió en silencio. El sudor le caía por la frente.

—De acuerdo. Ve allí, yo me encargo de esto.

—Pero…

—Ve.

La duda prendió en los ojos de Grace, que con algo de inquietud asintió y se puso en pie.

Antes de alcanzar la puerta, esta se abrió de golpe.

—Escondida como una rata —murmuró Siri con el asco permeándole la voz.

La acompañaba un hombre alto de rostro moreno y sonrisa sibilina que sostenía un bláster en sus manos robustas.

Nereida respiró hondo, intentando obligar a su corazón a tranquilizarse, y actuó sin pensar, guiada por su instinto. Disparó al hombre, que a duras penas tuvo tiempo de apartarse y rodar por el suelo, y antes de que se incorporase le arrojó un cuchillo que acertó

de pleno en el cuello del hombre. Este se desplomó y un charco de sangre se formó bajo su cabeza.

Siri apenas lo miró. Había alzado el bláster y apuntaba a Grace.

Nereida no olvidaría jamás la expresión desconcertada de Grace en ese momento, el terror en sus labios. Tampoco el placer que inundaba los ojos de Siri ni aquella sonrisa depredadora de dientes blancos y perfectos.

—¿Se lo has dicho?

Nereida miró perpleja a Siri, intuyendo la hiel que se colaba en aquella pregunta. Oyó cómo Grace dejaba escapar una exhalación profunda y la vio apoyarse en la pared.

—Así que no se lo has contado. —Una risita salió de sus labios—. No sabe lo su padre.

Grace ladeó el rostro. Estaba lívida y las manos le temblaban con tanta fuerza que Nereida tuvo miedo de que fuese a hacerse daño.

—¿Se lo decimos, entonces? ¿Las dos? —Siri mantuvo el bláster en alto y se pasó la lengua por los labios rojos. Degustaba la tensión en el aire, los segundos previos a su victoria.

—No. —La negativa brotó con demasiada fuerza de Nereida como para apaciguar la duda que empezaba a filtrarse en el rostro de Grace. No podía dar paso a esa conversación, no estaba preparada para asumir la responsabilidad, y Siri lo sabía.

Grace, refugiada en las sombras, mantuvo la mirada sobre Nereida al tiempo que su cuerpo se inclinaba hacia la entrada en la que Siri sonreía con absoluta satisfacción, segura de su victoria.

—Ellis Vivar, tu padre, fue la última misión de Nereida. —Grace abrió los ojos de par en par y buscó el rostro de Nereida para confirmarlo.

—Siri, por favor…

Pero Siri no atendió a la súplica de Nereida, que no soportaba ver las lágrimas en el rostro de Grace.

—Quietecita. —Siri la apuntó al pecho antes de volver a dirigir el arma hacia Grace y continuar—: Lo encontró en la Feria y se lo entregó a la Hermandad, que se encargó de acabar con su vida.

Después la echaron de la Hermandad… ¿A que no sabes por qué? —Hizo una pausa para evaluar la expresión dolida de Grace y añadió—: Fue porque el día de la Feria estaba más que dispuesta a matar a tu padre allí, delante de todos. Rompió las reglas del código de asesinos. Eso sí, nos entregó a tu papaíto en bandeja de plata.

La confusión y el dolor aparecieron en el rostro de Grace. Aquella era una marca imborrable de lo que significaba el trabajo de Nereida, de las decisiones que había tomado y del daño que estas podían acarrear. Con el odio consumiéndola por dentro, Nereida observó a Siri, tan pagada de sí misma, tan convencida de estar infligiéndole daño.

Las voces en el exterior se hicieron más fuertes.

—No fue así. No exactamente —se defendió Nereida. Sus ojos se encontraron con los de Grace y vio la tristeza más profunda del mundo reflejada en ellos, la decepción mezclada con una pena que ella conocía bien.

Nereida sintió que el mundo temblaba bajo sus pies. Quiso tomar la mano de Grace y contárselo, quiso gritarle que aquella no era toda la verdad. Pero, por desgracia, entre las dos acababa de abrirse una brecha insalvable. Lo veía en sus ojos, en la postura tensa de sus hombros. No podía ofrecerle consuelo. No podía aliviar su dolor, pero sí podía salvarla.

Evitó que el sentimentalismo le nublara el juicio e, impulsada por la rabia, Nereida deslizó la mano hasta uno de sus cuchillos y lo lanzó. Este se clavó en la pierna de Siri, que no anticipó el movimiento.

Nereida aprovechó el momento para bajarse de la cornisa y echar a correr hacia la otra asesina. No tardó más de medio segundo en llegar hasta ella. Podía disparar, podía acabar con aquello de una vez por todas. Pero no lo hizo. No quería ser la mano ejecutora de Siri. Así que simplemente golpeó a su excompañera en la nuca con fuerza y esta se desplomó. Con suerte, estaría inconsciente durante un buen rato. El tiempo suficiente como para sacar a Grace de allí.

—Ponte en pie. Nos vamos.

—No.

La voz de Grace vibró con firmeza haciendo que los miedos de Nereida cobraran fuerza. Miró hacia el bosque y se puso tensa.

—Por favor, Grace. —Odió el tono de súplica que le impregnó la voz. Necesitaban irse de allí, pues Claudio continuaba fuera del edificio, esperando para darles caza—. Vienen a por nosotras.

No merecía el perdón, ni siquiera podía imaginar la rabia que debía de sentir Grace en ese momento, pero tenían que ponerse en marcha.

Se volvió hacia la ventana y recogió el cuchillo con el que acababa de herir a Siri. Por el rabillo del ojo, advirtió un destello a través de los árboles. Probablemente eran los demás hombres peinando la zona.

Maldijo en un susurro y cogió a Grace del brazo sano con más fuerza de la necesaria para obligarla a ponerse en pie. La chatarrera intentó soltarse, pero Nereida la obligó a caminar hacia la salida, apremiándola a moverse antes de que Claudio estuviese demasiado cerca.

—Cuando salgamos de aquí podrás odiarme si es lo que deseas, pero ahora mismo hay gente con ganas de echarse encima de nosotras. Tu hermana espera que salgas de este lugar —dijo Nereida—. Claudio está allí afuera y estoy convencida de que no quieres volver a enfrentarte a él.

Grace dudó lo suficiente como para que Nereida entendiera que se sentía desolada, pero la chatarrera mantuvo el mentón en alto y contuvo las lágrimas antes de asentir en el más absoluto silencio. Haciendo gala de su voluntad y sin dirigirle la palabra, avanzó.

Las voces del exterior se convirtieron en un murmullo constante y Nereida arrastró a Grace hasta la ventana. La chatarrera se soltó con un movimiento rápido. Temblaba y un brillo lunático se cernía sobre sus ojos enrojecidos. Entonces escuchó los gritos, las maldiciones que provenían del exterior, la promesa de que Claudio no les daría tregua y que estaba más que dispuesto a cobrarse la venganza por lo que le habían hecho a Vania.

—O confías en mí o te entregas a ellos —musitó Nereida.

El dolor, grabado en los ojos de Grace, no la disuadió de tirar de su muñeca y obligarla a correr como si la vida les fuese en ello. Lo último que deseaba era enfrentarse a Claudio y poner a prueba sus dotes precisamente cuando era la furia ciega la que lo impulsaba a darles caza.

CAPÍTULO 32

GRACE

El odio no era una emoción ajena para Grace. De niña había aprendido que el dolor y el rencor podían anidar en un mismo cuerpo y parecerse tanto que a veces era difícil diferenciarlos. No es que fuese una persona dada a albergar emociones negativas, pero saber que la mujer con la que estaba corriendo por el bosque y a la que casi había besado ese mismo día era la culpable de todas sus desgracias despertaba un instinto asesino dentro de ella.

Nereida no solo era una embustera, también era la responsable de la muerte de su padre, la que lo había entregado a la Hermandad. La rabia la sacudió y creció como una marea capaz de arrasarlo todo.

—Date prisa —apremió Nereida, y se alejó del camino que habían seguido hasta entonces.

Como no tenía alternativa, Grace la siguió. No porque creyera que la necesitaba para llegar al punto de encuentro que habían acordado con Kenneth y los demás. En realidad, la única razón que tenía para no clavarle un cuchillo en el pecho era la presencia de Claudio. El asesino acechaba a sus espaldas y las perseguía rodeado por un séquito más que dispuesto a darles muerte.

Un trueno retumbó a lo lejos y Grace miró a la asesina en silencio. Como atraída por su mirada, esta alzó la cabeza y sus ojos de hielo destellaron en las sombras de la tarde. El cabello le enmarcaba el rostro y diminutas gotas de lluvia comenzaban a resbalarle por el cuello.

Grace quiso golpearle el rostro. Quiso gritar. Notaba las palabras atascadas en la garganta, raspándole la lengua, pugnando por salir de sus labios. Pero las contuvo y no tuvo más remedio que detenerse cuando la asesina lo hizo.

—Estamos cerca —susurró Nereida desplegando la pantalla holográfica de su pulsera, y señaló un camino angosto que se perdía entre la vegetación.

Grace apretó los labios y se dio cuenta de que la expresión de Nereida había cambiado al ver que ella no se quejaba. Apenas las separaban unos metros cuando reanudaron la caminata, esta vez, cada una envuelta en sus pensamientos, sin apenas mirarse.

Nereida mantenía una mano en el bláster y la otra en el cuchillo. De vez en cuando, se daba la vuelta y borraba las huellas sobre el barro bajo la mirada acusadora de Grace. Luego retomaba la marcha sin apenas dirigirse a ella, una cuestión que Grace agradecía puesto que temía que pudiese ver el temblor de sus rodillas, las lágrimas a duras penas contenidas.

Al menos ya no escuchaba los gritos de Claudio y sus secuaces, aunque no sabía si era por el rumor de sus pensamientos mezclándose con la tormenta.

Caminaron un rato más y no se detuvieron ni siquiera cuando la lluvia convirtió el terreno en un lecho fangoso por el que apenas podían andar sin tropezar. Estaba cansada, le escocía la herida del brazo y notaba el sabor oxidado de la sangre en la boca. Lo único que le apetecía era hacerse un ovillo y sucumbir al océano de sentimientos que se fraguaban en su pecho.

Un muro de piedra interrumpió el camino y Nereida señaló una abertura por la que se colaron para llegar hasta la casucha destartalada que habían elegido como punto de encuentro.

—Por aquí —murmuró Nereida. Apenas había recuperado el aliento cuando la asesina la guio hasta la parte trasera de aquella construcción, poco más que un cobertizo, en el que encontraron varios muebles desvencijados que yacían sobre un suelo de parqué negro—. ¿Estás bien?

Grace aspiró una bocanada de aire frío y se recostó contra la pared, dejando escapar un sollozo lastimero que hizo que Nereida se tensara al otro lado del cobertizo. Pensó en la última vez que había visto a Ellis, en todo lo que nunca le había dicho. El dolor le llenó el cuerpo, se acomodó en cada rincón de su piel. Lo echaba de menos y no sabía cómo sería capaz de enfrentar su ausencia.

El recuerdo de su padre la desestabilizó y, por un instante, se maldijo ante la posibilidad de que nada cambiara si lograba salir del bosque. De que nunca pudiera llenar ese nuevo vacío en su alma. Sus pensamientos la arrastraron hasta esa tristeza que hacía meses se había convertido en todo su mundo. La noticia de la muerte de Kim había encendido un fuego en su pecho. La había dejado tan rota que Grace apenas había conseguido salir de su habitación durante días.

Ahogando un nuevo sollozo, enterró el rostro entre las rodillas y dejó que las lágrimas afloraran y que el dolor consumiera aquella tristeza. Volvía a ser una huérfana. Una niña que había perdido todo lo que tenía.

Lo único que Grace quería era gritar, dar rienda suelta a la rabia ardiente en su pecho. Ya ni siquiera recordaba qué hacía en el bosque y tampoco le importaba, ni siquiera podía recordar la ilusión que le produjo entrar a un lugar que antes le despertaba tanta curiosidad y que ahora era la tumba de su vida tal y como la conocía. Sin embargo, se limitó a apretarse las rodillas con fuerza, como si con el gesto pudiese evitar derrumbarse. Se permitió soltar las lágrimas que le escocían el alma y llorar hasta quedarse seca. Sus dedos vagaron hasta el collar en su cuello. Acarició la superficie rugosa. Aquel trozo de plata hizo que sus nudillos se tensaran y la mano se cerrara alrededor de un recuerdo que creía enterrado. Si cerraba los ojos, podía ver a Kim el día que Grace había pasado la cadena a través de la tuerca y se lo había regalado. Era tan solo una niña, pero recordaba la luz en los ojos de su madre, la sonrisa con la que se colgó el regalo en el cuello.

Aparcó la imagen de su madre y el frío de la noche acunó el odio que se revolvía en su sangre, alimentó el rencor e iluminó el agujero enorme que se le había abierto en el corazón.

***

—Grace.

—Vete a la mierda —respondió, pero las palabras se apagaron en sus labios.

Nereida se acercó a ella, dubitativa, y le tocó lentamente el hombro. La chatarrera resistió el tacto de aquellos dedos fríos y se concentró en la tristeza que sentía y, sobre todo, en la rabia. Se había cobijado en el silencio durante las últimas horas. No necesitaba las excusas de Nereida, no quería sus explicaciones. Y aunque la asesina se esforzó por arrancarle alguna palabra, Grace se mantuvo firme en el silencio, hasta ese momento.

—Por favor, Grace.

Aquella suplica no encajaba con la Nereida que ella conocía. La chatarrera apenas se movió, ni siquiera giró el cuello para verla. Se abrazó las rodillas y apoyó el mentón sobre estas.

—No llegué a hacerle nada a tu padre. —La voz de Nereida se rompió, repentinamente frágil—. No lo maté.

—Pero lo hubieses hecho, así que no cambia nada.

Tras unos segundos de incómodo silencio, Nereida asintió con la cabeza y se pasó las manos por el rostro agotado. Grace casi sintió alivio al ver la culpa en sus ojos.

—Eres una asesina. Mi mayor error ha sido pensar que había un atisbo de humanidad en tu interior —espetó con odio, apretando entre los dedos el colgante de su madre, el único resquicio de esperanza que aún conservaba—. Por eso te niegas a mantener relaciones con otros, porque temes que vean lo retorcida que eres…

Nereida abrió la boca para interrumpirla, pero enseguida volvió a su actitud taciturna.

—Yo no pedí ser esto.

—Ah, ¿no? —Grace se pasó la lengua por los labios y le arrojó una mirada incrédula—. ¿Y qué habrías sido entonces? No me lo digas, porque lo único que haces es excusarte. No dejas que nadie se acerque a ti, y no es porque seas asesina. Eso es lo que te dices para dormir tranquila, pero la realidad es que estás rota.

—Lo siento —dijo Nereida con la voz entrecortada—. Lo digo de verdad, lo siento por todo.

Un destello de dolor le cruzó los ojos, pero Grace no estaba dispuesta a sentir compasión. No iba a dejar espacio a ninguna otra emoción que no fuese la rabia o la tristeza. Quizá por eso decidió meter el dedo en la llaga, hacerle tanto daño como se lo habían hecho a ella.

—Te mereces estar sola. Te mereces que nadie te quiera porque solo miras por ti misma.

No había terminado de decirlo cuando un temblor hizo vibrar las paredes del cobertizo. Las ventanas traquetearon bajo el impacto de un proyectil y Grace contuvo el aliento. Nereida dejó escapar una palabrota, se incorporó con instinto asesino y Grace la imitó. El dolor del brazo le recordó que estaba herida y tuvo que moverse lentamente.

—Allí.

Un grupo de cinco personas deambulaba a lo largo del muro de piedra que separaba el cobertizo abandonado del bosque. Grace apenas podía ver algo a través de la cortina de lluvia que caía con fuerza, pero alcanzó a reconocer a Claudio. El miedo la atravesó. El asesino encabezaba la comitiva, y, por las armas que llevaba, podía imaginarse que las cosas no serían nada fáciles para ellas. Sobre todo porque el espacio que separaba el cobertizo del muro era de apenas veinte metros y eso reducía considerablemente sus opciones de escapar.

—¿Por qué no han llegado Zia y Sura?

Nereida movió su mano hacia el cuchillo que guardaba en el bolsillo y Grace hizo lo mismo con el bláster. Inclinó la cabeza hacia atrás, como si meditara sobre las alternativas que les quedaban.

—Nos toca a nosotras arreglar este asunto. —Las palabras de Nereida apenas fueron un suspiro bajo la lluvia.

La asesina miró a su alrededor, la agarró de la mano y la obligó a salir del cobertizo. Se abrieron paso entre los troncos que rodeaban el lugar y Grace contuvo el aliento, observando con ojos incrédulos las figuras agazapadas en la tormenta mientras se internaban en la maleza espesa y salvaje para permanecer ocultas.

Un ruido al otro lado tensó a Nereida, cuyos dedos apretaron el cuchillo.

—Son dos picopunzantes —murmuró Grace, mirando más allá del muro.

El silencio era casi absoluto, pesado e insoportable. Grace se secó con la manga de la sudadera las gotas de lluvia que empapaban sus ojos y escuchó el correteo suave de los alphas, que saltaron el muro sin esfuerzo. Sus cuerpos eran demasiado pesados para volar, pero poseían una gran destreza para saltar. Tenían alas cortas y un cuerpo redondo cubierto por plumas oscuras. Sus patas alargadas y su cuello, sin embargo, carecían de plumas. Su cabeza era cabeza redonda, y su pico, tan largo que casi rozaba el suelo.

—Los controlan —musitó Grace. Ya no le quedaba duda alguna de que habían conseguido manejar a los alphas.

Nereida tragó saliva, pero no se amedrentó.

—Están rodeándonos —indicó con una nota de angustia.

—¿Puedes verlos?

Nereida ladeó el rostro y entrecerró los ojos. No hubo respuesta. De repente, desde algún punto que no conseguían localizar, una voz nítida bramó:

—Van a por ti, Nereida.

Era Claudio.

El asesino apareció frente a ellas con una sonrisa satisfecha, a tan solo unos metros de distancia. Había una sombra de diversión en el rostro del hombre cuando levantó el bláster y disparó contra ellas.

Percibió cómo el cuerpo de Nereida se abalanzaba sobre ella para cubrirla. Apenas tuvo tiempo de levantar la vista. Claudio ya estaba

acercándose y, por puro instinto, se incorporó gracias a la ayuda de su compañera, que tiró de su brazo para instarla a huir.

—Rápido —le urgió Nereida, que giró y disparó a Claudio, pero el asesino se escondió detrás de uno de los pinos.

Grace se mordió la lengua para no gritar y sus piernas se impulsaron con escasa precisión. La mochila a su espalda pesaba, pero no iba a abandonarla.

Siguiendo a Nereida, se alejó del porche para rodear el muro y saltar hasta el otro lado. Otra ráfaga de estallidos rasgó el aire. Grace levantó el arma y disparó hacia el lado contrario de donde se encontraba el asesino, lo que pareció confundir a Claudio, que giró hacia allí.

—No te detengas —exigió Nereida, y Grace se dejó impulsar por las manos de la asesina que la apremiaban a subirse al muro. Desterró la tristeza y el sentido común se impuso; si quería salir viva de allí, tenían que ayudarse la una a la otra.

Mareada ante esa idea, Grace se aferró a la piedra con los dedos sudados. Trepó con todas sus fuerzas, a sabiendas de que Claudio las encontraría más temprano que tarde. Nereida se impulsó y, justo cuando alcanzó la parte superior del muro, uno de los picopunzantes se abalanzó sobre ella y le clavó el pico en el tobillo.

—¡No! —gritó Grace con los dientes apretados, aferrando la muñeca de Nereida entre sus dedos. La asesina no se quejó, ni siquiera cuando Grace apretó con más fuerza su muñeca. El picopunzante volvió a atacar y Nereida a duras penas contuvo un lamento—. Ni se te ocurra soltarte, todavía no te he perdonado.

Nereida intentó aferrarse con todas sus fuerzas, pero el dolor era muy intenso y no fue capaz de sostenerse. Soltó un chillido agonizante cuando intentó amortiguar la caída con el tobillo herido y se desplomó contra el suelo. Incluso con la poca luz que había, se podía apreciar el desgarro de la carne y la sangre que manaba de él.

El picopunzante volvió al ataque. Grace vio cómo la asesina levantaba las manos y se colocaba la mochila cerca del cuello para

protegerse mientras la criatura la atacaba, pero el alpha no estaba dispuesto a cejar en su empeño y al final le acertó en la espalda.

Un alarido de dolor se abrió paso a través de los labios de Nereida mientras se palpaba el cuerpo en busca de su bláster. Cuando lo localizó, lo desenfundó y disparó al alpha, que soltó un gruñido antes de huir. Después, el arma se le resbaló de las manos y Nereida se quedó allí, tumbada, inmóvil.

—¡¡Levántate!! —gritó Grace desde lo alto del muro, pero Nereida no se movió. Yacía inerte mientras la sangre seguía manando de su cuerpo y mezclándose con la lluvia, con el barro.

A Grace se le olvidó la rabia.

No podía dejarla ahí, pero no sabía qué hacer. Guardó silencio durante unos segundos que se le antojaron una eternidad con la esperanza de que la asesina volviese en sí y asumiese el control de la situación.

Mordiéndose el labio, descartó la cobardía que se filtraba en su mente. No, ella no era ese tipo de personas; ella no abandonaba a otros por mucho que estos lo merecieran. Pensó en Vania desangrándose. Pensó en que, después de todo, sí quería la explicación que Nereida quería ofrecerle.

—Levanta —repitió Grace, aterrizando a su lado. Sujetó el bláster y disparó al otro picopunzante que acababa de centrar su atención en ellas. El tiro falló, pero el alpha se asustó y se alejó.

Los ojos de Nereida se encontraron con los de Grace y ella intuyó la cantidad de disculpas que se apiñaban en el pecho de la asesina, pero en ese momento no tenía la energía para esa conversación. No con Claudio detrás de ellas, con los alphas amenazándolas.

—No te puedo pedir que me perdones —consiguió articular mientras Grace se quitaba la sudadera y la apretaba en torno a la herida de su pierna—. Yo no soy solo esto...

Grace no suavizó la mirada.

—Primero vamos a salir de aquí.

En un movimiento desesperado, Grace ayudó a Nereida a ponerse en pie, pero la pierna de esta no tenía buen aspecto y la asesina

trastabilló. Grace tuvo que cargar con el peso de su cuerpo mientras intentaba buscar refugio con la creciente sensación de angustia que le tensaba la garganta.

No había dado ni dos pasos cuando el rugido de un bláster cortó el aire. Grace apretó un poco mejor a Nereida contra su hombro. Le dolían las piernas por el cansancio, así que se vio obligada a detenerse un segundo y soltar a Nereida para quitarse la mochila. No podía cargar con ella y con su compañera; no si querían conseguir salir vivas de ahí.

—Quédate aquí —dijo Grace, recobrando el control de sus emociones. Se sorprendió ante la firmeza de su voz—. No podemos seguir a ciegas, necesito saber dónde está Claudio y desviarlo de nuestro camino.

Tomó el bláster entre los dedos.

—Lo voy a arreglar —prometió Grace, y se alejó de regreso al jardín. Estaba desesperada, asustada, pero no dispuesta a permitir que la cobardía la paralizara.

Cuando llegó a la altura del cobertizo, disparó al bosque en dos ocasiones. Los picopunzantes se mantenían a una distancia prudente, pero, en ese momento, levantaron las cabezas ovaladas y se precipitaron hacia el punto en el que habían impactado las balas.

—Bonito truco.

La voz gélida de Claudio la obligó a levantar la vista para encararse con el rostro lechoso del asesino. El agua le resbalaba por los ojos enrojecidos y tenía el labio roto. Grace notó el cuchillo sobre su piel incluso antes de verlo y supo que no tenía escapatoria.

—¿Por qué te empeñas en huir? Lo único que quiero es rajarte el cuello con este cuchillo y olvidarme de que eres una molestia para todos.

—¿Qué ganarías con eso? —balbuceó Grace.

—Nuestro camino es el que es, y ni tú ni nadie puede cambiarlo.

Un trueno resonó a lo lejos y el miedo que se fraguaba en el pecho de Grace adquirió una nueva dimensión, una capaz de arrasar con la poca cordura que le quedaba. Apretó los párpados, resignada

a morir, y, entonces, el sonido de un disparo rasgó el aire. Esperaba sentir un dolor asolador, pero no sintió nada salvo los dedos de Claudio soltándola.

Cuando al fin se atrevió a abrir los ojos de nuevo, el rostro de Imora apareció frente a ella haciendo que las lágrimas le afloraran como cascadas.

—Está todo bien —susurró Imora apretándola contra su pecho e impidiendo que Grace viese a Claudio muerto a sus pies—. Estás viva.

Aquellas palabras cargadas de consuelo solo sirvieron para que Grace sollozara con mayor ímpetu. Como si llevase toda una vida reprimiendo la angustia, las lágrimas.

—Tenemos que salir de aquí. —La voz de Zia la hizo detener el llanto. Alzó los ojos y, bajo la luz de las linternas, divisó las figuras de sus compañeros.

—Lo siento mucho, Grace —dijo Imora cuando Kenneth se acercó con una Nereida renqueante que a duras penas podía apoyarse en la pierna herida—. Sura y Zia nos han mostrado algo que nos ha retrasado y que necesitamos que veáis.

—¿Dónde están el resto de hombres que seguían a Claudio?

—Muertos —dijo Sura, apoyando el peso de su cuerpo en la pierna derecha—. Kenneth se ha encargado de ellos.

Grace asintió en silencio. Entonces, de la nada, apareció la figura del perromorfo batiendo la cola con frenética insistencia.

—Parece que te estaba buscando —musitó Nereida. Su rostro era una máscara pálida de terror.

Grace se movió con una media sonrisa en los labios al ver a aquella criatura que distaba de parecerse a las historias de alphas que de niña le llenaban la cabeza de terribles imaginaciones. Se agachó y le acarició las orejas, consiguiendo que la criatura la mirara con enormes ojos llenos de gratitud.

—Andando —dijo Zia, que fulminó con la mirada al perromorfo mientras este echaba a andar junto a Grace.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Grace cuando el grupo se hubo adentrado en el bosque.

Imora apretó los labios y su rostro reflejó el cansancio de días acumulados.

—Es mejor que lo veas tú misma.

CAPÍTULO 33

NEREIDA

Nereida no tuvo intención de soltar un silbido de sorpresa, pero lo hizo en cuanto sus ojos divisaron aquel enorme edificio. Una estructura semicircular oculta entre los sauces que apenas se podía vislumbrar a menos que se supiera bien dónde mirar. Las ramas se fusionaban con las columnas anchas y carcomían los capiteles de aquellas paredes desgastadas. De cerca era mucho más impresionante. Una fachada rectangular que se fusionaba con la naturaleza.

A Nereida aquella caminata larga y silenciosa le resultó irritante, y no solo por el dolor de la pierna y las miradas asesinas que Grace le arrojaba de vez en cuando, sino porque no podía dejar de pensar en Claudio convertido en un despojo de lo que en otro tiempo había sido. Un asesino, sí, pero no uno que mataba por obligación, sino uno convertido en un fiero cazador. Un hombre brutal que buscaba satisfacer su ego acorralándolas en una casa abandonada.

Renqueando, subió por las estrechas escaleras que daban a la puerta principal. Sura introdujo una llave en la cerradura y la empujó con un movimiento demasiado familiar como para ser la primera vez que lo hacía. Sus ojos suspicaces se centraron en Zia, que se encogió de hombros y no endulzó la expresión en ningún instante, ni siquiera cuando le dio un apretón en el hombro para obligarla a entrar.

—Me parece que teníais unos cuantos secretos en la manga —musitó Nereida al entrar al enorme salón y ver la disposición de

una docena de sacos de dormir frente a ella. Pese a la penumbra de la noche, se fijó en el techo alto, las ventanas cerradas y el olor a limpio que inundaba el aire. Una oleada de dolor le sacudió la columna y se estremeció al tiempo que ahogaba un murmullo ininteligible con el que pretendía acusar de mentirosas a Zia y Sura—. ¿Qué significa esto?

En silencio, se apoyó contra la pared y descansó el peso del cuerpo que empezaba a notar tenso, rígido por el cansancio. Imora le había realizado un torniquete en la pierna con un trozo de tela limpia mientras Kenneth la sujetaba con fuerza bajo las axilas, y aunque habían desinfectado y cerrado la herida, Nereida sabía que necesitaba atención médica. Al menos una sonda o líquido paragénico para evitar una infección y acelerar la recuperación.

Con una mirada acusadora, esperó a que Zia o Sura le ofrecieran una explicación:

—No podíamos deciros todo así de primeras —respondió Zia con amargura, cerrando la puerta oscura a su espalda—. En nuestro lugar, habrías actuado igual. Podría decirse que este es nuestro hogar y pretendíamos mantenerlo en absoluto secreto. Pero este plan se ha torcido demasiado.

—Hay algo que tenemos que mostraros… —continuó Sura.

La chica mantenía una actitud taciturna, casi sospechosa, y a Nereida la sorprendió el nerviosismo reflejado en sus ojos.

—Venid.

Zia les hizo un gesto y señaló un pasillo al fondo del salón. Ella se tomó aquello como una invitación y cojeó apoyada en el hombro de Kenneth, que siguió a Sura a través del pasillo alargado iluminado por una decena de linternas.

—¿Qué rayos es este lugar? —preguntó la asesina con una mueca en los labios. El corazón le latía muy deprisa—. ¿Hay más gente aquí?

Pero no le respondieron. No necesitaban hacerlo.

Lo vio por sí misma, y pese a todo lo que sabía, a todo lo que había visto, nada la había preparado para aquello. Allí vivían decenas

de personas.

Casi se le cae el alma a los pies al ver a dos niños de rostros pálidos que, desde dentro de un amplio dormitorio lleno de camas, la miraban desde las literas.

—Son refugiados —explicó Zia, y le dio una palmadita a una mujer que acababa de aparecer en la puerta de una de las habitaciones—. Os dije que éramos muchos los que habíamos perdido nuestros hogares.

Nereida no pudo reprimir un suspiro de sorpresa al ver a aquellas personas.

Vivían en el bosque, rodeados de alphas, escondidos.

—Por aquí —indicó Zia al ver que Sura doblaba una esquina y atravesaba un arco. Nereida y los demás la siguieron sin dejar de estudiar los rostros desconocidos que se cruzaban en el camino.

Atravesaron una segunda puerta de madera y Sura los llevó hasta un salón ovalado en el que encontraron una docena de mesas dispuestas en varias hileras. El espacio semicircular tenía un suelo de madera oscura y las paredes pintadas de un tono pardo. Las cornisas elegantes se fundían con un techo alto en el que las luces arrojaban destellos blancos sobre las superficies lacadas.

—Aquí los niños tienen clases. Intentamos instruirlos, que no pierdan los años de aprendizaje.

Los pupitres estaban vacíos, pero Nereida casi podía imaginar a los pequeños que habían visto en el dormitorio estudiando, recibiendo lecciones, como si estuviesen en la ciudad y no en medio de un bosque letal.

—No queremos que solo se escondan —les aclaró Zia, y Grace sonrió estupefacta—. Los preparamos. Damos clases, formamos una comunidad.

Nereida no se movió. Ni siquiera se veía capaz de encontrar su voz. Estaba tan sorprendida que no sabía qué decir. Si alguien le hubiese advertido de que en el bosque encontraría un lugar como aquel, lo habría tachado de fantasioso. De hecho, seguramente se habría reído en su cara.

De inmediato, pensó en su hermana, en todo lo que no sabía, en los secretos que se escondían delante de sus narices.

Recordaba el cabreo de Zarina al enterarse de que Nereida entraría al bosque. Recordaba la decepción en sus ojos y el temblor en su voz. Con todo lo que había visto allí, no dejaba de pensar en el papel que tendría la emperatriz, en cuánto sabría de todo aquello.

Las preguntas le daban vueltas y vueltas en la cabeza.

Necesitó de toda su voluntad para serenarse, por lo que se apartó de Kenneth con cuidado y se dejó caer en una de las sillas junto a la pared del fondo. No fue la visión de la limpieza y la claridad lo que causó una impresión enorme en ella, sino la cotidianidad en aquellas personas, la manera en la que se habían adaptado a ese lugar.

—Esto es… absolutamente inesperado —musitó Grace, y Nereida no dudó en asentir dándole la razón.

—Venid, vamos a comer, os prometo que os pondremos al tanto de todo, pero primero lo primero —dijo Zia ignorando el comentario de sorpresa—. Además, debéis de estar famélicas.

Nereida estaba tan impresionada que no pudo más que asentir y seguirlas renqueando hasta un comedor. Era un espacio más pequeño que el salón, pero bien acondicionado con unas cinco mesas circulares rodeadas de sus respectivas sillas.

—¿Agua?

Grace asintió. Nereida la imitó y alzó los ojos hasta el enorme candelabro de plata por encima de sus cabezas y la cúpula de cristal a través de la que se veía la noche.

Sura señaló la mesa al fondo y se alejó hasta una cocina que había tras una puerta corredera. Todos fueron tomando asiento, uno tras otro, escuchando el ruido de los platos y los cubiertos e ignorando las miradas curiosas de los comensales de las otras mesas.

—Este es nuestro refugio del mundo —explicó Sura cuando volvió con una jarra y varios vasos de aluminio—. Y esta es nuestra gente.

Nereida podía percibir el cansancio en la voz de la mujer, y sabía que si estaban allí era porque no tenía otro lugar al que llevarlos, lo

que dejaba en evidencia la situación crítica en la que estaban.

—¿Estás bien? —preguntó Kenneth, que se sentó a su lado.

—He estado mejor —gruñó, y lo decía de verdad.

La herida del picopunzante escocía y le impedía apoyar el peso de su cuerpo con soltura. Pero, por desgracia, aquella no era su mayor preocupación. Sus ojos se posaron en Grace, que evitó su mirada, provocándole un dolor hondo en el pecho.

«¿Por qué te importa tanto?», se recriminó. No tuvo tiempo de pensar una respuesta: Grace se había sentado delante de ella. Su expresión sombría se enturbió más al ver que Nereida la estudiaba en silencio. Aquella actitud fue una puñalada para sus sentimientos.

Por supuesto que temía que llegase ese momento. Desde que ató cabos y se dio cuenta de quién era el padre de Grace, Nereida vivía en tensión, buscando una alternativa para reparar su error. Por desgracia, sus actos no se podían redimir, y comprendía que entre ellas dos algo se había roto de manera irremediable.

Nereida apartó la mirada y bebió un trago de agua. No se creía capaz de encontrar las respuestas en medio de tantos estímulos nuevos, no cuando la culpa la asediaba en un rincón apartado de su conciencia. Desde que había entrado en el bosque, desde que había visto el horror de su interior, se cuestionaba todas sus decisiones, y eso la incomodaba muchísimo.

Grace le había reprochado su actitud. Le había dicho que estaría sola por culpa de su egoísmo. Y tenía razón. Nereida era un alma rota. Una huérfana entrenada para matar, no para sentir. Solo le bastaba leer el dolor en la expresión de Grace para confirmar que seguía siendo un instrumento, una asesina desalmada.

Entonces, ¿por qué le pesaba tanto esa maraña de sentimientos dentro del pecho? No los quería. No le servían para nada más que para distraerla. Pero allí estaban y, aunque quisiese arrancarse el corazón del pecho, aunque quisiese no sentir nada, no podía evitarlo.

Resopló, agotada, y sus ojos se dirigieron hacia Imora, que la miraba con preocupación. Kenneth también fijaba su atención en ella

y eso la obligó a cortar aquel escrutinio silencioso.

—Estoy bien —aseguró, e Imora esquivó el contacto visual—. Me han herido y casi la palmo, sí. Pero ya estoy aquí y agradecería alguna explicación. —La tensión se enroscó en su garganta al ver que ninguno decía nada—. ¿Y bien?

Kenneth se mantuvo en silencio e Imora no estaba más dispuesta que él a dar explicaciones, por lo que Zia tomó la delantera:

—Bueno, yo creo que las conversaciones difíciles las podemos dejar para luego —dijo mientras señalaba la ventanilla en la pared desde donde veían la enorme olla de peltre junto a una hilera de platos humeantes en los que reposaba un guiso espeso—. ¿Qué me decís? ¿Comemos?

Nereida prefería las explicaciones primero, y quizá incluso algo de atención médica, pero el olor a verduras y picante le recordó que hacía mucho que no comía algo caliente.

***

—He traído algo para tu herida —garantizó Sura—. Déjame mirarte la pierna.

Nereida no se quejó cuando la chica le rasgó la tela que rodeaba la herida y dejó a la vista la piel abierta en el punto donde el alpha le había clavado el pico. Se veía el trabajo que Imora había hecho y, pese a ello, Nereida pensó que era un corte feo e irregular.

—Dame la sonda —pidió a su hermana, y Zia se arrodilló a su lado con el botiquín. Seguían en el comedor, que en ese momento se encontraba vacío, salvo por ellos.

Intuyó que a Sura no le hacía ni pizca de gracia malgastar suministros médicos en ella, pero tampoco se iba a quejar.

—No tardará en hacer efecto —aseguró Zia, dejándose caer al otro lado de la mesa.

—Tiene otras heridas en el cuerpo, en las costillas —apuntó Grace; sentía sus ojos estudiándola, también la mirada de Imora que parecía vigilarla. Las dos estaban sentadas cerca, Grace en el suelo

con las piernas cruzadas e Imora a su lado con una manta sobre los hombros—. También en la espalda.

El corazón de la asesina se encogió de agradecimiento ante ese gesto.

—No creo que me muera; al menos, no de momento —dijo Nereida—. Primero, quiero una explicación. ¿Por qué no estabais en el punto de encuentro?

—¡Sura! —exclamó una voz, y Nereida alzó los ojos.

Un hombre alto de mentón ancho y rostro pálido con gesto aliviado se reunió con ellas y no dudó en estrechar a Sura en sus brazos y plantarle un beso largo en los labios. Había tanta intimidad en el gesto que Nereida se preocupó más por ser testigo del momento que por haber manchado de sangre la moqueta.

—Elena ha estado vigilando, esperando por ti.

Como si respondiese a la llamada, una niña de unos diez años con el pelo negro recogido en una coleta se abalanzó sobre Sura rodeándole la cintura con los brazos y gritando de alegría.

—Es su hija —explicó Zia.

Nereida no supo cómo reaccionar a aquella revelación. Sentía que necesitaba un trago que la ayudara a adormecer el desconcierto que se cernía en su pecho.

—¿Qué hacéis para tener electricidad? —inquirió la asesina—. ¿Desde cuándo estáis aquí? ¿Por qué?

Zia alzó las cejas y señaló el cableado multicolor que recorría el techo blanco. Dos lámparas grandes arrojaban destellos opacos al comedor.

—Las preguntas de una en una —dijo Zia—. Vamos a coserte bien la herida y ya hablaremos después.

Cuando Zia dio la última puntada a la herida, Nereida respiró hondo, intentando que el oxígeno le llenara el cuerpo y aliviara el dolor. Zia cortó el hilo con los dientes y le dedicó una sonrisa fría.

Kenneth apretó los dedos de Nereida y ella agradeció la cercanía del contacto de sus manos. Su amigo la había reñido, había levantado la voz dos octavas más de lo necesario, y ni siquiera

cuando le sirvieron un cuenco de guiso humeante había dejado de gruñirle por su imprudencia. Sin embargo, Nereida no consideraba que aquello fuese su culpa; al menos, no del todo. Puede que hubiese arruinado el plan cuando Siri las descubrió, pero fueron ellos los que no estaban en el punto de encuentro.

—Si hubieseis venido antes, Claudio no habría llegado tan lejos —le recordó con malicia, y Kenneth quedó desarmado ante la acusación.

Su amigo se pasó una mano por el pelo revuelto. Se veía horrible, así que Nereida evitó pensar en el aspecto que tendría ella. Notaba la ropa pegada al sudor del cuerpo y añoraba el olor del jabón en su pelo.

—Lo siento, es solo que… me he visto sobrepasado por todo —admitió él de repente.

—Lo sé, Kenneth, no eres el único que está preocupado —le recordó ella, y se sintió un poco hipócrita. Él podía perderlo todo, si es que no lo había perdido ya, pues no tenían noticias de Tiberio.

—Nunca debimos participar en la Cacería —afirmó él, contrariado, y enterró el rostro entre las manos—. Nunca me imaginé que encontraría esto, que me separaría de la persona que más amo en este mundo. Me gustaría saber que está bien…

—¿Sigues pensando que nuestra mejor opción es entrar en la sede de Sisne? ¿No crees que podríamos salir del bosque?

Algo en la expresión de Kenneth mutó a una mueca que Nereida no supo interpretar.

—No tenemos esa opción. Llegamos tarde al punto de encuentro porque intentamos alcanzar la valla oeste del bosque, pero ocurrió algo. —Kenneth se separó un poco y ella vio miedo en sus ojos—. El bosque está rodeado, Neri. Tuvimos que desviarnos. —Hizo una pausa y carraspeó débilmente—. Los hombres de Sisne están por todas partes. Están armados y no van a permitir que salgamos de este maldito lugar.

—¿Os vieron? —preguntó Nereida.

—Por suerte no. —Fue Imora quien respondió, parecía cansada, taciturna, algo poco habitual en ella—. Tuvimos que ocultar nuestro rastro, por eso nos desviamos.

Nereida boqueó, repentinamente mareada ante la idea de estar atrapada en el bosque. Perder la opción de salir era un golpe a la poca esperanza que conservaba. Aquella certeza significaba un punto decisivo en todo lo que ellos habían planificado hasta entonces. Enderezó la espalda y le dio una palmadita a Kenneth, pero antes de que pudiese decir algo, Zia se puso a vendar la pierna de Nereida.

—¿Tenéis paragénico por aquí? —preguntó Nereida al notar el suave tirón de la piel recién unida—. Sin un buen chute de medicina, no podré tener la pierna lista hasta dentro de algunos días. No quiero ser un incordio, no a sabiendas de que es inevitable entrar en Sisne.

—Nos quedan algunas dosis que estaban reservadas. —Zia dudó un instante y su semblante se tornó pensativo—. Pero creo que podemos suministrarte una inyección.

Nereida agradeció en silencio a los genios del pasado que habían creado el líquido paragénico y a Zia por la concesión que le hacía.

De repente, echó una mirada al comedor bien dispuesto, a lo resueltas que parecían aquellas personas que vivían allí, y descubrió una admiración repentina hacia Zia y Sura. Eran supervivientes y habían logrado llevar hasta ese lugar a su gente solo para salvarlos.

—¿Lo que nos contasteis la otra noche era verdad? —preguntó ante las dudas que la asediaban.

Zia asintió.

—Todo lo que os dijimos la otra noche es cierto, pero no quería arriesgarme a mostraros este sitio. No a menos que fuese absolutamente necesario. Ya veis que nuestras familias están aquí, los mantenemos a salvo.

Nereida las entendió. Se dio cuenta de que Imora y Grace escuchaban la conversación en un silencio tenso, como si temiesen inmiscuirse en la confesión de Zia.

—Cuando atacaron nuestro pueblo, no solo saquearon las casas y las tiendas, también prendieron fuego a las calles y los edificios. Sacamos a cuantos pudimos, pero muchos murieron. —La voz de Zia perdió fuerza.

—Lo siento —murmuró Nereida con tristeza.

—No somos las únicas. Han atacado varios pueblos del norte, siempre con el mismo *modus operandi*. Dejan que el alpha dominus campe a sus anchas y lo destroce todo y luego los soldados se encargan de terminar el trabajo —añadió Zia en voz baja—. Al principio pensamos que eran rumores que llegaban de otras ciudades pequeñas y no les dimos importancia. —Hizo una pausa antes de continuar—: Además, se hablaba de robos masivos a fábricas tecnológicas, y en Agria solo teníamos dos fábricas: una de piezas ensambladas para planeadores y armas y otra que se dedicaba a la producción masiva de semillas orgánicas para granjas pequeñas. No veíamos ningún peligro, puesto que nunca hemos sido grandes empresarios ni cotizábamos en el mercado ni en la red negra. —Hizo otra pausa y Nereida leyó en su rostro el horror—. El problema es que subestimamos aquellos rumores. No los creímos hasta que llegaron a nuestro pueblo. Murieron niños, Nereida. No pudimos hacer nada, ni siquiera cuando sus madres suplicaban entre el fuego.

Zia se apretó el puente de la nariz y sacudió la cabeza como si luchara por alejar las pesadillas. Nereida la entendió. Notó un resquemor en el pecho, una tristeza aguda en los huesos.

—En el norte siempre ha habido revueltas, pero nunca pensamos que nos pasaría algo así. Supongo que era más fácil mirar hacia otro lado. Si le pasa al conocido de un amigo te preocupas, pero hasta que el conflicto no llama a tu puerta no se convierte en una realidad. —Dirigió la mirada a Kenneth, que estaba encogido en silencio, probablemente cavilando sobre todos aquellos rumores que llegaban hasta la oficina de Zarina y a los que no se les prestaba demasiada atención. Luego miró a Grace e Imora, que escuchaban el relato en absoluto silencio—. Esa noche, los pocos que sobrevivimos

escapamos, y encontramos un grupo que se refugiaba aquí, así que nos quedamos. —Muy despacio, Zia se puso en pie y cogió el botiquín—. A Zarina nunca le ha interesado el norte, y yo estoy cansada de esperar a que alguien haga algo. Los que nos hicieron esto son ellos. Son esas personas que trabajan en la sede de Sisne. Por eso voy a entrar en ese maldito edificio y voy a destruirlos desde dentro. Porque lo que nos ha pasado a nosotras no debería pasarle a nadie más.

Nereida dejó escapar un suspiro suave y la vio alejarse del comedor. De pronto, la certeza del horror de aquellas personas pesó sobre todos ellos. Imora rodeó a Grace con un abrazo y Kenneth bajó los ojos como si la vergüenza le impidiese mantener la cabeza en alto.

Maldiciéndose por haber ignorado todo aquello, Nereida notó una leve determinación cobrando forma en su pecho. Pensó en Sura y su hija. Pensó en Grace y en su anhelo de volver con su hermana.

Todos ellos tenían un hogar al que volver, personas por las que sacrificarse. Pero ¿qué tenía ella, además de unos cactus y un piso apenas amueblado? Miró el rostro de Kenneth y le apretó la mano. Hacía frío y los labios le temblaron cuando se dio cuenta de que se estaba autoengañando. Le importaban esas personas. Quería que Grace encontrase a su hermana, quería que Kenneth volviese a ver a Tiberio, y aquella era su oportunidad para demostrarse que era tan humana como todos los demás.

Contuvo las lágrimas y forzó una sonrisa. Ese destello de cariño, de preocupación, empezaba a demostrarle que quizá sí era capaz de anteponer los problemas de los demás a los suyos.

—Bien. Tenéis razón —dijo de pronto, y Kenneth levantó el rostro—. Vamos a entrar a Sisne, vamos a buscar a Tiberio y vamos a detener esta locura. Se acabó lo de mirar a otro lado.

CAPÍTULO 34

GRACE

A Grace no le gustaban demasiado los niños. Le resultaban ruidosos y muy demandantes. Ania era la única excepción, la única niña a la que soportaba y con la que, de hecho, le gustaba estar. Le agradaba escucharla hablar durante horas de las historias que encontraba en internet. Ania era inteligente, divertida y estaba llena de vida, de curiosidad.

Bien sabía que ella misma a los diez años había sido insoportable. Casi lo sentía por su padre y Kim, que la rescataron del orfanato esperando a una criatura dócil y sencilla. Grace no solo había sido estrafalaria, chillona y muy irritable, sino que también había poseído un talento natural para meterse en problemas, para molestar a los demás y para no encajar con el resto de niños de su edad.

Tal vez por eso se notaba nerviosa al ver a la pandilla de chiquillos que pululaba al otro extremo de la sala. Se había refugiado en ese lugar del edificio porque no soportaba la presencia de Nereida. Si bien sus emociones eran demasiado contradictorias, en cuanto Zia terminó de atenderla, Grace sintió una pesada tirantez en el estómago. Los ojos de Nereida siempre buscándola de una manera que le resultaba insoportable.

La tormenta había dejado una sensación de resaca en su cabeza y, aunque un fuego ardía en la estufa de la esquina, Grace aún sentía el frío en los huesos. Necesitaba silencio, necesitaba dar forma a sus pensamientos y asimilar las últimas horas. Se alejó un poco más de los niños, se retiró hasta una esquina vacía y se

concentró en la marea de pensamientos que, en ese momento, le llenaba la cabeza. Escuchar el relato de Zia y lo que había ocurrido en su pueblo solo servía de aliciente para entrar a Sisne y descubrir lo que estaba pasando realmente.

En aquella soledad autoimpuesta, las lágrimas le abarrotaron los ojos y se dejó vencer por esa tristeza de la que llevaba horas escapando y de la que no podía seguir escondiéndose.

Imora se fijó en ella, cruzó el enorme salón, se acercó y le puso una mano en el hombro antes de sentarse a su lado.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —Fue lo primero que le soltó. Grace simplemente asintió—. Eres mi familia, Grace. Siempre lo serás y nunca te dejaré sola.

Los brazos de Imora la rodearon con fuerza, como si con el gesto pudiese recomponer todos los fragmentos rotos de su ser.

Grace agradeció el gesto, la firmeza de sus manos, el calor de su cuerpo. Imora no podía hacerse a la idea de lo mucho que necesitaba aquello. Siempre había sido incapaz de atender a sus propias necesidades porque solía anteponer las de todos a las suyas.

El silencio se amoldó a ellas y se quedaron apoyadas la una en la otra durante largo rato. Al menos, el tiempo suficiente como para que los niños se fuesen retirando a dormir. Solo entonces, Grace se lo contó.

Vació con palabras aquel dolor, lo expuso delante de Imora como si se estuviese dejando en ello el alma. Su padre estaba muerto. Nereida había intentado asesinarlo. La Hermandad había terminado con él.

Durante lo que pareció una eternidad, ninguna dijo nada.

Grace se arropó en la tristeza. Acarició los recuerdos de su padre, de una vida a la que ya no volvería. No podía imaginar el mundo sin él. Su ausencia le parecía insoportable. No estaba preparada para asimilar de nuevo una pérdida tan grande.

—Escucha, voy a decirte algo que quizá no te guste —empezó a decir Imora. Hablaba en voz baja, como queriendo romper el silencio

levemente—. Pero quizá deberías hablar con Nereida. Creo que deberías preguntarle lo que ocurrió…

Grace negó con la cabeza y miró las mesas vacías a su alrededor.

—No quiero hablar del tema con ella. Aún no —aseguró, y cruzó los brazos sobre el pecho, más dolida que enfadada.

Sabía que no debía centrarse solo en la sensación de desamparo, sobre todo cuando creía que su madre podía estar viva en la sede de Sisne. Pero saberlo no era lo mismo que llevarlo a la práctica. Y una parte de ella temía que, si encontraba respuestas en Nereida, ignorara esas emociones, las sepultara y olvidara. Y Ellis se merecía su dolor. Se merecía la tristeza.

—Hablar es bueno —continuó su amiga, dispuesta a animarla—. Nadie ha muerto por expresar sus sentimientos y, en este momento, te vendría de lujo. En especial si quieres quitarte un peso de encima. No es culpa suya, Grace. —La chatarrera siguió sin responder e Imora movió el pie sobre el suelo con impaciencia—. Además, creo que tal vez deberías preguntarte por qué se convirtió tu padre en una amenaza para la Hermandad.

La voz de Imora quedó suspendida en el aire.

En ese momento aparecieron Nereida, Kenneth y Sura, que se sentaron al otro extremo del salón. Grace los ignoró todo lo que pudo. Giró el rostro y se concentró en los ojos cautos de Imora, en las cejas altas y bien definidas.

—Grace…

Pero, aunque se esforzara en no fijarse en Nereida, le estaba resultando imposible.

Grace suspiró. Era difícil resistirse, esquivar sus ojos y fingir que nada de aquello había pasado. Una atracción imposible e incómoda tiraba de Grace y la obligaba a deslizar los ojos hasta el otro extremo de la sala.

—Sabes que soy aficionada a los dramas románticos, y no es que no me guste ver esas miradas de criatura herida de Nereida —le soltó Imora en voz baja—. De hecho, me gustaría seguir viendo

cómo la tensión sexual os puede, pero en este momento creo que deberíais hacer un pacto.

Grace la ignoró. No porque no tuviese una respuesta, sino porque le resultaba demasiado doloroso expresarla en voz alta.

—Solo necesito saber algo —cortó Grace cambiando radicalmente el tema de conversación—. ¿Vas a entrar a la sede o no?

—Por supuesto que lo haré. Soy tu amiga —replicó Imora, sin cambiar ni un ápice el tono de su voz—. Iría hasta el fin del mundo por ti.

Aquello era lo que siempre hacía Imora: ser una amiga leal, de las que se pelean con quien haga falta solo por evitarte un disgusto.

—Gracias —susurró Grace, y se enderezó justo cuando Zia entraba al salón.

La mujer les hizo un gesto con la mano para que se acercaran.

—He estado repasando el plan —les informó mientras extendía un mapa holográfico en la mesa. Grace lo miró con atención: era exactamente igual al que Mira le había entregado a ella—. No tenemos ningún mapa actual de la sede, pero Mira nos dio este, de antes del desastre de la multitecnología.

—Es demasiado antiguo; si llevan tantos años operando aquí, en el bosque, la sede será diferente —protestó Kenneth señalando las rutas inexistentes y los edificios que ellos habían visto derruidos.

—No tenemos nada mejor. Al menos con esto, contamos con una orientación —admitió Zia, y señaló la entrada de la sede principal—. Aquí está la puerta. Sabemos que cuenta con un lector de tarjetas para acceder al interior y que suele estar vigilada. No tenemos muy claro cada cuánto se dan el relevo los guardias, pero suponemos que, como mucho, cada par de horas.

—Además, tenemos que contar con los planeadores que aterrizan ahí cada día —puntualizó Nereida—. Aunque consigamos calcular bien el cambio de guardia, podrían llegar más hombres de Sisne en ellos..

Zia asintió.

—¿Y si volamos la sede? —propuso Zia de repente—. Si realmente queréis evitar que usen a los alphas como armas, tendríamos que volar la sede con todo lo que implica. Asumir la pérdida.

Kenneth se puso en pie de golpe y exclamó:

—No. Esa no es una opción. Tiberio podría estar allí dentro.

—También mi madre —les recordó Grace con la furia nublándole los ojos.

Antes de que Kenneth pudiese volver a intervenir en la conversación, Sura se puso en pie y dio un manotazo a la mesa haciendo que toda la atención cayera sobre ella. Entonces, miró a Grace y levantó un dedo antes de preguntar:

—¿Mira te dio algún tipo de dispositivo?

—Sí. Me dio un EPS —respondió Grace, palpando el bolsillo de su chaqueta.

—A nosotras también nos dio uno. Deberíamos dividirnos en dos grupos e intentar llegar a una de las plataformas activas por distintas rutas. Si pudiésemos acercarnos lo suficiente y conectarnos a la red, quizá podríamos mandar la señal a Mira.

—Entonces, ¿ese es el plan? ¿Entramos y mandamos la señal?

Sura asintió con algo de convicción, pero en sus ojos Grace veía el miedo. Era poco probable que lo consiguieran. Esperaba que con mandar la señal fuese suficiente, pero nada les garantizaba que recibiesen ayuda.

—¿Os habéis preguntado acaso por qué Mira patrocinó dos equipos diferentes en lugar de sumar fuerzas desde el principio y os mandó al bosque solo con unos mapas desactualizados y unos EPS? —preguntó Nereida de pronto.

—Creo que no tenía las suficientes pruebas como para actuar usando los canales oficiales —apuntó Zia, y frunció el ceño—. De hecho, dudo que llegase a imaginar lo que realmente estaba pasando aquí dentro.

Los ojos de Nereida se cruzaron con los de Grace.

—Se ha tomado muchas molestias para traeros hasta aquí, para dejaros a vuestra suerte.

—No creo que su intención fuese esa —respondió Grace, y se sorprendió a sí misma buscando una manera de justificar a la empresaria. No creía en sus buenas intenciones, por supuesto, pero le parecía injusto dar por hecho que Mira las había enviado a una muerte segura—. Dijo que quería los archivos de Sisne, y quizá fuera simplemente eso. A lo mejor esperaba encontrar algo en ellos.

Se hizo un silencio en el grupo que indicaba que todos estaban intentando descifrar las intenciones de la empresaria.

—¿Sabes cuántos planeadores han llegado desde ayer? —intervino Zia. Era una pregunta retórica, claro—. Cinco. Y se han ido cargados con docenas de jaulas.

En silencio, Grace se tomó un momento para observar a sus compañeros: en sus rostros había miedo, pero también determinación.

—No podemos permitir que sigan sacando alphas.

Un silencio sepulcral siguió a sus palabras. Parecía que todos intuían el peligro que entrañaba que estuviesen traficando con aquellas bestias, pero Grace albergaba serias dudas sobre lo que pretendían hacer con ellas realmente. ¿Esperaban iniciar una guerra? ¿Querían repetir lo que habían hecho en el norte, en el pueblo de Zia y Sura y, seguramente, en otros pueblos?

Grace no tenía las respuestas, pero estaba convencida de que las encontraría.

CAPÍTULO 35

NEREIDA

La familia imperial era el símbolo de la grandeza de Ynsgard. Más concretamente, de la magnificencia de la capital. Y Zarina era la máxima representante de los valores tradicionales del imperio.

Pero ahora, con todo lo que habían descubierto, a Nereida le escocía no tener claro cuál era el papel de su hermana realmente.

Zarina y ella mantenían un vínculo especial, a pesar de las diferencias que las separaban. Nereida era consciente de que el peso de su propio exilio dentro de la familia real las había alejado. Zarina en el trono, Nereida con sus cuchillos. Una distancia insalvable, como dos caras de una moneda.

—Tengo una idea —dijo Imora mientras mostraba una holopantalla—. Estoy de acuerdo con mandar un mensaje a Mira, pero y si… —Dudó un segundo buscando la aprobación en los ojos de Grace—. ¿Y si vamos más allá? Quiero decir, no sabemos cuáles son sus intenciones. Al fin y al cabo, no ha sido del todo sincera, no nos dijo que enviaría a dos equipos, por lo que yo creo que deberíamos valorar otra opción para hacer llegar el mensaje a la ciudad.

—¿Qué propones?

Una sonrisa tiró de la comisura de los labios de la chica, que señaló una luz titilante en el mapa antiguo de Sisne.

—Si dentro de la sede damos con una red que se pueda conectar a la de la ciudad, podríamos enviar un mensaje a través de la red

negra para que la gente lo fuese difundiendo y todo el mundo lo viese.

Nereida no podía negar que aquello era un acto rompedor, casi revolucionario.

—Así nos aseguraremos de que no puedan hacer la vista gorda —espetó la asesina—. No tendríamos que depender solo de Mira.

Zia y Sura intercambiaron una mirada preocupada y Grace dio un toquecito al mapa.

—Encontrar una red y conectarnos a ella no es tan fácil como usar el EPS en la plataforma de aterrizaje —replicó la chatarrera—. Pero tal vez podamos usar uno de los secuenciadores de la plataforma para enviar un mensaje codificado. No será tan efectivo…

—Pero habría una posibilidad, ¿verdad? —interrumpió Imora.

—Es un riesgo muy alto —admitió Grace—. Pero sí, podría hacerlo, siempre que cuente con el tiempo necesario para infiltrarme en la red negra. ¿En qué tipo de mensaje estás pensando?

—En un vídeo, uno que les haga tener miedo —puntualizó Imora—. La gente no actuará hasta que sepan que pueden ser los siguientes, que los alphas pueden atacarlos a ellos, que son controlados por Sisne y que ya han destruido pueblos en el norte.

—Joder —musitó Zia con los ojos vidriosos, y Nereida supo que aquello era importante para ella—. Así, aunque Mira no quiera actuar, aunque no pueda, el mundo sabrá lo que ocurre aquí.

La mano de Sura aferró la de Zia con afecto y Grace meditó en silencio un segundo antes de preguntar:

—¿Estáis seguras?

—Nadie nos ha querido escuchar —espetó Zia—. Pero ahora conocen nuestros rostros, saben que estamos en el bosque y no pueden ignorar que hemos visto la verdad.

—Antes de contactar con Mira, intentamos introducirnos en la red negra para denunciar lo que había ocurrido en el norte —explicó Sura de pronto—. Tumbaron el vídeo en pocos segundos. ¿Y si vuelven a hacer lo mismo?

—Yo sé cómo evitarlo —indicó Imora—. Puedo garantizaros que el mensaje estará en la red al menos durante un par de horas. Si sabes qué teclas tocar y a quién contactar, el fácil conseguir que vídeo se vuelva viral, y yo sé cómo hacerlo. Os aseguro que se extenderá como la pólvora. Lo habrán visto y compartido miles de personas antes de que lo retiren de la red.

Una chispa de esperanza prendió en los ojos de Sura.

—Venga, vamos a grabarlo.

***

Nereida las vio trabajar y se mantuvo apartada durante el resto de la noche. El cansancio hacía mella en su voluntad y a duras penas podía conservar un poco de optimismo. Le parecía sobrecogedor pensar en cómo el tiempo dentro de ese lugar parecía infinito.

El bosque había cambiado algo dentro de ella. Nereida siempre había hecho gala de una frialdad absoluta y le agradaba que otros la viesen como una tía dura, pero allí había descubierto que en realidad no le importaba la opinión de la Hermandad, ni siquiera su reputación. El bosque la estaba convirtiendo en una persona diferente y todavía le parecía demasiado pronto para decidir si aquella nueva versión de sí misma le gustaba o no.

Grabaron el vídeo. El mensaje fue corto, conciso. Hablaba del secreto guardado por Sisne, de los ataques a los pueblos del norte y del peligro de vivir un segundo desastre de la multitecnología. Algo que, muy en el fondo, no esperaba que le llegase a importar a ella, pero que lo hacía. Quizá si ayudaba a detener aquello pudiese redimirse de todos sus errores. Quizá podría olvidar las malas decisiones que había tomado. Y si existía algo que en ese momento deseara con todas sus fuerzas era eximirse del pasado, arrancarse las escamas del dolor y resurgir como una persona nueva, distinta.

Era cierto que Sura y Zia no querían aferrarse a la esperanza de que el mundo entero pudiese ver el vídeo. Por supuesto, su experiencia hacía que tuvieran dudas sobre el alcance que podría

tener y las conciencias que podría despertar, pero Imora parecía convencida de lo contrario y Nereida había aprendido a confiar en aquella chica. Lo difícil era entrar a la sede de Sisne y meterse en el sistema.

Además, bien sabía ella que las armas de las que disponían no eran suficientes para plantar cara al ejército que se apostaba a las puertas de la antigua sede. Eso suponía otro fallo en su plan. Pero si administraban bien los recursos, quizá podrían resistir lo suficiente como para esperar a que alguien enviase refuerzos. Y Nereida esperaba que ese alguien fuese su hermana. Eso si veía el vídeo a tiempo, si no sabía lo que ocurría allí y si mantenía un mínimo de su responsabilidad.

Suspiró, frustrada, y miró la hora en su holopulsera con la intención de permanecer despierta hasta que llegara el momento de ponerse en marcha. Sabía que no podría pegar ojo, y prefería meditar el plan sin descanso.

Al otro lado, Grace estaba sentada en un sofá viejo con el pelo oscuro cayéndole sobre el hombro derecho. Sus ojos permanecían concentrados en la holopantalla que tenía entre sus manos.

Se habían quedado solas en la pequeña sala y ella ni siquiera se había dado cuenta. Grace llevaba tanto tiempo concentrada que Nereida estaba convencida de que tampoco había reparado en ello.

Nereida se puso en pie dispuesta a dejarla sola, pero al ver la tensión de la espalda de Grace y sus dientes apretados en una mueca recta, se detuvo junto a la puerta. Rebuscó entre todas las explicaciones que podía darle y no tardó demasiado en llegar a la conclusión de que no existían palabras dignas de su perdón. Bajo la difusa luz, apreció el movimiento de sus dedos, la forma en que sus labios se estiraban y crispaban casi sin que se diera cuenta, y Nereida supo que sus sentimientos eran firmes e irrevocables.

Grace pestañeó, tecleando con destreza en la holopantalla. No había abierto la boca en los últimos cuarenta minutos y Nereida comenzaba a notar el muro de hielo que las dividía. De hecho, la

distancia se le antojaba desmoralizante e insalvable, en vista de que todos descansaban y solo ellas dos se mantenían despiertas.

—Grace —dijo Nereida, y se movió hasta la mesa para servirle una taza del café que reposaba en la cafetera. Un gesto de buena voluntad con el que esperaba izar una bandera blanca—. Bebe algo, debes de estar entumecida.

Grace no respondió. Ni siquiera la miró a la cara. Siguió trabajando, dejando que el nudo en el pecho de Nereida se hiciese más y más grande.

«Ojalá no me importase, ojalá pudiese fingir que no me duele su silencio», pensó, consternada ante lo mucho que le dolía su actitud.

Dejó la taza a un lado y cruzó los brazos sobre el pecho:

—No pienso irme hasta que hablemos.

Fue incapaz de descifrar la mirada de Grace y eso la irritó. Quería mirar sus pupilas y sentir la misma conexión que se había fraguado entre las dos cuando habían llegado al bosque, cuando empezaron a hablar, a compartir sus miedos, sus sueños. A su lado se sentía humana. Llena de emociones contradictorias, de los sentimientos de los que llevaba toda una vida escapando.

Agotada por esa lucha interna, Nereida se sentó frente a Grace al tiempo que estiraba la pierna con cuidado. Con cierto placer, descubrió que el dolor había remitido bastante, dando paso a un hormigueo tibio que no era nada parecido al escozor típico de la anestesia. La sonda permitía acelerar la reparación de tejidos, tratar infecciones y mitigar el dolor.

—Lo siento, de verdad, no sabes cuánto lo lamento —dijo con la voz rasposa.

Grace entrecerró los ojos y por fin se dignó a levantar el rostro.

—No sirve de nada —soltó con rabia—. Arruinaste mi vida, la de mi hermana. Esa era la única razón por la que estabas en la Feria, ¿verdad? —Bajó la voz—. Ni siquiera lo entiendo. ¿Por qué mi padre? ¿Para quién era una amenaza exactamente?

La acusación acertó en el blanco y Nereida esbozó una mueca.

—Escucha. Cuando recibo una misión de parte de la Hermandad, la información personal es clasificada. Yo no sé nada de esa persona más allá del tipo de riesgo que supone. La Hermandad hace un estudio de esa persona, de sus antecedentes, de toda su vida, pero yo solo sé que tengo que cumplir con mi trabajo. —El silencio la rodeó y tardó un momento en darse cuenta de que Grace la escuchaba con atención—. Tu padre aparecía marcado como un criminal peligroso. Lo único que pude encontrar fue un historial incriminatorio en la red negra.

Un destello de reconocimiento prendió en los ojos oscuros de Grace, que apartó la holopantalla a un lado un segundo y se pasó una mano por el pelo rizado.

—Es probable que mi padre fuese asesinado por saber algo de lo que se cocía aquí en el bosque —reflexionó Grace—. Él y mi madre estaban obsesionados con este lugar, con los alphas, pero siempre había algo más que no nos decían ni a mi hermana ni a mí, y creo que entiendo la razón. ¿Y si intuía que mi madre seguía en el bosque? ¿Y si sabía algo de los discos que están usando en los alphas? Ahora nunca lo sabré.

Grace tragó saliva y sus ojos volvieron a la holopantalla. Nereida se levantó y se dirigió a la puerta con intención de dejarla a solas.

—¿Te vas? —dijo Grace con una ceja en alto.

—Es evidente que no vas a darme una tregua —dijo, esforzándose para que sus palabras sonaran superficiales—. Por mucho que te pida perdón, me queda claro que no hay nada más que pueda hacer.

—Quizá me gustase verte suplicar. —Grace sonrió. No era el tipo de gesto inocente que la asesina había visto en su rostro una infinidad de veces; era una sonrisa cargada de malicia que la hizo sentirse completamente descolocada.

Nereida apartó la mirada y un leve rubor le inundó las mejillas.

¿Grace estaba tonteando con ella? La sorpresa de ese pensamiento la sobresaltó.

—No me imaginé que tuvieses fantasías como esa.

Los ojos de Grace se centraron en ella. Había fuego en sus iris, un deseo latente.

—Mi fantasía es que dejes de huir de lo que sientes —dijo Grace, y Nereida se acercó. Volvió a sentarse frente a ella, a una distancia corta en la que podía apreciar el contorno de sus pestañas, la curva de sus labios—. Si pudiese arrancarme el corazón y odiarte, lo haría con todo el gusto del mundo. Nada me apetece más en esta vida que detestarte. Pero no puedo elegir qué sentir, y eso me destroza. Me desgasta pensar que tú sí tienes la fuerza de voluntad para dar marcha atrás y negar tus sentimientos mientras que yo soy esclava de ellos.

El aire abandonó los pulmones de Nereida. Algo ardió en su pecho y tardó un segundo en reconocer lo que era: un deseo arraigado dentro de su alma, un sentimiento que había echado raíces y que ya no se podía arrancar del cuerpo.

—¿Siempre has sido de las que se lían con alguien y huyen en cuanto sienten algo?

Una chispa de orgullo recorrió la columna de Nereida, que estaba impresionada por el repentino cambio que acababa de dar la conversación. Pestañeó con fuerza, tragándose su inquietud y más que dispuesta a seguir el juego de Grace, pero esta vez con sinceridad.

—No podía asumir que me gustabas y lo más fácil fue…

—¿Romperme el corazón?

La interrupción era desafortunada.

—No, quería evitarlo —admitió, azorada de pronto—. Siempre he huido de las relaciones, no se me dan bien, suelo decepcionar a la gente que me quiere. No podía soportar que tú vieses lo que realmente era: un arma utilizada por el sistema.

—Eres una persona, Nereida —dijo Grace, acercándose a ella. Sus dedos le acariciaron el brazo—. Solo tú puedes romper con las etiquetas, y creo que ha llegado el momento de que seas quien quieres ser.

Volvió a quedarse en silencio. No era uno incómodo, sino uno cargado de todas las palabras que deseaba dejar salir definitivamente. Grace levantó una mano para apartarle un mechón de pelo que le caía sobre los ojos cuando Nereida dijo:

—Hace dos años recibí una misión de parte de la Hermandad. Yo era su mejor asesina en ese momento y ellos contaban conmigo para un trabajo que prometía cambiar el rumbo de Ynsgard. —Podía ver la curiosidad en el rostro de Grace. Tragó saliva y apretó los dedos, rebuscando la fuerza necesaria para continuar con el relato del día en que su vida cambió para siempre—. Nuestras tareas suelen ser… —Hizo una pausa y Grace mantuvo la boca cerrada, animándola a continuar—. Nuestro trabajo es obedecer y cumplir nuestra misión adhiriéndonos al código de la Hermandad, por lo que no me quejé cuando me asignaron asesinar a un grupo de más de diez personas que estaban calificadas como indeseables. —La voz se le rompió y tuvo que tomar una bocanada profunda antes de seguir—. Llegué al garito con mis cuchillos retráctiles y dos blásteres con silenciador, pero lo que vi allí me impidió actuar. Eran refugiados. —El recuerdo se mantenía intacto en su memoria. Los rostros hambrientos, las expresiones de necesidad con las que la miraron—. Refugiados de Tabai. Habían sido reclutados por la Resistencia para operar con ellos a cambio de credenciales falsas para residir en el tercer anillo. Planeaban un golpe contra Pegasus y 4DL. Lo hacían porque era la única manera de conseguir vivir en Ciudad Espejo, de huir de la necesidad de sus hogares. Yo… —La voz se le rompió bajo el efecto del recuerdo—. No pude matarlos, no pude porque tenían niños desnutridos que serían deportados. Pero cometí un error. Me vieron dos policías que supervisaban a los refugiados y, al final, yo… tuve que matarlos en un intento de salvar a todos los demás… —Las palabras se le atascaron en las cuerdas vocales—. Fue un escándalo. Me quisieron echar de la Hermandad y mi hermana tuvo que intervenir para evitar que yo perdiera mi puesto.

—¿Y por qué querías seguir con ellos? Después de eso, después de ver las miserias que causan. Yo no podría.

—Porque eran lo único que tenía —admitió Nereida.

Y aquello le pesó en el corazón. Se había arrepentido, había lidiado con las dudas entregándose al alcohol, desterrándose a la desdicha, pero estaba tan enganchada a trabajar para la Hermandad que decidió ignorar su conciencia, sus valores. Ese fue el punto de quiebre en su vida, el momento en el que se dio cuenta de que no quedaba nada humano dentro de ella.

Al menos eso había pensado hasta que entró al bosque.

—Los mataron igualmente —dijo—. Otros asesinos. Y aunque sabía que era horrible, aunque sabía que podía volver a recibir una misión como aquella, estaba dispuesta a hacerlo. Sabía que, llegado el momento, no me temblaría el pulso. Al menos, era lo que creía.

Grace pestañeó y en su rostro leyó una pena tan profunda como la que ella llevaba desde hacía años. Se había perdido a sí misma tantas veces que casi había olvidado cómo era sentir algo por otra persona. Había sepultado su conciencia, su orgullo, bajo litros de ron, y era cuando menos curioso que en aquel bosque lúgubre volviese a sentir que recuperaba el control de su vida.

Se inclinó un poco hacia delante y, aunque le hubiesen advertido del movimiento de Grace, no habría sido capaz de controlar la reacción de su cuerpo.

La besó.

No fue un beso suave, cálido. Fue un encuentro que desbordaba anhelo. Desesperación. Nereida saboreó sus labios. Dejó que la boca de Grace colisionara con la suya y que ambas encajaran como dos piezas hechas a medida. Le acarició el rostro con suavidad y Grace se estremeció bajo sus dedos. Le mordió el labio y un gemido le subió por la garganta cuando las manos de Grace le apretaron la cintura.

Con la respiración entrecortada, Grace la rodeó con los brazos y la tumbó en el sofá. Los labios de la chatarrera descendieron por su cuello, por las pecas que le salpicaban los hombros y luego volvió a su boca, que la esperaba. Enlazó los dedos con los suyos y el olor a

flores secas cosquilleó la nariz de Nereida, que ladeó la cabeza para observarla desde abajo y admirar la belleza que le llenaba el rostro.

Cuando se separaron, notó que los ojos de Grace estaban humedecidos y sintió algo de odio hacia sí misma por todo el tiempo perdido.

—Lo siento —dijo Grace con frialdad, y Nereida solo comprendió el significado real de aquellas palabras cuando vio la jeringuilla clavándosele en la piel—. No puedo permitir que vayas, no voy a dejar que nos traiciones.

CAPÍTULO 36

GRACE

—¿Dónde está Nereida? —preguntó Imora, levantando la vista de su taza de café.

—No viene —respondió Grace. Aún seguía pensando en el rostro pálido de la asesina, en la sorpresa de sus ojos cuando le clavó la jeringuilla.

Se sentó junto a su amiga y evitó las miradas curiosas de Kenneth y Zia al otro extremo de la sala. Sura le apretó el hombro y Grace asintió para darle las gracias en silencio por haberle proporcionado la droga. Le había costado convencerla, pero sus argumentos tomaron peso y finalmente Sura aceptó.

Incluso a Grace le había costado tomar la decisión. No veía la posibilidad de que aquello acabase bien para las dos. Estaban destinadas a odiarse, a repelerse, y lo mejor era acabar con aquello cuanto antes. No podía rescatar a su madre con la ayuda de la asesina de Ellis. No. Simplemente aquello acababa allí.

La droga dejaría a la asesina fuera de combate al menos durante unas horas. Sura y Grace lo habían acordado poco antes de grabar el mensaje.

—¿Qué ha pasado?

Kenneth se sentó a su lado y Grace solo pudo esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Me ha dicho que nos alcanzará en el camino —dijo, intentando que el temblor de su voz no evidenciara el cansancio ni las mentiras que bullían dentro de su pecho—. Quiere esperar.

La expresión suspicaz con la que Kenneth recibió la explicación dejaba en evidencia lo poco que se creía la mentira.

—Espero que estés segura de esto —fue todo lo que dijo Kenneth, y a Grace le pareció que, por un momento, se debatía consigo mismo, como si se preguntara si dejar a Nereida atrás era lo correcto—. Al menos podías haberlo consultado conmigo.

—Confía en mí, no querrás ponerla en peligro.

Kenneth negó con la cabeza y ella supo que no aprobaba dejar a la asesina fuera del plan. Y aunque comprendía su fidelidad a Nereida, Grace no estaba preparada para entrar a la sede con ella, para fingir que nada había pasado entre las dos.

Grace ocultó una mueca exasperada al ver su preocupación y, sin decir nada, se puso en pie para dejar el comedor en un silencio tan incómodo que por primera vez la obligó a preguntarse si su decisión era la correcta. No podía quitarse de la cabeza el beso de Nereida. El sabor dulce de sus labios, la confianza con la que se abrió a ella solo para ser traicionada.

Quizá lo que le escocía eran las implicaciones de sus actos. Por primera vez en su vida, Grace había traccionado a alguien, y no estaba acostumbrada a aquellos sentimientos.

—Grace. —Imora la alcanzó en el pasillo en sombras y la arrastró hasta un rincón, lejos de las miradas del resto de sus compañeros—. ¿Estás bien?

Grace tragó saliva y levantó los ojos haciendo gala de una confianza que minutos antes no sentía.

—Sí. Voy a entrar, cueste lo que cueste. —Las dudas en los ojos de Imora se le clavaron en el corazón—. Si tú no estás segura, puedes quedarte. Jamás te culparía por hacerlo.

—Debería ofenderme por escucharte decir esto —bufó Imora, poniendo los ojos en blanco y cogiéndole las manos entre las suyas—. Eres la familia que he elegido y sabes que iría al fin del mundo por ti. Entré en la Cacería por el dinero, sí, pero también porque sabía que era la única posibilidad de recuperar a tu familia.

Grace abrazó a Imora, aferrándose a esa promesa que existía entre las dos y que ningún bosque podía deshacer. Estaban juntas. Para lo bueno y para lo malo.

—Eres mucho más fuerte de lo que has creído todo este tiempo, Grace. —La chatarrera sintió un nudo en el pecho—. Has dejado el miedo, has crecido. Estoy orgullosa de ti; siempre lo he estado.

—¿Puedo confesarte algo?

La pregunta le salió sin pensar e Imora asintió.

—Tengo miedo, mucho. De hecho, si soy totalmente honesta, te diría que estoy aterrada. Pero el miedo no me devolverá a mi madre, no detendrá a Sisne. Vamos a conseguirlo y a salir juntas de esto —prometió, y el rostro de Imora se iluminó.

Por suerte, nadie más preguntó nada sobre la ausencia de Nereida y Grace se limitó a recoger un par de granadas que se guardó en los bolsillos del pantalón ancho con sumo cuidado. Aquella munición la había llevado hasta el bosque la gente de Zia y Sura, y, aunque la guardaban para emergencias, se las ofrecieron en cuanto supieron lo que pensaban hacer. También aceptó un bláster que le tendió Zia y un par de cuchillos arrojadizos bastante ligeros.

Mientras todos se preparaban con prisa, Grace no pudo evitar pensar en el camino que tenía por delante, en lo poco que le faltaba para acabar con aquella pesadilla.

—Grace, una última cosa y, por favor, dime la verdad —la llamó Kenneth—. ¿Nereida está bien?

Ella se quedó quieta, sin saber muy bien cómo reaccionar. Kenneth llevaba ese rato dándole vueltas al asunto.

—Jamás le haría daño —dijo ella de repente, y le sorprendió descubrir que era verdad. La había traicionado, le había mentido, pero nunca atentaría contra su integridad—. Nos alcanzará.

Un destelló en los ojos de Kenneth le hizo creer que no se tragaba aquello. Sin embargo, el chico no dijo más nada y ella comprendía sus razones para seguir adelante, que no eran muy diferentes a las de ella, pues Kenneth estaba dispuesto a cualquier

cosa por encontrar y salvar a Tiberio. Veía la angustia en su rostro cada segundo que pasaba sin saber siquiera si estaba vivo.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Vamos.

Salieron del edificio. Sura encabezaba la marcha a través de la maleza. Aquel edificio se encontraba en la parte más al norte del bosque, a tan solo un par de kilómetros de las vallas.

—Se han ido todos, ¿verdad? —preguntó a Sura, y esta asintió. Habían acordado que todos los que vivían allí se trasladarían a otro edificio, en una ubicación que a ella no le habían precisado, habían ido abandonando el edificio en pequeños grupos para no llamar la atención en el bosque.

Afuera seguía el perromorfo tumbado sobre los cuartos traseros. El alpha se puso en pie al verlos y agitó la cola con alegría.

—Quédate aquí —susurró Grace, y el alpha se tumbó, como si entendiese algo de lo que le decía—. No puedes seguirnos, lo siento.

Se alejó del perromorfo con la esperanza de que no los siguiera y, por suerte, así fue. Ya tenía suficientes preocupaciones y no quería añadir una más a la lista. Sin embargo, eso no le impidió echar un último vistazo y agitar la mano a modo de despedida. El alpha se quedó en la entrada del edificio y las vio alejarse sin moverse.

La tormenta había dejado enormes charcos a su paso y había transformado el camino en un barrizal, por lo que les costó casi cinco horas de trayecto llegar hasta las altas columnas que se erigían a escasos metros de la sede de Sisne.

Grace se sentó contra un árbol para esperar a que Sura, Zia y Kenneth volvieran al punto de encuentro tras colocar los explosivos en otra área colindante. Resultaba extraña, casi inquietante, la repentina quietud en el aire.

Al cabo de un minuto de silencio, Imora se giró hacia ella y soltó:

—No puedes resistirte a lo que sientes por Nereida. A ti puedes mentirte, pero a mí, no.

Las palabras impactaron el pecho de Grace, que se vio obligada a bajar los ojos y enfrentar la aprensión que asediaba su garganta.

—No es el momento ni el lugar —soltó mientras se pasaba una mano por el pelo—. Si salimos vivas del bosque, hablaremos de esto.

—¿Si salimos vivas? Estoy más que convencida de que así será, pero ese condicional me obliga a replantearme lo de seguirte ciegamente. —Imora eligió las palabras con sumo cuidado y consultó la pulsera antes de soltar un suspiro cargado de melancolía—. Saldremos, y tú tendrás que hablar con Nereida. No puedes responsabilizarla de algo que le ordenó la Hermandad y que, por cierto, no hizo.

Se quedó callada y la miró con estupefacción.

—Los hechos son irrefutables, Imora. Mi padre era su misión y ella lo iba a matar. Que no lo llegase a hacer no la exime del hecho de que se lo entregó a la Hermandad.

—Pero…

En ese momento, el rugido de un propulsor atrajo su atención. El planeador se deslizó por encima de donde ellas estaban y se acopló a la plataforma de aterrizaje con sutilidad. Imora y ella intercambiaron una mirada de preocupación antes de escuchar los pasos apresurados de sus compañeros, que llegaron desde el extremo norte del bosque. Zia apareció con un cuchillo en la mano, acompañada por Kenneth, que sostenía un bláster, y por Sura.

—La cosa se ha complicado —apuntó Zia, que se acercó hasta Imora para dejarse caer a su lado—. Han abierto la escotilla del planeador antes de que pudiésemos colocar las bombas en la puerta de la entrada —explicó entre susurros—. Están cargando cajas metálicas muy grandes.

—¿Alphas?

—Probablemente —apuntó Zia.

Kenneth levantó una ceja.

—¿Qué hacemos? ¿Nos marchamos?

Pronunció ambas preguntas en un tono tan acuciante que Grace se vio en la obligación de acercarse al chico y ofrecerle un suave apretón en el hombro.

—No. Seguimos con el plan —apuntó ella, decidida—. Esperaremos a que el planeador se vaya, nos conectaremos con el EPS a la plataforma y, solo entonces, activaremos las bombas —indicó.

El silencio que siguió cayó sobre todos con el peso aplastante de lo inevitable. A Grace le pareció entrever el miedo que se escondía tras aquellos rostros y, haciendo uso de toda su voluntad, se incorporó y cuadró los hombros, doblegando el ritmo frenético de su corazón.

***

El planeador era una mancha de plata que reflejaba la luz dorada del atardecer. Poseía un par de compuertas anchas por las que los hombres de Sisne estaban pasando las cajas y dos ventanillas circulares con cristales tintados. Grace se agazapó tras una enorme secuoya que hundía sus gordas raíces en la tierra y contuvo el aliento hasta que las compuertas se cerraron. No osó moverse ni siquiera cuando los propulsores se encendieron, ni cuando el planeador se elevó en el aire. Solo volvió a respirar libremente cuando lo vio desaparecer dejando un zumbido mudo en sus oídos.

Entonces la tensión de sus hombros se hizo palpable. Miró a Kenneth, que estaba a cinco metros de distancia, y percibió en sus ojos la férrea convicción de que salvarían a Tiberio y a su madre y destruirían el legado de Sisne para evitar que un nuevo desastre asolase su mundo. El plan era sencillo pero arriesgado: conectar el EPS, atraer a los guardias hasta el exterior y colarse dentro de la sede. Lo que esperaba al otro lado de las puertas ya sería otro asunto, aunque Zia aseguraba que no debería presentar un problema demasiado grande, puesto que contaban con el factor sorpresa.

—Voy a conectar el EPS —anunció Sura, y se alejó hasta la plataforma de aterrizaje.

—Saldrá bien —susurró Grace a Imora, que le apretó la mano con fuerza—. Estoy convencida de que Mira actuará cuando sea el momento.

Al mirar a Imora, sintió que parte de su voluntad flaqueaba. No quería fallarle. No quería que su amiga se convirtiera en una víctima más del bosque.

—Imora —susurró, y esta giró el rostro hacia ella. Tenía el pelo rosa recogido en una trenza, un raspón en la mejilla izquierda y el labio un poco hinchado—. Si las cosas se ponen difíciles, prométeme que conseguirás encontrar la manera de salir del bosque, prométeme que no te harás la heroína.

Tragó saliva e Imora dudó un momento.

—No te voy a dejar.

Pero Grace sacudió la cabeza y se esforzó por aflojar el nudo que le cerraba la garganta.

—Sabes dónde está Ania, y eres la única persona en la que ella confiaría.

La posibilidad de que todo saliese mal fue como un puñetazo.

—Te lo prometo —susurró Imora.

Desde el otro lado del edificio llegó la primera detonación.

Grace sintió cómo la ansiedad se extendía por todo su sistema nervioso.

No había marcha atrás, y lo supo en cuanto la segunda explosión retumbó con fuerza e hizo vibrar los árboles a su alrededor. Grace continuó agazapada, esperando el momento, contemplando las puertas que permanecían selladas.

—Ya viene la tercera —dijo Imora a su lado, pero cuando el sonido no llegó, Grace no pudo evitar mirar a su compañera con desconcierto.

Miró a los lados y sacó el bláster que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta negra.

—¿Por qué no ha explotado?

Después de lo que le pareció un siglo, Imora se movió:

—Voy a comprobarlo.

Su amiga se alejó hasta convertirse en una figura borrosa que apenas se podía distinguir con el humo denso que comenzaba a extender sus garras a través de la hierba.

Grace ignoró deliberadamente el plan. En lugar de quedarse esperando como su sentido común le aconsejaba, sostuvo con fuerza el bláster y, siguiendo su instinto, que le advertía de que algo iba mal, corrió tras Imora tratando de sortear las raíces que salpicaban la tierra.

Enseguida adivinó lo que iba a pasar. Lo supo un instante antes de que ocurriera, pero no le dio tiempo a gritar para advertir a su amiga. Una granada golpeó el suelo justo delante de Imora y, entonces, el mundo estalló. Sin poder remediarlo, los pies de Grace se anclaron a la tierra mientras de su garganta escapaba un chillido de dolor.

Imora cayó de espaldas e impactó con un árbol. Un segundo después, la puerta de Sisne se abrió y escupió a una docena de hombres armados. Grace oyó una voz que decía su nombre, apenas audible en medio del pitido que le llenaba la cabeza y emborronaba el mundo a su alrededor. Jadeando, se dio la vuelta justo en el momento en el que Zia se arrojaba sobre uno de los recién llegados, que llevaba un rifle entre las manos.

—Quítate de en medio —dijo Zia clavando el cuchillo en el cuello del hombre, que se desplomó en el acto.

La mujer no se detuvo a comprobar que Imora estuviese bien. Empujó a Grace al borde del camino para salvarla de los atacantes y Grace cayó de rodillas al suelo.

Sabía que debía levantarse, que tenía que ayudar a Imora, pero apenas poseía control sobre su cuerpo.

Demasiado abrumada, tardó en advertir la sombra que se dibujó a su izquierda. Siri le agarró el brazo con fuerza y la obligó a levantarse casi a empujones y la arrastró.

Antes de que pudiera intentar soltarse siquiera, la asesina le asestó un golpe con la culata del arma en la mandíbula. Grace se derrumbó, mareada, con el sabor a sangre en los labios.

—Esto es por Claudio —soltó Siri acercándose de nuevo a ella. Esta vez Grace anticipó el golpe, pero no pudo hacer nada por detenerlo. El puño de Siri le alcanzó el ojo—. Os habéis cargado a mis amigos y te prometo por las estrellas de este mundo que haré que lo pagues.

Volvió a golpearla y, después, sacó un cuchillo largo que le clavó en el hombro.

Grace se desplomó en el suelo. Las piernas le cedieron y un dolor agudo le taladró los huesos.

No tuvo tiempo de pensar, ni siquiera de suplicar. Estaba rota. Estaba muriéndose.

CAPÍTULO 37

NEREIDA

A Nereida la despertaron las pesadillas. Al principio, fue la imagen de su hermana en medio del fuego. Zarina parecía lejana, casi etérea en medio del humo que ascendía en volutas y se fundía con su cuerpo. Nereida gritaba, pero enseguida la imagen se difuminaba y daba paso a la de Grace. La chatarrera la besó y, en cuanto sus labios se separaron, una sonrisa burlona, maliciosa, reemplazó la expresión amable y Nereida despertó con un dolor acuciante en el pecho.

—¿Qué cojones…?

Pero la pregunta murió en sus labios al abrir los ojos y percibir el silencio a su alrededor. No se escuchaba el rumor de las conversaciones que parecía tan característico del edificio, y, para sorpresa de Nereida, tampoco había ninguna luz encendida.

«Se han ido», comprendió recordando que el plan inicial era desalojar el edificio.

Mareada, se levantó del viejo sofá. Uno a uno, los recuerdos de la traición la sacudieron. Notaba la lengua pesada, la boca pastosa y la cabeza llena de niebla.

En medio de aquella inesperada soledad, no se le ocurrió otra cosa que soltar una maldición mientras alzaba una mano para pasársela por la cabeza. Tenía la sensación de que, si se levantaba con demasiada prisa, le iba a estallar. Notaba el sedimento de la droga en su cuerpo, densos nubarrones grises entre los

pensamientos. Miró el sarpullido en la piel del brazo y maldijo a Grace por jugársela.

Con los nervios crispados, se esforzó por aclarar su mente apretando con fuerza los párpados y maldiciendo en silencio su enorme estupidez.

Se había dejado seducir. Grace le había hecho creer que entre las dos podía existir una tregua.

«Qué estúpida has sido», se dijo a sí misma.

Engañada por sus propios sentimientos, por pensar que merecía el perdón de una persona a la que le había salvado el pellejo en repetidas ocasiones. Definitivamente, Grace había cruzado una línea, había roto la confianza que Nereida había depositado en ella.

Apartó aquellas emociones como siempre hacía. Vació su cabeza, dejó que la nada le llenara el corazón, convirtiéndolo de nuevo en piedra.

Solo entonces, Nereida se levantó conteniendo un gemido de dolor y paseó por el edificio de camino a la salida.

—No me lo puedo creer —dijo la asesina para sí misma.

Mientras enfocaba la vista bajo la luz dorada del atardecer, se fijó en el pequeño perromorfo que se acercaba hasta ella moviendo la cola con ímpetu. El alpha intentó atraer su atención con un gruñido suave que la irritó. Y, aunque estaba más que decidida a no ceder a los encantos de la criatura, al cabo de un minuto no tuvo más remedio que acuclillarse y acariciarle la cabeza.

—Abandonados...

Su voz se fue apagando al darse cuenta de que el perromorfo giraba sobre sí mismo para perseguirse la cola, ignorándola deliberadamente. Notaba un vacío inmenso en el pecho. Uno que amenazaba con derrumbarla, con destruirla desde dentro. Ni siquiera Kenneth la había esperado.

Deshaciéndose de la rabia que sentía, Nereida respiró hondo. Dejó salir todo el aire de sus pulmones y se concentró en la realidad que estaba viviendo, en el momento que se abría ante sus ojos y la decisión que estaba a punto de tomar. Grace había abogado por el

odio, y aunque la Nereida de unos meses antes habría seguido la misma opción que la chatarrera, ahora entendía que las acciones motivadas por el rencor solo conducían a una rueda infinita de destrucción.

La sensación de traición que hacía unos minutos la invadía remitió un poco.

Tragó saliva y notó cómo las lágrimas le resbalaban por las mejillas, muy a su pesar. No estaba acostumbrada a llorar. Hacía años que no se dejaba vencer por el llanto y pensó que, quizá solo por esa vez, podía permitirse abrazar el dolor y la sensación descorazonadora que la invadía en lugar de huir de sus emociones.

Estaba convencida de que había cometido un error al esforzarse por demostrarle a la Hermandad que merecía su puesto como asesina. Empezaba a cuestionarse quiénes eran ellos para determinar su valía. No podía depender de lo que otros viesen en ella para existir. Estaba cansada de demostrar que encajaba, se volvía pequeña solo para gustar, solo para ser lo que ellos querían que fuese. Y ni siquiera así la habían aceptado.

Se limpió las lágrimas y una carcajada histérica le subió por la garganta ante aquellos pensamientos.

La vida real no eran medallas, no era el reconocimiento de otros por su trabajo. La vida era un conjunto de momentos, de elecciones.

Con algo parecido a la sorpresa, comprendió que, pese a que podía dejar el bosque, huir y refugiarse en lo que pudo haber sido, no estaba dispuesta a ceder a la cobardía. Eso lo habría hecho la Nereida del pasado al verse acorralada por sus propias acciones. Pero esa nueva versión de sí misma no volvería a huir, no volvería a reducirse a lo que otros esperaban de ella.

Amparada en aquella convicción, Nereida se limpió las lágrimas y se encaminó hacia Sisne, abrazándose las costillas cuando el frío le acarició la piel. Esta vez seguiría el plan sin la esperanza de redimirse, sin intención de demostrar lo válida que era. Lo haría porque aquellas personas le importaban lo suficiente como para

tragarse su orgullo y buscarlas. Por una vez, escucharía a su corazón, que comenzaba a despertar y la instaba a hacer lo correcto.

Caminó durante horas en medio del silencio del bosque hasta que encontró la valla que marcaba el límite. Justo cuando el sol caía con aplomo y el cielo se fundía en un tono naranja casi dorado. Con sigilo, esquivó las raíces y no tardó mucho en dar con las ruinas de Sisne. La puerta estaba abierta y Siri se encontraba allí, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mueca de absoluto fastidio que Nereida conocía bien.

—Llegas tarde —dijo Siri con la espalda apoyada en la puerta, nada sorprendida de verla allí. Se llevó la mano al bolsillo de su abrigo rojo y le mostró un bláster que disuadió a Nereida de cualquier intento violento—. Pero sabría que vendrías.

—Supongo que soy así de predecible.

Siri bufó y la luz de su rostro fue reemplazada por la sombra del odio.

—Tienes razón; a fin de cuentas, las ratas son poco inteligentes —escupió a sus pies—. No eres más que una molestia que debimos quitarnos del camino hace mucho.

—Pero no lo has hecho aún. —Nereida tanteó con cuidado el mal humor de Siri a sabiendas de lo mucho que se jugaba—. ¿Por…?

—Porque sigues siendo la hermana de la emperatriz y eso te ha salvado el culo en más de una ocasión.

Nereida dejó escapar un suspiro y se atrevió a cruzar los brazos sobre el pecho esbozando una sonrisa torcida, brillante, de esas que solo servían para disfrazar su miedo. ¿En serio se trataba de eso? ¿O quizá era la mentira que se repetía Siri para no matarla? No lo sabía, y, a esas alturas, ni siquiera sabía si realmente le importaba.

—¿Dónde está Kenneth? —preguntó de repente—. ¿Y el resto?

Una expresión desdeñosa cruzó el semblante de Siri, que, por primera vez, se inclinó hacia delante para acortar la distancia que las separaba.

—No te tenía por un alma noble que se preocupa por otros. —Siri la miró con algo parecido a la sorpresa—. Si estás aquí no es para

salvarlos, sino porque piensas que puedes convertirte en la heroína de Ynsgard. —Siri entrecerró los ojos—. Te conozco, Nereida. Sé qué tipo de ambiciones te mueven. Siempre has estado a la sombra de tu hermana, harta de ser la bastarda que nadie conoce.

—Pues ahora mismo parece que eso te molesta más a ti que a mí —espetó, y la última palabra le tembló.

—En realidad… —Siri se pasó la lengua por aquellos labios voluminosos y, por primera vez, Nereida atisbó todo lo artificial de su rostro. Las mejillas altas, la piel tensa alrededor de los ojos.

Para sorpresa de Nereida, la asesina dio un paso atrás y la estudió con una ceja en alto:

—Para serte sincera, siempre me pareciste muy poquita cosa. Estabas tan desesperada por que te aceptaran en la Hermandad… Siempre deseando complacer a Jacin y a Ida. Aquello me molestaba. Odiaba tenerte cerca. Siempre tan dada a la bebida, a autocompadecerte. Te quejabas tanto que a veces hasta tenía pesadillas contigo y tus berridos insoportables. En la Academia sentía la necesidad de asfixiarte por las noches, librarme de tu estúpido rostro, de tus sobresalientes pese a lo poco que intentabas hacerlo bien.

Las palabras de Siri arrastraban una irritación tan profunda que, por un segundo, Nereida no supo qué decir.

—Nadie se ha muerto por quejarse, Siri —apuntó tras un largo silencio, mitigando el ruido de sus pensamientos, de esos recuerdos en los que no imaginaba que las sonrisas de Siri escondieran odio o veneno—. Tú de eso sabes bastante. Siempre se te dieron bien las quejas, aunque ahora quieras hacer ver que has cambiado y estás conforme con esta vida de mentira que te has construido.

—Quiero ver si sigues tan graciosilla cuando veas lo que tenemos preparado para ti.

El miedo sacudió a Nereida, que notó de repente que un bláster le acariciaba el pecho.

Antes de que pudiese anticipar el movimiento, Siri le golpeó la nariz con el codo, haciendo que trastabillara hasta casi caerse al

suelo.

—Aunque me encantaría volarte la cabeza aquí, tengo que llevarte con alguien que se muere de ganas por verte.

La ponzoña en su voz convenció a Nereida de que aquello no le iba a gustar en absoluto.

—¿Por qué haces esto? ¿Cómo sabías que Sisne estaba aquí?

Siri no respondió y ella no opuso resistencia cuando su excompañera la cogió por el cuello de la chaqueta y la empujó con violencia hasta el interior del edificio. Esta vez sus rodillas sí que encontraron el suelo. Se limpió con la mano el hilito de sangre que le resbalaba por la nariz mientras Siri pulsaba los botones de un panel para cerrar la puerta.

Su excompañera se agachó a su lado y le requisó las armas. Luego la obligó a ponerse en pie y le golpeó la espalda con el bláster para hacerla caminar.

El pasillo estaba cubierto por gruesos cables multicolores que se enroscaban sobre unas lámparas que arrojaban una luz pálida sobre las paredes grises. Nereida resistió la necesidad de alargar una mano para acariciar la superficie cromada y, con fingida indiferencia, se dejó arrastrar por Siri, que la condujo por otro pasillo lateral.

El aire se le agolpó en la garganta dejándola con una sensación de mareo y confusión.

Acababan de llegar hasta una sala abovedada con un techo en el que los cables se multiplicaban y entrecruzaban como redes de un sistema complejo. A lo largo de la estancia había una docena de tubos de estasis en los que diminutos alphas flotaban en un líquido verdoso, conectados a cables rojos que se les clavaban en la piel.

—Ya lo sabías, así que no te hagas la sorprendida —dijo Siri con las manos sobre las caderas y un gesto de aburrimiento en los labios.

Mientras Siri hablaba, Nereida se había acercado a uno de los tubos para inspeccionar al alpha que yacía dentro. Tenía una cabeza chata ovalada en la que destacaba una docena de ojos cerrados por encima de unas fauces anchas y afiladas. Un escalofrío le recorrió la

espalda ante la espantosa visión. ¿Quién podía estar detrás de aquella locura?

Su excompañera acortó la distancia que las separaba y Nereida no consiguió ocultar el asco que le produjo su cercanía.

—¿Cómo puedes tener la conciencia limpia? Esto podría desencadenar un segundo desastre. Estáis fabricando alphas…

—No tengo conciencia y no me importa —dijo Siri pasándose una mano por el pelo apelmazado—. Limpiaremos este mundo del viejo orden imperial y los alphas serán el inicio de todo. Hemos conseguido dominar la ingeniería genética, podemos hacer todo cuanto queramos.

La habitación se quedó en silencio y Nereida se enfureció ante la mirada arrogante de Siri.

—Déjate de tonterías y sigue. Ya casi estamos —exigió su excompañera.

Nereida apretó los labios dispuesta a resistirse, pero, en ese momento, un hombre alto apareció al fondo de la galería. Llevaba armas al cinto y un traje ceñido que se le pegaba a los músculos. Al verlas, señaló el pasillo a su lado, lo que hizo que Siri presionara el bláster en la espalda de Nereida con más fuerza.

Impulsada por la amenaza, avanzó casi a trompicones hasta un saloncito que desentonaba por completo con todo lo que había visto hasta ese momento.

Las paredes estaban decoradas por amplios cuadros que le recordaron a los que había en la Hermandad. Dos sofás alargados descansaban junto a una poltrona que se erigía frente a una mesa en la que un grupo de personas disfrutaba de una abundante cena.

—Nereida.

El sonido de aquella voz taladró sus oídos con tal fuerza que no se sintió preparada para enfrentar el rostro que le sonreía. Al otro lado de la mesa, reclinado sobre una butaca ancha, Jacin le sonreía con aquellos dientes rectos y artificiales. El cabello gris le caía sobre la piel macilenta y le otorgaba un aspecto siniestro bajo las luces de neón del techo.

—Bienvenida a nuestra pequeña reunión.

CAPÍTULO 38

GRACE

Para cuando la puerta se cerró a su espalda, Grace ya había intentado soltarse de las manos de sus opresores al menos una docena de veces. Notaba el dolor en sus huesos como un quejido que resonaba contra las paredes de acero y tenía la cara hinchada por los golpes, pero al menos parecía que la herida del hombro no era tan profunda como le había parecido en un primer momento.

Ninguno de sus esfuerzos por escapar dio frutos, aunque por suerte el trayecto no fue demasiado largo; el corredor plateado dio lugar a una sala rectangular con diminutas ventanas negras. Un espacio reducido, en especial si se comparaba con el resto del edificio.

Kenneth, Sura, Imora y Zia no opusieron tanta resistencia como ella, pero tampoco mostraron una actitud dócil.

Los guardias los arrojaron dentro de una sala oscura y cerraron las puertas con un código de seguridad que Grace no alcanzó a vislumbrar.

—¿Kenneth?

El sonido de aquella voz rasposa en medio de la oscuridad la obligó a levantar los ojos.

Era Tiberio. Después de todo, estaba vivo.

Kenneth se arrastró por la habitación siguiendo el sonido de su voz, lo abrazó con fuerza, dejando ir todos los miedos que había sentido durante días, y lo besó al menos una docena de veces.

Después, se fundieron en un gesto tan íntimo que Grace se sintió como una intrusa por presenciarlo.

—Estás vivo —susurró Kenneth, que lo volvió a besar con fuerza.

—A duras penas —susurró Tiberio, e hizo un gesto de dolor en cuanto se separaron.

La vista se le fue amoldando poco a poco a la oscuridad. Grace apartó la mirada del lugar donde se encontraban Kenneth y Tiberio para intentar ver si había alguna forma de salir de allí y entonces reparó en la otra persona que se mantenía en las sombras al fondo de la estancia. Una figura ancha y conocida, una persona a la que se había resignado a no volver a ver en la vida.

—¿Papá?

Algo en su garganta se aflojó y un aluvión de emociones la desbordó. Ellis estaba tirado sobre un catre sucio con una manta raída sobre las piernas. Los ojos de su padre se abrieron mucho, una señal de reconocimiento que hizo que Grace soltara un gemido antes de acercarse hasta él.

La calidez se extendió desde su pecho hasta la punta de sus dedos.

Sin pensarlo, se arrojó a sus brazos y una sonrisa genuina le borró la preocupación. Grace enterró el rostro en su pecho. Era él, estaba vivo, y, durante un instante, quiso que aquel momento fuese eterno.

Las lágrimas le subieron por la garganta y se derramaron por sus ojos, y no remitieron hasta que el refugio de los brazos de su padre se le antojó seguro, un lugar al que siempre podría volver.

—Está bien —susurró Ellis contra su oreja, y la mano enorme le dio una palmadita suave en la espalda—. Tranquila, estás aquí, conmigo.

Grace sollozó con más fuerza y lo abrazó con miedo a perderlo de nuevo.

Cuando reunió la fuerza suficiente para separarse, lo hizo con miedo, con cuidado. Ellis parecía consumido, apagado. Sus ojos estaban surcados por gruesas arrugas que ella nunca había visto.

Las mejillas le colgaban flácidas a ambos lados de la boca, y su pelo, antes del color de la caoba, estaba mugriento. Tenía la mano izquierda vendada y varias heridas en el antebrazo.

Observó las marcas diminutas, muescas de otra vida, los restos de sonrisas que le bordeaban las comisuras de los labios, y el peso de su pecho se aligeró.

—Mi niña —susurró Ellis con tanta melancolía que Grace fue incapaz de controlar el temblor de su cuerpo.

Estuvo a punto de olvidar las miradas de sus compañeros, incluso su presencia, pero el ruido de sus respiraciones era tan consistente que Grace se obligó a conservar el semblante sereno. Ya había dejado que el llanto arremetiera contra su voluntad; ahora tenía que ser cauta.

Se sentó a su lado y lo estudió:

—Pensaba… Creía que estabas muerto —titubeó ella—. ¿Mamá también está aquí?

La tristeza deformó los rasgos de Ellis, que desvió la mirada al suelo negando con un gesto solemne.

—No… —dijo con la voz ronca, y luego, como si la verdad hubiese despertado al dolor, continuó—: Kim murió en este mismo lugar.

Una mirada al rostro lívido de su padre fue todo lo que necesitó para saber que aquello era cierto. Sus dedos vacilaron antes de coger el colgante que había encontrado y mostrárselo.

—Estaba cerca de Sisne. —Lo dejó caer sobre la mano callosa de Ellis.

Su padre se quedó callado y ella lo midió a través de ese silencio que estaba cargado de miedo, de decepción y de la devastadora sensación de pérdida que en ese momento era tan tangible que solo deseaba volver a echarse a llorar.

—¿Sabes quién está detrás de todo esto? —preguntó Kenneth mientras Tiberio se acercaba a Grace y le apretaba el hombro sano en un gesto que alivió la culpa que la carcomía.

—La Hermandad —respondió Ellis, pasándose una mano por el pelo grasiento, antes de devolverle el colgante a su hija—. O una

parte de ella.

Zia y Sura no intervinieron, pero estaban atentas a cada palabra, a cada gesto. Imora tenía una expresión reflexiva en la cara y el miedo pululaba en sus ojos.

—Llevan años trabajando con ingeniería genética —agregó Ellis—. Tienen el edificio lleno de tubos de estasis con embriones y jaulas repletas de alphas mejorados para cumplir órdenes. Yo… —La voz le tembló y a Grace le escocieron los ojos al ver a un hombre tan frágil, el eco de lo que alguna vez había sido—. He hecho lo último que necesitaban.

—¿Qué has hecho? —preguntó Zia acercándose a Ellis y arrodillándose junto a él.

—Les he ayudado a desarrollar una matriz supervisada por una inteligencia artificial a la que han conectado a los alphas para controlarlos. Fue algo en lo que tu madre y yo trabajamos, una propuesta que queríamos vender a Pegasus y al Gobierno para controlar a los alphas poderosos. —Sus dedos callosos se cerraron sobre el colgante—. ¿Recuerdas los discos de control? —Grace asintió—. La idea de conectar a los alphas a una inteligencia artificial vino antes. Era un proyecto en el que nos involucramos cuando éramos jóvenes, mucho antes de que tú y Ania llegarais a nuestras vidas.

A Grace le escoció la confesión de su padre y, por un momento, no supo cómo responder.

—Trabajamos en ello con la Resistencia —continuó Ellis—, hace ya más de veinticinco años. Tu madre quería que Pegasus nos comprase el proyecto, que trabajásemos con ellos para tener acceso a todos sus datos, pero el proyecto no salió adelante. Por un tiempo, lo dejamos, aunque Kim siguió obsesionada con los alphas; nunca dejó de pensar en ellos.

—Y se le ocurrió crear los discos de control.

—Kim consiguió diseñar un disco de control con la intención de conectarlo a una matriz —musitó Ellis con el cansancio en los ojos—, y de nuevo quiso venderlo, pero la cosa no llegó a buen puerto. Una

parte de mí pensó que después de aquello lo dejaría, que no volvería a pensar en aquel proyecto.

—Pero entonces llegaron los rumores del alpha —apuntó Imora, que hasta entonces había permanecido al margen—. Lo vi en la red, Emily y Kim me pidieron que las colase en los foros que hablaban de esto.

Ellis asintió.

—Ella había empezado a trabajar en los discos de nuevo, meses antes de que los rumores se extendieran. Creo que incluso volvió a hablar con Pegasus, pero todo aquello acabó en cuanto descubrió que le habían robado el portátil en el que estaban todos los planos. Fue entonces cuando desarrolló la teoría de que ese nuevo alpha estaba siendo controlado, cuando se le metió en la cabeza que tenía que ir al bosque. Se obsesionó y me dijo que tenía la certeza de que alguien había usado el prototipo que ella había diseñado años atrás.

La voz de Ellis se apagó al ver que Grace se ponía en pie y se llevaba las manos a la cabeza.

Aquella simple explicación acababa de cambiar por completo la idea que hasta entonces guardaba de su madre. No solo por la obsesión que la movía, también por todo lo que implicaba. Una matriz que conectara todos los dispositivos de control injertados en los alphas no solo era algo peligroso, también imprudente.

—¿Por qué? —preguntó, furiosa con Kim y con Ellis—. ¡¿Por qué le dejaste hacerlo?! —Y ni siquiera sabía si se estaba refiriendo al desarrollo de los discos de control o al hecho de que se hubiese puesto en peligro—. ¿Por qué no me lo contaste nunca?

—Conocías a tu madre. No había nada que pudiese hacer para pararla cuando se le metía algo en la cabeza. —La tristeza en los ojos de Ellis la sacudió—. Ella siempre pensó que podíamos mejorar el bosque, que podía hacer algo por estas criaturas. Creía que con los discos y la matriz conseguiría desactivar la violencia de sus cerebros.

—¿Y por qué no se lo dijo a nadie? ¿Por qué no habló de sus sospechas en vez de ponerse en peligro? ¡Podría haber evitado toda

esta situación!

Ellis la obligó a sentarse y a mirarlo a los ojos:

—Lo intentó, pero nadie quiso escucharla —dijo, y Grace no pudo evitar pensar en Zia y Sura, porque su historia era parecida. Porque, a la hora de la verdad, una chatarrera del tercer anillo no tiene voz alguna dentro de Ciudad Espejo—. Fue a la Resistencia y expuso la teoría de que estaban intentando controlar a los alphas. Y entonces esa información llegó a la Hermandad o a algún alto mando y decidieron quitársela de en medio. Tu madre se acercó al bosque porque ellos lo quisieron. Estoy convencido de que la atrajeron, de que querían traerla a la sede para que acabase el trabajo sobre la matriz que ellos no eran capaces de terminar.

Grace recordó a su madre el día antes de morir. La seguridad con la que navegaba en la red, las conversaciones con Emily. Nunca había sabido qué estaban investigando o de qué estaban hablando. Hasta ahora.

—Van a controlar a los alphas —continuó Ellis—. Pero no como ella habría querido. Van a hacer algo totalmente diferente a lo que nosotros teníamos planeado.

—Utilizarán a los alphas como máquinas de matar —terció Tiberio, incorporándose un poco contra la pared.

—Van a atacar otras ciudades, como han hecho con los pueblos del norte —musitó Sura, sin aliento.

—Creo que es mucho peor —dijo Ellis, y contuvo la respiración un instante antes de continuar—. Pretenden destruir parte de Ynsgard para luego fingir que ellos son los salvadores.

Ellis dejó caer la cabeza hacia atrás y ahogó unas lágrimas de culpabilidad que arrancaron varios lamentos de Zia y Sura. Grace negó con la cabeza y dio dos palmaditas suaves al brazo de su padre, a sabiendas de que el gesto no solucionaba nada. Después, miró a Sura con gravedad:

—¿Pudiste conectar el EPS a la plataforma?

Sura asintió:

—Lo dejé allí antes de colocar las bombas, antes de que aparecieran Siri y su gente —admitió—. Pero no tengo manera de saber si Mira ha recibido el mensaje o no.

Un escalofrío recorrió la columna de Grace.

—¿Cómo vamos a detenerlos?

Tiberio dejó escapar un suspiro largo y enterró el rostro entre las manos.

—No podemos hacer nada.

CAPÍTULO 39

NEREIDA

—Durante un tiempo estuve muy tentado de deshacerme de ti. De hecho, lo intenté, pero parece que la buena suerte te ha sonreído más de una vez.

La voz de Jacin sonó demasiado baja y Nereida necesitó hacer uso de toda su voluntad para controlar la expresión cauta, casi aburrida, de su semblante. Ignoró los rostros ávidos que los observaban desde la mesa y estudió con cautela el saloncito bien amueblado que carecía del gusto de un buen decorador. No era más que un espacio demasiado recargado en el que la Hermandad había expuesto sus logros acompañados de viejas y nuevas armas.

—La buena noticia es que, por una vez en tu vida, serás el centro de atención.

Tragó saliva con dificultad y Jacin bajó un escalón de la pequeña tarima sobre la que se hallaba su poltrona. Pero no solo aquello demostraba su superioridad dentro de la Hermandad; también estaba patente en la ropa dorada y roja salpicada por diminutos brillos y un bastón elegante de nogal coronado con un diamante que llevaba con indiferencia en la mano derecha.

—Estuviste siete años en la Academia de asesinos —continuó, esta vez a un palmo de distancia de ella—. Tu padre fue un buen benefactor de nuestra causa. No dudó en hacernos llegar buenas cantidades de créditos para que fuésemos benevolentes contigo, pero creo que se equivocaba. Te sobreestimó. —A Nereida le escocía el cuello y podía intuir el rubor que le trepaba por los pómulos—. No

eres buena en nada, no eres ni la sombra de tu hermana ni de lo que alguna vez fue el viejo emperador.

Jacin movió el bastón haciendo un aspaviento bajo las miradas cautas de su séquito, una docena de hombres y mujeres que aguardaban sentados junto a la mesa. Ninguno parecía demasiado preocupado por la infinidad de estasis que decoraban el interior del edificio, tampoco por la idea de que Jacin pudiese poner en jaque al Gobierno utilizando la multitecnología como arma.

Nereida sintió una repugnancia absoluta por las personas como Jacin, que se afanaban en lograr sus objetivos mediante el engaño. No es que Nereida fuese incorruptible; de hecho, el honor nunca había significado mucho para ella, pero algo en aquellas palabras le hizo replantearse sus ideales.

«Es difícil diferenciar lo que queremos de lo que necesitamos. Este mundo nos ha hecho vivir en castillos de cristal a la medida de otros. Nos construimos sueños derivados de lo que vemos en redes idealizando imágenes que solo forman una pequeñísima parte de la realidad», le había dicho una vez su padre cuando ella le preguntó si estaba orgulloso de que fuese a convertirse en una maestra asesina. Nereida había alegado que aquello era lo que quería, y, en ese momento, siendo tan solo una adolescente, no llegó a comprender la magnitud de esas palabras.

—Estás jugando con fuego, Jacin —soltó entonces, cruzando los brazos sobre el pecho, sorprendida por lo tranquila que sonaba su voz—. Lo que hay aquí es lo que hundió a Ynsgard hace setenta años. ¿Acaso no hemos aprendido nada de esos errores?

Jacin se acercó más, amenazante:

—He aprendido lo suficiente como para corregir los fallos. La multitecnología no tiene por qué ser nuestra enemiga. —Jacin sonrió, confirmando las sospechas de Nereida—. Hemos conectado a los alphas a una matriz con una inteligencia artificial que controlará cada movimiento, y que hará que me obedezcan a mí. ¿Te crees que este bosque lleva dormido setenta años?, ¿que hemos llegado aquí

hace unos meses para volver a aprovechar lo que ha hecho Sisne? Abre los ojos.

A Nereida se le quedaron las palabras en la punta de la lengua. Aquello respondía varias incógnitas, miedos ocultos en un rincón oculto de su ser.

«Entonces Zarina no tiene nada que ver con esto», comprendió con una pizca de alivio, y pensó en que necesitaba con urgencia conectarse a la red, mandar a la ciudad el mensaje que habían grabado.

—Pareces sorprendida —musitó Jacin con una sonrisa afilada—. Imaginaba que te opondrías. Con tu historial, sobre todo con lo de hace dos años, tuve bastante claro que no podríamos contar contigo para esto.

—¿Por qué lo haces? —exigió saber. Pese a todo lo que Jacin le decía, tenía que haber otra razón, algo más. Aquello era retorcido; amenazaba la vida de miles de personas.

—Por Ynsgard, claro —respondió el hombre—. Llevamos años a la sombra de lo que una vez fuimos. Sometidos por miedo a este bosque, obedeciendo leyes anticuadas que nos impiden experimentar.

—No me vengas con esas. No finjas que lo haces por Ynsgard —cortó ella, y un temblor violento le recorrió la columna—. Me conozco tus trucos, Jacin. Lo tienes todo, no necesitas esto. Nadie más va a querer formar parte de esta mierda en cuanto sepan lo que habéis hecho aquí.

—¿Estás segura? —La pregunta ocultaba una respuesta que Nereida no estaba convencida de querer conocer. Jacin se mordió el labio con impaciencia, como si deseara acabar con todo aquello de una vez, y ella sabía que la única manera de hacerlo era sin rodeos, sin trampas—. Tu familia ha perpetuado todo lo que ves aquí. ¿Realmente te crees que Sisne alguna vez se fue? No, Nereida. Tu abuelo, tu padre e incluso tu hermana han contribuido a convertir este lugar en una leyenda, en la pesadilla de todo Ynsgard, todo

para permitir que continuemos trabajando con la multitecnología, para convertir a los alphas en máquinas de guerra.

Nereida pestañeó, incrédula. Su sorpresa deleitó a Jacin, que esbozó una sonrisa complacida y se apoyó en el bastón antes de dirigir el rostro hacia Siri y decir:

—Muéstraselo. —Siri se adelantó para apretar un botón en el panel de control junto a la puerta—. Hace meses empezamos a saquear todas las fábricas de suministros y armas; hemos dejado a Ynsgard desprotegido. Completamente desarmado. Ni las ciudades con mayor desarrollo serán capaces de detener la amenaza, y todo es culpa de Zarina, por supuesto. —Desenfundó una sonrisa cargada de ego—. Llevamos años trabajando en esto, y, en un principio, nuestra intención fue colaborar con tu hermana. En su momento, tu abuelo sabía que solo era cuestión de tiempo que el norte se rebelara. Sabía que intentarían luchar por una libertad que no les podíamos conceder. Por esto fingimos que las consecuencias del desastre de la multitecnología todavía siguen activas, para alejar a las mentes curiosas, reprimir a la población y alcanzar el objetivo original: convertir a los alphas en nuestras armas.

Descubrir que su familia llevaba décadas encubriendo un plan de supremacía la dejó descolocada. No por lo ajeno que le resultaba enterarse de que el bosque llevaba años encubriendo crímenes, sino porque jamás había albergado sospecha alguna de que lo que ocultaban tras las vallas electrificadas formara parte de una mentira, de un intento por controlar a la sociedad.

—Zarina no puede estar de acuerdo con esto…

—Y no lo está, al menos no del todo, pero nadie tiene por qué saberlo. Tampoco es que pueda hacer nada, no le ha quedado más remedio que aceptar lo que sus antepasados dejaron que ocurriese aquí. Lo único que le importará a la gente es que tu hermana lleva meses escondida en su palacio mientras se producen robos a las fábricas de armas y ataques de alphas por el norte —espetó, y soltó un bufido desdeñoso al tiempo que apretaba con fuerza el bastón—. Y tú serás mi as en la manga. Nadie mejor que la hermana de Zarina

para convencer a todo Ynsgard de que la emperatriz ha perdido la cordura.

De pronto, Nereida se notó la boca seca. Enfrentó la mirada de Jacin y la desvió para observar las escenas horribles que mostraba la holopantalla. Distintas imágenes en las que alcanzaba a ver ciudades emblemáticas de Ynsgard rodeadas de inmensos alphas que aguardaban unas órdenes que no tardarían en llegar.

—¿Y cómo piensas hacerlo? Nadie conoce a la hermana bastarda de Zarina. Soy invisible, Jacin. Mi padre se encargó de que fuese así.

Al instante se arrepintió de soltar aquello. Jacin emitió un gruñido de satisfacción y diminutas arrugas le bordearon los labios rectos, como si se hubiese marcado todo aquel discurso solo para llegar a ese momento.

—Porque tenemos las pruebas de ADN, Nereida. Y porque, además, no contaremos solo contigo. Tenemos a otra persona que servirá para disipar cualquier duda.

Jacin alzó la mano derecha y chasqueó los dedos. Una puerta lateral se deslizó y dos figuras emergieron enfundadas en sendos abrigos rojos.

Reconoció sus rostros; eran compañeros suyos en la Hermandad. Pero no fue eso lo que la dejó sin aliento. A su espalda, una niña caminaba con el mentón bajo y los ojos fijos en el suelo. Una criatura que llevaba su sangre, una que el mundo entero conocía muy bien.

Su sobrina levantó la cabeza y la observó con aquellos enormes ojos azules y una sombra de terror en el rostro. Nereida no corrió a abrazarla, y la niña tampoco lo haría; Zarina se había empeñado en una educación que se basaba en reprimir cualquier sentimiento o conducta considerada inapropiada en una heredera. A su lado, Hadi permanecía con una mano recta sobre el hombro de Lucy, como una amenaza implícita que la obligaba a permanecer muy quieta y erguida.

—Si mis argumentos no son suficiente para ti, creo que esto sí lo será —apremió Jacin, que se acercó hasta la niña y le rodeó los

hombros con el brazo—. Los dos queremos lo mismo.

La habitación se quedó en silencio y algo en el pecho de Nereida se contrajo. Tal vez era la conmoción o simplemente la idea de estar acorralada, porque, desde luego, no podía hacer nada más que rendirse ante la Hermandad. Si quería que su sobrina viviera, tenía que obedecer.

En ese momento, Hadi la miró con curiosidad, con la duda prendida en aquel rostro flácido y envejecido en el que la avaricia se mezclaba con la falta de honradez.

«Qué rápido cambian las lealtades cuando estamos en peligro», pensó Nereida mirando a Hadi.

—Perdona si parezco perdida, pero… —Hizo una pausa y cambió el peso de su cuerpo a la pierna derecha mientras trataba de amainar sus nervios—. ¿Qué es lo que queremos?

—Poder, ¡gloria! Que nuestros nombres resuenen cada vez que alguien nos mencione. La creación de los alphas no fue un error.

—No fue un error, pero destruyó Sisne. ¿O es que eso también es una mentira?

—No. —Jacin no parecía sentir ninguna pena por ello—. El desastre fue real. Pero aquello solo retrasó las cosas e hizo que Sisne tuviese que trabajar en la sombra. Mis antepasados me legaron esta herencia; llevo trabajando en los alphas desde que era un crío y te puedo asegurar que no voy a tirar por tierra todo el trabajo de mi padre.

Nereida lo entendió.

—Tu abuelo era el dueño de Sisne…

—Así es —admitió el asesino con sorna—. Mi abuela dirigía la Hermandad mientras su esposo vivía en este viejo cuchitril. Mi padre heredó su trabajo y me crio para esto.

La habitación volvió a quedarse en silencio y a Nereida le dio la sensación de que Jacin podía percibir el martilleo de su corazón.

—Y tú, como yo, puedes situarte en el lado correcto de la historia, Nereida. Siempre quisiste que te recordaran, que tu nombre pudiese sonar tan alto como el de tu hermana, ¿verdad?

—¿Recordada? ¿Por haber masacrado a más gente? ¿Por usar a los alphas? ¿Exactamente para qué?

Sus palabras arrancaron a Jacin una risita rebosante de desprecio que hizo que el orgullo de Nereida menguase.

—Para conseguir todos nuestros objetivos. ¿No lo ves? Te estoy ofreciendo la gloria y la vida de tu sobrina. Esta es tu oportunidad. Después de todo, no has sido tan inútil, porque incluso tus errores me han ayudado. Tu última misión sirvió muy bien a mis propósitos. El chatarrero sabía demasiado y, con la Cacería a punto de celebrarse, no podíamos correr el riesgo de que fuese a hablar de nuevo con la Resistencia. Teníamos que quitárnoslo de en medio. Pero hiciste algo incluso mejor: fallaste. Eso me permitió retenerlo y traerlo al bosque sin que Ida sospechase nada, sin protocolos. —Nereida contuvo la respiración mientras el pecho de Jacin se inflaba de orgullo—. Este es un paso enorme para nosotros como sociedad —continuó el anciano, moviendo las manos y deleitándose en un plan que solo horrorizaba más y más a Nereida—. El primer prototipo de Kim nos permitía controlar a un alpha a la vez. Pero luego, gracias a todos los documentos que conseguimos en sus archivos, descubrimos nuevas tecnologías con un alcance mayor. Gracias a la ayuda de Ellis Vivar, la matriz nos permitirá controlar al alpha dominus y a muchas otras especies al mismo tiempo.

Antes de que pudiese decir algo, la puerta del salón se abrió y un hombre de aspecto salvaje apareció con el rostro compungido por el horror.

—Señor —dijo con un jadeo—, han rodeado el edificio.

Cuatro palabras.

Esa frase tan simple avinagró el semblante de Jacin. Tal vez Nereida tenía una posibilidad de detener la masacre si entretenía a la Hermandad lo suficiente como para que los asaltantes entraran a la sede antes de que los alphas apostados fuera de las ciudades atacaran.

—¿Quiénes?

—Creemos que es la guardia de la ciudad, señor. O quizá la Resistencia. No lo sabemos con seguridad —respondió, dubitativo—. Pero están bien armados.

Si la amenaza preocupaba a Jacin, su rostro no lo reveló. En lugar de crisparse, se limitó a sonreír mientras apretaba el hombro de Lucy con un gesto tan paternalista que a Nereida casi le dieron arcadas.

—Bien, creo que ha llegado el momento de cerrar el acuerdo. —Inclinó el mentón hacia Nereida—. Mi trato es el siguiente: acepta estar conmigo, con la Hermandad, y testificar a nuestro favor cuando Zarina caiga, y te prometo que seré benevolente. Te devolveré tu puesto como asesina, la gloria que tanto ansiabas en la Hermandad, y, además, aseguraré el futuro de tu sobrina. También te garantizo que tu hermana no sufrirá ningún daño. Le ofrezco el exilio voluntario.

Todo lo que Nereida hubiese deseado hace unas semanas estaba al alcance de su mano. Sopesó la propuesta y en el rostro de Lucy adivinó un miedo profundo a la incertidumbre que se cernía sobre ella. Por una vez, Nereida sintió compasión, tristeza por esa vida encerrada en el palacio, convertida en una esclava de su destino, y agradeció haber nacido fuera del matrimonio de su padre.

Sabía que estaba en una encrucijada, una de la que no podía escapar.

Miró de nuevo los ojos de Lucy y notó la impaciencia de Jacin ante su silencio. Así que sin pensárselo, dijo:

—Acepto.

Jacin le mostró aquellos dientes rectos y le estrechó la mano sellando un pacto sagrado de asesinos. No creía que él fuese a cumplir su parte del trato, pero no veía otra alternativa a la situación.

—Trae al chatarrero, por favor —pidió Jacin en cuanto le soltó la mano, y Nereida sintió que algo dentro de ella se rompía—. Vamos a darle jaque a nuestra reina.

CAPÍTULO 40

GRACE

Siri la arrastró fuera de la habitación y obligó a Ellis a seguirlas en su silla a través del largo corredor.

Las piernas de Grace se quejaron y un sonido de sorpresa se le escapó de los labios en cuanto la soltaron sobre el suelo. Estaba en un salón amplio y diáfano, rodeada de desconocidos cuyos rostros hambrientos la miraban en la distancia. Grace se arrodilló sobre las baldosas y se fijó en el hombre elegante que aguardaba sentado junto a la poltrona.

Con las manos cruzadas sobre el regazo, el anciano de aspecto demacrado y ojos viles le sonreía. Pero no fue aquello lo que la pilló desprevenida. Al otro lado, con la espalda recta y el pelo suelto sobre los hombros, se encontraba Nereida con los labios apretados y un gesto que Grace no supo identificar.

La asesina le lanzó una mirada indiferente y Grace hizo uso de toda su voluntad para levantarse del suelo.

—Nereida —escupió, y en los ojos de la asesina brilló el resentimiento.

—Me alegra ver que tenemos a viejas amigas por aquí. Bienvenida, querida —espetó el hombre de la poltrona. Había un matiz de arrogancia en su voz—. Yo soy Jacin. —Hizo una floritura con la mano y alzó los ojos para fijarse en el chatarrero—. Y, por supuesto, nuestro queridísimo Ellis. —Esbozó una sonrisa plácida—. Gracias al error de Nereida, hemos solucionado grandes asuntos concernientes a nuestra misión.

Los dientes de Ellis rechinaron con fuerza y Grace alargó una mano para apretarle el hombro. El aire estaba plagado de un potente olor a desinfectante que le hizo arrugar la nariz con desagrado.

—Me avergüenzo de lo que he hecho, de haberte ayudado, Jacin —soltó Ellis, con asco. Grace notó que las manos le temblaban por la rabia que llevaba días conteniendo.

—Eso lo dices porque está tu hija delante —respondió Jacin, apoyando el mentón en el bastón—. Pero hace días trabajabas solícito. Tú, como yo, ansiabas meter mano a la multitecnología, probar la ingeniería genética, demostrar que todos los inventos de tu mujer funcionaban. Ahora ha llegado el momento.

Siri acercó una holopantalla hasta Ellis, que este apartó con hosquedad y un leve rubor en las mejillas flácidas. Era un acto de rebeldía.

—Si lo hice fue porque amenazabas con matarla —escupió Ellis, y Grace comprendió de pronto las razones de su padre para ceder al chantaje.

—Y todavía puedo hacerlo —le recordó Jacin con una mirada aviesa.

Grace se sintió devastada al ver a su padre convertido en una marioneta, intentando evadir su destino con el mismo ímpetu con el que ella se había aferrado a la idea de que su madre estaba viva.

—No tenemos tiempo. Hazlo —ordenó Jacin, y Nereida apuntó con un bláster directamente al pecho de Grace—. Estoy convencido de que esto será suficiente para persuadirte de hacer tu trabajo.

A Grace le habría encantado infundirle ánimos a su padre, decirle que no cediera, que poco o nada importaba lo que ocurriera con ella. Pero sus posibilidades de salir de allí eran nulas, y el miedo a lo que pudiese ocurrir con Ania la asediaba por dentro.

—Haz lo que te han ordenado —exigió Siri.

Ellis dudó unos segundos, pero finalmente deslizó las manos a través de la pantalla y el brillo verdoso le afiló el rostro demacrado.

Grace notó que las manos de Nereida permanecían rígidas en torno al bláster. Se negó a mirarla a la cara. Tal vez temía verse reflejada en un espejo en el que solo encontraría su propia inquietud y el miedo que de seguro ambas sentían en ese momento. No podía creer que hubiera cambiado de bando con tanta facilidad. Incluso a pesar de que había temido su traición y de que aquello la había empujado a engañarla y a drogarla, le costaba verla allí, empuñando el arma contra ella. Le dolía admitirlo, pero quizá lo que estaba pasando era, en parte, su culpa.

—¿Cuánto falta? —preguntó Jacin.

Ellis no respondió. Sus ojos se deslizaban a través de los códigos a medida que las letras y los números iban cambiando rápidamente en la pantalla. Una leve capa de sudor le cubría la frente y le bajaba por el puente de la nariz haciendo que las gafas se le resbalaran. Ellis cerró una ventana de la pantalla y Grace alcanzó a ver la matriz a la que diferentes códigos se conectaban. Los discos de control se anclaban de forma inalámbrica y su padre tenía que habilitarlos uno a uno.

—Ya casi está —indicó sin levantar los ojos de la holopantalla ni un segundo. Sus dedos se deslizaban sobre las teclas y los números se convertían en códigos que luego desaparecían.

—Tienes otra hija, ¿verdad? —La pregunta de Siri hizo que los dedos de Ellis se detuvieran y una sombra fugaz de ira le velara los ojos oscuros—. Está en un orfanato.

La furia que Grace llevaba horas conteniendo la quemó por dentro. Sin pensarlo, y presa de esa rabia, Grace se abalanzó contra Siri y le estampó un puñetazo con toda la fuerza de la que era capaz en el rostro mientras un gruñido visceral le arañaba la garganta. Siri se tambaleó, estupefacta, y unas gotas de sangre le salpicaron la ropa.

Habría sido una idiota si hubiese pensado que Siri no le respondería, pero le tomó por sorpresa la violencia con la que lo hizo. En un pestañeo, la mano de Siri le apretó el cuello empujándola contra la pared de acero y le hizo soltar todo el aire de

los pulmones. Clavó un puñetazo en sus costillas y Grace boqueó mientras forcejaba para zafarse del agarre de aquella mujer, que volvió a levantar la mano y esta vez le golpeó la nariz.

—Suficiente.

La voz de Jacin resultó un bálsamo para Grace, que se hundió en las baldosas, temblando de alivio. Unas gotas de sangre salpicaron el suelo. Le dolía la cara, pero aún más el orgullo.

—Ya está listo.

La voz de su padre arrojó una corriente helada por su espalda, que hizo que se curvara hacia delante, conmocionada. El brillo fugaz, malicioso, en los ojos de Jacin obligó a Ellis a apretar el botón. Todas las pantallas de la sala se encendieron y se llenaron de imágenes de los alphas entremezcladas con el ruido de gritos de puro terror.

—Música para mis oídos —susurró Jacin con tranquilidad.

Nereida le lanzó una mirada afectada y evitó fijarse en las pantallas. Como si no deseara ser testigo del horror que manchaba Ynsgard y en el que ella misma estaba participando.

—Debo advertiros de que, para detenerlos, tendréis que desconectar la matriz, y no será sencillo…

La voz de Ellis se apagó bajo el estruendo de una explosión que hizo que el suelo vibrara con fuerza bajo sus pies. Siri, que estaba a su derecha, se aferró a la pared mientras que Nereida trastabillaba.

—Señor, creo que deberíamos montar la ofensiva —dijo uno de los hombres que estaban sentados a la mesa. Su voz carecía de cualquier emoción, era plana, monocorde, al igual que su expresión.

Grace evaluó la escasa preocupación de Jacin.

—Haremos una ofensiva, desde luego —musitó Jacin con la vena hinchada surcándole la frente. Entonces paseó la mirada nerviosamente por las holopantallas—. Manda dos docenas de alphas a atacar Ciudad Espejo. —Se giró hacia los hombres de la mesa—. Id a defender el lugar, sacad las armas y, si os place, liberad a los alphas que tenemos reservados.

—No los hemos probado, Jacin.

La respuesta de Siri hizo que un escalofrío bajara por la espalda de Grace, que no se veía con la fuerza necesaria para seguir el hilo de la conversación. Jacin se puso rojo de furia antes de hablar:

—Haz lo que te digo —estalló.

Con movimientos solícitos, tanto Siri como el resto de asesinos salieron de la habitación.

—¿Has activado la orden?

La pregunta estaba dirigida a Ellis, que parecía al borde de un ataque de nervios.

—No podemos dejar que ataquen la ciudad —dijo Ellis, cuyos ojos demacrados parecían contener las lágrimas con enorme esfuerzo—. Va a morir mucha gente.

Jacin se levantó y tomó el bastón.

—Ya está muriendo gente. Si no quieres que tu hija engrose la lista, obedece.

Y Ellis lo hizo. Apretó el botón y un nuevo murmullo frenético, caótico, se escuchó en las pantallas, haciendo que los ojos febriles de Jacin se iluminaran.

—Bien —dijo en voz baja.

Nereida apoyó una mano en el hombro de Jacin, que la miró con asco y se la quitó de encima con un golpe seco.

—No me toques.

—Esto no es lo que me dijiste.

—¿Quieres que tome medidas contra tu sobrina entonces?

La mandíbula de Nereida se tensó.

—Así me gusta —aventuró el hombre al ver cómo los hombros de la asesina bajaban—. Cuidado con esa lengua; no querrás que me vea obligado a tomar medidas. La niña pagará por cualquiera de tus tonterías. —Sus ojos cayeron sobre Grace—. Llévalos a la celda, no quiero verlos por aquí.

Grace no pudo evitar pensar que eso era lo que ocurría cuando dejabas el desarrollo tecnológico en manos de un grupúsculo de empresarios con demasiadas ansias de poder . La historia se repetía una y otra vez, no aprendían de los errores, iban a repetir las

acciones de Sisne, pero esta vez con un resultado más favorable para sus intereses.

Nereida se volvió hacia Grace y señaló el pasillo antes de cogerla por el brazo y obligarla a ponerse en pie. A la chatarrera le habría encantado resistirse, golpearla, pero no le quedaban fuerzas. Ya no.

CAPÍTULO 41

NEREIDA

—Puedo desconectarlos de la matriz —dijo Ellis a su espalda una vez que se habían alejado lo suficiente del salón como para que nadie los escuchara—. Puedo acceder al sistema. Tienen una sala de control y allí se encuentra la centralita en la que está el procesador que alberga todo.

Nereida se encogió de hombros y siguió caminando bajo el eco taciturno de sus pensamientos. Se sentía algo mareada por el potente olor a cloro que inundaba el aire y tal vez también por el escozor que le producía sentirse acorralada por Jacin. Además, tampoco se podía creer que el padre de Grace estuviera vivo, encerrado allí, utilizado. Aunque en cierta medida se alegraba, en especial porque aquello le suponía un peso menos con el que cargar.

—Sé que no quieres hacer esto, que no es lo que te gustaría que pasara —susurró Grace mientras avanzaban por el largo pasillo de vuelta a la habitación.

Nereida no se detuvo, ni siquiera hizo caso al dolor de su corazón. Por supuesto que no quería, pero era consciente de que sus opciones eran limitadas. Nereida se afanaba en encontrar una alternativa que pudiese otorgarle tiempo, al menos el suficiente como para que su hermana pudiese entrar al edificio y acabar con aquella pantomima que amenazaba con destrozarle los nervios.

—He visto tu alma, Nereida. Tú no eres esto.

Los pies de Nereida se detuvieron en medio del pasillo y entrecerró los ojos, cansada, preocupada.

—¿No? Hace unas horas parecías convencida de que era una rata que había matado a tu padre y que no tenía ni una pizca de honor. Preferiste drogarme a darme una oportunidad.

El rostro de Grace se contrajo y Nereida no pudo evitar pensar que aquellas palabras sonaban un poco hipócritas en sus labios.

—Las dos sabemos que respondes a motivos egoístas.

—No te voy a discutir eso, pero al menos podrías haber sido sincera en lugar de jugar conmigo.

Nereida no pretendía que su voz sonara tan resentida, pero no consiguió deshacerse del matiz recriminatorio que inundaba sus palabras. Enseguida le pareció que Grace bajaba la cabeza.

Por suerte, no le hizo falta continuar con la conversación, pues la puerta lateral se deslizó con un susurro lento y uno de los asesinos de Jacin apareció. El hombre le indicó cómo llegar a la habitación de la planta inferior en la que debía encerrar a los prisioneros.

—Estupendo —dijo Nereida, girando sobre sus talones y enfilando hasta una galería estrecha cargada con monitores alargados que estaban repartidos a lo largo y ancho del lugar.

Subieron a un ascensor diminuto en el que apenas cabían ellas dos y la silla de Ellis. Respiró por la boca esperando que el ritmo acelerado de su corazón se acompasara y que el nudo de su estómago se aflojara un poco. No se veía con fuerzas para alzar los ojos y encontrarse con el rostro furibundo de Grace.

—¿Cuánto tiempo te tomaría desconectarlos? —preguntó una vez que las puertas se cerraron.

Los ojos del hombre la escrutaron un instante y luego se encogió de hombros.

—Unos treinta minutos.

—Es demasiado; se darán cuenta —replicó ella, llevándose la mano al puente de la nariz. Un nuevo estallido sacudió el edificio y Nereida rechinó los dientes sin saber muy bien cómo podía salir de aquel entuerto.

—Solo te pido treinta minutos —dijo el hombre con una súplica, y golpeó el botón para detener el descenso del ascensor.

—Y después, ¿qué? ¿Cómo vamos a salir de aquí? Van a tomar represalias contra tus hijas, contra mí…

Una nueva explosión provocó una sacudida que hizo que el ascensor se tambaleara con violencia.

—Van a entrar —sentenció Ellis apretando los dedos sobre las rodillas inertes—. Tarde o temprano las megacorporaciones, las fuerzas de seguridad del imperio o la Resistencia van a entrar a este edificio. Nosotros podemos facilitarlo y evitar que muera más gente. Puedo enviar al alpha dominus a atacar este edificio, eso nos daría tiempo para distraerlos. Es una amenaza letal a la que tendrán que hacer frente.

—¿Y si ataca a los que intentan ayudarnos desde fuera?

—Puedo controlarlo —sentenció Ellis—. No tenemos más armas que estas, y si no hacemos nada, morirá mucha gente.

Una idea cruzó la mente de Nereida: tal vez fuese Zarina quien trataba de entrar. Quizá había recibido el mensaje de Mira. O quizá estuviese allí para buscar a Lucy. En cualquier caso, fuesen quienes fuesen las personas que atacaban la sede, eran su única oportunidad.

—De acuerdo —aceptó, notando los ojos suspicaces de Grace sobre ella—. Media hora, no disponéis de más tiempo. Sacaremos a Kenneth y los demás.

El rostro de Ellis se relajó por un instante y Nereida se permitió pensar que tal vez pudiesen tener una remota posibilidad de acabar con Jacin.

La asesina puso de nuevo en marcha el ascensor, que abrió sus puertas y les permitió alcanzar la celda en la que un conjunto de rostros familiares se volvió hacia ella no sin cierta sorpresa.

—Imora, Kenneth y Tiberio vienen con nosotros. Sura y Zia, contigo —organizó Grace.

A Nereida no le gustó la manera en la que dijo aquello, pero decidió hacerle una breve concesión por el bien común.

—No podemos dejar que le toque un pelo —exclamó Kenneth cuando Nereida le contó lo que había pasado y le explicó que tenían

retenida a Lucy—. Es una niña, tenemos que detenerlo cuanto antes.

Por suerte para ella, Tiberio le puso una mano en el pecho y dejó escapar un suspiro cargado de resignación.

—Jacin y su gente creen que nos tienen encerrados. Dejémosles que lo crean un rato más; nos hará ganar tiempo.

—Está muriendo gente.

Kenneth alargó la mano y le mostró un cuchillo corto que la hizo sobresaltarse.

—Estaba en la suela de mi bota. Es lo único que me han dejado, no se han dado cuenta.

Los dedos de Nereida se cerraron sobre el bláster que Jacin le había dado a ella, el mismo con el que había amenazado a Grace.

—Cree que haré lo que sea por Lucy —admitió ella, aunque intuía que Jacin la podía estar poniendo a prueba. Era algo muy típico de él, y la simple idea la aterraba.

—Sin errores esta vez —dijo Kenneth, y Nereida sintió la necesidad de prometerle que todo iría bien.

No lo hizo, no sabía lo que ocurriría, y ya llevaba una vida cargada de mentiras como para prometer algo que no sabía si podría cumplir. En lugar de eso, lo abrazó con fuerza e inhaló el persistente aroma a cuero que desprendía su chaqueta y que la trasladó a sus días de tabernas juntos, cuando las preocupaciones no eran más que gotas en las jarras de cervezas.

Antes de separarse, Grace se acercó hacia ella y la cogió por la muñeca para apartarla un poco de los demás.

—Sé que no hay tiempo para explicaciones, pero necesito decirte que no me arrepiento de lo que hice.

En su voz había franqueza, y a Nereida le gustó percibir esa seguridad en el matiz irregular de sus palabras. Tenía el labio roto y el ojo empezaba a hinchársele, lo que le otorgaba un aspecto feroz, aguerrido, que hizo que las mariposas en sus tripas echaran a volar.

—Ya lo hablaremos si salimos de esta. Tenéis treinta minutos.

Grace le mostró una sonrisa cauta antes de apretarle la mano y dejar sobre su palma el colgante de su madre.

—Ten, me lo devolverás cuando tengamos nuestra conversación.

Las palabras se le desbordaron por la garganta y sus labios fueron incapaces de darles forma a las emociones que se le filtraban bajo la piel. Sus ojos admiraron la determinación en el semblante de la chatarrera. Era una promesa.

—Te lo devolveré —dijo, y se echó el collar al cuello.

Por fortuna, Grace asintió y entre las dos no hicieron falta más palabras. Simplemente se alejó y sus dedos dejaron una huella de tristeza sobre la piel de Nereida, que aferró el colgante con fuerza. En ese momento, su objetivo era claro: rescatar a su sobrina y detener a Jacin.

—¿Preparada? —preguntó Zia, que hasta entonces había permanecido alejada, ajena a las conversaciones.

—Por supuesto. Vamos a la planta de arriba a buscar unas cuantas armas e intentaremos abrir las puertas para que los atacantes entren al edificio.

—Bien —suspiró Sura, que se deslizó a su lado como una sombra.

CAPÍTULO 42

GRACE

La sala en la que se encontraba el procesador de la matriz era, cuando menos, imponente e intimidante. Al menos eso pensó Grace en cuanto cruzaron las puertas de metal y las atrancaron desde dentro utilizando varias sillas que Kenneth y Tiberio se apresuraron a amontonar.

Era un espacio semicircular con paredes cromadas en las que destacaban diminutas luces pálidas que arrancaban destellos de un suelo raso. Grace observó el techo combado y miró con atención el cableado multicolor, que sobresalía de los tubos alargados y se entremezclaba en una maraña indescifrable. Pero no fue eso lo que más la impresionó, sino el enorme ordenador que ocupaba una pared entera y en el que destacaban dos pantallas rectangulares junto a un tubo de estasis en el que una criatura dormitaba ajena a todo lo que ocurría dentro del edificio.

Grace se acercó al tubo de estasis, olvidando brevemente el peligro que acechaba tras las puertas a su espalda. Era una criatura impresionante, y a la vez diminuta y frágil. Admiró sus patas fibrosas conectadas a los conductos que ascendían hasta una lámina superior que filtraba el líquido verdoso que lo mantenía en aquel estado. No se parecía a ninguno de los alphas que había visto en el bosque y, desde luego, tampoco a los que estaban documentados en los libros de historia o biotecnología.

—Es un prototipo —dijo Ellis, echando una mirada nerviosa al alpha. Un cosquilleo bajó por la espalda de Grace—. No está

aprobado.

—Da mucho miedo. —La voz de Imora puso tono a los pensamientos de Grace, que no podía quitarle razón a pesar de lo maravillada que se sentía por aquella criatura.

—Entonces es mejor que no veas los que tienen en la sala de alimentación —comentó Ellis, y Grace advirtió el sudor que le bajaba por los labios y se le acumulaba en la barba.

—¿Crees que los utilizarán para defenderse de la gente que está fuera? —preguntó Imora con una leve vacilación.

La silla de Ellis traqueteó hasta el enorme monitor adosado a la pared del fondo y sus dedos empezaron a trabajar afanosamente sobre un teclado holográfico. No respondió a la pregunta de Imora y esta quedó colgando en el aire, como una amenaza en la que nadie quería pensar.

—Revisemos los armarios —musitó Grace con la necesidad de encontrar cualquier cosa que le sirviese para defenderse. Sería cuestión de tiempo que alguien notase su ausencia y descubriera lo que estaban intentando hacer—. ¿Necesitas algo?

Con firmeza, Ellis asintió sin despegar los ojos de la pantalla, que rebosaban preocupación. Grace jamás podría hacer uso de un autocontrol tan mesurado como su padre. Casi le recordaba a la pasión con la que había visto trabajar a Kim. En silencio, había envidiado el talento natural de su madre como programadora; aunque Grace era buena hackeando e infiltrándose en sistemas, jamás lo sería tanto como sus padres, y eso la hacía sentirse insegura de sus propias capacidades.

—Necesito que te conectes a los sistemas internos que he instalado en este trasto —dijo Ellis en el momento en el que el edificio temblaba por un nuevo estruendo—. Le dije a tu amiga que media hora bastaría, pero es probable que requiera algo más de tiempo. Para desactivar los discos de control, tengo que ejecutar comandos individuales para neutralizar la orden de ataque.

Grace dudó, pero Ellis parecía convencido de quererla trabajando a su lado, porque detuvo un momento sus dedos sobre el teclado

para mirarla:

—Sabes cómo funcionaba el cerebro de tu madre y conoces sus métodos de programación. —Su padre señaló la holopantalla a su derecha—. Ayúdame.

—¿Hay conexión al exterior? —inquirió Grace de pronto, recordando el vídeo, aunque de nada les servía ya.

—Creo que cortan cualquier señal que se emita desde el edificio. Llevo días intentando mandar una señal, Grace, he intentado conectar con la red negra, pero creo que Sisne ha bloqueado las conexiones y yo no soy tan diestro en estas cosas como lo era tu madre.

Grace flexionó las manos y se sentó delante del otro monitor. Su madre había sido brillante y, aunque guardaba con recelo sus secretos, Grace conocía de sobra los lenguajes de programación que manejaba.

—Hay dos sistemas que tienes que apagar mientras yo trabajo en desconectar todos los discos de control —continuó diciendo el hombre.

Intentó concentrarse en el sonido de su voz e inhaló con fuerza, olvidando los ruidos y explosiones procedentes del exterior. Suspiró y enseguida se desplegaron cinco pestañas en las que empezaron a aparecer letras y números. Como su madre, aquel sistema era un entramado complejo, como un laberinto por el que ella debía cruzar. Por suerte, recordaba la manera en la que ella alzaba cortafuegos digitales. Grace estaba totalmente enfrascada en aquello que la hacía sentirse tan viva: piezas que encajaban a la perfección y se fundían en sistemas a los que ella podía acceder como si de otros mundos se tratara. Los números azules brillaron en sus iris y una docena de comandos resaltaron en la pantalla violeta. Era el cerebro de Kim. Un hilo conductor que ella sabía seguir.

Introdujo unos cuantos comandos hasta que accedió a una interfaz en la que cada código se conectaba a una raíz de la matriz. Ladeó el rostro y se mordió el labio mientras sus dedos se deslizaban por el teclado. Un diagrama de vectores interconectados se desplegó

y Grace empezó a notar la presión fría en la espalda mientras su cerebro buscaba la lógica a la secuencia que veía.

No le tomó demasiado trabajo apagar el primer sistema.

—Tenemos un pequeño problema. —La voz de Tiberio la arrancó de su ensoñación—. Están al otro lado —explicó en un murmullo tan bajo que a Grace le costó dar un significado a aquellas palabras.

El plan se desmoronaba.

Un gruñido escapó de la garganta de Kenneth y ella fue hasta la puerta. Las luces titilaron suavemente y un nuevo temblor sacudió el suelo, haciendo que los pies de Grace vacilaran. A través del cristal tintado que había en lo alto de la puerta alcanzó a ver a un grupo de hombres armados.

—Mierda —protestó, con los puños apretados y la urgencia empañándole los ojos. Sus instintos sugerían que se alejara de allí, que corriera y se olvidara de salvar el mundo, pero, cuando se volvió para mirar a su padre, descartó aquella posibilidad.

En ese momento, las puertas temblaron bajo un golpe, luego otro y otro. Por primera vez, Ellis alzó los ojos y una arruga profunda se formó en su entrecejo.

—No pueden disparar aquí dentro. Si dañan la matriz, ya no podrían controlar a los alphas —musitó su padre con un ligero temblor en los labios. Hizo un gesto a su hija para que se acercara—. Hay algo que no le he dicho a tu amiga...

Las puertas temblaron con mayor violencia.

—Grace, llegado el momento, una vez desconectados los alphas, tendremos que destruir la matriz —afirmó Ellis—. Nadie puede tener acceso a esto. Nadie puede volver a entrar a este maldito edificio.

Ella respondió con un asentimiento firme, casi solemne, y comprendió que la única manera de evitar que aquello volviese a repetirse era acabar con todos los archivos de Sisne, incluida la matriz en la que sus padres llevaban una vida trabajando.

—Voy a borrarlo todo —continuó explicando su padre—. Me encargaré de que nadie pueda volver a acceder a ello. Se perderá el trabajo de tu madre, pero, con suerte, evitaremos muchas muertes.

—¿Os falta mucho? —preguntó Kenneth apretándose contra las sillas para presionarlas contra la puerta.

Tiberio intuyó lo que intentaba hacer y se apresuró a acuclillarse a su lado para empujar con fuerza las puertas, pero Kenneth se levantó y corrió hasta uno de los armarios abiertos y, sin pensárselo, se puso a desmontar las puertas de metal para dejarlas caer a sus pies. Parecían escudos. Luego tomó dos barras de metal alargadas que se encontraban junto a uno de los tubos de estasis. Grace cogió una y se situó al lado de sus compañeros.

—Van a entrar —dijo por encima del ruido—. Es cuestión de tiempo.

Grace contuvo la respiración. La realidad se asentó en su estómago, le taladró los huesos y necesitó aferrarse a la pared para procesar la situación. Estaban atrapados.

Miró a su padre una última vez y una nueva sacudida empujó las sillas hasta el interior justo cuando los goznes de las puertas caían y los asesinos entraban en la sala.

CAPÍTULO 43

NEREIDA

Cuando Nereida cruzó las enormes puertas de acero acompañada de Zia y Sura, le llevó un segundo identificar dos figuras que aguardaban agazapadas junto a la entrada y que se arrojaron sobre ellas como fieros depredadores. Nereida ni siquiera dudó. Giró el cuerpo y deslizó el puño en el aire hasta impactar en el pecho de uno de los dos hombres con una destreza que habría sorprendido al mismísimo Jacin. Con la culata del bláster golpeó la cabeza del otro sin apenas emitir sonido alguno. Fue una pelea breve y desequilibrada.

—Nos servirán —musitó Sura al ver a los dos hombres tendidos en el suelo.

Agarró una de sus armas y la estudió bajo la escasa luz del pasillo. Zia cogió el otro bláster y lo sujetó en alto antes de arrojarse a la izquierda con la espalda pegada a la pared.

Avanzaron por el estrecho pasillo, que permanecía en penumbra. El rugido de las explosiones del exterior se mezclaba con el eco de sus propias respiraciones. Nereida sabía que se encontraban en una carrera a contrarreloj y que las posibilidades de salir con vida se les escurrían de las manos. Ante ese pensamiento, sujetó con firmeza el arma sin dejar de preguntarse en qué momento todo había cambiado tanto.

En lugar de recrearse en todas las preguntas que bullían dentro de su cabeza, siguió adelante y no se detuvo hasta percibir una densa nube de humo que flotaba en medio de una galería alargada.

Allí encontró una plataforma en la que había un planeador individual que parecía listo para salir.

—¿Crees que Jacin pretende usarlo? —preguntó Zia.

Nereida negó con la cabeza y señaló el otro corredor en el que unas luces violetas parpadearon sutilmente hasta apagarse.

—Jacin puede ser muchas cosas, pero no es un cobarde —reflexionó en voz baja.

Muy despacio, se apartó unos centímetros para confirmar que el pasillo lateral estaba despejado.

Zia y Sura asintieron y avanzaron por el corredor, que conducía hasta la sala en la que ella creía que el asesino mantenía cautiva a su sobrina, ya que aquella parecía la zona más segura de la sede y la niña era su salvoconducto. Nereida no se atrevió a pensar en la posibilidad de perder a la niña; tenía miedo de que el terror la traicionase y se viera en una situación en la que debiese escoger entre Lucy y sus nuevos amigos.

—Tened cuidado al subir las escaleras —susurró Zia cuando se detuvieron frente a una puerta de servicio.

El cristal opaco estaba demasiado dañado como para ver lo que había al otro lado. Nereida levantó el bláster y abrió la puerta con la sensación de un peligro inminente acechándola.

La estancia las recibió en el más absoluto de los silencios, y a Nereida se le antojó extraña la repentina quietud que se respiraba en aquella zona del edificio. Estaba convencida de que, a esas alturas, Jacin ya estaría enterado de su traición y, con toda probabilidad, estaría buscándola para acabar con ella

Subieron unas escaleras que daban a la primera planta. No se detuvieron demasiado a investigar la zona, simplemente se aseguraron de que estaba vacía y continuaron andando hasta una sala abovedada. Desde allí alcanzaban a ver un corredor amplio por el que avanzaba un grupo de personas cargando con cajas de armas y suministros.

—Son demasiados —susurró Sura contra su oreja—. No creo que podamos llegar hasta esa puerta —dijo señalándola—. Es la entrada

por la que nos arrastraron, y las detonaciones parecen provenir de esa zona, pero si intentamos ir por ahí es probable que nos vean. Puede que colarnos en el sistema de ventilación de ese pasillo sea nuestra mejor opción.

El conducto de ventilación era una buena opción en caso de que necesitasen esconderse. Pero Nereida no tenía ni idea de adónde las llevaría y su prioridad era encontrar a Lucy.

—Si nos ocultamos en el conducto de ventilación, no veremos cuántos asesinos hay en el edificio y tampoco sabremos muy bien hacia dónde estamos yendo —susurró Nereida, consciente de que necesitaba moverse con rapidez y certeza por el edificio.

Pero Zia apenas la escuchó. Se movió hacia el pasillo y Sura se lanzó tras su hermana con un movimiento tan elegante que Nereida no pudo más que admirarla. Nereida se agachó y cruzó la sala hasta la esquina en la que aguardaban sus compañeras ocultas detrás de uno de los tubos de estasis que en ese momento se hallaba vacío. Durante unos segundos, se quedaron allí. El murmullo de voces se hizo más intenso y Nereida sintió una aprensión que parecía advertirle de lo que estaba por llegar. Entonces hizo un gesto y se pusieron en movimiento. Quedarse escondidas significaba perder el tiempo, y Nereida quería avanzar y llegar hasta Jacin.

—¿Cuántos ves desde ahí? —preguntó Zia, esforzándose por mantener el ritmo apresurado de sus pasos.

Nereida caminaba con prisa por el corredor y Zia y Sura la seguían de cerca.

—He contado una docena —soltó.

En el semblante de Sura apreció un destello de duda que le indicó lo poco realista que resultaba el plan. Ni ella misma estaba convencida de que existiese una posibilidad de salir de allí, pero no pretendía quedarse de brazos cruzados, no cuando la vida de tantos dependía de que lograran destruir la matriz, de que los atacantes que rodeaban la sede pudiesen entrar.

Sus nervios se crisparon en cuanto escuchó el ruido de unos pasos y apareció un hombre alto que lucía el uniforme de la

Hermandad. Nereida se tensó. Con una mano apartó a Sura y a Zia y se agachó para cubrirse con la pared de la esquina.

El hombre disparó y ellas se quedaron ocultas, buscando la forma para salir de allí.

—¿Lo intentamos con el conducto de ventilación? —insistió Zia con el eco de los disparos.

—Yo me encargo —espetó Nereida—. Localizad los conductos. Serán nuestro último recurso. Los utilizaremos si nos encontramos con más gente en el camino.

Las dos mujeres la miraron como si hubiese perdido la cabeza, pero Nereida apoyó la espalda contra la pared y apretó el bláster entre las manos antes de asomarse por el lateral y disparar.

El asesino esquivó los proyectiles rodando por el suelo, pero Nereida corrió hacia él y lo interceptó antes de que llegara al final del pasillo.

—Hija de puta…

La frase murió en cuanto un puñetazo impactó en la mandíbula del hombre, que se impulsó con violencia hacia ella y le devolvió el golpe.

Nereida maldijo entre dientes y escupió sangre. El codo de su contrincante se le clavó en el pecho, haciendo que el aire se le escapara de los pulmones. Después la cogió por la nuca y le apretó el brazo derecho, inmovilizándola. El movimiento la pilló desprevenida y Nereida se aferró al bláster, que accionó sin siquiera pensar en las consecuencias.

El disparo rebotó contra la pared y el asesino reculó, jadeando.

Ella no se deleitó en la pequeña victoria que acababa de conseguir. Se limpió el sudor que le caía sobre los ojos, sujetó el bláster con los dedos húmedos y esta vez apuntó al pecho del asesino. Disparó y el gorgoteo silencioso de la sangre le acarició los oídos mientras el cuerpo del hombre resbalaba hasta el suelo.

Con un gemido de agotamiento, Nereida se dejó caer, sintiendo las respiraciones acaloradas de Zia y Sura cerca de ella. No podía

mantener ese ritmo, no podía ir por el edificio asesinando a todo aquel que se encontrara. Necesitaba hacerlo mejor.

—Empezaba a creer que lo de ser asesina era una mentira que ni tú te creías —soltó Zia, pasando bajo una potente luz azulada que ensanchó la sonrisa sarcástica que le deformaba los labios—. Pero si sigues así, vamos a dejar un río de cadáveres a nuestro paso.

Nereida se hubiese reído de buen grado, pero le dolían demasiado las costillas y tenía tanto calor que apenas era capaz de mantener la cabeza despejada.

—Creo que la entrada por la que me trajeron a mí está en la planta superior —murmuró, haciendo un esfuerzo por recrear un plano de la sede en su cabeza. Casi de forma inconsciente, se acercó de nuevo al cuerpo del asesino para registrarlo y quitarle dos cuchillos arrojadizos a los que podría darles un buen uso—. ¿Seguimos?

Zia dejó escapar un siseo nervioso entre los labios y señaló hacia unas escaleras adosadas al fondo de la galería.

—Probemos por allí.

Sura le chistó, pero Zia continuó caminando con una sombra de desafío en los ojos. Sin embargo, en el último momento, ignoró las escaleras y cruzó el corredor hacia una puerta doble que permanecía cerrada por tres cerraduras alargadas.

—Aquí dentro hay algo —murmuró Zia, con las manos sobre la superficie de metal de la puerta.

Nereida se acercó, pegó la oreja a la placa dura y notó el leve rumor que se extendía al otro lado. El eco de voces, de gritos que carecían de lógica. Zia y ella se miraron y un escalofrío bajó por la espalda de Nereida.

—Tenemos que salir de aquí —apremió al percibir el rugido animal, salvaje, que de pronto tronó al otro lado—. Ya.

En ese mismo instante, la puerta se estremeció con violencia. Nereida apenas pudo retroceder antes de que la puerta se abriese de golpe y una veintena de cuerpos salieran en tropel escapando del horror.

No se permitió dudar. Agarró la muñeca de la compañera que tenía más cerca, Sura, y tiró de ella para no perderla entre la marabunta de personas que huía de aquel infierno. Estuvo a punto de perder el equilibrio y, arañando la pared, se apartó hasta el otro extremo de esta liberándose de una mujer que aullaba con la cara salpicada de sangre y los ojos desorbitados. Sura la soltó y, de repente, la perdió de vista. Eran demasiadas personas. No cabían por la puerta que daba a las escaleras y veía las posibilidades de morir aplastada.

—¡Haz que me dejen! —gritó la desconocida, clavando las uñas en los hombros de Nereida con desesperación.

Nereida le golpeó la cabeza con la pared y esta cayó inconsciente sobre las baldosas con los labios abiertos. Tenía desgarros irregulares enormes por todo el pecho. La asesina negó con la cabeza y se apartó de la mujer, esforzándose por intentar distinguir algo en aquella marea de cuerpos. No era capaz de encontrar a Sura o Zia. Tenía que salir de allí.

Casi no había luz en el pasillo, así que tanteó la pared buscando guiarse siguiendo la superficie helada e ignorando los empujones y gritos. Se desplazó hacia la izquierda y sus dedos alcanzaron un orificio estrecho que hizo que un suspiro de puro alivio se le escapara de los labios. Había encontrado el conducto de ventilación.

Con dificultad, Nereida se metió en el hueco. Sus compañeras no estaban dentro, así que avanzó un poco por el conducto hasta un punto desde el que podía observar la sala y estiró el cuello para buscar a Zia y Sura. Entonces lo vio.

Vio la carnicería. Los cuerpos rotos, las paredes abolladas y surcadas por garras capaces de penetrar el acero.

Y en el medio de todo eso, cinco alphas enloquecidos, sedientos de sangre.

CAPÍTULO 44

GRACE

Dos hombres con aspecto de animales salvajes y una mujer de pelo rojo y expresión hambrienta se abrieron paso entre los restos de la barricada. Sus blásteres eran tecnología punta y a Grace se le hizo un nudo en la garganta al fijarse en la triste barra metálica que ella blandía a modo de defensa y que de poca utilidad le serviría en un enfrentamiento con aquellas bestias.

—No van a disparar directamente, dañarían la matriz —musitó Tiberio a su lado, repitiendo las palabras de Ellis, como si quisiese convencerse a sí mismo de ello. Tiró del brazo de Grace con fuerza para obligarla a esconderse—. Necesitamos ganar tiempo.

La frase quedó suspendida entre los dos, aquello solo servía para confirmar los peores temores de Grace, pero ni siquiera tuvo tiempo para pensar en ello. La mujer, de rostro oscuro, levantó el bláster y apuntó a Kenneth, que apenas pudo rodar por el suelo para evitar que le alcanzase el proyectil. Imora se abalanzó sobre la mujer y la golpeó en el hombro. Luego giró a la izquierda para ocultarse tras una columna de metal y protegerse del ataque de uno de los hombres, que intentó acercarse blandiendo un cuchillo curvo que casi la alcanza. Imora lo apartó con fuerza, presionó la barra contra el pecho de su atacante y Grace percibió una satisfactoria expresión de triunfo en el rostro de su amiga.

Pero la esperanza se le desinfló en el pecho. La mujer pelirroja levantó el bláster con un brillo malicioso en sus ojos negros, apuntó

a Ellis a la cabeza y sus otros dos compañeros apuntaron de forma alterna a Tiberio, Kenneth, Imora y Grace.

—Me parece que les importa bastante poco lo de matarnos a todos —espetó Grace, sujetando con mayor firmeza la barra metálica y la puerta del armario que empuñaba como un escudo.

En los ojos de Tiberio leyó la duda y, antes de que él pudiese proponer alguna idea brillante, Grace se abalanzó sobre la mujer e impactó contra ella. Las dos cayeron en medio de un sonoro gruñido que fue seguido por la voz de Kenneth, un aullido de Imora y probablemente un grito de Tiberio. A Grace le resultó imposible descifrar aquellos ruidos, solo distinguía su propia desesperación.

La mujer había perdido su bláster en la caída, pero la atacó con un cuchillo corto que Grace esquivó por los pelos. El acero le rozó la mejilla y el dolor lacerante aumentó su furia. Enseñó los dientes, desorientada, y apretó la barra con un siseo obligando a su contrincante a retroceder en el suelo.

—Voy a explotar la maldita sala —vociferó la mujer, levantando el cuchillo por encima de su cabeza.

Entonces la embistió contra el tubo de estasis y la cabeza de Grace rebotó contra el cristal, haciendo que la visión se le nublara bajo un manto de dolor. Ahogó un gruñido seco mientras levantaba los brazos para empujar con fuerza a la mujer, que trastabilló y resbaló soltando una maldición. Grace se apartó casi a rastras y tomó una distancia considerable de su atacante, que escupió al suelo una mancha roja y espesa.

—Voy a matarte —murmuró la mujer, que se impulsó por el suelo y la alcanzó.

Grace emitió un leve silbido cuando el impacto del golpe le arrancó el aire de los pulmones. La asesina se impuso sobre ella y sus dedos le sujetaron el cuello con violencia. La chatarrera ahogó una maldición mientras aquellos dedos huesudos le cortaban la respiración. Se retorció bajo las manos de la mujer hasta que alcanzó una de las barras de metal y, con todas las fuerzas que le

quedaban, asestó un golpe a la cabeza de la mujer, liberándose por un segundo.

Se apartó e inhaló con fuerza, desesperada, con la garganta ardiendo y los pulmones sufriendo, pero solo encontró un vacío que le quemó la tráquea. La mujer se puso en pie con la sangre cayéndole por el rostro, manchando la sonrisa en sus labios. Se acercó, casi convencida de la victoria. No pudo prever el movimiento de Tiberio, a su espalda, que volvió a golpearle la cabeza. La sangre salpicó el rostro de Grace mientras la asesina caía hacia atrás con los ojos abiertos de par en par.

—¡Basta! —espetó un hombre que apuntaba directamente al pecho de Ellis. En su rostro ardía una promesa de muerte que Grace no quiso poner a prueba, así que se apartó un poco y soltó la barra con un gesto de derrota.

—Los actos de valentía solo atraen la muerte. Creo que ya es suficiente —dijo otro de los asesinos. El hombre se aproximó con el bláster en alto y, con un movimiento violento, sujetó la muñeca de Grace.

El asesino la apretó contra la pared y le retorció el brazo haciendo que un gemido de dolor le trepara hasta los labios. Ella se encogió temblando de impotencia, con la rabia contenida en el pecho, la furia ciega deseando arrasarlo todo. Estaba herida. La sangre le caía por los ojos, por la boca, por el cuello.

—Hasta aquí llegó la idea absurda de que podéis saliros con la vuestra. Podéis ir dando gracias a la Creadora de que el caos en la planta superior tenga demasiado ocupado a Jacin como para notar que algo va mal con la matriz —continuó, aunque su voz sonaba preocupada y algo vacilante pese a gravedad que intentaba imprimir en ella—. No te quedes ahí y ven a ayudarme, Travis.

Travis permanecía impasible en la puerta, y miraba la escena con unos diminutos ojos rasgados que parecían velados por una inquietud tan tensa como la de Grace. Por un momento, a esta le pareció que aquel chico de pelo rubio pajizo dudaba, pero su

vacilación se disipó en un simple pestañeo y, casi al instante, respondió a la orden y se acercó hasta su compañero.

—Deja eso —dijo el otro hombre de barba espesa señalando a Ellis con el mentón—. Pegado a la pared.

Ellis levantó las manos, no sin antes alinear el monitor de manera que la pantalla quedara fuera del campo de visión de los asesinos. El hombre que sostenía a Grace la dejó en manos de Travis, quien sujetó el cuchillo contra la espalda de la chica en una muda advertencia.

—Dame eso —exigió el mayor de los dos, y miró a Kenneth, que hasta entonces no había soltado la barra de metal. Resignado, su amigo bajó las manos y dejó caer la barra.

Los ojos de Travis se encontraron con los de su compañero y Grace aprovechó la ocasión para mirar a la mujer que yacía sin vida en el suelo. Aún podía sentir aquellos dedos rígidos sobre la piel de su garganta.

—Por favor, parad esto —suplicó en un intento por ganar tiempo—. No podréis detener a los alphas…

—Cierra la puta boca o te rajo las costillas aquí mismo —gruñó Travis, y Grace obedeció.

Aturdida, apenas vio cómo Kenneth se las ingeniaba para acercarse un poco hasta Tiberio y apoyar la mano en su hombro. Sostenía un cuchillo en la mano tras su espalda, oculto de los asesinos.

El otro asesino levantó más el arma y luego miró a su compañero:

—No hables con ellos.

—Hago lo que me da la gana, Jude —respondió Travis, escupiendo al suelo—. Tú no me das órdenes.

Como para demostrar su control, Travis empujó a Grace contra la pared y presionó el cuchillo contra su espalda.

—Dile a Jacin que mande apoyo —exigió Jude—. Que traiga a Siri o a quien sea.

—Siri está ayudando en las puertas de emergencia.

Jude dejó escapar un suspiro de rabia antes de mirar con el ceño fruncido a su compañero y dar un manotazo a una de las paredes. Tembló como una ramita seca bajo el viento y a Grace le pareció adivinar una molestia que poco tenía que ver con la situación.

—A Jacin no le importáis en absoluto —dijo Grace.

—¿Qué coño dices?

—Te he dicho que no hables con ella. Es una chatarrera, una embustera del tercer anillo.

Pero Travis no parecía compartir la opinión de su compañero, así que levantó las cejas con impaciencia y Grace aprovechó para sembrar la duda:

—¿Creéis que a un hombre que planea asesinar a miles de personas le interesa algo de lo que hagáis para complacerlo? —La preocupación titiló en los ojos de Travis.

Travis pareció ignorarla, giró el arma entre los dedos y se limpió la nariz con el dorso de la mano sin quitarle los ojos de encima. Grace estaba aturdida, con el corazón atascado en la garganta, pero no permitiría que aquello la detuviese.

No había llegado hasta allí solo para morir. Si se tenía que ir de ese mundo, lo haría, pero antes iba a detenerlos.

—Sois tan prescindibles como nosotros. —Su voz era apenas un susurro ahogado, aplastado por el dolor de la garganta lastimada.

—Haz que se calle de una vez —gritó Jude.

—¿Pretendes que la mate?

Jude lo ignoró y miró a su compañera muerta.

—Llama a Jacin y dile lo que ha pasado aquí; si este hombre ha hecho algo a la matriz, nos podemos dar por muertos.

Los asesinos estaban desconcentrados, preocupados ante la posibilidad de su propia muerte. La angustia se hizo evidente en el rostro de Travis, el suave movimiento de sus manos.

—¡Llama a Jacin! —exigió Jude con un grito violento.

Lo dijo con tal urgencia, con tal desesperación, que hizo que a Grace se le encogiera el corazón.

Fue entonces cuando se dio cuenta del temblor bajo sus pies, el suave susurro de los gritos que reverberaban contra el metal. Gruñidos. Explosiones. Los asesinos lo sabían. Grace pegó la palma de la mano a la pared de metal y sintió el eco de las bombas. Una que hizo que todo el edificio se estremeciera.

—Ya vienen —susurró más para sí misma que para los demás y, al instante, los engranajes de su mente se pusieron en marcha.

Travis pestañeó con fuerza y, antes de que pudiese hacer algo para prevenirlo, el codo de Grace le impactó en la mandíbula con fuerza. La mano del asesino perdió el arma y ella aprovechó la distracción para sujetarle la muñeca y tirar con fuerza de ella.

—¡Ahora! —le espetó a Kenneth, y vio a Imora y Tiberio lanzarse sobre Jude.

Travis se soltó y le asestó un bofetón a Grace que la desestabilizó. La sangre le llenó los labios y se le emborronó la visión.

—Te voy a matar, puta. —Se arrojó sobre ella sin apartar los ojos de su rostro, tal y como Grace esperaba que hiciera.

No tardó en aparecer Kenneth y sujetar a Travis. Su amigo empuñó el cuchillo con fuerza y lo clavó en el cuerpo del asesino, que se resistió en vano y cayó en el suelo, con la sangre empapándole la ropa. Ella aprovechó ese momento y se puso en pie, mareada.

Pestañeó y renqueó hasta la silla de Ellis, a quien ayudó a moverse hasta el monitor. Justo entonces, un rugido atronador cortó el silencio y el temblor de la tierra se convirtió en un movimiento demasiado persistente para ser ignorado.

—Hay que hacer otra barricada —gritó, y todos se pusieron en marcha movidos por el ímpetu que apremiaba a un último intento por sobrevivir.

Grace dejó escapar un gemido en cuanto los vio.

Alphas.

Al otro lado del pasillo.

CAPÍTULO 45

NEREIDA

Alguna vez alguien le había dicho que antes de morir veías pasar tu vida delante de tus ojos, que el tiempo se ralentizaba y convertía el mundo en un borrón del que apenas eras consciente. Nereida no vio imágenes de su niñez solitaria, y tampoco atisbó el rostro borroso de la madre que la había abandonado. Pero sí que pensó en su hermana, encerrada en aquel palacio vacío, en todas las veces que había negado con la cabeza cuando Nereida era una niña y le pedía que durmiese con ella por miedo a las pesadillas. También pensó en Grace, luchando junto a su padre por evitar las muertes de personas inocentes.

El recuerdo de Grace prendió en su pecho. Pensó en sus manos cálidas, en el olor dulce de su pelo, en las motas doradas de sus ojos. Nereida se mordió el labio ante aquellos dolorosos pensamientos y se dio cuenta de que llevaba años rehuyendo su lado más humano. Se había convencido de que para triunfar solo se necesitaba a sí misma y, aunque sabía que en parte era cierto, había descubierto que quizá no quería estar sola. Quizá estaba preparada para abrir un rincón de su alma a esas personas dispuestas a compartir tiempo con ella. Quizá la vida era algo más que cumplir un objetivo, que ser la mejor asesina.

Por desgracia, Nereida no podía recrearse en aquellos pensamientos. No cuando el mundo se venía abajo y ella estaba atrapada dentro de un conducto de ventilación.

Los gritos la devolvieron a la realidad y meditó sobre las pocas posibilidades que tenía de salir de allí. Desde el conducto podía ver todavía a gente que intentaba correr, la sangre sobre las baldosas y los gritos rasgando el aire.

—¡Zia! —exclamó en cuanto vio a las dos mujeres agazapadas en una esquina.

No la vieron; ni siquiera la oyeron. Los gemidos de la gente ahogaban su voz. Nereida consiguió arrodillarse dentro del conducto para ver cuánto espacio la separaba de ellas. Eran unos cinco metros como mucho, pero para llegar allí tendría que exponerse a los alphas.

«Has escogido el peor momento para ser abnegada», se dijo, y el corazón se le aceleró en cuanto sujetó el bláster y se arrastró de vuelta hacia el pasillo.

Nereida rogó a una diosa en la que no creía que le ofreciera la resistencia que sus piernas necesitaban. Se arrojó fuera del conducto y esquivó la marea de cuerpos como pudo. No apartó los ojos de Zia ni de Sura, simplemente corrió con las piernas temblando, con el pulso arremetiendo contra ella.

—Por la Creadora de los mundos…

Los pies de Nereida vacilaron al toparse de frente con uno de los alphas, una criatura de casi dos metros con cuatro patas enormes y un cuerpo alargado cubierto por un pelaje del color del oro. La criatura ladeó la cabeza y se abalanzó sobre la mujer que estaba a su lado. El terror hizo que le castañearan los dientes. La mujer ni siquiera tuvo tiempo de gritar antes de que las garras del alpha se hundieran en su piel y le desgarraran la carne, dejando un rastro de sangre sobre el suelo.

Nereida contuvo una arcada al ver el cuerpo totalmente destrozado. Apartó la mirada y notó el regusto amargo en el fondo del paladar antes de darse la vuelta y continuar corriendo por el pasillo esquivando como podía a las otras personas que luchaban por huir de allí.

—¡¡Dejad espacio!! —gruñó, y sus brazos arremetieron contra los hombres desesperados por salir de allí. Eran decenas de personas en un pasillo demasiado estrecho, un espacio de cuerpos movidos por el instinto de supervivencia. Ya no seguían el plan de Jacin y no les importaba; lo único que querían era sobrevivir.

Los alphas se movían y escogían a sus víctimas en función de los gritos que parecían atraer su atención. Nereida no quería mirar. No quería sentir de cerca el aliento pútrido de las criaturas.

Se oyó un estruendo cuando uno de los alphas, que tenía piel de reptil y enormes garras, cayó sobre la joven que corría al lado de Nereida. La cola de la criatura golpeó la espalda de la asesina y la hizo aterrizar de boca sobre el suelo. Allí tirada, sintió que las baldosas palpitaban bajo el rugido atronador de aquellas bestias sedientas de sangre. Intentó, desesperada, levantarse, pero volvió a resbalar.

Entonces, uno de los alphas le alcanzó la pierna. El dolor la envolvió. La criatura le había clavado la garra en el muslo.

Nereida pensó que estaba acabada, que la mataría allí mismo.

Pero, de repente, el alpha ladeó la cabeza y se arrojó sobre un hombre que no tardó en caer de espaldas.

Si se quedaba allí, iba a morir atacada por una de las bestias o aplastada. El terror a morir era tan enorme que, incluso a sabiendas de lo remotas que eran sus posibilidades de vivir, Nereida se convenció de que no podía rendirse tan fácilmente.

A lo lejos divisó a Zia, que, esta vez, sí la miraba a ella. La chica acababa de alcanzar la puerta de aluminio con una mueca de profundo dolor. Sus movimientos eran lentos por culpa del miedo.

—¡Nereida! —gritó la chica—. ¡Ve hacia la puerta!

Con renovado ímpetu, Nereida se incorporó y se apretó contra la pared, respirando entre dientes con las manos cubiertas de sudor. Una tristeza profunda se apoderó de ella al pensar que estaba muriendo gente que nada tenía que ver con las ambiciones de Jacin, ni con ese bosque maldito. Apretó los párpados con fuerza, rebuscando la voluntad que necesitaba para salir viva de allí.

Se desplazó hacia la izquierda, dando un último empujón con la pierna adolorida. Se impulsó hasta la puerta en la que antes había visto a Zia, pero esta se hallaba cerrada. Sus dedos golpearon la superficie metálica, que no cedió.

No veía a Zia por ningún lado.

—¿Dónde está?

Entonces vio a Sura corriendo hacia ella y tirando de la puerta con mayor fuerza.

«¿Habrán cerrado las puertas a propósito? ¿Jacin pretendía matar a su propia gente?».

Apretó los dientes mientras reparaba en el conducto a su izquierda, una abertura estrecha a ras del suelo en la que destacaba una maraña de cables entremezclados que echaban chispas sobre el acero. Se lo mostró a Sura y esta asintió. Era su única alternativa.

—Teníais razón, solo podremos salir por allí —le dijo a Sura levantando la voz en medio de los gritos. La chica esquivó a un hombre que corría desesperado hacia la puerta.

El miedo se enredó en la garganta de Nereida, que trastabilló hasta el orificio en la pared y apartó los cuerpos que yacían a su alrededor. Con las manos temblando, metió los dedos en la rejilla y tiró con fuerza varias veces hasta que esta cedió. Nereida sintió un torrente de emociones y estuvo a punto de llorar de alivio, pero en ese momento solo necesitaba ser práctica, así que en cuanto Sura se deslizó al interior, ella también se metió dentro.

Sin embargo, antes de que pudiese terminar de deslizar las caderas hasta el interior y seguir a Sura, algo le tironeó del brazo derecho y le raspó los dedos.

—Ayúdame —suplicó un hombre que se arrastraba hasta el hueco con ojos febriles—. Por favor.

Los dedos de la asesina sujetaron los del hombre, pero de pronto sintió un fuerte tirón que estuvo a punto de lanzarla de nuevo fuera del conducto y lo soltó. El hombre masculló algo y un tirón lo alejó varios centímetros de ella.

—No me sueltes…

La voz se convirtió en un sollozo estrangulado cuando varias personas pasaron por encima del hombre, arrancándole un estremecimiento violento. Lo pisotearon casi sin verlo, y el hombre soltó varios chillidos desgarradores hasta que, poco a poco, se quedó quieto.

Durante una fracción de segundo, Nereida no fue capaz de moverse. Notaba los labios rígidos, los músculos tensos.

Apartó la mirada del pasillo y se refugió en las sombras de aquel conducto que permanecía en el más absoluto de los silencios. La imagen del rostro flácido del tipo que segundos antes suplicaba por su vida la asaltó. Ella era una asesina entrenada, había mirado a la muerte a los ojos y, sin embargo, aquello le parecía inhumano, antinatural.

Sacudió la cabeza y se arrastró por el conducto hasta llegar al final, donde Sura la esperaba en lo que parecía un cruce de caminos, arrodillada, con una mano en la pared como si buscase equilibrio.

—¿Estás bien? —le preguntó Nereida.

Sura se quedó callada. En medio de la oscuridad, era difícil leer la expresión de la chica.

Nereida se abrazó las costillas y se volvió hacia el espacio en el que se encontraba su compañera. El techo era demasiado bajo como para que una persona pudiese mantenerse erguida, las paredes curvas se estrechaban y se fundían con un suelo de acero que estaba cubierto de agua, pero dejaban a la vista varios agujeros por los que podrían avanzar.

Cuando Nereida se disponía a acercarse a Sura, se dio cuenta del vacío repentino entre las dos. El alivio por haber escapado de la masacre se esfumó y un gemido de preocupación se le escapó de los labios al percatarse de que Zia no estaba con ellas.

Volvió la vista atrás, pero no había rastro de la chica.

—¿Dónde está tu hermana?

Sura pareció tan perpleja como dolida ante la pregunta.

—No… no lo sé —respondió, temblando.

A Nereida le dio la impresión de que el suelo bajo sus pies perdía consistencia. Colocó la mano sobre el hombro de la chica, dando un suave apretón que no solucionaba nada. Si Zia no había llegado hasta allí, era bastante probable que no estuviese viva.

—Lo siento —dijo, sintiendo la necesidad de llenar el silencio entre las dos.

Sura, conteniendo las lágrimas, le dio un empujón que la hizo tropezar.

—¡No digas eso! ¡No hables así! —pidió Sura volviendo a empujarla con fuerza—. Tenemos que salir de aquí.

Nereida alzó la vista mientras aguantaba los empujones de Sura, la rabia con la que la embestía. No la detuvo porque comprendía que no era Sura la que hablaba, sino el dolor que se manifestaba en su voz, que le rasgaba las cuerdas.

Cuando Sura se calmó un poco, Nereida dejó escapar un suspiro tembloroso, pero el aire quedó atrapado en su pecho al darse cuenta de que los gritos de la carnicería se apagaban.

—No creo que podamos alcanzar la puerta si esas cosas siguen merodeando por el edificio —indicó Nereida.

A Sura no le entusiasmó en absoluto la idea y, antes de que Nereida pudiese decir algo más, se movió hasta otro de los conductos.

—Espera —pidió ella, apresurándose a seguirla.

Pero Sura no se detuvo y a ella no le quedó más remedio que tragarse el dolor de la pierna y seguirla. Anduvieron a gatas durante varios minutos en los que ninguna se atrevió a cortar el hilo de pensamientos de la otra.

No supo cuánto tiempo avanzaron por aquel conducto hasta que otra bifurcación las obligó a detenerse. Un destello violeta que emanaba del camino que quedaba a su izquierda atrajo su atención.

Nereida casi nunca se permitía el lujo de albergar esperanza, pero al escuchar el susurro de la voz de Grace estuvo tentada de aferrarse a un resquicio de fe. Se movieron a través del conducto,

siguiendo las voces, y a Nereida se le escapó un suspiro de alivio cuando Sura señaló la trampilla al fondo del tramo.

—Es Grace —susurró Sura a su lado.

Pero la imagen que vio a través de la rendija no supuso ningún alivio. Nereida se dio cuenta de que la puerta había caído y que Kenneth y los demás improvisaban una endeble barricada que no soportaría el peso de los alphas que acababan de aparecer en el pasillo.

—Vamos con ellos, tenemos que ayudar —dijo Nereida, intentando abrir la trampilla.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? Aunque Ellis consiga apagar la matriz, no hay manera de escapar de esto —preguntó Sura.

Entonces lo entendió.

Los alphas que estaban dentro del edificio eran prototipos de prueba que no estaban conectados a la matriz. Aunque Ellis alcanzara a desconectarla, esas bestias no les ofrecerían tregua. Siri había intentado decirle a Jacin el peligro que implicaba dejarlos sueltos, pero él había decidido ignorarla.

—¿Puedes registrar el túnel y ver hacia dónde lleva? Tiene que haber un conducto que dé al exterior del edificio —sugirió Nereida.

La duda brilló en los ojos de Sura, que tardó un poco en asentir.

—Buena suerte.

CAPÍTULO 46

GRACE

La rejilla del conducto cayó al suelo y Nereida apareció junto al dispositivo de conexión en el que trabajaba su padre. Grace ni siquiera tuvo tiempo de experimentar una leve sensación de alivio porque no parecía que la barricada fuese a aguantar mucho más. Kenneth, Tiberio e Imora habían apilado las sillas, las barras y los restos que quedaban de la puerta, y mantenían a los alphas fuera de la sala. Pero no podrían contenerlos mucho más.

Nereida no dudó en ponerse en pie, pero, antes de alcanzar a Tiberio y los demás, se fijó en el hombre desarmado y atado en una esquina:

—¿Y ese? —preguntó.

—Uno de los hombres de Jacin —espetó Grace, y con el dedo señaló a la mujer y a Travis, muertos en la otra esquina.

Aquella explicación hizo que Nereida arrugara el entrecejo y la mirara desconcertada. Grace se dio cuenta de que la asesina parecía esperar una explicación, pero ella no tenía tiempo para sacarla de su estupor. Kenneth le hizo un gesto al que Nereida respondió acercándose hasta ellos.

—Llegas un poco tarde —apremió Tiberio al verla.

Nereida renqueó y Grace se fijó en las manchas de sangre del pantalón.

—He tenido que ver cómo cinco alphas mataban a una treintena de personas. Además, no he encontrado a Lucy —repuso Nereida con amargura, y se acercó para ayudar a sostener la barricada, que

parecía a punto de venirse abajo—. Además, si tenemos en cuenta que aquí la amiga me drogó, casi puedes considerar un designio divino que haya entrado al maldito edificio.

La sorpresa en el rostro de Tiberio incomodó a Grace, que no veía la necesidad de lanzar pullas en semejante situación.

—Ya habrá tiempo para aclarar las cosas —replicó esta con los labios tensos.

Las cejas de Nereida se alzaron y una ligera sonrisa se esbozó en sus labios. Un gesto tan llano y simple que no debería haber acelerado el corazón de Grace de esa manera.

—Pues sí, supongo que ya habrá tiempo para que me supliques perdón.

—¿Podéis callaros las dos? —exigió Imora, cuyas manos se mantenían firmes sobre la barricada. El sudor le perlaba el rostro y, por la mueca de sus labios, Grace era capaz de leer el cansancio que la asolaba—. Si necesitáis aliviar tensión sexual, os recomiendo que os calléis y os deis un buen morreo. No pienso morir en este lugar por la incompetencia de dos idiotas que se niegan a admitir que se gustan.

Los dedos de Grace se crisparon. Planeaba decir algo, pero el rugido ensordecedor de un alpha le recordó que tener la última palabra no era la prioridad.

A su espalda, Ellis continuaba inclinado sobre la pantalla del ordenador con el rostro contorsionado en una mueca extraña. El sudor le caía sobre los ojos oscuros y los dedos se movían afanosos sobre el teclado mientras sus labios se abrían y cerraban dejando escapar el aliento.

—¿Falta mucho?

—Diez minutos, al menos —gritó Ellis, y Nereida la miró con gravedad.

—Esto no va a aguantar tanto tiempo…

El rugido de los alphas volvió a inundar la habitación, apagando el eco de la voz de Nereida, que apretó los dientes cuando una nueva embestida hizo que la barricada se tambaleara.

—¿Cómo se supone que vamos a salir de aquí?

La pregunta provenía de Imora.

—Me da la sensación de que estaremos atrapados incluso aunque Ellis consiga apagar la matriz —reflexionó Tiberio, que se hundió un poco hacia atrás y apartó la mirada con desgana.

—Saldremos por los conductos —apremió la asesina, apretando los dientes—. De todos modos, es evidente que, aunque se desconecte la matriz, estos alphas han sido controlados de otra manera.

—Tiene razón. Sus discos de control están conectados a una memoria colectiva que maneja Jacin y a la que no tengo acceso —replicó Ellis sin levantar la vista de la pantalla—. Es el primer artefacto que crearon, pero no les servía más que para un número muy limitado de discos, por eso necesitaban la matriz. Aunque consiga apagar esto, esos alphas no dejarán de ser violentos.

A Grace no le gustó aquella idea. Estaba a punto de abrir la boca para protestar cuando una de las sillas salió volando ante una nueva embestida. Otro par más salieron disparadas contra la pared y esta vez Grace percibió la desesperación de todos en la sala.

Estaba a punto de gritar cuando una explosión los lanzó por el aire e hizo que Grace cayera de espaldas contra la pared del fondo. Luego llegaron los disparos, que volaban sobre ellos como una ráfaga violenta imposible de detener.

Los gritos de Tiberio asustaron tanto a Grace que le tomó un instante levantar los ojos y ver que a su amigo le faltaba un brazo y que todo a su alrededor estaba cubierto de sangre.

El estómago se le encogió dentro del cuerpo.

—¡Cuidado!

El grito de Kenneth la alertó justo en el momento en el que Siri entró corriendo como una loca en la sala. La asesina levantó las armas y otro estallido hizo crujir el suelo bajo sus pies. En un instante, una de las columnas se desplomó sobre el suelo, destrozando parte de la pared junto a la puerta y esparciendo fragmentos de hierro y polvo por el aire.

Imora gateó hacia Grace con una expresión de dolor en el rostro. Tenía un corte irregular a lo largo de la frente y un río de sangre le caía sobre el mentón, pero al menos conservaba todas las partes de su cuerpo.

—¡¡Tiberio!! —llamó Grace, pero el chico apenas la miraba. Tenía los ojos vidriosos. El agujero en el que debía estar su brazo era tan espantoso que a duras penas consiguió no perder la consciencia—. Por favor…

No acabó la frase. Estaba aturdida y las náuseas le subían por la garganta. Se sentía completamente paralizada.

Entonces Tiberio soltó otro chillido y a Grace le pareció que decía algo, que las comisuras de sus labios temblaban ligeramente en un sonido estrangulado que ella no alcanzó a escuchar. Solo podía pensar en que su compañero acababa de perder el brazo, en que estaban rodeados y en que no dudarían en matarlos.

—Estoy contigo, ¡mírame! —gritó Kenneth, que acababa de llegar junto a Tiberio—. Te haré un torniquete y todo estará bien, ¿de acuerdo?

Pero nada lo estaba. Grace se quedó lívida, demasiado consciente de que no existía ninguna fuerza capaz de detener aquella locura.

Grace levantó la cabeza y miró a Ellis, pero el horror en su expresión la sacudió. La chatarrera parpadeó con fuerza devanándose la mente en busca de alguna alternativa que pudiese sacarlos de aquella situación, pero no se le ocurría ningún plan.

Imora la había alcanzado y sus dedos sujetaron con fuerza los de Grace, que se asió a ellos como una náufraga en medio de la tempestad. De pronto, volvía a ser una niña que se ahogaba. Veía a su madre perderse en un mar negro, la veía gritar en medio de la lluvia.

Otra explosión la devolvió al presente. Grace sacudió la cabeza y se aferró a la realidad sin poder controlar el temblor de su cuerpo, la furia abrasadora que le subía hasta la garganta. Trató de incorporarse, pero una bala le alcanzó el brazo. Se desplomó,

doblada por el dolor, con la mano sobre la herida, notando cómo la sangre le empapaba la ropa.

—Menuda fiestecita os habéis montado aquí.

Algo en la voz de Siri hizo que Grace mirara en derredor, y no se sorprendió al ver que la sala comenzaba a llenarse de asesinos que levantaban los cañones con gesto amenazador. Las voces murmuraron su conformidad, o tal vez eran los oídos de Grace, que continuaban demasiado aletargados para dar algún sentido a la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Se inclinó un poco hacia adelante y su mirada evaluó el pasillo en busca de los alphas que instantes antes les estaban atacando.

Pero solo encontró los restos calcinados de las bestias, sus extremidades yacentes sobre el polvo y el humo que se alzaba en forma de columnas en el pasillo

—Habéis explotado el pasillo con vuestras propias criaturas allí —musitó Grace, confusa.

Los labios de Siri se alzaron y la miró con indiferencia:

—Y pensar que Jacin creía que Nereida obedecería solo por tener a una cría en su poder —continuó Siri, deslizándose entre la densa humareda que se colaba a través de la puerta. Entonces, se dirigió a Ellis—. Más te vale que dejes eso de una vez.

Este levantó el rostro crispado cuando uno de los asesinos acercó un bláster a su cuello. En sus ojos titiló el pánico y Grace supo que la matriz seguía conectada.

—Tú y yo hemos vivido muchas cosas juntas —dijo, girándose hacia Nereida, que la observaba con asco—. Pero nunca creí que llegaría el día en el que podría demostrar de una vez por todas que eres débil y que lo único que te ha hecho formar parte de la Hermandad es ser la bastarda de un emperador en decadencia que murió como el cerdo que era. —La voz de Siri era serena.

—Por supuesto. Porque tú no has tenido las facilidades que conlleva ser la hija del dueño de la megacorporación más importante de Ynsgard, ¡¿no?! —gritó Nereida—. Nunca has tenido que

esconderte como hice yo, tampoco has tenido que luchar más de lo necesario.

Las comisuras de los labios de Siri apenas se elevaron un milímetro; no parecía incómoda por la acusación que acababan de hacerle. Se acercó en silencio hasta Nereida, que se mantenía contra la pared con el cabello rubio enmarcándole el rostro pálido. En la mejilla izquierda tenía una mancha negra, probablemente un cardenal que empezaba a oscurecerse y que le otorgaba un aire temible.

—Nunca hemos sido iguales y nunca lo seremos.

Siri se acercó lo suficiente a Nereida como para escupirle al rostro, pero en ese momento la hermana de la emperatriz fue más rápida. Se precipitó sobre ella y la arrojó al suelo. Siri forcejeó y pegó un puñetazo en el estómago a Nereida, que se dobló sobre sí misma.

—¡Lo haré yo! —gritó Siri al ver que uno de sus compañeros se acercaba con un bláster para matar a Nereida—. Me corresponde por derecho.

—Los tratas como si fueran tus lacayos —espetó Nereida.

—Son fieles a mí, perros movidos por el dinero, la ambición…

—El dinero de Pegasus, no el tuyo.

La afrenta hizo que Siri soltara una carcajada sonora. Grace la observaba pasmada por su falta de humanidad, por esa nauseabunda ingratitud tan característica de quienes lo poseían todo.

—De mi padre, sí, pero también de Jacin.

Una punzada de miedo sacudió a Grace, cuyos ojos se mantenían fijos en Nereida. En la expresión de dolor en su rostro.

—¿Dónde ha quedado el código de los asesinos?

—La vida no es justa, Nereida —soltó Siri, y sus ojos se oscurecieron de placer, como si estuviese anticipándose a aquello que tanto deseaba y por fin obtenía. Guardó silencio y la rodeó como un gato que juega con su presa—. Y el código de los asesinos no es más que una patraña absurda que me importa un pimiento.

Nereida se incorporó y Grace se fijó en la sangre acumulada bajo su pie. La herida de la pierna la obligaba a mantenerse apoyada en la pared. Cuando Siri levantó el bláster directo al rostro de Nereida, Grace apretó los dientes con rabia.

Pero, en su afán por recrearse, no disparó, así que Nereida tuvo tiempo de abalanzarse sobre ella y arrebatarle el arma. Aquello puso en marcha a los demás. Grace miró atónita cómo Imora se arrojaba sobre uno de los asesinos y le arrancaba un bláster de las manos para dispararle directamente al pecho. Kenneth apartó a Tiberio y disparó también a dos de los asesinos.

El fuego cruzado casi alcanzó a Grace, que apenas consiguió esquivar un disparo que iba directo a su pecho. Se agachó y se movió por puro instinto, vio el bláster de Travis en el suelo y lo cogió sin pensar.

Nereida forcejeaba con Siri. Era una lucha cuerpo a cuerpo que Grace apenas podía seguir.

Entonces uno de los asesinos se arrojó sobre Grace; ella accionó el bláster y le disparó en el brazo. El hombre se quedó quieto, descolocado. Ella volvió a disparar y, con el estómago encogido, vio la mancha roja en el pecho del hombre antes de que este se derrumbara.

Un rugido animal desgarró la garganta de Siri y atrajo la atención de Grace, que contuvo el aliento. Nereida lanzó un puñetazo a la nariz de su excompañera y luego se agachó. Kenneth soltó un silbido y, con una puntería sublime, arrojó un cuchillo que Nereida cogió por el mango y levantó en un gesto amenazador.

—No quiero matarte, Siri —murmuró Nereida con la voz entrecortada.

Siri se acercó un poco y, con una mano, le indicó que atacara.

—No tendrás que hacerlo —respondió mientras sacaba uno de sus cuchillos. Entonces arremetió contra Nereida, que a duras penas logró esquivar la estocada—. Me encargaré de ahorrarte el trabajo y luego desollaré vivos a tus amigos, uno a uno. Empezando por la chatarrera y terminando por la víbora de tu hermana.

Grace notó el miedo subiéndole por la espalda; implacable, brutal.

Otra embestida obligó a Nereida a retroceder y, en un movimiento rápido, deslizó el cuchillo hacia Siri. Un giro perfecto, bien ejecutado, que dejó sin aliento a todos los que estaban en la sala.

Nereida gritó. Fue un sonido cargado de dolor, de determinación.

Y el cuchillo atravesó el pecho de Siri.

CAPÍTULO 47

NEREIDA

—Lo siento —susurró Nereida, sujetando a Siri por los hombros y acomodándola suavemente sobre el suelo en el que exhaló su último aliento.

Mientras hablaba, le lloraban los ojos, y sentía un dolor punzante en el pecho, cerca del corazón.

Se tragó las lágrimas y contuvo una maldición al darse cuenta de que, aunque el resto de asesinos habían dejado de luchar y las estaban mirando, mantenían las armas levantadas. Estaban dispuestos a usarlas. Nereida lo veía en sus músculos tensos, en sus piernas preparadas para saltar, en las dudas prendidas en sus ojos, que fueron una puñalada contra su estómago.

—Si tengo que matar a cada uno de los que fueron mis compañeros, lo haré —soltó, dolida y un poco asustada ante el miedo que le producía cumplir con aquellas palabras—. Pero que sepáis que, si deponéis las armas, me dejaré la piel en defenderos, me encargaré de recuperar los principios que una vez unieron a la Hermandad de Asesinos.

Las palabras se le escaparon de los labios y en el rostro de Grace atisbó algo parecido al orgullo.

Nereida se apartó del cuerpo de Siri y, con una voluntad férrea, soltó:

—Soy la hermana de la emperatriz y os prometo que, si me sois leales, garantizaré vuestra libertad. —Su voz sonó dura y ella mantuvo la cabeza en alto—. No existe posibilidad de que salgáis de

esta. No con todas las fuerzas del imperio buscando rescatar a la heredera. Pero todavía podéis dejar a Jacin y demostrar vuestra lealtad a Zarina si sacamos a su hija de este lugar. Podréis volver a vuestros hogares, con vuestras familias…

Le pareció que la promesa sonaba hueca en sus labios, pero, para su sorpresa, la incertidumbre que reinaba en el edificio era suficiente como para ablandar a los asesinos.

El silencio los envolvió y, durante unos segundos interminables, ninguno dijo nada.

—Yo no quiero acabar como ella —susurró uno de los que se mantenía junto a la puerta, y arrojó el cuchillo al suelo con el rostro desencajado por el terror—. No puedo más.

El resto de asesinos se miraron y Nereida notó una opresión en el pecho que le impedía respirar con normalidad. La mayoría veían el cuerpo de Siri con algo parecido al miedo y ella casi podía entender lo que pasaba por sus cabezas. La mejor asesina de la Hermandad acababa de morir, estaban rodeados y nada les garantizaba salir ilesos de aquella situación.

—Yo tampoco…

La voz que había hablado temblaba lo suficiente como para terminar de convencer a sus compañeros. En ese momento, se miraron en silencio buscando el apoyo mutuo y, finalmente, asintieron. Algunos con mayor recelo, otros con una convicción que ablandó el duro corazón de la asesina.

Nereida soltó un suspiro y miró a Tiberio con inquietud.

—¿Puedes detener la hemorragia? —preguntó a Kenneth, que trabajaba en el muñón de Tiberio. Aquella herida no tenía buena pinta y Nereida no podía ni imaginar el dolor que sentía.

—Estoy en ello —soltó su compañero, cuyos dedos improvisaban con la camisa empapada de sangre—. ¿Sabéis si hay un botiquín?

Tiberio yacía tumbado de medio lado y, por el temblor de sus parpados, parecía al borde de la inconsciencia.

—Aquí. —Uno de los hombres de Jacin retrocedió hasta el mueble lateral a la entrada y, entre los escombros, sacó una cajita de

metal—. No queda mucho, pero hay analgésicos y…

Imora se puso en movimiento y cogió los suministros para acercarse a Tiberio.

Nereida guardó silencio y repasó mentalmente los acontecimientos mientras se movía a través de los despojos de la sala. Los asesinos parecían medir sus opciones en una quietud demasiado tensa como para resultar natural. Nereida sintió un escalofrío, dio un paso al frente, desvió la mirada del cadáver de Siri e hizo una mueca a un tembloroso Ellis, que volvió a centrarse en el ordenador.

—¿Quedan alphas en el edificio? —preguntó entonces a un joven de pelo oscuro que estaba apoyado contra la pared sin quitar los ojos de encima al cuerpo de Siri.

El chico tardó en reaccionar.

—Puede que en la planta inferior haya tres, y arriba, un par. No… no estoy seguro —titubeó—. Los hemos matado a casi todos con las explosiones del pasillo.

A Nereida aquella respuesta la puso nerviosa; no le gustaba saber que el peligro rondaba tan cerca. Con todo, intentó asentir y fingir tranquilidad. Sacaría a sus compañeros de allí; acababa de hacer una promesa y la cumpliría, aunque fuera lo último que hiciese.

En ese momento, un crujido atrajo su atención y Sura apareció por la rejilla del conducto. Se dejó caer con el pelo salpicado de polvo y una mueca de absoluto cansancio.

—Podemos salir —anunció, jadeando—. Poco más de cinco minutos de trayecto hasta el exterior. Hay una placa suelta que podemos mover.

—¿Has visto a alguien fuera?

Sura asintió.

—A lo lejos hay al menos cinco planeadores. Pero no me acerqué lo suficiente como para ver nada más. Quería deciros que podemos largarnos en cuanto desconecten la matriz.

La esperanza se extendió por el cuerpo de Nereida, que por fin atisbaba una posibilidad, e indicó a todos sus compañeros que

cogiesen todas las armas que pudiesen mientras ella se agachaba junto a Siri y le quitaba dos cuchillos. Se los guardó y registró el resto de la sala reuniendo todas las armas y explosivos que había.

Una de las asesinas se acercó hasta ella y señaló dos granadas que llevaba colgadas en el cinto, esferas retráctiles increíblemente peligrosas y potentes:

—¿De verdad puedes hacerlo? ¿Puedes conseguirnos la amnistía?

La pregunta, formulada en apenas un susurro, obligó a Nereida a fijarse en aquella mujer fornida que se encontraba a dos pasos de distancia del cuerpo sin vida de Siri. El rostro pálido de su excompañera le revolvió las entrañas y los ojos de Nereida vagaron hasta Grace, que asintió en medio de las miradas inquisitivas de los demás.

—Por supuesto. Necesitaré las armas, los explosivos, pero os prometo que la ciudad estará en deuda con vosotros —mintió—. Zarina es mi hermana y…

La frase fue interrumpida por el disparo de un rifle, que congeló el tiempo y provocó un silencio aterrador. La sangre en sus venas bombeó con fuerza y, al principio, le costó ser consciente de lo que ocurría.

Presas del pánico, todos en la sala corrieron a ocultarse, a protegerse de los proyectiles.

Pero Nereida se quedó donde estaba, sentía que el corazón se le había detenido. Exhaló abruptamente mientras los gritos llenaban el aire y se apartó de la puerta. No supo si el movimiento había sido un acto reflejo o si alguien había tirado de su brazo para arrastrarla a la seguridad de una columna a la que pegó la espalda. La ráfaga fugaz de disparos solo duró un instante, pero disipó todas las posibilidades de escapar.

—¡Voy a darte una última oportunidad de morir con dignidad! —gritó Jacin, y Nereida asomó el rostro para ver cómo la mirada del hombre caía sobre sus adeptos con desdén. Dos matones lo acompañaban con las armas en alto.

Nereida apretó los labios e inspiró con fuerza al ver que Jacin empujaba delante de sí a Lucy.

La mano de Jacin apretaba con fuerza la nuca de la niña y la obligaba a mantenerse cerca de él, pero algo no iba bien. Lucy tenía las manos atadas, pero además le costaba mantener los ojos abiertos y la cabeza erguida, como si apenas le quedasen fuerzas en el cuerpo, como si estuviese herida.

—Ay, Nereida, qué poquito te importa esta pobre cría indefensa.

Aquellas palabras la dejaron paralizada.

—Te daré la oportunidad que no les ofreciste a tus compañeros; Siri, Claudio, Vania… —Jacin enumeró los nombres con cierto placer y a ella le entraron náuseas—. Cuando te eché de la Hermandad no imaginaba que tus dotes de asesina fueran a florecer de esta manera. Has dejado un río de cadáveres a tu paso. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y Jacin se acercó un poco más, sin que la sonrisa flaqueara en sus labios—. Siempre te gustó asesinar, Nereida —continuó él, esta vez más cerca, y ella notó que Grace retrocedía hasta la esquina donde estaba Ellis. Su rostro era una máscara de terror, a la espera de lo que estaba por ocurrir—. Disfrutabas de nuestra aprobación. Empuñar armas te proporcionaba placer.

Jacin decía la verdad y aquello la irritó. Ella había sido una máquina mortal usada por otros, y esa repentina y devastadora verdad le recordó el miedo que tenía a perderse, a olvidar lo que era, a sucumbir a la sed de cumplir con el deber sin cuestionarse los medios.

Levantó la mano y miró los anillos de plata y acero que le mordían los nudillos. Uno por cada año en la Academia. Cada uno le recordaban su fuerza, su voluntad.

¿Podía realmente desligarse de la persona que había sido? ¿Dejarían de acosarla las pesadillas o simplemente aprendería a convivir con ellas?

Nereida tenía claro ahora cuál era su papel en aquella batalla; sin embargo, Jacin parecía leer las dudas y los miedos que se condensaban en sus pensamientos.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Grace se revolvía nerviosa junto a su padre y le arrojaba una mirada de puro desconsuelo. Luego se fijó en las expresiones de Imora y de Sura, y se dio cuenta de todo lo que habían perdido en el camino.

Comprendió lo que aquellas miradas silenciosas significaban. No existía posibilidad de escapar de la sede de Sisne. No salvarían a Ynsgard. Y eso le dolió más que la idea de morir allí. No volvería a escuchar la risa de Grace, no vería de nuevo la cara embelesada de Kenneth cuando admiraba a Tiberio.

—Jacin, basta —musitó, saliendo de detrás de la columna para enfrentarse a su ineludible destino.

El asesino, que parecía casi tan agotado como ella, emitió una risita cortante y apretó a la niña contra su pecho. Lucy dejó escapar un sollozo de horror.

—Reconozco que a veces soy demasiado crédulo —murmuró Jacin—. Me gustaría decir que lo siento mucho por él, pero ya ha cumplido su propósito.

Entonces, el mundo de Nereida se volvió una mancha negra. Se escuchó un disparo, pero no era para ella. Apenas tuvo tiempo para pestañear, para comprender lo que estaba ocurriendo. La bala silbó cerca de su oreja y, a través de las sombras de la sala, vio cómo alcanzaba a Ellis.

Una sacudida violenta. Unas gotas de sangre que ahogaron la voz del chatarrero.

Ella no pudo moverse.

—¡No! —Kenneth gritó y el mundo se deshizo bajo los sollozos de Grace, que se arrodilló junto a su padre. La chatarrera apretó la mandíbula mientras sus dedos presionaban la herida en el pecho de su padre.

Con las piernas temblando, Nereida corrió a su lado. Parecía que el corazón iba a salírsele del pecho.

Sentía los ojos de los asesinos sobre ella, las miradas de sus amigos, el miedo de cada uno en la piel.

Los gritos de Grace agrietaron su voluntad.

Ellis estaba muerto.

Grace se aferró al cuerpo de su padre, desesperada. La imagen destrozó a Nereida.

—Grace —dijo, y se arrodilló a su lado—. Grace…

Pero Grace estaba rota.

La sangre le manchaba las manos y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—No, no. —Sacudió el cuerpo de su padre, siguió presionando la herida como si no fuese ya demasiado tarde—. Despierta, por favor.

Jacin carraspeó.

—Está muerto, y tú le seguirás al infierno. No hay otra manera de acabar con esto. Es una pena, pero, en vista de que no tenemos muchas posibilidades de salir de aquí… —Hizo una pausa y acarició la cabeza de la niña con un gesto tan delicado que el corazón saltó con fuerza en el pecho de Nereida—. Bueno, la utilizaré como moneda de cambio. Justo lo que ofrecías a esta panda de cobardes.

La acusación arrojó sombras de vergüenza sobre los asesinos que minutos antes habían negociado con ella.

—Una lástima —murmuró Jacin, acercando el pie al cuerpo de Siri—. Era dura, leal, pero demasiado confiada. Odio a la gente tan pagada de sí misma que no puede anticipar el golpe enemigo.

Un murmullo colectivo obligó a Jacin a entornar los ojos, y de pronto se giró hacia los traidores que acababan de aceptar el trato de Nereida y disparó a dos de ellos en el pecho. Cuando iba a disparar a un tercero, Kenneth se arrojó sobre él con un cuchillo.

Nereida retrocedió con lentitud y miró la holopantalla en la que Ellis trabajaba.

—¡Grace! —La sacudió por el hombro, desesperada, mientras Kenneth forcejeaba con Jacin—. Escúchame. Tienes que salir. Tienes que volver. Por Ania.

Jacin disparó dos veces más, pero no consiguió dar a Kenneth, que se aferraba a él con fuerza hasta que los matones del asesino se lo quitaron de encima.

Grace no respondía, parecía paralizada, incapaz de dar un sentido a la escena que se desarrollaba delante de sus ojos.

—Grace —la llamó Nereida de nuevo cuando vio que Jacin recuperaba el control. El hombre disparó a otro de los asesinos traidores y acercó a Lucy hasta sí para volver a apuntarle directamente en la cabeza.

Nereida apretó la mano ensangrentada de Grace y la sacudió con fuerza

—Está muerto —susurró Grace con la voz áspera y los ojos vacíos.

Con un aguijonazo de culpa, Nereida se tragó el miedo, esquivó las dudas y tomó una decisión. No podían quedarse allí más tiempo; Jacin los mataría uno a uno si le daba la oportunidad.

Volvió a apretar la mano de Grace y la obligó a mirarla a los ojos.

—Puedes desactivarla. —Su voz se ahogó bajo otra ráfaga de disparos de Jacin.

Grace se sorbió la nariz.

No se negó, y aquello fue suficiente para Nereida. Con gestos mecánicos, de quien no sabe realmente lo que está haciendo, la chatarrera se apartó del cuerpo de su padre, se acercó al monitor y extendió la pantalla en la que Nereida alcanzó a ver los códigos en los que trabajaba.

Sin pensarlo, Nereida se alejó de Grace y corrió hacia Jacin. Evitó mirar a Kenneth y a Tiberio.

Gruñó con fuerza mientras se abalanzaba sobre el líder de la Hermandad, aprovechando que sus matones estaban ocupados con su amigo, y le lanzó un puñetazo que él esquivó sin siquiera soltar a la niña. El asesino disparó a Nereida, que esquivó la bala por los pelos, y, cuando esta se disponía a volver al ataque, empujó a Lucy a un lado y le asestó una patada en el pecho a la asesina.

Sus matones se desembarazaron de Kenneth y trataron de alcanzar a Nereida, pero Imora los interceptó. Disparó a uno y se arrojó sobre el otro mientras Nereida forcejeaba con Jacin.

La niña chilló aterrorizada y corrió hacia una esquina, lejos de Kenneth, de Grace, de Nereida.

—No voy a dejar que llegues a ella —escupió Jacin interponiéndose de nuevo entre la niña y Nereida.

El asesino asestó una puñalada en el hombro a Nereida, que gruñó ante el latigazo de dolor. La asesina, instintivamente, se apartó. El dolor de la pierna ya la ralentizaba más de lo que a ella le habría gustado y el del hombro solo empeoraba las cosas.

Jacin esbozó una sonrisa y aprovechó el instante en el que el dolor le nubló el juicio a Nereida para golpearle la mandíbula con la culata del bláster.

El corazón de Nereida bombeó con fuerza. Una oleada de cansancio le sacudió las piernas cuando se abalanzó sobre Jacin y no fue capaz de mantener el equilibrio. En el suelo, apretó los dientes y permaneció arrodillada, jadeando.

—Te arrastraré conmigo al mismísimo infierno —gruñó Jacin, y la sujetó por el pelo para estamparle la cabeza contra el suelo.

Nereida gruñó. Sintió la sangre en los labios.

Estaba herida, cansada, y a duras penas podía respirar.

Con los ojos nublados, alzó la mirada y vio a Jacin acercando el arma a su pecho. No pensó, ni siquiera sabía lo que hacía. Rodó sobre las baldosas y, nerviosa, se acercó al cuerpo de Siri. El cuchillo con el que la había la matado todavía estaba clavado en él, pero no dudó en cogerlo.

Lo arrojó hacia Jacin y, un segundo antes de que se clavara en el cuello de este, dos disparos rasgaron el aire.

Jacin abrió mucho los ojos en un último gesto de sorpresa y la sangre le resbaló por el mentón antes de caer, muerto.

Un segundo después, Nereida cayó de rodillas.

—No vuelvas a pensar que tienes algún tipo de control sobre mí —espetó, agotada y con un vacío inmenso en el estómago.

Apenas escuchó a sus compañeros exhalar. Apenas notó cómo Kenneth corría hasta ella y sujetaba su cuerpo antes de que se desplomara.

—Nereida.

La voz de Kenneth la obligó a dirigir su mirada hacia la niña en la esquina.

—Por favor, dime que está bien, dime que la he salvado.

Kenneth le acarició el pelo y asintió.

—Lucy está bien —le respondió—. Pero tú no.

Entonces ella bajó la mirada y comprobó que una mancha roja comenzaba a expandirse por su ropa.

CAPÍTULO 48

GRACE

—¡Por la Creadora! —exclamó Kenneth. Los dos matones de Jacin yacían en el suelo—. Traed algo con lo que pueda presionar la herida.

Los dedos de Kenneth sujetaron los brazos de Nereida, que se esforzó por incorporarse y fingir que no pasaba nada; no lo consiguió, a duras penas podía permanecer sentada. Sura corrió hacia ellos y apretó la herida con fuerza.

—Estoy… bien —murmuró.

Aunque intentaba parecer calmada, el dolor la traicionaba.

—No, no lo estás —aseguró Kenneth mientras intentaba cortar la hemorragia de la herida.

La realidad de la situación golpeó con violencia a Grace, que se quedó con los ojos abiertos y la mandíbula desencajada. Estaba mareada, confusa, vacía. No era capaz de procesar la cantidad de emociones que sentía. Una tristeza aguda comenzaba a llenarle los huesos y amenazaba con romperla.

El rugido de las explosiones en el exterior la anclaron al momento y, de manera inconsciente, arrojó una mirada de tristeza al cuerpo inerte de su padre como si este pudiese proporcionarle las respuestas que tanto necesitaba.

Enseguida la inundó el calor asfixiante de la pérdida, un calor que conocía bien y que le arañaba los pulmones cuando pensaba en sus madres. El llanto sacudió su cuerpo y la hizo caer de rodillas.

Entonces, notó cómo alguien la abrazaba y tardó un segundo en reconocer el aliento de Imora contra su cuello.

—Grace —los brazos de Imora la sostuvieron—. Necesitamos salir de aquí y solo tú puedes hacer esto. ¿Cuánto tiempo necesitas?

Grace la miró y se sintió pequeña, frágil e inútil. Como si saliese del trance, sacudió la cabeza y rebuscó las palabras en su interior:

—Ya casi está hecho —admitió mirando la holopantalla. Su padre había desactivado casi todos los códigos y una barra en la pestaña lateral marcaba el tiempo que tardaría la matriz en desactivarse del todo—. Pero tenemos que hacer algo más.

La tristeza subió por su garganta hasta casi ahogarla. Imora la observó con pesar y sujetó sus manos con fuerza.

—Le prometí a mi padre que no permitiría que nadie sacara los archivos de aquí. Que destruiría Sisne y todo lo que habían hecho —apuntó, con un ligero temblor—. No sabemos si es Zarina la que está fuera, o Mira, o la Resistencia, pero sea quien sea, no voy a dejar que se haga con el material que hay aquí.

Una sombra de preocupación cayó sobre el rostro de Imora, que, tras una breve pausa, asintió con solemnidad. Lo entendía. Aquello no solo significaba abandonar el edificio, también implicaba acabar de una vez con todo. Giró el cuerpo con autoridad y se dirigió a los asesinos que quedaban vivos y a sus compañeros, miró a la niña asustada en una esquina y sintió incluso más pena.

—Escuchadme todos —ordenó Imora—. Subid al conducto de ventilación y moveos hacia la salida que ha encontrado Sura. Dejad los explosivos aquí. Vamos a volarlo todo.

Había tal seguridad en su voz, tal urgencia en su rostro, que nadie la cuestionó. Todos asintieron. También los asesinos, que, en cuanto vieron una posibilidad de huir de allí sin consecuencias, de dejar atrás el horror, se abalanzaron en tropel hacia el conducto y se metieron en él.

—De acuerdo, después vamos nosotras —continuó Imora girándose hacia Grace, y ella pulsó el botón lateral en la holopantalla. Dos ventanas anexas se desplegaron ante sus ojos.

Podía sentir la electricidad que parpadeaba en sus huesos mientras los murmullos surcaban la sala y se elevaban como un coro indescifrable del que ella no podía formar parte. Contó mentalmente de tres en tres hasta que finalmente entró al cerebro del sistema. Intentó desactivar la seguridad, pero un cortafuegos la sacó de la matriz al instante.

—¡No! —gritó, y dio un puñetazo a la mesa, frustrada—. Mierda.

Se le agotaba el tiempo. Tenía que volver a intentarlo. Una vez dentro de la matriz, dispondría de pocos minutos antes de que el sistema se reiniciase. Si esto ocurría, era posible que todo el trabajo de su padre se perdiese, y ella no sabía cómo volver a empezar.

Se mordió el labio y desencriptó los códigos con metódica atención para evitar que el sistema volviese a expulsarla. Volvió a contar y, esta vez, presionó las teclas al mismo tiempo que el silencio comenzaba a llenarle la cabeza. Todo a su alrededor se ralentizó.

No oía nada.

Ni siquiera percibía el latido en su propio pecho mientras la matriz mandaba señales a cada una de las mentes a las que estaba asociada. No notaba el calor que se concentraba en el procesador, en los receptores que bullían enlazados a cientos de discos de control.

Y entonces lo vio. El código. Estaba delante de sus ojos, tan claro que resistió la tentación de gritar de puro alivio. Se mordió el labio hasta hacerse sangre y admiró el trabajo de su padre, todo lo que había hecho por salvar a la gente, y, antes de que pudiese buscar el interruptor, una nueva explosión sacudió el edificio, arrojando una nube de polvo sobre ellos. Nerviosa, levantó los ojos y con horror se dio cuenta de que las cosas volvían a complicarse.

—No puede ser —gruñó; la explosión no provenía del exterior. Era un alpha, una criatura alargada de aspecto reptiloide que accedía por el pasillo y golpeaba las paredes con una enorme cola astada.

Grace se mantuvo erguida y sus ojos oscuros buscaron los de Nereida, que ardían al otro lado de la sala. Sura y Kenneth cogieron

los blásteres y dispararon a la bestia, pero esta ni se inmutó.

—Las placas —gritó Nereida, y señaló los trozos metálicos que quedaban de la puerta—. Bloquead la entrada. Vamos, sacad a Lucy de aquí, ya.

Kenneth sujetó una de las placas e Imora lo imitó. Por encima de las puertas apostadas, Sura accionaba el arma. Los disparos cayeron sobre la criatura, que se sacudió violentamente hasta, por fin, desplomarse inmóvil.

La sangre palpitó contra las sienes de Grace. Se concentró en la holopantalla y forzó su mente a terminar lo que su padre estaba haciendo.

—¡¡Ya está!! —gritó con un júbilo tan grande que las manos le temblaron sobre el teclado y casi se echa a llorar—. Lo he hecho.

Imora se acercó hasta ella.

—Decidme que tenéis los explosivos.

Su amiga asintió y Grace desterró el miedo, pues ya no había vuelta atrás. Había detenido a los alphas. Había desconectado los discos. El alivio la sacudió cuando Imora señaló las municiones que les habían sobrado a los asesinos y que habían dejado sobre una mesa. Grace se acercó y tomó la esfera retráctil que Imora le daba. Era increíblemente ligera para tratarse de un arma tan poderosa, lo que le hizo sentirse diminuta.

«No eres insignificante. Acabas de salvar a Ynsgard, acabas de perderlo todo y salvar la vida de miles de personas», susurró una voz apagada en el fondo de su mente, una que, sin embargo, no arrojaba ningún consuelo a la tristeza que pesaba sobre sus párpados cuando miraba el cuerpo tendido de Ellis.

—Una vez la actives, tenemos menos de ocho minutos para salir del edificio —advirtió Kenneth al tiempo que sujetaba a Nereida y la ayudaba ponerse en pie.

Había tristeza en su voz, dolor.

—Bien —aceptó ella—. Entonces hay que ponerse en marcha.

Sura cargó con parte del peso de Tiberio y lo guio hacia el conducto, no sin antes pedirle a Lucy que la siguiera. La niña

obedeció. Se metió al conducto y siguió a Sura, que cargaba con parte del peso de Tiberio.

Nereida se dejó guiar por Kenneth, que había pasado su brazo por encima de los hombros y la ayudaba a moverse hasta el conducto. Al pasar por su lado, le apretó el hombro a Grace. Después, desapareció por el sistema de ventilación. Los demás la imitaron y, sin decir nada, la dejaron en aquel recóndito lugar del mundo en el que se suponía que su vida cambiaría para siempre. Imora se quedó allí, con ella.

«Pensar que viniste aquí solo a robar unos datos», se recordó no sin cierta amargura. Miró a su padre y, con la rabia agolpada en la base de la garganta, activó el botón de la bomba y la dejó caer con un fuerte chasquido. El suelo bajo sus pies volvió a temblar por una explosión del exterior y Grace se obligó a despedirse de su padre en el más absoluto de los silencios.

—Grace, vamos.

Era Imora que la llamaba, y, aunque Grace era consciente del poco tiempo que tenían para salir de allí, fue incapaz de dirigirse hacia el conducto. No sin antes acercarse a Ellis y acariciarle el rostro por última vez.

—Los demás están saliendo, por favor, Grace.

Pero ella la ignoró deliberadamente, a sabiendas del riesgo. Una parte de sí misma se resistía a abandonar a su padre allí. Estaba rota. Aquel bosque había destrozado un parte de su alma.

Apretó la mano inerte de su padre y las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Te quiero de aquí al sol —susurró tal y como él le decía antes de acostarse. Tal y como le había dicho aquel día después de la entrevista con Pegasus, en la cocina de su pequeño apartamento.

Entonces, como una autómata, se alejó y se metió al conducto, que en ese momento se tambaleó bajo un nuevo estallido.

—Quedan menos de siete minutos —le recordó Imora ya desde dentro.

Grace asintió y sus dedos se sujetaron al conducto para ganar impulso y alcanzar a su amiga.

El conducto era angosto y estaba húmedo. Avanzaron a gatas durante lo que le parecieron horas enteras. El eco de sus movimientos se confundió con el golpeteo furioso de su corazón y tuvo que consultar la pulsera para confirmar el tiempo que le quedaba.

—Ya casi estamos…

La voz de Imora se apagó bajo el estruendo del estallido y un fogonazo de luz cegó a Grace, que no tuvo tiempo de protegerse la cabeza. Cayó de boca y sus manos golpearon el metal del conducto antes de que las bases del edificio cedieran levantando una gigantesca nube de humo.

CAPÍTULO 49

NEREIDA

El ruido se alzó como una ola inmensa que golpeó a Nereida incluso en el estado de semiinconsciencia en el que se encontraba. Las sombras tras sus párpados titilaron y le costó un minuto distinguir las llamas que lamían los restos del edificio de Sisne.

Las manos que la sujetaban eran firmes e, incluso tras la explosión, no cedieron. Ni siquiera cuando ella intentó incorporarse y gritó buscando a Grace y a Lucy.

—¿Puedes quedarte quieta, por favor?

Era la voz cansada de Kenneth. No se dio por aludida, aquella pregunta no podía estar dirigida a ella.

En lugar de obedecer, Nereida levantó el rostro tanto como el dolor se lo permitía y, bajo las luces de la noche, contempló el horror y el alcance de sus acciones. Kenneth la llevaba a cuestas, y en su rostro salpicado por la sangre y las cenizas atisbó una tristeza espesa. En otras circunstancias, Nereida lo habría increpado por arrastrarla con esa violencia. Le habría reñido por hablarle con tanta gravedad. Por desgracia, no le quedaban fuerzas en el cuerpo para quejarse ante su situación. Atravesar el conducto había acabado con cualquier rastro de energía.

¿Cuándo fue la última vez que alguien había cargado con ella de esa manera?

Recordó a Grace arrastrándola por el tercer anillo la noche en que su vida había cambiado para siempre y los ojos se le llenaron de

lágrimas.

—¡Necesitamos una camilla y un médico! —chilló su amigo, y, antes de que ella pudiese comprender lo que ocurría, varias personas la sujetaron y la arrastraron hasta una camilla en la que ataron dos correas laterales para inmovilizarla.

Kenneth la soltó, pero los dedos de Nereida le apretaron la muñeca:

—¿Dónde está Lucy?

Kenneth se alejó un momento y al cabo de unos segundos volvió:

—Está bien. Sura ha pedido atención médica para ella.

La urgencia de su voz hizo que Nereida alzara la cabeza y la buscase entre las personas que rodeaban los restos de Sisne. Cinco faros enormes le permitieron ver varios planeadores y a los agentes que corrían a detener a los asesinos que trabajaban con Jacin. También le pareció ver equipos médicos que se movían con celeridad atendiendo a los heridos.

—Voy a inyectarte líquido paragénico y te llevaremos a un hospital —explicó una doctora que acababa de clavarle una jeringuilla en la vena de la muñeca. Nereida la cogió de la mano y sus ojos febriles impidieron que la mujer continuara hablando.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó con urgencia, y se dio cuenta de que la mujer no entendía lo que le decía—. ¡¡La emperatriz!! Quiero verla.

Un brillo de sorpresa prendió en los ojos de la mujer, que boqueó y rápidamente se libró de su agarre.

—La emperatriz fue relegada de sus funciones hace doce horas.

Nereida se quedó desconcertada, era incapaz de comprender el significado de aquella afirmación.

La doctora miró a Kenneth, que en ese instante hablaba con dos agentes, y luego dirigió una mirada de pena hacia ella. Nereida se sintió asqueada por la lástima con la que aquella mujer la miraba.

—Te daré analgésicos —le informó la médica con frialdad, y la rabia inundó el torrente sanguíneo de Nereida.

—No quiero calmantes —contestó negando con la cabeza—. Necesito hablar con mi hermana o cualquier persona que entienda la situación.

—Ten un poco de paciencia, por favor —le recomendó la doctora, y apretó su muñeca con un gesto amable—. Te subiré al planeador de enfermería y buscaré a alguien cuanto antes. Sé que estás confusa y quieres hablar, pero necesitas una transfusión de sangre urgentemente. Es un milagro que sigas consciente, siquiera.

Pero Nereida se sentía muy lúcida. Miró a su alrededor. La zona del bosque se encontraba acordonada y los agentes iban de un lado a otro. Llevaban personas esposadas mientras los médicos se desplegaban por toda el área atendiendo a los heridos.

Parpadeó sorprendida al ser plenamente consciente del caos que reinaba a su alrededor y, solo por una vez, aceptó que las respuestas que tanto necesitaba tendrían que esperar.

Se quedó tumbada en la camilla esperando y, entonces, un súbito movimiento a lo lejos llamó su atención. A más de veinte metros de distancia, oculto entre los árboles, se encontraba el que había sido su único objetivo cuando entró en el bosque: el alpha dominus.

Aquella criatura imponente se camuflaba con los árboles y permanecía al margen, estudiando la escena casi con curiosidad. Le parecía absurdo, casi imposible, que nadie más se fijase en él, pero los guardias, los médicos y los supervivientes estaban atentos al edificio que se quemaba.

El espíritu de Nereida se llenó de un alivio inmenso al ver que no intimidaban al alpha, que este parecía tranquilo, como si, por fin, después de todo, la pesadilla hubiera acabado también para él. Y entonces la criatura se giró y se perdió en la espesura del bosque, y Nereida estuvo segura de que aquellos ojos dorados se habían clavado en los suyos antes de desaparecer.

—Vamos a llevarte al planeador —dijo la doctora volviendo a su lado.

—El alpha. —Nereida señaló el bosque, y los ojos aterrados de la mujer miraron a los árboles, pero un segundo después sus hombros

se destensaron. La propia Nereida se dio cuenta de que ya no podía ver a la criatura.

—No hay nada, cielo —la tranquilizó—. Ya puedes descansar, estás a salvo.

Al poco, la subieron al planeador y dos doctoras de expresiones afables la acompañaron y se afanaron en realizarle pruebas. Primero un tac, unas radiografías y, por supuesto, una transfusión. Nereida no hizo preguntas, no compartió más que dos frases sueltas a las que las mujeres respondieron con educación y un poco de frialdad. Se pasaron horas haciendo prueba tras prueba. Cuando terminaron de atenderla, le aseguraron que se pondría bien, al menos lo suficiente como para recuperar casi toda la movilidad del brazo una vez que soldase el hueso y los tejidos sanaran.

Finalmente la dejaron sola en el estrecho planeador para que pudiese descansar. Pese a la cantidad de analgésicos que tenía en el cuerpo, Nereida no se veía capaz de dormir. Su cabeza bullía de actividad y le parecía imposible quedarse tranquila y conciliar el sueño. El silencio comenzaba a abrumarla, así que encendió una de las pantallas que había en esa parte del planeador. Las imágenes mostraban a Zarina junto a un titular amarillista que la culpaba del desastre de Sisne. Un reportero de aspecto elegante y rostro serio alegaba que la emperatriz era responsable de lo ocurrido y que la Cacería solo había intentado ocultar el desliz de Sisne al dejar que el mundo viese al alpha. También hablaban de juicios y encarcelamientos, pero, en ese punto, Nereida dejó de escucharlo.

Alargó la mano y, con un suspiro, apagó la pantalla; no necesitaba saber más. Los próximos días, los medios y las redes estarían desbordadas de imágenes de los alphas atacando los pueblos del norte y otras ciudades.

Ni siquiera estaba segura de cómo le afectaría todo lo que acababa de vivir, y tampoco se sentía preparada para enfrentar las consecuencias de forma inmediata. No sin antes asimilar lo que había ocurrido.

Resultaba evidente que salía del bosque siendo una mujer diferente. Algo dentro de ella había cambiado de manera irremediable. Algo se había roto y vuelto a soldar, demostrándole que era mucho más que blásteres y cuchillos, que el valor de su trabajo, que la aprobación de los demás.

«Grace», pensó al instante, y se preguntó cómo estaría lidiando con el duelo, con las heridas visibles y las que llevaba por dentro.

Nereida sabía que aquel cambio en ella no se debía solo a Grace, aunque de alguna desafortunada manera tenía que asumir que sus sentimientos hacia la chatarrera eran tan fuertes e irrefrenables que necesitaba aprender a controlarlos.

En realidad, ahora se daba cuenta de que lo que realmente la definía era el conjunto de personas con las que había compartido su vida.

Apretó las manos sobre la camilla y se rascó las costras que comenzaban a formársele en las muñecas. Heridas de guerra, heridas de otra vida.

A su espalda, la puerta se abrió y alguien se aclaró la garganta sobresaltándola. Nereida tuvo el tiempo justo para girarse y encontrarse con el rostro serio de Kenneth.

—¿Cómo está Tiberio?

Casi le sorprendió que su primera pregunta fuese sobre el novio de su amigo. En los ojos amables de Kenneth vio agradecimiento.

—Bien —admitió, con una desgana que tenía mucho que ver con el agotamiento de las últimas horas. Se sentó a su lado en la camilla—. Se lo han llevado a un hospital del segundo anillo, igual que a tu sobrina.

Nereida se permitió asimilar la información.

—Me alegra saber que, al menos, los hemos sacado del edificio. —Kenneth se estremeció a su lado—. ¿Tú estás bien?

Él asintió con poca convicción.

—Supongo que sí, o al menos lo estaré. —Kenneth le pasó un brazo por encima de los hombros y ella se relajó bajo el peso cálido de su amigo. Olía al jabón con el que debía de haberse lavado un

poco la cara y las manos, aunque su ropa estaba hecha un desastre, llena de polvo, cenizas y sangre—. Creen que Zia ha muerto. —Intentó decirlo con suavidad, pero la frase le salió abrupta, casi con violencia—. Y Sura apenas ha podido hablar con su familia. A ella también la han trasladado ya a la ciudad. La están interrogando.

Para Nereida aquello fue como una bofetada. Habían perdido tanto que notaba un vacío desolador en el cuerpo.

—Grace —empezó a decir sin poder contener la emoción—. ¿Está… bien?

—Sí, se pondrá bien. Le están haciendo pruebas.

Ella asintió y una especie de alivio se instaló en su pecho. Le bastaba con saber que Grace estaba a salvo, viva.

Se quedó callada al acordarse del dolor en su voz, de las lágrimas que la habían sacudido cuando Ellis había muerto.

—Zarina ha sido…

—Destituida, sí —confirmó Kenneth—. Las megacorporaciones han decidido recurrir a la ley del veto. Un vacío legal que se creó hace más de ochenta años, antes del desastre de la multitecnología. Al parecer, ya el hecho de tener una figura imperial era visto como un peligro, y tras lo que ha ocurrido con Jacin… Bueno, digamos que Zarina ha de retirarse y exiliarse. Sus secretos han salido a la luz, y es evidente que ella sabía lo que tu padre y todos sus antepasados ocultaban. Supongo que reformarán la estructura política de Ynsgard. Algo por lo que ni tú ni yo debemos preocuparnos demasiado.

—Pero ¿su vida está en riesgo?

—No, Neri —aseguró él, dejando escapar un profundo suspiro—. Recibirá protección, simplemente sus funciones han cesado y, por lo tanto, sus privilegios también.

Se miraron durante un segundo. A Nereida le parecía extraño y maravilloso contemplar un mundo sin la figura de una emperatriz, sin el legado que todos sus antepasados habían luchado por mantener. Hubiese sentido lástima por su hermana, pero estaba

demasiado segura de que, después de todo, quizá aquello pudiese suponer un alivio para Zarina.

—Mi padre se hubiese vuelto loco al saber que su hija predilecta acabaría con un legado de cientos de años.

Eso arrancó una sonrisa a Kenneth, que no pudo más que darle la razón.

—¿Qué ha pasado con Hadi? —preguntó de repente, recordando al hombre que había traicionado a la emperatriz.

—Intentó escapar en cuanto las cosas se pusieron difíciles —explicó Kenneth—, pero lo pillaron. Le tocará cadena perpetua, probablemente.

Nereida se mordió el labio y el alivio le llenó los huesos. Sin Hadi y sin Jacin, esperaba que los crímenes de Sisne no volvieran a repetirse. No sabía qué ocurriría con el bosque, con los alphas, pero quería creer que tenían una nueva oportunidad de hacer las cosas bien, de que, en esa ocasión, no volverían a repetir los errores del pasado.

En silencio, Kenneth le apretó la mano con suavidad y sus pensamientos volvieron a la imagen de Grace con una mezcla de tristeza y añoranza. A sus ojos llenos de melancolía, de dolor ante la pérdida de Ellis. Sin querer, el corazón comenzó a latirle muy deprisa, desbocado. Hacía tan solo unos segundos creía que le bastaba con saber que Grace estaba viva, pero, de repente, necesitaba saber más.

—¿Crees que Grace me odia?

Si su amigo estaba sorprendido por la pregunta, no dio muestras de ello. Simplemente negó con la cabeza y se incorporó ligeramente sobre la camilla para mirarla a los ojos.

—No, pero creo que necesitará tiempo para sanar. Como todos.

Nereida asintió en silencio y se llevó una mano al pecho, como si con el gesto pudiese recomponer su corazón. ¿Sería posible que Grace la perdonara por todos sus errores? Esperaba que ese día llegara, pues no sabía cómo sería capaz de mirar al futuro sin tener

a su lado a la persona a la que quería y que tanto la había cambiado por dentro.

CAPÍTULO 50

GRACE

—Grace. —Los ojos de Imora se llenaron de lágrimas al verla.

Grace llevaba horas siendo atendida por médicos y enfermeros que le habían hecho pruebas, le habían dado analgésicos y, en los últimos treinta minutos, le habían obligado a responder a todas las preguntas que los guardias tenían para ella.

Ni siquiera le habían ofrecido espacio ni tiempo para intentar ordenar sus pensamientos. Simplemente se habían afanado en rebuscar en su miseria, en recomponer los acontecimientos como si ella fuese un objeto digno de estudio.

Por eso cuando Imora se acercó hasta ella y la estrechó en un abrazo cálido, Grace dejó que el llanto la sacudiera. Sus huesos se estremecieron bajo el dolor de la pérdida y los recuerdos la envolvieron con una sensación pegajosa que le impedía discernir si lo que había ocurrido era la realidad o una pesadilla.

Imora le echó una manta térmica sobre los hombros, le pasó un termo que Grace aceptó sin miramientos y se sentó a su lado en la camilla para observar los restos humeantes de Sisne.

—Es raro seguir aquí —admitió, y, durante unos segundos, las dos se quedaron en silencio.

—¿Y Nereida? —preguntó Grace, y dio un sorbito a la tila que Imora le había traído.

—Se la han llevado en un planeador —respondió Imora.

Grace obligó a sus labios a esbozar una sonrisa, pero por dentro volvió a sentir esa acumulación de abatimiento y vacío.

Quiso sentir odio; después de todo, era una sensación familiar a la que podía ceder con mayor facilidad que al dolor. Pero la oleada fría del sufrimiento, de la pérdida, era demasiado precisa como para que pudiese aferrarse a otro sentimiento que no fuese la tristeza.

No volvería a ver a su padre. No volvería a escuchar el traqueteo lento de su silla por el taller, no volvería a escuchar el sonido de su voz.

A Grace nunca le había resultado tan terriblemente agotadora la realidad. Tan gris, tan rota. Frunció los labios y contuvo el temblor de sus manos. Tenía la visión borrosa por las lágrimas y el corazón le martilleaba con violencia, amenazando con romperle las costillas.

—Al menos Nereida tiene un lugar al que regresar —pensó en voz alta—. Nosotras estamos en un punto muerto.

La boca de Imora se crispó. En sus ojos anidaban la duda, el cansancio y la frustración.

—No creo que eso sea cierto… —susurró, señalando la figura alta y erguida de una mujer a la que Grace reconoció enseguida.

Los ojos de Mira la estudiaron antes de acercarse y una sonrisa fugaz le iluminó el rostro salpicado de arrugas que hacía tan solo unos días no estaban allí. Parecía que había pasado una vida desde su última conversación.

—Grace —dijo la empresaria en cuanto estuvo frente a ella—. Me alegra saber que estás bien.

Por alguna razón, aquella frase le resultó irritante. Grace levantó los ojos hacia ella.

—No tengo nada para darle —musitó—. No extraje información de la base de datos.

El crujido de las ramas agitadas por el viento apagó sus últimas palabras.

—Has hecho mucho más que eso —replicó Mira.

La frase la golpeó, pero no por el significado, sino por el agradecimiento que se hacía evidente en su voz.

—¿A qué se refiere?

—Por favor, acompañadme —pidió Mira, y Grace se puso en pie—. El mundo ha cambiado. Lo que has hecho, lo que has conseguido demostrar en este bosque, nos permitirá construir un nuevo Ynsgard.

Por el rabillo del ojo, Grace comprobó que Imora las seguía a través del caminito salpicado de piedras en el que un grupo de médicos atendían a los heridos. Casi por inercia buscó el rostro de Nereida entre ellos, aunque Imora ya le había dicho que no la encontraría allí. De todas formas, ni siquiera sabía si sería capaz de mirarla a la cara y no sentir su traición, no ver su participación en la muerte de Ellis.

Mira las condujo hasta un planeador algo más grande de lo habitual, con ventanas oscuras, paredes revestidas de acero y una pequeña habitación con una cama plegable y un vestidor al fondo.

—Es mi planeador personal. Poneos cómodas —apuntó la mujer, tomando asiento en una butaca de cuero roja. Después, comenzó su relato—: Llevaba horas intentando llegar aquí, pero no pude hacerlo antes. Fue cuando los alphas que asediaban la ciudad empezaron a caer cuando ordené a las fuerzas de seguridad que se replegaran en la ciudad con unidades médicas para atender a los heridos. Solo entonces pude venir aquí. Supongo que tú fuiste la encargada de detener lo que estaba ocurriendo… desde dentro.

A Grace le gustó la fe que la mujer depositaba en ella, pero le parecía injusta. Se mordió el labio y contuvo un estremecimiento al pensar que la persona que realmente los había salvado ya no estaba entre ellos.

—¿Hay muchos muertos? —quiso saber.

—Miles —apuntó, frunciendo el ceño—. Pero podría haber sido mucho peor de no ser porque vuestra señal nos ayudó a prepararnos para la situación.

—¿A qué se refiere? —logró preguntar Grace, y enseguida se arrepintió.

—En cuanto recibimos la señal del EPS, nos dimos cuenta de que algo no iba bien. No teníamos noticias de la Hermandad, y los datos

a los que accedimos gracias a la señal que nos enviaste nos llevó hasta archivos secretos en los que encontramos información sobre ingeniería genética moderna. Pudimos conectar estos movimientos con los archivos robados de tu madre, con el proyecto que nos presentó en Pegasus hace años gracias a un mensaje que se coló en nuestro sistema. Y nos dimos cuenta de lo que iba a pasar con los alphas, de que su ataque era inminente. —Mira las observó con calma y sacó una pitillera del bolsillo junto con un mechero—. Intentamos refugiar a muchas personas en el segundo anillo y, gracias a eso, los daños no han sido catastróficos. La emperatriz ha caído; hace horas que la han retirado de sus funciones.

A Grace le costó asimilar sus palabras.

—Nuestra intención era evitar todo esto —admitió con la voz ronca—. No estaba segura de si recibirías la señal del EPS; también grabamos un vídeo, queríamos subirlo a la red negra, pero… —Las palabras se le resistieron—. No tuvimos oportunidad.

—Recibí la señal, Grace —explicó Mira con suavidad—. Pero alguien desde dentro de la sede mandó una alerta con los archivos robados de Kim.

—Fue mi padre —comprendió ella de repente. Ellis no solo había intentado desconectar la matriz, también había pedido ayuda.

—Sí —confirmó la mujer—. No sé cómo lo consiguió sin que nadie se diese cuenta, pero fue la pieza que nos ayudó a completar el puzle. Eso nos empujó a actuar y, aunque ha muerto mucha gente, hemos conseguido salvar a miles.

A Grace le llevó varios minutos procesar aquello. Después de todo, Ellis había conseguido salvar a todas esas personas.

—¿Qué pasará ahora?

—Habrá interrogatorios, juicios —sentenció Mira dando una calada al cigarrillo—. Los próximos días serán intensos y os necesitaremos para poner en orden las cosas. No será fácil, pero valdrá la pena.

Imora dio un paso adelante.

—¿Por qué nos patrocinaste a nosotras y también al equipo de Sura y Zia?

—Todas estabais desesperadas y teníais una conexión con el bosque —respondió Mira con absoluta indiferencia—. No me malentendáis, pero he sido práctica. A Zia y Sura la Resistencia no les hizo ningún caso, y yo sabía que ellas ya tenían nociones de cómo moverse dentro del bosque, por lo que podían acercarse a Sisne. Además, el relato del norte fue una pista importante para desenredar las intrigas de Jacin, así que decidí apostar por ellas. —Dio otra calada antes de continuar—: En tu caso, Grace, sospechaba desde el principio que tu madre era un hilo que te conectaba con lo que estaba pasando allí. Me había presentado varios prototipos de dispositivos de control para los alphas y me resultó demasiado sospechoso que muriese justo cuando los rumores del alpha dominus empezaron a aparecer en la red negra. Asumí que, si Sisne seguía operando y estaba utilizando los inventos de tu madre, tú reconocerías la tecnología y podrías acceder a esos archivos con más facilidad.

—Nos utilizó —soltó Grace de repente, enfadada con ella y con el mundo.

Mira ni se inmutó.

—He salvado Ynsgard con tu ayuda, así que no me arrepiento.

Imora se puso en pie y Grace tiró de su brazo, porque sabía que estaba a punto de estallar.

—Nos hemos jugado la vida, hemos perdido y… —La voz de Grace se rompió—. Necesitamos una garantía.

De repente, Grace se sintió expuesta, mareada.

—Créeme cuando te digo que quedaréis exentas de toda responsabilidad —apuntó la empresaria, aflojando el nudo en la garganta de Grace—. Me encargaré personalmente de que estéis a salvo.

Grace no recordaba haber necesitado tanto una señal de esperanza como en aquel momento. Grace tenía miedo de formular la pregunta que podía cambiarlo todo, de confirmar que la vida que

aguardaba fuera de aquel bosque no era un espejismo ni un sueño que nunca alcanzaría a vivir.

—Tu hermana está viva —afirmó Mira, dando otra calada a su cigarrillo y acercando una mano hasta la de Grace—. Está a salvo en mi casa, esperándote.

Grace contempló a la mujer que la miraba con una especie de ternura maternal y, sin poder evitarlo, se echó a llorar.

CAPÍTULO 51

NEREIDA

El salón de la emperatriz estaba inusualmente silencioso. Libre de aquel ajetreo que solía caracterizar esa zona reservada del palacio.

Cuando Nereida llegó, estaba completamente vacío y, mientras esperaba, se dejó caer en el butacón enorme e inspiró con fuerza llenándose los pulmones del aire cargado de olor a detergente. Era un cambio agradable; la visión de la civilización, la belleza de la luz dorada sobre las alfombras que cubrían el impoluto suelo de mármol.

Habían pasado cuatro días desde el ataque de los alphas y, aunque las noticias no paraban de mostrar imágenes en las que aparecían Grace, Kenneth, Tiberio, Imora, Sura y ella saliendo de Sisne, habían pasado muchas otras cosas. Se había establecido un Gobierno provisional cuya prioridad era reparar las vallas que rodeaban el bosque y aumentar la seguridad a lo largo del continente para que nadie intentase seguir los pasos de Jacin. También habían destruido todos los inhibidores de señal inalámbrica y apostado drones en distintas zonas del bosque, aunque sobre todo en el área de las instalaciones de Sisne, con un doble fin: vigilar y preservar el hábitat donde los alphas vivían en libertad.

En ese tiempo, Nereida apenas había podido hablar con sus compañeros. Imora le mandaba mensajes y Kenneth le había contado que a Grace le habían hecho una oferta de trabajo en el Ministerio Natural. Querían poner en marcha un proyecto llamado

«Memoria Alpha», en el que se reunirían distintos estudios prácticos y se enseñaría en las aulas el peligro de jugar con la ingeniería genética.

Nereida se alegraba por ella. Intuía que mantener la mente ocupada la ayudaría a empezar de cero. Desde su salida del bosque, no se habían visto, ni siquiera habían intercambiado mensajes. Aunque los pensamientos de Nereida viajaban con demasiada frecuencia hasta ella, quería darle tiempo y espacio.

Se pasó una mano por el hombro inmovilizado y acarició el colgante de Grace en su pecho. Kenneth le había suplicado que le escribiera para felicitarla; un mensaje corto, al menos. Pero era muy pronto, todo estaba reciente, y le dolía menos el silencio de Grace que su rechazo. Si la chatarrera decidía que ya no quería verla, sería algo definitivo, y Nereida no estaba preparada para cerrar esa puerta.

Incómoda ante esa perspectiva, desvió la mirada hacia los retratos de sus antepasados que cubrían las paredes del salón y se concentró en el rostro de su padre. El emperador la miraba desde un marco de plata con aquel gesto autoritario que Zarina había heredado, un gesto que asustaba a Nereida cuando era una niña y que en cuestión de días no volvería a ver, porque se llevarían todo el mobiliario del palacio.

Casi se sentía en su hogar, casi podía respirar el olor de buñuelos que la cocinera preparaba todos los viernes por la tarde y que ella y Zarina devoraban sentadas en el cenador acristalado. Aquel minúsculo espacio era el refugio al que las hermanas acudían para huir de un mundo demasiado grande.

—Me alegra saberte viva.

La voz de su hermana la obligó a incorporarse con una mueca de dolor.

—Aunque por los pelos —susurró Nereida. Al menos el hombro no le dolía mucho y los calambres del brazo remitían gracias a la medicación. La pierna, por su parte, se había curado sin mayor

complicación. No podía decir lo mismo del agujero que tenía en el corazón; aún no existía un analgésico que aliviara la tristeza.

—Sí que te veo un poco desmejorada —apuntó Zarina, alejándose hasta la mesa del fondo para llenarse una copa y servirle otra a Nereida. Ella la aceptó—. Nada que un retoque de células madre no pueda arreglar.

Había una nota de amargura en la voz de su hermana que no le pasó desapercibida. Zarina estaba demacrada, con la piel pálida pegada a los huesos y el cabello rubio recogido en una trenza que le caía con cuidado sobre la nuca. El vestido de terciopelo azul se le pegaba a las costillas, acentuando una delgadez extrema que le daba una apariencia frágil, como si pudiese romperse con una ráfaga de viento.

—No creo que me someta a otra mejora, ya he tenido suficientes —señaló el brazo inmovilizado—. ¿Cómo estás?

A Zarina se le escapó una carcajada desprovista de alegría.

—Bueno, me han destituido, mi papel como madre se ha puesto en duda y están a punto de enviarme al exilio. —Dio un largo trago a su copa y luchó por contener unas lágrimas que Nereida no había visto en años—. He perdido. Aunque sigo viva, así que supongo que, después de todo, soy una superviviente.

—La vida está llena de pérdidas —le recordó Nereida—. Nuestra naturaleza es egoísta, vivimos anclados a un futuro que no será y no nos damos cuenta de que la felicidad es la que tenemos en el momento, en este instante en el que estamos tú y yo aquí, vivas.

Zarina hizo una mueca, pero no dijo nada, así que Nereida decidió que era el momento de que le respondiese a todo lo que había estado dando vueltas dentro de su cabeza los últimos días:

—¿Cómo podías dormir sabiendo lo que hacían? ¿Cómo permitías que camparan a sus anchas y traficaran con multitecnología?

—No pensé que llegarían a tanto, Nereida. Ni siquiera era consciente del todo. No hasta que quisieron crear más y controlarlos a todos. —En su rostro vio que decía la verdad—. Siempre había sido así. Nuestro padre me legó un secreto que llevaban manteniendo

más de setenta años. ¿Cómo iba a cambiar yo eso? ¿Cómo podía resistirme a todo lo que nuestros antepasados habían construido?

—Que durante décadas algo se hiciera de esa manera no significa que fuera lo correcto —soltó Nereida—. ¿Quiénes estaban al tanto?

Zarina arrugó la boca y bebió otro sorbo antes de responder:

—Mis consejeros —dudó antes de continuar— y también 4DL. Llevaban años trabajando en secreto, buscando una manera de controlar el norte, de tener armas que nos convirtieran en un imperio poderoso, capaz de reclamar otros territorios y conquistarlos. Cuando él… —La voz se le rompió y Nereida no necesitó escuchar el nombre para saber que su hermana hablaba de su marido—. Él quiso participar en la Cacería y ver con sus propios ojos lo que Sisne hacía, y eso generó mucho malestar en 4DL. Los directivos no lo querían cerca, y a mí tampoco.

La revelación dejó a Nereida anclada al sofá. Muda.

—Entonces Helio lo sabía también.

—Lo descubrió —apuntó ella con amargura—. Me escuchó hablando con los directivos y fui incapaz de ocultar un secreto así.

A Nereida se le cayó el alma a los pies.

—Y lo dejaste entrar, dejaste que se pusiera en riesgo, que lo asesinaran…

—¿Qué podía hacer? —Zarina la interrumpió—. Temía por mi hija, sabía que yo era prescindible para ellos y que no tenía el poder suficiente para plantar cara a Sisne, y tampoco podía detener a Helio. Era cabezota, y cuando decidía algo no paraba hasta conseguirlo. Quería ver a los alphas. No comprendía por qué nos afanábamos en mantener el miedo al bosque después de tanto tiempo.

Nereida sintió que se desmoronaba.

—¿Y el norte? Has dejado que asesinen a miles de personas, Zarina.

—No sabía que el robo a las fábricas de armas era cosa de Sisne, pensaba que era cosa de la Resistencia —replicó Zarina, limpiándose las lágrimas que acababan de caerle por las mejillas—. Pero me

alegro de que se haya descubierto la verdad y de que la Resistencia haya obtenido una audiencia con el nuevo parlamento para exponer sus demandas. Yo ya estoy muy cansada para esto. Solo quiero irme lejos, llevarme a Lucy y olvidarme de la política, de las intrigas y, sobre todo, del maldito bosque.

—¿Por qué patrocinaste a Kenneth si sabías lo que había allí? —inquirió Nereida. La pregunta se hundió en el semblante de Zarina, que no esperaba esa pregunta, y bajó los ojos, repentinamente avergonzada.

—Porque no podía permitirme no hacerlo. Siempre hemos formado parte de la Cacería, Nereida. Si yo no enviaba a un campeón, hubiese levantado sospechas —replicó, y a Nereida le costó asimilar la verdad—. Kenneth era mi mejor opción. Es un hombre recto, de moral intachable, y sabía que no se acercaría a la zona prohibida. Él creía firmemente que la sede de Sisne era un riesgo por la radioactividad.

—Pero Tiberio no.

Zarina se mordió el labio y le dio la espalda.

—Eso no lo sabía —admitió—. De todas formas, cualquiera que se acercase lo suficiente como para ver algo moriría. Los guardias de Sisne no dejarían que ninguno saliese con vida si llegaban a la sede.

Nereida tragó saliva y entendió, con tristeza, que su hermana era igual a los monstruos que trabajaban para Sisne: estaba dispuesta a asesinar a cualquiera si con eso mantenía su posición.

En ese momento, dos golpes resonaron contra la puerta y la figura esbelta de Zarah, la embajadora de las colonias independientes de Zerg, apareció en el umbral.

—Ya tenemos preparada la lanzadera, mi señora —dijo Zarah con aquella formalidad que solía caracterizarla. El tono de su voz no admitía réplica—. Mis damas la acompañarán hasta el planeador que espera en el hangar del palacio.

El rostro de Zarina no evidenció emoción alguna.

—Nos vemos —dijo con una indiferencia marcada, y apretó la mano de Nereida antes de alejarse hasta el grupo de mujeres que

esperaba por ella en el pasillo.

No hubo abrazos, ni siquiera una mirada cargada de respeto. Zarina había perdido su calidez en cuanto había accedido a ser emperatriz y, ahora que dejaba de serlo, no podía recuperar ni un ápice de su humanidad.

—Quería daros tiempo para que pudieseis despediros en condiciones —soltó Zarah cuando Zarina hubo salido de la sala—. Pensé que, después de todo, te lo merecías.

Nereida prefirió no contestar a aquello y se dio media vuelta, dispuesta a alejarse de ese lugar, pero la voz de Zarah la detuvo:

—Oficialmente hemos decretado las Cacerías como actos de barbarie.

Las palabras le taladraron el pecho.

—¿Qué ha pasado con el alpha dominus?

Si a Zarah le sorprendió su pregunta, no dio muestras de ello.

—Estaba siendo controlado —admitió—. Pero no lo abatimos, ni siquiera cuando entramos al bosque. Creemos que, cuando tu amiga explotó la sede, el disco se desconectó de la matriz a la que estaba enraizado. No será un problema.

—¿Y no era más fácil hacer esto desde un principio?

—Nadie sabía lo que ocurría —repuso Zarah—. Y, desde luego, nadie esperaba que fuese a ocurrir esto. Que… el descubrimiento de un alpha nuevo y la Cacería fuesen a desatar todos estos cambios.

A Nereida se le crisparon los labios al escucharlo. Sí, se habían producido muchos cambios, tantos que el mundo parecía otro. Había un nuevo parlamento que gobernaría Ynsgard en igualdad de condiciones, sin ser controlado por las megacorporaciones, y, en cuanto se estabilizase la situación, el norte sería declarado territorio independiente, una lucha por la que la Resistencia llevaba toda una vida batallando y que finalmente habían logrado.

—Me alegra saber que todo ha salido como queríais. Ahora, si me lo permites —dijo alzando el rostro—, lo que me apetece es irme a mi casa, darme un baño y dormir un año entero.

Con paso renqueante, se encaminó hasta la puerta, pero la voz de Zarah la detuvo de nuevo:

—No deberías huir de tu destino.

—¿Qué destino? Ahora mismo, soy una mujer libre; me lo he ganado. No le debo nada a la Hermandad, y mucho menos a las megacorporaciones.

—Quizá te interese saber que las cosas han cambiado bastante. —Zarah cruzó las manos y esbozó media sonrisa con suspicacia—. Ida ha dimitido —continuó la mujer—. Que Jacin planificase todo esto delante de sus narices ha sido una afrenta para el código de los asesinos. Tendrán que elegir una nueva directiva, y solo digo que, cuando hagan las votaciones, es probable que tu nombre se mencione. —Hizo una pausa—. No se me ocurre nadie mejor para dirigir la Hermandad, y creo que ellos estarán de acuerdo.

Decir que aquella afirmación la dejó perpleja sería quedarse corto. Nereida pestañeó con fuerza y se preguntó si no seguiría bajo los efectos de la anestesia o algún fármaco demasiado potente.

Hacía dos semanas, aquella propuesta habría sido impensable. La habían echado de la Hermandad, era una paria dentro de su gremio.

—¿Tanta influencia tienes en ese lugar?

Los labios de Zarah sonrieron con despreocupación.

—Más de la que podrías imaginar. Llevo años trabajando con ellos y esto es algo que ya hemos debatido en el Consejo. El puesto es tuyo, si lo quieres.

CAPÍTULO 52

NEREIDA

El día que Nereida asumió el mando de la Hermandad se despertó temprano. Se enfundó los cuchillos, guardó los blásteres y acarició los anillos de metal que le rodeaban los dedos. Ni siquiera se había dado cuenta del paso del tiempo hasta ese momento. Vivía envuelta en una rutina cómoda y los días, las semanas e incluso los meses se habían convertido en un borrón difuso dentro de su cabeza, como una maraña de noches en vela, juicios a los que había asistido como testigo y, sobre todo, un silencio estremecedor en el que había aprendido a encontrarse a sí misma.

Nereida había sido muchas cosas: bastarda, aprendiz, asesina, traidora. Pero en lo único en lo que pensaba era en esas personas a las que le había abierto su corazón dentro del bosque. Recordaba la risa suave de Grace, los datos aleatorios que soltaba Imora, la sonrisa abierta de Tiberio cuando veía a Kenneth apoyando la mano en su hombro. Incluso pensaba en Sura y en Zia, en su valentía.

Curiosamente, aquella versión de sí misma era la que más le gustaba. Una mujer casi libre, casi alegre. En el bosque encontró lo peor y lo mejor de sí misma y, desde entonces, luchaba por escucharse, por no volver a ese foso de oscuridad en el que durante tantos años había vivido escondida.

Ahora podía ponerle nombre a lo que le había sucedido y entendía que esa depresión la había convertido en una sombra, en una persona que se vestía con la desesperación, que respiraba la

tristeza y a la que no le importaba nada salvo encontrar un motivo para seguir viva. Aquello era lo que sentía cuando bebía hasta desfallecer en el tercer anillo tantos meses atrás, cuando buscaba la aprobación de todos, cuando quería que el mundo la viera.

Y Nereida ya no era esa.

De un manotazo, alejó sus viejas sensaciones y se recordó que seguía viva, que tenía mucho por lo que luchar. En silencio, se ató la coleta en lo alto de la cabeza y, a través del espejo, vio el salón bien amueblado de su nuevo piso: las paredes tapizadas en un suave tono verde menta, los cuadros llenos de luz, la estantería alargada atestada de libros, los cactus de todos los tamaños… El cambio era significativo y sus ojos observaron los detalles casi con melancolía.

La luz de la mañana se filtraba a través de las ventanas y arrojaba destellos cálidos sobre la alfombra pálida debajo del enorme sofá gris. Le había prometido a Imora que se construiría un hogar, que crearía un espacio en el que pudiese convivir con las sombras del pasado.

—Hoy es el día —se dijo a sí misma, y sonrió ante el espejo. Se echó la chaqueta de cuero sobre los hombros y se alejó hasta la puerta con un gesto de absoluta determinación.

En cuanto abrió la puerta, un gemido involuntario le trepó por la garganta.

—Grace —susurró, confusa, y la chica esbozó una sonrisa triste al otro lado de la puerta.

Estaba distinta. Con el pelo ondulado alrededor del rostro brillante, los ojos delineados y la boca curvada en una mueca de indecisión. Nereida deseó acariciarle la mano, sentir que era real, que estaba allí. Era la primera vez que se veían desde el bosque y las palabras que Nereida había practicado frente al espejo durante semanas se deshicieron bajo el peso de la tensión.

—Hola —musitó Grace con la voz grave. Bajó los ojos, avergonzada—. ¿Puedo pasar?

Nereida abrió la puerta sin decir nada. Grace dudó una milésima de segundo, pero acabó dando un paso para cruzar el umbral. Olía a

flores, al bosque.

—¿Quieres algo? ¿Agua, té o café?

Grace negó con la cabeza y Nereida se permitió observarla al completo mientras la recién llegada miraba alrededor. Llevaba unos vaqueros y una sudadera de un tono azulado que acentuaba los destellos dorados de sus ojos. Quiso estirar la mano y acomodarle el mechón de pelo que le caía sobre la mejilla, pero se detuvo, recordando que quizá ella no anhelaba su cercanía.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo está Ania?

La mención a la niña la hizo sonreír y toda su expresión se llenó de luz.

—Ha pegado el estirón y parece que le sienta bien la vida del segundo anillo. Kenneth ha prometido hacer de canguro en las próximas semanas, porque viajaré con Mira al norte. Voy a testificar contra Sisne por los crímenes que cometieron con la intención de ayudar a todas las personas que perdieron sus hogares por culpa de lo ocurrido.

Sus palabras estaban llenas de determinación, de fuerza, y a Nereida le alegró ser testigo de aquella voluntad por ayudar a los demás.

—Me alegra que puedas ayudar a los supervivientes; es muy noble y una buena manera de cerrar todo lo que hizo Sisne.

Se hizo un largo silencio entre las dos y, finalmente, Grace inclinó el rostro y soltó:

—Enhorabuena a ti también. —Mantuvo ojos fijos en los de ella—. Me he enterado del ascenso y…, bueno, hace mucho que pensaba en venir a verte. De hecho, lo he hablado con Imora y con Kenneth varias veces, pero no estaba convencida de que fuese lo correcto. Después de todo, no me llamaste ni me escribiste… Ni siquiera fuiste a verme.

—Creí que necesitabas espacio —respondió Nereida, y le dolió ver las dudas en el rostro de Grace—. Todo lo que pasó… —La voz se le rompió—. No quería que, cuando me vieses, todos los malos recuerdos te viniesen de golpe.

—También mantienes la distancia con Imora y con Sura —espetó Grace de pronto, y Nereida bajó los ojos.

Notaba el corazón acelerado y, casi sin querer, se le escapó una risa suave. No se escondía de ellos. Simplemente quería darles el espacio que creía que se merecían. Después de todo, el bosque y la Cacería los había cambiado.

—No es porque pretenda alejarlas de mí —le aseguró, y señaló el sofá como una vaga invitación para que tomase asiento.

Grace aceptó y Nereida se colocó justo a su lado.

—Me importas —soltó de repente, y no le afectó que Grace pudiese notar el eco desbocado de su corazón—. Me importas tanto que me duele cada día que no estoy a tu lado. —Grace apoyó la mano en el asiento, cerca de la suya, y el corazón de Nereida palpitó con más intensidad aún—. No quiero arruinarlo, pero soy consciente del trabajo que necesito hacer para ganarme tu corazón —continuó Nereida, y sintió el cosquilleo de los dedos de Grace sobre los suyos—. Me importas tanto que he retomado el trabajo de la Hermandad y mi intención es cambiarla desde dentro. No quiero que vuelva a ocurrir algo como lo de tu padre, no quiero que los egos supongan más que el bienestar de los ciudadanos.

Las dos se quedaron en silencio durante unos segundos y Nereida rememoró los primeros días después de salir del bosque. Los sueños febriles e incluso el miedo que la acechaba por las noches. Siempre había creído que, al ser una asesina entrenada, podría enfrentar cualquier situación, pero nada la había preparado para el vacío que Grace había dejado en su vida.

Grace apretó sus dedos con calidez y Nereida leyó una promesa en sus ojos.

—Estaremos esperándote, Nereida —susurró—. Cuando estés preparada, cuando creas que puedes alejar todo ese dolor, yo estaré contigo.

—¿No me odias?

Por alguna razón, pronunciar aquello en voz alta le pareció lo más difícil que había dicho en mucho tiempo. Temía la respuesta, temía

ver la rabia deformando los labios de Grace.

—No —contestó la otra, y sus dedos apretaron los de Nereida—. Nunca lo he hecho, y me ha costado reconocer que, frente a todos los demás sentimientos, primaba este amor un poco absurdo que en algún momento empecé a sentir por ti.

Nereida ladeó la cabeza y las mariposas de su estómago se agitaron.

—Te estaré esperando. Todos lo haremos.

CAPÍTULO 53

GRACE

—¿Me pasas la salsa?

Grace estiró los dedos por encima de la mesa y cogió el bote para extendérselo a Tiberio, que le dedicó una sonrisa afable. El chico, que, como todos, había cambiado mucho desde el bosque, no había conseguido recuperar los kilos perdidos y tenía la cara muy delgada. Los últimos meses habían sido para él un trabajo de rehabilitación para adaptarse a la nueva normalidad de su cuerpo.

No pudo continuar admirando el desparpajo del chico porque, en ese momento, Kenneth lo atrajo hacia sí haciendo que Imora pusiera los ojos en blanco ante el despliegue de romanticismo que se desarrollaba en la cena de bienvenida que Grace había organizado.

Habían pasado meses desde que habían abandonado el bosque y, por fin, sus vidas comenzaban a encaminarse. O, al menos, estaban acostumbrándose a sus nuevas rutinas. Kenneth y Tiberio, por ejemplo, estaban felices y rebosaban de tranquilidad trabajando para el nuevo Gobierno.

—¿Tenéis que hacer esto delante de la niña? —preguntó Sura metiéndose un tenedor cargado de estofado en la boca al tiempo que señalaba a Ania.

Esta apoyó los codos sobre la mesa y se retiró los tirabuzones del rostro con una mueca.

—Es bueno ver a alguien ser feliz, para variar —espetó con aquella madurez que asustaba tanto a Grace—. Mi hermana no deja

de mirar al vacío y suspirar.

—Eso significa que no has hablado con Nereida.

La mención de la asesina hizo que Grace se tensara en el acto mientras negaba con la cabeza. No había podido decirles la verdad. Quería esperar, tomarse el tiempo para asimilar la situación y descubrir cómo podía cumplir con su promesa con Nereida. Se habían visto aquella vez, en su casa, y ahora hablaban. Cada día. A todas horas.

Con el paso de las semanas, los trozos afilados de su corazón empezaban a doler menos. Aunque todavía sentía el vacío y el recuerdo de sus padres seguía sin asentarse del todo, Grace había recuperado la voluntad y se iba recomponiendo. Muy poco a poco, estaba descubriendo que era capaz de volver a reír.

Mientras miraba a sus amigos en aquella cena informal en su nuevo piso, le parecía que volvía a escuchar la voz de Ellis, la risa de Kim. Los veía a través de Ania, en su manera de hablar, en su sonrisa cálida, pero, sobre todo, en el corazón bondadoso y amable de la niña.

Esos detalles habían sido la primera señal de que empezaba a sanar. Aunque al principio le había resultado duro, Grace aprendió a sobrellevar el silencio de la casa, la ausencia de sus padres y, sobre todo, la culpa que le producía no haber salvado a Ellis.

—¿Y bien? —preguntó Imora desde su silla con una ceja en alto.

Grace pestañeó con fuerza, deshizo la culpa que le arañaba el pecho y observó la ciudad que dormía a través de los enormes ventanales. Varios planeadores sobrevolaban el cielo nocturno, confundiéndose con el fulgor apagado de las estrellas que salpicaban el firmamento.

—Quizá os sorprenda, pero os he preparado una sorpresa especial esta noche —respondió sin mirarlos a la cara, intentando desviar el tema. Estaba nerviosa, el corazón le palpitaba con fuerza.

—¿Significa que ya no vas a estar triste? —preguntó Ania, y Grace sintió la absurda necesidad de fulminarla con la mirada.

—Yo diría que eres demasiado pequeña para tener voz dentro de esta conversación.

—No le riñas, Grace —le recriminó Imora, y Grace se aseguró de levantar las dos manos a modo de rendición.

Sura soltó una risa agradable y Grace atisbó verdadera alegría en aquel rostro que últimamente estaba apagado. Acababa de mudarse al segundo anillo con su familia y, pese a que estaba acostumbrándose a su nueva vida, no podía decirse que la ausencia de Zia no se notase en las densas ojeras que le bordeaban los ojos.

—Nereida ha pasado a formar parte del Consejo de asesinos de la Hermandad; es una responsabilidad enorme —apuntó Kenneth trayendo de nuevo a colación a la asesina, aunque Grace ya lo sabía.

—Y está sobria —confirmó Tiberio sin poder contener una sonrisa de orgullo que caló en el pecho de Grace.

—Grace se duerme viendo su foto en la holopantalla —soltó Ania de repente, y Grace se ruborizó cuando su hermana no pudo contener una carcajada.

Al menos la niña parecía encontrarse a gusto con aquella nueva familia.

—¿Está funcionando la terapia?

La pregunta provenía de Sura, que era la única de ellos que se resistía a visitar a un especialista en salud mental. Insistía en que sobrellevaba bien la pérdida de su hermana, pero Grace estaba convencida de que solo lo creía porque dedicaba todo su tiempo a las ciudades del norte. Era una de las voluntarias que se había apuntado para la reconstrucción de las colonias afectadas y rara vez se dejaba ver.

La mano de Ania buscó la suya y Grace agradeció el calor reconfortante de su hermana. En los rostros de sus amigos leyó la tristeza y casi se sintió tentada de cambiar de tema. Tal vez era demasiado reciente todo como para hablar de ello con soltura.

—Bastante bien —aseguró Tiberio, y lo único que Grace abrigó fue tristeza. No por el momento que compartían, sino por las grietas invisibles que cada uno de ellos tenía y se esforzaba por reparar—. A

veces me siento feliz; a veces. Sigo soñando con el bosque, con los alphas, pero ya no me despierto gritando en medio de la noche.

—Eso es un avance —admitió Imora, y sorbió un poco de su zumo. Llevaba el pelo rosa recogido en dos moños altos y un traje de dos piezas de color cobalto salpicado por diminutos diamantes que combinaban con un collar de plata.

Aquello arrancó una sonrisa a Grace, que aprovechó para admirar el bonito piso que Mira le había entregado. Estaba en una de las torres principales del segundo anillo y disponía de tres habitaciones, un salón amplio decorado con varias pantallas holográficas, una cocina pequeña y una terraza en la que había colocado varios jarrones repletos de cactus, como si tenerlos allí fuese un eco de la presencia de Nereida.

Estaba a punto de decir algo cuando llamaron a la puerta y el pulso se le aceleró.

—Ya vuelvo —dijo, y cruzó la sala para acercarse hasta la puerta y salir.

Nereida estaba de pie en el pasillo. Llevaba unos pantalones de cuero y una chaqueta oscura sobre los hombros. La belleza de su rostro, aquellos ojos azules que parecían ver a través de ella, hicieron que Grace se estremeciera.

—Hola.

—Hola.

Su voz fue una caricia para el corazón magullado de Grace. Le pareció que toda la rabia que había sentido se desvanecía. Le había dado espacio a Nereida para sanar y para aceptar la culpa, pero llevaba tantas semanas esperando a que ella quisiese encontrarse con todos que, en ocasiones, había creído que aquel instante nunca llegaría.

—Te he traído algo —dijo Nereida, y, con un movimiento delicado, se quitó el colgante del cuello para dejarlo sobre las manos de Grace.

Los ojos de Grace se empañaron y la voz se le quedó atorada en la garganta. Su mano se cerró en torno al recuerdo de Kim y sus

dedos reconocieron, casi sin quererlo, aquella tuerca de plata que estaba templada por el contacto con la piel de Nereida.

Había una nota expectante en los labios de Nereida, en sus ojos, que no dejaban de mirarla.

—¿Estás preparada? —preguntó Grace con una voz algo temblorosa. Nereida asintió, convencida—. Les hará especial ilusión saber que tú eres la sorpresa que les he prometido.

Y estaba a punto de abrir la puerta cuando los dedos de Nereida la detuvieron, como si quisiera alargar el momento un poco más.

—Estoy aquí porque en el bosque me recriminaste que huía de las personas que me importaban. Este es el momento de cambiar eso —soltó con cierta vergüenza—. Te quiero, Grace, y creo que una parte de mi corazón se quedó contigo en ese bosque.

Los miedos de Grace se deshicieron y, sin pensarlo, se arrojó a los brazos de Nereida. La chica la recibió sin titubear. Hundió el rostro en su hombro y respiró el aroma a flores que desprendía su pelo y que tanto le recordaba a su hogar.

Aunque podría haberse quedado así durante horas, Grace se separó y sus labios encontraron los de Nereida en un beso suave y cálido, muy diferente al último que habían compartido en el bosque.

Ese beso estaba libre de traiciones y de culpas.

Ese beso era la puerta a una nueva vida.

AGRADECIMIENTOS

Ecos del bosque es una novela que nació durante la pandemia. Porque, en aquel entonces, encerrada en mi casa con mucho tiempo libre, se me ocurrió que escribir una distopía era una buena idea.

No es fácil volver a un libro que escribiste hace cinco años siendo una persona diferente. Tampoco lo es darte cuenta de lo mucho que has cambiado en el camino. Y, pese a todo ello, creo que este libro está lleno de valentía. Una parte de mí se quedará por siempre junto a Nereida y Grace, y debo confesar que estoy profundamente agradecida a todas las personas que me han acompañado en este camino.

Lo primero, como siempre, voy a dar las gracias a mis lectoras. Por el cariño con el que recibís cada libro, por la ilusión, por el apoyo. Sois la principal razón para que yo siga publicando mis historias, y me gustaría hacer una mención especial a Ara, a Laura, a Ana, Yoli y a Estefanía. No tengo suficientes palabras para agradeceros TODO lo que hacéis por mis libros. Gracias infinitas.

Y también tengo que hacer mención especial a Tomás. Porque nadie me conoce tanto como tú y porque no me has soltado la mano ni siquiera en mi peor momento, y ya sabemos que el año pasado estuve en ese pozo de oscuridad y que, de no haber sido por ti, quizá no estaría hoy aquí escribiendo esto.

Gracias a mis amigas. Por sostenerme, por no soltarme tampoco la mano y, sobre todo, por ayudarme a verme con el mismo cariño y la comprensión con la que lo hacéis vosotras. Habéis sido un apoyo fundamental en este camino.

Gracias a Selene, a Ana y a Jessica. Cada comentario, cada anotación ha sido luz en el camino, y, si me siento segura de esta historia, en buena parte es gracias a que me habéis ayudado a ver este libro con otros ojos. Sois grandísimas profesionales.

Gracias a mis perras, como siempre, que, aunque no puedan leer esto, son mi terapia, mi soporte emocional y mi familia. Parte de ese amor hacia ellas y hacia los animales me ha hecho escribir esto. Ojalá hubiera una mayor conciencia sobre la importancia que tienen en este mundo. Muchas personas no se imaginan cómo una mascota puede salvarte la vida.

Edición en formato digital: septiembre de 2025

© Vanessa R. Migliore, 2025
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21. 28037, Madrid

ISBN ebook: 978-84-19988-71-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris:

